

STEPHEN
KING

DESPUÉS
DEL
ANOCHECER



Llámalo anochecer. Llámalo crepúsculo. Llámalo ocaso.

El atardecer es aquel momento en el que el devenir humano toma derroteros sobrenaturales, aquel instante en que la luz se transfigura en tinieblas. Cuando el sol se esconde, la imaginación comienza a deslizarse por sombras que derivan en la oscuridad más absoluta y la luz del día huye despavorida de la faz de la Tierra.

Después del anochecer es, en definitiva, el momento del día perfecto para Stephen King.

En *Después del anochecer* Stephen King reúne una colección de trece relatos tan asombrosos y escalofriantes que te obligarán a dormir con la luz de la mesilla encendida.

Stephen King

Después del anochecer

ePub r1.3

Titivillus 06.08.2018

Título original: *Just After Sunset*
Stephen King, 2008
Traducción: Javier Martos Angulo
Diseño de portada: leandro

Editor digital: Titivillus
Editor 2: leandro (1.0 a 1.1)
ePub base r1.2



Para Heidi Pitlor

Puedo imaginar lo que viste. Sí, es bastante horrible; pero al fin y al cabo es una vieja historia, un antiguo misterio. [...] Tales fuerzas no se pueden mencionar, no se puede hablar de ellas, no se pueden imaginar excepto bajo un velo y un símbolo, un símbolo que para la mayoría de nosotros es una imagen exótica y poética; para otros, es una locura. Pero tú y yo, en todo caso, hemos conocido algo del terror, que mora en el lugar secreto de la vida, manifestado en carne humana; aquello que sin tener forma se moldea a sí mismo. Oh, Austin, ¿cómo es posible? ¿Cómo es que la luz del Sol no se oscurece ante tal cosa y la sólida Tierra no se derrite y hierve bajo esa carga?

ARTHUR MACHEN

El gran dios Pan

Introducción

Un día de 1972 llegué a casa del trabajo y me encontré a mi mujer sentada a la mesa de la cocina con unas tijeras de podar delante. Sonreía, lo que indicaba que no era tan grave; por otro lado, dijo que quería mi cartera. Eso ya no sonaba tan bien.

Sin embargo, se la entregué. Rebuscó mi tarjeta de crédito Texaco para la gasolina —en aquella época esas cosas se enviaban siempre a los matrimonios jóvenes— y la cortó en tres grandes pedazos. Cuando objeté que la tarjeta nos había sido muy útil y que a final de mes siempre pagábamos lo mínimo (a veces más), ella se limitó a negar con la cabeza y me dijo que los gastos por intereses superaban lo que nuestra frágil economía podía soportar.

—Más vale que evitemos la tentación —dijo—. Yo ya he cortado la mía.

Y eso fue todo. Ninguno de los dos tuvimos una tarjeta de crédito durante los siguientes dos años.

Ella tenía razón, fue inteligente al hacerlo, porque en aquel momento ambos teníamos poco más de veinte años y dos niños a los que cuidar; económicamente estábamos casi con el agua al cuello. Yo enseñaba inglés en un instituto y trabajaba en una lavandería industrial durante el verano, lavando sábanas de motel y conduciendo ocasionalmente el camión de reparto entre esos mismos moteles. Tabby cuidaba de los niños durante el día, escribía poemas mientras dormían la siesta y hacía un turno completo en el Dunkin' Donuts después de que yo llegara a casa del instituto. En conjunto, nuestros ingresos eran suficientes para pagar el alquiler, comprar comida y disponer de pañales para nuestro hijo pequeño, pero no daban para mantener una línea de teléfono; así que dejamos que corriera la misma suerte que la tarjeta Texaco. Hacer una llamada de larga distancia era demasiada tentación. Teníamos bastante para comprar libros de vez en cuando —ninguno de los dos podíamos vivir sin ellos— y costearme mis malos hábitos (cerveza y tabaco), pero para muy poco más. Ciertamente, el dinero no llegaba para cubrir los gastos financieros por el privilegio de tener aquel útil pero a fin de cuentas peligroso rectángulo de plástico.

Por lo general, los ingresos extra se iban en las reparaciones del coche, las facturas del médico, o en lo que Tabby y yo llamábamos «mierdas para niños»: juguetes, un parque infantil de segunda mano y unos cuantos libros enloquecedores de Richard Scarry. A menudo esos pequeños ingresos procedían de los relatos que podía vender a revistas para hombres como *Cavalier*, *Dude* y *Adam*. En aquella época, eso no era dedicarse a la literatura, y cualquier tipo de discusión sobre el «valor duradero» de mi ficción habría sido tan lujoso como aquella tarjeta Texaco. Los relatos, cuando se vendían (no siempre era así), eran sencillamente un puñado de dinero muy bienvenido. Yo los veía como una serie de piñatas a las que golpeaba, no con un palo sino con la imaginación. A veces se rompían y dejaban caer unos pocos cientos de dólares. Otras veces no.

Por suerte para mí —y créeme cuando te digo que en más de un sentido he tenido muchísima suerte en la vida—, mi trabajo era también mi placer. Me mataba a trabajar en la mayoría de aquellas historias, y me lo pasaba en grande. Llegaban una detrás de otra, como los éxitos de la emisora AM de música rock que siempre sintonizaba en el estudio-lavandería donde las escribía.

Las escribía rápida e intensamente, sin apenas volver atrás después de la segunda revisión, y nunca se me pasó por la cabeza preguntarme de dónde venían, ni en qué se diferenciaba la estructura de un buen relato de la de una novela, ni cómo se gestionan cosas como el desarrollo de los personajes, el argumento y el marco temporal. Progresaba completamente por intuición; no me basaba más que en la perspicacia y en la confianza que un niño tiene en sí mismo. Lo único que me importaba era que los relatos saliesen. Aquello era cuanto tenía que preocuparme. Desde luego, nunca se me ocurrió pensar que escribir relatos era un arte frágil, un arte que puede olvidarse si no se ejerce casi constantemente. Por aquel entonces no me parecía frágil. La mayoría de esas historias me parecían bulldozers.

Muchos de los autores de best sellers de Estados Unidos no escriben relatos. Dudo que sea a causa del dinero; los escritores que han obtenido grandes beneficios económicos con sus libros no necesitan pensar en eso. Podría ser que cuando el mundo de un novelista a jornada completa se limita por debajo de, digamos, las veintisiete mil palabras, una especie de claustrofobia creativa se apodera de él. O quizá es solo que el don de la miniaturización se pierde en el camino. En la vida hay muchas cosas que son como montar en bicicleta, pero escribir relatos no es una de ellas. Uno puede olvidar cómo se hace.

A finales de los ochenta y durante los noventa escribí menos relatos, y los que escribía eran cada vez más largos (este libro incluye un par de esos relatos tan largos). Eso estaba bien. Pero también había relatos que no estaba escribiendo porque tenía alguna novela que terminar, y eso ya no estaba tan bien. Sentía esas

ideas en la parte de atrás de la cabeza implorando que las escribiera. Finalmente escribí algunas; otras, me entristece decirlo, murieron y se convirtieron en polvo.

Lo peor de todo es que había historias que no sabía cómo escribirlas, y eso era desconcertante. Sabía que podía haberlas escrito en ese estudio-lavandería, en la pequeña Olivetti portátil de Tabby, pero siendo un hombre mucho mayor, incluso con mi estilo más perfeccionado y con herramientas mucho más caras —como el Macintosh en el que estoy escribiendo esta noche, por ejemplo—, aquellas historias me eludían. Recuerdo que eché a perder una de ellas y que pensé en un viejo forjador de espadas mirando impotente una fina hoja de Toledo y diciéndose: «Antes sabía cómo se hacía esto».

Entonces, un día, hace tres o cuatro años, recibí una carta de Katrina Kenison, que editaba la serie anual Best American Short Stories (desde entonces la sucedió Heidi Pitlor, a quien va dedicado este libro que tienes en las manos). La señorita Kenison me preguntó si estaría interesado en editar el volumen de 2006. No necesitaba consultarlo con la almohada, ni siquiera meditarlo durante un largo paseo vespertino. Acepté inmediatamente. Por todo tipo de razones, algunas incluso altruistas, aunque en realidad sería un perverso embustero si no admitiera mi interés en formar parte del proyecto. Pensaba que si leía suficientes relatos, si me sumergía en la mejor literatura estadounidense que las revistas ofrecían, quizá podría recuperar algo de esa habilidad aletargada. No porque necesitara esos talones —módicos pero muy bien recibidos cuando estás empezando— para comprar un nuevo silenciador para un coche usado o un regalo de cumpleaños para mi esposa, sino porque perder la habilidad de escribir relatos cortos por tener una cartera sobrecargada de tarjetas de crédito no me parecía un intercambio justo.

Durante aquel año como editor invitado leí cientos de historias, pero no voy a hablar de eso aquí; si estás interesado, compra el libro y lee la introducción (también tendrás el placer de descubrir veinte relatos estupendos que no se te meterán en el ojo como un palo afilado). Lo importante, por cuanto afecta a los relatos que vienen a continuación, es que con todos ellos volví a entusiasmarme, empecé otra vez a escribir relatos a la vieja usanza. La primera de estas «nuevas» historias fue «Willa», que es también la primera en este libro.

¿Son buenos estos relatos? Eso espero. ¿Te ayudarán a soportar un aburrido vuelo en avión (si estás leyéndolos) o un largo viaje en coche (si los estás escuchando en un CD)? Realmente lo espero, porque cuando eso sucede es como un hechizo mágico.

Me encantó escribirlos, eso lo sé. Y también sé que espero que te guste leerlos. Espero que te lleven lejos. Y mientras continúe sabiendo cómo se hace, seguiré intentándolo.

Ah, otra cosa más. Sé que a algunos lectores les gusta saber algo acerca de cómo o por qué se escriben ciertas historias. Si eres una de esas personas, encontrarás mis «notas» al final. Pero debería darte vergüenza leerlas antes de leer los relatos.

Y ahora, permíteme que me aparte de tu camino. Pero antes de irme quiero agradecerte que hayas venido. ¿Seguiría haciendo lo que hago si tú no estuvieras aquí? Sí, en realidad sí. Porque soy feliz cuando las palabras se juntan y aparece una imagen, cuando la gente ficticia hace cosas que me sorprenden. Pero es mejor contigo, Lector Constante.

Siempre es mejor contigo.

*Sarasota, Florida,
25 de febrero de 2008*

Willa

No ves lo que tienes justo delante de los ojos, había dicho ella, pero a veces sí lo hacía. Supuso que no era completamente inmerecedor de su desdén, pero tampoco estaba completamente ciego. Y mientras el poso del anochecer se disolvía en un amargo color naranja sobre el Wind River Range, David echó un vistazo por la estación y vio que Willa se había marchado. Se dijo a sí mismo que no estaba seguro, pero eso fue solo cosa de su cabeza; su estómago, a punto de naufragar, estaba bastante seguro.

Fue a buscar a Lander, que se llevaba bastante bien con ella. La había llamado valiente cuando Willa dijo que la compañía Amtrak era una mierda por haberlos dejado colgados de aquella manera. Muchos de ellos no le hicieron ni caso, tanto si Amtrak los había dejado colgados como si no.

—¡Aquí huele a galletas mojadas! —gritó Helen Palmer cuando David pasaba por su lado. Ella se había abierto paso hasta el banco del rincón, como hacía siempre. La señora Rhinehart estaba con ella, dándole un pequeño respiro al señor Palmer, y le dedicó a David una sonrisa.

—¿Han visto a Willa? —preguntó David.

La señora Rhinehart negó con la cabeza, todavía sonriendo.

—¡Tenemos pescado para cenar! —estalló la señora Palmer con furia. Un nudo de venas azules le latía en el hueco de la sien. Algunas personas se volvieron para mirar—. *¡Primeo una cosha y depué otra!*

—¡Cállese, Helen! —dijo la señora Rhinehart. Quizá su nombre era Sally, pero David pensaba que un nombre como ese lo recordaría; por entonces había muy pocas Sally. El mundo pertenecía a las Amber, las Ashley y las Tiffany. Willa era otra especie en peligro de extinción, y pensar en ello hizo que el estómago le diera otro vuelco.

—¡Galletas! —graznó Helen—. ¡Viejas y sucias galletas de campamento!

Henry Lander estaba sentado en un banco debajo del reloj de pared. Rodeaba a su esposa con un brazo. Lo miró y negó con la cabeza antes de que David pudiera preguntarle.

—No está aquí. Lo siento. Si tienes suerte, habrá ido al pueblo, y si no, se habrá largado. —E hizo el gesto de hacer autostop.

David no creía que su novia se hubiera marchado sola al oeste haciendo autostop —la idea era una locura— pero sí creía que no estaba allí. En realidad, lo había sabido incluso antes de hacer el recuento, y le vino a la cabeza un fragmento de algún viejo libro o poema sobre el invierno: *Un llanto de ausencia, ausencia en el corazón*.

La estación era una angosta garganta de madera. La gente vagaba sin rumbo de un lado a otro o sencillamente se sentaba en los bancos bajo los tubos fluorescentes. Los hombros de los que estaban sentados tenían esa dejadez especial que uno solo ve en lugares como ese, donde la gente espera que todo lo que ha salido mal se arregle y pueda continuar ese viaje interrumpido. Pocas personas vienen adrede a sitios como Crowheart Springs, en Wyoming.

—No salgas corriendo tras ella, David —dijo Ruth Lander—. Está anocheciendo y ahí fuera hay muchas alimañas. No solo coyotes. Ese librero cojo dice que vio un par de lobos al otro lado de las vías, donde está el depósito de carga.

—Se llama Biggers —dijo Henry.

—Como si se llama Jack el Destripador —dijo Ruth—. La cuestión es que ya no estás en Kansas, David. —Pero si Willa se ha ido...

—Se fue cuando todavía había luz —dijo Henry, como si la luz del sol pudiese impedir que un lobo (o un oso) atacase a una mujer sola. Por lo que David sabía, podría ser así. No era un experto en vida salvaje, sino un banquero especialista en inversiones. De hecho, era un joven banquero especialista en inversiones.

—Si viene el tren y ella no está, lo perderá. Parecía que no podía meterles ese simple hecho en la cabeza. Derrapaban, como dirían en el argot de su oficina de Chicago. Henry arqueó las cejas.

—¿Me estás diciendo que si los dos perdéis el tren las cosas se pondrán mejor?

Si ambos perdían el tren, esperarían juntos el siguiente o cogerían un autobús. Seguramente, Henry y Ruth Lander comprendían eso. O quizá no. Lo que David vio cuando los miró —lo que tenía justo delante de los ojos— era ese cansancio especial propio de la gente instalada temporalmente en West Overalls. Además, ¿quién si no se preocuparía de Willa? Si Willa desapareciese de High Plains, ¿quién pensaría en ella aparte de David Sanderson? Incluso le tenían cierta antipatía. Esa zorra de Úrsula Davis le había dicho una vez que si la madre de Willa le hubiese quitado la «a» a su nombre, «habría sido casi perfecto».

—Me voy a buscarla al pueblo —dijo.

Henry suspiró.

—Eso sería una estupidez, hijo.

—No podremos casarnos en San Francisco si la dejo tirada en Crowheart Springs —respondió, tratando de hacer un chiste.

Dudley estaba paseando. David no sabía si Dudley era nombre o apellido, solo que ese hombre era un ejecutivo con un gran surtido de material de oficina y que iba a Missoula para algún tipo de convención regional. Generalmente permanecía muy callado, por lo que la carcajada de burro que lanzó a la creciente oscuridad fue mucho más que sorprendente; fue chocante.

—Si llega el tren y lo pierdes —dijo—, búscate un juez de paz y cástate aquí mismo. Cuando regreses al este, podrás decirles a tus amigos que tuviste una verdadera boda al estilo del salvaje Oeste. ¡Yujuu, compañero!

—No lo hagas —dijo Henry—. No nos quedaremos aquí mucho tiempo.

—¿Y por eso tengo que dejarla? Eso es una locura.

Echó a andar antes de que Lander o su esposa pudieran responderle. Georgia Andreeson estaba sentada en un banco cercano, contemplando cómo su hija brincaba de un lado a otro por el sucio suelo de baldosas con su vestido rojo para los viajes. Pammy Andreeson nunca parecía estar cansada. David trató de recordar si la había visto dormida alguna vez desde que el tren descarriló en el cruce de Wind River y los dejó tirados como un paquete olvidado en la oficina de objetos perdidos. Quizá una vez, con la cabeza recostada en el regazo de su madre. Pero podría ser un falso recuerdo pergeñado a partir de la creencia de que los niños de cinco años suelen dormir mucho.

Pammy saltaba a la pata coja de baldosa en baldosa, con una travesura en mente, usando los recuadros de las losetas como una rayuela gigante. Su vestido rojo se alzaba alrededor de sus regordetas rodillas

—Conocí a un hombre, se llamaba Danny —cantaba en un monótono estribillo de una sola nota, logrando que a David le dolieran hasta los empastes—. Tropezó y se cayó de espaldas. Conocí a un hombre, se llamaba David. Tropezó y se cayó de espaldas.

Sonrió con picardía y señaló a David.

—Pammy, ya basta —dijo Georgia Andreeson. Sonrió a David y se apartó el pelo de la cara. A David le pareció un gesto de cansancio inenarrable y pensó que aún le quedaba un largo camino por delante con la briosas Pammy, sobre todo sin un señor Andreeson en el horizonte.

—¿Ha visto a Willa? —preguntó.

—Se ha ido —dijo, y señaló hacia una puerta con un cartel en el que se leía AUTOBUSES, TAXIS, CONSULTE POR HABITACIONES LIBRES EN EL TELÉFONO DE CORTESÍA.

Biggers se acercaba cojeando.

—Evitaré el contacto con el maravilloso aire libre a no ser que vaya armado con un rifle de gran calibre. Hay lobos. Los he visto.

—Conocí a una chica, se llamaba Willa —canturreaba Pammy—. Le dolía la cabeza y se tomó una pastilla, —Cayó despatarrada al suelo, riéndose a carcajadas.

Biggers, el librero, no esperó respuesta. Se alejó cojeando. Su sombra se alargó, luego menguó bajo la luz de los fluorescentes y después creció de nuevo.

Phil Palmer estaba apoyado en la puerta de entrada, bajo el cartel de los autobuses y los taxis. Era un vendedor de seguros jubilado. El y su esposa se dirigían a Portland. El plan era quedarse durante un tiempo con su hijo mayor y su esposa, pero Palmer les había contado a él y a Willa que Helen probablemente nunca regresaría al este. Tenía cáncer y Alzheimer. Willa llamó a aquello un «dos en uno». Cuando David le dijo que eso era cruel, Willa lo miró, empezó a decir algo y luego se limitó a mover la cabeza.

Como siempre, Palmer le preguntó:

—Eh, amigo, ¿tienes un cigarrillo?

Y como siempre, David le respondió:

—No fumo, señor Palmer.

—Solo te estaba poniendo a prueba, muchacho —finalizó Palmer.

Mientras David se dirigía hacia la plataforma de hormigón donde los pasajeros del tren esperaban el autobús a Crowheart Springs, Palmer frunció el ceño.

—No es buena idea, mi joven amigo.

Algo —podría ser un perro enorme pero probablemente no lo era— aulló al otro lado de la estación, donde la salvia y la retama crecían casi hasta las vías. Una segunda voz se unió a la primera, creando cierta armonía. Se acallaron al unísono.

—¿Ves a qué me refiero, jovencito? —Palmer esbozó una sonrisa, como si hubiera conjurado esos aullidos para demostrar que tenía razón.

David se volvió, su fina chaqueta ondeaba a su alrededor bajo la suave brisa, y empezó a bajar la escalera. Antes de que pudiese cambiar de idea aceleró el paso, pero lo único realmente difícil fue el primer escalón. Después de eso ya solo pensaba en Willa.

—David —dijo Palmer, dejando las bromas a un lado—. No lo hagas.

—¿Por qué no? Ella lo ha hecho. Además, los lobos están por allí. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Si eso es lo que son.

—Por supuesto que eso es lo que son. Seguramente no te atacarán, no, dudo que estén especialmente hambrientos en esta época del año. Pero no hay

necesidad de que los dos os perdáis durante Dios sabe cuánto tiempo en medio de ninguna parte solo porque ella se ha extraviado siguiendo las luces brillantes.

—Parece que usted no lo entiende. Ella es mi chica.

—Te voy a decir una verdad que te va a doler, amigo mío. Si ella se considerase realmente tu chica, no habría hecho lo que ha hecho, ¿no crees?

Al principio David no dijo nada porque no estaba seguro de lo que creía. Posiblemente porque a menudo no veía lo que tenía justo delante de los ojos. Eso es lo que había dicho Willa. Finalmente se volvió hacia Phil Palmer, recostado en la puerta de entrada, un poco más arriba.

—Creo que uno no abandona a su novia en medio de ninguna parte. Eso creo.

Palmer suspiró.

—Casi espero que uno de esos lobos decida darte un mordisco en tu trasero de chico de ciudad. Quizá así te vuelvas más inteligente. A la pequeña Willa Stuart no le importa nadie salvo ella misma, y todo el mundo lo sabe menos tú.

—Si paso por una tienda Nite Owl o un 7-Eleven, ¿quiere que le traiga un paquete de cigarrillos?

—¿Por qué demonios no ibas a hacerlo? —dijo Palmer. Luego, justo cuando David caminaba por encima de las letras de NO APARCAR, ZONA DE TAXIS pintadas sobre la recta y desierta calle—: ¡David!

David se volvió.

—El autobús no volverá hasta mañana, y hay cinco kilómetros hasta el pueblo. Eso pone en la pared del fondo de la caseta de información. Son diez kilómetros a pie, ida y vuelta. Te llevará dos horas, eso sin contar el tiempo que podrías tardar en encontrar su rastro.

David alzó una mano para indicar que le había oído pero siguió andando. El viento bajaba de las montañas, muy frío, pero le gustaba cómo hacía ondear su ropa y cómo le peinaba el pelo hacia atrás. Al principio estaba alerta por si aparecían los lobos, escrutando un lado del camino y después el otro, pero no vio ninguno y sus pensamientos volvieron a centrarse en Willa. Y, a decir verdad, su mente se había centrado en muy pocas cosas más desde la segunda o tercera vez que había estado con ella.

Willa podía haberse perdido siguiendo las luces brillantes; en eso Palmer casi seguro que tenía razón, pero David no creía que no le importara nadie salvo ella misma. La verdad era que Willa se había cansado de esperar junto a aquellos tristes y viejos carcamales quejándose por lo tarde que iban a llegar, por esto, por aquello y por lo otro. El pueblo, allá a lo lejos, probablemente no sería nada del otro mundo, pero su cabeza debía de haber entrevisto alguna posibilidad de divertirse, y eso la había atraído más que la posibilidad de que Amtrak enviara un tren especial para recogerlos mientras ella estaba ausente.

Pero ¿dónde exactamente habría ido en busca de diversión?

Estaba seguro de que no existían eso que se llaman clubes nocturnos en Crowheart Springs, donde la estación de tren era solo un largo tinglado verde con WYOMING y EL ESTADO DE LA IGUALDAD pintado en rojo, blanco y azul en uno de los lados. Nada de clubes nocturnos ni discotecas, pero sin duda habría bares, y pensó que ella se las arreglaría para encontrar alguno. Si no podía ir «de clubes», iría «de bares».

Cayó la noche y las estrellas se desplegaron en el cielo, de este a oeste, como una alfombra adornada con lentejuelas. Una media luna asomó entre dos cumbres y permaneció allí, ofreciendo un resplandor de sala de espera sobre aquella extensión de la carretera y el campo abierto que había a ambos lados. El viento silbaba bajo los aleros de la estación, pero ahí fuera emitía un extraño murmullo que no era una vibración. Eso le hizo pensar en la canción que entonaba Pammy Andreeson jugando a la rayuela.

Echó a andar con el oído puesto en el sonido de un tren que pudiera acercarse por detrás. Pero no lo oyó; lo que oyó cuando el viento amainó fue un leve pero perfectamente audible clic, clic, clic. Se dio la vuelta y vio un lobo unos veinte pasos más atrás, junto a una señal rota de la Carretera 26. Era grande como un becerro; tenía el pelaje tan apretado como un sombrero ruso. Bajo la luz de las estrellas, su pelo parecía negro y sus ojos, de un oscuro amarillo orina. Vio que David lo estaba mirando y se detuvo. Abrió la boca con una mueca y comenzó a jadear; el sonido de un motor pequeño.

No era momento de asustarse. Dio un paso hacia el lobo, dio una palmada y gritó:

—¡Largo de aquí! ¡Vete ya!

El lobo se dio la vuelta y desapareció, dejando tras él una pila de excrementos sobre la Carretera 26. David sonrió pero se las apañó para no reírse en voz alta; pensaba que eso sería tentar demasiado a los dioses. Se sentía asustado y, al mismo tiempo, aunque pareciera absurdo, totalmente tranquilo. Pensó en cambiarse el nombre de David Sanderson por Asustador de Lobos. Ese sí que sería un buen nombre para un banquero especialista en inversiones.

Entonces sí se rió un poco —no pudo evitarlo— y reanudó la marcha hacia Crowheart Springs. Esta vez caminaba mirando por encima del hombro y a ambos lados, pero el lobo no regresó. Lo que sí regresó fue la certeza de que oiría el chirrido del tren especial que llegaría para recoger a los otros; retirarían del cruce la parte del tren en el que viajaban y que seguía en las vías, y la gente que aguardaba al fondo de la estación enseguida estaría de nuevo en camino. Los Palmer, los Lander, el cojo Biggers, la danzarina Pammy y todos los demás.

Bueno, ¿y qué? Amtrak les guardaría el equipaje en San Francisco; podían

confiar en que lo haría. Él y Willa encontrarían la estación local de autobuses. La línea de autobuses Grey-hound tenía que haber descubierto Wyoming.

Se topó con una lata de Budweiser y la pateó durante un trecho. Entonces le dio una patada que la desvió hacia los matorrales, y mientras se debatía entre si ir a buscarla o no, oyó una música a lo lejos: un bajo y el llanto de una guitarra eléctrica, que a David siempre le sonaba como lágrimas de cromo. Incluso en las canciones alegres.

Ella estaba allí, escuchando aquella música. No porque fuera el lugar más cercano donde podía escucharse música sino porque aquel era el lugar correcto. Lo sabía. Así que se olvidó de la lata y fue hacia la guitarra eléctrica; sus zapatillas levantaban un polvo que el viento se llevaba lejos. Lo siguiente fue el sonido de una batería, y después una flecha de neón bajo un cartel en el que sencillamente se leía 26. Bueno, ¿por qué no? Al fin y al cabo aquella era la Carretera 26. Era un nombre perfectamente lógico para un tugurio.

Había dos zonas de aparcamiento. La de delante estaba pavimentada y albergaba camionetas y automóviles, la mayoría estadounidenses y de al menos cinco años. La explanada de la izquierda era de grava. En esa zona, filas de largos semirremolques yacían bajo brillantes arcos blanquiazules de neón. Ahora David podía oír también el ritmo de las guitarras principales y leer la marquesina que había sobre la puerta: SOLO ESTA NOCHE THE DERAILERS. ENTRADA \$5 LO SENTIMOS.

The Derailers, «los Descarriladores», pensó. Bueno, desde luego Willa había encontrado el grupo correcto.

David tenía un billete de cinco en la cartera, pero la taquilla del 26 estaba vacía. Más allá, una pista de baile de madera maciza estaba atiborrada de parejas que bailaban despacio, la mayoría de ellas vestidas con tejanos y botas vaqueras, apretujándose mutuamente el trasero mientras la banda se abría paso con «Wasted Days and Wasted Nights». Era una canción ruidosa, lacrimógena y, hasta donde David Sanderson podía opinar, perfecta. El olor a cerveza, sudor, loción para después del afeitado y perfume de Wal-Mart lo golpearon como un puñetazo en la nariz. Las carcajadas y las conversaciones —incluso un «Yuju» fuera de lugar procedente del lado más alejado de la pista— parecían el sonido que uno oye en un sueño que se repite una y otra vez en ciertos momentos de la vida: el sueño en el que no llegas preparado a un examen muy importante, el sueño en el que estás desnudo, el sueño en el que estás cayendo, el sueño en el que atraviesas a toda prisa la ciudad porque estás convencido de que tu destino te espera al otro lado.

David pensó guardar el billete de cinco dólares en la cartera, pero finalmente se asomó a la taquilla de la entrada y lo dejó caer sobre el escritorio que había detrás, despejado completamente salvo por un paquete de Lucky Strike sobre un

libro de bolsillo de Danielle Steel. Después se adentró en la atestada sala principal.

The Derailers cambiaron de tercio con algo mucho más alegre y los bailarines más jóvenes empezaron a saltar como niños en un espectáculo punk. A la izquierda de David, aproximadamente dos docenas de bailarines de mayor edad formaron un par de hileras. Se fijó con más atención y se dio cuenta de que solo había una fila. La pared de detrás era un espejo que hacía que la pista de baile pareciera el doble de grande de lo que era.

Un vaso se hizo añicos.

—¡Tú pagas, compañero! —gritó el cantante mientras Los Descarriladores interpretaban un tema instrumental. Los bailarines aplaudieron aquel chiste con entusiasmo. David pensó que probablemente parecería de lo más brillante si ibas conduciendo a todo trapo por la autopista del tequila.

El bar tenía forma de herradura, con una réplica de neón del Wind River Range flotando en lo alto. Era rojo, blanco y azul; parecía que en Wyoming les encantaba su rojo, blanco y azul. Un cartel de neón con los mismos colores proclamaba ESTÁS EN EL PAÍS DE DIOS, COMPAÑERO. El logo de Budweiser lo flanqueaba por la izquierda y el logo de Coors por la derecha. La multitud que esperaba a que le atendieran se agolpaba sobre la barra en cuatro filas de personas. Un trío de camareros, vestidos con camisa blanca y delantal rojo, sacudían las cocteleras como si fueran revólveres de seis balas.

El lugar estaba atestado —debía de haber quinientas personas armando jaleo — pero no le inquietaba encontrar a Willa. Mi intuición sigue funcionando, pensó mientras acortaba camino por una de las esquinas de la pista de baile, casi bailando también al tiempo que esquivaba a varios vaqueros y vaqueras que daban vueltas.

Más allá de la barra y la pista de baile había un pequeño y oscuro corredor con reservados cubiertos. En la mayoría de ellos se apiñaban unas cuatro personas, por lo general con una o dos jarras de cerveza como sustento; su reflejo en la pared de espejo convertía cada fiesta de cuatro en una fiesta de ocho. Solo uno de los reservados no estaba lleno. Willa estaba allí sentada, su vestido de cuello alto con estampado de flores parecía fuera de lugar entre tantos Levi's, chaquetas vaqueras y camisas con botones perlados. No había pedido nada de comer ni de beber, la mesa estaba limpia.

Al principio, ella no lo vio. Estaba observando a los que bailaban. Tenía las mejillas sonrojadas y se le marcaban los hoyuelos en las comisuras de la boca. Parecía estar a doce kilómetros de aquel bar, pero él nunca la había querido más que entonces. Esa era Willa al borde de una sonrisa.

—Hola, David —dijo mientras él se deslizaba a su lado—. Esperaba que

vinieras. Pensé que lo harías. ¿A que la banda es genial? ¡Suenan tan fuerte!

Casi tenía que gritar para hacerse oír, pero él notó que a Willa eso también le gustaba. Y después de la primera mirada que le dedicó, volvió a posar la vista en los bailarines.

—Son buenos, ya lo creo —dijo él. Verdaderamente lo eran. Se oyó responderse a sí mismo a pesar de la ansiedad, que había regresado. Ahora que en efecto la había encontrado, volvía a preocuparle aquel maldito tren que debía recogerlos—. El cantante se parece a Buck Owens.

—¿De verdad? —Se volvió hacia él, sonriendo—. ¿Quién es Buck Owens?

—No importa. Tenemos que volver a la estación. A menos que quieras quedarte aquí colgada otro día más, claro.

—Igual resulta que no es tan malo. Está empezando a gustarme este... ¡Eh, mira!

Un vaso trazó un arco por encima de la pista de baile, lanzó destellos verdes y dorados con las luces del escenario, y se hizo trizas en algún lugar fuera de la vista. Hubo vítores y algunos aplausos —Willa también aplaudió—, pero David vio que un par de gorilas con las palabras SEGURIDAD y SERENIDAD estampadas en su camiseta se acercaban al lugar desde donde habían lanzado el misil.

—Este es el típico sitio donde siempre hay cuatro peleas a puñetazos en el aparcamiento antes de las once —dijo David— y a menudo una pelea de todos contra todos justo antes de que cierren.

Willa rió y le apuntó con los dedos índices, como si fueran pistolas.

—¡Bien! ¡Quiero verlo!

—Y yo quiero que volvamos —dijo David—. Si quieres ir a bares de mala muerte en San Francisco, yo te llevaré. Te lo prometo.

Ella se estiró el labio inferior y se apartó de la cara el cabello color arena.

—No sería lo mismo. No lo sería, y tú lo sabes. En San Francisco probablemente beban... no sé... cerveza macrobiótica.

Eso le hizo reír. Igual que la idea de un banquero especializado en inversiones que se llamara Asustador de Lobos, la idea de una cerveza macrobiótica era demasiado buena. Pero la ansiedad seguía ahí debajo de aquella risa; de hecho, ¿no estaba alimentando la risa?

—Vamos a tomarnos un pequeño descanso y muy pronto estaremos de vuelta —dijo el cantante, secándose la frente—. Vayan a beber algo. Y recuerden, yo soy Tony Villanueva y nosotros somos The Derailers.

—Este es el aviso para que nos pongamos los zapatos de diamantes y nos marchemos —dijo David, y le cogió la mano. Se deslizó fuera del reservado, pero ella no lo siguió. Aunque tampoco le soltó la mano, y él volvió a sentarse, sintiendo un poco de pánico. Pensó que ahora sabía qué sentía un pez cuando

comprendía que no podría liberarse del anzuelo, que ese oxidado anzuelo se había enganchado bien y que el señor Trucha terminaría en la cesta, donde daría su último coletazo. Ella lo estaba mirando con aquellos mismos ojos azules asesinos y aquellos hoyuelos profundos: Willa al borde de una sonrisa, su futura esposa, que leía novelas durante el día y poesías por la noche, y que creía que las noticias de la televisión eran... ¿cómo las llamaba? Efímeras.

—Míranos —dijo, y giró la cabeza por encima de él.

El miró hacia la pared de espejo de la izquierda. Vio a una agradable pareja de la costa Este, tirados en Wyoming. Ella, con su vestido estampado, tenía mucho mejor aspecto que él, pero supuso que eso sería siempre así. Pasó la mirada desde la Willa del espejo a la real arqueando sus cejas castañas.

—No, mira otra vez —dijo ella. Los hoyuelos seguían ahí, pero ahora estaba seria, tan seria como podía estarlo en una atmósfera tan festiva—. Y piensa en lo que te dije.

David estuvo a punto de decir «Me dices muchas cosas, y pienso en cada una de ellas», pero aquella era la respuesta de un enamorado, bonita y en esencia carente de sentido. Y como no sabía a qué se refería, miró de nuevo y no dijo nada. Esta vez miró de verdad y no vio a nadie en el espejo. Miraba el único reservado vacío del 26. Se volvió hacia Willa, pasmado... aunque de algún modo no le sorprendía.

—¿No te has preguntado cómo una hembra tan presentable puede estar sentada aquí sola, cuando el lugar está que arde? —preguntó ella.

David negó con la cabeza. No se lo había preguntado. Había muchas cosas que nunca se había preguntado, al menos hasta entonces. Cuándo fue la última vez que había comido o bebido, por ejemplo. O qué hora era, o cuándo fue la última vez que había visto la luz del sol. Ni siquiera sabía exactamente qué les había pasado. Solo que el Volador del Norte había descarrilado, y ahora, por casualidad, estaban allí oyendo a una banda de country llamada...

—Le di patadas a una lata —dijo—. Viniendo hacia aquí le di patadas a una lata.

—Sí —dijo ella—, y la primera vez que miraste el espejo nos viste, ¿no es así? La percepción no lo es todo, pero ¿qué pasa cuando juntamos la percepción con las expectativas? —Parpadeó, luego se inclinó hacia él. Sentir la presión de sus pechos contra sus antebrazos al tiempo que le besaba la mejilla fue maravilloso. Era sin duda la sensación de la carne viva—. Pobre David. Lo siento. Pero has sido muy valiente al venir. La verdad es que no pensaba que fueras a hacerlo.

—Tenemos que volver y contárselo a los demás.

Ella apretó los labios.

—¿Por qué?

—Porque...

Dos hombres con sombrero vaquero guiaban hacia el reservado a dos mujeres sonrientes, vestidas con tejanos, camisa del oeste y con una cola de caballo. Mientras se acercaban, una idéntica expresión de azoramiento —no del todo temerosa— trocó sus rostros, y volvieron hacia la barra del bar. Nos han sentido, pensó David. Como un aire frío que los empuja a marcharse... eso es lo que somos ahora.

—Porque es lo correcto.

Willa rió. Fue un sonido fatigado.

—Me recuerdas al viejo que solía vender harina de avena por televisión.

—¡Cariño, los otros creen que están esperando un tren que vendrá a recogerlos!

—¡Bueno! ¡Quizá sea así! —A David casi le asustó la repentina ferocidad de Willa—. Quizá sea ese tren del que siempre hablan, el tren del Evangelio, el tren a la Gloria. Ese que no lleva a tahúres ni a ladrones de medianoche.

—No creo que Amtrak llegue hasta el cielo —respondió David. Esperaba hacerla reír, pero ella bajó la mirada hacia las manos de él casi con acritud, y él tuvo una revelación repentina—. ¿Sabes algo más? ¿Algo que debamos decirles a los otros? Hay algo más, ¿verdad?

—No sé por qué deberíamos tomarnos tantas molestias cuando simplemente podemos quedarnos aquí —dijo. ¿Había petulancia en su voz? Pensó que sí. Aquella era una Willa que él *nunca* había imaginado—. Puede que seas un poco corto de vista, David, pero al menos has venido. Y te quiero por eso.

Volvió a besarlo.

—También me encontré con un lobo —dijo—. Lo espanté con un par de palmadas. Estaba pensando en cambiarme el nombre por el de Asustador de Lobos.

Se quedó mirándolo durante un momento con la boca abierta, y David tuvo tiempo de pensar: He tenido que esperar hasta que estuviéramos muertos para sorprender de veras a la mujer que amo. Entonces, ella se dejó caer sobre el respaldo acolchado del reservado, y se rió a carcajadas. Una camarera que en ese momento pasaba por su lado dejó caer una bandeja repleta de cervezas con un estallido y soltó un juramento.

—¡Asustador de Lobos! —gritó Willa—. ¡Quiero llamarte así en la cama! ¡Oh, oh, Asustador de Lobos! ¡Eres tan grande! ¡Eres tan peludo!

La camarera seguía con la vista clavada en aquel espumoso desastre, maldiciendo como un marinero en cubierta. Se mantenía lo más alejada que podía de ese único reservado vacío.

—¿Crees que todavía podemos? —dijo David—. Me refiero a hacer el amor. Willa se secó los ojos llorosos y contestó:

—Percepción y expectativas, ¿recuerdas? Juntas pueden mover montañas. —Volvió a cogerle la mano—. Yo todavía te quiero y tú a mí también, ¿no es así?

—¿Acaso no soy el Asustador de Lobos? —repuso David. Pudo bromear porque sus nervios todavía no creían que estuviera muerto. Pasó su mirada desde Willa hasta el espejo y los vio a ambos. Luego solamente a él, con sus manos sosteniendo la nada. Luego los dos habían desaparecido. Sin embargo... respiraba, olía la cerveza y el whisky y el perfume.

Un ayudante de cocina había surgido de alguna parte y ayudaba a la camarera a recoger el desastre.

—Sentí que daba un paso en falso —la oyó decir David. ¿Ese era el tipo de cosas que uno escuchaba en la otra vida?—. Creo que volveré contigo —añadió Willa—, pero no pienso quedarme en esa aburrida estación con esa gente aburrida cuando hay un lugar como este en los alrededores.

—Bien —dijo él.

—¿Quién es Buck Owens?

—Te lo contaré todo sobre él —dijo David—. Y también sobre Roy Clark. Pero primero dime qué más sabes.

—La mayoría de ellos no me importan —dijo ella—, pero Henry Lander es agradable. Y también su esposa.

—Phil Palmer tampoco está mal.

Ella arrugó la nariz.

—Phil, el pelmazo.

—¿Qué sabes, Willa?

—Lo verás por ti mismo, si de verdad miras.

—¿No sería más fácil si simplemente me...?

Al parecer no lo era. Ella se echó hacia delante hasta que sus pechos se apretaron contra el borde de la mesa y señaló con el dedo:

—¡Mira! ¡La banda ha vuelto!

La luna estaba alta cuando él y Willa caminaban de vuelta hacia la carretera cogidos de la mano. David no lo entendía —se habían quedado solo a las dos primeras canciones de la segunda parte—, pero ahí estaba, flotando allá arriba en la estrellada negrura. Ese detalle lo preocupaba, pero había algo que lo perturbaba aún más.

—Willa —dijo—. ¿En qué año estamos?

Ella lo pensó detenidamente. El viento azotaba su vestido estampado como si

fuera el vestido de cualquier mujer viva.

—No lo recuerdo con exactitud —dijo finalmente—. ¿No es extraño?

—Teniendo en cuenta que no puedo acordarme de cuándo fue la última vez que comí o que bebí un vaso de agua, no me resulta demasiado extraño. Si tuvieras que adivinarlo, ¿qué año dirías? Rápido, sin pensarlo.

—Mil novecientos... ¿ochenta y ocho?

David asintió. El habría dicho 1987.

—Allí dentro había una chica con una camiseta en la que ponía ESCUELA DE SECUNDARIA DE CROWHEART SPRINGS, CURSO 2003. Y si tenía edad suficiente para estar en una taberna...

—Entonces 2003 tuvo que haber sido hace por lo menos tres años.

—Eso es lo que estaba pensando. —Hizo una pausa—. No podemos estar en 2006, Willa. ¿O sí? Quiero decir, ¿estamos en el siglo XXI?

Antes de que pudiese responder, oyeron el clic, clic, clic de pezuñas sobre el asfalto. Esta vez había más de uno; esta vez había cuatro lobos detrás de ellos en la carretera. El más grande, que se mantenía al frente de los otros, era el que había acechado a David mientras caminaba hacia Crowheart Springs. Hubiera reconocido ese pelaje tupido y negro en cualquier parte. Ahora sus ojos brillaban más. Una media luna flotaba en cada uno de ellos como una lámpara ahogada.

—¡Nos ven! —gritó Willa en una especie de éxtasis—. ¡David, nos ven! —Apoyó una rodilla en una franja blanca de la línea discontinua de la carretera y estiró el brazo derecho. Hizo un sonido con la boca y dijo—: ¡Aquí, muchacho! ¡Acércate!

—Willa, no creo que eso sea buena idea.

Ella no le hizo caso, algo bastante habitual en Willa. Tenía sus propias ideas sobre las cosas. Había sido ella quien había querido ir desde Chicago hasta San Francisco en ferrocarril porque, según había dicho, quería saber cómo era follar en un tren. Especialmente en uno que corriera mucho y se zarandeara un poco.

—¡Ven, muchachote, ven con mamá!

El lobo grande se acercó, seguido por su compañera y sus dos... ¿podríamos llamarlos cachorros? Mientras estiraba el hocico (y todos esos dientes brillantes) hacia el delgado brazo extendido, la luna le inundó completamente los ojos durante un instante y los convirtió en plata. Entonces, justo antes de que su largo hocico pudiera tocarle la piel, el lobo lanzó una serie de gemidos encadenados y retrocedió de forma tan abrupta que por un momento se alzó sobre sus cuartos traseros, con las patas delanteras boxeando en el aire y el blanco pelaje del vientre a la vista. Los otros estaban aterrorizados. El lobo grande dio media vuelta en el aire y corrió hacia los matorrales del lado derecho de la carretera, todavía gimiendo y con la cola entre las patas. Los otros lo siguieron.

Willa se irguió y miró a David con una expresión de dolor tan intensa que era demasiado difícil de soportar. Así que clavó la mirada en el suelo.

—¿Para esto me has traído a la oscuridad cuando yo estaba tan tranquila escuchando música? —preguntó—. ¿Para mostrarme lo que soy ahora? ¡Como si no lo supiera!

—Lo siento, Willa.

—Todavía no, pero lo sentirás. —Volvió a cogerle de la mano—. Vamos, David.

David arriesgó una sonrisa.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Oh, un poco, pero ahora tú eres todo lo que tengo, y no puedo abandonarte.

Poco después de ver los lobos, David atisbo una lata de Budweiser que yacía a un lado de la carretera. Estaba casi seguro de que era la misma que había ido pateando delante de él hasta que una patada la desvió hacia los matorrales. Ahí estaba de nuevo, en su posición original... porque, por supuesto, él no la había pateado. La percepción no lo es todo, había dicho Willa, pero ¿la percepción y las expectativas? Júntalas y tendrás un bote de mantequilla de cacahuete Reese cortesía de la mente.

Dio una patada a la lata hacia la maleza, y cuando habían pasado de largo aquel punto, se volvió y allí estaba de nuevo, justo donde yacía desde que un vaquero —quizá de camino al 26— la había arrojado por la ventanilla de su camioneta. Recordaba que en *Hee Haw* —ese viejo programa de televisión que protagonizaban Buck Owens y Roy Clark— solían llamar a las camionetas «Cadillacs de vaqueros».

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Willa.

—Te lo diré más tarde. Por lo que parece tendremos tiempo de sobra.

Se detuvieron delante de la estación de trenes de Crowheart Springs, cogidos de la mano bajo la luz de la luna como Hansel y Gretel en la entrada de la casita de chocolate. A David, el largo edificio pintado de verde le parecía de un color gris ceniza, y aunque sabía que los letreros WYOMING y EL ESTADO DE LA IGUALDAD estaban pintados de rojo, blanco y azul, podrían haberlo estado de cualquier otro color. Reparó en una lámina de papel, protegida de los elementos por un plástico, clavada en uno de los postes que flanqueaban los anchos escalones que conducían a la entrada de doble puerta. Phil Palmer seguía recostado allí.

—¡Eh, amigo! —le llamó Palmer—. ¿Tienes un cigarrillo?

—Lo siento, señor Palmer —dijo David.

—Creía que me traerías un paquete.

—No pasé por ninguna tienda —respondió David.

—¿No vendían tabaco allí donde estabas, muñeca? —preguntó Palmer. Era el tipo de hombre que llamaba «muñeca» a todas las mujeres de cierta edad; uno sabía eso con solo mirarlo, así como que si pasabas un día con él durante una agobiante tarde de agosto, se echaría el sombrero hacia atrás para secarse el sudor de la frente y te diría que no era calor sino humedad.

—Seguro que sí —dijo Willa—, pero habría tenido problemas para comprarlo.

—¿Se puede saber por qué, dulzura?

—¿Usted qué cree?

Palmer cruzó los brazos sobre su angosto pecho y no dijo nada. Desde algún lugar del interior, su mujer gritaba:

—¡Tenemos pescado para cenar! *¡Primeo una cosha y depué otra!* ¡Odio el olor de este sitio! ¡Galletas!

—Estamos muertos, Phil —dijo David—. Ese es el motivo. Los fantasmas no pueden comprar tabaco.

Palmer lo escudriñó durante unos segundos y, antes de que se echara a reír, David notó que Palmer no solo le creía sino que lo había sabido desde el principio.

—He oído muchas razones por las que alguien no trae algo que se le ha pedido —dijo—, pero tengo que admitir que esta se lleva la palma.

—Phil...

Desde dentro:

—¡Pescado para cenar! ¡Maldita sea!

—Perdonadme, chicos —dijo Palmer—. El deber me llama.

Y se fue. David se volvió hacia Willa; creía que le preguntaría qué otra cosa esperaba de él, pero Willa estaba mirando la nota de papel clavada en el poste junto a la escalera.

—Mira eso —dijo Willa—, y dime qué ves.

Al principio no vio nada porque la luna se reflejaba en el plástico protector. Dio un paso adelante, luego otro a la izquierda, apartando a Willa a un lado al hacerlo.

—Arriba del todo pone: PROHIBIDA LA PROSTITUCIÓN POR ORDEN DEL SHERIFF DE SUBLETTE COUNTY; después hay un texto en letras pequeñas, bla, bla, bla, y al final...

Ella le dio un codazo sin delicadeza alguna.

—Deja de hacer el idiota y mira bien, David. No quiero pasarme aquí toda la noche.

No ves lo que tienes justo delante de los ojos.

Apartó la vista de la estación y miró las vías del tren que brillaban bajo la luz

de la luna. Más allá había una gruesa y blanca garganta de piedra con la cima aplanada; eso es una meseta, compañero, como en las viejas películas de John Ford.

Volvió a mirar la nota del poste, y se preguntó cómo un feroz banquero especialista en inversiones conocido como Asustador de Lobos Sanderson podía haber confundido aquellas palabras.

—Dice: PROHIBIDO EL PASO POR ORDEN DEL SHERIFF DE SUBLETTE COUNTY —dijo.

—Muy bien. ¿Y debajo del bla, bla, bla?

Al principio no pudo leer los dos renglones del final; al principio esas dos líneas eran solo símbolos incomprensibles, posiblemente porque su mente, que se negaba a creer nada de todo aquello, no podía hallar una traducción inocua. Así que volvió a mirar hacia las vías del ferrocarril y no le sorprendió del todo comprobar que ya no brillaban bajo la luz de la luna; ahora el acero parecía estar oxidado y los hierbajos crecían entre los travesaños. Cuando fijó de nuevo la mirada, la estación de trenes estaba hundida y abandonada, tenía las ventanas tapadas con tablones de madera y al techo le faltaba la mayoría de las tejas. El letrero de NO APARCAR, ZONA DE TAXIS había desaparecido del asfalto, que estaba lleno de grietas y de baches. Aún podía leer WYOMING y EL ESTADO DE LA IGUALDAD en un lado del edificio, pero ahora las palabras eran fantasmas. Como nosotros, pensó.

—Adelante —dijo Willa. Willa, que tenía sus propias ideas sobre las cosas; Willa, que veía lo que tenía justo delante de los ojos y quería que tú lo vieras también, aunque mirar fuese cruel—. Este es el examen final. Lee esas dos líneas de abajo y podremos continuar con el espectáculo.

Él suspiró.

—Dice: PROPIEDAD DECLARADA EN RUINAS, DEMOLICIÓN PROGRAMADA PARA JUNIO DE 2007.

—Tienes un sobresaliente. Ahora vayamos a ver si a alguien más le apetece ir al pueblo y escuchar a Los Descarriladores. Le diré a Palmer que le vea el lado bueno; no podremos comprar cigarrillos, pero a la gente como nosotros no les cobran entrada.

Solo que nadie quería ir al pueblo.

—¿Qué quiere decir Willa con que estamos muertos? ¿Por qué se empeña en decir algo tan espantoso? —le preguntó Ruth Lander a David. Pero lo que lo mató (es una forma de hablar) no fue el reproche de su voz sino la mirada que había en sus ojos antes de que apretara el rostro contra el hombro de la chaqueta de pana de

Henry. Porque ella también lo sabía.

—Ruth —dijo David—, no le estoy diciendo esto para que se sienta mal...

—¡Entonces para ya! —gritó ella; su voz sonó amortiguada.

David se percató de que todos ellos, excepto Helen Palmer, lo miraban con ira y hostilidad. Helen asentía y murmuraba entre su marido y la señora Rhinehart, quien probablemente se llamaba Sally. Formaban pequeños grupos bajo los tubos fluorescentes... pero cuando parpadeó los fluorescentes habían desaparecido. Entonces los abandonados pasajeros se transformaron en figuras borrosas bajo la truncada luz de la luna que lograba abrirse paso a través de las ventanas cubiertas por tablones. Los Lander no estaban sentados en ninguno de los bancos, estaban sentados en el suelo polvoriento, cerca de un montoncito de ampollas vacías de crack —sí, parecía que el crack había encontrado el modo de llegar incluso al condado de John Ford—, y había un círculo descolorido en una pared no muy lejos del rincón donde Helen Palmer se había acucillado y empezado a gimotear. David volvió a parpadear y los tubos fluorescentes regresaron. Así como un gran reloj, que ocultó el círculo descolorido.

—Creo que lo mejor sería que os marcharais, David —dijo Henry Lander.

—Escuche un minuto, Henry —dijo Willa.

Henry dirigió su mirada hacia Willa, y a David no le perturbó percibir el desagrado que albergaba. Cualquier aprecio que Henry pudo haber sentido alguna vez por Willa Stuart había desaparecido.

—No quiero escuchar —dijo Henry—. Estáis consiguiendo que mi esposa se ponga triste.

—Sí —intervino un joven gordo con una gorra de los Seattle Mariners. David pensó que se llamaba O'Casey. O en cualquier caso era algo irlandés con un apóstrofo—. ¡Cierra la boca, nena!

Willa se inclinó hacia Henry, y este se apartó bruscamente, como si tuviera mal aliento.

—¡La única razón por la que dejé que David me arrastrara hasta aquí fue porque van a demoler este sitio! ¿Puedes decir «bola de demolición», Henry? Seguro que eres lo bastante listo para entender ese concepto.

—¡Haz que se calle! —gritó Ruth; su voz sonó amortiguada.

Willa se inclinó aún más; sus ojos brillaban en su anguloso y bonito rostro.

—Y cuando acaben con la bola de demolición y los camiones se lleven de aquí los escombros de lo que era la estación de trenes, esta vieja estación, ¿dónde estarás tú?

—Déjanos solos, por favor —dijo Henry.

—Henry... como la chica del coro le dijo al arzobispo, la negación no es un río de Egipto.

Úrsula Davis, a quien Willa le había caído mal desde el principio, dio un paso al frente con el mentón por delante.

—Vete a la mierda, zorra perturbadora.

Willa los recorrió a todos con la mirada.

—¿Ninguno de ustedes lo entiende? Están muertos, todos estamos muertos, y cuanto más tiempo estén en un sitio, más les costará marcharse a otro.

—Tiene razón —dijo David.

—Sí, y si dijera que la luna es queso, tú dirías que es provolone —dijo Úrsula. Era una mujer alta, prohibitivamente hermosa y de unos cuarenta años—. Disculpa mi lenguaje, pero te tiene tan atado al coño que ni siquiera nos resulta gracioso.

Dudley dejó escapar de nuevo ese sobrecogedor rebuzno, y la señora Rhinehart empezó a reírse.

—Ustedes dos están molestando a los pasajeros.

Ese era Rattner, el pequeño conductor de rostro apologetico. Casi nunca hablaba. David parpadeó otra vez, la oscuridad y la luz de la luna se instalaron en la estación durante un momento, y vio que la mitad de la cabeza de Rattner había desaparecido. El resto de su cara se había vuelto negro.

—¡Van a demoler este sitio y no tendrán ningún otro lugar adonde ir! —exclamó Willa—. Ningún otro puñetero lugar. —Se secó con los puños las lágrimas de furia que le cubrían las mejillas—. ¿Por qué no vienen al pueblo con nosotros? Les enseñaremos el camino. Por lo menos hay gente..., luces... y música.

—Mami, yo quiero oír música —dijo Pammy Andreeson.

—Calla —dijo su madre.

—Si estuviéramos muertos, lo sabríamos —intervino Biggers.

—Ahí te ha cogido, muchacho —comentó Dudley; le guiñó un ojo a David—. ¿Qué nos ha pasado? ¿Cómo hemos muerto?

—Yo... no lo sé —respondió David. Miró a Willa y esta se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Lo ven? —dijo Rattner—. Hubo un descarrilamiento. Eso pasa..., bueno, iba a decir que pasa todos los días pero no es verdad. Ni siquiera aquí, donde el sistema de vías necesita muchas horas de trabajo, pero de vez en cuando, en algún que otro cruce...

—Nos caímos —dijo Pammy Andreeson. David la miró, la miró de verdad, y por un instante vio un cadáver calcinado con un harapo podrido como vestido—. Caímos y caímos y caímos. Después... —Hizo un fuerte y grave sonido con la garganta, juntó sus pequeñas y tiznadas palmas y las separó bruscamente: el código de todos los niños para explicar una explosión.

Parecía que iba a decir algo más, pero, antes de que pudiera hacerlo, su madre la abofeteó tan fuerte que se le vieron los dientes y se le escapó un poco de saliva por la comisura de la boca. Pammy se quedó con la mirada fija durante un momento, desconcertada por la conmoción. Luego soltó un gemido estridente en una nota más dolorosa que cuando cantaba jugando a la rayuela.

—¿Qué hemos dicho de las mentiras, Pamela? —gritó Georgia Andreeson aferrando a la niña por el antebrazo. Sus dedos se hundieron hasta casi perderlos de vista.

—¡No está mintiendo! —dijo Willa—. ¡Nos salimos de las vías y caímos por el desfiladero! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Y ustedes también lo recuerdan! ¿No es cierto? ¿No es cierto? ¡Lo veo en sus caras! ¡Lo veo en sus puñeteras caras!

Sin mirarla, Georgia Andreeson alzó el dedo corazón hacia Willa. Su otra mano sacudía a Pammy adelante y atrás. David vio a una niña flotando en una dirección y un cadáver calcinado en la otra. ¿Qué se había incendiado? Ahora recordaba la caída, pero ¿qué se había incendiado? No lo recordaba, quizá porque no quería recordarlo.

—¿Qué hemos dicho de las mentiras? —gritó Georgia Andreeson.

—¡Que están mal, mamá! —sollozó la niña.

La mujer tiró de ella hacia la oscuridad mientras la niña aún gritaba esa única nota monótona.

Tras ellas se hizo un momentáneo silencio —todos escuchaban los lamentos de Pammy mientras la arrastraban al exilio— y luego Willa se volvió hacia David.

—¿Has tenido bastante?

—Sí —dijo él—. Vámonos.

—¡No olvidéis cerrar la puerta al salir! —advirtió Biggers, demencialmente exuberante, y Dudley se desternilló de risa.

David dejó que Willa lo guiase hacia la entrada de doble puerta, donde Phil continuaba recostado, aún con los brazos cruzados sobre el pecho. Entonces David soltó la mano de Willa y se acercó a Helen Palmer, que estaba sentada en el rincón, meciéndose adelante y atrás. Ella lo miró con ojos oscuros y salvajes.

—Tenemos pescado para cenar —dijo Helen Palmer en algo que fue poco más que un susurro.

—No sé nada de eso —dijo David—, pero tenía razón respecto al olor de este sitio. Galletas viejas y sucias. —Miró hacia atrás y vio a los demás observándolos a Willa y a él bajo la menguante luz de la luna que podía convertirse en luz de fluorescente si lo deseabas con la suficiente intensidad—. Supongo que así huelen los lugares que han estado mucho tiempo cerrados.

—Será mejor que te vayas, amigo —dijo Phil Palmer—. Nadie quiere comprar lo que estás vendiendo.

—Como si no lo supiera —respondió David, y siguió a Willa hacia la oscuridad iluminada por la luna.

A su espalda, como un susurro silbante del viento, oyó a Helen Palmer decir:

—*Primeo una cosha y depué otra.*

Tardaron toda la noche en recorrer los kilómetros que los separaban del 26, pero David no estaba cansado. Suponía que los fantasmas no podían cansarse, así como no sentían sed ni hambre. Además, aquella noche era distinta. La luna lucía llena en el cielo, brillando en las alturas como un dólar de plata, y el aparcamiento delantero del 26 estaba vacío. En la explanada de grava que había a un lado, unos cuantos semirremolques permanecían en silencio, y uno ronroneaba soñoliento con las luces de posición encendidas. En la marquesina de la entrada se leía: ESTA SEMANA LOS HALCONES NOCTURNOS, TRAE A TU CHICA. GÁSTATE EL DINERO.

—Qué bonito —dijo Willa—. ¿Me traerás, Asustador de Lobos? ¿Acaso no soy tu chica?

—Lo eres, y te traeré —respondió David—. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? El salón de baile está cerrado.

—Aun así entraremos, por supuesto —contestó ella.

—Pero las puertas estarán cerradas con llave.

—No si no queremos que lo estén. Percepción, ¿recuerdas? Percepción y expectativas.

Lo recordaba, y cuando intentó abrir la puerta, se abrió. Los olores de la barra y la pista seguían allí, ahora mezclados con el agradable aroma de algún producto de limpieza con esencia de pino. El escenario estaba despejado y las banquetas descansaban sobre la barra, con las patas hacia arriba, pero la réplica de neón del Wind River Range seguía encendida, bien porque el encargado la había dejado así antes de cerrar, bien porque Willa y él así lo deseaban. Esto último parecía lo más probable. La pista de baile parecía más grande ahora que estaba desierta, especialmente porque la pared de espejo la duplicaba. Las montañas de neón arrojaban una luz trémula sobre su superficie encerada.

Willa respiró profundamente.

—Huelo la cerveza y el perfume —dijo—. Un aroma penetrante. Es adorable.

—Tú eres adorable —respondió él.

Ella se volvió hacia él. —Bésame, vaquero.

La besó allí, en el borde de la pista de baile, y a juzgar por lo que estaba sintiendo, la posibilidad de hacer el amor no quedaba en absoluto descartada.

Ella le besó las comisuras de la boca, luego dio un paso atrás.

—Echa veinticinco centavos en la máquina de discos, ¿vale? Quiero bailar.

David se acercó a la máquina en el otro extremo de la barra, metió veinticinco centavos y seleccionó D-19, la versión de Freddy Fenson de «Wasted Days and Wasted Nights». Fuera, en el aparcamiento, Chester Dawson, que había decidido detenerse allí unas horas antes de continuar su viaje hacia Seattle con un cargamento de piezas electrónicas, alzó la cabeza, pensó que oía música, se convenció de que era parte del sueño que estaba teniendo, y volvió a quedarse dormido.

David y Willa se movían lentamente alrededor de la pista vacía, algunas veces reflejados en el espejo y otras veces no.

—Willa...

—Calla un momento, David. La chica quiere bailar.

David guardó silencio. Apoyó el rostro en el pelo de Willa y dejó que la música lo llevara. Pensó que podrían quedarse allí, y que de vez en cuando la gente los vería. El 26 tal vez se haría famoso por estar encantado, aunque probablemente no sería así; la gente no piensa mucho en fantasmas cuando está bebiendo, a no ser que beba sola. Algunas veces, a la hora del cierre, el encargado y la última camarera (la de mayor experiencia, la responsable de repartir las propinas) tendrían la sensación de que los estaban observando. Algunas veces oirían música incluso después de haber apagado la máquina, o captarían un movimiento en el espejo cercano a la pista o en el de los reservados. Generalmente con el rabillo del ojo. David pensó que podrían haber terminado en algún lugar mejor, pero al fin y al cabo el 26 no estaba tan mal. Habría gente hasta que cerrara. Y siempre habría música.

Se preguntó qué ocurriría con los otros cuando la bola de demolición hiciera añicos sus ilusiones... y lo haría. Pensó en Phil Palmer tratando de proteger a su horrorizada y escandalosa esposa de la caída de los escombros, los cuales no podían lastimarla porque, hablando con propiedad, ella ni siquiera estaba allí. Pensó en Pammy Andreeson acurrucada en los temblorosos brazos de su madre. En Rattner, el conductor de voz apagada, diciendo: «Mantengan la calma, amigos» con un hilillo de voz que no podría hacerse oír por encima del rugido de las grandes máquinas amarillas. Pensó en el librero, Biggers, tratando de correr con su pierna coja, dando bandazos y finalmente desplomándose mientras la bola de demolición oscilaba y los bulldozers gruñían y mordían y el mundo se venía abajo.

Le gustaba pensar que su tren llegaría antes de todo aquello —que sus expectativas combinadas lo harían llegar— pero realmente no lo creía. Consideró incluso la idea de que el shock podría extinguirlos y que sencillamente se apagarían como la llama de una vela ante una fuerte ráfaga de aire, pero tampoco creía eso. Podía verlos con demasiada claridad después de que los bulldozers y los

camiones y las palas mecánicas se hubiesen marchado, bajo la luz de la luna, junto a las oxidadas vías en desuso, mientras el viento que bajaba de las colinas gemía alrededor de la meseta y sacudía los matorrales. Podía verlos apelotonados bajo un billón de estrellas, esperando todavía aquel tren.

—¿Tienes frío? —preguntó Willa.

—No, ¿por qué?

—Estabas temblando.

—Quizá un ganso pasó sobre mi tumba —dijo David.

Cerró los ojos y bailaron juntos en la pista vacía. A veces se veían en el espejo, pero cuando desaparecían de la vista, solo quedaba una canción country sonando en una sala vacía iluminada por una montaña de neón.

La chica de pan de jengibre^[1]

—1—

Correr rápido era lo único que le servía

Después de morir el bebé, Emily se decidió a hacer footing. Al principio solo bajaba hasta el final del camino de entrada, donde terminaba doblada hacia delante con las manos apoyadas en las piernas, justo por encima de las rodillas; luego consiguió llegar hasta el final de la manzana; y más tarde ya recorría todo el camino hasta el Qwik-Pik de Kozy que había al pie de la colina. Allí compraba pan o margarina, quizá una pasta, si no se le ocurría nada más. Al principio regresaba caminando, pero más tarde también cubría ese trayecto corriendo. Por último dejó los bollos. Sorprendentemente, le costó mucho. No se había dado cuenta de que el azúcar le calmaba el dolor muscular. Ni tampoco que los bollos se habían convertido en una manía. En cualquier caso, las pastas tuvieron que acabarse. Y así fue. Bastaba con salir a correr. Henry decía que «correr» era su manía, y ella suponía que tenía razón.

—¿Qué ha dicho la doctora Steiner sobre eso? —preguntó Henry.

—La doctora Steiner dice que correr adelgaza, y además libera endorfinas. — Ni siquiera le había mencionado las carreras a Susan Steiner, a quien no veía desde el funeral de Amy—. Dice que si quieres te lo escribirá en una receta.

Emily siempre había podido mentirle a Henry. Incluso después de morir Amy. *Podemos tener otro*, había dicho ella, sentada a su lado en la cama mientras él yacía con las piernas cruzadas y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Aquello lo calmó, y eso estaba bien, pero nunca habría otro bebé, no se arriesgaría a encontrarse de nuevo a un infante gris e inmóvil en la cuna. Nunca más pasaría por la inútil reanimación cardiopulmonar ni por la estridente llamada al 911 en la que la operadora le decía *Baje la voz, señora, no puedo entenderla*. Pero no había ninguna necesidad de que Henry supiera eso, y ella estaba dispuesta a consolarle; al menos al principio. Ella creía que el consuelo, y no el dinero, era el sustento de la vida. Tal vez al final quizá podría encontrar un poco para ella. Entretanto, había tenido un bebé imperfecto. Eso era lo esencial. No se arriesgaría con otro.

Entonces empezó a sufrir jaquecas. Realmente cegadoras. Así que terminó por ir al médico, pero en lugar de visitar a Susan Steiner acudió al doctor Méndez, su médico de cabecera. Este le recetó algo llamado Zomig. Había cogido el autobús hasta el ambulatorio donde Méndez pasaba consulta, y luego corrió a la farmacia para comprar el medicamento. Después de eso regresó a casa corriendo —eran tres kilómetros— y cuando por fin llegó, se sentía como si le hubieran clavado un tenedor de acero en uno de los costados, entre la parte superior de las costillas y la axila. Pero no le preocupaba. Ese era un tipo de dolor que acabaría desapareciendo. Además, estaba exhausta y le pareció que podría dormir durante bastante rato.

Lo hizo... durante toda la tarde. En la misma cama donde Amy había sido concebida y Henry había llorado. Al despertar, pudo ver círculos fantasmales flotando en el aire, señal inequívoca de que iba a sufrir una de las Famosas Jaquecas de Em, como a ella le gustaba llamarlas. Se tomó una de sus nuevas pastillas y, para su sorpresa —casi conmoción—, el dolor de cabeza retrocedió y se escabulló. Primero al fondo de su cabeza; después desapareció por completo. Pensó que debería haber una pastilla como aquella para después de la muerte de un hijo.

Pensaba que necesitaba explorar los límites de su resistencia, y sospechaba que aquella exploración sería larga. No muy lejos de casa había un colegio mayor con una pista de atletismo. Comenzó a acudir allí por la mañana temprano, justo después de que Henry se fuera a trabajar. Henry no entendía que ella corriese. Vale que hiciera footing, muchas mujeres lo hacían. Para rebajar esos dos kilos de más del trasero, o reducir esos cinco centímetros de más en la cintura. Pero a Em no le sobraban dos kilos y, además, no le bastaba con hacer footing. Tenía que correr, y rápido. Correr rápido era lo único que le servía.

Aparcaba al lado de la pista y corría hasta que no podía más, hasta que el sudor le teñía de negro la sudadera sin mangas de la FSU^[2] por delante y por detrás, hasta que arrastraba los pies y a veces vomitaba por el agotamiento.

Henry lo descubrió. Alguien la vio allí, corriendo sola a las ocho de la

mañana, y se lo contó. Discutieron sobre ello. La discusión creció hasta convertirse en la pelea de un matrimonio que agoniza.

—Es un hobby —dijo ella.

—Jodi Anderson me dijo que corres hasta desfallecer. Le preocupó que pudieras sufrir un ataque al corazón. Eso no es un hobby, Em. Ni siquiera es una manía. Es una obsesión.

Y la miró con reproche. Pasó un ratito antes de que ella agarrase un libro y se lo tirase a la cabeza, pero aquello había sido el verdadero detonante. Aquella mirada de reproche. Ya no podía soportarlo. Cuando ponía aquella cara tan larga era como tener una oveja en casa. *Me casé con una oveja Dorset gris*, pensó, y *ahora se pasa todo el día bee-bee-bee*.

Pero una vez más intentó ser razonable en algo que dentro de su corazón sabía que en esencia no era razonable. Había pensamientos mágicos; había también actividades mágicas. Correr, por ejemplo.

—Los atletas de maratón corren hasta que desfallecen —dijo ella.

—¿Estás pensando en correr una maratón?

—Quizá.

Pero apartó la vista. Miró por la ventana hacia el camino de entrada. El camino de entrada la llamaba. El camino de entrada conducía a la acera, y la acera conducía al mundo.

—No —dijo él—. No vas a correr una maratón. No tienes planes de correr ninguna maratón.

Comprendió, con esa sensación de brillante revelación que suele traer la obviedad, que aquella era la esencia de Henry, la puñetera apoteosis de Henry. Durante los seis años de su matrimonio, él siempre había sabido lo que ella estaba pensando, sintiendo, planeando.

Te consolé, pensó; no estaba furiosa pero empezaba a estarlo. *Yacías sobre la cama, llorando, y te consolé*.

—Correr es una clásica respuesta psicológica hacia el dolor —estaba diciendo Henry en ese mismo tono serio—. A eso se le llama negación, Pero, cariño, si no afrontas el dolor, nunca podrás...

Fue entonces cuando ella agarró el objeto que tenía más a mano, que resultó ser un ejemplar de bolsillo de *Hija de la memoria*. Era un libro que ella había intentado leer y había desistido, pero Henry, a juzgar por el marcapáginas, había leído tres cuartas partes. *Incluso tiene los mismos gustos en lectura que una oveja gris*, pensó, y se lo arrojó. Le golpeó en el hombro. Él la miró con los ojos muy abiertos, atónito, luego intentó agarrarla. Probablemente solo para abrazarla, pero ¿quién sabía? ¿Quién sabía nada en realidad?

Si hubiera intentado agarrarla un momento antes, tal vez la habría cogido por

el brazo o por la muñeca, o quizá solo por la parte de atrás de la camiseta. Pero aquel momento de sorpresa se lo impidió. Se le escapó, y ella ya estaba corriendo; solo disminuyó la velocidad para recoger su riñonera de encima de la mesa que había enfrente de la puerta. Recorrió el camino de entrada hasta la acera. Luego bajó la colina, donde durante una época muy breve había empujado un cochecito junto a otras madres que ahora la rechazaban. En ese momento no tuvo intención de detenerse, ni siquiera de disminuir el ritmo. Vestida con pantalones cortos, zapatillas y una camiseta en la que decía APOYA A LAS ANIMADORAS, Emily huyó hacia el mundo. Se colocó la riñonera alrededor de la cintura y aseguró el cierre mientras corría a toda pastilla por la colina. ¿Y qué sentía?

Euforia. Puro gozo.

Se dirigió al centro de la ciudad (tres kilómetros, veintidós minutos), y ni siquiera se detuvo en los semáforos en rojo; cuando eso ocurría, trotaba en el mismo sitio sin avanzar. Un par de chicos que iban en un Mustang descapotable —hacía un tiempo espléndido— la adelantaron en el cruce de Main con Eastern. Uno de ellos le silbó. Em alzó el dedo corazón. Él se rió y le aplaudió mientras el Mustang aceleraba por Main.

No llevaba mucho dinero en efectivo, pero llevaba un par de tarjetas de crédito. La American Express era la mejor, porque con ella podía obtener cheques de viaje.

Comprendió que no iba a regresar a casa, al menos durante un tiempo. Y cuando aquella certeza le produjo una sensación de alivio —quizá incluso una emoción fugitiva— en lugar de tristeza, supuso que aquello no sería algo temporal.

Entró en el Hotel Morris para hacer una llamada de teléfono, pero, sin pensarlo dos veces, decidió reservar una habitación. ¿Tenían algo solo para una noche? Sí, lo tenían. Le entregó al recepcionista su tarjeta AmEx.

—No parece que necesite un botones —dijo el recepcionista, mirándole la camiseta y los pantalones cortos.

—Salí muy deprisa.

—Entiendo. —Su voz indicaba que no entendía nada. Recogió la llave que él deslizó sobre el mostrador y cruzó a toda prisa el vestíbulo hacia los ascensores reprimiendo la urgencia de echar a correr.

Parece como si estuvieras llorando

Quería comprar algo de ropa —un par de faldas, un par de camisas, dos tejanos y dos pantalones cortos—, pero antes de ir de tiendas tenía que hacer algunas llamadas: una a Henry y otra a su padre, que residía en Tallahassee. Decidió que sería mejor llamarlo a él primero. No se acordaba del número de la oficina del parque de vehículos, pero sí del de su móvil. Respondió al primer tono. Podía oír el ruido de motores al fondo. —¡Em! ¿Cómo estás?

Tendría que haberle resultado una pregunta compleja, pero no lo fue.

—Estoy bien, papá. Pero estoy en el Hotel Morris. Creo que he dejado a Henry.

—¿Para siempre o solo se trata de una especie de prueba?

No parecía sorprendido —siempre se tomaba las cosas con calma; a ella le encantaba eso de él—, pero el ruido de los motores disminuyó y luego cesó. Se imaginó a su padre dirigiéndose a su despacho, cerrando la puerta, incluso cogiendo la fotografía de ella que tenía sobre su desordenado escritorio.

—No sabría decirlo. Ahora mismo no parece que vaya a arreglarse.

—¿De qué se trata?

—De correr.

—¿De correr?

Ella suspiró.

—En realidad no. ¿Sabes cuando a veces una cosa termina convirtiéndose en algo diferente? ¿O en un montón de cosas más?

—El bebé.

Su padre no había vuelto a decir «Amy» desde que murió en la cuna. Ahora siempre era *el bebé*.

—Y el modo en que lo estoy llevando. No es como Henry quiere. Lo que pasa es que yo querría llevar las cosas a mi manera.

—Henry es un buen hombre —dijo su padre—, pero tiene un modo particular de ver las cosas. No cabe duda.

Ella esperó.

—¿Qué puedo hacer?

Ella se lo dijo. El accedió. Ella sabía que aceptaría, pero no hasta que se lo hubiese contado todo. Escuchar sin interrumpir era lo más importante, y a Rusty Jackson eso se le daba bien. No había pasado de ser uno de los tres mecánicos del parque de vehículos a quizá uno de los cuatro miembros más importantes del

campus de Tallahassee sin escuchar (y eso ella no lo había escuchado de él; él nunca diría algo así, ni a ella ni a nadie).

—Enviaré a Mariette para que limpie la casa —dijo.

—Papá, no es necesario que hagas eso. Puedo limpiarla yo.

—Quiero hacerlo —dijo él—. Ya va siendo hora de que se le dé un repaso de arriba abajo. Ese maldito lugar ha estado cerrado durante casi un año. No he bajado mucho a Vermillion desde que murió tu madre. Parece que siempre encuentro algo más que hacer por aquí.

Tampoco la madre de Em tardó mucho en dejar de ser Debra para él. Desde el funeral (cáncer de ovarios), se convirtió en *tu madre*.

Em casi estuvo a punto de decir «¿Estás seguro de que no te importa?», pero ese era el tipo de cosas que uno le dice a un extraño cuando te hace un favor. O a un tipo de padre distinto.

—¿Vas allí para correr? —preguntó. Ella notó una sonrisa en su voz—. Allí hay mucha playa que recorrer, y buenos tramos de carretera. Ya lo sabes. Y no tendrás que esquivar a nadie. Desde ahora hasta octubre, Vermillion está lo más tranquilo que puede estar.

—Voy allí para pensar. Y creo que para terminar con el luto.

—Eso está muy bien —dijo él—. ¿Quieres que te reserve el vuelo?

—Puedo hacerlo yo.

—Claro que puedes. Emmy, ¿estás bien?

—Sí —contestó ella.

—Parece como si estuvieras llorando.

—Un poco —dijo, y se secó la cara—. Ha ocurrido todo muy rápido.

Como la muerte de Amy, podría haber añadido. Lo había soportado como una pequeña dama; sin levantar la vista del monitor del bebé. *Sal despacio, sin dar portazos*, le había dicho su madre muchas veces cuando era una adolescente.

—Henry no aparecerá en el hotel y te causará molestias, ¿verdad?

Ella notó una débil y delicada vacilación antes de que eligiera la palabra «molestias», y sonrió a pesar de las lágrimas, que habían seguido su curso por su rostro.

—Si me estás preguntando si vendrá y me pegará... ese no es su estilo.

—A veces un hombre descubre un nuevo estilo cuando su esposa se va y lo abandona... echando a correr.

—Henry no —dijo ella—. No es un hombre que cause problemas.

—¿Estás segura de que no quieres venir primero a Tallahassee?

Ella vaciló. Una parte de ella quería, pero...

—Antes que nada necesito un poco de tiempo para mí. —Y repitió—: Todo ha ocurrido muy rápido. —Aunque sospechaba que todo aquello se había ido

construyendo durante mucho tiempo. Quizá incluso estaba en el ADN de su matrimonio.

—De acuerdo. Te quiero, Emmy.

—Yo también te quiero, papá. Gracias. —Tragó saliva—. Muchas gracias.

Henry no le causó problemas. Ni siquiera le preguntó desde dónde le llamaba.

—Quizá tú no seas la única que necesite pasar un poco de tiempo a solas. Quizá esto sea lo mejor —dijo Henry.

Em reprimió el impulso —que la golpeó de manera normal y absurda— de agradecerse. Permanecer en silencio parecía la mejor opción. Las siguientes palabras de Henry hicieron que se alegrara de haberlo elegido.

—¿A quién le has pedido ayuda? ¿Al Rey del Parque de Vehículos?

Esta vez reprimió el impulso de preguntarle si él había llamado ya a su madre. Pero el ojo por ojo nunca solucionaba nada.

—Me marchó a Vermillion Key —respondió, esperando aparentar sosiego—. Allí está el refugio de mi padre.

—La cabaña de las caracolas. —Ella casi pudo oír su desprecio. Al igual que las pastas, las casas sin garaje y con solo tres habitaciones no formaban parte de los ideales de Henry.

—Te llamaré cuando llegue —dijo Em.

Hubo un largo silencio. Lo imaginó en la cocina, con la cabeza apoyada contra la pared, apretando el auricular del teléfono hasta tener los nudillos blancos, luchando para no ponerse furioso. Por los seis años tan buenos que habían pasado juntos. Ella esperaba que lo hiciera. Si de verdad era eso lo que estaba pasando.

Cuando volvió a hablar, parecía calmado pero agotado.

—¿Tienes tus tarjetas de crédito?

—Sí. No abusaré de ellas. Pero quiero la mitad de... —Se interrumpió mordiéndose el labio. Había estado a punto de llamar «el bebé» a su hija muerta, y eso no estaba bien. Quizá lo estuviera para su padre, pero no para ella. Comenzó de nuevo—: Quiero la mitad del dinero para los estudios de Amy —dijo—. Supongo que no es mucho, pero...

—Hay más de lo que crees —comentó él. Otra vez parecía enfadado. No habían empezado a ahorrar después de que Amy naciera, ni siquiera cuando Em se quedó embarazada, sino cuando comenzaron a intentarlo. Intentarlo había sido un proceso de cuatro años, y cuando estaban considerando los tratamientos de fertilización por fin Emily se quedó embarazada. O la adopción—. Esa inversión no solo fue buena, fue una bendición del cielo. Mort invirtió en el momento justo

y vendió en el momento oportuno. Emmy, tú no quieres sacar esos huevos de su nido.

Ahí estaba otra vez diciéndole lo que ella quería hacer.

—Te daré una dirección en cuanto la tenga —dijo Em—. Haz lo que quieras con tu mitad, pero hazme un cheque al contado con la mía.

—Sigues corriendo —dijo él, y aunque su tono pedagógico y puntilloso le hizo desear que estuviera allí para poder lanzarle otro libro (esta vez de tapa dura), permaneció en silencio.

Al final Henry suspiró.

—Escucha, Em, estaré fuera unas cuantas horas. Ven y coge tu ropa o lo que quieras. Dejaré algo de dinero encima de la cómoda.

Por un momento aquello la tentó; luego pensó que dejar dinero encima de la cómoda es lo que hacen los hombres cuando se van de putas.

—No —dijo—. Quiero comenzar limpia.

—Em. —Hubo una larga pausa. Ella supuso que estaba forcejeando con sus emociones, y aquel pensamiento consiguió que los ojos se le empañaran de nuevo—. ¿Esto es el final de lo nuestro, nena?

—No lo sé —respondió, obligándose a que su voz sonara firme—. Es muy pronto para decirlo.

—Si tuviera que adivinarlo —dijo él—, diría que sí. El día de hoy prueba dos cosas. Una es que una mujer sana puede correr un buen trecho.

—Te llamaré —dijo ella.

—La otra es que los bebés vivos son pegamento para un matrimonio. Los bebés muertos son ácido.

Eso le dolió más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho, porque aquello reducía a Amy a una fea metáfora. Em no podría hacer eso. Pensaba que nunca sería capaz de hacer eso.

—Te llamaré —dijo, y colgó.

—3—

**Vermillion Key permanecía aletargada y casi
desierta**

Así pues, Emily Owensby corrió hasta el final del camino de entrada, luego bajó la colina hasta el Qwik-Pik de Kozy, y luego llegó a la pista de atletismo del Cleveland South Júnior College. Corrió hasta el Hotel Morris. Se deshizo de su matrimonio del mismo modo que una mujer puede deshacerse de un par de sandalias cuando decide largarse a toda prisa. Luego corrió (con la ayuda de Southwest Airlines) hasta Fort Myers, en Florida, donde alquiló un coche y condujo rumbo al sur, hacia Naples. Vermillion Key permanecía aletargada y casi desierta bajo el sol abrasador de junio. Tres kilómetros de carretera recorrían Vermillion Beach desde el puente levadizo hasta la entrada de la casa de su padre. En el extremo del camino de entrada se alzaba la despintada cabaña de las caracolas, una casucha con el techo azul y postigos azules agrietados en el exterior, y con aire acondicionado y comodidad en el interior.

Cuando apagó el motor de su Nissan Avis, el único sonido fue el de las olas rompiendo en la playa vacía, y, en algún lugar cercano, un pájaro inquieto que graznaba ¡Uh-uh! ¡Uh-uh! una y otra vez.

Em apoyó la cabeza sobre el volante y lloró durante cinco minutos, dejando salir toda la tensión y el horror del último medio año. Intentándolo, al menos. No se oía nada salvo el uh-uh del pájaro. Cuando finalmente se hubo calmado, se secó la cara —los mocos, el sudor, las lágrimas— con la camiseta. Se limpió tirando de la tela hasta el borde de su sujetador gris de deporte. Luego caminó hasta la casa; las conchas y los pedazos de coral crujían bajo sus zapatillas. Mientras se agachaba para recoger la llave de la caja de caramelos balsámicos escondida en el césped bajo un gnomo encantador-a-pesar-de-sí-mismo con un descolorido sombrero rojo, se dio cuenta de que durante la última semana no había tenido jaqueca. Y eso era bueno, sobre todo teniendo en cuenta que el Zomig estaba a más de mil kilómetros de distancia.

Quince minutos más tarde, vestida con unos pantalones cortos y una de las viejas camisas de su padre, salió a correr por la playa.

Durante las tres semanas siguientes, su vida se convirtió en absoluta simplicidad. Bebía café y zumo de naranja para desayunar, comía enormes ensaladas para almorzar, y devoraba comida pre-cocinada durante la cena, generalmente macarrones con queso o carne mechada con pan tostado, lo que su padre llamaba «mierda en una tablilla». Los hidratos de carbono le sentaban bien. Por la mañana, cuando hacía fresco, corría descalza por la playa y se acercaba al agua en las zonas donde la arena era firme, húmeda y casi no había conchas. Por la tarde, cuando hacía calor (y frecuentemente lloviznaba), corría por la carretera, donde la

única sombra era la suya. A veces terminaba calada hasta los huesos. En esas ocasiones corría bajo la lluvia, a menudo sonriendo, otras veces incluso riendo, y cuando regresaba a casa, se desnudaba en el vestíbulo y metía la ropa empapada en la lavadora, la cual estaba —convenientemente— a solo tres pasos de la ducha.

Al principio corría tres kilómetros por la playa y un kilómetro y medio por la carretera. Tres semanas más tarde recorría cinco kilómetros por la playa y tres por la carretera. Rusty Jackson se complacía en llamar a su refugio la Pequeña Cabaña de Hierba; debía de haberlo sacado de alguna vieja canción. Estaba situada al final de la zona septentrional, y no había nada como aquello en Vermillion; todo lo demás había sido invadido por los ricos, los super ricos, y, en la zona meridional, donde había tres mega-mansiones, los ridículamente ricos. A veces, camiones llenos de maquinaria de mantenimiento adelantaban a Em durante sus carreras por la carretera, pero raramente lo hacía un coche. Las casas que dejaba atrás estaban todas cerradas, con una cadena en el camino de entrada, y seguirían así al menos hasta octubre, cuando los propietarios comenzaran a llegar. Empezó a inventar nombres para ellas: la de las columnas era Tara; la que estaba tras la alta verja de barrotes de hierro era el Club Fed; la grandota escondida detrás de un feo muro gris de hormigón era el Pastillero. La única pequeña, oculta en su mayor parte por palmitos y palmeras, era la Casa Troll; imaginaba que los veraneantes subsistían allí a base de galletas de la marca Troll.

En la playa a veces veía voluntarios de Turtle Watch, de los que se dedican a cuidar los nidos de tortugas, y muy pronto comenzó a saludarlos por su nombre. Ellos le lanzaban un «¡Eh, Em!» como respuesta mientras se alejaba corriendo. Raramente se cruzaba con alguien más, aunque una vez le pasó un helicóptero. El pasajero —un hombre joven— se asomó y la saludó con la mano. Em le devolvió el saludo, con el rostro oculto bajo la sombra de su gorra de los Noles de la FSU.

Compraba en el Publix, ocho kilómetros al norte por la US 41. A menudo, de vuelta a casa, se paraba en la librería de libros de segunda mano de Bobby Trickett, que era mucho más grande que el refugio de su padre pero igual de modesta y apacible. Allí compraba viejas novelas de misterio de Raymond Chandler y Ed McBain; las páginas eran amarillentas y tenían los bordes marrón oscuro; su olor era dulce y tan nostálgico como la vieja ranchera Ford que un día vio avanzar por la 41 con un par de sillas de jardín amarradas al techo y una estrafalaria tabla de surf sobresaliendo por la parte de atrás. No necesitaba comprar ninguna novela de John D. MacDonalds; su padre tenía toda la colección embalada en su biblioteca de cajas de cartón.

A finales de julio corría diez y a veces once kilómetros al día; sus pechos no eran más que pequeñas protuberancias, su trasero prácticamente había dejado de existir, y había ocupado dos de las estanterías vacías de su padre con libros que

tenían títulos como *La ciudad de los muertos* y *Seis cosas malas*. Por la noche nunca encendía el televisor, ni siquiera para consultar el tiempo. El viejo ordenador de su padre permanecía apagado. Nunca compraba el periódico.

Su padre la llamaba cada dos días, pero dejó de preguntarle si necesitaba una ayuda o que fuera a visitarla, después de que ella le dijo que le avisaría cuando estuviese preparada para verlo. Mientras tanto, dijo ella, no tenía intención de suicidarse (cierto), ni siquiera estaba deprimida (falso), y comía. A Rusty le bastó con eso. Siempre habían sido claros el uno con el otro. Ella también sabía que el verano era una época de mucho trabajo para él; todo lo que no se había hecho cuando los chicos invadían el campus (al que él siempre llamaba «la planta») tenía que terminarse entre el 15 de junio y el 15 de septiembre, cuando no había nadie salvo los estudiantes de verano y alguna conferencia académica que la administración pudiera organizar.

Además, tenía una amante. Se llamaba Melody. A Em no le gustaba —hacía que se sintiera extraña— pero sabía que Melody hacía feliz a su padre, así que siempre le preguntaba por ella. *Bien*, replicaba invariablemente su padre. *Mel es más dulce que un melocotón*.

Llamó una vez a Henry, y otra vez fue Henry quien la llamó a ella. La noche que la llamó, Em estaba segura de que estaba borracho. Le volvió a preguntar si habían terminado y ella le dijo que no lo sabía, pero era mentira. Probablemente era mentira.

Por las noches dormía como una mujer en coma. Al principio tenía pesadillas, revivía una y otra vez la mañana en la que encontraron muerta a Amy. En alguno de los sueños, su bebé se había puesto tan negro como una fresa podrida. En otros —estos eran los peores— encontraba a Amy luchando por respirar y la salvaba haciéndole el boca a boca. Eran los peores porque cuando se despertaba comprendía que Amy continuaba muerta. Durante una noche de tormenta eléctrica despertó de uno de esos sueños y, desnuda, se deslizó de la cama al suelo, llorando con los codos apoyados en los tobillos y las palmas de las manos estirando hacia arriba sus mejillas en una sonrisa mientras los relámpagos destellaban sobre el golfo y formaban fugaces figuras azules en la pared.

A medida que se exigía más a sí misma —explorando los legendarios límites de la resistencia—, los sueños cesaron o se cansaron de estar siempre bajo el ojo de su memoria. Comenzó a despertar en su interior el sentimiento no tanto de alivio como de relajación total. Y aunque cada día era esencialmente igual que el anterior, cada uno de ellos empezaba a parecerle algo nuevo —su propio algo— en lugar de la extensión de algo antiguo. Un día despertó con la certeza de que la muerte de Amy empezaba a ser algo que «había» ocurrido en lugar de algo que «estaba» ocurriendo.

Decidió que le pediría a su padre que la visitara, y que llevara a Melody si le apetecía. Les prepararía una buena cena. Podrían quedarse allí (qué diablos, era la casa de su padre). Y luego empezaría a pensar qué quería hacer con su vida real, la cual tendría que reanudar muy pronto al otro lado del puente levadizo: qué quería conservar y qué quería dejar atrás.

Haría aquella llamada muy pronto, pensó. Dentro de una semana. A lo sumo dos. Todavía no había pasado el tiempo suficiente, pero casi. Casi.

—4—

No es un hombre de fiar

Una tarde, no mucho después de que julio se convirtiera en agosto, Deke Hollis le contó que tenía compañía en la isla. El lo llamaba *la isla*, nunca «el cayo».

Deke era un hombre de cincuenta años mal llevados, o quizá tenía setenta. Era alto y delgaducho; llevaba un viejo y maltrecho sombrero de paja que parecía una sopera del revés. Desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde montaba guardia en el puente entre Vermillion y la península. Lo hacía de lunes a viernes. Los fines de semana, «el chico» le sustituía (digamos que el chico tenía unos treinta). Algunos días, cuando Em corría por el puente y veía al chico en lugar de a Deke sentado en la vieja silla de caña fuera de la caseta de vigilancia, leyendo el *Maxim* o el *Popular Mechanics* en vez del *New York Times*, se daba cuenta de que de nuevo era sábado.

Pero esa tarde era Deke el que estaba allí. El canal entre Vermillion y la península —al que Deke llamaba *la gargata* (garganta, suponía ella)— permanecía desierto y sombrío bajo un cielo oscuro. En la barandilla del puente que daba al lado del golfo había una garza buscando pescado o quizá meditando.

—¿Compañía? —dijo—. No tengo compañía.

—No me refería a eso. Pickering ha vuelto. ¿En la 366? Trajo a una de sus «sobrinas».

Deke resaltó la palabra «sobrinas» con una caída de ojos, que los tenía de un azul tan claro que parecían incoloros.

—No he visto a nadie —dijo Em.

—No —convino él—. Cruzó en ese Mercedes rojo tan grande que tiene hace más o menos una hora, probablemente cuando todavía estabas atándote las zapatillas. —Se inclinó por encima del periódico, que crujió contra su gorda barriga. Ella vio que tenía el crucigrama a medio terminar—. Cada verano una sobrina diferente. Siempre jóvenes. —Hizo una pausa—. A veces dos sobrinas, una en agosto y otra en septiembre.

—No le conozco —dijo Em—. Y no he visto ningún Mercedes rojo.

Tampoco sabía qué casa correspondía al número 366. Se fijaba en las casas, pero rara vez prestaba atención a los buzones. Excepto, por supuesto, la 219. Era la que tenía una pequeña hilera de pájaros tallados en la parte superior. (A esa casa la llamaba, por supuesto, Pajarolandia.)

—Es igual —dijo Deke. Esta vez, en lugar de poner los ojos en blanco, hizo una mueca con la comisura de la boca, como si hubiera notado un sabor raro—. Las trae en el Mercedes, y luego se las lleva de vuelta a St. Petersburg en su barco. Un gran yate blanco. *El parque de juegos*. Llegó esta mañana. —Las comisuras de su boca volvieron a hacer ese gesto. Un trueno carraspeó a lo lejos—. Así que las sobrinas se dan una vuelta por la casa, luego un breve y agradable crucero por la costa, y no volvemos a ver a Pickering hasta el mes de enero siguiente, cuando el frío llega a Chicago.

Em pensó que quizá había visto un barco de recreo blanco amarrado mientras corría por la playa esa mañana, pero no estaba segura.

—Dentro de un día o dos, quizá una semana, enviará a un par de colegas y llevarán el Mercedes adondequiera que lo guarde. Imagino que cerca del aeropuerto privado de Naples.

—Tiene que ser muy rico —dijo Em.

Aquella era la conversación más larga que había tenido con Deke, y le resultaba interesante, pero comenzó a trotar sin moverse del sitio. En parte porque no quería enfriarse, pero sobre todo porque su cuerpo le pedía que echara a correr.

—Tan rico como Scrooge McDuck, el Tío Gilito, pero me hago una idea de dónde se gasta Pickering su dinero. Probablemente en cosas que el tío Scrooge nunca imaginaría. He oído que lo birló en algún asunto relacionado con los ordenadores. —Guiñó un ojo—. ¿No lo hacen todos?

—Supongo —dijo ella, todavía trotando en el mismo sitio.

Esta vez el trueno se aclaró la garganta con un poco más de autoridad.

—Sé que estás ansiosa por irte, pero te cuento esto por una razón —dijo Deke. Dobló el periódico, lo dejó al lado de la vieja silla de caña, y puso encima la taza de café, como si fuera un pisapapeles—. Normalmente no hablo de la gente de la isla, muchos de ellos son ricos y no duraría mucho si lo hiciera, pero tú me caes

bien, Emmy. Te mantienes fiel a ti misma, pero no eres esnob. Y tu padre también me cae bien. Alguna que otra vez nos hemos ido juntos a tomar cervezas.

—Gracias —dijo ella. Estaba emocionada. Se le pasó una idea por la cabeza y sonrió—. ¿Le pidió mi padre que me echara un ojo?

Deke negó con la cabeza.

—Nunca lo ha hecho. Nunca lo haría. No es el estilo de R. J. Y él te diría lo mismo que yo: Jim Pickering no es un hombre de fiar. Yo me mantendría alejado de él. Si te invita a beber algo, aunque solo sea una taza de café con él y su nueva «sobrina», yo le diría que no. Y si te pide que vayas con él en su barco, me negaría rotundamente.

—No tengo ningún interés en ir en barco a ningún sitio —dijo ella. Lo que le interesaba era terminar su cometido en Vermillion Key. Y sentía que casi lo había terminado—. Será mejor que regrese antes de que empiece a llover otra vez.

—No creo que llueva hasta las cinco, por lo menos —dijo Deke—. Aunque si me equivoco, creo que te las arreglarás.

Em volvió a sonreír.

—Yo también. Al contrario de lo que la gente dice, las mujeres no se derriten con la lluvia. Le diré a mi padre que le envía saludos.

—Hazlo. —Se inclinó hacia el periódico, luego hizo una pausa y la miró por debajo de aquel ridículo sombrero—. De todos modos, ¿cómo estás?

—Mejor —dijo—. Cada día mejor.

Dio media vuelta y empezó a correr por la carretera hacia la Pequeña Casa de Hierba. Alzó la mano al alejarse, y mientras lo hacía, la garza que se había posado en la barandilla del puente levadizo la adelantó aleteando con un pescado colgando de su largo pico.

La casa 366 resultó ser el Pastillero, y por primera vez desde su llegada a Vermillion vio la puerta entreabierta. ¿O ya estaba entreabierta cuando había pasado por delante en dirección al puente? No podía recordarlo. Llevaba puesto el reloj, claro, un cacharro anticuado con una gran pantalla digital para poder cronometrar el tiempo. Así que probablemente lo estuviera mirando cuando pasaba por delante de la casa.

Pasó casi sin aminorar el paso —la tormenta ahora estaba más cerca—, aunque no es que llevara precisamente una falda de antelina de mil dólares de la marca Jill Anderson, sino un conjunto de Athletic Attic: pantalones cortos y una camiseta con el logo de Nike. Además, ¿qué le había dicho a Deke? *Las mujeres no se derriten con la lluvia*. Así que redujo la marcha, se desvió y echó un vistazo. Era simple curiosidad.

Creyó que el Mercedes que estaba aparcado en el patio era un 450 SL porque su padre tenía uno igual, aunque el suyo era muy viejo y ese estaba reluciente. Era rojo como una manzana recubierta de caramelo, la carrocería brillaba incluso bajo aquel cielo oscuro. El maletero estaba abierto. Un mechón de pelo rubio asomaba de su interior. Había sangre en el pelo.

¿Había dicho Deke que la chica de Pickering era rubia? Eso fue lo primero que se preguntó, y estaba tan atónita, tan jodidamente asombrada, que no le sorprendió hacerse esa pregunta. Parecía del todo razonable, y la respuesta era que Deke no lo había mencionado. Solo había dicho que era joven. Una sobrina. Había guiñado un ojo.

La tormenta retumbó. Casi exactamente encima de ella. El patio estaba vacío salvo por el coche (y el cabello rubio del maletero). La casa también parecía desierta: ahora más que nunca le hizo pensar en un pastillero. Ni siquiera las palmeras que se agitaban alrededor podían evitarlo. Era demasiado grande, demasiado austera, demasiado gris. Era una casa fea.

Le pareció oír un gemido. Sin pensarlo dos veces, atravesó la puerta y cruzó el patio hasta el maletero abierto. Miró en el interior. La chica del maletero no había gemido. Sus ojos estaban abiertos, pero tenía lo que parecían docenas de cuchilladas, y le habían rajado la garganta de oreja a oreja.

Em seguía mirando, demasiado aterrada para moverse, demasiado aterrada incluso para respirar. Entonces se le ocurrió que se trataba de una chica muerta falsa, un *atrezzo* para el cine. Aun cuando su mente le decía que eso era una estupidez, la parte de ella que estaba especializada en el raciocinio asentía frenéticamente. Incluso improvisó una historia para respaldar la idea. ¿A Deke no le gustaba Pickering ni la compañía femenina que había elegido? Pues adivina qué: ¡a Pickering tampoco le gustaba Deke! Aquello no era más que una broma muy elaborada. Pickering volvería a cruzar el puente con el maletero abierto deliberadamente, aquel pelo rubio falso ondeando al viento, y...

Pero percibió el olor que salía del maletero. Olía a mierda y a sangre. Em alargó la mano y tocó la mejilla que había debajo de uno de aquellos ojos de mirada fija. Estaba fría, pero era piel. Oh, Dios, era carne humana.

Oyó un sonido detrás de ella. Una pisada. Empezó a darse la vuelta pero algo le golpeó en la cabeza. No sintió dolor, sino una brillante claridad que parecía abarcar el mundo. Luego el mundo se volvió negro.

Parecía que estaba intentando hacerle cosquillas

Cuando despertó, estaba atada a una silla en una cocina grande llena de terribles objetos de acero: un fregadero, un frigorífico, un lavaplatos, un horno como los de las cocinas de los restaurantes. La parte de atrás de su cabeza enviaba largas y suaves oleadas de dolor hacia la parte de delante, y cada una de ellas parecía decir: «¡Soluciona esto! ¡Soluciona esto!».

Delante del fregadero había un hombre alto y esbelto, vestía pantalones cortos de color caqui y una vieja camisa de golf Izod. Los fluorescentes del techo de la cocina arrojaban una luz despiadada, y Em pudo ver las patas de gallo en el rabillo del ojo, además de un reflejo plateado en su corto pelo. Le echó unos cincuenta años. Se estaba lavando el brazo en el fregadero. Parecía tener un corte justo debajo del codo.

De repente movió la cabeza. Hubo tal velocidad animal en el gesto que a Em se le revolvieron las tripas. Tenía los ojos de un azul mucho más vivido que los de Deke Hollis. Se le cayó el alma a los pies al no ver nada en ellos que reconociera como cordura. En el suelo —gris y feo como el exterior de la casa pero de baldosas en vez de cemento— había una mancha oscura y delimitada de unos veinticinco centímetros de ancho. Em pensó que probablemente fuera sangre. Era muy fácil imaginar a la chica rubia dejando el rastro de sangre mientras Pickering la arrastraba por los pies a lo largo de la habitación hacia un destino desconocido.

—Estás despierta —dijo—. Muy bien. Fabuloso. ¿Crees que quería matarla? No quería matarla. ¡Llevaba un cuchillo en las malditas medias! Le pellizqué el brazo, eso fue todo. —Pareció reflexionar sobre ello, y mientras lo hacía, se secó la sangre del profundo corte del codo con un puñado de papeles de cocina—. Bueno, también le pellizqué el pezón. Pero todas las chicas esperan eso. O deberían. Se los llama «juegos preliminares». O, en este caso, «juego de putas».^[3]

Marcó las comillas con los dos primeros dedos de la mano. A Em le parecía que estaba intentando hacerle cosquillas. También parecía que estaba loco. De hecho, no cabía duda de su estado de ánimo. La tormenta restalló encima de sus cabezas tan fuerte como el ruido que haría un montón de muebles desplomándose. Em dio un respingo —lo que pudo, puesto que estaba atada a la silla de la cocina— pero el hombre que estaba frente al fregadero de acero inoxidable de doble pila ni siquiera se inmutó. Era como si no lo hubiera escuchado. Le sobresalía el labio

inferior.

—Así que le quité el cuchillo. Y entonces perdí la cabeza. Lo admito. La gente cree que soy el Señor Perfecto, y yo intento vivir conforme a eso. Lo intento. Intento vivir conforme a eso. Pero cualquier hombre puede perder la cabeza. De eso es de lo que no se dan cuenta. Cualquier hombre. Bajo circunstancias determinadas.

Llovía a cántaros, como si Dios hubiera tirado de la cadena de Su váter.

—¿Quién podría saber que estás aquí?

—Mucha gente. —La respuesta le salió sin dudarlo.

El hombre cruzó la habitación como un rayo. «Rayo» era la palabra. Un momento antes estaba delante del fregadero, al siguiente estaba al lado de ella y le golpeaba la cara con tanta fuerza que explotaron motas blancas delante de sus ojos. Las motas se dispersaron por la estancia dibujando tras de sí brillantes colas de cometa. La cabeza de ella salió despedida hacia un lado. El cabello voló contra su mejilla, y sintió que la sangre comenzaba a fluir dentro de su boca mientras su labio inferior reventaba. Los dientes le habían hecho un corte profundo en la parte interior del labio. Parecía que se lo había destrozado por completo. Fuera, la lluvia arreciaba. *Voy a morir mientras llueve*, pensó Em. Pero no lo creía. Quizá nadie lo creía cuando llegaba el momento.

—¿Quién lo sabe? —Estaba inclinado hacia delante, gritándole a la cara.

—Mucha gente —repitió, y las palabras sonaron «*Musha* gente», porque se le estaba hinchando el labio. Notó que un hilillo de sangre se deslizaba por su mentón. No obstante, a pesar del miedo y el dolor, no tenía la mente embotada. Sabía que la única oportunidad de salir de allí con vida era hacer creer a ese hombre que si la mataba lo atraparían. Por supuesto, si la dejaba ir, también lo atraparían, pero de eso ya se encargaría más tarde. Cada pesadilla en su momento.

—¡*Musha* gente! —dijo de nuevo, desafiándolo.

El volvió como un rayo al fregadero y cuando regresó tenía un cuchillo en la mano. Pequeño. Muy parecido al que la chica muerta había sacado de sus medias. Puso la punta en el párpado inferior de Em y apretó. En ese momento se le soltó la vejiga, de repente.

Una expresión de asco cruzó momentáneamente el rostro de Pickering, aunque también parecía fascinado. Una parte de la mente de Em se preguntó cómo podía sentir dos emociones tan contradictorias al mismo tiempo. Pickering dio medio paso atrás, pero la punta del cuchillo no se movió. Aún le marcaba un hoyuelo en la piel, a la vez que estiraba el párpado inferior hacia abajo y empujaba el globo ocular hacia la cuenca.

—Perfecto —dijo él—. Otro desastre que limpiar. Aunque no inesperado. No. Y como dijo aquel, hay más puertas de salida que de entrada. Eso dijo. —Se rió,

hipó una vez, y luego se inclinó hacia delante; sus ojos, de un azul vivo, miraban a los de Em, color avellana—. Dime una persona que sepa que estás aquí. No dudes. No dudes. Si dudas, sabré que estás improvisando y te arrancaré el ojo izquierdo de la cuenca y lo tiraré al fregadero. Puedo hacerlo. Así que dímelo. Ya.

—Deke Hollis —dijo.

Aquello era una confesión, una mala confesión, pero también era un reflejo. No quería perder el ojo.

—¿Quién más?

No se le ocurrió ningún otro nombre —su mente estaba completamente en blanco— y ella le había creído cuando le dijo que si dudaba le costaría el ojo izquierdo.

—Nadie, ¿vale? —gritó.

Y seguramente Deke bastaría. Seguramente una persona bastaría, a menos que estuviera tan loco que...

Apartó el cuchillo, y aunque su visión periférica no podía captarlo, Em sintió que una diminuta perla de sangre le brotaba del ojo. No le importó. Se alegraba de seguir teniendo visión periférica.

—De acuerdo —dijo Pickering—. De acuerdo, de acuerdo, bien, de acuerdo.

Fue al fregadero y tiró el pequeño cuchillo dentro. Ella empezó a sentirse aliviada. Luego él abrió uno de los cajones que había al lado del fregadero y sacó un cuchillo más grande: un cuchillo de carnicero largo y afilado.

—De acuerdo.

Volvió a acercarse a ella. Em no vio sangre en el hombre, ni siquiera una mancha. ¿Cómo era posible? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

—De acuerdo, de acuerdo. —Se pasó rápidamente la mano que tenía libre por el pelo, con un corte absurdamente caro. La mano volvió de inmediato a su lugar—. ¿Quién es Deke Hollis?

—El guardia del puente levadizo —dijo ella. Su voz sonaba insegura, titubeante—. Hemos hablado de ti. Por eso me detuve a echar un vistazo. —Tuvo un arrebato de inspiración—: ¡El vio a la chica! ¡Tu sobrina! ¡Así la llamó!

—Ya, ya, las chicas siempre regresan en barco, eso es cuanto sabe. Eso es todo lo que sabe. ¡Qué entrometida es la gente! ¿Dónde está tu coche? Contéstame ahora mismo o te ganarás la nueva y especial amputación de pecho. Rápida pero no indolora.

—¡En la Casa de Hierba! —Fue todo lo que se le ocurrió decir.

—¿Qué es eso?

—La pequeña casa de caracolas que hay al final del cayo. Es de mi padre. —Tuvo otro arrebato de inspiración—: ¡Él sabe que estoy aquí!

—Ya, ya. —Pickering no parecía interesado en eso—. Ya, de acuerdo. Bien,

muy bien. ¿Quieres decir que vives aquí?

—Sí...

Él miró sus pantalones cortos, ahora de un color azul oscuro.

—Atleta, ¿verdad? —Ella no respondió, pero a Pickering no pareció importarle—. Sí, eres atleta, por supuesto que sí. Menudas piernas.

Increíblemente, se dobló por la cintura —como si estuviera ante la realeza— y con un ruido sonoro le besó el muslo, justo por debajo de los pantalones cortos. Cuando volvió a erguirse, ella vio, con el corazón hecho trizas, el bulto que se le marcaba en la parte delantera de los pantalones. Eso no era bueno.

—Corres adelante, vuelves atrás.

Con la hoja del cuchillo de carnicero dibujó un arco, como un director de orquesta con la batuta. Era hipnótico. Fuera, la lluvia seguía cayendo. Continuaría así durante unos cuarenta minutos, quizá una hora, y luego volvería a lucir el sol. Em se preguntó si estaría viva para verlo. Pensó que no. Sin embargo, era demasiado duro creer eso. Imposible, en realidad.

—Corres adelante, vuelves atrás. Adelante y atrás. A veces te pasas el día con ese viejo del sombrero de paja, pero no tienes contacto con nadie más. —Estaba asustada, pero no tanto como para no darse cuenta de que no le estaba hablando a ella—. Bien. Con nadie más. Porque no hay nadie más por aquí. Si alguno de los que plantan árboles, cortan el césped, los que trabajan por aquí, te hubiera visto en tus carreras vespertinas, ¿te recordaría? ¿Lo haría?

El cuchillo oscilaba hacia delante y hacia atrás. Él tenía la vista fija en la punta, como si esta dependiera de la respuesta.

—No —dijo él—. No, y te diré por qué. Porque no eres más que otra gringa rica que sale a correr. Las hay por todas partes. Se ven todos los días. Chifladas por la salud. Uno tiene que patearlas para apartarlas del camino. Si no corren, van en bicicleta. Con esos estúpidos cascos de crío. ¿Verdad? Claro que sí. Di tus oraciones, Lady Jane, pero rápido. Tengo prisa. Mucha, mucha prisa.

Elevó el cuchillo a la altura del hombro. Ella vio que apretaba los labios como previendo un golpe mortal. De repente, para Em todo se hizo claro; todo resaltó con un resplandor fulgurante. *Ya voy, Amy*, pensó. Y luego, absurdamente, pensó algo que podría haber oído en la ESPN: *Quédate ahí, bebé*.

Pero entonces él se detuvo. Miró alrededor, exactamente como si alguien hubiera hablado.

—Sí —dijo. Luego—: ¿Sí? —Y después—: Sí.

Había una mesa de fórmica en el centro de la cocina, para preparar la comida. Arrojó el cuchillo a la mesa, con gran estruendo, en lugar de clavárselo a Emily. Y entonces dijo:

—Quédate ahí. No voy a matarte. He cambiado de idea. Los hombres cambian

de idea. Nicole no me hizo nada salvo un rasguño en el brazo.

Encima de la mesa había un rollo de cinta adhesiva. Lo cogió. Un instante después estaba arrodillado delante de ella, con la parte de atrás de la cabeza y la carne desnuda de su nuca expuestas y vulnerables. En un mundo mejor —en un mundo más justo—, Em habría podido enlazar las manos y descargarlas violentamente contra aquella nuca, pero tenía las muñecas atadas a los brazos de madera de arce de la silla. Su torso estaba atado al respaldo con más cinta adhesiva, anchas tiras de cinta alrededor de la cintura y justo por debajo del pecho. Tenía las piernas atadas a las patas delanteras de la silla por las rodillas, las pantorrillas y los tobillos. Había sido muy meticuloso.

Había pegado la silla al suelo con cinta adhesiva, y ahora estaba colocando nuevas capas, primero en las patas delanteras, después en las de atrás. Cuando terminó, la cinta se había acabado. Se levantó y dejó el rollo de cartón desnudo en la mesa de fórmica.

—Eso es —dijo—. No está mal. De acuerdo. Todo listo. Espera aquí. —Debió de encontrar algo gracioso en todo aquello, porque echó la cabeza hacia atrás y soltó otra de aquellas hiposas y breves carcajadas—. No te aburras y eches a correr, ¿vale? Tengo que ir a encargarme de ese viejo y entrometido amigo tuyo, y quiero hacerlo mientras está lloviendo.

Esta vez salió como un rayo hacia una puerta que resultó ser un armario. Sacó un chubasquero amarillo.

—Sabía que esto estaba por aquí. Todo el mundo se fía de un tipo con impermeable. No sé por qué. Es uno de esos hechos misteriosos. De acuerdo, compañera, ponte cómoda.

Lanzó otra de aquellas carcajadas que sonaban como el ladrido de un caniche hambriento, y luego se marchó.

—6—

Todavía las 9.15

Cuando la puerta principal dio un portazo y Em supo que realmente se había

marchado, aquel anómalo resplandor que lo rodeaba todo empezó a tornarse gris, y se dio cuenta de que estaba al borde del desfallecimiento. No podía desmayarse. Si la otra vida existía y finalmente se reencontraba allí con su padre, ¿cómo iba a explicarle a Rusty Jackson que había malgastado sus últimos minutos de vida en la tierra estando inconsciente? Le decepcionaría. Incluso si se reunían en el cielo, prendidos a las nubes por los tobillos mientras los ángeles que los rodeaban tocaban música celestial (interpretada con arpas), a él le decepcionaría que ella hubiera malgastado su única oportunidad en un desmayo victoriano.

Em apretó deliberadamente el lacerado labio inferior contra los dientes... después mordió y brotó sangre fresca. El mundo saltó otra vez a la claridad. El sonido del viento y de la lluvia creció como una música extraña.

¿De cuánto tiempo disponía? Había medio kilómetro desde el Pastillero hasta el puente. Pensó que él se había ido a pie, por el impermeable y porque no había oído arrancar el Mercedes.

Sabía que probablemente no habría oído el motor con el ruido de la lluvia y la tormenta, pero de todas formas no creía que se hubiera llevado el coche. Deke Hollis conocía el Mercedes rojo y no le gustaba el hombre que lo conducía. Al ver el Mercedes rojo, Deke Hollis habría estado alerta. Emily creía que Pickering también lo sabía. Pickering estaba loco —parte del tiempo había estado hablando consigo mismo, pero por lo menos también había estado un rato hablando con alguien a quien él podía ver pero ella no, un cómplice invisible del crimen— pero no era estúpido. Tampoco Deke, por supuesto, pero él estaría solo en la caseta de vigilancia. No habría coches pasando, tampoco habría barcos esperando para cruzar al otro lado. No con ese aguacero. Además, era viejo.

—Puede que tenga quince minutos —le dijo a la habitación vacía, aunque quizá estaba hablándole a la mancha de sangre del suelo. Al menos no la había amordazado; ¿para qué molestarse? Nadie la oiría gritar en aquella fea y cuadrada fortaleza de hormigón. Pensó que incluso aunque estuviera en medio de la carretera, gritando a todo pulmón, nadie la oiría. En esos momentos hasta los transportistas mexicanos estarían resguardados, tomando café y fumando cigarrillos en las cabinas de sus camiones.

—Quince minutos como mucho.

Probablemente. Luego Pickering regresaría y la violaría, como había planeado violar a Nicole. Después de eso la mataría, como ya había matado a Nicole. ¿A ella y a cuántas otras «sobrinas»? Em no lo sabía, pero estaba segura de que —como Rusty Jackson diría— aquel no era su primer rodeo.

Quince minutos. Quizá solo diez.

Se miró los pies. No estaban pegados al suelo, pero las patas de la silla sí. Aunque...

Eres atleta; por supuesto que sí. Menudas piernas.

Tenía buenas piernas, desde luego; no necesitaba que nadie se las besara para darse cuenta. Y menos un lunático como Pickering. No sabía si eran buenas en el sentido de si eran bonitas o sexys, pero en términos de utilidad eran muy buenas. Habían cargado con ella durante un largo trecho desde aquella mañana en que ella y Henry encontraron a Amy muerta en su cuna. Estaba claro que Pickering tenía mucha fe en la resistencia de la cinta adhesiva, probablemente había visto decenas de películas donde los asesinos la empleaban, y ninguna de sus «sobrinas» le había dado motivo para dudar de su eficacia. Quizá porque él no les había dado ninguna oportunidad, quizá porque estaban demasiado asustadas. Pero tal vez... en un día lluvioso, en una casa sin ventilar, tan húmeda que Emily podía oler el moho...

Em se inclinó hacia delante todo lo que le permitió el corsé de cinta que la rodeaba y gradualmente comenzó a flexionar los músculos de los muslos y las pantorrillas: esos nuevos músculos de atleta que el lunático había admirado tanto. Primero solo un poco, luego algo más. Cuando se estaba acercando al máximo que podía flexionarlos y empezaba a perder la esperanza, oyó un sonido de succión. Al principio se oyó muy bajito, apenas poco más que un deseo, pero se hizo más audible. La cinta la envolvía una y otra vez formando capas zigzagueantes; estaba endemoniadamente apretada, pero aun así se estaba separando del suelo. Pero despacio. Dios santo, muy despacio.

Se relajó y respiró con fuerza; el sudor brotaba de su frente, debajo de los brazos, entre los pechos. Quería volver a intentarlo, pero su experiencia corriendo en la pista de atletismo de Cleveland South le había enseñado que debía esperar y dejar que su acelerado corazón bombeara para vaciarle los músculos de ácido láctico. Si no esperaba, los siguientes esfuerzos generarían menos tensión y darían menos fruto. Pero era difícil. Esperar era difícil. No tenía ni idea de cuánto tiempo había perdido. En la pared había un reloj —tenía forma de sol y era de acero inoxidable (como al parecer todas las cosas que había en aquella horrible y cruel habitación, a excepción de la silla roja de madera de arce a la que estaba atada)—, pero se había parado a las 9.15. Probablemente funcionaba con pilas y estas se habían agotado.

Intentó permanecer quieta hasta que hubiera contado hasta treinta (musitando un «elefante» después de cada número), pero solo aguantó hasta el diecisiete. Entonces volvió a flexionar los músculos, presionó hacia abajo todo lo que pudo. Esta vez el sonido de succión fue inmediato y más audible. Supo que la silla comenzaba a desprenderse. Solo un poco, pero estaba claro que se estaba soltando.

Em hizo más fuerza: la cabeza hacia atrás, los dientes apretados y al descubierto, sangre fresca deslizándose por el mentón desde su labio hinchado.

Las venas se le marcaban en el cuello. El ruido de la cinta al despegarse se oyó más alto, y ahora también pudo oír un desgarrón.

De repente un intenso dolor le explotó en la pantorrilla derecha; un calambre. Durante un momento, Em casi continuó intentándolo —al fin y al cabo, había mucho en juego; su vida estaba en juego— pero luego volvió a relajarse, jadeando. Y contando.

—Un elefante. Dos elefantes. Tres...

Porque probablemente podría liberar la silla del suelo a pesar de la advertencia muscular. Estaba casi segura de que podría. Pero si lo lograba a expensas de un calambre en la pantorrilla derecha (ya le había pasado antes; en un par de ocasiones habían sido tan fuertes que el músculo parecía de piedra, no de carne), perdería más tiempo del que ganaría. Y seguiría atada a la puñetera silla. Pegada a la puñetera silla.

Sabía que el reloj de la pared estaba parado, pero aun así lo miraba. Era un acto reflejo. Todavía las 9.15. ¿Seguiría en el puente? De pronto brotó en ella una esperanza salvaje: Deke habría conectado la alarma y lo habría ahuyentado. ¿Podía suceder algo así? Pensó que sí. Pensó que Pickering era como una hiena, peligroso solo cuando estaba seguro de que tenía las mejores cartas. Y, probablemente como las hienas, no era capaz de imaginar que podía no tenerlas.

Em prestó atención. Oía la tormenta, y la constante lluvia sibilante, pero no el aullido de la alarma instalada detrás de la cabina del vigilante del puente.

De nuevo intentó tirar de la silla hacia el suelo, y a punto estuvo de salir catapultada con la cabeza por delante contra el horno cuando la silla se liberó casi del todo. Se tambaleó, se balanceó, casi se desplomó en el suelo, pero logró apoyarse en la mesa de fórmica del centro de la cocina para evitar la caída. El corazón le latía muy rápido, ni siquiera podía contar los latidos; parecía un único zumbido duro y constante en el interior de su pecho y la parte alta del cuello, justo debajo de los anclajes de la mandíbula. Si se hubiera caído, habría quedado como una tortuga yaciendo sobre su caparazón. No hubiera tenido ninguna posibilidad de volver a levantarse.

Estoy bien, pensó. No ha ocurrido.

No. Pero podía verse allí tirada de espaldas con endemoniada claridad. Ahí tirada con la mancha de sangre que había dejado el pelo de Nicole como única compañía. Ahí tirada y esperando que Pickering regresara y se divirtiera con ella antes de acabar con su vida. Pero ¿cuándo volvería? ¿Dentro de siete minutos? ¿Cinco? ¿Solo tres?

Miró al reloj de la pared. Las 9.15.

Estaba encorvada al lado de la mesa, jadeando en busca de aire; una mujer a la que le había crecido una silla en la espalda. El cuchillo de carnicero estaba sobre

la mesa, pero no podía alcanzarlo con las manos atadas a los brazos de la silla. Y aunque hubiera podido cogerlo, ¿qué habría hecho? Quedarse allí, encorvada, con el cuchillo en la mano. No podría llegar a ningún sitio, no podría cortar nada con él.

Miró el horno y se preguntó si podría encender uno de los hornillos. Si pudiera hacer eso, entonces quizá...

Tuvo otra visión infernal: al intentar quemar la cinta adhesiva, lo que ardía era su ropa. No podía arriesgarse. Si alguien le hubiera ofrecido pastillas (o incluso un tiro en la cabeza) para escapar de la violación, la tortura y la muerte —una muerte lenta, precedida por inenarrables mutilaciones—, habría desoído la voz disidente de su padre (*«Nunca desistas, Emmy; las cosas buenas siempre están a la vuelta de alguna esquina»*) y las habría aceptado. Pero ¿arriesgarse a sobrevivir a quemaduras de tercer grado en la mitad superior de su cuerpo? ¿Quedarse tirada en el suelo, medio asada, esperando a que Pickering regresara, rezando para que volviera y acabara con su miseria?

No. No haría eso. Pero ¿qué otra cosa le quedaba? Podía sentir cómo el tiempo se esfumaba. El reloj de la pared seguía marcando las 9.15, pero ella pensó que el ritmo de la lluvia había aflojado un poco. Aquel pensamiento la llenó de horror. Se empujó hacia atrás. El pánico la iba a matar.

Con el cuchillo no podía y con el horno no lo haría. ¿Qué más le quedaba?

La respuesta era obvia. Quedaba la silla. No había ninguna otra en la cocina, solo tres taburetes altos como los de los bares. Suponía que Pickering debía de haber traído aquella silla de un salón que ella esperaba no ver nunca. ¿Habría atado a otras mujeres —otras «sobrinas»— a pesadas sillas rojas de madera de arce que hacían conjunto con la mesa de un comedor? ¿Quizá a esa misma? Dentro de ella sabía que así habría sido. Y él había confiado en esa silla a pesar de que no era de metal sino de madera. Lo que había funcionado una vez, funcionaría de nuevo; Em estaba segura de que en ese sentido Pickering también pensaba como las hienas.

Ella tenía que destruir la prisión donde permanecía cautiva. Ese era el único camino, y solo tenía unos minutos para hacerlo.

Probablemente te dolerá

Estaba cerca de la mesa central; la encimera sobresalía ligeramente, formando una especie de labio, pero ella no confiaba demasiado en aquello. No quería moverse —no quería arriesgarse a caerse y convertirse en una tortuga—, pero necesitaba una superficie más amplia que aquel labio saliente para golpear la silla. Así que se dirigió hacia el frigorífico, que también era de acero inoxidable... y grande. La superficie en la que cualquier chica podría desear golpear.

Caminaba arrastrando los pies con la silla pegada a la espalda, el trasero y las piernas. El avance era agonizantemente lento. Era como intentar caminar con un extraño ataúd con forma de grifo sujeto a la espalda. Y sería su ataúd si se caía al suelo.

O si seguía aporreando infructuosamente la silla contra la parte delantera del frigorífico cuando el hombre de la casa regresara.

En una ocasión se tambaleó y estuvo a punto de caerse al suelo —de cara— pero se las arregló para mantener el equilibrio con lo que pareció una gran fuerza de voluntad. El dolor en su pantorrilla regresó, amenazando una vez más con convertirse en un calambre que le dejaría la pierna fuera de combate. También lo superó; para lograrlo, cerró los ojos. El sudor resbalaba por su cara, lavando las lágrimas secas que no recordaba haber derramado.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto? La lluvia había amainado mucho más. No tardaría en oír el goteo del agua en lugar de la lluvia. Quizá Deke estaba en plena pelea. Quizá incluso tenía una pistola en un cajón de su atestado escritorio y había disparado a Pickering como uno dispararía a un perro rabioso. ¿Podría oír un disparo desde ahí? No lo creía; el viento aún soplaba demasiado fuerte. Era más probable que Pickering —veinte años más joven que Deke, y sin duda en forma— le arrebatara cualquier arma que Deke pudiera encontrar y la usara contra el viejo.

Intentó barrer aquellos pensamientos, pero era difícil. Era difícil a pesar de que eran pensamientos inútiles. Se arrastró hacia delante con los ojos todavía cerrados y con el pálido rostro —la boca hinchada— tenso por el esfuerzo. Un pasito, dos pasitos. *¿Podré dar seis pasitos más?* Sí, sí puedes. Pero en el cuarto, sus rodillas —casi en cuclillas— chocaron contra la parte delantera del frigorífico.

Em abrió los ojos, incapaz de creer que de verdad había completado sin problemas aquel arduo safari; una distancia que una persona que no estuviera atada habría cubierto con tan solo tres pasos, pero para ella había sido un safari. Una maldita caminata.

No había tiempo que malgastar en felicitaciones, y no solo porque podría oír la puerta delantera del Pastillero en cualquier momento. Tenía otros problemas. Sus músculos estaban agarrotados y le temblaban por el esfuerzo que había realizado al caminar en una posición de casi sentada; se sentía como un aficionado intentando realizar una extravagante postura de yoga. Si no lo hacía enseguida, no sería capaz de hacerlo. Y si la silla era tan dura como parecía... Pero desechó esa idea.

—Probablemente te dolerá —jadeó—. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sabía, pero Pickering tendría en mente hacer cosas peores con ella.

—Por favor —dijo, poniéndose de lado respecto al frigorífico, mostrándole su perfil. Si eso era rezar, pensó que le estaba rezando a su hija muerta—. Por favor —repitió, y movió bruscamente la cadera hacia el lado, golpeando el parásito que llevaba en la espalda contra el frontal del frigorífico.

No estaba tan sorprendida como cuando la silla se despegó de repente del suelo y estuvo a punto de estamparse contra el horno, pero casi. La parte trasera de la silla crujió y el asiento se deslizó a un lado de su trasero. Solo las patas se mantenían firmes.

—¡Está podrida! —gritó a la cocina vacía—. ¡La maldita silla está podrida!

Quizá no fuera para tanto, pero —Dios bendiga el clima de Florida— con certeza no era tan resistente como parecía. Por fin un pequeño golpe de suerte... Si el hombre apareciese en ese momento, justo cuando ya casi lo había logrado, Emily pensó que se volvería loca.

¿Cuánto tiempo tenía? ¿Cuánto tiempo llevaba fuera Pickering? No tenía ni idea. Siempre había tenido un reloj bastante certero dentro de su cabeza, pero en ese momento era tan inútil como el que había en la pared. Era horrible haber perdido por completo la noción del tiempo. Se acordó de su enorme reloj y lo buscó con la mirada, pero no lo llevaba. En el lugar donde había estado solo había una marca pálida. Se lo debió de quitar Pickering.

Estaba a punto de volver a golpear la silla contra el frigorífico cuando se le ocurrió una idea mejor. Su trasero se había liberado en parte del asiento, y eso le permitía hacer un poco más de palanca. Hizo presión con la espalda como había hecho presión con los muslos y las pantorrillas mientras luchaba por liberar la silla del suelo, y esta vez, cuando sintió un ramalazo de dolor justo debajo de la base de la espina dorsal, no se relajó, ni esperó, ni tomó aire. Pensó que no podía darse el lujo de esperar más. Podía verle regresar, correr por el centro de la carretera desierta, sus pies chapoteando en los charcos, el impermeable amarillo ondeando. Y en una mano, algún tipo de herramienta. Quizá una llave inglesa que habría sacado del maletero manchado de sangre del Mercedes.

Em presionó hacia arriba. El dolor de su espalda aumentó y alcanzó una

vidriosa intensidad. Pero oyó de nuevo aquel sonido de desgarró mientras la cinta adhesiva se separaba, no de la silla sino de la cinta en sí misma. De las capas superpuestas de cinta. Se aflojaba. Aflojarse no era tan bueno como liberarse, pero también era bueno. Le permitiría hacer más palanca.

De nuevo movió bruscamente la cadera contra el frigorífico, soltando un gritito por el esfuerzo. El choque la sacudió por dentro. Esta vez la silla no se movió. Se le quedó pegada como una lapa. Volvió a menear las caderas, más fuerte, gritando más alto: el yoga y el disco S&M^[4] unidos. Se oyó otro crujido, y en esta ocasión la silla se deslizó a la derecha de su espalda y su cadera.

Se balanceó otra vez... y otra... y otra, pivotando sobre su cada vez más exhausta cadera y golpeando. Perdió la cuenta. Lloraba de nuevo. Se había desgarrado los pantalones cortos por detrás. Estos se habían deslizado torcidos por una cadera, y la cadera sangraba. Pensó que se había clavado una astilla.

Tomó una profunda bocanada de aire para intentar calmar el ritmo desbocado de su corazón (había pocas posibilidades de lograrlo), y golpeó de nuevo su prisión de madera y a ella misma contra el frigorífico. Esta vez chocó con la palanca del dispensador automático de hielo, que dejó caer un cajón de cubitos en el suelo de baldosas. Hubo otro crujido, algo que se rompía, y de repente su brazo izquierdo quedó libre. Lo miró con los ojos llenos de estúpido asombro. El brazo de la silla seguía adherido a su antebrazo, pero ahora el cuerpo de la silla colgaba ladeado por ese punto, agarrado a ella por largas tiras grises de cinta adhesiva. Era como estar atrapada en una telaraña. Y por supuesto que lo estaba; el loco cabrón de los pantalones cortos caqui y la camisa Izod era la araña. Todavía no estaba libre, pero ahora podría usar el cuchillo. Todo lo que tenía que hacer era llegar hasta la mesa del centro y cogerlo.

—No pises los cubitos —se advirtió con voz temblorosa. Sonaba (al menos para sus oídos) como una excéntrica alumna de doctorado que se ha estudiado a sí misma hasta el límite de la crisis nerviosa—. No es buen momento para ponerse a patinar.

Esquivó el hielo, pero al inclinarse hacia el cuchillo, su castigada espalda emitió un crujido de advertencia. La silla, mucho más floja ahora pero unida aún a ella por el tronco (y también por las piernas) con aquellos corsés de cinta adhesiva, golpeó el lateral de la mesa. No le prestó atención. Sería capaz de alcanzar el cuchillo con su mano izquierda recién liberada y lo usaría para cortar la cinta que rodeaba su brazo derecho; sollozaba al respirar y echaba rápidas ojeadas a la puerta batiente que separaba la cocina de lo que hubiese al otro lado; el salón y el recibidor, supuso.

—Deja de buscarlo —se dijo en la gris y misteriosa cocina—. Limítate a terminar tu trabajo.

Era un buen consejo, pero difícil de seguir cuando sabías que la muerte podría aparecer, y pronto, por aquella puerta.

Cortó la cinta por debajo de sus pechos. Debería haberlo hecho despacio y con cuidado, pero no podía permitírselo y se cortó repetidamente con la punta del cuchillo. Podía sentir la sangre extendiéndose por su piel.

El cuchillo estaba afilado. Las malas noticias fueron los cortes que se hizo en el esternón. Las buenas noticias eran que la cinta adhesiva se rajaba capa tras capa sin oponer resistencia. Había conseguido cortarla de arriba abajo, y la silla se separó de su espalda un poco más. Se puso a trabajar en la tira ancha que le rodeaba la cintura. Ahora podía inclinarse mucho más, y procedía más rápido, con menos heridas en su cuerpo. Por fin terminó de cortarlo todo y la silla cayó hacia atrás. Pero las patas seguían pegadas a sus piernas, por lo que los pies de madera se le clavaron allí donde los tendones de Aquiles sobresalían como cables justo debajo de la piel. El dolor fue espantoso, y Em gimió con desesperanza.

Echó el brazo hacia atrás y con la mano izquierda volvió a presionar la silla contra su espalda, aliviando aquella horrible y punzante presión. Era un ángulo retorcido, muy doloroso para su brazo, pero continuó presionando la silla mientras, arrastrando los pies, se daba media vuelta para quedar de cara al horno. Entonces se inclinó hacia atrás, usando la mesa central para aliviar la presión. Respirando entrecortadamente, llorando de nuevo (no era consciente de sus lágrimas), se inclinó hacia delante y comenzó a cortar la cinta que le envolvía los tobillos. Sus esfuerzos habían aflojado esas tiras y las que pegaban la parte baja de su cuerpo a la puñetera silla; por consiguiente, la tarea fue más rápida y se cortó menos veces, aunque se las arregló para hacerse un buen tajo en la pantorrilla derecha, como si una parte demente de ella misma quisiera castigarla por agarrotarse mientras intentaba soltar la silla del suelo.

Estaba cortando de la cinta de las rodillas —las últimas que quedaban— cuando oyó que la puerta de entrada se abría y se cerraba.

—¡Ya estoy en casa, cariño! —dijo Pickering alegremente—. ¿Me has echado de menos?

Em se quedó helada, inclinada hacia delante con el pelo cubriéndole la cara, y tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para poder volver a moverse. Ya no había tiempo para sutilezas; metió a la fuerza la hoja del cuchillo de carnicero por debajo del cinturón de cinta gris que le envolvía la rodilla, evitó milagrosamente clavarse la afilada punta en la rótula, y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas.

Oyó un pesado ruido metálico en la entrada y supo que el hombre había girado la llave en la cerradura; una llave grande, a tenor del sonido. Pickering no quería interrupciones, probablemente pensaba que ya había habido demasiadas interrupciones por un día. Empezó a cruzar el recibidor. Debía de llevar zapatillas

(ella no se había fijado antes), porque pudo oír cómo las arrastraba.

Estaba tarareando «Oh, Susana».

La cinta que le rodeaba la rodilla derecha se partió, de abajo arriba, y la silla, atada a ella solo por la rodilla izquierda, cayó hacia atrás contra la mesa con gran estruendo. Durante un momento, los pasos detrás de la puerta batiente —que estaba muy cerca— se detuvieron, y entonces se convirtieron en una carrera. Después de eso todo sucedió muy, muy rápido.

Golpeó la puerta con las dos manos, y se abrió de golpe con un sonoro portazo; cuando entró en la cocina a la carrera todavía tenía las palmas de las manos extendidas. Las tenía vacías, ni rastro de la llave inglesa que ella había imaginado. Las mangas del impermeable amarillo le llegaban a la mitad de los brazos, y a Em le dio tiempo de pensar: *Te queda demasiado pequeño, gilipollas. Tu esposa te lo diría, pero no tienes esposa, ¿verdad?*

Tenía el gorro del chubasquero echado hacia atrás. Tenía el pelo desaliñado —ligeramente desaliñado; lo llevaba demasiado corto para algo más— y el agua de lluvia le goteaba por los lados de la cara y dentro de los ojos. Se hizo una idea de la situación con una mirada; pareció comprenderlo todo.

—¡Zorra insoportable! —gritó, y rodeó la mesa para agarrarla.

Ella lo apuñaló con el cuchillo de carnicero. La hoja se le clavó entre los dos primeros dedos de su estirada mano derecha y se hundió en la carne hasta el final de la V que los unía. La sangre salió a borbotones. Pickering gritó por el dolor y la sorpresa; más por la sorpresa, pensó ella. Las hienas no esperan que las víctimas se rebelen...

Él la atrapó con la mano izquierda, la agarró por la muñeca, la retorció. Algo crujió. O quizá se partió. En cualquier caso, el dolor le envolvió el brazo, como una luz brillante. Ella intentó sostener el cuchillo, pero no pudo. Salió volando por la habitación, y cuando él le soltó la muñeca, la mano derecha se le aflojó, sus dedos se abrieron.

Él se abalanzó sobre ella y Em lo empujó hacia atrás usando ambas manos y haciendo caso omiso del grito de dolor de su muñeca torcida. Fue puro instinto. Su mente racional le habría dicho que un simple empujón no detendría a ese tipo, pero en esos momentos su mente racional estaba encogida en un rincón de su cabeza, incapaz de hacer nada más que esperar que todo acabara bien.

Echó todo su peso sobre ella, pero el trasero de Em estaba apoyado en el desconchado labio de la mesa central. Él se tambaleó hacia atrás con una expresión de asombro que en otras circunstancias habría parecido cómica, y se resbaló con uno o varios cubitos de hielo. Durante un momento pareció un personaje de dibujos animados —el Correcaminos, quizá— corriendo a toda velocidad sin moverse del sitio mientras intentaba no caerse. Entonces pisó más

cubitos de hielo (ella los vio girar y destellar por el suelo), perdió el equilibrio y se golpeó la parte de atrás de la cabeza contra el frigorífico recientemente abollado.

Él levantó su mano ensangrentada y la miró. Luego la miró a ella.

—Me has cortado —dijo—. Zorra, puta estúpida, mira esto, me has cortado. ¿Por qué me has cortado?

Intentó levantarse, pero más cubitos de hielo zigzaguearon debajo de él y volvió a caerse. Giró sobre una rodilla, para tratar de levantarse de ese modo, y durante un momento le dio la espalda. Em cogió de la mesa el apoyabrazos izquierdo roto de la silla. Todavía le colgaban tiras andrajosas de cinta adhesiva. Pickering recuperó el equilibrio y se abalanzó hacia ella. Emily lo estaba esperando. Descargó el apoyabrazos de madera contra su frente usando las dos manos; la derecha no quería cerrarse, pero ella la obligó. Una parte de ella, atávica y preparada para la supervivencia, incluso recordó agarrar con todas sus fuerzas la vara de madera de arce roja; sabía que eso maximizaría la fuerza, y maximizar la fuerza era bueno. Al fin y al cabo, era el reposabrazos de una silla, no un bate de béisbol.

Hubo un ruido sordo. No sonó tan fuerte como el portazo de la puerta batiente cuando él la empujó para entrar en la cocina, pero aun así se oyó bastante alto, quizá porque la lluvia había amainado mucho más. Durante unos instantes no ocurrió nada, pero luego la sangre comenzó a manar por el cuero cabelludo y la frente. Lo miró fijamente a los ojos. El le devolvió la mirada con aturdida incompreensión.

—No —dijo débilmente, y alargó una mano para arrebatarse el apoyabrazos.

—Sí —dijo ella, y le golpeó de nuevo, esta vez de lado: un golpe agudo con las dos manos; la derecha se aflojó y soltó la vara en el último momento, pero la izquierda la agarró con firmeza. El extremo del apoyabrazos (mellado por donde se había roto, con las astillas sobresaliendo) le machacó la sien derecha. Esta vez la sangre brotó a borbotones mientras la cabeza daba una sacudida hacia un lado, hacia el hombro izquierdo. Gotas brillantes se deslizaban por su mejilla y salpicaron el suelo de baldosas.

—Basta —dijo con la voz pastosa, piafando el aire con una mano. Parecía un hombre pidiendo ayuda antes de ahogarse.

—No —dijo ella, y volvió a descargar el apoyabrazos contra su cabeza.

Pickering gritó y se alejó de ella tambaleándose, con la cabeza agachada, intentando interponer entre ellos la mesa central de la cocina. Pisó otros cubitos de hilo y resbaló, pero esta vez logró mantenerse en pie. Cuestión de suerte, pensó ella, porque el hombre tenía que sentir de todo menos estabilidad.

Durante un momento ella casi lo dejó ir, pensó que saldría corriendo por la

puerta batiente. Eso era lo que ella habría hecho. Pero entonces su padre habló, con mucha calma, dentro de su cabeza: *«Está buscando el cuchillo, cariño»*.

—No —dijo ella, esta vez gruñendo—. No, no lo harás.

Intentó rodear la mesa por el otro lado y hacerle frente, pero no podía correr, al menos mientras le colgaran de la espalda los restos destrozados de la silla como una puñetara cadena; aún la tenía pegada a su rodilla izquierda. La silla golpeó contra la mesa, le rebotó en el trasero, intentó meterse entre sus piernas y hacerla tropezar. La silla parecía estar de parte de él, así que se alegró de haberla roto.

Pickering se abalanzó hacia el cuchillo —yacía cerca de la puerta batiente— y cayó sobre él como en un placaje de fútbol para recuperar una pelota suelta. Un resuello gutural emergía desde el fondo de su garganta. Em lo alcanzó justo cuando empezaba a darse la vuelta. Lo machacó con el apoyabrazos una y otra vez, chillando, consciente en alguna parte de su mente de que no golpeaba lo bastante fuerte, que no estaba generando ni de lejos la cantidad de fuerza que quería aplicar. Pudo ver su muñeca derecha palpitando, intentando vengar la atrocidad perpetrada sobre ella, como si ya diera por hecho que sobreviviría a aquel día.

Pickering se derrumbó sobre el cuchillo y se quedó ahí tirado. Ella retrocedió un poco, intentando respirar; aquellos pequeños cometas blancos volvieron a cruzar de un lado al otro su campo de visión.

Dos hombres hablaron en su cabeza. No eran voces desconocidas para ella, pero no siempre eran bienvenidas. A veces sí, pero no siempre.

Henry: *«Coge ese maldito cuchillo y húndeselo entre los omóplatos»*.

Rusty: *«No, cariño. No te acerques a él. Eso es lo que él espera. Se está haciendo el muerto»*.

Henry: *«O en la nuca. Eso también vale. En su asquerosa nuca»*.

Rusty: *«Hurgar debajo de él sería como meter la mano en una empacadora de heno, Emmy. Tienes dos opciones. Golpearle hasta la muerte...»*.

Henry, reacio pero convencido: *«... o correr»*.

Bueno, quizá sí. O quizá no.

En un lateral de la mesa había un cajón. Lo abrió de un tirón, con la esperanza de encontrar otro cuchillo, un montón de cuchillos: cuchillos de trinchar, cuchillos para la carne, cuchillos de sierra para el pan. Se conformaba con un maldito cuchillo para la mantequilla. Pero lo que encontró fue un surtido extravagante de utensilios de cocina de plástico negro: un par de espátulas, un cucharón, y una de esas enormes cucharas para servir llenas de agujeros. Había otras baratijas, pero el chisme más peligroso con el que sus ojos se toparon fue un pelapatatas.

—Escúchame —dijo ella. Su voz era ronca, casi gutural. Tenía la garganta seca—. No quiero matarte, pero si me obligas lo haré. Tengo un tenedor de carne

en las manos. Si intentas darte la vuelta, te lo clavaré en la nuca y empujaré hasta que salga por delante.

¿Le habría creído? Esa era la primera pregunta. Estaba segura de que él se había llevado a propósito todos los cuchillos excepto el que tenía debajo de su cuerpo, pero ¿podía estar seguro de que se había llevado todos los demás objetos afilados? La mayoría de los hombres no saben qué tienen en los cajones de la cocina —lo sabía por la convivencia con Henry y, antes de Henry, con su padre—, pero Pickering no era como la mayoría de los hombres y esa no era como la mayoría de las cocinas. Pensó que más bien era como un quirófano. Sin embargo, dado lo aturdido que estaba (¿lo estaba?), y dado que probablemente él creía que un fallo de su memoria podría significar la muerte, Em pensó que el farol funcionaría. Pero había otra pregunta: ¿podía oírla? ¿O comprender lo que le decía? Un farol no podía funcionar si la persona a la que intentabas engañar no entendía la apuesta.

Pero no iba a quedarse ahí debatiéndolo. Eso era lo peor que podía hacer. Se inclinó, sin apartar en ningún momento los ojos de Pickering, e introdujo los dedos bajo la última tira de cinta que todavía la unía a la silla. Los dedos de su mano derecha ya no querían moverse, pero ella los obligó. Y su piel empapada de sudor la ayudó. Estiró hacia abajo y la cinta empezó a desprenderse con otro malhumorado desgarrón. Supuso que le dolería, una franja de color rojo brillante le cruzaba la rótula de un lado a otro (por alguna razón la palabra «Júpiter» surcó de manera fortuita su mente), pero había llegado demasiado lejos para sentir ese tipo de cosas. De un tirón, la cinta se despegó hasta el tobillo, donde quedó arrugada y retorcida. Sacudió el pie con fuerza y lo echó hacia atrás, libre. La cabeza le palpitaba, bien por el esfuerzo bien por el golpe que el hombre le había dado cuando descubrió a la chica muerta en el maletero del Mercedes.

—Nicole —dijo ella—. Se llamaba Nicole.

Nombrar a la chica muerta pareció devolverla en cierto modo a la realidad. La idea de intentar sacar el cuchillo de carnicero de debajo del hombre le parecía ahora una locura. La parte de ella que a veces le hablaba con la voz de su padre tenía razón; incluso quedarse con Pickering en la misma habitación era tentar a la suerte. Lo único que le quedaba era escapar. Solo eso.

—Me voy —dijo—. ¿Me has oído?

Él no se movió.

—Tengo el tenedor de carne. Si me sigues, te lo clavaré. Te... te sacaré los ojos. Lo único que tienes que hacer es quedarte donde estás. ¿Lo has entendido?

Él no se movió.

Emily se apartó de él, luego se dio la vuelta y salió de la cocina por la puerta que había al otro lado de la habitación. Seguía aferrando el apoyabrazos

ensangrentado.

—8—

Había una fotografía en la pared de la cama

Al otro lado estaba el comedor. Había una larga mesa con la parte superior de cristal. Alrededor había siete sillas de madera de arce roja. El lugar donde debería estar la octava permanecía vacante. Por supuesto. Mientras contemplaba el sitio vacío en el lado de la «madre» de la mesa, le vino a la cabeza un recuerdo: la sangre brotándole en una diminuta perla por debajo del ojo mientras Pickering le decía: *De acuerdo, bien, de acuerdo*. El la había creído cuando ella había dicho que Deke era el único que podría saber que ella estaba en el Pastillero, y había echado el pequeño cuchillo —el pequeño cuchillo de Nicole, pensó de pronto— en el fregadero.

Así que había tenido todo el tiempo un cuchillo con el que amenazarlo. Aún estaba allí. En el fregadero. Pero no iba a regresar a por él. Ni hablar.

Cruzó la habitación y entró en un pasillo con cinco puertas, dos a cada lado y una al final. Las dos primeras puertas que probó estaban abiertas, a la izquierda había un cuarto de baño y a la derecha una lavandería. La lavadora era de las grandes, y tenía el tambor abierto. En la estantería de al lado había una caja de detergente Tide. Una camisa manchada de sangre colgaba medio dentro medio fuera del tambor. Emily estaba bastante segura de que era la camisa de Nicole, aunque no podía afirmarlo. Y si lo era, ¿por qué Pickering había planeado lavarla? Lavarla no disimularía los agujeros. Emily recordaba haber pensado que había docenas, aunque seguro que eso no era posible. ¿Lo era?

Pensó que en realidad sí era posible: Pickering era un demente.

Abrió la puerta adyacente al cuarto de baño y encontró una habitación de invitados. No era más que un oscuro y estéril cajón ocupado por una cama de matrimonio, con la ropa de cama tan rigurosamente estirada que una moneda de cinco centavos sin duda rebotaría sobre la colcha. ¿Habría hecho la cama una criada? *Nuestros sondeos indican que no*, pensó Em. *Nuestros sondeos indican*

que ninguna criada ha puesto jamás los pies en esta casa. Solo las «sobrinas».

La puerta opuesta a la habitación de invitados comunicaba con un estudio. Era tan estéril como la habitación que había al otro lado del pasillo. Había dos archivadores en un rincón, y un escritorio enorme que no tenía nada encima salvo un ordenador Dell cubierto con un plástico transparente para el polvo. El suelo era de sencillas tablas de roble. No había alfombra. No había cuadros en las paredes. El único ventanal tenía los postigos echados, solo dejaba entrar unos pocos rayos de luz pálida. Al igual que la habitación de invitados, aquel lugar parecía sombrío y olvidado.

El nunca ha trabajado aquí, pensó, y sabía que era verdad. Era un escenario. Toda la casa lo era, incluida la habitación de la que había escapado; la habitación que parecía una cocina pero no era más que un quirófano, con los mostradores y el suelo completamente limpios.

La puerta del final del pasillo estaba cerrada y, a medida que se acercaba, sabía que tendría la llave echada. Si él entraba por el extremo de la cocina/comedor, quedaría atrapada a ese lado del pasillo. Atrapada sin ningún lugar adonde echar a correr, y en aquellos días correr era lo único que se le daba bien, lo único para lo que ella era buena.

Arrancó una tira de tela de sus pantalones cortos —ahora sentía la ropa flotando sobre ella, con las costuras de la parte de atrás rasgadas— y envolvió el pomo. Su presentimiento había sido tan grande que cuando el pomo giró en su mano le costó creerlo. Abrió la puerta de un empujón y se adentró en lo que tenía que ser el dormitorio de Pickering. Era casi tan estéril como la habitación de invitados, pero no tanto. Y ello por una razón: había dos almohadas en lugar de una, y la colcha (que parecía la gemela de la cama de la habitación de invitados) estaba abierta formando un minucioso triángulo, lista para recibir a su dueño en el confort de las sábanas frescas después de un duro día de trabajo. Y había una alfombra en el suelo. Una alfombra barata de nailon, pero cubría el suelo de pared a pared. Sin duda Henry la habría llamado la Alfombra Especial de Granjeros, pero hacía juego con las paredes azules y conseguía que la habitación pareciera menos anodina que las otras. También había un pequeño escritorio —parecía un viejo pupitre de colegio— y una silla de madera clara. Y aunque era mucho más pequeño que el del estudio, con su enorme (y lamentablemente cerrado) ventanal y su caro ordenador, Em tuvo la sensación de que aquel escritorio lo habían usado. Que Pickering se había sentado allí para escribir a mano, encorvado como un niño en el aula de un colegio de campo. Escribiendo cosas en las que ella no quería pensar.

Allí también había una ventana grande. Y, al contrario que la de la habitación de invitados, esta no tenía los postigos echados. Antes de que Em pudiera mirar

afuera y ver qué había más allá, su atención se desvió a una fotografía de la pared de la cama. No estaba colgada y, desde luego, no tenía marco, solo estaba clavada con una chincheta. Había otros agujeritos alrededor, como si otras fotografías hubieran estado clavadas ahí a lo largo de los años. Aquella era una imagen a todo color con la fecha 19/04/07 impresa digitalmente en la esquina derecha. A juzgar por el color del papel, y por alguien que no era muy ducho en fotografía, no había sido tomada con una cámara digital sino con una de las antiguas. Por otro lado, el fotógrafo tal vez estuviera nervioso. Del modo en que las hienas se ponen nerviosas cuando anochece y hay presas frescas en perspectiva, supuso ella. Estaba borrosa, como si la hubieran tomado con un teleobjetivo, y el tema no estaba centrado. El tema era una mujer joven de largas piernas vestida con unos pantalones vaqueros cortos y un top muy corto en el que ponía BAR CERVEZA EN PUNTO. Sobre los dedos de la mano izquierda sostenía en equilibrio una bandeja, como una camarera de un alegre y viejo cuadro de Norman Rockwell. Se reía. Tenía el pelo rubio. Em no podía asegurar que fuese Nicole, al menos a partir de esa foto borrosa y esos pocos horribles segundos durante los que había contemplado a la chica muerta en el interior del maletero del Mercedes..., pero estaba segura de que era ella. Su corazón estaba seguro.

Rusty: *«No importa, cariño. Tienes que largarte de aquí. Tienes que salir de esta habitación».*

Como para corroborarlo, la puerta entre la cocina y el comedor se abrió de un portazo... casi lo bastante fuerte como para arrancarla de sus goznes.

No, pensó. Toda su sensibilidad salió de su interior. Pensaba que no volvería a orinarse encima, pero ya no se veía capaz de afirmarlo. *No, no puede ser.*

—¿Quieres jugar sucio? —gritó Pickering. Su voz sonaba aturdida y alegre—. De acuerdo, yo también puedo jugar sucio. Claro. No hay problema. ¿Quieres? ¡Por supuesto! Papá va a hacerlo.

Se acercaba. Estaba cruzando el comedor. Se tropezó con una de las otras sillas (quizá una del lado del «padre» de la mesa), y ella oyó un ruido sordo seguido de un sonoro estruendo al apartarla de su camino. El mundo daba vueltas a su alrededor, tornándose gris a pesar de que esa habitación era relativamente luminosa ahora que la tormenta se había disipado.

Volvió a morderse el labio herido. Un nuevo hilillo de sangre fresca se deslizó por su barbilla, pero trajo de nuevo color y realidad al mundo. Cerró con un portazo y buscó a tientas el pestillo. No había pestillo. Miró alrededor y se fijó en la humilde silla de madera que había frente al humilde escritorio de madera. Mientras Pickering corría tambaleándose, dejando atrás la lavandería y el estudio —¿aferraba el cuchillo de carnicero? Por supuesto que sí—, ella agarró la silla, la colocó debajo del pomo de la puerta y la atrancó. Solo un instante más tarde él

golpeaba la puerta con ambas manos.

Pensó que si ese suelo hubiera sido también de tablas de roble, la silla resbalaría como un disco del juego de tejos. Quizá debería haberla cogido y haberle golpeado con ella: Em la Valiente Domadora de Leones. No se le había ocurrido. En cualquier caso, estaba la alfombra. Nailon barato pero grueso; al menos eso parecía. Las patas atrancadas de la silla se clavaron y aguantaron, aunque vio una arruga a lo largo y ancho de la alfombra.

Pickering rugía y comenzó a golpear la puerta con los puños. Ella esperaba que siguiera aferrando el cuchillo mientras lo hacía; así a lo mejor se cortaba la garganta sin querer.

—¡Abre la puerta! —gritó—. ¡Abre! ¡Estás empeorando tu situación!

Como si pudiera, pensó Em, retrocediendo. Miró alrededor. ¿Ahora qué? ¿La ventana? ¿Qué más? Solo había una puerta, así que tenía que ser por la ventana.

—¡Me estás volviendo loco, Lady Jane!

No, ya estabas loco. Loco de remate.

Vio que la ventana era especial, de esas que solo sirven para mirar a través de ellas pero que no pueden abrirse. Por el aire acondicionado. Así que, ¿qué le quedaba? ¿Atravesarla como Clint Eastwood en uno de esos viejos spaghetti western? Sonaba posible; era el tipo de cosas que le habría encantado hacer de cría, pero pensó que terminaría hecha jirones si lo intentaba. Clint Eastwood, La Roca y Steven Seagal contaban con especialistas que los sustituían cuando había que rodar esas viejas secuencias de salir-volando-por-la-ventana-de-la-taberna. Y además los especialistas tenían cristales especiales.

Oyó detrás de la puerta el rápido golpeteo de sus pisadas retrocediendo y luego corriendo hacia ella. Era una puerta pesada, pero Pickering no estaba bromeando, y la puerta tembló en el marco. Esta vez la silla cedió dos o tres centímetros antes de resistir el envite. Peor aún, la arruga volvía a surcar la alfombra y se escuchó un desgarró que no era diferente del sonido de la cinta adhesiva al despegarse. Él estaba sorprendentemente en forma para alguien al que habían golpeado en la cabeza y los hombros con un sólido trozo de madera de roble, pero por supuesto también estaba a la vez loco y lo bastante cuerdo como para saber que si ella lograba escapar, él no lo haría. Ella suponía que esa era una motivación poderosa.

Debería haberle golpeado con toda la puñetera silla, pensó.

—¿Quieres jugar? —jadeó él—. Yo jugaré. Claro. Puedes apostar tu trasero. Pero estás en mi terreno de juego, ¿sabes? ¡Y aquí... estoy... yo!

Golpeó la puerta de nuevo. Esta resistió en el marco, las bisagras se aflojaron, y la silla retrocedió dos o tres centímetros más. Em vio oscuras marcas en forma de lágrima entre las patas atrancadas y la puerta: desgarró en la alfombra barata.

Por la ventana entonces. Si iba a morir desangrada por solo Dios sabía cuántas heridas, sería ella quien se las infligiera. Quizá... si se envolvía con la colcha...

Entonces fijó la vista en el escritorio.

—¡Señor Pickering! —dijo, agarrando el escritorio por los lados—. ¡Espere! ¡Quiero hacer un trato con usted!

—No hago tratos con zorras, ¿de acuerdo? —dijo con petulancia, pero se detuvo durante un momento, quizá para recobrar la respiración, y le dio algo de tiempo. Tiempo era todo lo que ella quería. Tiempo era lo único que podía conseguir de él; en realidad no necesitaba que él le dijera que no era el tipo de hombre que hace tratos con zorras—. ¿Cuál es tu gran plan? Díselo a Papá Jim.

Ahora su plan era el escritorio. Lo levantó, casi convencida de que la parte baja de su espalda le estallaría como un globo.

Pero era ligero, y más cuando cayeron de él varias pilas de folios atadas con gomillas que parecían manuales universitarios.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él de repente, y luego—: ¡No hagas eso!

Ella corrió hacia la ventana, luego frenó en seco y lanzó el escritorio. El sonido de cristales rotos fue enorme. Sin detenerse a pensar ni a mirar —pensar no le haría ningún bien llegados a ese punto, y mirar solo la asustaría si había mucha altura—, tiró de la colcha.

Pickering golpeó la puerta de nuevo, y aunque la silla resistió una vez más (ella sabía que si no hubiera aguantado, él habría irrumpido corriendo en la habitación y la habría atrapado), se oyó un sonoro crujido en la madera.

Em se envolvió con la colcha desde la barbilla hasta los pies, por un momento pareció una mujer india de un cuadro de N. C. Wyeth a punto de adentrarse en una tormenta de nieve. Luego se lanzó por el agujero dentado de la ventana justo en el instante en que la puerta se abría estrepitosamente detrás de ella. Varias flechas de cristal rasgaron la colcha pero ninguna rozó a Em.

—¡Maldita zorra insoportable! —gritaba Pickering detrás de ella (muy cerca de ella), y luego ella estaba volando.

Durante su infancia había sido muy poco femenina, prefería los juegos de los chicos (el mejor era uno que se llamaba sencillamente Pistolas) en el bosque que había detrás de su casa en las afueras de Chicago, a tontear con Barbie y Ken en el porche delantero. Se pasaba la vida vestida con vaqueros Toughskins y zapatillas de deporte, y con el pelo recogido en una cola de caballo. En la televisión, ella y su mejor amiga Becka miraban viejas películas de Eastwood y de Schwarzenegger, en lugar de las de las gemelas Olsen, y cuando veían Scooby-Doo se identificaban más con el perro que con Velma o Daphne. Durante dos años en la escuela de gramática, sus almuerzos fueron Scooby-galletas.

Y trepaban a los árboles, por supuesto. Emily creía acordarse de Becka y ella colgando de los árboles de sus respectivos patios durante un verano entero. Por entonces debían de tener unos nueve años. Salvo las lecciones de su padre sobre cómo caer, lo único que Em podía recordar claramente de aquel verano en que subían a los árboles era a su madre poniéndole una pomada en la nariz mientras le decía «¡No te la quites, Emmy!» con su voz de obedéceme-o-muere.

Un día, Becka perdió el equilibrio y estuvo en un tris de caer de cinco metros de altura al césped de los Jackson (quizá solo eran tres metros, pero en aquel entonces a las chicas les habían parecido ocho... incluso quince). Se salvó porque se agarró a una rama, pero luego se quedó allí colgando, pidiendo ayuda a gritos.

Rusty había estado cortando el césped. Se acercó paseando —sí, paseando; incluso se tomó tiempo para apagar la Briggs & Stratton— y extendió los brazos.

—¡Salta! —dijo, y Becka, que dos años antes todavía creía en Santa Claus y que seguía confiando en él plenamente, saltó. Rusty la cogió en el aire con facilidad, luego le dijo a Em que bajara del árbol. Les pidió que se sentaran en la base. Becka sollozaba un poco, y Em estaba asustada; sobre todo porque subirse a los árboles iba a convertirse en un acto prohibido, como ir sola a la tienda de la esquina después de las siete.

Rusty no se lo prohibió (aunque la madre de Emily lo habría hecho, si hubiera estado asomada a la ventana de la cocina). Lo que hizo fue enseñarles cómo caer. Y luego practicaron durante casi una hora.

Qué día tan genial había sido.

Cuando salía por la ventana, Em vio que había una distancia de narices hasta el patio enlosado. Quizá solo eran tres metros, pero mientras caía con el cobertor hecho jirones revoloteando a su alrededor le parecieron ocho. O quince.

Flexiona las rodillas, le había dicho Rusty dieciséis o diecisiete años antes, durante el Verano de Tregar a los Árboles, también conocido como el Verano de

la Nariz Blanca. *No les obligues a amortiguar el impacto. Lo harían —en nueve de cada diez ocasiones, si hay mucha altura, lo harían—, pero podrías terminar con un hueso roto. Una cadera, una pierna o un tobillo. Un tobillo es lo habitual. Recuerda que la gravedad es la madre de todos. Déjala hacer. Deja que te abrace. Flexiona las rodillas, luego encógete y rueda.*

Em chocó con las losas rojas de estilo español y flexionó las rodillas. Al mismo tiempo se giró sobre un hombro en el aire, echando el peso hacia la izquierda. Encogió la cabeza y rodó. No le dolió —al menos no le dolió inmediatamente— pero una fuerte sacudida la recorrió de arriba abajo, como si su cuerpo se hubiera convertido en un pozo vacío y alguien hubiera dejado caer un enorme mueble justo en el centro. Pero evitó golpearse la cabeza contra las baldosas. Y pensó que no se había roto la pierna, aunque solo cuando se levantara descubriría si tenía razón.

Chocó contra una mesa metálica lo bastante fuerte como para tirarla. Luego intentó ponerse en pie; no tenía la certeza de que su cuerpo hubiera salido de aquella lo suficientemente ileso como para levantarse hasta que por fin lo hizo. Miró hacia arriba y vio a Pickering asomado a la ventana rota. Tenía el rostro apretado en una mueca y blandía el cuchillo de un lado a otro.

—¡Para! —gritó—. ¡Deja de huir y quédate ahí!

Como si pudiera, pensó Em. La última lluvia de aquella tarde había dado paso a la niebla; su cara, vuelta hacia arriba, estaba salpicada de rocío. Le pareció celestial. Alzó el dedo corazón y luego lo sacudió para mayor énfasis.

—¡Baja ese dedo, hija de la gran puta! —rugió Pickering, y le lanzó el cuchillo. Ni siquiera cayó cerca. Chocó contra las baldosas con un sonido metálico y se coló por debajo de una parrilla de gas de dos fogones. Cuando Em volvió a mirar hacia arriba, no había nadie en la dentada ventana.

La voz de su padre le dijo que Pickering estaba al llegar, pero Em no necesitaba que le refrescaran la memoria. Se dirigió al borde del patio —caminando con soltura, no cojeaba, aunque suponía que podía deberse a la descarga de adrenalina— y miró hacia abajo. Un metro la separaba de la arena y las espigas. Una minucia en comparación con el salto al que acababa de sobrevivir. Más allá del patio estaba la playa, donde había hecho tantas carreras matutinas.

Miró en la otra dirección, hacia la carretera, pero no era una buena opción. El feo muro de hormigón era demasiado alto. Y Pickering estaba al llegar. Por supuesto que sí.

Se agarró con una mano al enladrillado ornamental, luego saltó a la arena. Las espigas le hicieron cosquillas en los muslos. Cruzó a toda prisa la duna entre el Pastillero y la playa, sujetando lo que quedaba de sus pantalones cortos y mirando

por encima del hombro una y otra vez. Nada... nada... y entonces Pickering irrumpió de repente por la puerta trasera y le gritó que se quedara donde estaba. Se había desprendido del impermeable amarillo y aferraba otro objeto afilado. Lo agitaba con la mano izquierda mientras recorría el patio. Em no podía distinguir qué era, pero tampoco quería saberlo. No quería que él le acercara esa cosa.

Podía dejarlo atrás. Algo en su modo de andar le dijo que correría deprisa durante un rato pero luego, a pesar de la fuerza que la locura y el miedo a ser descubierto pudiera proporcionarle, aflojaría.

Pensó: *Es como si hubiera estado todo el tiempo entrenando para esto.*

Sin embargo, cuando llegó a la playa estuvo a punto de cometer un error crucial: casi torció hacia el sur. En esa dirección había menos de quinientos metros hasta el extremo de Vermillion Key. Por supuesto que cuando llegara al puente podría gritar auxilio hacia la caseta de vigilancia (chillar a todo pulmón, en realidad), pero si Pickering le había hecho algo a Deke Hollis —y ella temía que así fuera—, estaría acabada. Quizá pasara un barco y ella pudiera gritarle, pero dudaba que eso frenara a Pickering; a esas alturas probablemente estaría dispuesto a acuchillarla hasta la muerte en un estudio del Radio City Music Hall mientras los Rockettes observaban.

Así que giró hacia el norte, donde casi tres kilómetros de playa desierta se extendían entre ella y la Cabaña de Hierba. Se quitó las zapatillas y empezó a correr.

—10—

Lo que no esperaba era la belleza

No era la primera vez que corría por la playa después de una de esas breves pero poderosas tormentas vespertinas; la sensación de la humedad acumulándose en su rostro y sus brazos le era familiar. Así como el intenso sonido del oleaje (la marea estaba subiendo, reduciendo la playa a una estrecha franja) y los intensos aromas: sal, algas, flores, incluso madera húmeda. Ella había esperado estar asustada, del modo en que suponía que la gente se asustaba cuando entraba en combate y

realizaba cosas peligrosas que generalmente (pero no siempre) terminaban bien. Lo que no esperaba era la belleza.

La niebla había llegado desde el océano. El agua era un fantasma de un verde sombrío que empujaba el blanco hacia la orilla. Los peces tenían que haber huido, porque había un pelícano como-todo-lo-que-quiero merodeando por allí. Lo distinguió por la sombra que proyectaba, plegando las alas y zambulléndose en el agua. Otros pocos se balanceaban arriba y abajo posados en las olas, simulando estar tan muertos como un señuelo, pero observándola. Más allá, a su izquierda, el sol era una pequeña moneda amarilloanaranjada que brillaba perezosamente.

Tenía miedo de que volviera a darle un calambre en la pantorrilla; si eso ocurría, estaría acabada, sentenciada. Pero la pantorrilla se había acostumbrado a aquel trabajo y la sentía bastante flexible, aunque tal vez demasiado caliente. Le preocupaba más la parte baja de la espalda, que lanzaba una punzada cada tres o cuatro pasos y enviaba un intenso destello de dolor cada veinte pasos más o menos. Ella le hablaba mentalmente con ternura, le prometía baños calientes y masajes shiatsu cuando todo aquello acabara y la feroz criatura que la perseguía estuviera a buen recaudo en la cárcel de Collier County. Eso parecía funcionar. Comparado con la carrera parecía una especie de masaje. Tenía razones para pensar que así era.

Pickering le gritó dos veces más que se detuviera, luego permaneció en silencio, se reservó el aliento para la persecución. Ella miró hacia atrás una vez y pensó que estaría quizá a unos setenta metros; lo único que se distinguía en ese nebuloso atardecer era su camisa roja Izod. Volvió a mirar y lo vio más nítido; pudo distinguir sus pantalones caqui manchados de sangre. Cincuenta metros más atrás. Pero jadeaba. Bien. Que jadeara era bueno.

Emily saltó sobre una maraña de ramas y sus pantalones cortos se deslizaron hacia abajo, amenazando con dificultarle el avance o incluso con hacerle tropezar. No tenía tiempo para detenerse y quitárselos, así que tiró de ellos salvajemente, deseando encontrar un cordón del que poder tirar aunque fuera con los dientes.

Oyó un grito tras ella y pensó que en él había miedo y furia. Sonaba como si Pickering por fin se hubiera dado cuenta de que no se saldría con la suya. Ella se arriesgó a mirar otra vez atrás, esperanzada, y su esperanza no fue en vano. Él había tropezado y estaba de rodillas en la maraña de ramas por la que ella había cruzado. Su nueva arma yacía delante de él, formando una X sobre la arena. Unas tijeras. Unas tijeras de cocina. De esas grandes que los cocineros utilizan para cortar cartílagos y huesos. Él las recogió del suelo y se levantó con gran esfuerzo.

Emily siguió corriendo, y al mismo tiempo aumentó un poco la velocidad. Lo hizo sin pensar, aunque no creía que su cuerpo hubiese tomado el control de la situación. Entre su cuerpo y su mente había algo, algún punto de contacto.

Aquella era la parte de su interior que deseaba hacerse cargo de todo, y Em lo permitió. Aquella parte quería que Em se transformase poco a poco, casi suavemente, para que el animal que la perseguía no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Aquella parte quería burlarse de Pickering, animarle a que corriera más deprisa y le siguiera al ritmo, quizá incluso que acortara un poco la ventaja que le llevaba. Aquella parte quería que se agotara y se desinflara. Aquella parte quería oírle jadear y resollar. Quizá incluso toser, si era fumador (aunque eso era esperar demasiado). Entonces ella pondría esa marcha directa que sabía que poseía pero que pocas veces usaba; siempre le había parecido que esa marcha era de algún modo como tentar al destino. Como hacer alas de cera en un día soleado. Pero ahora no tenía elección. Y si había tentado al destino fue cuando se desvió para echar un vistazo al patio enlosado del Pastillero.

¿Y qué otra opción tenía si había visto su pelo? Quizá fue el destino el que me tentó a mí.

Siguió corriendo, sus pies dejaban sus huellas en la arena a medida que avanzaba. Miró de nuevo hacia atrás y vio a Pickering a solo unos cuarenta metros de distancia, pero cuarenta metros estaba bien. Teniendo en cuenta la rojez y la tensión de su cara, cuarenta metros estaban muy bien.

Hacia el oeste y sobre su cabeza las nubes se rasgaron con una rapidez propia del trópico, iluminando la niebla instantáneamente del lóbrego gris a un blanco cegador. Jirones de sol salpicaban la playa con manchas de luz; Em entró y salió de una de ellas con una sola zancada; notó que la temperatura aumentaba con la humedad y después bajaba de nuevo cuando la niebla volvió a abrazarla. Era como pasar corriendo por delante de una lavandería con la puerta abierta en un día helado. Delante de ella el brumoso azul se abrió en un enorme ojo de gato. Un arco iris doble se alzaba en lo alto, cada uno de los colores llameante y definido. Los extremos de la zona oeste se sumían en la deshilachada niebla y desaparecían en el agua; hacia el continente se curvaban y desaparecían entre las palmeras y las péndulas de cera.

Su pie derecho chocó con su tobillo izquierdo y tropezó. Estuvo a punto de caerse, pero recuperó el equilibrio. Sin embargo ahora él se encontraba a unos treinta metros de distancia, y eso era demasiado cerca. Se acabó lo de mirar los arcos iris. Si no se concentraba, los que tenía delante serían los últimos que vería.

Volvió a mirar hacia delante y vio a un hombre, de pie, con el agua por los tobillos y observándolos. Solo llevaba puestos unos pantalones cortos vaqueros recortados y un pañuelo rojo empapado. Tenía la piel bronceada; el pelo y los ojos eran oscuros. Era bajo pero robusto como un guante de béisbol. Salía caminando del agua, y ella vio la preocupación en su rostro. Oh, gracias a Dios, podía ver su preocupación.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Ayúdeme!

La mirada de preocupación se intensificó.

—¿Señora? ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que va mal?^[5]

Em sabía algo de español —una pizca de allí y otra de allá—, pero en cuanto le oyó hablar, se quedó en blanco. No importaba. Seguramente era uno de los guardas de mantenimiento de alguna de las mansiones. Habría aprovechado la lluvia para refrescarse en el océano. Quizá no tuviera una tarjeta verde^[6], pero no la necesitaba para salvarle la vida. Era un hombre, era fuerte, y estaba preocupado. Em se lanzó a sus brazos y notó sobre la camiseta y la piel el agua que lo cubría.

—¡Está loco! —le gritó a la cara. Pudo hacerlo porque ambos eran casi exactamente de la misma altura. Y al menos había recordado una palabra en español. Una muy valiosa en aquella situación, pensó—. ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!

El tipo se volvió y la rodeó firmemente con un brazo. Emily miró hacia donde él estaba mirando y vio a Pickering. Sonreía. Era una sonrisa sencilla, como avergonzada. Ni siquiera la sangre que manchaba sus pantalones cortos y el rostro hinchado evitaban que la sonrisa pareciera convincente. Y lo peor era que no había rastro de las tijeras. Sus manos —la derecha con sangre coagulada entre los primeros dos dedos— estaban vacías.

—*Es mi esposa* —dijo con un tono de voz tan avergonzado (y tan convincente) como su sonrisa. Incluso el hecho de que estuviera jadeando parecía normal—. *No te preocupes. Ella tiene...* —Le falló su español, o simuló que le fallaba. Abrió las manos; seguía sonriendo—. ¿Problemas? ¿Tiene problemas?

Los ojos del latino se abrieron de comprensión y alivio.

—¿Problemas?

—Sí—convino Pickering. Se acercó una de sus manos abiertas a la boca e hizo el gesto de beber de una botella.

—¡Ah! —dijo el latino, asintiendo—. ¡Está borracha!

—¡No! —gritó Em, notando que el tipo estaba a punto de empujarla a los brazos de Pickering, deseoso de deshacerse de aquel inesperado *problema*, de aquella inesperada *señora*. Ella le echó el aliento en el rostro para demostrarle que no había bebido alcohol. Entonces la inspiración le hizo daño en el labio y ella se dio unos golpecitos en la boca hinchada—. ¡Loco! ¡Él me ha hecho esto!

—Nah, se lo ha hecho ella misma, compañero —dijo Pickering—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el latino, y asintió, pero no empujó a Em hacia Pickering. Parecía confuso. Emily recordó otra palabra, esta desenterrada de algún programa educativo que había visto (probablemente con la fiel Becka) cuando no estaba viendo *Scooby-Doo*.

—*Peligro* —dijo, obligándose a no gritar. Gritar era lo que hacían las *esposas* locas. Clavó los ojos en los del nadador latino—. *Peligro*. ¡Él! ¡*Señor Peligro*!

Pickering se rió y se acercó a ella. Aterrada por lo cerca que estaba (era como tener una empacadora de heno acercándose de repente), le dio un empujón. Él no se lo esperaba, y aún no había recobrado el aliento. No llegó a caerse pero dio un paso hacia atrás, asombrado, con los ojos como platos. Las tijeras salieron volando de la cintura de la parte de atrás de sus pantalones, donde las tenía escondidas. Durante un momento los tres se quedaron mirando fijamente la X de metal sobre la arena. El oleaje rugía monótonamente. Los pájaros gritaban dentro de la deshilachada niebla.

—11—

Un momento después estaba de pie y corriendo de nuevo

La sencilla sonrisa de Pickering —la que debía de haber usado con tantas «sobrinas»— resurgió.

—Puedo explicarlo, pero no tengo la suficiente capacidad idiomática. Tengo una explicación perfecta, ¿de acuerdo? —Se dio unos golpecitos en el pecho como Tarzán—. *No Señor Loco, No Señor Peligro*, ¿de acuerdo? —Quizá con eso valía. Pero entonces, todavía con una sonrisa y señalando a Em, dijo—: *Ella es bobo perra*.

Ella no tenía ni idea de lo que significaba *bobo perra*, pero vio cómo cambiaba la cara de Pickering al decirlo. Principalmente tenía que ver con su labio superior, que se había arrugado y luego levantado, como la parte de arriba del hocico de un perro cuando gruñe. El latino empujó a Em un paso hacia atrás con un amplio movimiento del brazo. No la puso completamente detrás de él, pero casi, y el significado era claro: protección. Luego se inclinó y tendió la mano hacia la X de metal que yacía en la arena.

Si lo hubiera hecho antes de apartar a Em, quizá habría salido bien. Pero Pickering vio que las cosas se le iban de las manos y también se lanzó hacia las

tijeras. Las alcanzó primero, cayó de rodillas, y clavó la punta de las tijeras en el pie izquierdo cubierto de arena del latino. Este aulló; los ojos casi se le salían de las órbitas.

Se abalanzó sobre Pickering, pero este primero se echó a un lado, luego se levantó *{Todavía es muy rápido, pensó Em}* y se apartó. Después volvió a lanzarse hacia delante. Pasó un brazo por encima de los torneados hombros del latino, en un abrazo de colegas, y le clavó las tijeras en el pecho. El latino intentó echarse atrás, pero Pickering se movió más rápido y lo acuchilló una y otra vez. Ninguna de las heridas era profunda —Pickering actuaba demasiado rápido para eso— pero la sangre borboteaba por todas partes.

—¡No! —gritó Emily—. ¡No, basta!

Pickering se giró hacia ella solo un instante, sus ojos eran brillantes e inexpresivos, luego acuchilló al latino en la boca, clavándole las tijeras con tanta fuerza que el mango metálico chocó con los dientes del hombre.

—¿De acuerdo? —preguntó—. ¿De acuerdo? ¿Estás de acuerdo? ¿Te vale con esto, sudaca de mierda?

Emily miró alrededor en busca de cualquier cosa, un simple trozo de madera con el que golpearle, pero no había nada. Cuando volvió la vista, las tijeras estaban clavadas en uno de los ojos del latino. Este se desplomó hacia delante muy despacio, casi parecía que estaba haciendo una reverencia, y Pickering se inclinaba con él, intentando sacar las tijeras.

Em salió disparada hacia él, gritando. Encogió el hombro y le golpeó en la barriga, aunque una parte lejana de su conciencia se dio cuenta de que había sido un choque muy blando; ahí dentro había almacenado un montón de buena comida.

Pickering cayó de espaldas, jadeando, mirándola fijamente. Cuando ella intentó apartarse, él le agarró la pierna izquierda y le clavó las uñas. A su lado, el latino yacía de costado, sufriendo convulsiones y cubierto de sangre. El único rasgo que ella podía distinguir en ese rostro que treinta segundos antes había sido hermoso era la nariz.

—Ven aquí, Lady Jane —dijo Pickering, y tiró de ella—. Déjame entretenerte, ¿de acuerdo? ¿Habrá un buen entretenimiento contigo, zorra inútil?

Era fuerte, y aunque Em clavó los pies en la arena, él llevaba las de ganar. Notó su respiración cálida en el tobillo y entonces los dientes de Pickering se hundieron en su talón.

Nunca antes había sentido tanto dolor; cada grano de arena de la playa se volvió nítido a sus ojos. Em gritó y arremetió contra él con su pie derecho. Gracias sobre todo a la suerte —la puntería era algo que en esos momentos la sobrepasaba—, le golpeó de lleno y muy fuerte. Él aulló (un aullido amortiguado), y la punzante agonía en su talón izquierdo cesó tan de repente

como había empezado, dejando únicamente un dolor abrasador. Algo había crujido en la cara de Pickering. Ella lo sintió y lo oyó. Pensó que había sido un pómulo. Quizá la nariz.

Se arrastró sobre las manos y las rodillas, con su muñeca torcida bramando un dolor que casi rivalizaba con el que sentía en el pie. Por un momento, incluso con sus harapientos pantalones cortos medio caídos, pareció una atleta esperando el pistoletazo de salida. Un instante después estaba de pie y corriendo de nuevo, solo que ahora parecía una tullida saltando a la comba. Se acercó al agua. Su cabeza rugía incoherencias (por ejemplo, que debía de parecer la ayudante lisiada del sheriff de alguna vieja película del Oeste de las que emitían en la televisión; el pensamiento le dio un latigazo en la cabeza, llegó y se marchó), pero su instinto de supervivencia todavía seguía lo bastante lúcido para querer correr sobre arena compacta. Tiró frenéticamente hacia arriba de sus pantalones y vio que tenía las manos cubiertas de sangre y arena. Con un sollozo, se restregó primero una mano y luego la otra en la camiseta. Echó un vistazo sobre su hombro derecho, esperando contra toda esperanza, pero él seguía tras ella.

Lo intentó con todas sus fuerzas, corría tan rápido como era capaz, y la arena —fría y húmeda por donde pisaba— aliviaba un poco su talón inflamado, pero no lograba alcanzar un ritmo que se asemejara al anterior. Miró atrás y vio que él estaba acortando distancias, poniendo toda la carne en el asador para un sprint final. Delante de ella, los arcos iris se desvanecían mientras el día se volvía implacablemente más brillante y caluroso.

Lo intentó con todas sus fuerzas pero sabía que no sería suficiente. Podía dejar atrás a una anciana, podía dejar atrás a un anciano, podía dejar atrás a su pobre y triste marido, pero no podía dejar atrás al loco cabrón que la perseguía. Acabaría atrapándola. Buscó un arma con la que golpearle cuando la alcanzara, pero seguía sin haber nada. Distinguió los restos carbonizados de alguna fiesta en la playa, pero estaban muy lejos y demasiado tierra adentro, cerca del lugar donde las dunas y las espigas convergían hacia la playa. El la atraparía incluso mucho antes si se desviaba en esa dirección, donde la arena era blanda y traicionera. Bastante mal estaban ya las cosas a la orilla del agua. Podía oír que se acercaba, jadeando ruidosamente y brotando sangre por la nariz rota. Incluso podía oír las rápidas pisadas de sus zapatillas sobre la dura arena. Deseaba tanto que hubiera alguien más en la playa que por un momento vio el espejismo de un tipo alto y canoso, con una nariz grande y afilada y la piel morena y áspera. Luego se dio cuenta de que su anhelante mente había conjurado a su propio padre —una última esperanza— y la ilusión se esfumó.

Él se había acercado lo suficiente para alcanzarla. Rozó con la mano la parte de atrás de la camiseta, casi atrapó la tela, pero no. La siguiente vez no fallaría.

Ella viró bruscamente hacia el agua, mojándose primero los tobillos y luego las pantorrillas. Fue lo único que se le ocurrió, lo último. Tuvo la idea —inmadura, inarticulada— de alejarse a nado, o al menos de enfrentarse a él dentro del agua, donde ambos estarían en igualdad de condiciones; a falta de otra cosa, el agua podría detener las embestidas de esas horribles tijeras. Si es que lograba sumergirse lo suficiente.

Antes de que pudiera lanzarse al agua y empezar a dar brazadas —antes incluso de que el agua le llegara a los muslos—, él la aferró por el cuello de la camiseta, tiró hacia atrás, y la arrastró de nuevo hasta la orilla.

Em vio aparecer las tijeras sobre su hombro izquierdo y logró agarrarlas. Intentó girar la muñeca, pero era imposible. Pickering había afianzado las piernas en el agua, que le cubría hasta las rodillas; tenía las piernas separadas, con los pies plantados firmemente para evitar la succión de la arena cuando las olas se retiraban. Una de ellas hizo que ella tropezara y cayera encima de él. Chapotearon juntos.

La reacción de Pickering fue rápida e impredecible incluso en aquella húmeda confusión: empujó, pataleó y se retorció convulsivamente. La verdad se hizo luz en la cabeza de Em como unos fuegos artificiales en una noche oscura. No sabía nadar. Pickering no sabía nadar. Tenía una casa en el golfo de México pero no sabía nadar. Y todo cobró sentido. Sus visitas a Vermillion Key se habían limitado a deportes a puerta cerrada.

Ella rodó a un lado y él no intentó agarrarla. Estaba sentado con el agua hasta el pecho donde rompían las olas, todavía bravas por la tormenta, y todos sus esfuerzos se centraban en intentar levantarse y mantener su preciada respiración alejada de un medio al que no sabía hacer frente.

Em habría hablado con él si hubiera podido malgastar el aliento. Le habría dicho: *Si lo hubiera sabido, podríamos haber terminado esto mucho antes. Y ese pobre hombre aún estaría con vida.*

Pero lo que hizo fue caminar hacia él, tender la mano y agarrarlo.

—¡No! —gritó Pickering. La golpeaba con las dos manos. Las tenía vacías (debía de haber perdido las tijeras al caerse) y estaba demasiado asustado y desorientado para hacerle daño—. ¡No, no! ¡Vete, zorra!

Em no lo hizo. Lo que hizo fue arrastrarlo más adentro. Si él hubiera podido controlar su pánico, habría podido soltarse, y fácilmente, pero no podía. Y ella se dio cuenta de que en aquello probablemente había algo más que la incapacidad de nadar; algún tipo de fobia.

¿Qué hombre que le tuviera fobia al agua se compraría una casa en el golfo? Tendría que estar loco.

Eso la hizo reír, aunque él seguía golpeándola, dando locos manotazos que le

alcanzaron primero en la mejilla derecha y luego más fuerte en el lado izquierdo de la cabeza. Una oleada de agua verde inundó la boca de Em y ella resopló. Volvió a tirar de él, vio que se acercaba una ola grande —suave y vidriosa, con un poco de espuma formándose en la cresta— y lo empujó de cara hacia ella. Sus gritos se convirtieron en gorgoteos estrangulados que cesaron en cuanto quedó sumergido. Luchó, se resistió y se retorció aferrándola del brazo. La ola grande la cubrió también a ella, que aguantó la respiración. Durante un momento ambos estuvieron bajo el agua y ella pudo verlo: una cara contorsionada en una máscara pálida de miedo y horror que la hacía inhumana y revelaba lo que en realidad era. Una galaxia de arenilla deambuló entre ellos y el verde. Un pececillo despistado se escabulló a un lado. Los ojos de Pickering sobresalían de sus cuencas. Su corto peinado estaba desgredado, y eso era lo que ella miraba. Lo miraba de cerca mientras un hilillo plateado de burbujas salía de su nariz. Y cuando los mechones de pelo cambiaron de dirección, apuntando hacia Texas en lugar de a Florida, lo empujó con todas sus fuerzas y lo soltó. Luego plantó los pies en el fondo arenoso y se impulsó hacia arriba.

Salió al brillante aire con un grito ahogado. Aspiró una bocanada de aire antes de quedarse sin respiración, y luego empezó a caminar de espaldas hacia la arena, un paso detrás de otro. Le resultaba difícil avanzar incluso estando tan cerca de la orilla. Las olas, en su retirada, succionaban sus caderas y sus piernas casi con tanta fuerza como si hubiera resaca. Un poco más de fuerza y la habría. Un poco más aún y se volvería peligroso, y entonces hasta un nadador experto tendría pocas posibilidades, a menos que no perdiera la cabeza y nadara en diagonal, dibujando un amplio y lento ángulo para ponerse a salvo.

Ella tropezó, perdió el equilibrio, se quedó sentada y otra ola le pasó por encima. Fue maravilloso. Frío y maravilloso. Por primera vez desde la muerte de Amy, se sentía bien. En realidad, mejor que bien; le dolía cada rincón de su cuerpo, y comprendió que de nuevo estaba llorando, pero se sentía en la gloria.

Se levantó con gran dificultad, con la camiseta chorreando y pegada a la barriga. Vio algo de un azul desteñido flotando a lo lejos, miró hacia abajo, miró hacia atrás y se dio cuenta de que había perdido los pantalones.

—No pasa nada, de todos modos estaban destrozados —dijo, y se rió mientras volvía hacia la playa: ahora con el agua hasta las rodillas, ahora hasta las espinillas, ahora solo con los pies en el agua. Podía haberse quedado allí mucho tiempo. El agua fría casi aliviaba por completo el dolor de su talón lacerado, y estaba segura de que la sal sería buena para la herida; ¿no dicen que en la boca humana es donde hay más gérmenes?—. Sí —dijo, todavía riendo—. Pero ¿quién demonios es...?

Entonces Pickering apareció, gritando. Estaba a unos ocho metros de

distancia. Movía las dos manos desesperadamente.

—¡Ayúdame! —gritó—. ¡No sé nadar!

—Ya lo sé —dijo Em. Levantó la mano en un gesto de *bon voyage* y movió los dedos—. Y quizá incluso te encuentres con un tiburón. Deke Hollis me dijo la semana pasada que andaban por aquí.

—¡Ayúdame! —Una ola lo sepultó. Em pensó que no saldría a la superficie, pero lo hizo. Ahora estaba a diez metros de distancia—. ¡Por favor!

Su vitalidad era cuando menos increíble, sobre todo porque lo que estaba haciendo —sacudir los brazos en el agua como si pensara que podría salir volando como una gaviota— era contraproducente; se alejaba mar adentro y allí no había nadie que pudiera salvarle la vida.

Nadie excepto ella.

No había modo de que pudiera regresar, estaba segura de ello, pero aun así caminó cojeando hasta los restos de la hoguera donde alguien había hecho una fiesta en la playa y cogió el tronco más largo que encontró. Luego se quedó allí, con su sombra alargándose detrás de ella, y observó.

—12—

Supongo que prefiero pensar eso

Él resistió bastante tiempo. Em no sabía cuánto exactamente porque él le había quitado el reloj. Al cabo de un rato dejó de gritar. Luego, era solo un círculo blanco sobre la oscura mancha roja de su camisa Izod y unos brazos pálidos que intentaban echar a volar. Después, de pronto, se había ido. Em pensó que había vuelto a ver un brazo salir a la superficie como un periscopio y agitarse, pero no fue así. Se había ido. Glub. En realidad estaba decepcionada. Más tarde volvería a ser como ella era —quizá incluso mejor— pero en ese momento deseaba que él siguiera sufriendo. Quería que muriese aterrorizado, y muy despacio. Por Nicole y por las otras sobrinas que hubiese habido antes de Nicole.

¿Ahora soy una sobrina?

Suponía que de algún modo lo era. La última sobrina. La que había corrido tan

rápido como había podido. La que había sobrevivido. Se sentó frente a los restos de la hoguera y lanzó lejos el leño quemado. Probablemente no habría sido un arma lo bastante buena; probablemente cuando le hubiera asestado el primer golpe se habría hecho añicos como el carboncillo de un artista. El sol lucía un naranja cada vez más profundo, encendiendo el horizonte oeste. Pronto se incendiaría.

Pensó en Henry. Pensó en Amy. Ahí no había nada, pero lo había habido — algo tan hermoso como un arco iris doble sobre la playa— y era bonito saberlo, era bonito recordarlo. Pensó en su padre. Pronto se levantaría, caminaría con dificultad hasta la Cabaña de Hierba y lo llamaría. Pero todavía no. No tan pronto. Por el momento le bastaba con quedarse sentada con los pies en la arena y sus doloridos brazos alrededor de sus rodillas flexionadas.

La marea subió. Ni rastro de sus harapientos pantalones azules ni de la camisa roja de golf de Pickering. El océano se los había llevado. ¿Se habría ahogado? Ella suponía que eso era lo más probable, pero se había hundido de una forma tan repentina, sin una ola final que...

—Creo que algo se lo llevó —le dijo al aire—. Supongo que prefiero pensar eso. Dios sabe por qué.

Porque eres humana, cariño, dijo su padre. *Solo eso.*

Y ella supuso que era cierto y así de simple.

En una película de terror, Pickering haría su última aparición: bien saldría rugiendo entre las olas, bien la estaría esperando, empapado pero aún con vida, en el armario de su dormitorio cuando ella regresara. Pero aquello no era una película de terror, era su vida. Su propia y pequeña vida. La viviría, empezaría por el largo y renqueante camino de vuelta hasta la casa y la llave que había en el interior de la caja de caramelos balsámicos oculta bajo el feo gnomo con un sombrero rojo desteñido. Usaría la llave, y también usaría el teléfono. Llamaría a su padre. Luego llamaría a la policía. Más tarde, suponía, llamaría a Henry. Creía que Henry todavía tenía derecho a saber que estaba bien, aunque no lo tendría siempre. Supuso que ni siquiera él querría tenerlo.

En el océano, tres pelícanos descendieron en picado, rozando el agua, luego ascendieron, mirando hacia abajo. Ella los observó, con la respiración contenida, y vio cómo alcanzaban un punto de perfecto equilibrio en el aire anaranjado. Su rostro —afortunadamente eso ella no lo sabía— era el de esa niña que podría haberse pasado la vida trepando a los árboles.

Los tres pájaros plegaron las alas y se zambulleron en formación.

Emily aplaudió, a pesar del dolor de su muñeca derecha, y gritó:

—¡Eh, pelícanos!

Luego se secó los ojos con el brazo, se echó el pelo hacia atrás, se levantó y

empezó a caminar hacia casa.

El sueño de Harvey

Janet se da la vuelta frente al fregadero y, bum, de pronto el hombre con el que lleva casada casi treinta años está sentado a la mesa de la cocina, con una camiseta blanca y unos calzoncillos Big Dog, observándola.

Cada vez es más frecuente que un sábado por la mañana se encuentre a ese tiburón «de lunes a viernes» de Wall Street ahí sentado vestido de esa guisa: hombros caídos, mirada perdida, pelusilla blanca en las mejillas, pechos caídos marcándose en la parte delantera de su camiseta, pelo echado hacia atrás como Alfalfa en *Los pequeños traviesos* aunque algo crecido y estúpido. Últimamente Janet y su amiga Hannah han estado asustándose mutuamente (como las niñas que se cuentan historias de fantasmas la noche que pasan fuera de casa) intercambiando cuentos sobre el Alzheimer: quién no reconoce ya a su esposa, quién no se acuerda ya de los nombres de sus hijos.

Pero en realidad no cree que esas apariciones silenciosas de los sábados por la mañana tengan que ver con un Alzheimer prematuro; cualquier otro día de la semana Harvey está preparado y deseando salir por la puerta hacia las seis cuarenta y cinco de la mañana; es un hombre de sesenta años que aparenta cincuenta (bueno, cincuenta y cuatro) con cualquiera de sus mejores trajes y que todavía es capaz de cerrar un buen trato, comprar al coste o negociar con los mejores.

No, piensa ella, tan solo está ensayando para ser viejo, y Janet lo detesta. Teme que cuando se jubile sea así todas las mañanas, al menos hasta que le ofrezca un vaso de zumo de naranja y le pregunte (con inevitable y creciente impaciencia) si quiere cereales o solo una tostada. Teme que, sea lo que sea lo que ella esté haciendo, se dé la vuelta y lo vea allí sentado, bajo un rayo de sol de una mañana demasiado soleada: el Harvey de por la mañana, el Harvey de la camiseta y los calzoncillos, con las piernas separadas de modo que ella puede ver el insignificante bulto de su paquete (como si le interesara) y los callos amarillentos en los enormes dedos de sus pies, que siempre le recuerdan al poeta Wallace Stevens y a su «Emperador de los Helados». Ahí sentado, en silencio,

aletargadamente contemplativo, en lugar de avisado y ansioso, mentalizándose para afrontar el día de trabajo. Por Dios, ojalá se equivoque. Eso hace que la vida parezca tan delicada, tan estúpida... No puede evitar preguntarse si aquello es consecuencia de todo por lo que han luchado, de haber criado y casado a tres chicas, de haber superado una inevitable infidelidad en su madurez, de lo que han trabajado, y en ocasiones (afrontémoslo) de lo que se han aprovechado. Si aquí es adonde se llega después de abandonar los bosques oscuros, piensa Janet, a esta... a esta zona de aparcamientos... entonces, ¿por qué la gente sigue adelante?

Pero la respuesta es fácil. Porque no lo sabes. Apartas la mayoría de las mentiras que te encuentras en el camino pero te aferras a esa que dice que la vida importa. Conservas un álbum de fotos y de recuerdos dedicado a las niñas, y en él aún son jóvenes y sus posibilidades aún son interesantes: Trisha, la mayor, tocada con un sombrero y ondeando una varita mágica encima de Tim, el cocker spaniel; Jenna, fotografiada en pleno salto sobre los aspersores del césped..., su afición a la marihuana, las tarjetas de crédito y los hombres mayores todavía lejos en el horizonte; Stephanie, la pequeña, en el concurso de gramática del condado, donde «murciélago» resultó ser su propio Waterloo. En algún lugar de la mayoría de esas fotografías (habitualmente en el fondo) se encuentran Janet y el hombre con el que se casó, siempre sonriendo, como si hacer otra cosa fuera ilegal.

Entonces un día cometes el error de mirar por encima del hombro y descubres que las niñas han crecido y que el hombre con el que has luchado por mantener a flote tu matrimonio está ahí sentado, con las piernas abiertas, blanquecinas, bajo un rayo de sol, y Dios sabe que con cualquiera de sus mejores trajes aparenta cincuenta y cuatro años, pero ahí sentado, a la mesa de la cocina, parece que tiene setenta. Santo cielo, setenta y cinco. Tiene el aspecto de lo que los matones de *Los Soprano* llaman un ente.

Se vuelve de nuevo hacia el fregadero y estornuda delicadamente una, dos y tres veces.

—¿Cómo lo llevas esta mañana? —pregunta él, refiriéndose a su sinusitis, a sus alergias.

La respuesta es no muy bien, pero, al igual que un montón de cosas malas, las alergias estivales tienen su lado bueno. Ya no tiene que dormir con él ni pelearse por las sábanas en medio de la noche; ya no tiene que soportar sus ocasionales pedos sordos mientras J. Harvey se interna en un sueño profundo. La mayoría de las noches de verano Janet logra dormir seis horas, incluso siete, y eso es más que suficiente. Cuando llegue el otoño y él abandone el cuarto de invitados, pasarán a ser cuatro horas, y la mayoría, tormentosas.

Sabe que llegará un año en que él no volverá al dormitorio. Y aunque Janet no lo dice en voz alta —eso heriría sus sentimientos, y no le gusta herir sus

sentimientos; a eso se reduce el amor entre ellos, al menos en lo que a ella respecta—, ella se alegrará.

Suspira y coge el cazo con agua del fregadero. Lo mueve entre las manos.

—No muy mal —dice.

Y entonces, justo cuando está pensando (y no por primera vez) en las pocas sorpresas que le depara su vida, en las escasas profundidades maritales que les quedan por explorar, él dice con voz extrañamente despreocupada:

—Menos mal que no dormiste conmigo anoche, Jax. Tuve una pesadilla. Me desperté gritando.

Ella está sorprendida. ¿Desde cuándo no la llamaba Jax, en lugar de Janet o Jan? Este último es un apodo que ella odia en secreto. Le recuerda a esa empalagosa actriz de *Lassie* de cuando era niña; el niño (Timmy, se llamaba Timmy) siempre se caía en un pozo, o le mordía una serpiente, o quedaba atrapado bajo una roca, y ¿qué clase de padres dejan la vida de su hijo en manos de un maldito collie?

Se gira de nuevo hacia él, sin prestarle atención al último huevo que queda en el cazo, el agua ya ha corrido lo suficiente para que se enfríe. ¿Había tenido una pesadilla? ¿Harvey? Intenta acordarse de la última vez que Harvey mencionó que había tenido un sueño, cualquiera, pero no tiene suerte. Lo único que le viene a la memoria es un vago recuerdo de su época de noviazgo, Harvey diciendo algo así como «Soñé contigo», ella lo bastante joven como para pensar que era dulce en lugar de una tontería.

—¿Que qué?

—Que me desperté gritando —dice—. ¿No me has oído?

—No. —Lo miraba. Se preguntaba si estaba bromeando. Si era algún grotesco chiste matutino. Pero Harvey no es bromista. Su idea del humor es contar anécdotas durante la comida sobre sus días en el ejército. Ella las ha escuchado todas al menos cien veces.

—Gritaba palabras, pero realmente no era capaz de pronunciarlas. Era como si... no sé... como si no pudiera cerrar la boca para decirlas. Parecía que me hubieran dado un golpe. Y hablaba en voz baja. No era mi voz. —Hace una pausa—. Me oí y me obligué a parar. Pero estaba temblando y tuve que encender la luz durante un rato. Intenté hacer pis pero no pude. Estos días parece que puedo hacer pis con facilidad (al menos un poco), pero a las dos y cuarenta y siete de la madrugada no pude.

Hace una pausa, ahí sentado bajo su rayo de sol. Ella ve motas de polvo bailando en la luz. Parece que tiene una aureola.

—¿Qué has soñado? —pregunta, y entonces ocurre algo extraño. Por primera vez en quizá cinco años, desde que estuvieron despiertos hasta medianoche

discutiendo si debían vender o no las acciones de Motorola (terminaron vendiéndolas), ella está interesada en algo que él tiene que decir.

—No sé si quiero contártelo —dice; parece inesperadamente tímido. Se gira hacia la mesa, coge el molinillo de pimienta y empieza a pasárselo de una mano a la otra.

—Dicen que si cuentas los sueños, no se hacen realidad —dice ella, y aquí está la Cosa Extraña n.º 2: de pronto ve a Harvey como no lo ha visto en años. Incluso su sombra en la pared, por encima de la tostadora, parece más real. Parece como si fuera importante, piensa ella, pero ¿por qué tendría que ser así? ¿Por qué precisamente cuando estaba pensando que la vida está vacía, tendría que parecer plena? Es una mañana de verano de finales de junio. Estamos en Connecticut. Cuando llega junio siempre estamos en Connecticut. Pronto uno de nosotros irá por el periódico, que estará dividido en tres partes, como la Galia.

—¿Eso dicen? —Él reconsidera la idea con las cejas levantadas (necesita que se las depilen otra vez, ya vuelven a tener ese aire salvaje, y él nunca se da cuenta), pasándose de una mano a la otra el molinillo de pimienta. Le gustaría decirle que se detuviera, que eso la pone nerviosa (como la perturbadora oscuridad de su sombra contra la pared, como el latido de su propio corazón, que de pronto se ha acelerado sin ninguna razón), pero no quiere distraerlo de lo que esté pasando por esa mente suya de sábado por la mañana. Y entonces él suelta el molinillo de pimienta, algo que debería estar bien pero no es así, porque el molinillo también tiene su propia sombra, que se extiende por la mesa como la sombra de una enorme pieza de ajedrez; incluso las tostadas tienen sombras, y no tiene ni idea de por qué está tan asustada, pero lo está. Piensa en el gato de Cheshire diciéndole a Alicia «Aquí todos estamos locos», y de repente ya no quiere oír el estúpido sueño de Harvey, ese que le ha hecho despertarse a gritos y hace que parezca un hombre que ha sufrido un derrame cerebral. De pronto quiere que la vida siga igual de vacía. El vacío está bien, el vacío es bueno, y si tienes alguna duda, mira a las actrices de cine.

No hay nada de que hablar, piensa fervientemente. Sí, fervientemente, como si sufriera un acaloramiento repentino, aunque podría jurar que aquel sinsentido había terminado hacía dos o tres años. No hay nada de que hablar, es sábado por la mañana y no hay nada de que hablar.

Abre la boca para decirle que lo ha dicho al revés, que lo que dice la gente es que si cuentas tus sueños se cumplirán, pero es demasiado tarde, él ya está hablando y ella cree que ese es el castigo por despreciar la vida porque está vacía. En realidad, la vida es como una canción de Jethro Tull, compacta como un ladrillo, ¿cómo ha podido pensar lo contrario?

—Soñé que era por la mañana y que bajaba a la cocina —comenta—. Un

sábado por la mañana, igual que hoy, solo que tú aún no te habías levantado.

—Los sábados siempre me levanto antes que tú —replica ella.

—Lo sé, pero estaba soñando —dice con paciencia, y ella puede ver los pelos blancos en el lado interior de sus muslos, donde los músculos cuelgan desaprovechados y flácidos. Antaño jugaba al tenis, pero esa época había pasado.

Te dará un infarto, hombre blanco, eso es lo que acabará contigo —piensa ella con una crueldad que le es completamente ajena—, quizá decidan sacar una necrológica en el *Times*, pero si ese mismo día se muere una actriz de películas de serie B de los años cincuenta, o incluso una bailarina medio famosa de los cuarenta, ni siquiera te quedará eso.

—Pero era un día como este —dice él—. Es decir, era un día soleado. —Levanta una mano y agita las motas de polvo, que cobran vida alrededor de su cabeza, y ella quiere gritarle que no haga eso—. Podía ver mi sombra en el suelo, y nunca la había visto tan brillante ni tan espesa. —Hace una pausa, luego sonrío, y ella ve lo agrietados que tiene los labios—. «Brillante» es una palabra rara para hablar de una sombra, ¿verdad? Y «espesa» también.

—Harvey...

—Me acerqué a la ventana —dice él—, miré afuera y vi que había una abolladura en el lateral del Volvo de Friedman, y supe (de algún modo) que Frank había estado bebiendo y que la abolladura había ocurrido mientras volvía a casa.

De pronto Janet siente que va a desmayarse. Ella misma había visto la abolladura en el Volvo de Frank Friedman cuando salió a la puerta para comprobar si había llegado el periódico (no había llegado), y pensó lo mismo, que Frank habría estado en el Gourd y habría chocado con algo en la zona de aparcamientos. Lo que pensó exactamente fue: ¿cómo habrá quedado el otro tipo?

Reflexiona sobre el hecho de que Harvey también lo haya visto y se dice que por alguna extraña razón está jugando con ella. Desde luego es posible; el cuarto de invitados donde duerme en verano da a la calle. Pero Harvey no es de ese tipo de hombres. «Jugar» no es el «estilo» de Harvey Stevens.

El sudor perla sus mejillas, su frente y su cuello, puede notarlo, y su corazón late más deprisa que nunca. Realmente se acerca una amenaza, y ¿por qué tiene que pasar esto justo ahora? Ahora, cuando el mundo está en silencio, cuando los planes son tranquilos. Si lo he pedido yo, lo siento, piensa..., o quizá en realidad esté rezando. Llévatela, por favor, llévatela.

—Fui hacia el frigorífico —está diciendo Harvey—, miré dentro y vi una bandeja de huevos rellenos cubiertos con plástico transparente. Me puse contentísimo: ¡quería almorzar a las siete de la mañana!

Él se ríe. Janet —Jax— observa el cazo del fregadero. Observa el único huevo cocido que queda. A los otros le ha quitado la cáscara, los ha cortado por la mitad

y les ha sacado la yema. Están en un cuenco sobre la rejilla de secado. Junto al cuenco hay un bote de mayonesa. Había planeado servir los huevos rellenos para almorzar, acompañados con ensalada.

—No quiero oír el resto —dice, pero con un hilo de voz tal que apenas se oye a sí misma. Antaño estuvo en el club de teatro, pero ahora ni siquiera es capaz de hacerse oír en la cocina. Siente los músculos del pecho muy flácidos, como Harvey sentiría las piernas si intentase jugar al tenis.

—Pensé que solo me comería uno —dice Harvey—, y luego pensé: No, si me lo como, se enfadará. Y entonces sonó el teléfono. Contesté al instante porque no quería que te despertaras, y aquí viene lo que pone los pelos de punta. ¿Quieres escuchar la parte que pone los pelos de punta?

No, piensa ella desde donde está, junto al fregadero. No quiero escuchar la parte que pone los pelos de punta. Pero al mismo tiempo quiere escucharla, todo el mundo quiere escuchar la parte que pone los pelos de punta, aquí todos estamos locos, y lo que de verdad dijo su madre fue que si contabas los sueños no se harían realidad, lo que significa que debes contar las pesadillas y guardarte los buenos sueños para ti, ocultarlos como un diente debajo de la almohada. Ellos tienen tres hijas. Una de ellas vive cerca de la carretera, Jenna, la alegre divorciada, tocaya de una de las gemelas Bush, y no es que a Jenna le desagrade; estos días insiste en que la gente la llame Jen. Tres hijas, lo que había significado muchos dientes debajo de la almohada, mucha preocupación por esos extraños en coche que ofrecen paseos y caramelos, lo que había implicado muchas precauciones, y, oh, cómo espera que su madre tuviera razón, que contar un mal sueño sea como clavarle a un vampiro una estaca en el corazón.

—Descolgué el teléfono —dice Harvey— y era Trisha. —Trisha es su hija mayor, que había idolatrado a Houdini y a Blackstone antes de descubrir a los chicos—. Al principio solo dijo una palabra, solo «Papá», pero sabía que era Trisha. Ya sabes, uno siempre lo sabe.

Sí. Ella sabe que uno siempre lo sabe. Uno siempre sabe que es uno de los suyos, a la primera palabra, al menos hasta que crecen y se convierten en otra persona.

—Dije: «Hola, Trish, ¿cómo es que llamas tan temprano, cariño? Tu madre aún está en la cama». Al principio no hubo respuesta. Pensé que me había colgado pero luego escuché unos ruiditos que parecían susurros. No eran palabras sino medias palabras. Como si intentara hablar pero apenas pudiera decir nada porque no lograba reunir fuerzas o tomar aire. Y entonces fue cuando empecé a asustarme.

Bueno, pues tardó bastante, ¿no? Porque Janet —que había sido Jax en el Sarah Lawrence; Jax en el club de teatro; Jax, la de los excelentes besos con

lengua; Jax, la que fumaba Gitanes y fingía que le gustaban los chupitos de tequila— hace ya rato que está asustada; antes incluso de que Harvey mencionara la abolladura en el lateral del Volvo de Frank Friedman ya estaba asustada. Y pensar en eso le recuerda la conversación telefónica que había tenido con su amiga Hannah hacía menos de una semana, esa que finalmente desembocó en historias de fantasmas sobre el Alzheimer. Hannah en la ciudad, Janet hecha un ovillo en el sillón de la ventana del salón, mirando la hectárea de terreno que poseían en Westport, todas esas cosas hermosas en crecimiento que la hacían estornudar y le enrojecían los ojos. Antes de que la conversación las llevara al Alzheimer habían hablado de Lucy Friedman y luego de Frank, y ¿quién de las dos lo había dicho? ¿Cuál de ellas había dicho: «Si no hace algo con la bebida, terminará atropellando a alguien»?

—Y entonces Trish dijo algo que sonaba a «cía» o «licía», pero aun estando dormido sabía que... ¿omitía algo? ¿Es esa la expresión? Sabía que omitía la primera sílaba, y que lo que realmente quería decir era «policía». Le pregunté qué pasaba con la policía, qué trataba de decirme de la policía, y me senté. Justo ahí. —Señaló la silla que había en el lugar que ellos llamaban el rincón del teléfono—. Hubo más silencio, luego unas cuantas medias palabras, esas medias palabras susurradas. Pensaba que estaba consiguiendo que me volviera loco, la reina del teatro, la misma de siempre, pero entonces dijo «número», tan claro como una campanada. Y supe, de la misma forma que había sabido que intentaba decir «policía», que trataba de decirme que la policía la había llamado a ella porque no tenían nuestro número.

Janet asiente con torpeza. Hace dos años habían decidido eliminar su número del listín de teléfonos porque los periodistas se pasaban el día llamando a Harvey por el desastre de Enron. Normalmente a la hora de la cena. No es que él tuviera algo que ver con Enron, pero las grandes compañías energéticas eran algo así como su especialidad. Unos años antes incluso había formado parte de una comisión presidencial, cuando Clinton era el Gran Kahuna y el mundo era (al menos en su humilde opinión) un lugar un poco mejor, más seguro. Y aunque había muchas cosas de Harvey que a Janet ya no le gustaban, lo que sí sabía perfectamente era que tenía más integridad en su dedo meñique que todos esos corruptos de Enron juntos. A veces esa integridad puede aburrirte, pero al menos sabes de qué se trata.

En todo caso, ¿no tiene la policía ningún modo de hallar los números de teléfono que no aparecen en el listín? Bueno, quizá no si tienen prisa por descubrir algo o por comunicarle algo a alguien. Además, los sueños no tienen por qué ser lógicos, ¿verdad? Los sueños son poemas del subconsciente.

En ese instante, como no soporta seguir ahí, se dirige hacia la puerta de la

cocina y mira afuera el brillante día de junio, mira Sewing Lane, que es su pequeña versión de lo que ella supone que es el sueño americano. ¡Con qué calma reposa esa mañana, con un trillón de gotas de rocío brillando sobre el césped! El corazón todavía martillea en su pecho y el sudor resbala por su rostro y desea decirle que tiene que callarse, que no debe contar su sueño, esa terrible pesadilla. Tiene que recordarle que Jenna vive cerca de la carretera; Jen, eso es, Jen, que trabaja en el Video Stop del pueblo y que pasa demasiadas noches de la semana bebiendo en el Gourd con tipos como Frank Friedman, que es lo bastante mayor como para ser su padre. Lo que indudablemente forma parte de la diversión.

—Todas esas medias palabras susurradas —está diciendo Harvey— pero no decía nada. Luego oí «asesinada» y supe que una de las niñas estaba muerta. Simplemente lo supe. No era Trisha, porque estaba al teléfono, sino Jenna o Stephanie. Y me asusté tanto... Solo pude sentarme ahí y preguntarme cuál de ellas quería que fuera, como en la maldita *Decisión de Sofía*. Empecé a gritarle. «¡Dime cuál de ellas! ¡Dime cuál de ellas! ¡Por Dios, Trish, dime cuál de ellas!» Fue entonces cuando el mundo real empezó a desangrarse... siempre y cuando pueda suceder algo así...

Harvey emite una risita, y bajo la luz brillante de la mañana Janet distingue una mancha roja en el centro de la abolladura en el lateral del Volvo de Frank Friedman y en medio de la mancha hay algo oscuro que bien podría ser tierra o incluso pelo. Puede ver a Frank subiéndose a la acera a las dos de la madrugada, demasiado borracho para enfilar el camino de entrada y aún más para entrar por la estrecha puerta del garaje y todo eso. Puede verlo tambaleándose hasta la casa, con la cabeza gacha, respirando con fuerza. ¡Viva el toroo!

—En ese momento supe que estaba en la cama, pero me oí hablar en esa voz baja que en absoluto sonaba como la mía; sonaba como la voz de un extraño, no podía entender nada de lo que decía. «Ime uál, iiimee, uáal», así sonaba. «¡Iimee uáal, Ish!»

Dime cuál. Dime cuál, Trish.

Harvey se calla; piensa. Reflexiona. Las motas de polvo bailan alrededor de su cara. Con el sol, su camiseta casi brilla demasiado para mirarla; es una de las que salen en los anuncios de detergente.

—Me quedé en la cama, esperando a que vinieras corriendo a ver qué me pasaba —dice al fin—. Tenía la piel de gallina y temblaba; me decía que solo había sido un sueño, como tú dices, claro, pero también pensaba en lo real que había sido. En lo maravilloso que había sido en el sentido horrible de la palabra.

Vuelve a hacer una pausa, piensa en cómo decir lo siguiente; no es consciente de que su esposa ya no le escucha. La que había sido Jax ocupa ahora toda su mente, todo su considerable poder de pensamiento, para obligarse a creer que eso

no es sangre sino la pintura del chasis del Volvo. «Desconchada» es una palabra que su subconsciente está más que dispuesto a asimilar.

—Es sorprendente lo lejos que puede llegar la imaginación, ¿verdad? —dice él al fin—. Un sueño así es como un poeta, uno de los grandes, debe de ver sus poesías. Todos los detalles tan claros y tan brillantes...

Se queda callado; la cocina pertenece al sol y a las motas danzarinas; fuera, el mundo permanece a la espera. Janet observa el Volvo que hay al otro lado de la calle; parece que le palpita en los ojos, compacto como un ladrillo. Cuando el teléfono suena, ella habría gritado si hubiera podido respirar; se habría tapado los oídos si hubiera podido levantar las manos. Oye que Harvey se levanta y va hasta el rincón mientras el teléfono vuelve a sonar, y luego una tercera vez.

Se han equivocado de número, piensa ella. Tiene que ser así, porque cuando cuentas un sueño no se hace realidad.

—¿Diga? —dice Harvey.

Área de descanso

Suponía que lo que había escrito en algún punto entre Jacksonville y Sarasota era la versión literaria de la vieja cantinela de Clark-Kent-en-la-cabina-telefónica, pero no estaba seguro de cuándo ni cómo. Lo que indicaba que no había sido tan dramático. ¿Acaso importaba?

En ocasiones se decía a sí mismo que la respuesta a esa pregunta era no, que todo eso de Rick Hardin/John Dykstra no era más que una reconstrucción artificial, pura publicidad, no muy distinto de Archibald Bloggert (o comoquiera que se llamara realmente) actuando como Cary Grant, o Evan Hunter (que al nacer se llamaba Salvatore no-sé-qué) escribiendo como Ed McBain. Y esos tipos habían sido su inspiración... junto con Donald E. Westlake, que escribía sus traviesas novelas «duras» como Richard Stark, y K. C. Constantine, que en realidad era... bueno, nadie lo sabía, ¿no? Como el caso del misterioso señor B. Traven, autor de *El tesoro de Sierra Madre*. Nadie sabía quién era, y eso formaba parte de la diversión.

Un nombre, un nombre, ¿qué tiene un nombre?

¿Quién era él, por ejemplo, en su viaje quincenal de vuelta a Sarasota? Sin duda era Hardin cuando abandonó el Pot o' Gold en Jax; por supuesto. Y desde luego era Dykstra cuando entró en su casa frente al canal, en la carretera de Macintosh. Pero ¿quién había sido mientras avanzaba por la Carretera 75, mientras se deslizaba de una localidad a otra bajo las brillantes luces de la autopista? ¿Hardin? ¿Dykstra? ¿Ninguno de los dos? ¿Había habido quizá un momento mágico en el que el hombre lobo literario que ganaba grandes cantidades de dinero se había convertido en el inofensivo profesor de inglés cuya especialidad eran los poetas y novelistas estadounidenses del siglo XX? ¿Acaso importaba mientras estuviera en armonía con Dios, el IRS^[7] y los ocasionales futbolistas que se apuntaban a uno de los dos cursos breves que impartía?

Nada de eso importaba al sur de Ocala. Lo que importaba era que, fuera quien fuese, necesitaba orinar como un caballo de carreras. En el Pot o' Gold había sobrepasado con dos cervezas (quizá tres) su límite habitual de alcohol, y había

establecido la velocidad de cruce de su Jag en cien kilómetros por hora; aquella noche no quería ver ninguna luz roja giratoria en su espejo retrovisor. Podría haber pagado el Jag con lo que había ganado con los libros escritos con el nombre de Hardin, pero había pasado la mayoría de su vida como John Andrew Dykstra, y ese era el nombre que la linterna alumbraría si le pedían el carnet de conducir. Podría haber sido Hardin quien se hubiese bebido esas cervezas en el Pot o' Gold, pero si un agente de Florida sacaba de su cajita de plástico azul el aterrador aparato del control de alcoholemia, serían las intoxicadas moléculas de Dykstra las que acabarían dentro de las sofisticadas entrañas del aparato. Y sería fácil que lo detuvieran un jueves por la noche del mes de junio, daba igual quién fuera, porque todos los veraneantes habían regresado a Michigan y tenía la I-75 casi para él solo.

Y además había un problema esencial con la cerveza que cualquier alumno de instituto entendería: no podías comprarla, solo alquilarla. Afortunadamente había un área de descanso a unos nueve o diez kilómetros al sur de Ocala, y allí habría un pequeño aseo.

Sin embargo, mientras tanto, ¿quién era él? Desde luego había llegado a Sarasota hacía dieciséis años como John Dykstra, y era con ese nombre con el que desde 1990 había enseñado inglés en la subse de la FSU. Más tarde, en 1994, había decidido saltarse las clases de verano y aventurarse en la escritura de una novela de suspense. Eso no había sido idea suya. Tenía un agente en Nueva York, no un purasangre, pero sí un tipo bastante honesto, con una ratio de publicaciones razonable, que había sido capaz de vender cuatro relatos de su nuevo cliente (con el nombre de Dykstra) a varias revistas literarias que pagaron unos cuantos cientos de dólares. El agente se llamaba Jack Golden, y mientras no tenía más que alabanzas para sus relatos, despreciaba los cheques porque los consideraba «calderilla». Fue Jack quien señaló que las historias publicadas por John Dykstra tenían un «alto ritmo narrativo» (lo que a Johnny le pareció el argumento propio de un representante) y apuntó que su nuevo cliente podría ganar cuarenta o cincuenta mil dólares de golpe si escribía una novela de suspense de unas cien mil palabras.

—Podrías hacerlo durante el verano si encontraras un gancho donde colgar el sombrero y te quedaras pegado a él —le dijo a Dykstra en una carta (en esa época aún no habían avanzado hasta el uso del teléfono y el fax)—. Y ganarías mucho más que dando clases en junio y agosto en la Universidad de Mangrove. Si quieres intentarlo, amigo mío, este es el momento, antes de que tengas una esposa y dos hijos y medio.

No había ninguna esposa potencial en el horizonte (ahora tampoco), pero Dykstra había entendido lo que Jack quería decir; cuando eres viejo resulta más

difícil tirar los dados. Y una esposa e hijos no eran las únicas responsabilidades que uno asume a medida que el tiempo transcurre lentamente. Estaba el anzuelo de las tarjetas de crédito, por ejemplo. Las tarjetas de crédito lastraban el casco y te hacían aminorar la marcha. Las tarjetas de crédito eran agentes de las reglas y trabajaban a favor de lo seguro.

Cuando en enero de 1994 recibió el contrato para las clases de verano, lo devolvió sin firmar al catedrático con una breve nota explicativa: *He pensado que, en vez de eso, este verano podría intentar escribir una novela.*

La respuesta de Eddie Wasserman fue amistosa pero firme: *Muy bien, Johnny, pero no puedo garantizarte que el puesto siga ahí el verano que viene. Y un catedrático siempre acierta a la primera.*

Dykstra lo reconsideró, pero solo brevemente; para entonces ya tenía una idea. Mejor que eso, tenía un personaje. El Perro, padre literario de los Jaguar y las casas de la carretera de Macintosh, estaba ansioso por nacer, y Dios bendiga el corazón asesino de El Perro.

Ante él, la flecha blanca de la señal azul brilló cuando la luz de los faros delanteros de su coche la iluminaron; había una rampa que giraba hacia la izquierda, y un arco de neón de alta intensidad que iluminaba el pavimento con un resplandor tan brillante que la rampa parecía parte de un escenario. Puso el intermitente, aminoró a sesenta y cinco y abandonó la interestatal.

A medio camino, la rampa se bifurcaba: camiones y furgonetas Winnebago, a la derecha; tipos con Jaguar, todo recto. Cuarenta metros después del desvío estaba el área de descanso: una estrecha construcción de una planta de color beige que bajo las luces brillantes también parecía sacada de un escenario cinematográfico. ¿Qué sería en una película? ¿Quizá un silo de misiles? Claro, por qué no. Un silo de misiles alejado de todo, y el tipo que está al mando tiene una enfermedad mental oculta pero progresiva. Ve a rusos por todas partes, rusos que surgen del maldito bosque... o quizá sean terroristas de Al Qaeda; esos probablemente darían más la talla. Por entonces los rusos eran maleantes pasados de moda, a menos que fueran traficantes de drogas o de prostitutas adolescentes. De todas formas, en realidad el maleante no importa, todo es fantasía; sin embargo, el dedo del tipo se muere por pulsar el botón rojo, y...

Y necesitaba orinar, así que deja la imaginación para más tarde, por favor y gracias. Además, no había sitio para El Perro en una historia como aquella. Como había explicado esa misma noche un rato antes en el Pot o' Gold, El Perro era más que un simple guerrero urbano (bonita frase). Sin embargo, la idea de un comandante loco en un silo de misiles tenía fuerza, ¿no? Un tipo atractivo...

adorado por sus hombres... aparentemente normal desde el exterior...

A esas horas había solo otro coche en la extensa zona de aparcamientos, uno de esos PT Cruiser que nunca dejaban de asombrarlo; parecían coches de juguete de gánsters sacados de los años treinta.

Se detuvo cuatro o cinco metros detrás de él, paró el motor y, antes de bajarse, echó un rápido vistazo al aparcamiento desierto. No era la primera vez que estacionaba en esa área de descanso, especialmente cuando volvía del Pot o' Gold, y una de las veces se quedó asombrado y horrorizado al ver un lagarto que cruzaba parsimoniosamente el despejado pavimento hacia los pinos de detrás del área de descanso; parecía un hombre de negocios anciano y con sobrepeso camino de una reunión importante. Esa noche no había ningún lagarto; se apeó, levantó la llave por encima de su hombro y apretó el botón de cierre centralizado. Esa noche solo estaban él y el señor PT Cruiser. El Jag silbó obediente y durante el breve destello de las luces delanteras vio su propia sombra. Pero... ¿de quién era la sombra? ¿De Dykstra o de Hardin?

Decidió que de Johnny Dykstra. Ahora Hardin estaba lejos, abandonado sesenta o setenta kilómetros más atrás. Pero esa había sido su noche, había realizado una breve (y en su mayor parte, humorística) presentación al resto de los Ladrones de Florida después de la cena, y pensaba que el señor Hardin había hecho un trabajo bastante bueno, finalizando con la severa promesa de enviar a El Perro en busca de cualquiera que no contribuyera generosamente con la causa de ese año, que resultó ser la de los Lectores de Rayo de Sol, una organización sin ánimo de lucro que proveía novelas y artículos en cintas de audio a escolares ciegos.

Recorrió el aparcamiento hasta el edificio; los tacones de sus botas de vaquero resonaban en el suelo. John Dykstra jamás habría llevado tejanos gastados ni botas de vaquero a un espectáculo público, y menos a uno donde él fuera el ponente principal, pero Hardin era de otra pasta. Al contrario que Dykstra (que podía ser remilgado), Hardin no se preocupaba por lo que pudiera pensar la gente sobre su aspecto.

El edificio del área de descanso estaba dividido en tres partes: el baño de señoras a la izquierda, el baño de caballeros a la derecha, y en medio un gran pórtico tipo porche, donde podías coger folletos de varias atracciones turísticas del centro y sur de Florida. También había máquinas de chucherías, dos expendedoras de refrescos y un dispensador de mapas que requería un absurdo número de monedas de veinticinco centavos. Los dos lados de la entrada del estrecho edificio estaban empapelados con carteles de niños desaparecidos que a Dykstra siempre le causaban escalofríos. ¿Cuántos de esos niños, se preguntaba siempre, estaban enterrados en el fondo lodoso del pantano o alimentando a los

reptiles de los bosques de Glades? ¿A cuántos les habían hecho creer que los vagabundos que los habían raptado (y que de vez en cuando los molestaban sexualmente o los alquilaban) eran sus padres? A Dykstra no le gustaba mirar esos rostros inocentes ni considerar la desesperación subyacente a esas absurdas cifras de recompensas: 10.000 dólares, 20.000 dólares, 50.000 dólares, en un caso 100.000 dólares (esta última por una sonriente chica rubia de Fort Myers que había desaparecido en 1980 y que ahora sería una mujer de mediana edad, si es que todavía seguía con vida... y casi seguro que no). También había un cartel que informaba que revolver en los cubos de la basura estaba prohibido, y otro que establecía una hora como tiempo máximo para permanecer en el área de descanso: SE AVISARÁ A LA POLICÍA.

¿Quién querría quedarse aquí más tiempo?, pensó Dykstra, y escuchó el susurro del viento nocturno entre las palmeras. Tendría que ser un loco. Alguien a quien el botón rojo empezaba a parecerle una buena opción mientras los meses y los años transcurrían ruidosamente con el estruendo de los camiones de dieciséis ruedas en el carril de adelantamiento a la una de la madrugada.

Enfiló hacia el baño de caballeros y entonces, a medio camino, se quedó paralizado cuando una voz de mujer, levemente distorsionada por el eco pero muy cercana, habló inesperadamente detrás de él.

—No, Lee —dijo—. No, cariño, no.

Se oyó un porrazo, seguido de una bofetada, una sorda bofetada en la carne. Dykstra comprendió que estaba oyendo los inconfundibles sonidos del abuso. Incluso podía imaginar la marca roja de una mano en la mejilla de la mujer y su cabeza, protegida nada más que por su pelo (¿rubio?, ¿moreno?), rebotando contra la pared de azulejos beige. Ella empezó a llorar. Los arcos de neón eran lo bastante brillantes como para que Dykstra viera que tenía la piel de gallina. Se mordió el labio inferior.

—Maldita puerca.

La voz de Lee era neutra, enfática. Es difícil explicar por qué supo inmediatamente que estaba borracho, pues pronunciaba cada una de las palabras perfectamente. Pero eso siempre se sabe, porque uno ha escuchado a muchos hombres hablar de ese modo, en campos de béisbol, en ferias, incluso a través de las delgadas paredes de una habitación de motel (o filtrándose a través del techo) a altas horas de la noche, después de que la luna se hubiera puesto y los bares hubieran cerrado. La parte femenina de la conversación —¿se podía llamar a eso conversación?— también podía sonar a embriaguez, pero la mayoría de las veces denotaba terror.

Dykstra se quedó allí parado, en el pequeño bordillo de la entrada, de cara al baño de caballeros, de espaldas a la pareja del baño de señoras. Estaba entre las

sombras, rodeado por todos lados de fotos de niños desaparecidos que susurraban, como las frondosas palmeras bajo la brisa nocturna. Permaneció allí, aguardando, esperando que no ocurriera nada más. Pero por supuesto sí ocurrió. Le llegaron las palabras, portentosas y disparatadas, de un cantante de country: «Cuando descubrí que no era bueno, era demasiado rico para dejarlo».

Se oyó otra bofetada fuerte y otro grito de la mujer. Hubo un instante de silencio y luego se oyó de nuevo la voz del hombre, y uno sabía, por cómo decía «puerca» cuando en realidad quería decir «puta», que además de estar borracho era un inculto. En realidad, uno podía saber un montón de cosas de él: que en secundaria se sentaba al final del aula en las clases de inglés, que bebía leche directamente del cartón cuando llegaba a casa del colegio, que lo habían expulsado durante el primero o segundo año de preparatoria, que tenía un trabajo en el que debía usar guantes y llevar un cuchillo marca X-Acto en el bolsillo trasero del pantalón. Se supone que uno no debe hacer tales generalizaciones —es como decir que todos los afroamericanos tienen el ritmo en el cuerpo o que todos los italianos lloran en la ópera—, pero en la oscuridad de las once de la noche, rodeado de carteles de niños desaparecidos —por algún motivo siempre impresos en papel de color rosa—, uno sabía que era verdad.

—Maldita puerca.

Tiene pecas, pensó Dykstra. Y se quema fácilmente con el sol. Las quemaduras hacen que parezca que siempre está enfadado, y casi siempre lo está. Cuando está sin blanca bebe Kahlúa, pero casi siempre bebe cerve...

—No, Lee —dijo la voz de la mujer. Estaba llorando, suplicando, y Dykstra pensó: *No haga eso, señora. ¿No sabe que eso empeora las cosas? ¿No sabe que cuando él ve ese hilillo de mocos colgando de la nariz, enloquece más que nunca?*—. No me pegues más, lo sien...

¡Plap!

Le siguió otra bofetada y un grito agudo de dolor, casi como el aullido de un perro. El viejo señor PT Cruiser había vuelto a pegarle lo bastante fuerte para que su cabeza rebotara contra la pared de azulejos del baño... y ¿cómo era aquel chiste? ¿Por qué hay trescientos mil casos de maltratos a mujeres en Estados Unidos? *Porque... las... puñeteras... no... quieren... escuchar.*

—Maldita puerca.

Ese era el mantra de Lee aquella noche, extraído directamente de los Segundos Borrachonianos, y lo que asustaba de su voz —lo que a Dykstra le parecía completamente aterrador— era la total ausencia de emoción. Si hubiera ira, sería mejor. Si hubiera ira, la mujer estaría más segura. La ira era como un vapor inflamable —una chispa que se encendía y se extinguía en un rápido y brillante estallido— pero aquel tipo estaba simplemente... decidido. No le pegaría

otra vez y luego le pediría disculpas, quizá sollozando incluso mientras lo hacía. Tal vez lo habría hecho en otras ocasiones, pero esa noche no. Esa noche iba a por todas. Dios te salve María, llena eres de gracia, ayúdame a superar esta carrera de obstáculos.

¿Qué hago? ¿Cuál es mi lugar en todo esto? ¿Acaso tengo alguno?

Desde luego no iba a entrar en el baño de caballeros para echar esa larga y placentera meada que había planeado; sus pelotas estaban tan secas como un par de piedras, y la presión de sus riñones se había evaporado hacia arriba, por la espalda, y hacia abajo, por las piernas. El corazón latía aceleradamente en su pecho, palpitaba en un rápido trote que probablemente terminaría convirtiéndose en un sprint si oía otra bofetada. Pasaría más de una hora antes de que estuviera en condiciones de orinar, por muchas ganas que tuviera de hacerlo, e incluso así, solo soltaría una serie de insatisfactorios chorritos. ¡Dios, cuánto deseaba que esa hora hubiera pasado! ¡Estar a ochenta o noventa kilómetros de allí!

¿Qué vas a hacer si le pega otra vez?

Se le ocurrió otra pregunta: ¿qué haría si la mujer escapaba dándose con los tacones en el culo y el señor PT Cruiser la perseguía? Solo había una salida del baño de señoras, y John Dykstra estaba en medio. John Dykstra, con las botas de vaquero que Rick Hardin había llevado en Jacksonville, donde una vez cada quince días se reunía un grupo de escritores de libros de misterio —muchos de ellos mujeres rollizas con vestidos color pastel— para discutir sobre técnica, agentes, ventas y para chismorrear sobre los demás.

—Lee-Lee, no me hagas daño, ¿vale? Por favor, no me hagas daño. Por favor, no le hagas daño al bebé.

Lee-Lee. Y Jesús... lloró.

Vaya, otra cosa más; anota otra cosa más. *El bebé. Por favor, no le hagas daño al bebé.* Bienvenido al maldito Canal de la Vida Cotidiana.

Dykstra sintió que su acelerado corazón se hundía unos centímetros en su pecho. Le parecía que llevaba por lo menos veinte minutos en la entrada de los baños de caballeros y señoras, pero cuando miró su reloj no le sorprendió que ni siquiera hubieran pasado cuarenta segundos desde la primera bofetada. Eso era cosa de la subjetiva naturaleza del tiempo y la pavorosa velocidad del pensamiento cuando la mente de pronto se ve sometida a mucha presión. Había escrito sobre ambas cosas muchas veces. Suponía que la mayoría de los novelistas de suspense lo habían hecho. Era un mandato divino. La próxima vez que acudiera a los Ladrones de Florida, quizá lo tomara como tema principal y tal vez les mencionara este incidente. Hablaría acerca del tiempo que había tenido para pensar, de los Segundos Borrachonianos. Aunque pensaba que sería demasiado intenso para sus reuniones quincenales, demasiado...

Un chaparrón de bofetadas interrumpió el hilo de sus pensamientos. Lee-Lee había estallado. Dykstra oyó el particular sonido de esos golpes con la desesperación de un hombre que sabe que jamás olvidará lo que está escuchando; nada de la banda sonora de una película sino una serie de puñetazos golpeando una almohada de plumas, sorprendentemente suave, casi delicados. La mujer gritó una vez por la sorpresa y otra vez por el dolor. Después de eso se limitó a soltar pequeños gritos de dolor y miedo. Fuera, en la oscuridad, Dykstra pensaba en todos los anuncios publicitarios que había visto advirtiéndole sobre la violencia de género. No mencionaban aquella situación, ni cómo podías escuchar con un oído el ruido del viento entre las palmeras (y el susurro de los carteles de los niños perdidos, no lo olvides) y con el otro aquellos gemidos de dolor y miedo.

Oyó suaves pisadas sobre las baldosas y comprendió que Lee (la mujer lo había llamado Lee-Lee, como si el nombre de una mascota pudiera aplacar su rabia) se estaba acercando. Al igual que Rick Hardin, Lee llevaba botas. Los Lee-Lee del mundo solían ser tipos con botas Georgia Giant. Tipos con botas Dingo. La mujer llevaba zapatillas deportivas de lona blanca. Estaba seguro.

—Zorra, maldita zorra, te vi hablando con él, frotándote las tetas en él, maldita puerca...

—No, Lee-Lee, yo nunca...

Otra bofetada, y luego una ronca expectoración que no era ni masculina ni femenina. Arcadas. Al día siguiente, quien limpiara esos baños encontraría el vómito secándose en el suelo y en una de las paredes de azulejos del baño de señoras, pero haría bastante rato que Lee y su esposa, o su novia, se habrían marchado de allí, y para el encargado de la limpieza aquello no sería más que otro desastre que limpiar, la historia de un vómito tan sucio como carente de interés. ¿Y qué se suponía que Dykstra debía hacer? Jesús, ¿tendría el valor para entrar ahí? Si no lo hacía, llegaría un momento en que Lee dejaría de pegarle, pero si un extraño interfería...

Podría matarnos a los dos.

Pero...

El bebé. Por favor, no le bagas daño al bebé. Dykstra apretó los puños y pensó: *¡Maldito Canal de la Vida Cotidiana!*

La mujer seguía teniendo arcadas. —Deja de hacer eso, Ellen. —¿No puedo!

—¿No? Bueno, está bien. Yo conseguiré que pares. Maldita... puerca.

Otro ¡plap!, para puntualizar la palabra «puerca». El corazón de Dykstra se hundió un poco más. No pensaba que eso fuera posible. Pronto le estaría latiendo en el estómago. ¡Si solo pudiera canalizar a El Perro! En un relato podría funcionar; incluso había estado pensando en eso antes de cometer el gran error de la noche al desviarse hacia esa área de descanso, y si aquello no era lo que los

manuales de literatura denominaban un presagio, ¿qué era?

Sí, podía convertirse en el hombre duro que llevaba dentro, entrar en el baño de señoras, moler a palos a Lee, y seguir su camino. Como Shane en esa película antigua de Alan Ladd.

La mujer volvió a tener arcadas —el sonido de una máquina machacando piedras—, y Dykstra supo que no podría canalizar a El Perro. El Perro era ficción. Aquello era la vida real, desplegándose ahí mismo, frente a él, como la lengua de un borracho.

—Como lo hagas otra vez te vas a enterar —la amenazó Lee y ahora había un poso mortal en sus palabras. Se estaba preparando para ir a por todas. Dykstra estaba seguro de eso.

Testificaré en un juicio. Y cuando me pregunten qué hice para evitarlo, diré que nada. Diré que escuché. Que recordé. Que fui un testigo. Y luego explicaré que eso es lo que hacen los escritores cuando no están escribiendo.

Dykstra pensó en echar a correr hacia su Jag —¡sigilosamente!— y usar el teléfono de la guantera para llamar a la policía. *99 era todo cuanto tenía que marcar. Así lo decían los letreros colocados en la carretera cada quince kilómetros más o menos: EN CASO DE ACCIDENTE MARQUE *99 DESDE SU MÓVIL. Pero nunca había un policía cerca cuando lo necesitabas. Aquella noche el más cercano estaría en Bradenton o tal vez en Ybor City, y para cuando el agente de policía llegara, ese pequeño rodeo ya habría acabado.

Del baño de señoras llegaba una serie de hipidos intercalados con bajos sonidos de náuseas. Una de las puertas batientes se abrió de golpe. La mujer sabía que Lee hablaba en serio tanto como lo sabía Dykstra. Vomitar de nuevo bastaría para hacerle estallar. Se volvería loco y acabaría el trabajo. ¿Y si lo atrapaban? Segundo grado. Sin premeditación. Al cabo de quince meses estaría libre y empezaría a salir con la hermana pequeña de la mujer.

Regresa al coche, John. Vuelve al coche, ponte detrás del volante y lárgate lejos de aquí. Empieza a convencerte de que esto jamás ha ocurrido. Y asegúrate de no leer el periódico y no mirar las noticias en la televisión durante los próximos dos días. Eso te ayudará. Hazlo. Hazlo ahora mismo. Eres escritor, no un luchador. Mides uno setenta y cinco, pesas setenta kilos, tienes un hombro mal, y lo único que puedes hacer aquí es empeorar las cosas. Así que vuelve al coche y reza una plegaria a quienquiera que sea el Dios que protege a las mujeres como Ellen.

Estaba a punto de regresar al coche cuando se le ocurrió algo.

El Perro no era real, pero Rick Hardin sí lo era.

Ellen Whitlow de Nokomis había irrumpido en uno de los retretes y aterrizado sobre la cisterna con las piernas abiertas y la falda levantada, justo como la puerca

que era, y Lee se lanzó sobre ella con el propósito de agarrarla por las orejas y golpearle su estúpida cabeza contra los azulejos. Ya había tenido bastante. Le daría una lección que nunca olvidaría.

Esos pensamientos no recorrían su mente de una manera coherente. Lo que pasaba por su cabeza era en su mayor parte rojo. Por debajo, por encima, filtrándose a su través, había una melodiosa voz que se parecía a la de Steven Tyler de Aerosmith: *De todas formas no es mi bebé, no es mío, no es mío, no vas a colármelo, maldita puerca.*

Dio tres pasos hacia delante, y fue entonces cuando la sirena de un coche comenzó a sonar rítmicamente muy cerca de allí, desacompañando su propio ritmo, desconcentrándolo, sacándolo de su ensimismamiento, haciéndole mirar alrededor: ¡Bamp! ¡Bamp! ¡Bamp! ¡Bamp!

La alarma de un coche, pensó, y pasó la mirada de la entrada del baño de señoras a la mujer que estaba sentada en el cubículo. Desde la puerta a la puerca. Apretó los puños con indecisión. De pronto la señaló con el dedo índice de la mano derecha, con una uña larga y sucia.

—Muévete y te mato, zorra —le advirtió, y avanzó hacia la puerta.

El cagadero estaba brillantemente iluminado, casi tanto como el resto de la zona de aparcamientos, pero la entrada de los dos baños estaba oscura. Durante un momento no pudo ver nada y fue en ese instante cuando algo lo golpeó por detrás y lo lanzó hacia delante en dos alocados pasos antes de tropezar con algo —una pierna— y caer de bruces.

No hubo tregua ni vacilación. Una bota le golpeó el muslo, el músculo se le agarrotó, y seguidamente recibió una patada en los vaqueros azules que le cubrían el trasero, casi en la parte baja de la espalda. Comenzó a girarse...

—No se dé la vuelta, Lee —dijo una voz—. Tengo una barra de hierro en la mano. Quédese bocabajo o le machacaré la cabeza.

Lee se quedó donde estaba, con las manos extendidas hacia delante, casi tocándose.

—Salga de ahí, Ellen —dijo el hombre que lo había golpeado—. No hay tiempo para tonterías. Salga ahora mismo.

Hubo una pausa. Entonces oyó la voz de la puerca, temblorosa y apagada:

—¿Le ha hecho daño? ¡No le haga daño!

—El está bien, pero si no sale de ahí ahora mismo, lo machacaré. Tendré que hacerlo. —Otra pausa, y luego—: Y será culpa suya.

Mientras tanto, la sirena del coche latía monótonamente en la noche: ¡Bamp! ¡Bamp! ¡Bamp! ¡Bamp!

Lee giró ligeramente la cabeza sobre el pavimento. Le dolía. ¿Con qué le habría golpeado ese cabrón? ¿Había dicho una barra de hierro? No podía

recordarlo.

La bota volvió a patearle el trasero. Lee gritó y puso de nuevo la frente contra el suelo.

—¡Salga, señora, o le abriré la cabeza! No tengo elección.

Cuando ella habló de nuevo, estaba más cerca. Su voz vacilaba, pero parecía llena de indignación.

—¿Por qué ha hecho eso? ¡No tenía que haberlo hecho!

—He llamado a la policía desde mi móvil —dijo el hombre que tenía sobre él—. Hay un agente en el kilómetro 140. Así que faltan diez minutos para que llegue aquí, quizá un poco menos. Señor Lee-Lee, ¿tiene las llaves de su coche o las tiene ella?

Lee tuvo que pensar.

—Las tiene ella —dijo al fin—. Me dijo que estaba demasiado borracho para conducir.

—De acuerdo. Ellen, vaya y suba al PT Cruiser, y lárguese. No se pare hasta que llegue a Lake City, y si tiene un cerebro como el que Dios les ha dado a los patos, no regresará de allí.

—¡No voy a dejarlo con usted! —Ahora parecía bastante enfadada—. ¡No mientras usted tenga esa cosa!

—Sí, se va a marchar. Ahora mismo, o le daré una paliza de muerte.

—¡Matón!

El hombre rió, y ese sonido asustó a Lee más que su voz.

—Contaré hasta treinta. Si cuando acabe no se ha largado de esta área de descanso, le arrancaré la cabeza de los hombros. Y la golpearé como si fuera una pelota de golf.

—No puede hacer...

—Hazlo, Ellie. Hazlo, cariño.

—Ya lo ha oído —dijo el hombre—. Su viejo osito Teddy le pide que se vaya. Si quiere que mañana por la noche él termine de molerla a palos, y al bebé también, me parece perfecto. Mañana por la noche yo no estaré aquí. Pero hoy ya estoy hasta las pelotas de ustedes, así que mueva su maldito culo.

Esa orden, expresada en un lenguaje que le resultaba familiar, la entendió, y Lee pudo ver sus piernas desnudas y las zapatillas moviéndose frente a su campo de visión. El hombre que lo había golpeado como un saco de boxeo empezó a contar con voz queda:

—*Uno, dos, tres, cuatro...*

—¡Date prisa, joder! —gritó Lee, y la bota impactó de nuevo en su trasero, ahora con más suavidad, meciéndolo en lugar de golpearle. Aun así le dolió. Mientras tanto, en la noche se oía el ¡Bamp! ¡Bamp! ¡Bamp! ¡Bamp!—. ¡Mueve

el culo!

Con eso las zapatillas echaron a correr. Junto a ellas se deslizaba una sombra. El hombre había contado hasta veinte cuando el pequeño motor del PT Cruiser se puso en marcha, y cuando llegó a treinta, Lee imaginó las luces traseras abandonando el área de servicio. Lee esperaba que el hombre empezara a golpearlo y se sintió aliviado cuando no lo hizo.

El PT Cruiser se alejaba ya por la salida y el sonido del motor comenzó a desvanecerse; el hombre que tenía a su lado le habló con perplejidad.

—¿Y ahora qué voy a hacer con usted? —dijo el hombre que lo había golpeado como un saco de boxeo.

—No me haga daño —dijo Lee—. No me haga daño, señor.

Una vez que las luces traseras del PT Cruiser se perdieron de vista, Hardin se pasó la barra de hierro de una mano a la otra. Tenía las manos sudorosas y casi se le cayó. Eso hubiera sido malo. Si se le hubiera caído, la barra de hierro habría resonado en el suelo, y Lee se habría levantado en un santiamén. No era tan grande como Dykstra había imaginado, pero era peligroso. Ya lo había demostrado.

Ya, peligroso con las mujeres embarazadas.

Pero no era así como debía pensar. Si permitía que el viejo Lee-Lee se pusiera de pie, estarían en un combate totalmente nuevo. Podía sentir a Dykstra intentando volver para discutir este y quizá otros cuantos puntos. Hardin lo apartó a un lado. Ese no era el momento ni el lugar para un profesor de inglés de universidad.

—¿Y ahora qué voy a hacer con usted? —preguntó. Una pregunta de honesta perplejidad.

—No me haga daño —dijo el hombre desde el suelo. Llevaba gafas, algo que le había sorprendido a más no poder. Ni Hardin ni Dykstra habrían imaginado que ese hombre llevara gafas—. No me haga daño, señor.

—He tenido una idea. —Dykstra hubiese dicho «tengo una idea»—. Quítese las gafas y déjelas a su lado.

—¿Por qué?

—Cierre el pico y hágalo.

Lee, que vestía unos Levi's gastados y una camisa de estilo del oeste (ahora enrollada sobre su espalda y colgándole sobre el trasero), comenzó a quitarse las gafas de estructura de alambre con la mano derecha.

—No, con la otra mano.

—¿Por qué?

—No pregunte, simplemente hágalo. Quíteselas con la mano izquierda.

Lee se quitó las delicadas lentes y las dejó sobre el hormigón. Seguidamente Hardin las pisó con el tacón de una de sus botas.

Se oyó un pequeño chasquido y el delicioso sonido del cristal roto.

—¿Por qué ha hecho eso? —exclamó Lee.

—¿A usted qué le parece? ¿Tiene alguna arma o algo parecido?

—¡No! ¡Jesús, no!

Y Hardin le creyó. Si hubiera tenido alguna, sería una navaja guardada en el maletero del PT Cruiser. Pero no pensaba que eso fuera probable. Cuando estaba fuera del baño de señoras, Dykstra se había imaginado una gran mole que trabajaba en la construcción. Pero aquel tipo parecía un contable que iba al Gold's Gym tres veces por semana.

—Creo que volveré a mi coche —dijo Hardin—. Desconectaré la alarma y me largaré de aquí.

—Sí, sí, ¿por qué no lo ha...?

Hardin le dio otra patada de advertencia en el trasero, esta vez sacudiéndolo de un lado al otro con un poco más de fuerza.

—¿Por qué no se calla? ¿Qué creía que estaba haciendo ahí dentro?

—Enseñándole una maldita lección...

Hardin le dio una patada en la cadera casi tan fuerte como pudo, solo se contuvo un poco en el último segundo. Pero solo un poco. Lee gritó de dolor y pánico. Hardin se sintió un poco culpable por lo que había hecho y cómo lo había hecho, sin pararse a pensarlo ni un instante. Lo que le hizo sentirse más culpable fue que deseaba golpearle de nuevo y más fuerte. Le gustaba ese grito de dolor y miedo, podría volver a oírlo.

¿En qué se diferenciaba él del Lee del Cagadero que yacía ahí con la sombra de la entrada recorriéndole la espalda en una entrecortada diagonal negra? Al parecer en casi nada. Pero ¿y qué? Esa era una pregunta tediosa; una pregunta al estilo de la película-de-la-semana. Se le ocurrió algo más interesante. Se preguntó con cuánta fuerza podría patear al bueno de Lee-Lee en la oreja izquierda sin contenerse. Directamente en la oreja, *kaput*. También se preguntaba cómo sonaría. Supuso que sería un sonido satisfactorio. Por supuesto que podría matarlo de esa forma, pero ¿qué ganaría el mundo con eso? ¿Quién se enteraría? ¿Ellen? Que le den.

—Será mejor que se calle, amigo —dijo Hardin—. Eso es lo mejor que podría hacer en este momento. Tan solo cállese. Y cuando el agente de policía llegue aquí, cuénteles la mierda que quiera.

—¿Por qué no se marcha? Váyase y déjeme solo. Ya me ha roto las gafas, ¿no le basta con eso?

—No —dijo Hardin, convencido. Pensó durante un segundo—. ¿Sabe qué?
Lee no preguntó qué.

—Voy a ir muy despacio hacia mi coche. Si quiere, usted se levanta y viene por mí. Trataremos el asunto cara a cara.

—¡Ya, claro! —Lee rió entre lágrimas—. ¡No veo una mierda sin mis gafas!

Hardin se recolocó sus propias gafas en la nariz. Ya no necesitaba orinar.
¡Qué cosa más rara!

—¡Mírate! —dijo—. ¡Mírate!

Lee debió de notar algo extraño en su tono de voz, porque Hardin se percató de que estaba temblando bajo la luz plateada de la luna. Pero Lee no dijo nada, probablemente eso era lo más sensato, teniendo en cuenta las circunstancias. El hombre que tenía a su lado, que jamás en toda su vida se había metido en una pelea antes de esa, ni en la escuela secundaria, ni siquiera en primaria, comprendió que todo aquello había terminado. Si Lee hubiera tenido un arma, quizá habría intentado dispararle por la espalda mientras volvía al coche. Pero no la tenía. Lee estaba... ¿cuál era la palabra?

Rendido.

El bueno de Lee-Lee se había rendido.

La inspiración golpeó la cabeza de Hardin.

—Tengo su número de matrícula —dijo—, y su nombre. El suyo y el de ella.
Miraré los periódicos, gilipollas.

Lee no dijo nada. Yacía bocabajo con las gafas rotas brillando bajo la luz de la luna.

—Buenas noches, gilipollas —dijo Hardin.

Caminó hasta su aparcamiento y se alejó conduciendo, como Shane en su Jaguar.

Se sintió bien durante diez minutos, quizá quince. Lo bastante como para toquetear la radio y decidirse finalmente por el álbum de Lucinda Williams que tenía en el lector de discos. Y entonces, de pronto, el estómago le subió a la boca, aún repleto del pollo y las patatas fritas que había comido en el Pot o' Gold.

Paró en el arcén, tiró del freno de mano del Jag, empezó a bajarse y se dio cuenta de que no habría tiempo para eso. Así que se limitó a inclinarse hacia fuera, con el cinturón de seguridad todavía puesto, y vomitó sobre el asfalto junto a la puerta del conductor. Le temblaba todo el cuerpo. Le castañeteaban los dientes.

Aparecieron unos focos en el horizonte y se derramaron sobre él. Aminoraron la velocidad. El primer pensamiento que tuvo Dykstra fue que sería la policía, por

fin un agente de policía, el que siempre aparecía cuando uno ya no lo necesitaba, ¿verdad? Lo segundo que pensó —con certera frialdad—, fue que sería el PT Cruiser, con Ellen al volante, Lee-Lee en el asiento del pasajero, y la barra de hierro en su regazo.

Pero tan solo era un viejo Dodge repleto de chicos. Uno de ellos —un muchacho estúpido probablemente pelirrojo— asomó su granujienta cara de luna llena por la ventanilla y le gritó: «¡Échatelo en los zapatos!». Los otros chicos le secundaron con risas y el coche se alejó con un acelerón.

Dykstra cerró la puerta del conductor, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y esperó a que los temblores remitieran. Un momento después desaparecieron y el estómago se asentó. Se dio cuenta de que necesitaba orinar y lo consideró una buena señal.

Se imaginó deseando darle una patada en la oreja a Lee-Lee —¿con cuánta fuerza?, ¿cómo sonaría?— y se esforzó para alejar esas imágenes de su cabeza. Imaginarse a sí mismo deseando hacer una cosa como esa le hacía sentirse enfermo de nuevo.

Esta vez su mente (casi siempre obediente) lo llevó hasta ese comandante del silo de misiles, apostado en Cuervo Solitario, Dakota del Norte (o quizá fuera Lobo Muerto, Montana). Ese comandante que se estaba volviendo loco poco a poco. Viendo terroristas detrás de cada arbusto. Amontonando folletos penosamente escritos en sus archivadores, pasándose la mayor parte de la noche frente a la pantalla de su ordenador, explorando los paranoicos callejones de internet.

Y quizá El Perro vaya camino de California para encargarse de un trabajo... en coche en lugar de en avión porque tiene un par de armas especiales en el maletero de su Plymouth Road Runner... y entonces tiene problemas en el coche...

Claro. Claro, eso estaba bien. O podría estarlo si pensaba un poco más en ello. ¿Había pensado que en el grande y vacío corazón de Estados Unidos no había sitio para El Perro? Qué pensamiento tan corto de miras, ¿no? Porque bajo determinadas circunstancias, cualquiera podía terminar en cualquier parte, haciendo cualquier cosa.

Los temblores habían remitido. Dykstra puso el Jag nuevamente en marcha. En Lake City encontró una gasolinera con una tienda que abría toda la noche, y se detuvo allí para vaciar la vejiga y llenar el tanque de gasolina (después de recorrer con la mirada el aparcamiento y los cuatro surtidores en busca del PT Cruiser y de no verlo). Luego, recorrió el resto del camino a casa, pensando como Rick Hardin, y llegó a su casa frente al canal convertido en John Dykstra. Siempre dejaba encendida la alarma antirrobo antes de salir —era lo más prudente—; la

desactivó para entrar y luego volvió a activarla para el resto de la noche.

La bicicleta estática

I. Obreros metabólicos

Una semana después del chequeo médico que había postergado durante un año (en realidad lo había postergado tres años, como habría señalado su esposa si aún estuviera viva), Richard Sifkitz fue invitado a la consulta del doctor Brady para conocer y discutir los resultados. Al no percibir nada siniestro en la voz del doctor, acudió con mucho gusto.

Los resultados se limitaban a unos valores numéricos impresos en una hoja de papel blanco con el membrete del HOSPITAL METROPOLITANO de Nueva York. Salvo una línea, el resto de las pruebas médicas y sus valores aparecían en color negro. Esa línea resaltaba en rojo, y a Sifkitz no le sorprendió descubrir que correspondía al apartado de COLESTEROL. La cifra, que desde luego resaltaba con esa tinta roja (sin duda era lo que se pretendía) era 226.

Sifkitz estaba a punto de preguntar si se trataba de una mala cifra cuando se dijo a sí mismo que no quería comenzar la entrevista preguntando una estupidez. Si fuera buena no aparecería en rojo, razonó. Sin duda alguna los demás valores sí eran buenos, aceptables al menos, por eso estaban impresos en negro. Pero él no estaba allí para hablar de ellos. Los médicos eran gente ocupada, poco propensos a perder el tiempo con palmaditas en la espalda. Así pues, a pesar de ser una estupidez, preguntó si ese 226 era muy malo.

El doctor Brady se reclinó en la silla y entrelazó los dedos sobre su pecho condenadamente delgado.

—A decir verdad, no es una cifra muy mala —dijo, y levantó un dedo—.

Considerando lo que come, claro.

—Sé que peso demasiado —admitió Sifkitz humildemente—. Y tengo intención de hacer algo al respecto.

En realidad no tenía intención de hacer gran cosa.

—Para serle sincero —continuó el doctor Brady—, su peso tampoco es tan malo. Teniendo en cuenta lo que come, insisto. Pero ahora quiero que me escuche con atención, porque esta es una conversación que solo mantengo con mis pacientes una vez. Con mis pacientes varones, claro; cuando se trata del peso, mis pacientes hembras me pondrían la cabeza como un bombo, si se lo permitiera. ¿Está preparado?

—Sí —dijo Sifkitz, tratando de enlazar los dedos sobre su pecho y descubriendo que no podía. Lo que descubrió (o, hablando con propiedad, redescubrió) era que tenía un buen par de tetas. Hasta donde sabía, no formaban parte del equipo estándar de los hombres que estaban a punto de alcanzar los cuarenta. Cejó en su empeño de entrelazar los dedos y apoyó las manos en su regazo. Cuanto antes comenzara la lección, antes terminaría.

—Usted mide un metro ochenta y tiene treinta y ocho años —dijo el doctor Brady—. Su peso debería rondar los ochenta y cinco kilos, y su colesterol debería estar acorde con esa cifra. Hace mucho tiempo, en la década de los setenta, uno no se preocupaba por una tasa de colesterol cercana a los doscientos cuarenta, pero también es cierto que en los setenta se permitía fumar en la sala de espera de los hospitales. —Meneó la cabeza—. En todo caso, la correlación entre el colesterol alto y el infarto era sencillamente demasiado obvia. Y la barrera de los doscientos cuarenta se fue al garete.

»Usted es uno de esos hombres que han sido bendecidos con un buen metabolismo. No es magnífico, claro, pero ¿bueno? Sí. Dígame una cosa, Richard, ¿cuántas veces come en McDonald's o en Wendy's? ¿Dos veces por semana?

—Quizá una —dijo Sifkitz. Pensó que en realidad la media semanal era de cuatro a seis comidas rápidas. Sin contar las visitas ocasionales que hacía los domingos a Arby's.

El doctor Brady levantó una mano, como si quisiera decir «Como tú quieras»..., que era, ahora que Sifkitz reparaba en ello, el eslogan de Burger King.

—Bueno, los resultados dicen que en algún lugar se está atiborrando. El día del chequeo médico pesaba cien kilos..., una cifra, como era de esperar, acorde con su tasa de colesterol.

Sonrió un poco ante la mueca de Sifkitz, pero al menos no era una sonrisa desprovista de simpatía.

—Esto es lo que ha ocurrido hasta el momento en su vida de adulto —dijo Brady—. Ha seguido comiendo como lo hacía cuando era adolescente, y hasta ahora su cuerpo (gracias a ese metabolismo, si no extraordinario, sí bueno) ha podido seguirle el ritmo. En este punto quizá le ayude pensar en el proceso metabólico como si fuera un grupo de obreros. Hombres con pantalones chinos y botas Doc Martens.

Quizá a usted le ayude, pensó Sifkitz, pero a mí no me sirve de nada. Entretanto, sus ojos volvieron a posarse en aquel número rojo, ese 226.

—El trabajo de esos hombres consiste en hacerse cargo de los alimentos que usted les envía por la cañería. Una parte la envían a varios departamentos de producción. El resto lo incineran. Si les envía más carga de la que pueden manejar, usted aumenta de peso. Y eso es lo que ha estado haciendo, aunque a un ritmo relativamente lento. Pero pronto, si no toma medidas al respecto, verá que ese ritmo se acelera. Hay dos razones para eso. La primera es que sus instalaciones de producción necesitan menos combustible del que solían emplear. La segunda es que su cuadrilla metabólica (tipos musculosos con tatuajes en los brazos) ya no es tan joven. No son tan eficientes como antes. Son más lentos a la hora de separar el material útil del que tiene que ser quemado. Y a veces se cabrean.

—¿Se cabrean? —preguntó Sifkitz.

El doctor Brady, con las manos cruzadas aún sobre su angosto pecho (el pecho de un tuberculoso, decidió Sifkitz, desde luego no tenía tetas), asintió con su igualmente angosta cabeza. A Sifkitz le recordó la cabeza de una comadreja, lustrosa y de mirada aguda.

—Así es. Dicen cosas como «¿Es que nunca va a parar?» y «¿Quién se cree que somos? ¿Superhéroes de los cómics Marvel?» y «Jesús, ¿nunca nos va a dejar descansar?». Y uno de ellos (el vago, en todos los grupos de trabajo hay uno) probablemente diga: «De todas formas, ¿qué mierda le importamos? El está arriba, ¿verdad?».

»Y tarde o temprano harán lo que hacen todos los obreros que están obligados a trabajar duro durante demasiado tiempo, sin fines de semana libres y sin vacaciones remuneradas: se volverán descuidados. Comenzarán a llegar tarde y se quedarán dormidos en su puesto. Llegará el día en que alguno de ellos ni siquiera se presente, y habrá otro (si usted vive lo suficiente) que no podrá ir a trabajar porque ha muerto de una embolia o un infarto en el salón de su casa.

—Qué agradable. Quizá pueda usarlo en su trabajo. Impresionar en sus conferencias. Incluso ir al programa de Oprah.

El doctor Brady descruzó los dedos y se inclinó hacia el escritorio. Miró a Richard Sifkitz sin sonreír.

—Usted debe tomar una decisión, y mi trabajo es que sea consciente de ello, eso es todo. Puede cambiar de hábitos o volver a visitarme dentro de diez años con problemas muy serios: ciento cuarenta kilos de peso, diabetes de tipo dos, varices, úlcera de estómago y una tasa de colesterol acorde con su peso. Aún está a tiempo de enderezar las cosas sin necesidad de dietas extremas, abdominoplastias o el toque de atención de un infarto. Cuanto más tarde en hacerlo, más difícil le resultará. Después de los cuarenta, Richard, la grasa se le pegará al culo como la mierda de bebé se pega a la pared de un dormitorio.

—Muy elegante —dijo Sifkitz, y soltó una carcajada. No pudo evitarlo.

Brady no se rió, pero al menos sonreía, y se reclinó en la silla.

—No hay nada elegante en el lugar al que se dirige. Los médicos no hablan de esto más de lo que la policía habla sobre la cabeza lacerada que encontraron cerca de un accidente de coche o del niño calcinado que hallaron dentro de un armario después de que las luces del árbol de Navidad incendiaran su casa, pero sabemos un montón de cosas sobre el maravilloso mundo de la obesidad, desde mujeres que llevan años sin poder lavarse la carne de su cuerpo y tienen hongos entre los pliegues, hasta hombres que van a todas partes envueltos en una nube hedionda porque no han podido darse un baño concienzudo en la última década.

Sifkitz hizo una mueca y un gesto con la mano.

—No estoy diciendo que vaya a terminar así, Richard; la mayoría de la gente no termina así; al parecer tienen una especie de limitador que los contiene, pero hay cierta verdad en el viejo refrán que dice eso de cavarte tu propia tumba con cuchillo y tenedor. Téngalo en cuenta.

—Lo haré.

—Bien. Ese era mi discurso. O sermón. O lo que quiera que sea. No voy a decirle que siga su camino y evite el pecado; tan solo le diré que «es su turno».

Aunque durante los últimos doce años había rellenado la casilla de OCUPACIÓN de su declaración de la renta con las palabras ARTISTA FREE LANCE, Sifkitz no se consideraba un hombre especialmente imaginativo, y no había pintado un solo cuadro (ni siquiera un simple bosquejo) desde que se graduó en DePaul. Había realizado portadas para libros, algunos carteles de películas de cine, un montón de ilustraciones para revistas, y una cubierta para un folleto sobre eventos comerciales. Había realizado la portada de un CD (para los Slobberbone, un grupo al que admiraba especialmente) pero no había vuelto a hacer ninguno más porque, según decía, no podías apreciar los detalles del producto final si no lo cubría un cristal magnífico. Eso era lo más cerca que había estado jamás de lo que llamaba «temperamento artístico».

Si alguien le preguntase cuál era su pieza de trabajo favorita, probablemente se quedaría en blanco. Si le insistieran, quizá nombraría el cuadro de la joven

rubia corriendo sobre la hierba, el que había hecho para Downy Fabric Softener, pero incluso eso habría sido mentira, tan solo una respuesta para salir del paso. A decir verdad, no era el tipo de artista que tenía (o necesitaba tener) trabajos favoritos. Hacía mucho tiempo que no cogía un pincel para pintar algo que no fuera un encargo, generalmente algo inspirado en las instrucciones de la agencia de publicidad de turno o en una fotografía (como había sido el caso de la mujer corriendo sobre la hierba, evidentemente encantado de que se hubiera convertido en carteles pegados a las cristalerías).

Pero, de la misma forma que la inspiración golpea a los mejores —los Picasso, los Van Gogh, los Salvador Dalí—, en algún momento también nos sacude al resto de nosotros, aunque solo sea una o dos veces en la vida. Sifkitz cogió el autobús que cruzaba la ciudad para volver a casa (no había tenido un coche propio desde la facultad), y mientras iba sentado mirando por la ventanilla (el informe médico con una de sus líneas marcada en rojo estaba doblado dentro del bolsillo de atrás), sus ojos se posaban una y otra vez en los grupos de obreros y cuadrillas de la construcción junto a los que pasaba el autobús: tipos con casco reunidos frente a las obras, algunos con cubetas, otros con tableros balanceándose sobre sus hombros; tipos de la Con Ed, mitad dentro mitad fuera de las zanjas rodeadas con cinta amarilla en la que podía leerse ZONA DE OBRAS; tres hombres montando un andamio sobre el ventanal de la fachada de unos grandes almacenes mientras un cuarto hablaba por el teléfono móvil.

Poco a poco comprendió que en su cabeza se estaba formando una imagen que exigía su lugar en el mundo. Cuando llegó al *loft* del SoHo que le servía como vivienda y como lugar de trabajo, atravesó la desordenada morada bajo la luz de la claraboya sin molestarse siquiera en recoger el correo del suelo; de hecho, arrojó la chaqueta encima.

Se detuvo solo el tiempo necesario para echar un vistazo a un montón de lienzos en blanco que estaban apoyados en un rincón, y los descartó. Cogió una pieza de cartón blanco prensado y se dispuso a trabajar con un carboncillo. El teléfono sonó dos veces durante la siguiente hora, y las dos veces dejó que saltara el contestador automático.

Abandonó y trabajó en el cuadro durante los siguientes diez días —sobre todo trabajó en él, especialmente a medida que pasaba el tiempo y se dio cuenta de lo bueno que era—, cambiando el cartón prensado por un lienzo de tela, de un metro veinte de alto y noventa centímetros de ancho, cuando le pareció que debía hacerlo. Era la superficie más grande sobre la que había trabajado en la última década.

El cuadro mostraba a cuatro hombres —obreros con vaqueros, chaquetas de popelina y viejas botas de trabajo— de pie junto a una carretera rural que emergía

de un frondoso bosque (esto lo hizo con sombras de color verde oscuro y franjas grises, pintadas con un estilo de pinceladas gruesas, rápidas y exuberantes). Dos de ellos asían palas; otro cargaba un cubo en cada mano; el cuarto estaba quitándose la gorra para secarse la frente en un gesto que expresaba a la perfección el cansancio del final de la jornada y la progresiva comprensión de que el trabajo nunca acabaría, que al final de cada día había más trabajo que hacer que al comienzo. Ese cuarto hombre, tocado con una maltrecha gorra con la palabra LÍPIDO en la visera, era el capataz. Hablaba con su mujer por el teléfono móvil. Voy para casa, cariño; no, no me apetece salir, esta noche no, estoy demasiado cansado, mañana quiero comenzar temprano. A los muchachos la idea les fastidia, pero así será. Sifkitz no tenía ni idea de cómo podía saber todo eso, pero lo sabía. Del mismo modo que sabía que el hombre de los cubos se llamaba Freddy y era el dueño de la camioneta en la que habían llegado los cuatro. Estaba aparcada justo a la derecha de la imagen; se veía la parte superior de su sombra. A uno de los muchachos de las palas, Carlos, le dolía la espalda y acudía a un fisioterapeuta.

En el cuadro no había rastro del trabajo que habían estado haciendo, eso quedaba un poco más allá del lado izquierdo, pero se veía lo agotados que estaban. Sifkitz siempre había sido muy detallista (el borrón de color verde grisáceo del bosque no era propio de él), y se podía advertir el cansancio de esos cuatro hombres en cada rasgo de su rostro. Incluso en las manchas de sudor del cuello de sus camisetas.

Por encima de ellos, el cielo era de un extraño color rojo orgánico.

Naturalmente sabía qué representaba ese cuadro, y comprendía perfectamente ese cielo tan extraño. Era la cuadrilla de obreros de la que le había hablado su médico, al final de su jornada laboral. En el mundo real, más allá de aquel orgánico cielo rojizo, Richard Sifkitz, su patrono, acababa de comerse un tentempié antes de acostarse (quizá un trozo de pastel que había sobrado de la cena, o un Kripy Kreme que guardaba como un tesoro) y descansaba la cabeza sobre la almohada. Lo que significaba que por fin podían irse a casa para pasar lo que quedaba del día. ¿Cenarían? Sí, pero no tanto como él. Estarían demasiado cansados para comer mucho, se les notaba en el rostro. En lugar de una comida copiosa, estos muchachos que trabajaban para la Compañía Lípido pondrían los pies en alto y mirarían la televisión un rato. Quizá se quedarían dormidos frente a la pantalla y se despertarían un par de horas más tarde, cuando todos los programas habituales hubiesen terminado y dado paso a Ron Popeil mostrando sus últimos inventos a un público entusiasmado. Luego apagarían el televisor con el mando a distancia y se arrastrarían hasta la cama, quitándose la ropa mientras caminaban sin mirar atrás.

Todo estaba en el cuadro, aunque nada de eso se veía en él. Sifkitz no se había

obsesionado con él, no se había convertido en el centro de su existencia, pero comprendía que era algo nuevo en su vida, algo bueno. No tenía ni idea de qué podría hacer con semejante cosa una vez lo hubiera terminado, pero realmente tampoco le importaba. De momento se conformaba con levantarse por la mañana y contemplarlo con un ojo abierto mientras se sacaba los calzoncillos Big Dog de la raja del culo. Suponía que cuando lo acabara, tendría que ponerle un nombre. Hasta el momento había considerado y rechazado «Hora de irse», «Los chicos terminan su jornada» y «Berkowitz termina su jornada». Berkowitz es el jefe, el capataz, el que usa el teléfono Motorola, el tipo de la gorra LÍPIDO. Ninguno de esos nombres era demasiado apropiado, y eso estaba bien. Sabía que al final se le ocurriría el nombre correcto para el cuadro. Sonaría como un ¡clinc! en su cabeza. Mientras tanto no tendría prisa. Ni siquiera estaba seguro de que el cuadro fuera lo importante. Había perdido siete kilos mientras lo pintaba. Quizá eso era lo importante. O quizá no.

II. La bicicleta estática

En algún sitio —probablemente en una bolsita de té Salada— había leído que el ejercicio más efectivo para alguien que quería perder peso era mantenerse alejado de la mesa. A Sifkitz no le cabía duda de que aquello era cierto, pero a medida que pasaba el tiempo pensaba cada vez más que perder peso no era su objetivo. Ni siquiera mejorar su aspecto, aunque quizá ambas cosas eran efectos secundarios. Seguía pensando en los obreros metabólicos del doctor Brady, hombres normales que intentaban ejecutar su trabajo del mejor modo posible sin recibir ninguna ayuda por su parte. Le resultaba bastante difícil no pensar en ellos cuando se pasaba una o dos horas diarias pintándolos, a ellos y a su prosaico mundo.

Fantaseaba bastante sobre ellos. Estaba Berkowitz, el capataz, que aspiraba a dirigir algún día su propia constructora. Freddy, el dueño de la camioneta (una Dodge Ram), que se consideraba a sí mismo un carpintero habilidoso. Carlos, el de los problemas de espalda. Y Whelan, que era algo así como el vago del grupo. Los cuatro tenían que hacerse cargo de la mierda que seguía bombeando de aquel extraño cielo rojo antes de que la carretera que se adentraba en el bosque quedara

bloqueada.

Una semana después de empezar el cuadro (y aproximadamente una semana antes de decidir que al fin lo había terminado), Sifkitz se acercó al Fitness Boys de la calle Veintinueve y, tras echar una ojeada a una tabla de ejercicios y a una Stair-Master (interesante pero demasiado cara), compró una bicicleta estática. Abonó cuarenta dólares extra por el ensamblaje y el envío.

—Úsela una vez al día durante seis meses y el valor de su colesterol descenderá treinta puntos —dijo el vendedor, un joven fornido con una camiseta de Fitness Boys—. Prácticamente se lo puedo garantizar.

El sótano del edificio en el que vivía Sifkitz disponía de varias habitaciones oscuras y sombrías en las que resonaban los crujidos de la caldera, atestadas de cajas (marcadas con los números de los diferentes apartamentos) donde los inquilinos guardaban sus pertenencias. Sin embargo, al fondo había un hueco que estaba casi mágicamente vacío. Como si llevara mucho tiempo esperándole. Sifkitz instó a los repartidores a que instalaran su nueva máquina de ejercicios sobre el suelo de hormigón y de cara a una pared desnuda de color crema.

—¿Se bajará un televisor? —preguntó uno de ellos.

—Aún no lo he decidido —respondió Sifkitz, aunque sí lo había hecho.

Pedaleó en su bicicleta estática todos los días durante quince minutos, frente a la pared desnuda de color crema, hasta que terminó el cuadro; sabía que probablemente esos quince minutos no fueran suficiente (aunque obviamente eran mejor que nada), pero también sabía que por el momento era lo máximo que podía soportar. No porque se cansara, quince minutos no eran suficientes para agotarlo. Simplemente se aburría en el sótano. El zumbido de las ruedas mezclado con el murmullo constante de la caldera no tardó en crisparle los nervios. Era demasiado consciente de lo que hacía, básicamente pedalear hacia ninguna parte en el interior de un sótano bajo un par de bombillas desnudas que proyectaban su sombra sobre la pared de enfrente. Sin embargo, también sabía que las cosas mejorarían una vez que terminara el cuadro que tenía arriba y pudiera comenzar el de ahí abajo.

Era el mismo cuadro, pero lo ejecutó mucho más rápido. Pudo hacerlo porque en ese no necesitaba que aparecieran Berkowitz, Carlos, Freddy o Whelan-el-vago. Ellos ya se habrían marchado, por eso pintó sencillamente la carretera rural sobre la pared beige, empleando una perspectiva forzada para que cuando estuviera montado en la bicicleta estática pareciese que el sendero se alejaba de él y se adentraba en aquel oscuro y borroso bosque verde grisáceo. Montar en la bicicleta dejó inmediatamente de ser tan aburrido, pero después de dos o tres sesiones se dio cuenta de que aún no lo había acabado porque lo que estaba haciendo era solo ejercicio físico. Necesitaba introducir el cielo rojizo, por una

única pero simple razón: era un trabajo sencillito. Quería añadir más detalles a los flancos de la carretera que tenía «delante» y, además, algunos desperdicios, pero esas cosas también eran fáciles (y divertidas). El problema real no tenía nada que ver con el cuadro. Con ningún cuadro. El problema era que no tenía ningún objetivo, y siempre le había parecido que el ejercicio físico solo existía como un fin en sí mismo. Ese tipo de esfuerzo podía tonificar tu cuerpo y mejorar tu salud, pero en esencia carecía de sentido mientras lo hacías. Podría ser incluso existencial. Ese tipo de esfuerzo era solo un objetivo previo, como, por ejemplo, que una mujer bonita del departamento de arte de una revista se te acercase en una fiesta y te preguntase si habías perdido peso. Ni siquiera eso se acercaba a la verdadera motivación. Él no era lo bastante vanidoso (ni lo bastante calenturiento) para que le estimulara una oportunidad como esa. Con el tiempo terminaría aburriéndose y volvería a caer en los viejos hábitos de los donuts. No, tenía que decidir dónde estaba la carretera, y adónde se dirigía. Luego podría intentar llegar hasta allí. La idea lo emocionó. Quizá fuera una tontería —incluso una locura—, pero Sifkitz sentía que la emoción, aunque sosegada, era su verdadero objetivo. Y no tenía que contarle a nadie en qué andaba metido, ¿verdad? A nadie en absoluto. Hasta podría hacerse con una guía de carreteras Rand-McNally y señalar sobre uno de los mapas lo que avanzaba diariamente.

Él no era un hombre introspectivo por naturaleza, pero mientras regresaba a casa desde Barnes & Nobles con su nueva guía de mapas de carreteras bajo el brazo, se preguntó qué era exactamente lo que le había impelido a comportarse así. ¿Una tasa de colesterol moderadamente alta? Lo dudaba. ¿El solemne discurso del doctor Brady acerca de lo cruenta que se volvería la batalla una vez cumpliera los cuarenta años? Quizá eso tuviera algo que ver, pero no demasiado. ¿Sería que ya estaba preparado para un cambio? Parecía que se estaba acercando.

Trudy había muerto de una leucemia especialmente virulenta, y Sifkitz estaba a su lado, en la habitación del hospital, cuando murió. Recordaba lo profundo que había sido su último aliento, el modo en que su pecho, agotado y abatido, se había hinchado al retenerlo. Como si supiera que se trataba del último. Recordaba cómo exhaló el aire, el sonido que hizo... *¡shaaah!* y cómo después su pecho quedó inmóvil. En cierto modo, él mismo había vivido los últimos cuatro años en un paréntesis parecido, sin aliento. Solo que ahora el viento había vuelto a soplar y había hinchado sus velas.

Y había algo más, algo incluso más preciso: la cuadrilla de obreros que Brady había mencionado y a los que Sifkitz había dado nombres. Berkowitz, Whelan, Carlos y Freddy. Al doctor Brady no le interesaban en absoluto; para Brady, los obreros metabólicos eran solo una metáfora. Su trabajo se limitaba a que Sifkitz se preocupara un poco más de su interior, eso era todo, su metáfora no se

diferenciaba mucho de la de esa madre que le dice a su hijo que unos «duendecillos» están curándole la piel de su rodilla rasguñada.

Sin embargo, en la cabeza de Sifkitz...

No son una metáfora, pensaba, sacando la llave que abría la puerta del vestíbulo. Nunca lo han sido. Me preocupan esos muchachos, obligados a realizar un trabajo de limpieza que nunca se termina. Y la carretera. ¿Por qué tienen que trabajar tan duro para despejarla? ¿Adonde conducía?

Decidió que conducía a Herkimer, una pequeña localidad cercana a la frontera canadiense. En el mapa de carreteras encontró una delgada e insignificante línea azul al norte del estado de Nueva York que comunicaba con Poughkeepsie, al sur de la capital del estado. Cuatrocientos, quizá quinientos kilómetros. Halló un mapa más detallado de Nueva York y lo clavó en la pared con un par de chinchetas, justo al comienzo de la carretera que se adentraba en su apresurado... su apresurado... ¿cómo llamarlo? «Mural» no era la palabra correcta. Se quedó con «proyección».

Y aquel día, mientras montaba en la bicicleta estática, imaginó que lo que se encontraba a su espalda era Poughkeepsie y no el televisor estropeado del 2° G, ni el montón de cajas del 3.° F, ni la bicicleta cubierta con una lona del 4.° A, sino el pueblo de Pough. Frente a él se extendía la carretera rural: un sencillo garabato azul según el señor Rand McNally, pero la carretera Old Rhinebeck según el mapa detallado. Puso a cero el cuentakilómetros de la bicicleta, fijó la mirada al frente, en la línea de polvo que separaba el suelo de hormigón de la pared, y pensó: ese es el camino hacia la buena salud. Si logras almacenar eso en algún rincón de tu cabeza no tendrás que volver a preguntarte si después de morir Trudy se te aflojó un tornillo.

Pero el corazón le latía demasiado deprisa (como si ya hubiera empezado a pedalear), y se sentía como suponía que la mayoría de la gente se sentía antes de partir hacia nuevos horizontes, donde conocería a gente nueva e incluso viviría nuevas aventuras. Encima del rudimentario panel de control de la bicicleta había un soporte para los refrescos, y puso allí una lata de Red Bull, que se suponía era una bebida energética. Se había puesto una vieja camisa Oxford sobre los pantalones de deporte porque tenía un bolsillo. Ahí dentro guardaba dos galletitas de avena con pasas. Creía que tanto la avena como las pasas eran buenas para quemar lípidos.

Y, hablando de ellos, la Compañía Lípido había terminado de trabajar por ese día. Bueno, en el cuadro de arriba seguían trabajando —ese inútil e improductivo cuadro que era tan impropio de él—, pero ahí abajo se habían montado en el Dodge de Freddy y regresaban a... a...

—A Poughkeepsie —dijo—. Van escuchando a Kateem en la WPDH y

bebiendo cerveza directamente de la botella. Hoy han... ¿qué habéis hecho hoy, muchachos?

Instalamos un par de arquetas, susurró una voz. El maldito deshielo ha estado a punto de anegar la carretera a las afueras de Priceville. Después paramos de trabajar temprano.

Bien. Eso estaba bien. No tendría que bajarse de la bicicleta para rodear los charcos a pie.

Richard Sifkitz clavó la mirada en la pared y empezó a pedalear.

III. Camino de Herkimer

Todo ocurrió en el otoño de 2002, un año después de la caída de las Torres Gemelas sobre las calles del distrito de las finanzas, y la vida en Nueva York había regresado a una versión de la normalidad ligeramente paranoica... aunque lo normal en Nueva York era esa ligera paranoia.

Richard Sifkitz jamás se había sentido tan sano y alegre. Su vida transcurría en una ordenada armonía dividida en cuatro partes. Por la mañana realizaba cualquier trabajo que le permitiera pagar el alquiler, y al parecer las propuestas últimamente le llovían más que nunca. Todos los periódicos afirmaban que la economía estaba fatal, pero para Richard Sifkitz, el artista comercial independiente, la economía estaba bien.

Seguía almorzando en el Dugan's de la manzana de al lado, aunque ahora pedía ensaladas en lugar de grasientas hamburguesas dobles con queso; por la tarde trabajaba en un nuevo cuadro para sí mismo: una versión más detallada de la proyección de la pared del sótano. Había apartado el cuadro de Berkowitz y su equipo y lo había cubierto con una sábana. Lo había terminado. Ahora quería una versión mejorada que le sirviera de algo allí abajo, es decir, una ruta hacia Herkimer sin la cuadrilla en medio. ¿Por qué tenían que irse los hombres? ¿Era él quien se encargaba del mantenimiento de la carretera esos días? Lo estaba haciendo, y lo hacía condenadamente bien. El pasado mes de octubre había vuelto a visitar a Brady para que le controlase el colesterol, y en esta ocasión la cifra aparecía impresa en negro en lugar de en rojo: 179. Brady estaba mucho más que

asombrado; de hecho, sintió cierta envidia.

—Este valor es mejor que el mío —dijo—. Lo está tomando en serio, ¿verdad?

—Supongo que sí —convino Sifkitz.

—Y su barriga casi ha desaparecido. ¿Está entrenando?

—Todo lo que puedo —convino Sifkitz, y no dijo nada más al respecto. En esa época sus entrenamientos ya se habían vuelto un poco extraños. Al menos alguna gente lo consideraría así.

—Bien —dijo Brady—, ya que lo ha logrado, sáquele partido. Ese es mi consejo.

Sifkitz sonrió, pero no era un consejo que fuera a tomarse en serio.

Pasaba las noches —la cuarta parte en un Día Corriente de Sifkitz— viendo la televisión o leyendo un libro, bebiendo un zumo de tomate o un V8 en lugar de una cerveza, sintiéndose cansado pero satisfecho. Se acostaba una hora antes, y el descanso le sentaba de maravilla.

El centro del día, entre las cuatro y las seis de la tarde, era la tercera parte. Ese era el tiempo que pasaba montado en la bicicleta estática, recorriendo el tramo azul entre Poughkeepsie y Herkimer. En el mapa detallado, la línea cambiaba de nombre, de carretera Old Rhinebeck a Cascade Falls a carretera Woods; durante un tramo, al norte de Penniston, era la carretera Dump. Aún podía recordar cuando, al principio, quince minutos en la bicicleta estática le parecían una eternidad. Ahora, a veces tenía que obligarse a dejarlo después de dos horas. Finalmente puso un reloj con alarma para que sonara a las seis. El agresivo rebuzno de aquel artilugio era suficiente para... bueno...

Era suficiente para despertarlo.

A Sifkitz le parecía imposible que pudiera quedarse dormido sobre la bicicleta estática mientras pedaleaba a unos invariables veinticuatro kilómetros por hora, pero tampoco le agradaba la otra posibilidad: pensar que se había vuelto un poco loco de camino a Herkimer. O en un sótano del SoHo, si eso te gusta más. Que estaba viendo espejismos.

Una noche, mientras pasaba de un canal a otro, se topó con un programa sobre la hipnosis en el canal A&E. El entrevistado, un hipnotizador que se hacía llamar Joe Saturn, dijo que todo el mundo se autohipnotizaba todos los días. Explicó que solíamos hacerlo por las mañanas para entrar en un estado mental orientado al trabajo; que lo hacíamos para ayudarnos a «entrar en la historia» al leer una novela o al ver una película; que lo hacíamos para dormir por la noche. Este último era el ejemplo favorito de Joe Saturn, y habló largo y tendido sobre las

pautas que los «durmientes triunfantes» realizaban cada noche: comprobar que las puertas y ventanas estaban cerradas, beber un vaso de agua, rezar una breve plegaria o meditar. Lo comparó con los pases que un hipnotizador realiza frente a su sujeto y con su método de inducción: contar hacia atrás desde diez hasta cero, por ejemplo, o repetirle al sujeto una y otra vez que «siente mucho sueño». Sifkitz se aferró a eso con gratitud; decidió que se pasaba dos horas al día montado en la bicicleta estática en un ligero estado de semihipnosis.

Porque, a la tercera semana frente a la proyección de la pared, ya no pasaba dos horas diarias en el sótano. A la tercera semana, pasaba ese tiempo camino de Herkimer.

Pedaleaba satisfecho a lo largo del frondoso camino que se abría paso a través del bosque, aspirando el aroma a pino, oyendo los graznidos de los cuervos o el crujido de las hojas cuando pasaba ocasionalmente sobre ellas. La bicicleta estática se había convertido en la Raleigh de tres velocidades que tenía a los doce años en su casa de las afueras de Manchester, en New Hampshire. No era la única bicicleta que había tenido antes de sacarse el carnet de conducir a los diecisiete años, pero sin duda había sido la mejor. El recipiente de plástico para las latas se había convertido en un chapucero pero efectivo aro de metal hecho a mano, enganchado a la cesta de la bicicleta, y en lugar de Red Bull contenía una lata de té helado Lipton. Sin azúcar.

En la carretera a Herkimer siempre era finales de octubre y una hora antes del anochecer. Aunque pedaleaba durante dos horas (cronometradas por la alarma y el cuentakilómetros), el sol nunca cambiaba de posición en el cielo; siempre proyectaba las mismas sombras largas a lo largo del camino polvoriento y parpadeaba sobre él a través de los árboles mientras Sifkitz avanzaba con el viento alborotándole el pelo desde la frente hacia atrás.

De cuando en cuando había carteles clavados en los árboles señalando los caminos que se cruzaban con el suyo, CARRETERA CASCADE, decía uno. HERKIMER, 190 KM, indicaba otro, este agujereado por viejos disparos de bala. Las señales coincidían siempre con la información del mapa que había clavado con chinchetas a la pared del sótano. Ya había decidido que una vez llegara a Herkimer seguiría adelante a través de los páramos canadienses, ni siquiera se pararía a comprar recuerdos. La carretera terminaba allí, pero eso no era ningún problema; había conseguido un libro titulado *Mapas del oeste de Canadá*. Cuanto tenía que hacer era dibujar su carretera en el mapa; utilizaría un lápiz azul de punta fina y dibujaría montones de garabatos. Los garabatos significaban más kilómetros.

Si quisiera, sería capaz de ir hasta el círculo polar ártico.

Una tarde, después de que la alarma lo despertase y lo sacara del trance, se

acercó a la pared y, con la cabeza inclinada hacia un lado, miró la proyección durante un buen rato. Cualquiera otra persona no habría visto nada especial; desde tan cerca el truco de la perspectiva dejaba de funcionar, y para un ojo inexperto el dibujo del bosque se reducía a sencillas salpicaduras de color: el marrón claro de la superficie de la carretera, el marrón oscuro de un montón de hojas secas, las vetas verdeazuladas y grisáceas de los abetos, el luminoso amarillo blanquecino del sol poniente, a la izquierda, peligrosamente cercano a la puerta de la sala de la caldera. No obstante, Sifkitz veía el cuadro perfectamente. Se había asentado firmemente en su cabeza y jamás cambiaba. A no ser que estuviera pedaleando, por supuesto, pero incluso entonces era consciente de la monotonía subiente. Y eso era bueno. Esa monotonía esencial era una especie de piedra de toque, un modo de recordarse a sí mismo que eso no era más que un elaborado juego de su mente, algo acoplado en su subconsciente y que podría desenchufar cuando lo deseara.

Se había bajado una caja de colores para ocasionales retoques, pero entonces, sin pensar demasiado en lo que hacía, añadió al camino varios tonos de marrón y lo mezcló con negro para que quedara más oscuro que los montones de hojas. Retrocedió un paso, observó el retoque y asintió. Era un cambio pequeño, pero perfecto en su razón de ser.

Al día siguiente, mientras atravesaba el bosque en su Raleigh de tres velocidades (ya estaba a menos de cien kilómetros de Herkimer y a solo ciento treinta de la frontera canadiense), tomó una curva y en medio de la carretera se topó con un ciervo de buen tamaño mirándole con ojos temerosos de terciopelo negro. Alzó la bandera blanca de su cola, soltó una pila de excrementos y regresó a la profundidad del bosque. Sifkitz vio que volvía a alzar la cola y luego el ciervo desapareció. Siguió avanzando, esquivando la mierda del ciervo, evitando que se metiera entre las hendiduras del dibujo de las ruedas.

Esa tarde silenció la alarma y, secándose el sudor de la frente con el pañuelo que sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros, se acercó a la imagen de la pared. Con las manos en las caderas, contempló fijamente la proyección. Luego, moviéndose con su habitual destreza —al fin y al cabo llevaba casi veinte años haciendo ese tipo de trabajo—, eliminó los excrementos del cuadro y los reemplazó por un montoncito de latas de cerveza abolladas que sin duda había dejado allí un cazador del norte mientras iba tras la pista de un pavo o un faisán.

—Te olvidaste estas, Berkowitz —dijo esa noche, mientras se sentaba a beber, esta vez sí, una lata de cerveza en lugar de un zumo de V8—. Yo mismo las recogeré mañana, pero que no vuelva a repetirse.

Cuando a la mañana siguiente bajó al sótano, no hizo falta que eliminara las latas del cuadro; ya habían desaparecido. Durante un instante sintió que el

verdadero pánico se le clavaba en el estómago como un palo afilado —¿qué diablos había hecho, bajar sonámbulo a medianoche con su inacabable lata de trementina y borrar las latas?—, luego apartó la idea de su mente. Montó en la bicicleta estática y no tardó en estar pedaleando en su vieja Raleigh, inhalando los frescos aromas del bosque, disfrutando de cómo el viento le apartaba el cabello de la frente. ¿Y sin embargo no fue ese día cuando las cosas empezaron a cambiar? ¿El día en que sintió que quizá no estaba solo en el camino a Herkimer? Había algo más allá de toda duda: fue ese día, después de la desaparición de las latas de cerveza, cuando tuvo aquel terrible sueño y luego dibujó el garaje de Carlos.

IV. Hombre con escopeta

Era el sueño más vivido que había tenido desde los catorce años, cuando tres o cuatro brillantes sueños húmedos lo iniciaron en la madurez sexual. Era el sueño más horrible que había tenido nunca, ningún otro se le acercaba siquiera. Lo que lo hacía tan horrible era una sensación de inminente fatalidad hilada con hebras rojas. Era así a pesar de que el sueño pecaba de una extraña flaqueza: él sabía que estaba soñando pero no podía escapar. Se sentía como si estuviera envuelto en una gasa espantosa. Sabía que la cama estaba allí y que él estaba encima —retorciéndose—, pero no lograba escapar y regresar al auténtico Richard Sifkitz, que yacía tembloroso y envuelto en sudor con sus calzoncillos Big Dog.

Vio una almohada y un teléfono beige con una raja en la carcasa. Luego vio un pasillo repleto de fotografías en las que, lo sabía perfectamente, aparecían su mujer y sus tres hijas. Luego una cocina, el microondas con el 4.16 parpadeando. Un recipiente lleno de plátanos (esto lo llenó de aflicción y terror) sobre el mostrador de fórmica. Un pasaje cubierto. Y ahí yacía el perro, Pepe, con el hocico sobre las patas. Pepe no alzó la cabeza, sino que se limitó a alzar los ojos para mirarlo mientras pasaba, revelando una horrible media luna blanca inyectada en sangre. Y fue entonces cuando Sifkitz comenzó a sollozar en sueños, al comprender que todo estaba perdido.

Ahora se encontraba en el garaje. Podía percibir el olor a lubricante. Podía oler el dulce aroma de la hierba cortada. La LawnBoy aguardaba en un rincón

como el dios del vecindario. Podía ver un torno de banco sujeto a la mesa de trabajo, vieja, sucia y salpicada de diminutas astillas de madera. Después, un armario. Los patines de hielo de sus hijas amontonados en el suelo, con los cordones tan blancos como un helado de vainilla. Sus herramientas, la mayoría para trabajar en el patio, colgaban de los clavos de la pared, dispuestas ordenadamente. Para trabajar en el patio esa especie de alicates serían... (Carlos, me llamo Carlos.)

En la estantería más alta, fuera del alcance de las niñas, había una escopeta del calibre 410 que no había usado desde hacía años, prácticamente olvidada, y una caja de balas tan ennegrecida que costaba leer la palabra Winchester en el lateral, pero podía leerse, eso bastaba, y fue entonces cuando Sifkitz comprendió que había sido arrastrado a la mente de un suicida potencial. Forcejeó con furia para detener a Carlos o, al menos, para liberarse, pero no podía hacer ni una cosa ni otra, ni siquiera sabiendo que su cama estaba tan cerca, justo debajo de la gasa que lo envolvía de la cabeza a los pies.

Ahora volvía a estar junto al torno de banco, con la 410 inmovilizada en él, y la caja de las balas estaba sobre la mesa al lado del torno, y también había una sierra, pues había tenido que serrar el cañón de la escopeta para que le resultara más fácil hacer lo que debía hacer, y cuando abrió la caja de las balas había un par de docenas, insectos enormes y verdosos con extremos de latón, y el sonido que emitió el arma cuando Carlos la cargó no fue un ¡cling! sino un ¡CLACK!, y el sabor de su boca era graso y polvoriento, graso en la lengua y polvoriento en la parte interior de sus mejillas y sus dientes, y le dolía la espalda, le dolía CUC, así era como habían etiquetado los edificios abandonados (y algunos que no lo estaban) cuando era joven y jugaba con los Deacons de Poughkeepsie, cuando corría COMO UN CABRÓN, y así le dolía la espalda, pero ahora que lo habían despedido, los ahorros se le habían agotado, Jimmy Berkowitz ya no podía permitirse las anfetaminas y Carlos Martínez tampoco podía permitirse los medicamentos que le calmaban el dolor, no podía permitirse un fisioterapeuta que le aliviara los dolores, y la hipoteca de la casa... *ay, caramba*^[8] solían decir en broma, pero ahora tenía claro que aquello no era ninguna broma, *ay, caramba*, iba a perder la casa, solo le quedaban cinco años para terminar de pagarla y ahora iba a perderla, *sí, sí, señor*, y toda la culpa era de ese maldito Sifkitz, de él y de su maldita afición al mantenimiento de la carretera, y la curva del gatillo bajo su dedo parecía una media luna, como las indescriptibles medias lunas de los escrutadores ojos de su perro.

Fue entonces cuando Sifkitz se despertó, gimiendo y temblando, con las piernas en la cama, la cabeza fuera, casi tocando el suelo, con el pelo colgando. Salió de la habitación a gatas y avanzó así por el salón principal hasta llegar a la

claraboya. A medio camino se dio cuenta de que era capaz de andar.

El cuadro de la carretera vacía seguía en el caballete, una versión mejorada y más compleja que la que había abajo, en la pared del sótano. Lo apartó sin mirar y colocó en su lugar un lienzo de sesenta centímetros de lado. Asió el objeto más cercano con el que podía dibujar (resultó ser un bolígrafo UniBall Visión Elite) y empezó. Dibujó durante horas. En un momento determinado (aunque lo recordaba vagamente) necesitó hacer pis y notó cómo le bajaba caliente por la pierna. Las lágrimas no cesaron de manar hasta que hubo terminado el cuadro. Entonces, por fin con ojos secos y agradecidos, se echó hacia atrás y miró lo que había dibujado.

Era el garaje de Carlos en una tarde de octubre. El perro, Pepe, aparecía en primer plano con las orejas erguidas. El sonido del disparo había llamado su atención. En el cuadro no había rastro alguno de Carlos, pero Sifkitz sabía exactamente dónde yacía el cuerpo, a la izquierda, al lado de la mesa de trabajo con el torno de banco atornillado en el borde. Si su esposa estuviera en casa, habría oído el disparo. Si estaba fuera —quizá comprando, aunque lo más probable es que estuviera en el trabajo—, pasaría una hora o dos antes de que ella regresara y lo encontrara.

Al pie de la imagen había garabateado las palabras HOMBRE CON ESCOPETA. No recordaba haberlo hecho, pero era su letra y el nombre adecuado para el cuadro. No había ningún hombre a la vista, ni tampoco una escopeta, pero ese era el título correcto.

Sifkitz regresó a la cama, se sentó y escondió la cabeza entre las manos. La derecha le temblaba con furia por haber aferrado demasiado tiempo el bolígrafo, un utensilio de dibujo demasiado pequeño y nada familiar. Trató de hacerse a la idea de que todo aquello había sido una pesadilla, que el cuadro era el resultado de ese sueño, que el tal Carlos jamás había existido, ni tampoco la Compañía Lípido, ambos eran meros inventos de su imaginación, sugestionados por la imprudente metáfora del doctor Brady.

Pero los sueños se disipaban, y esas imágenes —el teléfono con esa raja en su carcasa beige, el microondas, el recipiente lleno de plátanos, los ojos del perro— permanecían tan claras como antes. Incluso más claras.

De una cosa no había duda, se dijo a sí mismo. La maldita bicicleta estática se había acabado. Se había acercado demasiado a la locura. Si seguía por ese camino no tardaría en cortarse una oreja y enviarla por correo; a su novia quizá no (puesto que no tenía), pero sí al doctor Brady, el culpable de todo aquello.

—Se acabó la bicicleta —dijo, con la cabeza todavía entre las manos—. Me apuntaré al Fitness Boys, o algo parecido, pero la maldita bicicleta estática se ha acabado.

Pero no se apuntó al Fitness Boys, y después de una semana sin hacer

ejercicio (bueno, salía a pasear, pero no era lo mismo; había demasiada gente en las aceras y añoraba la paz de la carretera de Herkimer), no pudo resistirlo más. Estaba trabajando en su último proyecto, una ilustración a lo Norman Rockwell para Fritos Corn Chips, y ya había recibido una llamada de su agente y del tipo de la agencia publicitaria que llevaba la contabilidad en Fritos. Eso jamás le había sucedido antes.

Peor aún, no dormía.

El poder del sueño se había disipado un poco, pero decidió que era el cuadro del garaje de Carlos, mirándole fijamente desde el rincón de la habitación, lo que seguía recordándose, reavivaba el sueño como un chorro de agua reanimaría una planta sedienta. No podía permitirse destruir el cuadro (era condenadamente bueno), así que le dio la vuelta para que el dibujo quedara de cara a la pared.

Aquella tarde bajó al sótano en el ascensor y volvió a montarse en la bicicleta estática. En cuanto fijó la vista en la proyección de la pared, la bicicleta se convirtió en la Raleigh de tres velocidades y continuó su viaje por el norte. Intentó decirse a sí mismo que la sensación de que lo perseguían era falsa, un residuo de su pesadilla y de las frenéticas horas que había pasado frente al caballete. Durante un rato le funcionó, aunque sabía que no era cierto. Tenía motivos para engañarse. La razón principal era que volvía a dormir por las noches y podía trabajar en el proyecto que tenía entre manos.

Acabó el dibujo de los niños compartiendo una bolsa de Fritos desde un apacible montículo de lanzador de las afueras de la ciudad, lo envió con un mensajero, y al día siguiente recibió un cheque de diez mil doscientos dólares acompañado de una nota de Barry Casselman, su agente. Me asusté un poco, cariño, decía la nota, y Sifkitz pensó: No eres el único. Cariño.

Durante la semana siguiente, pensó a menudo en contarle a alguien sus aventuras bajo aquel cielo rojizo, y en cada una de esas ocasiones desechara la idea. Podría habérselo contado a Trudy, pero si Trudy hubiese estado por allí las cosas no habrían llegado tan lejos, por supuesto. La idea de contárselo a Barry era de risa; decírselo al doctor Brady le asustaba un poco. El doctor Brady le recomendaría un buen psiquiatra antes de que pudiera decir «Minnesota Multifásico».

La noche que recibió el talón por el trabajo para Fritos, Sifkitz notó un cambio en el mural del sótano. Se detuvo en el proceso de programar la alarma y se acercó a la proyección (con una lata de Red Bull en la mano, el fiable despertador Brookstone en la otra y un par de galletitas de avena y pasas en el bolsillo de su vieja camisa). Había algo nuevo, de acuerdo, algo distinto, pero era incapaz de decir de qué se trataba. Cerró los ojos, contó hasta cinco (se le aclaró la mente mientras lo hacía; un viejo truco), luego los abrió de golpe, tanto los abrió que

parecía un hombre grotescamente asustado. Esta vez vio el cambio al instante. La brillante marquesina amarilla sobre la puerta que daba a la caldera había desaparecido como lo había hecho el montón de latas de cerveza. Y el color del cielo por encima de los árboles era de un rojo más oscuro, más profundo. El sol se había puesto o casi. Anocheecía en el camino a Herkimer.

Tienes que acabar con esto, pensó Sifkitz, y luego pensó: Mañana. Quizá mañana.

Después de eso, se montó en la bicicleta y empezó a pedalear. En los bosques que lo rodeaban pudo oír el sonido de los pájaros acomodándose para pasar la noche.

V. El destornillador serviría para empezar

Durante los cinco o seis días siguientes, el tiempo que Sifkitz pasó en la bicicleta estática (y en la bicicleta de tres velocidades de su infancia) fue maravilloso y a la vez terrible. Maravilloso porque nunca antes se había sentido tan bien; su cuerpo había alcanzado un nivel de rendimiento realmente alto para un hombre de su edad, y era consciente de ello. Suponía que debía de haber atletas profesionales que estaban más en forma que él, pero a los treinta y ocho años ya estarían llegando al final de su carrera, y cualquier satisfacción que pudieran sentir por el buen estado físico de su cuerpo se vería inmediatamente atenuada por esa certeza. En cambio Sifkitz podría seguir creando arte comercial durante cuarenta años más, si es que quería. Qué demonios, durante cincuenta. Cinco generaciones enteras de jugadores de fútbol y cuatro de béisbol llegarían y se irían mientras él seguía tranquilamente frente a su caballete, dibujando portadas para libros, productos automotrices, y cinco nuevos logotipos para Pepsi-Cola. Aunque...

Aunque ese no era el final habitual de las historias como aquella, ¿verdad? Ni siquiera era el final que él esperaba.

La sensación de que le perseguían se intensificaba cada día, especialmente cuando retiró el último mapa del estado de Nueva York y lo reemplazó con el primero de los de Canadá. Con el bolígrafo azul (el mismo con el que dibujó HOMBRE CON ESCOPETA) trazó la prolongación de la ruta hacia Herkimer sobre

un tramo carente de carreteras, añadiendo un montón de garabatos. Ahora pedaleaba más deprisa, mirando continuamente por encima del hombro, y terminaba los trayectos bañado en sudor, al principio demasiado asfixiado para bajarse de la bicicleta y desactivar la alarma.

Lo verdaderamente interesante era mirar por encima del hombro. La primera vez que lo hizo distinguió un atisbo del sótano y del portal que conducía a los cuartos más espaciosos, con todas esas cajas de embalaje colocadas en una disposición laberíntica. Vio la caja de naranjas Pomona junto a la puerta, en la que descansaba el reloj despertador Brookstone, desgranando los minutos entre las cuatro y las seis. En ese momento una especie de nube roja lo emborronó todo y, cuando se disipó, Sifkitz estaba mirando la carretera que se alargaba a su espalda, el resplandor otoñal de los árboles que la flanqueaban (aunque no había mucho resplandor con la luz del crepúsculo espesándose) y el cielo rojo oscuro que se extendía por encima de su cabeza. Más tarde, cuando miró hacia atrás, ya no vio el sótano, ni siquiera un destello de él. Solo el camino que llevaba a Herkimer, y finalmente hasta Poughkeepsie.

Sabía muy bien lo que buscaba cuando miraba por encima del hombro: faros de automóvil.

Para ser más exactos, los faros delanteros de la Dodge Ram de Freddy. Porque Berkowitz y sus compañeros habían pasado de un aletargado resentimiento a la pura furia. El suicidio de Carlos los había llevado al límite. Le culpaban a él y habían salido en su busca. Y cuando lo atrapan...

¿Qué? ¿Qué harían con él?

Matarme, pensó mientras pedaleaba con fuerza hacia el crepúsculo. Para qué engañarse. Si me cogen me matarán. Estoy en medio de ninguna parte, no hay ninguna ciudad en ese maldito mapa, ni siquiera un pueblo. Podría gritar hasta volverme loco y nadie me oiría, salvo el osito Barry, la coneja Debbie y el mapache Freddie. De forma que si veo los faros (o si oigo el motor, pues es posible que Freddy conduzca sin luces) lo mejor que puedo hacer es regresar al SoHo a toda pastilla, con alarma o sin ella. Seguir aquí es una locura.

Pero últimamente había tenido problemas para regresar. Cuando la alarma sonaba, la Raleigh seguía siendo la Raleigh durante treinta segundos o más, la carretera seguía siendo una carretera en vez de transformarse en el suelo de hormigón, y la alarma sonaba distante y extrañamente amortiguada. Tenía la sensación de que no tardaría en percibirla como el zumbido de un avión que volaba alto, por encima de su cabeza, quizá un 767 de American Airlines que había despegado de Kennedy, rumbo al polo Norte, al otro lado del mundo.

Pararía, cerraría los ojos con fuerza y luego los abriría de repente. Eso bastaba, pero intuía que no le serviría mucho tiempo más. ¿Y entonces qué?

¿Pasaría la noche en el bosque, muerto de hambre, mirando una luna llena que parecía un ojo inyectado en sangre?

No, pensó, me atraparán antes. La pregunta era: ¿iba a permitirlo? Por increíble que pareciera, una parte de él lo estaba deseando. Una parte de él estaba furioso con ellos. Una parte de él quería plantarle cara a Berkowitz y a sus hombres y preguntarles: ¿Qué queríais que hiciese? ¿Que dejara las cosas como estaban, engullendo donuts y sin prestar atención al desastre cuando las alcantarillas se atascaran e inundasen? ¿Eso queríais?

Pero otra parte de él sabía que enfrentarse a ellos sería una locura. Estaba en plena forma, sí, pero eran tres contra uno, y quién sabía si la esposa de Carlos no les habría entregado la escopeta a los muchachos y les había dicho: ¡Acabad con ese cabrón, y aseguraos de que sepa que la primera bala va de mi parte y de las niñas!

Durante los años ochenta, Sifkitz había tenido un amigo que se había vuelto adicto a la cocaína, y aún se acordaba de su colega diciéndole que lo primero que uno tenía que hacer era sacarla de casa. Podías comprar más, por supuesto, esa mierda estaba ahora en todas partes, en cada esquina, pero eso no era excusa para tenerla guardada donde pudieras echarle mano cada vez que flaquearas. De forma que la reunió en un montoncito y la tiró por el váter. Una vez que hubo desaparecido también se deshizo de los trastos que utilizaba para colocarse. Aquello no fue el final de su problema, así lo dijo, pero sí el comienzo del fin.

Una noche, Sifkitz entró en el sótano con un destornillador en la mano. Tenía toda la intención de desmontar la bicicleta estática, no pensó en que había programado la alarma para que sonara a las seis de la tarde, como hacía siempre; era pura rutina. Suponía que la alarma (como las galletas de avena) formaba parte de sus pautas; su pase hipnótico, el mecanismo de su sueño. Una vez que redujera la bicicleta a sus componentes básicos, se desprendería de la alarma y del resto de la basura, tal como había hecho su amigo con su pipa de crack. Sentiría retortijones, por supuesto —tenía claro que el sólido y resistente Brookstone no era el culpable de la estúpida situación en la que se había metido—, pero lo haría de todas formas. Vamos, vaqueros —solíamos decir cuando éramos niños—, dejad de quejaros y arriba, vaqueros.

Vio que la bicicleta se componía de cuatro secciones principales, y también que necesitaría una llave inglesa para desmontarla completamente. En todo caso no tendría problemas, pensó, el destornillador serviría para empezar. Podía usarlo para quitar los pedales. En cuanto lo hubiera hecho, compraría una llave inglesa en el departamento de bricolaje del supermercado.

Se apoyó sobre una rodilla, colocó la punta de la herramienta en la muesca del primer tornillo y vaciló. Se preguntaba si su amigo se habría fumado un último

pitillo antes de tirar el resto por el váter, solo uno más, por los viejos tiempos. Apostaba que el tipo lo había hecho. Estar un poco atontado quizá le calmó la ansiedad, le facilitó la tarea. ¿Acaso si se daba un último paseo y luego se arrodillaba para desmontar los pedales no se sentiría un poco menos deprimido? Sería menos probable que imaginara a Berkowitz, Freddy y Whelan reunidos frente al mostrador de un bar de carretera, pidiendo una jarra de Rolling Rock detrás de otra, brindado por ellos y en memoria de Carlos, felicitándose los unos a los otros por el modo en que habían liquidado a ese cabrón.

—Estás loco —se dijo con un murmullo mientras volvía a colocar la punta del destornillador en la muesca—. Acaba de una maldita vez.

Completó un giro con el destornillador (fue fácil; desde luego quienquiera que hubiese juntado las piezas en la trastienda del Fitness Boys no se había esmerado), pero cuando lo hizo, las galletas de avena se deslizaron un poco en el interior de su bolsillo y recordó lo bien que sabían cuando las comía mientras pedaleaba. Tan solo tienes que despegar la mano del manillar, meterla en el bolsillo, coger un pedazo de galleta y comértela con un buen trago de té helado. Era la combinación perfecta. Te sentías tan bien mientras acelerabas, era como ir de picnic en bicicleta, y aquellos hijos de puta querían apartarlo de aquello.

Una docena de vueltas al destornillador, quizá un poco menos, y el tornillo caería en el suelo de hormigón: *clank*. Después quitaría el otro, y luego continuaría adelante con su vida.

No es justo, pensó.

Un último paseo, por los viejos tiempos, pensó.

Y mientras pasaba una pierna por encima de la bicicleta y acomodaba sus posaderas (mucho más firmes y duras que el día que le mostraron la cifra de colesterol en rojo) en el asiento, pensó: En historias como esta siempre sucede lo mismo, ¿verdad? Siempre terminan igual, con el pobre imbécil diciendo esta es la última vez, nunca más volveré a hacerlo.

Absolutamente cierto, pensó, pero apuesto lo que sea a que en la vida real la gente se sale con la suya. Apuesto que siempre se sale con la suya.

Una parte de sí mismo le susurraba que la vida real jamás había sido así, que lo que estaba haciendo (y experimentando) no se parecía en nada a lo que él entendía por vida real. Apartó la voz, y para ello cerró los oídos.

Era una tarde maravillosa para dar un paseo por el bosque.

VI. No era exactamente el final que todos esperaban

Y aun así, tuvo otra oportunidad.

Aquella noche oyó por primera vez con claridad el rugido de un motor detrás de él, y justo antes de que saltase la alarma apareció, frente a él, en la carretera, la sombra alargada de la Raleigh... el tipo de sombra que solo podían proyectar los faros de un vehículo que se acercaba por detrás.

Luego sonó la alarma, pero no un rebuzno sino un sonido ronroneante y lejano, casi melodioso.

La camioneta se estaba acercando. No necesitaba volver la cabeza para verla (nadie querría volverse y ver un demonio horrible pegado a sus talones, se diría Sifkitz más tarde esa misma noche, mientras yacía despierto en la cama, todavía envuelto por la escalofriante sensación del desastre evitado por pocos centímetros o segundos). Podía ver cómo la sombra se tornaba más oscura y larga.

Caballeros, por favor, apresúrense, es la hora, pensó, y apretó los ojos al cerrarlos. Aún podía oír la alarma, pero seguía siendo un ronroneo casi agradable, y desde luego no sonaba fuerte; lo que sí sonaba de veras era el motor de la camioneta de Freddy. Casi le habían alcanzado, y suponía que no iban a malgastar ni un minuto conversando con él. ¿Y si quien estaba al volante se limitaba a pisar el pedal hasta el fondo y le pasaba por encima? ¿Y si lo convertían en una víctima de la carretera?

No se molestó en abrir los ojos, no perdió el tiempo comprobando que aún se encontraba en la desierta carretera en lugar de en el sótano. Lo que hizo fue apretar los ojos todavía más; concentró toda su atención en el sonido de la alarma, y esta vez cambió el tono cortés propio de un barman por un berrido impaciente:

¡CABALLEROS, POR FAVOR, APRESÚRENSE, ES LA HORA!

De pronto, menos mal, el sonido del motor se disipó y el de la alarma Brookstone aumentó paulatinamente, con su viejo, conocido y tosco rebuzno: despierta, despierta, despierta. Y esta vez, cuando abrió los ojos, vio el cuadro de la carretera en lugar de la carretera en sí.

Pero ahora el cielo estaba negro, su rojez orgánica oculta por el anochecer. La carretera estaba brillantemente iluminada, la sombra de la bicicleta —una Raleigh— era una mancha negra sobre el lecho de hojas. Podía intentar convencerse de que mientras estaba en trance se había bajado de la bicicleta estática para dibujar aquellos cambios, pero sabía que no era cierto, y no solo porque no tenía manchas de pintura en las manos.

Esta es mi última oportunidad, pensó. La última oportunidad para evitar el final que todo el mundo espera en una historia como esta.

Pero estaba demasiado exhausto y tembloroso para ocuparse de la bicicleta estática. Lo haría al día siguiente. Al día siguiente por la mañana; de hecho, sería lo primero que hiciera. En ese momento lo único que deseaba era largarse de ese lugar horrible en el que la realidad había perdido su consistencia. Y con ese firme pensamiento en la cabeza, Sifkitz avanzó tambaleándose hacia la caja de Pomona que estaba al lado de la puerta (le flaqueaban las piernas, cubiertas por una delgada película de sudor pegajosa, maloliente por el miedo más que por el esfuerzo) y apagó la alarma. Luego subió a su apartamento y se echó en la cama. Mucho tiempo después, se quedó dormido.

A la mañana siguiente evitó el ascensor y bajó por la escalera caminando con firmeza, con la cabeza alta y los labios apretados, Un Hombre con una Misión. Fue directamente hacia la bicicleta estática, pasó del reloj con alarma, que seguía sobre la caja, se apoyó sobre una rodilla y cogió el destornillador. Volvió a colocarlo sobre el tornillo, uno de los cuatro que mantenían sujeto el pedal izquierdo...

... y lo siguiente que supo fue que volvía a pedalear furiosamente por la carretera, con la luz de los faros alumbrándole cual un hombre en un escenario oscuro bajo un único foco. El motor de la camioneta sonaba demasiado fuerte (algo iba mal en el silenciador o en el tubo de escape), y además estaba acelerado. Dudaba de que el bueno de Freddy se hubiese permitido pasar la última revisión. No, no con la hipoteca a medio pagar, comida que comprar, los aparatos para los dientes que necesitaban los niños, y sin recibir los cheques semanales.

Pensó: *Tuve mi oportunidad. Anoche tuve una oportunidad y la desaproveché.*

Pensó: *¿Por qué lo hice? ¿Por qué, si lo veía venir?*

Pensó: *Porque de algún modo ellos me obligaron. Me obligaron.*

Pensó: *Me arrollarán y moriré en el bosque.*

Pero la camioneta no lo arrolló. Lo que hizo fue adelantarlo por la derecha, las ruedas de la izquierda esparcieron los montones de hojas secas, y un instante después derraparon en la carretera, delante de él, y le cortaron el paso.

Sifkitz, aterrorizado, olvidó lo primero que su padre le dijo el día que llevó a casa la bicicleta de tres velocidades: Cuando quieras parar, Richie, invierte el pedaleo. Frena la rueda trasera al mismo tiempo que aprietas el freno de mano de la delantera. De lo contrario...

Eso era lo contrario. Aterrorizado, convirtió las dos manos en puños y apretó el freno izquierdo, que bloqueó la rueda delantera. La bicicleta se clavó y lo lanzó por los aires hacia la camioneta con el logotipo de la COMPAÑÍA LÍPIDO en la puerta del lado del conductor. Tendió las manos, que golpearon la parte trasera de

la camioneta con la suficiente fuerza para que se le adormecieran. Después se desplomó hecho un ovillo, preguntándose cuántos huesos se había roto.

Las puertas se abrieron y oyó el crujido de las hojas a medida que los hombres las aplastaban con sus botas de trabajo. No levantó la mirada. Aguardó a que lo agarraran y lo levantaran del suelo, pero no lo hicieron. El olor de las hojas era como el de la canela vieja y seca. Las pisadas lo rodearon y de pronto el crujido de las hojas cesó.

Sifkitz se sentó y se miró las manos. La palma de la mano derecha le sangraba, y la muñeca izquierda se le había empezado a hinchar, pero creía que no se le había roto. Miró en derredor y la primera cosa que vio —roja bajo el resplandor de las luces traseras de la Dodge— fue su Raleigh. Cuando su padre la llevó a casa directamente de la tienda era muy bonita, pero ya no. La rueda delantera estaba increíblemente deformada, y la trasera se había salido de la llanta. Por primera vez sintió algo diferente al miedo. Sintió furia.

Se incorporó temblorosamente. Más allá de la Raleigh, siguiendo la carretera por la que había llegado, había un agujero. Era inexplicablemente orgánico, como si estuviese mirando por el extremo de un conducto de su propio cuerpo. Los bordes oscilaban, palpitaban, se tensaban. Los tres hombres lo habían pasado de largo y permanecían junto a la bicicleta estática, en el sótano, de pie, en posturas que identificó con las de las cuadrillas de obreros que había visto a lo largo de su vida. Aquellos hombres tenían un trabajo que hacer. Sencillamente estaban decidiendo cómo lo harían.

De pronto entendió por qué les había dado esos nombres. Era ridículamente simple. El de la gorra Lípido, Berkowitz, era David Berkowitz, también conocido como el Hijo de Sam, director del *New York Post* el año en que Sifkitz llegó a Manhattan. Freddy era Freddy Albemarle, un compañero del instituto; habían formado parte de la misma banda y se habían hecho amigos por una sencilla razón: ambos odiaban la escuela. ¿Y Whelan? Un artista al que conoció en alguna parte durante una conferencia. ¿Michael Whelan? ¿Mitchell Whelan? Sifkitz no conseguía acordarse, pero sabía que el tipo se había especializado en el arte de la fantasía, los dragones y cosas por el estilo. Habían pasado una noche en la barra de un hotel, contándose historias del tragicómico mundo de los pósters cinematográficos.

Luego estaba Carlos, que se había suicidado en su garaje. Era una versión de Carlos Delgado, conocido también como el Gran Gato. Durante años Sifkitz había seguido con afán el progreso de los Toronto Blue Jays, más que nada porque no quería ser como los demás aficionados neoyorquinos de la Liga Americana de Béisbol, siempre apoyando a los Yankees. El Gato había sido una de las pocas estrellas que había tenido Toronto.

—Yo os creé a todos vosotros —dijo con una voz que era poco más que un graznido—. Os creé a partir de mis recuerdos y de retazos.

Por supuesto que lo había hecho. Y no había sido la primera vez. Lo había hecho también, por ejemplo, con los niños en el montículo de lanzador para el anuncio a lo Norman Rockwell para Fritos. La agencia de publicidad, por petición expresa, le había pasado fotografías de cuatro muchachos de la edad adecuada, y Sifkitz simplemente los había incluido en la ilustración. Sus madres habían firmado la autorización correspondiente; era el procedimiento habitual.

Ni Berkowitz ni Freddy ni Whelan dieron muestras de haberle oído hablar. Cruzaron unas pocas palabras entre ellos que Sifkitz oyó pero no entendió: parecían llegar de muy lejos. Lo que quiera que se dijeran provocó que Whelan trasteara por el sótano mientras Berkowitz se arrodillaba junto a la bicicleta estática, tal como antes lo había hecho Sifkitz. Berkowitz asió el destornillador y, sin demorarse, desmontó el pedal izquierdo y lo dejó caer sobre el hormigón: clank. Sifkitz, todavía en la carretera vacía, miraba a través del agujero orgánico cuando Berkowitz le pasó la herramienta a Freddy Albemarle (quien, junto a Richard Sifkitz, había tocado una desastrosa trompeta en la igualmente desastrosa banda del instituto). En algún lugar del bosque canadiense ululó un búho, un sonido indescriptiblemente solitario. Freddy se encargó enseguida del otro pedal, mientras Whelan regresaba con una llave inglesa en la mano. Sifkitz sintió un retortijón al verla.

Observándolos, un pensamiento resonó en su cabeza una y otra vez: Si quieres un trabajo bien hecho, contrata a profesionales. Berkowitz y sus muchachos no perdieron el tiempo. En menos de cuatro minutos la bicicleta estática se había convertido en poco más que un par de ruedas y tres piezas del armazón desensambladas que yacían sobre el hormigón con tanta pulcritud que las piezas evocaban el plano de instrucciones para armar una maqueta.

Berkowitz se guardó los tornillos y las tuercas en los bolsillos de sus pantalones Dickies, abultando como un puñado de monedas. Mientras lo hacía le dedicó a Sifkitz una mirada cargada de significado que volvió a ponerlo furioso. Cuando los obreros traspasaron el insólito agujero (agacharon la cabeza como si cruzaran un portal demasiado bajo), Sifkitz apretó los puños otra vez a pesar de que al hacerlo la muñeca izquierda le ardió como el infierno.

—¿Sabéis qué? —le dijo a Berkowitz—. No creo que podáis hacerme daño. No creo que podáis hacerme nada porque entonces ¿qué pasaría con vosotros? No sois más que... ¡mis empleados!

Los ojos de Berkowitz lo miraron bajo la visera ladeada de su gorra LÍPIDO.

—¡Yo os he creado! —gritó Sifkitz, y estirando el índice de su puño derecho como si fuera una pistola señaló a cada uno de ellos—. ¡Tú eres el Hijo de Sam!

¡Tú no eres más que la versión adulta del chico con el que tocaba la trompeta en el Sisters of Mercy High! ¡No podrías tocarla bien ni aunque te fuera la vida en ello! ¡Y tú eres un artista especializado en dibujar dragones y doncellas encantadas!

Los miembros de la Compañía Lípido no parecían impresionados.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó Berkowitz—. ¿Alguna vez has pensado en eso? ¿Me vas a decir que no hay un mundo más extenso ahí fuera, en alguna parte? Podrías ser solo un pensamiento fortuito de un economista público sin empleo mientras está sentado en la taza del váter, soltando la carga y leyendo el periódico de la mañana.

Sifkitz abrió la boca para decir que eso era ridículo, pero algo en los ojos de Berkowitz hizo que la cerrara de nuevo. Vamos, decían sus ojos. Pregunta. Te contaré más que lo que siempre has querido saber.

Lo que Sifkitz dijo fue:

—¿Quiénes sois vosotros para prohibirme adelgazar? ¿Preferís que muera a los cincuenta? ¡Por Dios! ¿Qué os pasa?

—No soy filósofo, Mac —respondió Freddy—. Solo sé que mi camioneta necesita una puesta a punto que no puedo permitirme.

—Y uno de mis hijos necesita unos zapatos ortopédicos y el otro, terapia con un logopeda —añadió Whelan.

—Los muchachos que trabajan en el Big Dig de Boston tienen un dicho —intervino Berkowitz—: «No mates el trabajo, deja que muera por sí mismo». Eso es cuanto te pedimos, Sifkitz. Déjanos trabajar. Deja que nos ganemos la vida.

—Es una locura —murmuró Sifkitz—. Una completa lo...

—¡Me importa una mierda lo que pienses, hijo de puta! —gritó Freddy, y Sifkitz se percató de que estaba a punto de llorar. Aquel enfrentamiento era tan estresante para ellos como para él. En cierto modo, darse cuenta de eso era lo más duro—. ¡Me importa una mierda lo que hagas, que no trabajes, que desperdicies el tiempo pintando niños lanzadores, pero no les quites el pan a mis hijos! ¿Me oyes? ¡No lo hagas!

Freddy dio un paso adelante, apretó los puños y los levantó frente a su rostro: un ridículo John L. Sullivan en una pose de boxeo. Berkowitz agarró a Freddy de un brazo y le obligó a retroceder.

—No seas imbécil, hombre —dijo Whelan—. Vive y deja vivir, ¿de acuerdo?

—Déjanos trabajar —repitió Berkowitz, y por supuesto Sifkitz reconoció la frase; había leído *El padrino* y visto todas las películas. ¿Podía alguno de esos tipos usar una palabra o una expresión que no estuviera en su propio vocabulario? Lo dudaba—. Déjanos mantener la dignidad, hombre. ¿Crees que podemos ganarnos la vida como tú, dibujando? —Se rió—. Sí, claro. Si yo pintara un gato

tendría que escribir debajo la palabra GATO para que la gente supiera qué es.

—Mataste a Carlos —dijo Whelan, y Sifkitz pensó que si hubiera habido un tono acusador en su voz, se habría puesto furioso otra vez. Pero lo único que percibió fue dolor—. Le dijimos «Resiste, hombre, las cosas mejorarán», pero él no era fuerte. No podía mirar más allá, ya sabes. Perdió toda esperanza. —Whelan hizo una pausa, levantó la mirada hacia el oscuro cielo. No muy lejos, el Dodge de Freddy retumbaba estrepitosamente—. Ni siquiera tuvo la suficiente fuerza para empezar con esto. Ya sabes, algunas personas no la tienen.

Sifkitz se giró hacia Berkowitz.

—Dejadme arreglarlo —dijo—. Haré lo que queráis...

—Simplemente no mates el trabajo —dijo Berkowitz—. Eso es todo lo que queremos. Deja que el trabajo muera por sí mismo.

Sifkitz se dio cuenta de que probablemente podría hacer lo que ese hombre le pedía. Incluso le resultaría fácil. Algunas personas, cuando se comían un donut, no podían parar hasta acabarse toda la caja. Si él hubiera sido esa clase de hombre, habría tenido graves problemas..., pero no lo era.

—De acuerdo —dijo—. ¿Por qué no lo intentamos? —Y entonces se le ocurrió algo—. ¿Crees que podrías conseguirme una gorra de tu empresa?

Señaló la que Berkowitz llevaba en la cabeza.

Berkowitz sonrió. Fue una sonrisa breve, pero más auténtica que la que había mostrado cuando dijo que no podía dibujar un gato sin añadir una palabra debajo.

—Podría arreglarlo.

Sifkitz pensó que en ese instante Berkowitz le estrecharía la mano, pero no fue así. Bajo la visera de su gorra, lo midió por última vez con la mirada y luego caminó hacia la camioneta. Los otros dos le siguieron.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar hasta que olvide todo lo que ha ocurrido? —preguntó Sifkitz—. ¿Que desmonté la bicicleta estática porque... no sé... simplemente porque me cansé de ella?

Berkowitz se detuvo con la mano en el tirador de la puerta y lo miró.

—¿Cuánto tiempo quieres que pase? —preguntó. —No sé —respondió Sifkitz—. Este lugar es muy bonito, ¿no?

—Siempre lo ha sido —dijo Berkowitz—. Siempre lo hemos mantenido limpio.

Por su voz parecía estar a la defensiva, pero Sifkitz prefirió no hacer caso de eso. Pensó que hasta un producto de su imaginación tenía derecho a tener su orgullo.

Durante unos segundos más permanecieron en la carretera, en el lugar que Sifkitz llamaría más tarde La Gran Autopista Perdida Transcanadiense, un nombre demasiado pomposo para esa carretera sucia y sin nombre, pero a la vez

de gran belleza, que atravesaba el bosque. Ninguno de ellos añadió nada. En alguna parte volvió a ulular el búho.

—Dentro o fuera, para nosotros es lo mismo —dijo Berkowitz. Luego abrió la portezuela y se puso frente al volante.

—Cuídate —dijo Freddy.

—Pero no demasiado —añadió Whelan.

Sifkitz permaneció inmóvil mientras la camioneta realizaba una hábil y complicada maniobra en la angosta carretera y se encaraba hacia la dirección por la que habían llegado. El agujero había desaparecido, pero a Sifkitz no le preocupó. No creía que tuviera problemas para regresar cuando llegase el momento de hacerlo. Berkowitz no se molestó en esquivar la Raleigh: le pasó por encima. Se oyeron algunos chasquidos y crujidos cuando los radios de las ruedas saltaron por los aires. Las luces de posición parpadearon y luego desaparecieron tras una curva. Sifkitz oyó el petardeo del sonido del motor durante un buen rato, pero al final también se disipó.

Se sentó en la carretera, luego apoyó la espalda en el asfalto y acunó la muñeca herida contra su pecho. No había estrellas en el cielo. Se sentía exhausto. Será mejor que no me quede dormido, se dijo, algo podría surgir del bosque —quizá un oso— y devorarme. Pero aun así se durmió.

Cuando se despertó estaba en el suelo de hormigón del sótano. Las piezas desarmadas de la bicicleta estática, sin tuercas ni tornillos, estaban esparcidas a su lado. Encima de la caja, el despertador Brookstone marcaba las ocho y cuarenta y tres de la noche. Al parecer uno de ellos había desconectado la alarma.

Me encargaré yo mismo de tirar estas cosas, pensó. Esta es mi historia, y si me aferró a ella no tardaré en creerla.

Subió la escalera hasta el vestíbulo de su edificio y notó que estaba hambriento. Pensó en salir a comer a Dugan's y pedir una porción de tarta de manzana. ¿Acaso la tarta de manzana no era lo menos sano del mundo? Cuando llegó decidió pedir un gran trozo.

—¡Qué diablos! —le dijo a la camarera—. ¡Solo se vive una vez!

—Bueno, eso no es lo que dicen los hindúes —respondió ella—, pero como tú quieras.

Dos meses más tarde, Sifkitz recibió un paquete.

Le esperaba en el vestíbulo del edificio, y lo encontró cuando regresaba de una cena con su agente (Sifkitz había comido pescado y vegetales hervidos, pero lo remató con una *crème brûlée*). El paquete no tenía franqueo y no llevaba ningún logotipo, ni de Federal Express, ni de Airbone Express, ni de UPS. Tampoco llevaba sellos. Tan solo su nombre escrito con una tosca caligrafía negra: RICHARD SIFKITZ.

Es la letra de un hombre que necesita añadir la palabra GATO debajo de su dibujo, pensó; no tenía ni idea de por qué se le había ocurrido eso. Subió la caja y empleó uno de los cuchillos X-Acto de su mesa de trabajo para abrirla. Dentro, bajo un montón de papel de seda, había una flamante gorra con visera, de esas que tienen una tira de plástico en la parte de atrás para poder ajustarla. Su etiqueta de dentro ponía: «Hecha en Bangladesh». Sobre la visera, impresa en letras de color rojo oscuro que le recordaron la sangre de las venas, se leía una única palabra: LÍPIDO.

—¿Qué es esto? —preguntó al ático desierto mientras giraba la gorra entre las manos—. Uno de los componentes de la sangre, ¿no?

Intentó ponérsela. Al principio le pareció que era demasiado pequeña, pero cuando ajustó la tira de plástico de la parte de atrás le quedó estupendamente. Se miró en el espejo del dormitorio y no le gustó del todo. Se la quitó, dobló un poco la visera y volvió a ponérsela. Casi perfecta. Le quedaría mucho mejor cuando se quitara la ropa de trabajo y se pusiera unos vaqueros manchados de pintura. Parecería un trabajador de verdad... lo que era, a pesar de lo que ciertas personas pudiesen pensar.

Con el paso del tiempo, llevar la gorra LÍPIDO mientras dibujaba se convirtió en un hábito, así como guardarse unos segundos del día los sábados y domingos, o comer en Dugan's una buena porción de tarta los jueves por la noche. Dijera lo que dijese la filosofía hindú, Richard Sifkitz pensaba que solo se vivía una vez. Y siendo así, había que probar un poco de todo.

Las cosas que dejaron atrás

Las cosas de las que quiero hablarles —las cosas que dejaron atrás— aparecieron en mi apartamento en agosto de 2002. Estoy seguro porque la mayoría de ellas las encontré no mucho después de ayudar a Paula Robeson con su aire acondicionado. La memoria necesita siempre un marcador, y ese es el mío. Ella era hija de un ilustrador de libros, era hermosa (diablos, muy hermosa), y su marido se dedicaba a la importación-exportación. Un hombre recuerda las ocasiones en las que realmente ha sido capaz de ayudar a una dama en apuros (incluso un hombre que insiste en asegurarte que ella está «muy casada») porque esas ocasiones son muy pocas. Aquellos días, los aspirantes a caballero andante no hacían más que empeorar las cosas.

Cuando regresé de uno de mis paseos vespertinos, ella se encontraba en el vestíbulo, y parecía agobiada. Le dije «Hola, ¿qué tal?», lo que uno suele decir a las personas con las que comparte edificio, y ella, en un tono tan exasperado y quejumbroso que hizo que me detuviera en seco, me preguntó por qué el supermercado estaba cerrado por vacaciones precisamente ese día. Le señalé que al igual que las jovencitas se deprimen, los supermercados cierran por vacaciones; además, tomarse tiempo libre en el mes de agosto era de lo más lógico. De ahí que durante el mes de agosto escasearan en Nueva York (y en París, *mon ami*) los psicoanalistas, los artistas modernos y los porteros de edificios.

Ella no sonrió. No estoy seguro de que pillara la referencia a Tim Robbins (la oblicuidad es la maldición de las clases de lectura). Respondió que quizá fuera cierto que agosto era un buen mes para cerrar y largarse al Cabo o a Fire Island, pero que su maldito apartamento estaba a punto de convertirse en una caldera y su maldito aire acondicionado no hacía más que soltar exabruptos. Le pregunté si quería que le echara un vistazo y recuerdo la mirada que me dedicó con sus ojos fríos y calculadores. Recuerdo que pensé que unos ojos como esos probablemente habrían visto demasiado. Y recuerdo que sonreí cuando me preguntó: «¿Es de fiar?». Me recordó aquella película, *Lolita* no (pensé en *Lolita* más tarde, a eso de las dos de la mañana), sino esa en la que Laurence Olivier le practica una

improvisada intervención dental a Dustin Hoffman, que le pregunta una y otra vez: «¿Es de fiar?».

—Lo soy —le dije—. Llevo cerca de un año sin atacar a ninguna mujer. Solía atacar a dos o tres todas las semanas, pero las reuniones me están ayudando mucho.

Fue una frivolidad, pero así era mi sentido del humor. Un humor veraniego. Ella me echó otra mirada, y luego sonrió. Me tendió la mano. «Paula Robeson», dijo. La mano que había tendido era la izquierda; no era lo habitual, pero era la mano en la que llevaba la alianza de oro. Probablemente lo hizo a propósito, ¿verdad? Aunque fue mucho más tarde cuando me habló de que su marido se dedicaba a la importación-exportación. Fue el día en que me llegó el turno de pedirle ayuda yo a ella.

En el ascensor le dije que no se hiciera demasiadas ilusiones. Aunque, si lo que quería era a alguien que le revelase las causas subyacentes de los Grandes Disturbios de la Ciudad de Nueva York, o que le contase unas cuantas anécdotas divertidas sobre la creación de la vacuna contra la viruela, o incluso que recitara algunas citas sobre las ramificaciones sociológicas del mando a distancia del televisor (el invento más importante de los últimos cincuenta años, en mi humilde opinión), yo era su hombre.

—¿Se dedica a la investigación, señor Staley? —preguntó mientras subíamos en el lento y ruidoso ascensor.

Admití que así era, aunque no añadí que era un trabajo bastante reciente. Tampoco le pedí que me llamara Scott..., eso la hubiera vuelto a poner en guardia. Y desde luego tampoco le dije que estaba intentando olvidar todo lo que pude haber sabido alguna vez sobre los seguros rurales. No le dije que en realidad estaba intentando olvidar un montón de cosas, incluidas unas dos docenas de rostros.

Ya ven, estoy intentando olvidar pero aún recuerdo demasiado. Pienso que todos somos capaces de lograrlo cuando nos concentramos en ello (y en otras ocasiones, aunque con menos frecuencia, cuando no lo hacemos). Recuerdo incluso algo que dijo uno de esos novelistas sudamericanos, ya saben, a esos a los que llaman Realistas Mágicos. No recuerdo su nombre —eso no es importante—, sino la cita: «Durante la infancia, nuestra primera victoria radica en apresar una parte del mundo, que por lo general resulta ser la mano de nuestra madre. Más tarde nos damos cuenta de que el mundo, y las cosas del mundo, nos apresan a nosotros, y que desde siempre nos han tenido apresados». ¿Borges? Podría ser Borges. O quizá García Márquez. Eso no lo recuerdo. Lo único que sé es que puse en marcha el aire acondicionado, y que cuando el aire frío empezó a salir por la rejilla, a ella se le iluminó la cara. También sé que es cierto que la percepción

cambia a nuestro alrededor, y que las cosas a las que creíamos aferrados en realidad nos tienen aferrados. Tal vez seamos sus prisioneros —Thoreau lo creía así—, pero nos mantienen en un lugar. Eso es lo que tenemos a cambio. Y a pesar de lo que Thoreau pensara, yo creo que el intercambio es justo. O lo pensaba entonces; ahora no estoy tan seguro.

Y sé que esas cosas sucedieron a finales de agosto de 2002, menos de un año después de que un pedazo de cielo se viniera abajo y que todo cambiara para todos nosotros.

Una tarde, casi una semana después de que sir Scott Staley se pusiera su armadura de Buen Samaritano y combatiera con éxito contra el temible aire acondicionado, caminé hasta el Staples de la calle Ochenta y tres para comprar una caja de discos Zip y una resma de papel. Le debía a un compañero una redacción de cuarenta páginas sobre el origen de la cámara Polaroid (algo mucho más interesante que cualquier historia que puedas imaginar). Cuando regresé a mi apartamento, encontré unas gafas de sol, con la montura roja y con unas lentes muy peculiares, sobre la mesilla donde guardo las facturas pendientes, los cheques, los avisos de impagos y cosas por el estilo. Reconocí las gafas al instante, y toda mi fuerza se desvaneció. No me desmayé, pero dejé caer al suelo las bolsas que llevaba y me apoyé en el marco de la puerta, intentando recuperar el aliento y sin poder dejar de mirar las gafas. Creo que si no hubiera tenido donde apoyarme me habría desvanecido como una dama en una novela victoriana, una de esas en las que el lascivo vampiro aparece al filo de la medianoche.

Dos sensaciones distintas pero relacionadas me embargaron. La primera fue la vergüenza horrible que uno siente cuando sabe que lo van a pillar haciendo algo que nunca podrá explicar. Recordé algo que me ocurrió —o casi— cuando tenía dieciséis años.

Mi hermana y mi madre habían ido de compras a Portland, y se suponía que tendría la casa para mí durante toda la tarde. Me había tumbado en la cama, desnudo completamente, con unas bragas de mi hermana alrededor del pene. Esparcidas sobre la cama había fotografías que había recortado de revistas que encontré en el fondo del garaje, donde el anterior dueño había escondido las *Penthouse* y las *Gallery*. Oí que un coche subía por el camino de entrada. El ruido del motor era inconfundible; eran mi madre y mi hermana. Peg sufría algún tipo de gripe y vomitaba por la ventanilla. Habían llegado hasta Poland Springs cuando tuvieron que dar la vuelta.

Miré las fotografías desparramadas sobre la cama, la ropa tirada en el suelo y las bragas de rayón rosa en mi mano izquierda. Recuerdo que las fuerzas

abandonaron mi cuerpo y que una terrible sensación de estar al borde del desmayo ocupó su lugar. Mi madre gritaba: «¡Scott, Scott, baja a echarme una mano con tu hermana! ¡Está enferma!», y recuerdo que pensé: «¿Qué importa? Me han pillado. Más vale que lo acepte. Me han pillado y esto es lo primero que recordarán cada vez que piensen en mí durante lo que me quede de vida: Scott, el artista de las pajas».

Pero en tales circunstancias se apodera de nosotros una especie de instinto de supervivencia. Eso es lo que me ocurrió. Podía rendirme, pero decidí no hacerlo sin antes haber intentado salvar la dignidad. Arrojé las fotos y las bragas debajo de la cama. Luego me vestí con movimientos torpes pero dedos diestros, sin dejar de pensar en ese viejo programa que solía ver en la televisión, *Vence al reloj*.

Recuerdo cómo mi madre tocó mi ruborizada mejilla cuando llegué abajo, y su mirada de preocupación.

—Puede que tú también te estés poniendo enfermo —dijo.

—Puede ser —contesté de muy buena gana. Hasta media hora más tarde no descubrí que había olvidado subirme la cremallera. Por suerte, ni mi madre ni Peg se dieron cuenta, porque en cualquier otra ocasión una de las dos o ambas me habrían preguntado si tenía licencia para vender perritos calientes (un comentario como ese se consideraba gracioso en la casa donde me crié). Pero aquel día una de ellas estaba demasiado enferma y la otra estaba demasiado preocupada para hacerse las graciosas. Así que me salvé.

Afortunado de mí.

Lo que siguió a la primera oleada emocional aquel día de agosto en mi apartamento fue mucho más simple: pensé que me estaba volviendo loco. Porque esas gafas no podían estar ahí. Por supuesto que no. Imposible.

Entonces levanté la vista y vi otra cosa que con toda seguridad no estaba en mi apartamento cuando fui a Staples media hora antes (y cerré la puerta al salir, como hacía siempre). Apoyado en la esquina entre la cocina y el salón había un bate de béisbol... Un Hillerich & Bradsby, según la etiqueta. Y a pesar de que no podía ver el otro lado, sabía de sobra lo que ponía allí: AJUSTADOR DE CUENTAS, grabado con un soldador y pintado de color azul marino.

Me atravesó otra sensación: una tercera oleada. Fue una especie de desmayo surrealista. No creo en los fantasmas, pero estoy seguro de que en aquel momento parecía que había visto uno.

Así era como me sentía. Sí, de verdad. Porque aquellas gafas de sol tenían que haber desaparecido... hacía mucho tiempo, como dicen los Dixie Chicks. El ajustador de cuentas de Ditto Cleve Farrell. («A mí el béisbol me sienta muy pero

que muy bien», decía Cleve a veces, blandiendo el bate sobre su cabeza mientras se sentaba en su escritorio. «Los she-GUUU-ros me sientan muy pero que muy mal.»)

Hice lo único que se me ocurrió: coger las gafas de Sonja D'Amico y trotar hasta el ascensor con ellas; las llevaba con la mano extendida frente a mí, como si estuviera tocando algo asqueroso que me hubiese encontrado en el suelo de mi apartamento después de una semana de vacaciones; algún alimento en descomposición o el cadáver de un ratón envenenado. De repente recordé una conversación sobre Sonja que había tenido con un colega llamado Warren Anderson. *Ella debía de tener el aspecto de estar pensando que no pasaba nada y que volvía para pedirle a alguien una Coca-Cola*, pensé cuando Warren me contó lo que había visto. Eso había sido unas seis semanas después de que el cielo se viniera abajo, tomando unas copas en el Blarney Stone Pub de la Tercera Avenida. Después de brindar por no estar muertos.

Lo quieras o no, las cosas como esa se te quedan grabadas. Como una frase comercial o el ridículo estribillo de una canción pop que no puedes quitarte de la cabeza. Te levantas a las tres de la mañana, con ganas de echar una meada y, entonces, cuando estás de pie delante del váter agarrándote el pene y con la mente despierta solo un diez por ciento, aquello vuelve por ti: *Como si pensara que no pasaba nada. No pasaba nada y volvía para pedir una Coca-Cola*. En algún momento durante esa conversación, Warren me había preguntado si me acordaba de las gafas de sol tan divertidas que tenía Sonja, y yo le dije que sí. Claro que me acordaba.

Cuatro plantas más abajo, Pedro, el portero, conversaba con Rafe, un repartidor de la compañía FedEx, bajo la sombra que proyectaba el toldo. Pedro era muy estricto en cuanto al tiempo que los repartidores podían demorarse frente al edificio —según sus propias normas no podían estar más de siete minutos; tenía un reloj de bolsillo para cronometrarlos y todos los polis duros de la ciudad eran sus colegas—, pero se llevaba bastante bien con Rafe, y a menudo los dos se pasaban cerca de veinte minutos charlando como dos viejos neoyorquinos. ¿La política? ¿El béisbol? ¿El Evangelio según Henry David Thoreau? No lo sabía, y hasta aquel día no me había importado lo más mínimo. Estaban allí cuando subí con los materiales de oficina, y allí seguían cuando un Scott Staley mucho menos despreocupado volvió a bajar. Un Scott Staley que acababa de descubrir un pequeño pero perceptible agujero en la columna vertebral de la realidad. Aquellos dos seres me bastaban. Caminé hasta ellos y extendí la mano derecha, la de las gafas de sol, hacia Pedro.

—¿Cómo llamarías a esto? —pregunté, sin molestarme en saludar, interrumpiéndolos.

Me dedicó una larga mirada que decía: «Me sorprende su rudeza, señor Staley, de verdad que me sorprende», luego miró mi mano. Durante un instante eterno no dijo nada, y una idea horrible se apoderó de mí: no veía nada porque no había nada que ver. Tan solo mi mano tendida, como si aquello fuera *Turnabout Tuesday* y estuviera esperando a que él me diera una propina a mí. Mi mano estaba vacía. Claro que sí, tenía que estarlo, porque las gafas de sol de Sonja D'Amico ya no existían. Las divertidas gafas de Sonja hacía tiempo que habían desaparecido.

—Lo llamaría «gafas de sol», señor Staley —dijo Pedro al fin—. ¿De qué otra manera podría llamarlas? ¿O es que se trata de una pregunta trampa?

Rafe, el repartidor de FedEx, claramente más interesado, me las quitó. El alivio que experimenté al ver que las sostenía y las miraba (casi las estudiaba) fue como el que sientes cuando te rascan esa zona inalcanzable entre los hombros. Dio un paso para salir de la sombra del toldo y las alzó hacia la luz; un pequeño brillo destelló de las lentes con forma de corazón.

—Son como las que lleva la putita de la película porno de Jeremy Irons —dijo al fin.

Tuve que sonreír a pesar de mi angustia. En Nueva York, hasta los repartidores son críticos de cine. Es una de las cosas que me encantan de este sitio.

—Exacto, *Lolita* —dije, recuperando las gafas—. Pero las gafas con forma de corazón aparecían en la versión que dirigió Stanley Kubrick. Por entonces Jeremy Irons no era más que un aficionado.

Aquello difícilmente tenía sentido (ni siquiera para mí), pero me importaba una mierda. Volvía a sentirme frívolo... pero no en el buen sentido. Esta vez no.

—¿Quién hizo de pervertido en esa película? —preguntó Rafe.

Negué con la cabeza.

—Que me aspen si consigo acordarme.

—Si me permite el comentario —dijo Pedro—, está usted muy pálido, señor Staley. ¿Está enfermo? ¿La gripe, quizá?

No, esa fue mi hermana, pensé decirle. El día que por veinte segundos no me pillaron masturbándome con sus bragas mientras miraba una fotografía de Miss Abril. Pero no me pillaron. Ese día no; y el 11-S tampoco. ¡Toma ya! ¡He vuelto a vencer al reloj! No podía hablar por Warren Anderson, quien en el Blarney Stone me contó que aquella mañana se paró en la tercera planta para hablar con un amigo sobre los Yankees. En todo caso, el que no me pillaran se había convertido en mi especialidad.

—Estoy bien —le dije a Pedro, y a pesar de que no era cierto, saber que yo no era el único que podía ver las divertidas gafas de Sonja y que realmente existían en el mundo, hizo que me sintiera mejor. Si las gafas de sol estaban en el mundo, probablemente también lo estuviera el bate Hillerich & Bradsby de Cleve Farrell.

—Esas gafas... ¿son las gafas? —preguntó Rafe de pronto en un tono respetuoso y cercano a la emoción—. ¿Las de la primera *Lolita*?

—No —dije, plegando las patillas de las gafas con forma de corazón, y mientras lo hacía, recordé el nombre de la chica que protagonizaba la versión de Kubrick: Sue Lyon. Seguía sin poder acordarme de quién interpretaba al perverso—. Solo es una baratija.

—¿Tienen algo especial? —preguntó Rafe—. ¿Por eso vino corriendo?

—No lo sé —respondí—. Alguien las dejó dentro de mi apartamento.

Antes de que pudieran hacerme más preguntas, volví a subir y miré alrededor con la esperanza de que no hubiera nada más. Pero lo había. Además de las gafas de sol y el bate de béisbol con AJUSTADOR DE CUENTAS grabado en el lateral, vi la Hortera Almohada para Pedos de Howie's, una caracola, un centavo de acero suspendido dentro de un cubo de metacrilato y una seta de cerámica (roja con vetas blancas) acompañada de una Alicia, también de cerámica, sentada encima. La Almohada para Pedos había pertenecido a Jimmy Eagleton y todos los años daba mucho juego en la fiesta de Navidad. La Alicia de cerámica había estado sobre el escritorio de Maureen Hannon; un regalo de su nieta, según me dijo una vez. Maureen tenía el pelo blanco más bonito que había visto nunca; lo llevaba largo, hasta la cintura. Pocas veces ves algo así en un ambiente de trabajo, pero hacía casi cuarenta años que trabajaba en la empresa y a todos les parecía que podía llevar el pelo como le diera la gana. También recordaba la caracola y el centavo de acero, pero no los situaba en los cubículos (o despachos) en los que ellos habían estado. Quizá consiguiera ubicarlos; quizá no. Había muchos cubículos (y despachos) en Light and Bell, Aseguradores.

La caracola, la seta y el cubo de metacrilato estaban apilados con pulcritud en la mesita del salón. La Almohada para Pedos estaba —y con bastante criterio, pensé— encima de la cisterna del baño, junto al último número del *Spenck's Rural Insurance*.

Los seguros rurales eran mi especialidad; creo que eso ya lo había dicho. Conocía todos sus entresijos.

¿Cuáles eran los entresijos de todo aquello?

Creo que cuando te pasa algo malo y necesitas contárselo a alguien, el primer impulso de la mayoría de la gente es llamar a un miembro de la familia. Yo no

podía considerar esa opción. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía dos años y mi hermana cuatro. Mi madre, nada derrotista, nos crió y nos sacó adelante dirigiendo un centro de intercambio de información por correo desde casa. Creo que de hecho ella misma fundó ese negocio, y le permitió llevar una vida bastante decorosa (más tarde me dijo que el primer año pasó mucho miedo). Sin embargo, fumaba como una chimenea, y murió de cáncer de pulmón a los cuarenta y ocho años, seis u ocho años antes de que internet pudiera haberla convertido en una millonaria punto com.

Mi hermana Peg vivía en Cleveland, donde se había entregado a los cosméticos Mary Kay, los Indians y el cristianismo fundamentalista, aunque no necesariamente en ese orden. Si hubiera llamado a Peg y le hubiera dicho lo que había encontrado en mi apartamento, ella me habría aconsejado que me arrodillase y le rogara a Jesús que entrara en mi vida. Con razón o sin ella, no creía que Jesús pudiera ayudarme con aquel problema.

Mi familia venía equipada con el número estándar de tíos, tías y primos, pero la mayoría de ellos vivían al oeste de Mississippi, y hacía años que no los veía. Los Killian (la rama materna de la familia) nunca habían hecho piña. Una tarjeta para el cumpleaños y otra en Navidad bastaban para cubrir con las obligaciones familiares. Una tarjeta el día de San Valentín o el Domingo de Resurrección era un plus. Llamaba a mi hermana en Navidad, o ella me llamaba a mí, decíamos la típica tontería de «a ver si nos reunimos pronto» y luego colgábamos y sentíamos lo que yo suponía que era un alivio mutuo.

La siguiente opción, cuando tienes problemas, podía ser invitar a una copa a un buen amigo, explicarle la situación y luego pedirle consejo. Pero yo era un muchacho tímido que se había convertido en un hombre tímido, y en la investigación trabajaba solo (no porque yo lo prefiriese así); no tenía colegas que pudieran convertirse en mis amigos. Había hecho algunos amigos en mi trabajo anterior —Sonja y Cleve Farrell, por citar a dos de ellos—, pero, por supuesto, estaban muertos.

Llegué a la conclusión de que si uno no tiene un amigo con el que hablar, lo mejor que puede hacer es alquilar uno. Podía permitirme el lujo de un poco de terapia, y me pareció que unas cuantas sesiones en el diván de un psiquiatra (cuatro servirían) me bastarían para explicar lo que me estaba sucediendo y para expresar cómo me sentía. ¿Cuánto me costarían cuatro sesiones? ¿Seiscientos dólares? ¿Ochocientos? Parecía un precio justo a cambio de un poco de alivio. Pensé que tal vez recibiera un plus, puesto que un observador desinteresado sería capaz de hallar una explicación sencilla y razonable que a mí se me escapaba. En mi

cabeza, la puerta cerrada con llave que separaba mi apartamento del mundo exterior enviaba la mayor parte de aquellas explicaciones, pero al fin y al cabo se trataba de mi cabeza; ¿acaso no era esa la cuestión? ¿Y quizá el problema?

Lo tenía todo planeado. En la primera sesión explicaría lo que había pasado. En la segunda describiría los objetos en cuestión: las gafas de sol, el cubo de metacrilato, la caracola, el bate de béisbol, la seta de cerámica, y la eternamente popular Almohada para Pedos. Un poco de enseña y habla, como en las clases de gramática. En las dos sesiones restantes, mi amigo alquilado y yo podríamos averiguar la causa de esta preocupante inclinación en el eje de mi vida y volver a poner las cosas en su sitio.

Pasar una tarde recorriendo las Páginas Amarillas y haciendo llamadas por teléfono bastó para demostrarme que la idea del psiquiatra, por muy buena que pareciese en teoría, era imposible. Lo más cerca que estuve de una cita fue la conversación con una secretaria que me comunicó que el doctor Jauss no podría atenderme hasta enero. Me confió, además, que habría que meter mi cita con calzador. Los demás no me dieron ninguna esperanza. Lo intenté con media docena de terapeutas de Newark y cuatro de White Plains, incluso con un hipnotizador de Queens, todos con idéntico resultado. Muhammad Atta y su Patrulla Suicida habían hecho mucho, mucho daño a la ciudad de Nueva York (por no mencionar a las agencias de se-GUUU-ros), pero tras esa infructuosa tarde enganchado al teléfono tuve claro que habían favorecido a la profesión, mucho más de lo que los propios psiquiatras podían desear. En el verano de 2002, si querías echarte en el diván de un profesional, tenías que marcar un número y esperar en línea.

Podía dormir con esas cosas dentro de mi apartamento, pero no dormía bien. Me susurraban. Permanecía despierto en la cama, a veces hasta las dos de la madrugada, pensando en Maureen Hannon, que creía haber llegado a una edad (por no hablar de su indispensabilidad) en la que podía llevar su pelo, increíblemente largo, como le diera la gana. O recordaba a las distintas personas que acudían a la fiesta de Navidad blandiendo la famosa Almohada para Pedos de Jimmy Eagleton. Era, como supongo que ya he dicho, la gran favorita cuando todos estaban a una o dos copas del año nuevo. Me acordaba de Bruce Mason preguntándome si no parecía una bolsa de suero para elfos —dijo «elfos»— y gracias a un proceso de asociación recordé que la caracola había sido suya. Claro. Bruce Mason, el Señor de las Moscas. Y un paso más allá en la cadena de asociación evoqué el nombre y el rostro de James Mason, que había interpretado a Humbert Humbert cuando Jeremy Irons era todavía un aficionado. La mente es un

mono astuto; a veces agarra una banana, a veces no. Por eso había bajado la escalera con las gafas de sol, aunque en ese momento no era consciente de ningún proceso deductivo. Solo quería una confirmación. Un poema de George Seferis pregunta lo siguiente: *¿Son esas las voces de nuestros amigos muertos, o es solo el gramófono?* A veces es una buena pregunta, y tienes que hacérsela a alguien. O... escuchen esto.

Una vez, a finales de los ochenta y cerca del final de un amargo romance con el alcohol que duró dos años, me desperté en medio de la noche en mi estudio, después de haberme dormido sobre el escritorio. Me arrastré hasta el dormitorio y, al alargar el brazo para encender la luz, vi a alguien moviéndose. Me vino la imagen (casi una certeza) de un ladrón yonqui con, en su mano temblorosa, una pistola barata del calibre 32 sacada de una casa de empeños; el corazón casi se me salió del pecho. Encendí la luz con una mano y con la otra tanteé la superficie de la cómoda en busca de algo pesado —cualquier cosa, incluso el marco de plata con la fotografía de mi madre me hubiera servido— y de pronto vi que el merodeador era yo. Estaba mirándome a mí mismo, con los ojos desorbitados, en el espejo del otro lado de la habitación, mi camisa a medio abrochar y el pelo levantado por detrás. Me enfadé conmigo mismo, pero también me sentí aliviado.

Quería que esto fuera como aquella vez. Quería que fuese el espejo, el gramófono, incluso alguien gastándome una broma de mal gusto (quizá alguien que sabía por qué no había ido a la oficina aquel día de septiembre). Pero sabía que no era ninguna de esas cosas. La Almohada para Pedos estaba allí, era la nueva huésped de mi apartamento. Podía recorrer con el pulgar las hebillas de los zapatos de cerámica de Alicia, deslizar el dedo hasta el cabello amarillo de cerámica. Podía leer la fecha en el centavo que había dentro del cubo de metacrilato.

Bruce Mason, alias el Hombre Caracola, alias el Señor de las Moscas, había llevado la enorme caracola rosa a una fiesta de la oficina en Jones Beach un mes de julio, y había soplado a través de ella para reunir a la gente en un divertido almuerzo compuesto por perritos calientes y hamburguesas. Luego intentó enseñarle a Freddy Lounds cómo soplar. Lo máximo que Freddy consiguió fue una serie de bocinazos fúnebres que sonaban como... bueno, como la Almohada para Pedos de Jimmy Eagleton. Y podría seguir dándole vueltas y vueltas. Al final, cada cadena de asociaciones forma un collar.

A finales de septiembre tuve una idea genial, de esas tan simples que uno no entiende cómo no se le ha ocurrido antes. ¿Por qué seguía conservando toda esa basura inoportuna? ¿Por qué no me deshacía de ella? No me las habían prestado;

sus dueños no volverían en los próximos días para pedirme que se las devolviera. La última vez que había visto la cara de Cleve Farrell había sido en un póster, y el último póster lo habían arrancado en noviembre de 2001. El tácito sentimiento general era que esos homenajes caseros estaban espantando a los turistas, los cuales habían empezado a volver poco a poco a la Ciudad de la Diversión. La mayoría de los neoyorquinos pensaban que lo que había sucedido era terrible, pero América aún seguía ahí y Matthew Broderick protagonizaría *Los productores* durante mucho tiempo.

Aquella noche compré comida china en un local que me gustaba y que estaba a dos manzanas de mi casa. Mi plan consistía en sustituir mi cena habitual por la comida china mientras veía a Chuck Scarborough explicándome el mundo. Estaba encendiendo el televisor cuando se produjo la epifanía. No me habían prestado esos recuerdos inoportunos del último día en el que estuvimos seguros, y tampoco probaban nada. Habían cometido un crimen, sí —en eso el mundo estaba de acuerdo—, pero quienes lo habían perpetrado estaban muertos y quien los había enviado a aquella misión disparatada se había dado a la fuga. En el futuro quizá habría juicios, pero a Scott Staley no lo llamarían al estrado y la Almohada para Pedos de Jimmy Eagleton jamás sería marcada como Prueba A.

Dejé el pollo General Tso sobre el mostrador de la cocina, todavía con la tapadera sobre el plato de aluminio, cogí una bolsa de lavandería del estante situado encima de la lavadora, que rara vez usaba, metí dentro las cosas (alzándolas con facilidad, no podía creer lo ligeras que eran ni el tiempo que había dejado pasar hasta hacer algo tan simple), y bajé en el ascensor con la bolsa entre los pies. Caminé hasta la esquina de la Setenta y cinco con Park, miré alrededor para asegurarme de que nadie me miraba (Dios sabría por qué me sentía tan furtivo, pero así era), luego eché la basura en el contenedor. Mientras me alejaba miré una vez por encima de mi hombro. El mango del bate de béisbol asomaba imbatible del contenedor. No me cabía duda de que aparecería alguien y se lo llevaría. Probablemente incluso antes de que Chuck Scarborough diera paso a John Seigenthaler o quienquiera que se sentara aquella noche con Tom Brokaw.

De vuelta a mi apartamento, me detuve en el Fun Choy para comprar una ración de General Tso recién hecha.

—¿Antes no bueno? —preguntó Rose Ming desde la caja registradora. Habló con cierta preocupación—. Decir por qué.

—No, la otra ración estaba bien —dije—. Pero esta noche quiero dos.

Ella se rió como si aquello fuera lo más gracioso que había oído nunca, y yo también me reí. Fuerte. El tipo de risa que te deja aturdido. No recuerdo cuándo fue la última vez que me había reído así, tan fuerte y con tanta naturalidad. Desde luego, antes de que Light and Bell, Aseguradores, se desplomara sobre West

Street.

Subí en el ascensor hasta mi planta y después recorrí los doce escalones que conectaban con el 4.º B. Me sentía como debe de sentirse alguien que está gravemente enfermo y de pronto se despierta un día, bañado con la sana luz de la mañana, y descubre que la fiebre ha desaparecido. Apreté la bolsa bajo mi brazo izquierdo (una maniobra incómoda pero posible en esa corta carrera) y luego abrí la puerta con la llave. Encendí la luz. Y allí, sobre la mesa donde siempre dejo las facturas pendientes de pago, los talones y los avisos de impagos, estaban las divertidas gafas de sol de Sonja D'Amico, con su montura roja y sus lentes con forma de corazón a lo *Lolita*. Sonja D'Amico, quien, según Warren Anderson (por lo que yo sabía, el único superviviente que también trabajaba en las oficinas de Light and Bell), había saltado desde la planta ciento diez del edificio siniestrado.

Él aseguraba que había visto una fotografía que la había captado mientras caía. Sonja, con las manos colocadas pudorosamente sobre la falda para cubrirse los muslos, con su pelo alzándose hacia el humo y el cielo azul de aquella mañana, con la punta de sus zapatos hacia abajo. Su descripción me hizo pensar en «Cayendo», el poema que James Dickey escribió sobre la azafata de vuelo que intenta dirigir su cuerpo, cayendo como una piedra, hacia el agua, como si pudiera salir a la superficie sonriendo, sacudirse las gotas de agua del pelo y pedir una Coca-Cola.

—Vomitó —me dijo Warren aquel día en el Blarney Stone—. No quiero volver a ver una foto como esa, Scott, aunque sé que jamás podré olvidarla. Se le veía la cara, y diría que ella creía que al final... sí, que al final todo acabaría bien.

Desde que soy adulto jamás he gritado, pero estuve en un tris de hacerlo cuando pasé la mirada desde las gafas de sol de Sonja al AJUSTADOR DE CUENTAS de Cleve Farrell, apoyado despreocupadamente en el rincón, junto a la puerta del salón. Una parte de mi mente debió de recordar que la puerta del recibidor seguía abierta y que si gritaba los vecinos del cuarto piso me oirían. Y entonces, como suele decirse, tendría que dar algunas explicaciones.

Ahugué el grito tapándome la boca con una mano. La bolsa que contenía el pollo General Tso cayó sobre el suelo de parquet y su contenido se desparramó. Apenas pude mirar el desastre resultante. Esos trozos oscuros de carne cocida podían haber sido cualquier cosa.

Me dejé caer en la única silla que había en el recibidor y apoyé la cabeza en las manos. No grité, no lloré, y un rato después fui capaz de limpiar todo aquel desorden. Mi mente seguía intentando dirigirse hacia las cosas que habían

regresado desde la esquina de la Setenta y cinco con Park, pero no se lo permití. Cada vez que intentaba abalanzarse en aquella dirección, yo tiraba de la correa y la traía de vuelta.

Esa noche, ya en la cama, escuché las conversaciones. Primero hablaban los objetos (en voz baja), y luego respondían (en voz ligeramente más alta) las personas a las que habían pertenecido. A veces hablaban sobre el picnic en Jones Beach...; el olor a coco de la crema bronceadora y Lou Bega cantando «Mambo N.º 5» una y otra vez en el equipo de música de Misha Bryzinski. O hablaban de los *frisbees* que surcaban el cielo mientras los perseguían los perros. A veces discutían sobre los niños que jugaban en la arena mojada sentados sobre sus pantalones cortos y con el bañador medio caído. Las madres, con trajes de baño elegidos en el catálogo de Land's End, paseaban a su lado con la nariz cubierta de crema blanca. ¿Cuántos de esos críos habían perdido aquel día a una madre protectora o a un padre lanzador de *frisbees*? Tío, ese es un problema de matemáticas que no quiero resolver. Pero las voces que oía en mi apartamento sí querían. Lo hacían una y otra vez.

Recordé a Bruce Mason soplando su caracola y proclamándose a sí mismo el Señor de las Moscas. Recordé aquella vez que Maureen Hannon me dijo (esa charla no fue en Jones Beach) que *Alicia en el País de las Maravillas* era la primera novela psicodélica. A Jimmy Eagleton contándome una tarde que su hijo tenía problemas de aprendizaje y además tartamudeaba, dos al precio de uno, y que si quería acabar el instituto en un futuro previsible tendría que recibir clases particulares de matemáticas y de francés. «A ser posible, antes de que cumpla los requisitos para pedir el descuentos en los libros de texto a esa asociación que atiende a los mayores de cincuenta años», había dicho Jimmy con ironía. Sus mejillas se veían pálidas y mal afeitadas bajo la luz matutina, como si esa mañana la cuchilla no hubiera estado bien afilada.

Estaba durmiendo a la deriva cuando ese último sueño me despertó con un sobresalto, pues me di cuenta de que aquella conversación había tenido lugar no mucho antes del 11-S. Quizá solo unos días antes. Quizá el viernes anterior, la última vez que había visto a Jimmy con vida. Y en cuanto al niño tartamudo y con problemas de aprendizaje... ¿se llamaba Jeremy, como Jeremy Irons? Seguramente no, seguramente eso era cosa de mi imaginación (a veces agarra una banana) haciendo de las suyas, pero, por Dios, era algo muy parecido. Quizá Jason. O Justin. A esas horas de la noche todo se agranda, y recuerdo que pensé que si el nombre del niño resultaba ser Jeremy, probablemente me volvería loco. La gota que colmaba el vaso, *baby*.

A eso de las tres de la madrugada recordé a quién había pertenecido el cubo de metacrilato con el centavo de acero dentro: Roland Abelson, de

Responsabilidad Civil. El lo llamaba su fondo para la jubilación. Roland solía decir: «Lucy, nos debes algunas explicaciones». Una noche, en el otoño de 2001, vi a su viuda en las noticias de las seis. Había conversado con ella en uno de los picnics de la empresa (muy probablemente en Jones Beach), y me había parecido muy bonita, pero la viudez había pulido esa belleza, la había reducido a una hermosura austera. En las noticias ella seguía refiriéndose a su marido como «desaparecido». No era capaz de decir «muerto». Y si estaba vivo —y regresaba—, tendría que dar algunas explicaciones. Claro. Pero, por supuesto, ella también las daría. Una mujer que ha pasado de bonita a hermosa por culpa de un asesinato en masa sin duda tendría que dar algunas explicaciones.

Estar tumbado en la cama pensando en todo eso —recordando las olas que rompían en la playa de Jones Beach y los *frisbees* que volaban por el cielo— me llenó de una profunda tristeza que finalmente desembocó en llanto. Pero debo admitir que aprendí de esa experiencia. Aquella noche comprendí que esas cosas —incluso las más pequeñas, como un centavo en un cubo de metacrilato— pueden volverse más pesadas a medida que pasa el tiempo. Pero como es un peso mental, no existe ninguna fórmula matemática para calcularlo, como las que puedes encontrar en los libros azules de las compañías de seguros, donde el precio de la póliza de tu seguro de vida aumenta *x* si eres fumador y la cobertura de tus campos de cultivo aumenta *y* si tu granja está en una zona de tornados. ¿Entienden lo que quiero decir?

Es un peso mental.

A la mañana siguiente volví a reunir todos los objetos, y encontré un séptimo debajo del sofá. El tipo del cubículo que estaba al lado del mío, Misha Bryzinski, tenía un par de muñecos de Punch y Judy sobre su escritorio. Punch era el que estaba debajo de mi sofá. Judy parecía no estar por allí, pero con Punch tenía más que suficiente. Esos ojos negros, que me miraban fijamente entre pelusillas espectrales, me produjeron una terrible sensación de desmayo. Saqué el muñeco de ahí debajo y odié las rayas que dibujó en el polvo. Una cosa que deja una estela es una cosa real, una cosa con peso. Ante eso no hay objeciones posibles.

Metí a Punch y todos los otros cachivaches en el armarito de la cocina, y ahí se quedaron. Al principio no estaba seguro de que lo hicieran, pero sí.

Mi madre me dijo una vez que si un hombre se limpiara el culo y descubriera sangre en el papel higiénico, su reacción sería cagar en la oscuridad durante los treinta días siguientes y esperar lo mejor. Solía usar este ejemplo para ilustrar su

creencia de que la piedra angular de la filosofía masculina era: «Si haces como que no lo ves, quizá desaparezca».

Pasé de las cosas que había encontrado en mi apartamento, esperé lo mejor, y de hecho la situación mejoró un poco. Raras veces oía aquellas voces susurrando desde el armario de la cocina (excepto a altas horas de la noche), aunque cada día estaba más dispuesto a realizar mis tareas de investigación fuera de casa. A mediados de noviembre pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca pública de Nueva York. Estoy seguro de que las estatuas de los leones terminaron hartas de verme por allí con mi PowerBook.

Entonces, un día, poco antes de Acción de Gracias, salía de mi edificio cuando me encontré a Paula Robeson, la dama en apuros a la que había rescatado con tan solo pulsar el botón de reinicio del aire acondicionado.

Sin ninguna premeditación en absoluto —si hubiera tenido tiempo de pensar en ello, estoy convencido de que no le habría dicho una palabra—, le pregunté si podía invitarla a comer y contarle algo.

—El hecho es —dije— que tengo un problema. Quizá usted pueda pulsar mi botón de reinicio.

Estábamos en el vestíbulo. Pedro, el portero, estaba sentado en un rincón leyendo el *Post* (y escuchando cada palabra, de eso estaba seguro...; para Pedro, sus inquilinos eran el melodrama más interesante del mundo). Ella me dedicó una sonrisa agradable y nerviosa.

—Supongo que le debo una —dijo—, pero... usted sabe que estoy casada, ¿verdad?

—Sí —respondí, no añadí que me había tendido la mano equivocada para que me fuera imposible no ver la alianza.

Ella asintió.

—Claro, debe de habernos visto juntos al menos un par de veces, pero él estaba en Europa cuando tuve aquellos problemas con el aire acondicionado, y ahora también está en Europa. Se llama Edward. Los últimos dos años ha estado más tiempo en Europa que aquí pero, aunque eso no me guste, sigo estando muy casada. —Entonces, como si fuera algo que se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: Edward se dedica a la importación-exportación.

Yo me dedicaba a los seguros, pero un día la compañía saltó por los aires, pensé decirle. Al final me las arreglé para contestar algo un poco más sensato.

—No quiero una cita, señora Robeson. —No más de lo que deseaba tutearla, y ¿acaso vi un destello de decepción en sus ojos? Por Dios, eso me pareció. Pero en todo caso la convencí. Seguía siendo de fiar.

Colocó las manos en las caderas y me miró con falsa exasperación. O quizá no tan falsa. —Entonces, ¿qué quiere?

—Tan solo alguien con quien hablar. He intentado acudir a varios psiquiatras, pero todos están... ocupados.

—¿Todos?

—Eso parece.

—Si tiene problemas con su vida sexual o siente la necesidad imperiosa de recorrer la ciudad asesinando a hombres con turbante, no quiero saber nada al respecto.

—No tiene nada que ver con eso. Ni siquiera se ruborizará, se lo prometo. —Lo que no era lo mismo que decir «Le prometo que no se asustará» o «No pensará que estoy loco»—. Solo un almuerzo y un pequeño consejo, eso es todo lo que le pido. ¿Qué dice?

Me sorprendió —casi me fascinó— lo bien que me salió. Si hubiera planeado la conversación, casi seguro que lo habría echado todo a perder. Supongo que ella sentía curiosidad, y sin duda percibió la sinceridad en mi voz. Debí de dar por hecho que si yo fuera el típico ligón, habría intentado ligármela aquel día de agosto, cuando estuvimos a solas en su apartamento mientras el evasivo Edward estaba en Francia o en Alemania. Me pregunté cuánta desesperación había visto en mi cara.

En cualquier caso, accedió a almorzar conmigo el viernes en el Donald's Grill que había al final de la calle. Es probable que el Donald's sea el restaurante menos romántico de todo Manhattan; buena comida, luces fluorescentes, camareros que mostraban a las claras su deseo de que te dieras prisa. Accedió con el aire de una mujer que salda una deuda atrasada que había estado a punto de olvidar. No era lo que se dice muy halagador, pero a mí me bastó. Dijo que a las doce le parecía bien. Y que si quedábamos en el vestíbulo podríamos ir juntos a pie. Yo le contesté que a mí también me parecía bien.

Aquella noche fue buena. Me quedé dormido casi de inmediato, y no soñé con Sonja cayendo del edificio en llamas con las manos en los muslos, como la azafata que caía apuntando al agua.

Al día siguiente, mientras recorriamos la calle Ochenta y seis, le pregunté a Paula dónde estaba cuando se enteró de la noticia.

—En San Francisco —contestó—. Dormía en la suite del hotel Wradling junto a Edward, que seguramente estaría roncando como siempre. Yo iba a volver aquí el 12 de septiembre y Edward se marcharía a unas reuniones que tenía en Los Ángeles. La gerencia del hotel hizo sonar la alarma de incendios. —Debí de asustarse mucho.

—Mucho, aunque lo primero que pensé no fue en un incendio sino en un

terremoto. Luego una voz sonó por los altavoces indicándonos que en el hotel no había ningún incendio, pero que en la ciudad de Nueva York había uno monstruoso.

—Jesús.

—Enterarme así, en la cama, en una habitación extraña... oír esa voz que salía del techo como si fuera la voz de Dios... —Movió la cabeza. Apretaba tanto los labios que el color del lápiz de labios casi había desaparecido—. Fue espantoso. Entiendo la urgencia por dar inmediatamente semejante noticia, pero aún no he podido perdonar del todo que lo hicieran de ese modo. No creo que vuelva por allí.

—¿Asistió su marido a sus reuniones?

—Las cancelaron. Supongo que aquel día se cancelaron muchas reuniones. Nos quedamos en la cama con el televisor encendido, intentando asimilar lo que sucedía, hasta que el sol subió. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí.

—Estuvimos hablando de las personas que conocíamos y que podrían estar allí. Supongo que no fuimos los únicos que lo hicimos.

—¿Había alguien?

—Un broker de Shearson Lehman y el subdirector de la librería Borders que había en el centro comercial —dijo—. Uno de ellos está bien. El otro... bueno, ya sabe, el otro no está. ¿Y usted?

Después de todo, no tendría que dar muchos rodeos. Ni siquiera habíamos llegado al restaurante y ahí estaba.

—Yo tenía que estar allí —dije—. Tendría que haber estado. Trabajaba en una compañía de seguros del piso ciento diez.

Ella se paró en seco en la acera, mirándome con los ojos muy abiertos. Supongo que a la gente que nos tuvo que esquivar le pareceríamos amantes.

—¡Scott, no!

—Scott, sí —dije.

Y por fin le conté a alguien cómo me desperté aquel 11 de septiembre, esperando hacer todas las cosas que normalmente hacía un día entre semana, desde preparar una taza de café mientras me afeitaba hasta la taza de chocolate que me bebía mientras miraba los titulares de las noticias de medianoche del canal 13. Un día como cualquier otro, eso es lo que tenía en la cabeza. Creo que eso es lo que los estadounidenses consideran sus derechos. Pues bien, adivinen qué. ¡Eso es un avión! ¡Volando hacia un lado del rascacielos! Ja, ja, gilipollas, es una broma, y medio maldito mundo se está riendo.

Le dije que me asomé por la ventana de mi apartamento y que el cielo estaba perfectamente claro a las siete de la mañana, de un azul tan profundo que casi

esperaba distinguir las estrellas al otro lado. Después le hablé de la voz. Creo que todo el mundo tiene varias voces en la cabeza y que las utilizamos. Cuando tenía dieciséis años, una de las mías me sugirió que me masturbara con las bragas de mi hermana. *Debe de tener mil pares, seguro que no las echará en falta*, había opinado la voz. (A Paula Robeson no le conté esta particular aventura adolescente.) La denominé la voz de la irresponsabilidad máxima, más conocida como el señor Vamos, Toma Nota.

—¿Señor Vamos, Toma Nota?

—En honor a James Brown, el rey del soul.

—Si usted lo dice...

El señor Vamos, Toma Nota me hablaba cada vez menos, especialmente después de que dejé de beber, pero aquel día salió de su letargo el tiempo suficiente para pronunciar una docena de palabras que me cambiaron la vida. Me la salvaron.

Las primeras siete (ahí estaba yo, sentado en el borde de la cama) fueron: *¡Vamos, llama y di que estás enfermo!* Las siete siguientes (yo caminaba con paso lento y pesado hacia la ducha, rascándome el trasero mientras avanzaba) fueron: *¡Vamos, pasa el día en Central Park!* No había ninguna premonición en aquello. Era claramente la voz del señor Vamos, Toma Nota; no la de Dios. Era tan solo una versión de mi propia voz (todas lo son) diciéndome, en otras palabras, que hiciera novillos. *¡Haz alguna gamberrada, por Dios!* La última vez que recordaba haber escuchado esa versión de mi voz había sido en un concurso de karaoke en un bar de Amsterdam Avenue: *¡Vamos, canta con Neil Diamond, idiota! ¡Sube al escenario y enséñales lo malo que eres!*

—Supongo que sé a qué se refiere —dijo ella, esbozando una sonrisa.

—¿Sí?

—Bueno... en una ocasión me quité la camisa en un bar de Key West y gané diez dólares bailando «Honky Tonk Women». —Hizo una pausa—. Edward no lo sabe, y si se lo cuenta, me verá obligada a clavarle en el ojo el broche de su corbata.

—Vamos... menuda caña, tía —dije, y su sonrisa se volvió más nostálgica. Durante un instante pareció más joven. Pensé que aquello podía funcionar.

Entramos en Donald's. En la puerta había un pavo de cartón piedra y peregrinos de cartón piedra en la pared de azulejos verdes sobre la mesa de vapor.

—Escuché al señor Vamos, Toma Nota y aquí estoy —dije—. Pero hay otras cosas, y en eso él no puede ayudarme. Cosas de las que parece que no puedo deshacerme. Y de eso es de lo que quiero hablarle.

—Permita que insista en que no soy psiquiatra —dijo ella, con algo más de impaciencia. La sonrisa había desaparecido—. Mi especialidad es la historia

alemana y un poco de la historia general europea.

Usted y su marido deben de tener mucho de qué hablar, pensé. Pero lo que dije en voz alta fue que no la necesitaba a ella en particular, sino que solo necesitaba a alguien.

—De acuerdo. Solo quería que lo supiera.

El camarero anotó nuestras bebidas, un descafeinado para ella, un café solo para mí. En cuanto el camarero se alejó, Paula preguntó a qué cosas me refería exactamente.

—Esta es una de ellas. —Saqué del bolsillo el cubo de metacrilato con el centavo de acero suspendido en su interior y lo dejé encima de la mesa. Luego le hablé de los otros objetos, y de las personas a las que habían pertenecido. Cleve «a mí el béisbol me sienta muy pero que muy bien» Farrell. Maureen Hannon, que llevaba el pelo largo hasta la cintura como señal de que era una persona indispensable en la empresa. Jimmy Eagleton, que tenía una intuición infalible para detectar demandas por accidentes falsos, un hijo con problemas de aprendizaje y una Almohada para Pedos que se guardaba todos los años en el cajón de su escritorio hasta que llegaba la fiesta de Navidad. Sonja D'Amico, la mejor contable de Light and Bell, cuyas gafas de Lolita se las había regalado su primer marido cuando se divorciaron. Bruce «El Señor de las Moscas» Mason, que siempre aparecía en mis recuerdos sin camisa, soplando la caracola en Jones Beach mientras las olas rompían en sus pies desnudos. Por último, Misha Bryzinski, a quien había acompañado al menos una docena de veces a ver a los Mets. Le conté a Paula cómo había tirado todos los objetos, excepto el muñeco Punch, en el contenedor de la esquina de la Setenta y cinco con Park, y que habían reaparecido en mi apartamento, posiblemente porque me detuve a comprar una segunda ración de pollo General Tso. Durante toda mi disertación, el cubo de metacrilato permaneció entre nosotros encima de la mesa. A pesar de su severo perfil, nos las arreglamos para comer algo.

Cuando terminé de hablar me sentía mejor de lo que me había atrevido a esperar. Pero el silencio al otro lado de la mesa me pareció terriblemente pesado.

—Bueno —dije para romperlo—, ¿qué opina?

Le llevó un rato considerarlo, y no la culpé.

—Opino que ya no somos dos extraños —dijo al fin—, y nunca viene mal hacer un nuevo amigo. Opino que me alegro de haber conocido al señor Vamos, Toma Nota, y me alegro de haberte contado lo que yo hice.

—Yo también.

Y era cierto.

—¿Puedo hacerte dos preguntas?

—Por supuesto.

—¿Cuánto has sufrido eso que llaman «la culpa del superviviente»?

—Pensaba que habías dicho que no eras psiquiatra.

—Y no lo soy, pero he leído muchas revistas e incluso suelo ver el programa de Oprah. Eso sí lo sabe mi marido, aunque preferiría no meterlo en esto. Así que... ¿cuánto, Scott?

Reflexioné. Era una buena pregunta, y, por supuesto, me la había hecho a mí mismo en más de una ocasión en esas noches de insomnio.

—Bastante —dije—. Pero también siento mucho alivio, no voy a negarlo. Si el señor Vamos, Toma Nota fuera una persona real, no le permitiría que pagara la cuenta de ningún restaurante. Al menos cuando estuviera conmigo. —Hice una pausa—. ¿Te sorprende?

Ella se reclinó sobre la mesa y me rozó la mano.

—Lo más mínimo.

Escucharla decir eso hizo que me sintiera un poco mejor de lo que había pensado. Le di un ligero apretón y luego la solté. —¿Cuál es la otra pregunta?

—¿Es muy importante para ti que crea esa historia de los objetos que regresan solos?

Pensé que esa era una pregunta excelente, aun teniendo en cuenta que el cubo de metacrilato estaba allí encima, junto al azucarero. Al fin y al cabo, esos objetos no eran particularmente extraños. Y pensé que si ella se hubiese especializado en psicología en lugar de en historia alemana, probablemente lo habría hecho igual de bien.

—No tanto como pensaba hace una hora —contesté—. El simple hecho de contarlo me ha servido de gran ayuda.

Ella asintió y sonrió.

—Bien. Pues esto es lo que opino: alguien se está divirtiendo a tu costa. Alguien muy poco amable.

—Me están tomando el pelo —dije.

Traté de ocultarlo, pero pocas veces me había sentido tan decepcionado. Quizá era la capa de escepticismo que envuelve a las personas en ciertas circunstancias, para protegerlas. O quizá (probablemente) yo no había logrado transmitir mi convicción de que aquello estaba... ocurriendo de verdad. Que aún estaba ocurriendo. Como las avalanchas.

—Te están tomando el pelo —convino, y luego dijo—: Pero tú no crees que sea eso.

Más puntos por percepción. Asentí con la cabeza.

—Cerré con llave al salir, y la puerta seguía cerrada cuando volví de Staples. Oí el mecanismo de la cerradura al girar. Hace ruido. Es imposible no oírlo.

—Pero aun así... la culpa del superviviente es algo muy extraño. Y, según

dicen las revistas, tiene mucha fuerza.

—Esto... —*Esto no es la culpa del superviviente*, estuve a punto de decir, pero no era buena idea. Tenía la posibilidad de hacer una nueva amiga, y tener una nueva amiga sería genial independientemente de cómo acabara todo aquel asunto. Así que rectifiqué—. No creo que esto sea la culpa del superviviente. —Señalé el cubo de metacrilato—. Está ahí, ¿verdad? Como las gafas de sol de Sonja. Lo estás viendo. Yo también lo veo. Supongo que podría haberlo comprado yo, pero... —Me encogí de hombros, tratando de comunicar lo que sin duda ambos sabíamos: cualquier cosa es posible.

—No creo que lo hayas comprado. Pero tampoco puedo aceptar la idea de que se haya abierto una trampilla entre la realidad y la dimensión desconocida y que esas cosas la hayan atravesado.

Sí, ese era el problema. Paula descartaba por completo la idea de que el cubo transparente y los otros objetos que habían aparecido en mi apartamento tuvieran un origen sobrenatural, por mucho que los hechos pudieran indicar lo contrario. Debía decidir si discutir aquel punto era más importante que hacer una amiga.

Decidí que no.

—De acuerdo —dije. Miré al camarero e hice el gesto de pedir la nota—. Acepto tu incapacidad para aceptarlo.

—¿Sí? —preguntó ella, mirándome con atención.

—Sí. —Y pensé que era verdad—. Si podemos tomarnos un café de vez en cuando, claro. O simplemente saludarnos en el vestíbulo.

—Por supuesto.

Pero me pareció que estaba ausente, no del todo en la conversación. Estaba mirando el cubo de metacrilato con el centavo de acero en su interior. Luego levantó la vista y me miró a mí. Casi pude ver como una bombilla se encendía sobre su cabeza, como en los dibujos animados. Extendió el brazo y cogió el cubo. Jamás sería capaz de expresar el terror tan intenso que sentí cuando hizo eso, pero ¿qué podía decirle? Éramos neoyorquinos en un local limpio y bien iluminado. Por su parte, ella ya había establecido las reglas del juego y excluido con firmeza lo sobrenatural. Lo sobrenatural quedaba fuera de los límites. Todo lo demás sería volver al principio.

Y había una luz en los ojos de Paula. Una luz que sugería que la señora Vamos, Toma Nota estaba en casa, y sé, por experiencia personal, que es muy difícil resistirse a esa voz.

—Regálamelo —propuso ella, sonriendo directamente a mis ojos. Cuando hizo eso vi (por primera vez, la verdad) que era tan sexy como bonita.

—¿Por qué?

Como si no lo supiera.

—Considéralo mis honorarios por escuchar tu historia. —No sé si es buena...

—Lo es —dijo. Ella estaba sucumbiendo a su propia inspiración, y cuando la gente hace eso, raramente acepta un no por respuesta—. Es una idea estupenda. Me aseguraré de que al menos esta pieza de coleccionismo no regrese a tu casa meneando el rabo alegremente. Tenemos una caja fuerte en el apartamento.

Hizo una pantomima encantadora: cerró la puerta de la caja fuerte, giró la combinación y tiró la llave por encima del hombro.

—De acuerdo —accedí—. Te lo regalo.

Experimenté algo que bien podría ser alegría espiritual. Llámenlo la voz del señor Vamos, Lo Lograrás. Al parecer, haberme quitado aquel peso de encima no era suficiente. Ella no me había creído, y al menos una parte de mí quería que me creyesen y le molestaba que Paula no lo hiciera. Esa parte de mí sabía que permitir que se llevara el cubo de metacrilato era una idea muy mala, pero al mismo tiempo se alegró al ver que guardaba el cubo en el bolso.

—Ya está —dijo ella con vivacidad—. Mamá, di adiós, que todos se vayan. Quizá, si esto no ha vuelto dentro de una semana (o dos, supongo que eso depende de lo testarudo que sea tu subconsciente), podrás empezar a deshacerte del resto de las cosas.

Para mí, esa frase fue el verdadero regalo de aquel día, aunque entonces yo aún no lo sabía.

—Quizá —dije, y sonreí. Una enorme sonrisa para mi nueva amiga. Una enorme sonrisa para la mamá bonita. Y entretanto pensaba: *Lo entenderás.*

Vamos.

Y lo hizo.

Tres días después, mientras estaba viendo a Chuck Scarborough explicar las últimas penurias de la ciudad en las noticias de las seis, sonó el timbre de la puerta. Como no esperaba visita, supuse que sería el correo, incluso podría ser Rafe con algo de la FedEx. Abrí la puerta y ahí estaba Paula Robeson.

No era la misma mujer con la que había almorzado. A esta versión de Paula Robeson podríamos llamarla señora Vamos, Qué Quimioterapia Más Horrible. Tenía los labios pintados pero no estaba maquillada, y su tez mostraba un enfermizo tono amarillo blancuzco. Bajo los ojos tenía unos arcos oscuros de color púrpura. Si se había peinado antes de bajar del quinto piso, no le había quedado muy bien. El pelo parecía paja y se le encrespaba a ambos lados de la cabeza como en las tiras cómicas de los periódicos; en otras circunstancias me habría parecido gracioso. Sostenía el cubo de metacrilato frente a su pecho, lo que me permitió advertir que las bien cuidadas uñas de esa mano habían desaparecido.

Se las había comido, hasta la raíz. Y lo primero que pensé, que Dios me ayude, fue: Sí, ya lo ha *entendido*.

Avanzó esa mano hacia mí.

—Quédatelo —dijo.

Lo cogí sin decir nada.

—Se llamaba Roland Abelson —dijo—. ¿Verdad?

—Sí.

—Era pelirrojo.

—Sí.

—No estaba casado pero pagaba la manutención de un hijo a una mujer de Rahway.

Eso no lo sabía —pensé que no debía de saberlo nadie de Light and Bell— pero asentí con la cabeza, y no solo para que continuara hablando. Estaba seguro de que tenía razón.

—¿Cómo se llamaba, Paula?

No sabía por qué se lo preguntaba, solo sabía que tenía que saberlo.

—Tonya Gregson.

Era como si estuviera en trance. Noté algo en sus ojos, algo tan terrible que me costó seguir mirándola. No obstante, almacené el nombre en mi cabeza. *Tonya Gregson, Rahway*. Y luego, como hacen algunos tipos en los inventarios: *Un cubo de metacrilato con un centavo dentro*.

—Intentó protegerse bajo su escritorio, ¿lo sabías? No, ya veo que no. Le ardía el pelo y lloraba. Porque en ese momento entendió que nunca iba a tener un catamarán y que no volvería a cortar el césped de su jardín. —Alargó una mano y la puso sobre mi mejilla, un gesto tan íntimo que habría sido impúdico de no haber tenido la mano tan fría—. Y habría dado hasta el último centavo y cada una de sus acciones bursátiles a cambio de poder volver a cortar el césped. ¿Me crees?

—Sí.

—Los gritos llenaban el edificio, él podía oler el combustible del avión, y comprendió que había llegado su hora. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes la enormidad que hay en eso?

Asentí. No podía hablar. Aunque me hubieran puesto una pistola en la cabeza no habría sido capaz de articular palabra.

—Los políticos hablan de conmemoraciones y coraje, guerras para acabar con el terrorismo, pero una cabeza con el pelo ardiendo es apolítica. —Mostró los dientes en una mueca indescriptible. Un instante más tarde había desaparecido—. Intentaba protegerse debajo de su escritorio con el pelo en llamas. Debajo de la mesa había algo de plástico, una... cómo se llama...

—Una alfombrilla...

—Sí, una alfombrilla, una alfombrilla de plástico. Tenía las manos apoyadas encima y podía sentir la rugosidad del plástico y oler su propio pelo chamuscado. ¿Lo entiendes?

Asentí. Empecé a llorar. Estábamos hablando de Roland Abelson, un compañero de trabajo. Estaba en la sección de Contratos y no lo conocía mucho. Solo nos saludábamos. ¿Cómo podía yo saber que tenía un hijo en Rahway? Y si aquel día no hubiera hecho novillos, probablemente mi pelo también habría ardido. Nunca antes había entendido eso del todo.

—No quiero volver a verte —dijo ella. Repitió esa mueca horrible, pero ahora también ella estaba llorando—. No me interesan tus problemas. No me interesa nada de toda esa mierda que has encontrado. Estoy fuera de esto. De ahora en adelante déjame en paz. —Empezó a volverse, pero se giró de nuevo y dijo—: Lo hicieron en nombre de Dios, pero Dios no existe. Si Dios existiera, señor Staley, habría fulminado a esos dieciocho hombres cuando estaban en la zona de facturación con el billete en la mano, pero Dios no lo hizo. Subieron al avión y esos cabrones llegaron hasta el final.

La observé mientras caminaba hacia el ascensor. Tenía la espalda muy encorvada. Tenía el pelo encrespado a ambos lados de la cabeza, como las chicas de los dibujos animados de los domingos. Ella no quería volver a verme nunca más, y yo no podía culparla. Cerré la puerta y miré al Abe Lincoln de acero del cubo de metacrilato. Lo miré durante un buen rato. Me pregunté cómo habrían olido los pelos de su barba si V. S. Grant hubiera apagado en ella uno de sus interminables cigarrillos. Un desagradable aroma a frito. En la televisión alguien decía que los mejores colchones eran los de Sleepy's. Después apareció Len Berman y habló sobre los Jets.

Esa noche me desperté a las dos de la madrugada y escuché el susurro de las voces. No había tenido ningún sueño ni visión de la gente a la que habían pertenecido los objetos, no había visto a ninguno de ellos con el pelo ardiendo ni saltando por las ventanas para escapar del combustible en llamas del avión, pero ¿por qué debería haber sido así? Yo sabía quiénes eran, y las cosas que dejaron atrás las dejaron para mí. Permitir que Paula Robeson se hubiera quedado con el cubo de metacrilato había sido un error, pero solo porque ella no era la persona adecuada.

Y hablando de Paula... una de las voces era la suya. *Podrás empezar a deshacerte del resto de las cosas*, decía. Y también: *Supongo que eso depende de lo testarudo que sea tu subconsciente*.

Yacía bocabajo y después de un rato conseguí quedarme dormido. Soñaba que estaba en Central Park, echándole de comer a los patos, cuando de repente se produjo un ruido tremendo, como un estampido sónico, y el cielo se llenó de

humo. En mi sueño, el humo olía a pelo quemado.

Pensé en Tonya Gregson, de Rahway —en Tonya y en el niño que quizá (o quizá no) tendría los mismos ojos que Roland Abelson—, y decidí que tenía que ponerme en marcha. Decidí empezar con la viuda de Bruce Mason.

Cogí un tren hasta Dobbs Ferry y llamé a un taxi desde la estación. El taxista me llevó a una casa de estilo Cape Cod de una calle residencial. Le di algo de dinero, le dije que esperara —no tardaría— y llamé al timbre de la puerta. Llevaba una caja debajo del brazo. Parecía una de esas cajas que contienen una tarta.

Solo tuve que llamar una vez porque antes había telefoneado y Janice Mason me estaba esperando. Había preparado mi relato con mucho cuidado, y lo expuse con confianza, sabiendo que el coche que me esperaba en la calle con el taxímetro encendido me salvaría de dar demasiadas explicaciones.

Le dije que el 7 de septiembre —el viernes anterior— había intentado arrancar una nota a la caracola que Bruce tenía en el escritorio, tal como le había escuchado hacer al propio Bruce durante el picnic en Jones Beach. (Janice, la señora del Señor de las Moscas, asintió; ella también había estado allí, por supuesto.) Bueno, continué, para no extenderme demasiado, el caso es que convencí a Bruce para que me prestara la caracola durante el fin de semana para poder practicar. Finalmente, el martes por la mañana me levanté con una sinusitis tremenda y un dolor de cabeza horrible. (Ya había contado esta historia a varias personas.) Estaba tomándome una taza de té cuando oí la explosión y vi la nube de humo. No había vuelto a pensar en la caracola hasta esta semana. Estaba limpiando un armario y..., diablos, ahí estaba. Y sencillamente pensé... bueno, solo es un recuerdo, pero pensé que quizá a usted le gustaría... ya sabe...

Los ojos se le llenaron de lágrimas como lo habían hecho los míos cuando Paula me devolvió el «fondo de jubilación» de Roland Abelson; solo que a los de Janice no les acompañó la expresión de terror que estoy seguro había en mi cara mientras Paula seguía ahí con el pelo encrespado a ambos lados de la cabeza. Janice dijo que le alegraba tener cualquier recuerdo de Bruce.

—No puedo dejar de pensar en cómo nos despedimos —dijo, sosteniendo la caja en sus brazos—. El siempre salía muy temprano porque iba a trabajar en tren. Me besó en la mejilla y yo abrí un ojo y le pedí que cuando volviera trajera una botella de leche. Él dijo que lo haría. Eso fue lo último que me dijo. Cuando me pidió que me casara con él, me sentí como Helena de Troya (es estúpido pero absolutamente cierto). Ojalá le hubiera dicho algo mejor que: «Trae a casa una botella de leche». Pero llevábamos casados mucho tiempo, y aquel día parecía

como otro cualquiera, y... nosotros no lo sabemos, ¿no?

—No.

—Sí. Cualquier despedida puede ser para siempre, y nosotros no lo sabemos. Gracias, señor Staley. Por venir hasta aquí y traerme esto. Ha sido muy amable.

—Entonces sonrió un poco—. ¿Lo recuerda en la playa, sin camisa y soplando la caracola?

—Sí —dije, y observé cómo sostenía la caja. Más tarde se sentaría y sacaría la caracola y la pondría en su regazo y lloraría. Supe que la caracola, al menos, jamás volvería a mi apartamento. Ahora estaba en casa.

Regresé a la estación y me monté en el tren que me llevaría de vuelta a Nueva York. Los vagones estaban prácticamente vacíos a esa hora del día; me senté al lado de una ventana salpicada de lluvia y polvo, y oteé el horizonte cercano y el río que se extendía más allá. En los días lluviosos y nublados podías llegar a pensar que el horizonte era producto de tu imaginación, un trozo cada vez.

Al día siguiente iría a Rahway, con el centavo en el cubo de metacrilato. Quizá el niño lo cogiera con su mano regordeta y lo mirase con curiosidad. Fuera como fuese, el cubo dejaría de formar parte de mi vida. Pensé que el único objeto que me costaría quitarme de encima sería la Almohada para Pedos de Jimmy Eagleton; difícilmente podía acudir a la señora Eagleton y decirle que me lo había llevado a casa durante el fin de semana para practicar con él, ¿no? Pero la necesidad es la madre de la imaginación, y confiaba en que al final se me ocurriría alguna historia aceptable.

Se me ocurrió que con el tiempo aparecerían nuevos objetos. Y mentiría si les dijera que esa posibilidad me parece del todo desagradable. Devolver cosas que las personas creen haber perdido para siempre, cosas con peso, tiene sus compensaciones. Incluso si solo se trata de unas divertidas gafas de sol o un centavo de acero dentro de un cubo de metacrilato... Sí, debo admitir que tiene sus compensaciones.

Tarde de graduación

Janice jamás ha podido dar con la palabra adecuada para el lugar donde vive Buddy. Es demasiado grande para considerarlo una casa y demasiado pequeño para ser una finca, y el nombre que aparece en el buzón al pie del camino de entrada, Harborlights, la desconcierta. Le suena a nombre de restaurante de New London, uno de esos donde el plato especial siempre es pescado. Normalmente zanja el asunto diciendo «donde tú», como en «Vayamos donde tú y juguemos al tenis», o «Vayamos donde tú y nademos en la piscina».

Es casi lo mismo que le pasa con Buddy, piensa mientras le observa atravesar el césped hacia el griterío que se oye al otro lado de la casa, donde está la piscina. Una no querría llamar Buddy «colega» a su novio, pero cuando descubres que su nombre real es Bruce, cuyo diminutivo es también Buddy, te quedas sin motivos para no seguir haciéndolo.

O a la hora de expresar sentimientos, de hecho. Ella sabía que él quería oírle decir que le quería, especialmente el día de su graduación —eso sería, sin duda, un presente mucho mejor que el medallón de plata que ella le había regalado, a pesar de que el medallón le había costado una suma que le hacía apretar los dientes—, pero no podía hacerlo. No podía decirle «Te quiero, Bruce». Lo máximo que podía articular (de nuevo con un encogimiento interior) era «Te tengo muchísimo cariño, Buddy». E incluso eso sonaba como sacado de una comedia musical inglesa.

—No te importa lo que te dijo, ¿verdad? —Eso era lo último que él le había preguntado antes de alejarse por el césped para ponerse el traje de baño—. No te has quedado por eso, ¿no?

—No, solo quiero sacar unas cuantas veces más. Y contemplar las vistas.

Eso era lo que le entusiasmaba de aquel lugar, y nunca tenía suficiente. Porque desde ese lado de la casa se veía la silueta de todo Nueva York, los edificios reducidos a juguetes azules con el sol brillando en las ventanas más altas. Janice pensaba que tratándose de la ciudad de Nueva York, esa sensación de tranquilidad exquisita solo podía experimentarse en la distancia. Era una mentira

que le encantaba.

—Es mi abuela —continuó él—. Y ya sabes cómo es. Todo lo que entra en su cabeza le sale por la boca.

—Lo sé —dijo Janice.

Le gustaba la abuela de Buddy, que no hacía esfuerzo alguno para ocultar su esnobismo. Ahí estaba, en el exterior y marcando el ritmo de la música. Eran los Hope, llegados desde Connecticut con el resto de la Hueste Celestial, muchas gracias. Ella es Janice Gandolewski, que tendrá su propio día de graduación —en Fairhaven High— dentro de dos semanas, después de que Buddy se haya marchado con sus tres mejores colegas a recorrer el Camino de los Apalaches.

Se vuelve hacia la cesta de las pelotas; una joven esbelta de buena estatura con pantalones cortos de tela vaquera, zapatillas y una camiseta de tirantes. Sus piernas se tensan cada vez que se pone de puntillas para sacar. Tiene buen aspecto y lo sabe, aunque es una intuición funcional y nada exigente. Es inteligente, y lo sabe. Muy pocas chicas mantienen relaciones con los muchachos de la Academia —aparte de los habituales aquí-te-pillo-aquí-te-mato, el fugaz y sucio carnaval de invierno y los fines de semana de las fiestas de primavera—, pero ella lo ha hecho a pesar de las marcas que va dejando tras de sí adondequiera que va, como una lata colgada del parachoques de un sedán familiar. Ha logrado mantener ese *bat-trick* social con Bruce Hope, también conocido como Buddy.

Y cuando salían de la sala de juegos del sótano después de jugar a los videojuegos —la mayoría de los otros seguían allí abajo, todavía con el birrete en la cabeza—, oyeron a su abuela, que estaba con los demás adultos en el salón (porque realmente aquella era su fiesta; los chicos tendrían la suya por la noche, primero en el Holy Now! de la Carretera 219, reservado para la ocasión por los padres de Jimmy Frederick, de acuerdo con las normas de obligado cumplimiento dictadas por el comité organizador, y luego, más tarde, en la playa, bajo la luna llena de junio, ¿podrías darme una cucharadita? ¿He oído a alguien desmayarse? ¿Se ha desmayado alguien en la casa?).

—Esa Janice-no-sé-qué-impronunciable —decía la abuela en su peculiar y penetrante tono de voz de dama sorda—. Es muy bonita, ¿verdad? Una pueblerina. Es la amiga actual de Bruce. —No había dicho la modelo aperitivo de Bruce, pero, por supuesto, eso iba incluido en el tono.

Ella se encoge de hombros y lanza unas cuantas pelotas más; las piernas se tensan, la raqueta golpea. Las pelotas vuelan rápidas hacia el otro lado de la red; cada una de ellas aterriza dentro del contenedor que hay al otro lado de la pista.

Ellos han aprendido el uno del otro, y ella sospecha que así son esas cosas. Para lo que están hechos. Y la verdad es que no ha sido muy difícil enseñar a Bruce. La ha respetado desde el principio, quizá demasiado. Tuvo que enseñarle a

limar esa parte... la parte del pedestal idolatrado. Y piensa que no ha sido malo como amante, teniendo en cuenta que los jóvenes tienen denegados los mejores alojamientos y el lujo del tiempo cuando se trata de alimentar a sus cuerpos.

—Lo hicimos lo mejor que pudimos —dice, y decide irse a nadar con los demás y que él presuma de chica por última vez.

El cree que tendrán todo el verano para ellos solos antes de que él se marche a Princeton y ella se vaya a la universidad del estado, pero ella sabe que no; ella piensa que parte del motivo de su próxima excursión a los Apalaches es separarlos tan indolora y completamente como sea posible. En esto Janice no percibe el peso de la mano del sano y feliz padre amigo de sus amigos, ni el de algún modo entrañable esnobismo de la abuela (*una pueblerina, la amiga actual de Bruce*), sino el risueño e imperceptible sentido práctico de la madre, cuyo temor (lo llevaba estampado en su hermosa frente lisa) es que la chica pueblerina con la lata atada al extremo de su nombre se quede embarazada y atrape a su hijo en un matrimonio equivocado.

—Sería un error —murmura ella mientras empuja el contenedor de las pelotas hasta el cobertizo y echa el cierre.

Su amiga Marcy sigue preguntándole qué ve en él: *Buddy*, dice casi con una mueca de desprecio, arrugando la nariz. *¿Qué hacéis durante el fin de semana? ¿Ir a fiestas al aire libre? ¿A partidos de polo?*

De hecho, han estado en un par de partidos de polo, porque Tom Hope aún juega; aunque, según le había contado *Buddy*, tenía toda la pinta de que, si no dejaba de coger peso, aquel iba a ser su último año. Pero además de eso han hecho el amor, algunas veces sudorosa e intensamente. Y a veces él la hace sonreír. Ahora con mucha menos frecuencia —ella sabe que su capacidad para sorprenderla y divertirla dista mucho del infinito—, pero sí, todavía lo consigue. Es un muchacho delgado y de cabeza afilada que ha roto el molde de niño rico engreído de formas interesantes y en ocasiones muy inesperadas. Él también cree que ella es el centro de su mundo, y eso no es completamente malo para la imagen que una chica tiene de sí misma.

De todos modos, ella piensa que él no podrá resistir eternamente la llamada de su naturaleza. Cree que a los treinta y cinco más o menos él habrá perdido la mayor parte o incluso todo el entusiasmo por comer conejos y estará más interesado en coleccionar monedas. O barnizar mecedoras coloniales, como hace su padre en el patio de su —¡ejem!— caserón.

Ella atraviesa despacio la gran extensión de hierba verde con la vista puesta en los juguetes azules de la ciudad que está inmersa en un sueño distante. Cerca se oyen los gritos y los chapuzones de la piscina. Dentro, los padres de Bruce y su abuela y los amigos más próximos estarán celebrando a su manera la graduación

de su polluelo, oficialmente con una taza de té. Esta noche los chicos saldrán y la fiesta será lo que tiene que ser. Ingerirán alcohol y no pocas anfetaminas. La música electrónica retumbará en los grandes altavoces. Nadie pondrá la música country con la que Janice se crió, pero eso no es problema; ella aún sabe dónde encontrarla.

Cuando se gradúe organizará una fiesta mucho más pequeña, probablemente en el restaurante de tía Kay; y por supuesto ella iría a unas aulas menos grandiosas o tradicionales, pero tiene planes: llegar más lejos de lo que sospecha que Buddy llegará incluso en sus sueños. Será periodista. Comenzará en el periódico del campus, y verá adonde la lleva eso. Un peldaño cada vez, ese es el modo de hacerlo. Hay un montón de peldaños en la escalera. Ella tiene un talento que va con su estilo y que disimula su confianza en sí misma. No sabe cuánta tiene, pero lo descubrirá. Y luego está la suerte. Eso también. Sabe lo suficiente para no contar con ella, pero también lo bastante para saber que suele estar del lado de la juventud.

Llega al patio enlosado en piedra y sigue con la mirada el ondulado acre de césped hasta la pista doble de tenis. Todo parece muy grande y muy caro, muy especial, pero es lo bastante sabia para saber que solo tiene dieciocho años. Llegará un día en que todo le parezca común, incluso para el ojo de su memoria. Muy pequeño. Este sentido de la perspectiva anterior es el que hace que te parezca bien ser Janice-no-sé-qué-impronunciable, y una pueblerina, y la amiga actual de Bruce. Buddy, con la cabeza afilada y una frágil habilidad para hacerla reír en las ocasiones más inesperadas. Nunca ha hecho que ella se sintiera inferior, probablemente sabe que lo dejaría en cuanto lo intentara.

Podría atravesar directamente la casa hasta la piscina y los vestuarios del otro lado, pero antes se gira ligeramente hacia su izquierda para contemplar una vez más esa ciudad que está a varios kilómetros de distancia a través de la tarde azul. Le da tiempo de pensar *Algún día esa podría ser mi ciudad, podría llamarla hogar*, cuando una enorme chispa ilumina el cielo, como si algún Dios de las profundidades de la maquinaria hubiese movido rápidamente Su bolígrafo Bic.

El resplandor, que de momento ha sido solo un espeso y aislado golpe de luz, la hace estremecer. Y entonces, toda la parte sur del cielo se ilumina de un espeluznante color rojo sin sonido. El informe resplandor ensangrentado arrasa los edificios. Después, durante un instante, vuelven a estar ahí, pero fantasmales, como vistos a través de lentes superpuestas. Un segundo o una décima de segundo más tarde se han marchado para siempre, y el rojo comienza a tomar la forma de un millar de noticiarios de última hora en las salas de cine, escalando y en ebullición.

Es silencioso, muy silencioso.

La madre de Bruce sale al patio y se acerca a ella entrecerrando los ojos. Lleva un nuevo vestido azul. Un vestido para tomar el té. Su hombro roza el de Janice y ambas miran hacia el sur, al hongo atómico carmesí que asciende y devora el azul. El humo sube por los bordes —la luz del sol es púrpura oscuro— y luego se retira hacia atrás. El color rojo de la bola de fuego es demasiado intenso para mirarlo, la cegará, pero Janice no puede apartar la vista. Las lágrimas caen por sus mejillas en anchos hilillos cálidos, pero no puede apartar la mirada.

—¿Qué es eso? —pregunta la madre de Bruce—. Si es algún tipo de publicidad, ¡es de muy mal gusto!

—Es una bomba —dice Janice. Su voz parece provenir de alguna otra parte. De una vida alimentada en Hartford, quizá. Ahora, unas enormes ampollas negras estallan en el hongo atómico rojo, creando unas horrendas figuras que se mueven y se transforman (ora un gato; ora un perro; ora Bobo, el payaso demonio), haciendo muecas kilométricas por encima de lo que solía ser Nueva York y que ahora es un horno de fundición—. Nuclear. Una bomba todopoderosa. No como una de esas que van en una mochila, ni...

¡Plap! El calor se extiende hacia arriba y hacia abajo por el lado de su cara, y las gotas de agua vuelan a ambos lados de sus ojos, y su cabeza se balancea hacia atrás. La madre de Bruce acaba de abofetearla. Y fuerte.

—¡No bromees con eso! —le ordena la madre de Bruce—. ¡No tiene ni pizca de gracia!

Otras personas se unen a ellas en el patio, pero son poco más que sombras; la visión de Janice se ha perdido con el resplandor de la bola de fuego, o con la nube que ha emborronado el sol. Quizá con ambas cosas.

—¡Eso es de muy... mal... GUSTO!

El volumen de su voz aumenta con cada palabra. «Gusto» es casi un grito.

—Es algún tipo de efectos especiales —dice alguien—, tiene que serlo, o se trata de...

Pero entonces el sonido los alcanza. Es como una roca cayendo por un desfiladero de piedra sin fin. Hace temblar los cristales del lado sur de la casa y ahuyenta a los pájaros que salen de los árboles en escuadrones retorcidos. Llena el día. Y no cesa. Es como un bum que nunca acaba. Janice observa a la abuela de Bruce caminar muy despacio por la senda que comunica con el garaje de coches tapándose los oídos con las manos. Avanza con la cabeza agachada, la espalda inclinada hacia delante y el trasero sobresaliendo por detrás, como un prisionero de guerra recorriendo una larga carretera de refugiados. Algo cuelga de la parte de atrás de su vestido, balanceándose de un lado a otro, y a Janice no le sorprende descubrir (con la poca visión que le queda) que se trata del audífono.

—Quiero despertar —dice un hombre detrás de Janice. Habla en un tono

quejumbroso y molesto—. Quiero despertar. ¡Ya basta!

La nube roja ha crecido en toda su plenitud y se alza en un triunfo abrasador donde hacía noventa segundos estaba Nueva York; un hongo púrpura y rojo oscuro que ha horadado un agujero sobre aquella tarde y todas las que están por llegar.

Comienza a soplar brisa. Es una brisa caliente. Le aparta el pelo de ambos lados de la cabeza, despejando sus oídos para que pueda oír mejor aquella explosión demoledora que no tiene fin. Janice permanece observando, y piensa en golpear unas cuantas pelotas de tenis, una detrás de otra, todas aterrizando tan juntas que podría meterlas en una olla hirviendo. Así es más o menos como ella escribe. Es su talento. O era.

Piensa en la excursión que Bruce y sus amigos no harán. Piensa en la fiesta en el Holy Now! a la que no asistirán. Piensa en los discos de Jay-Z y Beyoncé y The Fray que no escucharán; aunque eso no es una gran pérdida. Y piensa en la música country que su padre escucha en su camioneta cuando va y viene del trabajo. De algún modo eso es mucho mejor. Ella pensará en Patsy Cline o Skeeter Davis y dentro de un ratito, quizá sea capaz de enseñarles a sus ojos qué no deben mirar.

N.

1. La carta

28 de mayo de 2008

Querido Charlie:

Me resulta extraño y a la vez perfectamente natural llamarte así, aunque la última vez que te vi tenía casi la mitad de los años que tengo ahora. Tenía dieciséis y estaba muy enamorada de ti. (¿Lo sabías? Claro que sí.) Ahora estoy felizmente casada y tengo un niño pequeño, y te veo continuamente en la CNN hablando de temas médicos. Sigues igual de guapo (¡bueno, casi!) que «al final del día», cuando los tres íbamos a pescar y a ver películas en The Railroad, en Freeport.

Parece que haya pasado muchísimo tiempo desde esos veranos; tú y Johnny, inseparables, y yo acompañándoos siempre que me dejabais. ¡Probablemente más a menudo de lo que merecía! Sin embargo, tu nota de condolencia me devolvió todos los recuerdos, y vaya si lloré. No solo por Johnny, sino por nosotros tres. Y supongo que también por lo simple y sencilla que parecía la vida. ¡Qué afortunados éramos!

Habrás visto su necrológica, por supuesto. Una «muerte accidental» puede encubrir multitud de pecados, ¿verdad? En la historia que contaron los periódicos, la muerte de Johnny fue explicada como el resultado de una caída, y por supuesto que cayó —en un aprieto que todos conocíamos bien, y sobre el que me preguntó las Navidades pasadas—, pero no fue un accidente. Había una elevada cantidad de sedantes en su sangre. No lo bastante para matarlo, pero, según el juez de

instrucción, lo bastante para desorientarlo, especialmente si estaba asomado a una barandilla. Así pues, «muerte accidental». Pero yo sé que se suicidó.

No había ninguna nota en casa ni en su cuerpo, tal vez Johnny hubiera considerado eso un acto amable. Y tú, que eres médico, sabrás que la tasa de suicidios entre los psiquiatras es extremadamente alta. Es como si los males del paciente fueran algún tipo de ácido que devora las defensas psíquicas de sus terapeutas. En la mayoría de los casos esas defensas son lo bastante espesas para permanecer intactas. ¿En el de Johnny? Creo que no... por culpa de un paciente insólito. No durmió mucho durante los últimos dos o tres meses de su vida; ¡qué círculos oscuros tan horribles tenía debajo de los ojos! Además, cancelaba un montón de citas. Y se iba a dar largos paseos en coche. Nunca decía adonde iba, pero creo que puedo adivinarlo.

Esto me lleva al documento adjunto, el cual espero que mires cuando termines esta carta. Sé que estás muy ocupado, pero —¡por si sirve de algo!— piensa en mí como en la chica que estaba perdidamente enamorada, que llevaba el pelo recogido en una cola de caballo que siempre acababa soltándose, ¡y que te seguía a todas partes!

Aunque Johnny tenía su propia consulta, había formado una afiliación relajada con otros dos psiquiatras en los últimos cuatro años de su vida. Después de su muerte, toda la documentación de los casos que tenía entre manos (no muchos, debido a sus recortes) acabaron en la mesa de uno de esos médicos. Todos esos documentos estaban en su oficina. Pero mientras limpiaba el despacho que tenía en casa, me topé con el manuscrito que te adjunto. Son apuntes sobre un paciente al que llama «N.», pero yo ya había visto en otras ocasiones las notas que escribía sobre sus casos (no para fisgonear sino porque de vez en cuando encontraba una carpeta abierta encima de su escritorio), y sé que aquellas no eran como las demás. Por una razón: no las había escrito en su oficina. No llevaban membrete, al contrario que las otras notas que yo había visto, ni el sello CONFIDENCIAL estampado en rojo al pie. Además, verás que en las páginas hay una línea vertical apenas perceptible. Eso es cosa de la impresora que tenemos en casa.

Pero hay algo más, lo verás en cuanto desenvuelvas la caja. En la tapa había escrito dos palabras en gruesos trazos de color negro: QUEMA ESTO. Estuve a punto de hacerlo, sin mirar qué había dentro. Pensé, que Dios me perdone, que podría ser su alijo particular de drogas o fotografías pornográficas sacadas de alguna página de internet. Al final, como la hija de Pandora que soy, me pudo la curiosidad. Ojalá no hubiera sido así.

Charlie, se me ocurre que mi hermano podría haber planeado escribir un libro, algo popular al estilo de Oliver Sacks. Pero considerando este manuscrito, que inicialmente centró en la conducta obsesivo-compulsiva, y cuando le añado su

suicidio (¡si es que fue un suicidio!), me pregunto si su interés no surgió de aquel viejo proverbio «¡Médico, cúrese usted mismo!».

En cualquier caso, el informe de N. y las notas cada vez más fragmentadas de mi hermano me parecieron bastante inquietantes. ¿Cuánto? Lo suficiente para enviar el manuscrito —no he hecho copias, se trata del original— a un amigo al que él no había visto en los últimos diez años y yo en los últimos catorce. En un principio pensé: «Tal vez podría publicarse. Sería como una especie de homenaje a mi hermano».

Pero ya no lo pienso. La cuestión es que el manuscrito parece tener vida, y no en el buen sentido de la palabra. Conozco los lugares que se mencionan en él, ya ves (apuesto a que tú también conoces algunos; el campo del que habla N, como Johnny apunta en sus notas, debe de estar muy cerca del colegio al que íbamos cuando éramos niños), y desde que leí esas páginas necesito imperiosamente intentar descubrirlo. No pese a la naturaleza inquietante del manuscrito sino debido a ello, y si eso no es una obsesión, ¡¡¿qué es?!!

No creo que descubrirlo sea buena idea.

Pero la muerte de mi hermano me persigue, y no solo porque era mi hermano. Así que acepta el manuscrito que te adjunto. ¿Lo leerás? ¿Lo leerás y me dirás qué opinas? Gracias, Charlie. Espero que esto no haya sido mucha intromisión. Y... si al final decides honrar la petición de Johnny y lo quemas todo, jamás oirás un murmullo de protesta por mi parte.

Con cariño,
de la «hermanita» de Johnny Bonsaint,

Sheila Bonsaint LeClaire
964 Lisbon Street
Lewiston, Maine 04240

PD: ¡Caramba! ¡Qué enamorada estaba de ti!

2. Los apuntes

1 de junio de 2007

N. tiene cuarenta y ocho años, es socio en una importante empresa de finanzas, divorciado, padre de dos hijas. Una está realizando el posgrado en California, la otra está en el instituto, aquí, en Maine. Describe la relación actual con su ex mujer como «distante pero cordial».

Dice: «Sé que aparento más de cuarenta y ocho años. Eso es porque no duermo. He probado con Ambien y con el otro, el de la polilla verde, pero solo consiguen dejarme grogui».

Cuando le pregunto cuánto tiempo hace que sufre insomnio, no necesita pensarlo.

«Diez meses.»

Le pregunto si ha acudido a mí por el insomnio. Él sonríe mirando al techo. La mayoría de los pacientes eligen el sillón, al menos en la primera visita —una mujer me dijo que si se echara en el diván se sentiría como un «chiste neurótico de una tira cómica del *New Yorker*»—, pero N. ha ido directamente hacia el diván.

Ahí yace con las manos fuertemente entrelazadas sobre su pecho.

«Creo que ambos sabemos que es mucho más que eso, doctor Bonsaint», dice.

Le pregunto a qué se refiere.

«Si solo quisiera deshacerme de esas bolsas que tengo debajo de los ojos, habría visitado a un cirujano plástico o habría acudido a mi médico de cabecera (que, por cierto, fue quien me recomendó que viniera; dice que es usted muy bueno) y le hubiera pedido algo un poco más fuerte que el Ambien o que las pastillas de la polilla verde. Tiene que haber algo más fuerte, ¿no?»

Yo no respondo.

«Por lo que sé, el insomnio siempre es un síntoma de algo más.»

Le digo que en la mayoría de los casos es así, pero no siempre. Y añado que si el problema es otro, el insomnio raramente es el único síntoma.

«Oh, tengo otros —dice—. Un montón. Mire mis zapatos, por ejemplo.»

Miro sus zapatos. Son unas botas con cordones. La de la izquierda la lleva atada arriba del todo, pero la derecha la lleva atada abajo. Le digo que eso es muy interesante.

«Sí —dice—. En el instituto estaba de moda que las chicas se ataran abajo las zapatillas altas de lona si estaban saliendo en serio con alguien. O si había algún chico que les gustaba y querían salir formalmente con él.»

Le pregunto si él está saliendo con alguien, pensando que eso podría aliviar la tensión que percibo en su postura —los nudillos de sus manos entrelazadas están blancos, como si temiera que pudieran salir volando si no ejercía una presión determinada para mantenerlas donde están—, pero no se ríe. Ni siquiera sonríe.

«Estoy un poco más allá de esa etapa de mi vida —dice—, pero hay algo que deseo.»

Reflexiona.

«Intenté atarme los dos zapatos abajo del todo. No hubo manera. Así que uno arriba y otro abajo; la verdad es que parece que eso me ha hecho algún bien.» Libera la mano derecha de la trampa mortal de la mano izquierda y la alza con el pulgar y el índice extendidos, casi tocándose: «Algo así».

Le pregunto qué quiere.

«Pues que mi mente recobre el juicio. Pero intentar curar la mente atándome los zapatos según el código de comunicación del instituto... ligeramente adaptado a la situación actual... es una locura, ¿no cree? Y los locos deberían pedir ayuda. Aquellos a los que les queda algo de cordura, me halaga contarme entre ellos, lo saben. Por eso estoy aquí.»

Vuelve a enlazar las manos y me mira con desafío y miedo. Y también, pienso, con algo de alivio. Ha permanecido despierto tratando de imaginar cómo será decirle a un psiquiatra que teme perder la cordura, y cuando lo ha hecho, no he salido gritando de la habitación ni he llamado a los hombres de la bata blanca. Algunos pacientes imaginan que tengo a unos cuantos hombres de bata blanca esperando en la habitación de al lado, equipados con camisas de fuerza y redes para cazar mariposas.

Le pido que me dé algunos ejemplos de los desvaríos de su cordura, y él se encoge de hombros.

«La típica conducta obsesivo-compulsiva de mierda. Usted ha oído hablar de eso cientos de veces. Por eso he venido aquí, para superarlo. Lo que pasó en agosto del año pasado. Pensé que quizá usted pudiera hipnotizarme y hacer que lo olvidara.»

Me mira con esperanza.

Le digo que, aunque nada es imposible, el hipnotismo funciona mucho mejor cuando se emplea como una ayuda a la memoria que como bloqueo.

«Ah —dice—. Eso no lo sabía. Mierda.»

Vuelve a mirar el techo. Los músculos del lado de su rostro se han puesto en marcha, y pienso que tiene algo más que decir.

«Podría ser peligroso, ya sabe.» Se detiene, pero solo es una pausa; los músculos de su mandíbula siguen contrayéndose y relajándose. «Lo que me pasa podría ser muy peligroso.» Otra pausa. «Para mí.» Otra pausa. «Posiblemente para otros.»

Cada sesión de terapia es una serie de elecciones; bifurcaciones sin carteles. Aquí podría preguntarle qué es —esa cosa peligrosa—, pero elijo no hacerlo. Lo que le pregunto es a qué conducta obsesivo-compulsiva de mierda se refiere. Algo

diferente a un zapato atado arriba y el otro abajo, que por cierto es un ejemplo condenadamente bueno. (Eso no lo digo.)

«Ya lo sabe», dice, y me dedica una mirada astuta que hace que me sienta un poco incómodo. No lo demuestro; no es el primer paciente que consigue que me sienta así. Los psiquiatras son, en realidad, espeleólogos, y cualquier espeleólogo te diría que las cuevas están llenas de bichos y murciélagos. No son agradables, pero la mayoría son inofensivos.

Le pido que me ponga al corriente. Y le recuerdo que todavía estamos conociéndonos.

«Lo nuestro todavía no es serio, ¿eh?»

No, todavía no, le digo.

«Bueno, pronto nos irá mejor —dice—, porque yo estoy aquí con la Alerta Naranja, doctor Bonsaint. Lindando con la Alerta Roja.»

Le pregunto si cuenta las cosas.

«Por supuesto que sí —dice—. El número de claves de los crucigramas del *New York Times*..., y los domingos las cuento dos veces, porque esos crucigramas son más grandes y una segunda comprobación parece adecuada. Necesaria, de hecho. Mis pasos. Las veces que suena la línea del teléfono cuando llamo a alguien. Entre semana suelo almorzar en el Colonial Diner, a tres manzanas de mi despacho, y mientras voy hacia allí cuento los zapatos negros. En el camino de vuelta cuento los zapatos marrones. Una vez lo intenté con los rojos, pero fue ridículo. Solo las mujeres llevan zapatos rojos, y no muchas, por cierto. Al menos no durante el día. Solo conté tres pares, así que regresé al Colonial y volví a empezar, pero esa vez conté los zapatos marrones.»

Le pregunto si tiene que contar un número de zapatos determinado para sentirse satisfecho.

«Treinta está bien —dice—. Quince pares. La mayoría de los días no hay problema.»

Y ¿por qué es necesario alcanzar esa cifra determinada?

Reflexiona, luego me mira.

«Si le digo que usted ya lo sabe, ¿me pedirá que le explique qué es lo que se supone que sabe? Es decir, usted ya se ha enfrentado antes a la conducta obsesivo-compulsiva, y yo la he investigado, exhaustivamente, tanto en mi propia cabeza como en internet, así que, ¿no podríamos ir al grano?»

Le explico que la mayoría de las personas que cuentan las cosas sienten que llegar a un número determinado, conocido como «la cifra objetivo», es necesario para mantener el orden. Para que el mundo siga girando sobre su eje, por así decirlo.

Él asiente, satisfecho, y la esclusa se abre.

«Un día, cuando estaba haciendo el recuento de regreso a la oficina, me crucé con un hombre que tenía amputada la pierna hasta la rodilla. Iba con muletas, con un calcetín en el muñón. Si hubiera llevado un zapato negro no habría habido ningún problema. Porque yo estaba haciendo el camino de regreso, ya sabe. Pero era marrón. Eso me tuvo desconcertado durante todo el día, y esa noche no pegué ojo. Porque los números impares son malos. —Se da un golpecito en la cabeza—. Al menos aquí lo son. Una parte racional de mi mente sabe que eso es una estupidez, pero hay otra parte que sabe que no lo es en absoluto, y esa parte es la que manda. Usted pensará que cuando no ocurre nada malo (de hecho aquel día ocurrió algo bueno, sin ninguna razón aparente nos cancelaron una auditoría de Hacienda que nos preocupaba bastante) el hechizo debería romperse, pero no fue así. Había contado treinta y siete zapatos marrones en lugar de treinta y ocho, y cuando el mundo no se terminó, la parte irracional de mi mente dijo que eso era porque no solo había superado la barrera de los treinta sino porque además la había superado con creces.

«Cuando cargo el lavavajillas, cuento los platos. Si el número supera los diez, todo va bien. Si no, añado el número correcto de platos limpios para enderezar las cosas. Con los tenedores y las cucharas, lo mismo. Tiene que haber al menos doce piezas en el pequeño recipiente de plástico del frontal del lavavajillas. Lo que significa que, desde que vivo solo, normalmente debo añadir cubiertos limpios.»

Le pregunto qué pasa con los cuchillos, y él sacude la cabeza una vez.

«Cuchillos nunca. En el lavavajillas no.»

Cuando pregunto por qué no, me dice que no lo sabe. Luego, después de una pausa, me lanza de soslayo una mirada culpable.

«Siempre lavo los cuchillos a mano, en el fregadero.»

Comento que meter los cuchillos podría perturbar el orden del mundo.

«¡No! —exclama—. Lo comprende, doctor Bonsaint, pero no lo comprende del todo.»

Entonces tiene usted que ayudarme, le digo.

«El orden del mundo ya está perturbado. Lo perturbé yo el verano pasado, cuando fui al Campo de Ackerman. Pero no lo entendí. Entonces.»

Pero ¿ahora sí?, le pregunto.

«Sí. No todo, pero lo suficiente.»

Le pregunto si está intentando arreglar ese desorden o solo intenta que no vaya a peor.

Una mirada de alivio indescriptible llena su rostro; todos los músculos se han relajado. Algo que imploraba ser mencionado por fin ha sido pronunciado en voz alta. Esos son los momentos por los que yo vivo. No es una cura, ni mucho menos, pero N. ha sentido cierto alivio. Dudo que lo esperase. La mayoría de los

pacientes no lo esperan.

«No puedo arreglarlo —susurra—. Pero puedo hacer que las cosas no empeoren. Sí. Estoy en ello.»

De nuevo me encuentro en una de esas bifurcaciones. Podría preguntarle qué ocurrió el verano pasado —presumo que en agosto— en el Campo de Ackerman, pero probablemente todavía sea demasiado pronto. Será mejor que primero aflojemos un poco más las raíces de ese diente infectado. Y realmente dudo que la fuente de esa infección sea tan reciente. Lo más probable es que lo que sea que le sucedió el verano pasado tan solo fue algo así como un percutor.

Le pido que me hable de los otros síntomas.

Se ríe.

«Eso podría llevarnos todo el día, y solo tenemos... —Echa un vistazo a su muñeca—. Nos quedan veintidós minutos. El veintidós es un buen número, por cierto.»

¿Porque es par?, le pregunto.

Su asentimiento indica que estoy malgastando el tiempo en cosas obvias.

«Mis... mis síntomas, como usted los llama..., vienen en grupos. —Ahora está mirando el techo—. Hay tres grupos. Sobresalen de mí... de la parte sana de mí... como rocas... rocas, ya sabe... oh, Dios, Dios mío, como esas malditas rocas de ese maldito campo...»

Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Al principio no parece darse cuenta, sigue tumbado en el diván con los dedos entrelazados, mirando el techo. Pero luego busca con la mano la mesa que tiene a su lado, donde está lo que Sandy, mi recepcionista, llama La Eterna Caja de Kleenex. Coge dos, se seca las mejillas y luego los estruja. Desaparecen bajo sus dedos entrelazados.

«Hay tres grupos —continúa, en un tono de voz vacilante—. Contar es el primero. Es importante, pero no tanto como tocar. Hay determinadas cosas que necesito tocar. Los hornillos de la estufa, por ejemplo. Antes de salir de casa por la mañana o cuando me voy a la cama por la noche. Podría ver a simple vista si están apagados (todos los mandos apuntando hacia arriba, y todos los hornillos oscuros), pero aun así tengo que tocarlos para estar absolutamente seguro. Y el frontal de la puerta del horno, por supuesto. Luego empiezo a tocar los interruptores de la luz antes de salir de casa o del despacho. Solo un rápido toque doble. Antes de montarme en el coche, tengo que dar cuatro golpecitos en el techo. Y seis veces cuando llego a donde me dirigía. El cuatro es un buen número, y el seis es un número estupendo, pero el diez... el diez es...»

Puedo ver la senda de una lágrima que ha olvidado limpiar, corre en zigzag desde el rabillo de su ojo derecho hasta el lóbulo de su oreja.

¿Como salir en serio con la chica de sus sueños?, apunto. Sonríe. Tiene una

sonrisa encantadora y exhausta; una sonrisa con la que cada vez resulta más difícil levantarse por la mañana.

«Eso es —dice—. Y ella se ha atado los cordones en la parte de abajo para que todo el mundo lo sepa.»

¿Toca otras cosas?, pregunto, aunque ya sé la respuesta. He visto muchos casos como el de N. durante los cinco años que llevo en la profesión. A veces imagino a estos desgraciados como hombres y mujeres picoteados hasta la muerte por aves rapaces. Los pájaros son invisibles —al menos hasta que un buen psiquiatra, o uno que tiene suerte, o ambas cosas, los rocía con su versión de Luminol y los ilumina—, pero sin embargo son muy reales. Lo sorprendente es que, de todas maneras, muchas personas con conducta obsesivo-compulsiva se las arreglan para tener una vida productiva. Trabajan, comen (a menudo no lo bastante o demasiado, es cierto), van al cine, hacen el amor con sus novias y novios, con sus esposas y maridos... y los pájaros están ahí todo el tiempo, pegados a ellos y arrancándoles trocitos de carne.

«Toco muchas cosas —dice, y nuevamente honra al techo con una encantadora y exhausta sonrisa—. Lo que usted nombre, yo lo toco.»

Así que contar es importante, le digo, pero tocar lo es más. ¿Qué es más importante que tocar?

«Colocar cosas —dice, y de pronto se estremece, como un perro que se ha quedado fuera bajo la fría lluvia—. Oh, Dios.»

De repente se sienta y saca las piernas del diván. En la mesa que tiene al lado hay un jarrón con flores además de La Eterna Caja de Kleenex. Moviéndose a gran velocidad, desplaza el jarrón y la caja para que queden en diagonal. Luego saca dos tulipanes del jarrón y los coloca tallo con tallo, de manera que una flor queda en contacto con la caja de Kleenex y la otra con el jarrón.

«Así es más seguro —dice. Duda, luego asiente, como si su mente le hubiera confirmado que lo que está pensando es correcto—. Esto preserva el mundo. —Vuelve a dudar—. Por ahora.»

Echo un vistazo a mi reloj. El tiempo ha acabado, y hemos avanzado lo suficiente por un día.

Hasta la semana que viene, le digo. A la misma bati-hora, en el mismo bati-canal. A veces convierto ese pequeño chiste en una pregunta, pero no con N. Él necesita regresar, y lo sabe.

«No hay una cura mágica, ¿no?», pregunta. Esta vez la sonrisa es casi demasiado triste para mirarla.

Le digo que debería sentirse mejor. (Este tipo de sugestión positiva nunca hace daño, todos los psiquiatras lo saben.) Luego le digo que deje de tomar Ambien y «las pastillas de la polilla verde»; supongo que se trata de Lunesta. Si

no le hacen efecto durante la noche, lo único que conseguirán es causarle problemas durante las horas que pasa despierto. Quedarse dormido en la salida 295 de la autopista no resolverá ninguno de sus problemas.

«No —dice—. Supongo que no. Doctor, no hemos llegado a hablar de la causa última. Yo sé cuál es...»

La semana que viene llegaremos a eso, le digo. Mientras tanto, quiero que se concentre en un listado dividido en tres secciones: contar, tocar y colocar. ¿Lo hará?

«Sí», dice.

Le pregunto, casi como por casualidad, si ha pensado en suicidarse.

«Se me ha pasado por la cabeza, pero tengo un gran trabajo que hacer.»

Esa es una respuesta interesante y a la vez problemática.

Le entrego mi tarjeta y le digo que me llame —día o noche— si la idea del suicidio empieza a parecerle más atractiva. Dice que lo hará. Pero en ese punto casi todos lo prometen.

Entretanto, le digo en la puerta y poniendo una mano en su hombro, siga tomándose la vida en serio.

El me mira, pálido, ya no sonrío; un hombre despedazado por los picotazos de aves invisibles.

«¿Ha leído *El gran dios Pan*, de Arthur Machen?»

Niego con la cabeza.

«Es la historia más terrorífica que jamás se ha escrito —dice—. En ella, uno de los personajes dice “la lujuria siempre prevalece”. Pero lo que quiere decir no es “lujuria”, sino “compulsión”.»

¿Paxil? Quizá Prozac. Nada hasta que avance con este paciente tan interesante.

7 de junio de 2007

14 de junio de 2007

28 de junio de 2007

N. trae los «deberes» hechos a nuestra siguiente sesión, como estaba seguro que haría. Hay muchas cosas en este mundo de las que no puedes depender, y mucha gente en la que no puedes confiar, pero las personas con conducta obsesivo-compulsiva, a menos que estén muriéndose, casi siempre completan sus tareas.

En un sentido, sus listados son cómicos; en otro sentido, tristes; en otro, francamente terribles. Al fin y al cabo es contable, y doy por hecho que ha usado uno de sus programas de contabilidad para crear los contenidos de la carpeta que me tiende antes de dirigirse hacia el diván. Son tablas de cálculo. Solo que en

lugar de inversiones y flujo de tesorería, esos listados detallan el terreno tan complejo de las obsesiones de N. Las dos primeras páginas están encabezadas por la palabra CONTAR; las dos siguientes, por TOCAR; las últimas seis, por COLOCAR. Ojeando las páginas me cuesta entender de dónde saca el tiempo para hacer cualquier otra actividad, aunque las personas con conducta obsesivo-compulsiva casi siempre encuentran la manera. Vuelvo a pensar en la idea de las aves invisibles; las veo posándose sobre N., arrancándole la carne con picotazos sangrientos.

Cuando alzo la vista, está en el diván, de nuevo con las manos entrelazadas firmemente sobre su pecho. Y ha reorganizado el jarrón y la caja de pañuelos, así que ahora están conectados otra vez formando una diagonal. Hoy, las flores son lirios blancos. Al verlas de ese modo, tendidas sobre la mesa, no puedo evitar pensar en un funeral.

«Por favor, no me pida que vuelva a ponerlas como antes —dice él, disculpándose pero firme—. Si tengo que hacerlo, me marcharé.»

Le digo que no tengo intención de pedirle que vuelva a ponerlas en su sitio. Alzo las páginas de los listados y le felicito por lo profesionales que parecen. Él se encoge de hombros. Entonces le pregunto si las listas son una apreciación global o si únicamente cubren la semana pasada.

«Solo la semana pasada», dice. Como si para él careciera de interés. Supongo que es así. Un hombre al que están picoteando hasta la muerte poco interés puede tener en los insultos y lesiones recibidos en el último año, o incluso en los de la última semana; su mente solo vive el presente. Y, Dios lo ayude, el futuro.

Le digo que en los listados debe de haber unos dos o tres mil ítems.

«Llámelos eventos. Así es como yo los llamo. Hay seiscientos cuatro eventos en el apartado de contar, ochocientos setenta y ocho en el apartado de tocar, y dos mil doscientos cuarenta y seis en el de colocar. Todos son números pares, por si no se ha dado cuenta. Todos suman tres mil setecientos veintiocho, también un número par. Si sumamos los dígitos individuales de esa cifra —3.728—, el total es veinte, también par. Un buen número. —Asiente, como si confirmase esa información para sí mismo—. Divida 3.728 entre dos y obtendrá mil ochocientos sesenta y cuatro. La suma de los dígitos de 1.864 da diecinueve, un número impar muy poderoso. Poderoso y dañino.» Se estremece un poco.

Debe de estar muy cansado, le digo.

No me responde verbalmente, ni siquiera asiente, pero responde. Las lágrimas se deslizan por sus mejillas hasta las orejas. Soy reacio a añadirle más carga, pero reconozco un hecho: si no empezamos pronto a trabajar —«a escarbar», como diría mi hermana Sheila—, no conseguirá salir adelante. Puedo ver ya cierto deterioro en su aspecto (lleva la camisa arrugada, va mal afeitado, necesita con

urgencia un corte de pelo), y si preguntara a sus colegas por él, estoy casi seguro de que vería ese intercambio de miradas que dice tanto. Esos listados son sorprendentes a su manera, pero está claro que a N. empiezan a fallarle las fuerzas. Me parece que no nos queda otra que entrar directamente en el meollo de la cuestión, y hasta que no lleguemos allí, no podrá tomar ni Paxil ni Prozac ni nada por el estilo.

Le pregunto si está preparado para contarme qué le ocurrió el pasado agosto.

«Sí —dice—. Para eso he venido.» Coge un par de pañuelos de la Caja Eterna y se limpia las mejillas. «Pero, doctor..., ¿está seguro?»

Jamás he tenido un paciente que me preguntara algo así, ni que me hablara en ese tono de reacia simpatía. Pero le digo que sí, que estoy seguro. Mi trabajo es ayudarle, pero para poder hacerlo, él tiene que estar dispuesto a ayudarse a sí mismo.

«¿Incluso si eso le pone en peligro de perder la cabeza, como yo lo estoy ahora? Porque podría ocurrir. Estoy perdido, pero creo, o eso espero, que aún no he llegado al punto del hombre que se está ahogando, tan aterrorizado que estaría dispuesto a llevarme conmigo a quienquiera que tratase de salvarme.»

Le digo que no le entiendo del todo.

«Estoy aquí porque todo esto podría estar en mi cabeza —dice, y se golpea la sien con los nudillos, como si quisiera asegurarse de que sé dónde tiene la cabeza—. Pero podría no ser así. La verdad es que no puedo asegurarlo. A eso es a lo que me refiero cuando digo que estoy perdido. Y si no se trata de algo mental (si lo que vi y sentí en el Campo de Ackerman es de verdad), entonces es que tengo algún tipo de infección. Y podría contagiarle.»

El Campo de Ackerman. Lo anoto en un cuaderno, aunque todo estará en las cintas de cassette. Cuando éramos niños, mi hermana y yo asistíamos al Colegio Ackerman, en la pequeña localidad de Harlow, en la ribera del Androscoggin. No está muy lejos de aquí; a cincuenta kilómetros como mucho.

Le digo que correré el riesgo, y añado que estoy seguro de que al final —más refuerzo positivo— ambos estaremos bien.

Él emite una sorda carcajada.

«Lo que no significa que sea agradable», dice.

Hábleme del Campo de Ackerman.

Él suspira y dice: «Está en Motton. En la orilla este del Androscoggin».

Motton. El pueblo siguiente a Chester's Mill. Nuestra madre solía comprar leche y huevos en la Boy Hill Farm de Motton. N. está hablando de un lugar que no puede estar a más de doce kilómetros de la granja donde me crié. Me falta poco para decir: ¡Lo conozco!

No lo hago, pero él me mira con dureza, casi como si me hubiera leído el

pensamiento. Quizá lo ha hecho. No creo en la percepción extrasensorial, pero tampoco la descarto del todo.

«No vaya allí nunca, doctor —dice—. Ni siquiera para echar un vistazo. Prométamelo.»

Le doy mi palabra. De hecho, hace más de quince años que no paso por esa zona degradada de Maine. En kilómetros está cerca, pero está muy lejos de mis deseos. Thomas Wolfe realizó una afirmación radical cuando tituló su obra maestra *No puedes volver a casa*; eso no es cierto para todo el mundo (mi hermana Sheila vuelve a menudo; ella aún conserva a muchos amigos de la infancia), pero es cierto para mí. Aunque supongo que yo titularía mi propia novela *Nunca volveré a casa*. Lo que recuerdo son matones con labios leporinos en el patio del colegio, casas vacías con ventanas sin cristales, coches para chatarra, y cielos que siempre parecían blancos y fríos y repletos de cuervos huidizos.

«De acuerdo —dice N, y por un momento muestra sus dientes al techo. No de forma agresiva; estoy bastante seguro de que es la expresión propia de un hombre que se prepara para hacer un duro trabajo que le dejará dolorido hasta el día siguiente—. No sé si podré explicarme muy bien, pero lo haré lo mejor que pueda. Lo más importante que hay que recordar es que hasta ese día de agosto lo más parecido a una conducta obsesivo-compulsiva que había hecho era entrar por segunda vez en el cuarto de baño antes de irme al trabajo para asegurarme de que me había quitado todos los pelos de la nariz.»

Quizá esto sea verdad; pero lo más probable es que no. No hablo de ello. Lo que hago es pedirle que me cuente qué ocurrió ese día. Y lo hace.

Lo hace durante las tres sesiones siguientes. En la segunda de esas sesiones — el 15 de junio —, me trae un calendario. Se trata, como suele decirse, de la Prueba A.

3. La historia de N.

Soy contable por obligación y fotógrafo por devoción. Después de divorciarme — y de que las niñas crecieran, lo cual es un tipo diferente de divorcio, aunque casi

igual de doloroso—, pasaba la mayoría de los fines de semana haciendo excursiones, fotografiando paisajes con mi Nikon. Es una cámara de carrete, no digital. Hacia finales de cada año, escogía las doce mejores imágenes y las convertía en un calendario. Tenía que imprimirlas en un pequeño comercio de Freeport llamado The Windhover Press. Son caros, pero trabajan bien. Repartía los calendarios entre mis amigos y los colegas del despacho. También entre algunos clientes, pero no muchos; los clientes a los que facturamos cinco o seis cifras generalmente agradecen más algo plateado. Por mi parte, yo siempre prefiero la fotografía de un buen paisaje. No tengo ninguna del Campo de Ackerman. Tomé algunas, pero nunca salieron en el revelado. Más tarde pedí prestada una cámara digital. No solo no pude revelar las fotografías, sino que la cámara se estropeó. Tuve que comprarle una nueva al tipo que me la prestó. Lo normal. De todos modos, por entonces creo que habría destruido todas las fotos que había tomado de ese lugar. Si eso me lo permitía, claro.

[Le pregunto a qué se refiere con «eso». N. pasa por alto la pregunta, como si no la hubiese oído.]

He tomado fotos de todos los rincones de Maine y New Hampshire, pero tiendo a aferrarme demasiado a mi tierra. Vivo en Castle Rock —más allá de Castle View—, pero me crié en Harlow, como usted. No se sorprenda tanto, doctor; después de que mi médico de cabecera me recomendó que lo visitara, lo localicé a través de Google. Hoy día todo el mundo espía a todo el mundo mediante Google, ¿no es así?

En todo caso, lo mejor de mi trabajo lo realicé en esa zona central de Maine: Harlow, Motton, Chester's Mill, St. Ivés, Castle-St.-Ives, Cantón, Lisbon Falls. En otras palabras, toda la ribera del poderoso Androscoggin. De algún modo, esas imágenes parecen más... reales. El calendario de 2005 es un buen ejemplo. Le traeré uno y así podrá decidir por sí mismo. Desde enero hasta abril y desde septiembre hasta diciembre, todas las fotografías están tomadas cerca de casa. Desde mayo hasta agosto hay fotografías de... veamos... Old Orchard Beach..., Pemnaquid Point, el faro, por supuesto..., el parque estatal Harrison..., y Thunder Hole, en Bar Harbor. Pensé que de Thunder Hole podía salir algo realmente bueno, estaba entusiasmado, pero en cuanto vi las pruebas, me di de bruces con la realidad. Era solo otra postal para turistas. Una buena composición, sí, pero ¿y qué más? En cualquier calendario de mierda para turistas hay buenas composiciones.

¿Quiere mi opinión como aficionado? Creo que la fotografía es un arte mucho más artístico de lo que la mayoría de la gente piensa. Es lógico pensar que si tienes buen ojo para la composición —además de unos cuantos conocimientos técnicos que pueden aprenderse en cualquier curso de fotografía—, cualquier

lugar bonito puede fotografiarse igual de bien que cualquier otro, en especial si te centras en los paisajes. Harlow, Maine o Sarasota, Florida, asegúrate de que tienes el filtro correcto, apunta y dispara. Pero no se trata de eso. El lugar es tan importante en la fotografía como al pintar un cuadro o al escribir un relato o un poema. No sé por qué es así, pero...

[Hay una larga pausa.]

En realidad sí lo sé. Porque un artista, incluso un aficionado como yo, pone el alma en las cosas que crea. Para alguna gente —las que tienen un espíritu vagabundo, imagino— el alma es portátil. Pero para mí, es como si jamás hubiera viajado más allá de Bar Harbor. Sin embargo, las instantáneas que he ido tomando por todo el Androscoggin... me hablan. Y también a los demás. El tipo con el que hago negocios en Windhover me dijo que probablemente podría conseguir que me las publicasen en Nueva York, así me pagarían por los calendarios en lugar de tener que pagar por ellos, pero eso nunca me ha interesado. Me parecía demasiado... no sé... ¿público?, ¿pretencioso? No sé, algo así. Mis calendarios son algo íntimo, solo para los amigos. Además, yo ya tengo un trabajo. Soy feliz haciendo números. Pero seguramente mi vida habría sido más sombría sin mi afición. Me hacía feliz saber que unos cuantos amigos tenían mi calendario colgado en la cocina o en el salón. O incluso en el maldito armario de los zapatos. Lo irónico es que no he tomado muchas fotos desde las últimas que hice en el Campo de Ackerman. Pienso que esa parte de mi vida puede haber acabado, y solo queda un agujero. Un agujero que silba en medio de la noche, como si soplara una brisa en su interior. Una brisa que intenta suplir lo que jamás volverá a estar allí. A veces pienso que la vida es un negocio triste y malo, doctor. Realmente lo pienso.

En una de mis excursiones del pasado agosto, seguí un camino polvoriento de Motton que no recordaba haber visto antes. Simplemente iba conduciendo, oyendo las canciones de la radio, y había perdido el rastro del río, aunque sabía que no estaba muy lejos porque podía percibir su olor. Es al mismo tiempo húmedo y fresco. Estoy seguro de que sabe a qué me refiero. Es un olor antiguo. En todo caso, giré por ese camino.

Estaba lleno de baches, en un par de sitios casi desaparecía. Además, se estaba haciendo tarde. Debían de ser alrededor de las siete de la tarde, y no me había parado a cenar en ningún sitio. Estaba hambriento. Estuve en un tris de dar la vuelta, pero entonces el camino se allanó y comenzó a avanzar cuesta arriba en lugar de hacia abajo. Y el olor era más fuerte. Cuando apagué la radio, pude oír el río además de olerlo; no muy alto, no muy cerca, pero allí estaba.

Entonces llegué hasta un árbol caído en medio del camino, y estuve a punto de volver por donde había venido. Podría haberlo hecho, incluso a pesar de que no

había espacio para girar. Estaba a un kilómetro más o menos de la Carretera 117, podría haber llegado allí en cuestión de cinco minutos. Ahora pienso que algo, alguna fuerza que existe en el lado brillante de nuestra vida, me estaba brindando esa oportunidad. Pienso que el último año habría sido totalmente diferente si hubiera puesto la marcha atrás. Pero no lo hice. Porque ese olor... siempre me ha recordado a mi infancia. Además, podía ver un poco más de cielo en la cresta de la colina. Los árboles —algunos pinos, la mayoría abedules— se dispersaban allí, y pensé «Ahí hay un campo». Se me ocurrió que si lo había, probablemente desde allí se vería el río. También se me ocurrió que allí podría haber una buena explanada para dar la vuelta, pero aquello era muy secundario a la posibilidad de tomar una fotografía del Androscoggin al atardecer. No sé si recordará que el pasado mes de agosto tuvimos unos cuantos anocheceres espectaculares, pero así fue.

De modo que me bajé del coche y desplacé el árbol caído. Era un abedul tan podrido que casi se me deshizo entre las manos. Pero cuando volví a entrar en el coche, estuve a punto de echar hacia atrás en lugar de hacia delante. Realmente hay una fuerza en el lado brillante de las cosas; yo lo creo así. Pero parecía como si el sonido del río fuese más claro con el árbol a un lado del camino —una tontería, lo sé, pero realmente lo parecía—, así que metí primera y conduje mi pequeño Toyota 4 Runner durante el resto del camino hasta arriba.

Pasé un pequeño cartel clavado en un árbol. Decía CAMPO DE ACKERMAN, NO CAZAR, PROHIBIDO EL PASO. Entonces los árboles se disiparon, primero a la izquierda, luego a la derecha, y allí estaba. Me quedé sin habla. Recuerdo vagamente que apagué el motor del coche y salí, y no recuerdo que cogiera la cámara, pero debí de hacerlo porque la tenía en la mano cuando llegué al final del campo, con la correa y la bolsa de los objetivos golpeándome en la pierna. Mi corazón sufrió una sacudida que lo atravesó por completo y me arrebató mi vida anterior.

La realidad es un misterio, doctor Bonsaint, y la textura corriente de las cosas es la tela que usamos para ocultar su resplandor y oscuridad. Pienso que cubrimos los rostros de los cadáveres por la misma razón. Vemos las caras de los muertos como una especie de puerta. Está cerrada para nosotros... pero sabemos que no lo estará siempre. Algún día se abrirá para cada uno de nosotros y la atravesaremos.

Pero hay lugares donde la tela está rasgada y la realidad es muy fina. El rostro de debajo se asoma... pero no el rostro de un cadáver. Casi sería mejor si lo fuera. El Campo de Ackerman es uno de esos lugares, y no me extraña que el dueño haya colocado un maldito cartel de PROHIBIDO EL PASO.

El día se fue desvaneciendo. El sol era una bola de gas rojo, aplastada por arriba y por abajo, descendiendo en el horizonte de poniente. El río era una

serpiente larga y ensangrentada que resplandecía por el reflejo del sol; estaba a diez o doce kilómetros de distancia, pero su sonido aún llegaba hasta mí a través del aire de la noche. Detrás del río, un bosque grisáceo y azul se alzaba en una serie de crestas en el lejano horizonte. No veía ninguna casa ni carretera. No cantaba ningún pájaro. Era como si hubiera retrocedido cuatrocientos años en el tiempo. O cuatro millones. Las primeras serpentinas de niebla blanca empezaban a elevarse por encima del heno, que estaba alto. Nadie lo había cortado, a pesar de que era un campo grande y ofrecía buenos pastos. La niebla salía de la verdosa oscuridad como si fuera aliento. Como si la tierra estuviera viva.

Creo que me tambaleé un poco. No por la belleza, aunque era muy hermoso; sino porque todo lo que se extendía frente a mí parecía etéreo, casi hasta el punto de una alucinación. Y entonces vi esas malditas rocas alzándose por encima del heno sin cortar.

Había siete, o eso pensé; las dos más grandes tendrían un metro y medio de alto, las más pequeñas, unos noventa centímetros, las otras tenían un tamaño intermedio. Recuerdo que caminé hacia la que tenía más cerca, pero es como recordar un sueño después de que empiece a descomponerse bajo la luz de la mañana. ¿Sabe a qué me refiero? Por supuesto que sí, los sueños deben de ser una parte importante de su trabajo cotidiano. Solo que esto no era un sueño. Podía oír el heno rozándome los pantalones, podía sentir cómo el caqui se humedecía por la niebla y empezaba a adherirse a mi piel por debajo de las rodillas. De vez en cuando, un arbusto —matas de zumaque crecían aquí y allá— tiraba de mi bolsa de los objetivos y luego la soltaba de nuevo y golpeaba mi muslo con más fuerza que de costumbre.

Llegué a la roca más cercana y me detuve. Era una de las de un metro y medio de alto. Al principio pensé que había rostros tallados en la superficie —no rostros humanos, sino de bestias y monstruos—, pero luego me desplacé un poco y vi que solo era el efecto óptico de la luz del anochecer, que proyectaba sombras que parecían como... bueno, cualquier cosa. De hecho, tras permanecer un rato en esa posición, vi nuevos rostros. Algunos parecían humanos, pero eran tan horribles como los otros. Más horribles, en realidad, porque lo humano siempre es más horrible, ¿no le parece? Porque nosotros conocemos lo humano, comprendemos lo humano. O eso creemos. Y esos rostros parecían estar gritando o riendo. Quizá ambas cosas al mismo tiempo.

Pensé que todo era producto de mi imaginación, y del aislamiento, y de la grandeza de todo aquello... de la parte del mundo que se extendía ante mí. Y de cómo el tiempo parecía haber aguantado la respiración. Como si todo pudiera seguir como estaba eternamente, con el anochecer a no más de cuarenta minutos y el sol rojizo poniéndose en el horizonte y esa claridad difuminada en el aire.

Pensé que eran esas cosas las que me hacían ver rostros en lo que solo era una coincidencia. Ahora no pienso lo mismo, pero ahora es demasiado tarde.

Tomé algunas fotos. Cinco, creo. Un mal número, pero yo eso entonces no lo sabía. Luego me alejé un poco, para captar las siete rocas en una sola instantánea, y cuando hice el encuadre vi que en realidad había ocho; formaban una especie de círculo desigual. Uno podría decir —podría, si miraba de verdad— que formaban parte de alguna formación geológica subyacente que había emergido del suelo hacía eones, o que quizá habían surgido más recientemente tras una inundación (el campo tenía una pendiente muy pronunciada, así que pensé que eso podría ser factible), pero también parecían «planificadas», como las piedras de un círculo druida. Sin embargo, no estaban talladas. Salvo por la acción de los elementos. Lo sé porque regresé con la luz del día y lo comprobé. Aristas y pliegues en la roca. Nada más.

Tomé otras cuatro fotografías —que hacían un total de nueve, otro número malo, aunque ligeramente mejor que el cinco—, y cuando retiré la cámara y volví a mirar con los ojos desnudos, vi los rostros, mirando con lascivia y sonriendo con burla y gruñendo. Algunos eran humanos; otros, de bestias. Y conté siete rocas.

Pero cuando volví a mirar por el visor, había ocho.

Empecé a sentirme mareado y asustado. Quería largarme de allí antes de que se hiciera completamente de noche; alejarme de ese campo y regresar a la Carretera 117 con rock and roll sonando a toda pastilla en la radio. Pero no podía irme. Algo profundo dentro de mí —tan profundo como el instinto que hace que sigamos respirando— insistía en ello. Sentía que si me marchaba, ocurriría algo terrible, y quizá no solo a mí. Esa sensación de lo etéreo me barrió de nuevo, como si el mundo fuera muy frágil en ese lugar, y una persona pudiera provocar un cataclismo inimaginable. Si no tenía mucho, mucho cuidado.

Fue entonces cuando comenzó la mierda de mi conducta obsesivo-compulsiva. Fui de piedra en piedra, tocando cada una de ellas, contándolas y asimilando el lugar donde estaba cada una. Quería irme —quería irme desesperadamente—, pero ahí seguía yo, y no escatimé esfuerzos. Porque tenía que hacerlo. Sabía que aquella era la manera de seguir respirando si quería continuar con vida. Cuando llegué al punto por donde había empezado, estaba temblando y empapado de sudor, además de por la niebla y el rocío. Porque tocar esas piedras... no era agradable. Despertaban en mí... ideas. Y creaba imágenes. Muy feas. En una de ellas descuartizaba a mi ex mujer con un hacha y reía a carcajadas mientras ella gritaba y levantaba las manos ensangrentadas para detener los golpes.

Pero eran ocho. Ocho piedras en el Campo de Ackerman. Un buen número. Un número seguro. Yo sabía eso. Y ya no importaba si miraba a través del visor

de la cámara o con mis ojos desnudos; después de tocarlas, se quedaron «fijas». Estaba oscureciendo, el sol ya había traspasado la mitad del horizonte (debí de tardar unos veinte minutos en completar aquel círculo imperfecto de unos treinta metros de diámetro), pero aún podía ver bastante bien; el aire era extrañamente claro. Todavía sentía miedo —allí había algo malo, todo lo proclamaba a voces, el silencio sepulcral de los pájaros lo proclamaba—, pero también me sentía aliviado. El mal había menguado un poco al tocar las piedras... y al volver a mirarlas. Guardando en mi mente los lugares que ocupaban en el campo. Eso era tan importante como haberlas tocado.

[Una pausa para pensar.]

No, era más importante. Porque así es como mantenemos a raya la oscuridad que hay más allá del mundo que conocemos. Impide que se vierta sobre nosotros y nos ahogue. Creo que sabemos eso, de un modo muy profundo. Así pues, me volví para largarme de allí, y ya había cubierto la mayor parte de la distancia hasta mi coche —puede que incluso hubiera llegado a tocar el tirador de la puerta— cuando algo me obligó a darme la vuelta otra vez. Y entonces fue cuando lo vi.

[Se queda callado durante bastante tiempo. Me doy cuenta de que está temblando. Está bañado en sudor. Brilla en su frente como si fuera rocío.]

Había algo en medio de las piedras. En medio del círculo que formaban, ya fuera por casualidad o deliberadamente. Era negro, como el cielo del este, y verde como el heno. Estaba girándose muy despacio, pero nunca llegó a quitarme los ojos de encima. Tenía ojos. Repugnantes ojos de color rosa. Sabía —mi mente racional sabía— que lo que estaba viendo era solo la luz proyectada del cielo, pero al mismo tiempo sabía que era algo más. Que algo estaba usando esa luz. Algo estaba usando el anochecer para poder ver, y lo que estaba viendo era yo.

[Está llorando de nuevo. No le ofrezco los Kleenex porque no quiero romper el hechizo. Aunque no estoy seguro de que pudiera ofrecérselos, porque él también me ha hechizado. Lo que cuenta es una alucinación, y una parte de él lo sabe —«sombras que parecían rostros», etc.—, pero es muy poderosa, y las alucinaciones poderosas viajan como los fríos gérmenes de un estornudo.]

Debí de dar algunos pasos hacia atrás. No recuerdo haberlo hecho; solo recuerdo que pensé que estaba mirando la cabeza de algún monstruo grotesco salido de la oscuridad exterior. Y pensé que donde había uno, habría más. Las ocho piedras mantenían a los monstruos cautivos —a duras penas—, pero si solo hubiera siete, podrían pasar de la oscuridad al otro lado de la realidad y aplastar el mundo. Por lo que yo sabía, estaba mirando al último y más pequeño de todos ellos. Por lo que yo sabía, esa cabeza aplastada de serpiente con ojos de color rosa y lo que parecían grandes y largas plumas en el hocico era solo un bebé. Me vio mirarlo.

La maldita cosa me sonrió, y sus dientes eran cabezas. Cabezas humanas con vida.

Entonces pisé una rama seca. Se quebró con el sonido de un petardo, y la parálisis se rompió. No me parece imposible que esa cosa que flotaba en el interior del círculo de piedras estuviera hipnotizándome; se dice que una serpiente puede hipnotizar a un pájaro.

Me di la vuelta y eché a correr. La bolsa de los objetivos seguía golpeándome la pierna, y cada golpe parecía decirme: ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Lárgate! ¡Lárgate! Tiré de la puerta de mi 4 Runner, y oí la alarma, esa que te avisa de que te has dejado la llave puesta en el contacto. Pensé en una película antigua donde William Powell y Myrna Loy están en el mostrador de un lujoso hotel y Powell hace sonar la campana para avisar al servicio. Es curioso lo que se te pasa por la cabeza en momentos como ese, ¿verdad? Nosotros también tenemos una puerta en la cabeza..., eso creo. Una puerta que impide que la locura nos inunde el intelecto. Y en los momentos críticos, se abre de par en par y todo tipo de mierdas extrañas desaparecen por esa puerta.

Arranqué el motor. Encendí la radio, subí el volumen a tope, y la música rock salió rugiendo por los altavoces. Eran The Who, eso lo recuerdo. Y recuerdo que encendí los faros del coche. Cuando lo hice, aquellas piedras parecían saltar hacia mí. Estuve a punto de gritar. Pero había ocho, las conté, y ocho es un número seguro.

[Aquí hay otra pausa larga. Casi un minuto.]

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la Carretera 117. No sé cómo llegué hasta allí, si di la vuelta o di marcha atrás. No sé cuánto tiempo tardé, pero la canción de The Who había acabado y ahora estaba escuchando a The Doors. Que Dios me asista, era «*On Through to the Other Side*».^[9] Apagué la radio.

No creo que pueda contarle nada más, doctor, hoy no. Estoy agotado.

[Y ese es el aspecto que tiene.]

[Siguiente sesión]

Pensaba que el efecto que aquel lugar había tenido sobre mí se disiparía de camino a casa —un mal rato en el bosque, ¿vale?— y que cuando estuviera en el salón de casa, con las luces y la televisión encendidas, volvería a sentirme bien. Pero no fue así. Esa sensación de dislocación —de haber tocado otro universo que era hostil al nuestro— parecía más fuerte. Seguía convencido de que había visto rostros —peor aún, un cuerpo enorme con forma de reptil— en aquel círculo de piedras. Me sentía... infectado. Infectado por los pensamientos de mi propia

cabeza. También me sentía peligroso; como si pudiera invocar aquella cosa si pensaba demasiado en ella. Y no acudiría sola. Ese otro cosmos se extendería como el vómito en el fondo de una bolsa de papel mojada.

Recorrí toda la casa y cerré todas las puertas. Después estaba seguro de que me había olvidado un par, así que recorrí de nuevo la casa y las comprobé una por una. Esa vez las conté: la puerta de la entrada, la puerta de atrás, la puerta de la despensa, la puerta del trastero, la puerta automática del garaje, la puerta interior del garaje. Eran seis, y pensé que el seis era un buen número. Como lo es el ocho. Son números amistosos. Cálidos. No fríos como el cinco o... ya sabe, el siete. Me relajé un poco, pero comprobé las puertas por última vez. Seguían siendo seis. «Seis son las que veis», recuerdo que dije. Después de eso pensé que podría dormir, pero no pude. Ni siquiera con Ambien.

Seguía viendo la puesta de sol sobre el Androscoggin, convirtiéndose en una serpiente roja. La niebla saliendo del heno como lenguas. Y la cosa entre las piedras. Sobre todo eso.

Me levanté y conté todos los libros que había en la estantería de mi habitación. Había noventa y tres. Ese es un mal número, y no solo porque sea impar. Divida noventa y tres entre tres y le dará treinta y uno: trece al revés. Así que fui a buscar un libro de la pequeña estantería del salón. Pero noventa y cuatro es solo un poco mejor, porque nueve y cuatro suman trece. En nuestro mundo hay números trece por todas partes, doctor. Usted no lo sabe. Bueno, añadí seis libros más a la estantería de mi cuarto. Tuve que apretarlos, pero al final cupieron. Cien está bien. En realidad, muy bien.

Regresaba a la cama cuando pensé en la estantería del salón. ¿Y si, ya sabe, le había robado a Peter para pagarle a Paul? Así que los conté y el resultado fue bueno: cincuenta y seis. Los dígitos suman once, que es impar pero no el peor de los números impares, y cincuenta y seis dividido entre dos da veintiocho, un buen número. Después de eso pude dormir. Creo que tuve pesadillas, pero no las recuerdo.

Los días pasaban y mi mente insistía en regresar al Campo de Ackerman. Era como una sombra que había caído sobre mi vida. Desde entonces contaba montones de cosas, y las tocaba —para estar seguro de que entendía su lugar en el mundo, el mundo real, mi mundo— y también empecé a cambiarlas de sitio. Siempre un número de cosas par, y generalmente las colocaba en círculo o en diagonal. Porque los círculos y las diagonales mantienen las cosas a raya.

He dicho generalmente. Nunca permanentemente. Basta un pequeño accidente para que el catorce se convierta en trece o el ocho se transforme en siete.

A principios de septiembre, mi hija pequeña me visitó y comentó que parecía muy cansado. Me preguntó si trabajaba demasiado. También se dio cuenta de que

todos los chismes que tenía en el salón —las cosas que mamá no se había llevado después del divorcio— estaban dispuestos en lo que ella llamó «círculos de cultivos». Dijo: «Te estás volviendo un poco raro con la edad, ¿verdad, papá?». Y entonces fue cuando decidí que tenía que regresar al Campo de Ackerman, esta vez a la luz del día. Pensaba que si lo veía a la luz del día, vería solo unas piedras insignificantes dispersas en un campo de heno sin cortar, me daría cuenta de lo absurdo que era todo aquello, y mi obsesión volaría lejos como un diente de león con una fuerte brisa. Eso era lo que yo quería. Porque contar, tocar y colocar... era muchísimo trabajo. Muchísima responsabilidad.

De camino, me detuve en el lugar adonde llevo a revelar mis fotos y vi que las que había tomado aquella noche en el Campo de Ackerman no habían salido. Eran solo manchurroneos grises, como si hubieran estado expuestas a una fuerte radiación. Eso hizo que me demorase, pero no me detuvo. Le pedí prestada una cámara digital a uno de los tipos de la tienda —esa que estropeé— y conduje de nuevo hacia Motton, rápido. ¿Quiere oír una estupidez? Me sentía como un hombre con una erupción aguda por hiedra venenosa que corre a la farmacia a comprar un frasco de loción de calamina. Porque eso era lo que sentía: una picazón. Contar, tocar y colocar cosas podía aliviarla, pero en el mejor de los casos solo era un alivio temporal. Fuera cual fuese su causa, lo más probable es que se extendiera. Lo que yo quería era el antídoto. Volver al Campo de Ackerman no lo era, pero eso yo no lo sabía, ¿verdad? Como aquel que dijo: Aprendemos de nuestros actos. Y aprendemos mucho más de los intentos fallidos.

Era un día precioso, no había ni una nube en el cielo. Las hojas todavía estaban verdes, pero el aire tenía esa claridad brillante que solo se percibe cuando cambia la estación. Mi ex mujer solía decir que los primeros días de otoño como ese eran nuestra recompensa por soportar a los turistas y los veraneantes durante tres meses, obligándonos a hacer cola mientras ellos pagan la cerveza con la tarjeta de crédito. Me sentía bien, eso lo recuerdo. Sentía la certeza de que iba a poner fin a toda aquella locura de mierda. Iba escuchando una recopilación de los grandes éxitos de Queen y pensando en lo bien que sonaba Freddie Mercury, tan puro. Y yo también cantaba. Crucé el Androscoggin en Harlow —a ambos lados del viejo puente de Bale Road, el agua brillaba lo suficiente para hacerte entornar los ojos— y vi saltar un pez. Eso me hizo reír en voz alta. No me había reído así desde aquella noche en el Campo de Ackerman, y sonó tan bien que volví a hacerlo.

Después subí por Boy Hill —apuesto a que sabe dónde está— y pasé el cementerio Serenity Ridge. He sacado algunas fotos muy buenas allí, aunque nunca he puesto ninguna en los calendarios. Cinco minutos después llegué al polvoriento camino secundario. Empecé a girar, pero de repente pisé el freno a

fondo. Justo a tiempo. Si hubiera sido un poco más lento, habría partido en dos el radiador de mi 4 Runner. Había una cadena que cruzaba el camino, y un nuevo cartel que colgaba de ella: QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL PASO.

Podría haberme dicho a mí mismo que aquello era solo una coincidencia, que el propietario de aquel bosque y aquel campo —no necesariamente tenía que llamarse Ackerman, pero quizá fuera así— ponía esa cadena y ese cartel cada otoño para mantener a raya a los cazadores. Sin embargo, la temporada del venado no comienza hasta principios de noviembre. Y la de las aves en octubre. Creo que alguien vigila ese campo. Quizá con prismáticos, o tal vez con un método de visión menos corriente. Alguien sabía que yo había estado allí y que podría regresar.

«¡Lárgate de aquí! —me dije a mí mismo—. A no ser que quieras correr el riesgo de que te arresten por haber entrado en una propiedad ajena; quizá saquen tu fotografía en el *Cali* de Castle Rock. Eso sería un buen negocio, ¿verdad?»

Pero nada podía detenerme ante la posibilidad de subir hasta ese campo, no encontrar nada y, en consecuencia, sentirme mejor. Porque —anote esto— al mismo tiempo que me decía a mí mismo que debía respetar los deseos de esa persona que me quería fuera de su propiedad, conté las letras de aquel cartel, y sumaban veintitrés, un número terrible, mucho peor que el trece. Sabía que pensar de esa manera era una locura, pero así era como pensaba, y una parte de mí sabía que aquello no era tan loco.

Oculté mi 4 Runner en el aparcamiento del Serenity Ridge, luego anduve de vuelta hasta el camino polvoriento con la cámara prestada colgada del hombro en una pequeña bolsa de cremallera. Rodeé la cadena —fue fácil— y subí por el camino hasta el campo. Resultó que habría tenido que andar aunque la cadena no hubiera estado allí, porque esa vez había media docena de árboles atravesados en medio del camino, y no eran troncos podridos de abedul. Había cinco pinos de buena talla y un roble adulto. No se habían derrumbado solos; esas criaturas habían sido taladas con una motosierra. Sin embargo, no me frenaron. Pasé por encima de los pinos y rodeé el roble. Luego subí por la colina hacia el campo. Apenas dediqué una mirada al otro cartel: CAMPO DE ACKERMAN, NO CAZAR, PROHIBIDO EL PASO. Veía cómo disminuían los árboles en la cresta de la colina, veía los polvorientos haces de luz brillando entre los que estaban más cerca de la cima, y ahí arriba veía acres y acres de cielo azul, alegre y optimista. Era mediodía. En la lejanía no había ningún río sanguinolento con forma de serpiente, solo el Androscoggin con el que me había criado y al que siempre había amado; azul y hermoso, como son las cosas corrientes cuando las vemos en todo su esplendor. Eché a correr. La sensación de delirante optimismo me acompañó durante todo el camino hasta la cima de la colina, pero en cuanto vi aquellas

piedras colocadas ahí como colmillos, mi optimismo se diluyó. Fue reemplazado por el temor y el horror.

De nuevo había siete piedras. Solo siete. Y en medio de ellas —no sé cómo explicar esto para que lo entienda— había una zona difuminada. No era exactamente como una sombra, sino como... ¿sabe como cuando se destiñe el azul de sus pantalones vaqueros favoritos con el paso del tiempo? ¿Especialmente en el doblez de las rodillas? Era como eso. El heno había cambiado a un grasiento color lima, y en lugar de azul, la franja del cielo que había encima del círculo de piedras parecía grisácea. Sentí que si me acercaba allí —una parte de mí quería hacerlo— podría atravesarlo con el puño y desgarrar el tejido de la realidad. Y si lo hacía, algo me atraparía. Algo del otro lado. Estaba seguro de ello.

Aun así, algo en mi interior quería que lo hiciera. Quería... no sé... que dejara a un lado los preámbulos y fuera directamente al grano.

Podía ver —o pensé que podía, aún no estoy muy seguro en cuanto a esta parte— el lugar de donde provenían esas ocho piedras, y vi esa... esa decoloración... abombándose desde dentro, intentando escapar por donde la protección de las piedras era más frágil. ¡Estaba aterrorizado! Porque si lo lograba, aquellas cosas innombrables del otro lado se trasladarían a nuestro mundo. El cielo oscurecería, y se llenaría de nuevas estrellas e insanas constelaciones.

Me descolgué la cámara, pero se me cayó al suelo mientras intentaba abrirla. Me temblaban las manos como si tuviera una especie de ataque. Cogí la funda de la cámara y abrí la cremallera, y cuando volví a mirar las piedras, vi que el espacio que había en el interior del círculo ya no estaba difuminado. Se había vuelto negro. Y podía ver de nuevo aquellos ojos. Escrutando la oscuridad. Esta vez eran amarillos, con las pupilas estrechas y negras. Como los ojos de un gato. O los de una serpiente.

Intenté sacar la cámara pero se me volvió a caer. Y cuando me agaché para recogerla, el heno la envolvió y tuve que tirar de ella para liberarla. No, tuve que arrancarla. En ese momento estaba de rodillas, tirando de la correa con ambas manos. Una brisa empezó a soplar desde el hueco donde debería haber estado la octava roca. Me apartó el pelo de la frente. Apestaba. Olía a carroña. Me acerqué la cámara a la cara, pero al principio no pude ver nada. Pensé: «Ha cegado la cámara, de algún modo ha cegado la cámara», y luego recordé que era una Nikon digital y que tenía que encenderla. Lo hice —oí el pitido— pero aun así no vi nada.

Por entonces la brisa se había convertido en viento. Mecía el heno enviando grandes olas de sombra a lo largo del campo. El olor empeoró. Y el día se estaba oscureciendo. No había ni una sola nube en el cielo, era azul puro, pero aun así el

día se estaba oscureciendo. Como si un enorme planeta invisible estuviese eclipsando el sol.

Algo habló. No era inglés. Era algo que sonaba como «Cthun, cthun, deeyanna, deyanna». Pero entonces... por Dios, entonces pronunció mi nombre. Dijo: «Cthun, N., deeyanna, N.». Creo que grité, pero no estoy seguro porque el viento se había convertido en un vendaval que rugía en mis oídos. Debería haber gritado. Tenía todo el derecho del mundo a gritar. ¡Porque sabía mi nombre! Esa cosa grotesca e innombrable sabía cómo me llamaba. Y entonces... la cámara... ¿sabe de qué me di cuenta?

[Le pregunto si se había dejado la tapa puesta, y entonces suelta una carcajada tan aguda que me pone los nervios de punta y me hace pensar en ratas correteando sobre cristales rotos.]

¡Sí! ¡Exacto! ¡La tapa! ¡La maldita tapa! La quité y me acerqué la cámara al ojo; fue un milagro que no se me cayera de nuevo, porque mis manos temblaban una barbaridad y el heno no la habría vuelto a soltar; no, nunca, porque esa segunda vez habría estado preparado. Pero no se me cayó, y pude mirar por el visor, y allí estaban las ocho piedras. Ocho. El ocho mantenía las cosas en su sitio. Aquella oscuridad seguía girando velozmente en el medio, pero estaba retrocediendo. El viento que soplaba alrededor estaba amainando.

Bajé la cámara y había siete. Algo palpitaba en la oscuridad, algo que no puedo describirle. Puedo verlo —lo veo en sueños— pero no hay palabras para esa blasfemia. Un yelmo de cuero palpitante es a lo más a lo que puedo llegar. Un yelmo con un agujero amarillo a cada lado. Pero los agujeros... creo que eran ojos, y sé que me estaban mirando.

Alcé la cámara de nuevo y vi ocho piedras. Disparé seis u ocho fotos como si así pudiera marcarlas, fijarlas en su sitio para siempre, pero por supuesto no dio resultado, lo único que conseguí fue estropear la cámara. Las lentes pueden ver esas piedras, doctor —estoy casi seguro de que una persona podría verlas también en un espejo, quizá incluso a través de un sencillo trozo de cristal—, pero no pueden aprehenderlas. Lo único que puede aprehenderlas, fijarlas en su sitio, es la mente humana, la memoria humana. Pero ni siquiera la mente es digna de confianza, como he podido comprobar. Contar, tocar y colocar sirve durante un tiempo —es irónico pensar que los comportamientos que consideramos neuróticos son los que de hecho mantienen el mundo en su sitio— pero tarde o temprano desaparece la protección que puedan ofrecernos. Y eso es mucho trabajo. Es muchísimo trabajo.

Me pregunto si podríamos dejarlo por hoy. Sé que es temprano, pero estoy muy cansado.

[Le digo que, si lo desea, puedo recetarle un sedante... suave pero más fiable]

que Amblen o Lunesta. Le irá bien si no abusa. El sonrío con agradecimiento.]

Eso estaría bien, muy bien. Pero ¿puedo pedirle un favor?

[Le digo que por supuesto.]

Recéteme veinte, cuarenta o sesenta pastillas. Todos esos números son buenos.

[Siguiente sesión]

[Le digo que parece que está mejorando, aunque eso dista mucho de la verdad. Parece un hombre que no tardará en ingresar en un psiquiátrico si no logra encontrar un camino para volver a su autopista personal 117. Que dé la vuelta o que tire marcha atrás no importa, pero tiene que alejarse de ese campo. Igual que yo. He soñado con el campo de N., y estoy seguro de que, si quisiera, podría encontrarlo. No es que quiera —eso sería mucho más que compartir el delirio de mi paciente— pero estoy seguro de que podría encontrarlo. Una noche del pasado fin de semana (tenía serios problemas para conciliar el sueño), se me ocurrió que yo tenía que haber pasado por allí en coche, y no solo una vez sino cientos de veces. Porque he cruzado el puente de Bale Road cientos de veces, y he pasado por delante del cementerio Serenity Ridge miles de veces; esa era la ruta que seguía el autobús escolar hasta el James Lowell Elementary, el colegio al que íbamos Sheila y yo. Así que seguro que podría encontrarlo. Si quisiera. Si existiera.

Le pregunto si le ayuda lo que le receté, si ha conseguido dormir. Los círculos oscuros de sus ojos me indican que no ha sido así, pero tengo curiosidad por oír su respuesta.]

Muy bien. Gracias. La conducta obsesivo-compulsiva también va un poco mejor.

[Mientras dice esto, sus manos —más propensas a decir la verdad— manipulan furtivamente el jarrón y la caja de Kleenex y los colocan en las esquinas opuestas de la mesa que hay al lado del diván. Hoy Sandy ha puesto rosas. Las organiza de manera que conectan la caja con el jarrón. Le pregunto qué ocurrió después de que fuera al Campo de Ackerman con la cámara prestada. Se encoge de hombros.]

Nada. Salvo que tuve que pagarle la Nikon al tipo de la tienda de fotografía, claro. Faltaba muy poco para la temporada de caza, y entonces esos bosques se vuelven peligrosos aunque vayas vestido de naranja fosforito de la cabeza a los pies. De todos modos, dudo que haya muchos ciervos por esa zona; imagino que se mantienen alejados.

La conducta obsesivo-compulsiva de mierda disminuyó y pude volver a dormir por las noches.

Bueno... algunas noches. Tenía pesadillas, por supuesto. En ellas, siempre estaba en aquel campo tratando de sacar la cámara del heno, pero el heno no la soltaba. La negrura se derramaba fuera del círculo como el petróleo, y cuando alzaba la vista veía que el cielo se había resquebrajado de este a oeste y que una terrible luz negra manaba de él..., una luz que estaba viva. Y hambrienta. Entonces me despertaba, empapado en sudor. A veces gritando.

Más tarde, a principios de diciembre, recibí una carta del despacho. Tenía el sello PERSONAL y un pequeño objeto en su interior. Rasgué el sobre y una pequeña llave con una etiqueta cayó en mi escritorio. En la etiqueta ponía C. A. Sabía qué era y qué significaba. Si hubiera habido una nota, en ella habría puesto: «Intenté impedirle el paso. No es culpa mía, y quizá tampoco suya, pero ahora esta llave, y todo lo que abre, le pertenece. Cuídela bien».

Ese fin de semana conduje hasta Motton pero no me molesté en aparcar en el estacionamiento Serenity Ridge. Ya no tendría que hacerlo nunca más, ya sabe. La decoración de Navidad adornaba Portland y las demás pequeñas localidades por las que pasé durante el trayecto. Hacía un frío glacial, pero todavía no nevaba. ¿Sabe que justo antes de que nieve siempre hace más frío? Pues era uno de esos días. Pero esa noche el cielo se nubló y con la ventisca llegó la nieve; menuda ventisca. ¿Se acuerda?

[Le digo que sí. Tengo razones para acordarme (eso no se lo digo). Sheila y yo nos habíamos quedado aislados en casa por la nieve, y aprovechamos para hacer algunos arreglos. Bebimos y bailamos con viejos discos de los Beatles y los Rolling Stones. Fue agradable.]

La cadena aún atravesaba el camino, pero la llave C. A. encajaba perfectamente en el candado. Y los árboles derribados estaban apartados. Como había pensado que estarían. Ya no volverían a bloquear el camino porque aquel campo ahora es mi campo, y esas rocas son ahora mis rocas, y lo que encierra, sea lo que sea, es mi responsabilidad.

[Le pregunto si estaba asustado, convencido de que la respuesta será que sí. Pero N. me sorprende.]

No, no mucho. Porque el lugar era diferente. Lo supe incluso desde el principio del camino, donde se cruza con la 117. Lo sentía. Oí a los cuervos graznar mientras abría el candado con mi nueva llave. Normalmente me parece un sonido desagradable, pero ese día sonaba muy dulce. A riesgo de sonar pretencioso, sonaba a redención.

Sabía que habría ocho rocas en el Campo de Ackerman, y tenía razón. Sabía que ya no formarían un círculo, y también en eso tenía razón; de nuevo parecían

afloramientos aleatorios, parte del lecho rocoso subyacente que había quedado expuesto por un corrimiento tectónico, el retroceso de un glaciar hacía ochenta mil años, o a una inundación más reciente.

También comprendí otras cosas. Una de ellas fue que había activado el lugar con la mirada. El ojo humano elimina la octava piedra. La lente de la cámara la devuelve, pero no puede fijarla en el sitio. Yo debía seguir renovando la protección con actos simbólicos.

[Hace una pausa, reflexiona, y cuando vuelve a hablar parece que haya cambiado de tema.]

¿Sabía que Stonehenge tal vez sea una combinación de reloj y calendario?

[Le contesto que lo he leído en alguna parte.]

La gente que construyó aquel lugar, y otros similares, debían de saber qué hora era con un simple reloj de sol, y en cuanto al calendario... sabemos que los hombres prehistóricos de Europa y Asia contaban los días simplemente realizando marcas en las paredes de piedra de sus refugios. Entonces, ¿en qué convierte eso a Stonehenge, si es un enorme reloj-calendario? En un monumento a la conducta obsesivo-compulsiva, eso es lo que creo..., una enorme neurosis que se alza en una pradera de Salisbury.

A menos que esté protegiendo algo además de seguirles la pista a las horas y los meses. Que esté bloqueando un universo demente que resulta que está justo al lado del nuestro. Algunos días —muchos, sobre todo el invierno pasado, cuando volví a sentir con fuerza mi yo anterior— estoy seguro de que todo es una tontería, de que todo lo que creí haber visto en el Campo de Ackerman estaba solo en mi cabeza. De que la conducta obsesivo-compulsiva de mierda no era más que un tartamudeo mental.

Pero otros días —empezaron de nuevo esta primavera— estoy seguro de que todo es cierto. Yo activé algo. Y, al hacerlo, me convertí en el último portador del testigo de una línea muy, muy larga que tal vez se remonta a los tiempos prehistóricos. Sé que parece una locura —¿por qué, si no, estaría contándoselo a un psiquiatra?— y hay días en que estoy seguro de que lo es..., incluso cuando cuento cosas, o recorro la casa por la noche tocando los interruptores de la luz y los hornillos de las estufas, tengo claro que todo es... ya sabe... un error químico de mi cabeza que puede solucionarse con las pastillas adecuadas.

Eso lo pensé sobre todo el invierno pasado, cuando las cosas iban bien. O al menos mejor. Luego, en abril de este año, las cosas empezaron a empeorar. Contaba más, tocaba más, y recolocaba todo aquello que no estuviera dispuesto en círculo o en diagonal. Mi hija, la que va a un instituto cerca de aquí, volvió a expresar su preocupación por mi aspecto y lo nervioso que parecía. Me preguntó si era por el divorcio, pero cuando le dije que no, me miró como si no me creyera.

Me preguntó si había considerado «ver a alguien» y, por Dios, aquí estoy.

Las pesadillas regresaron. Una noche de principios de mayo me desperté en el suelo de mi habitación gritando. En el sueño había visto un monstruo enorme, negro y gris, una gárgola alada con una cabeza curtida como un yelmo. Se alzaba sobre las ruinas de Portland, una cosa de más de mil metros de altura... Veía espirales de nube flotar alrededor de sus brazos metálicos. Había personas gritando y debatiéndose dentro de sus garras. Y supe —supe— que el monstruo había escapado de las piedras del Campo de Ackerman, que aquella era solo la primera y la más pequeña de las abominaciones que saldrían de ese otro mundo, y que yo tenía la culpa. Porque no había cumplido con mi responsabilidad.

Caminé por la casa tambaleándome, colocaba en círculo todas las cosas que encontraba a mi paso y luego las contaba para asegurarme de que los círculos contenían solo números pares, y entonces tuve la certeza de que todavía no era demasiado tarde, que eso solo había empezado a despertar.

[Le pregunto a qué se refiere con «eso».]

¡La fuerza! ¿Recuerda *La guerra de las galaxias*? «Luke, usa la fuerza.»

[Se ríe como un loco.]

¡Aunque en este caso no hay que usar la fuerza! ¡Hay que detener la fuerza! ¡Encarcelar la fuerza! Ese caos que conduce a ese frágil lugar, y supongo que a todos los lugares frágiles del mundo. A veces creo que hay toda una cadena de universos en ruinas detrás de esa fuerza, desplegada en incontables eones de tiempo como huellas monstruosas...

[Dice algo en voz baja que no capto. Le pido que lo repita, pero él niega con la cabeza.]

Pásame su cuaderno, doctor. Se lo escribiré. Si lo que le digo es cierto y no está únicamente en mi maldita cabeza, pronunciar su nombre en voz alta no es seguro.

[Escribe CTHUN en grandes letras mayúsculas. Me lo enseña y, cuando asiento, rompe el papel en pedacitos, los cuenta —supongo que para asegurarse de que el número es par— y luego los tira a la papelera que está al lado del diván.]

La llave, la que guardaba en el buzón, estaba a salvo en casa. Salí y conduje de vuelta a Motton; crucé el puente, pasé el cementerio, llegué a aquel maldito camino polvoriento. No pensé en ello porque aquel no era el tipo de decisión en el que uno tiene que pensar. Sería como pararte a pensar si tienes que apagar las cortinas del salón si llegas a casa y te las encuentras en llamas. No. Me limité a salir.

Pero cogí la cámara. Créame.

La pesadilla me había despertado a eso de las cinco, y era muy temprano

cuando llegué al Campo de Ackerman. El Androscoggin estaba precioso..., parecía un largo espejo plateado en lugar de una serpiente, con finos zarcillos de niebla que se alzaban de su superficie y luego se extendían debido a..., no sé, la inversión térmica o algo así. Esa nube aplanada seguía exactamente las curvas del río; parecía un río fantasma en el cielo.

El heno seguía creciendo en la explanada y la mayoría de los arbustos de zumaque se habían vuelto verdes, pero vi algo que me asustó. Y por mucho que todo lo otro estuviera solo en mi cabeza (y estoy totalmente dispuesto a admitir que podría ser así), esto era real. Tengo fotos que lo demuestran. Están borrosas, pero en un par de ellas se distinguen las mutaciones de los arbustos de zumaque más cercanos a las rocas. Las hojas eran negras en lugar de verdes, y las ramas estaban retorcidas... parecían formar letras, y las letras formaban..., ya sabe..., su nombre.

[Hace un ademán hacia la papelera donde ha tirado los pedazos de papel]

La oscuridad volvió al interior del círculo de rocas —solo había siete, por supuesto, por eso yo había llegado hasta allí— pero no vi ningún ojo. Gracias a Dios, todavía estaba a tiempo. Solo había oscuridad, que giraba y giraba, parecía burlarse de la belleza de aquella silenciosa mañana de primavera, parecía alegrarse de la fragilidad de nuestro mundo. Podía distinguir el Androscoggin a través de ella, pero la oscuridad —era casi bíblica, una columna de humo— convertía el río en una desagradable mancha gris.

Levanté la cámara —la llevaba colgando del cuello, de modo que aunque se me cayera de las manos no llegaría a las garras del heno— y miré por el visor. Ocho piedras. La bajé y volvieron a ser siete. Miré por el visor y vi ocho. La segunda vez que bajé la cámara, seguían allí las ocho. Pero eso no era suficiente, y yo lo sabía. Supe qué tenía que hacer.

Obligarme a descender hasta aquel círculo de piedras era lo más difícil que había hecho jamás. El sonido del heno rozando el bajo de mis pantalones era como una voz... baja, áspera, descontenta. Me advertía que me mantuviera alejado. El aire empezó a tener un sabor enfermizo. Lleno de cáncer y de otras cosas que quizá sean peores, gérmenes que no existen en nuestro mundo. Mi piel comenzó a vibrar y pensé —a decir verdad, todavía lo pienso— que si pasaba entre dos de esas piedras y entraba dentro del círculo, mi carne se licuaría y se me derretirían los huesos. Pude oír el viento que a veces sopla fuera de allí, girando en su propio huracán. Entonces supe que estaba acercándose. La cosa con la cabeza de yelmo.

[Señala de nuevo los trozos de la papelera.]

Estaba acercándose, y si lo veía en primer plano, me volvería loco. Terminaría mi vida dentro de ese círculo, tomando fotografías que tan solo mostrarían nubes

grises. Pero algo me empujaba hacia delante. Y cuando llegase hasta allí, yo...

[N. se levanta y camina lentamente alrededor del diván en un círculo deliberado. Sus pasos —solemnes y danzarines, como los pasos de los niños que juegan al corro de la patata— son de algún modo horribles. Mientras realiza el círculo, extiende el brazo para tocar unas piedras que yo no puedo ver. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis..., siete..., ocho. Porque el ocho mantiene las cosas en su sitio. Entonces se detiene y me mira. He tenido pacientes en crisis —muchos— pero jamás he visto una mirada tan angustiada. Veo horror, pero no locura; veo claridad en lugar de confusión. Todo tiene que ser una alucinación, por supuesto, pero no hay duda de que él lo entiende perfectamente.

Le digo: «Cuando llegó allí... las tocó».]

Sí, las toqué, una después de otra. Y no puedo decir que sintiera el mundo un poco más a salvo —más sólido, más ahí— cada vez que tocaba una piedra, porque no sería cierto. Lo sentía cada dos piedras. Solo con los números pares, ¿se da cuenta? Esa oscuridad crucial retrocedía con cada número par, y cuando llegué a la octava roca, había desaparecido. El heno dentro del círculo de las piedras estaba amarillo y seco, pero la oscuridad había desaparecido. Y en alguna parte —lejos— oí cantar a un pájaro.

Retrocedí unos pasos. El sol brillaba en lo alto, y el río fantasmal que pasaba por encima del verdadero se había desvanecido completamente. Las piedras volvían a parecer piedras. Ocho afloramientos de granito en un campo; ni siquiera formaban un círculo, a menos que te empeñaras en imaginarlo. Y me sentí dividido. Una parte de mí sabía que todo era producto de mi imaginación y que mi mente tenía algún tipo de dolencia. La otra parte sabía que todo era real. Esa parte comprendía incluso por qué las cosas se habían arreglado durante un tiempo.

Es el solsticio, ¿entiende? Verá que los mismos patrones se repiten una y otra vez en todo el mundo; no solo en Stonehenge, sino en Sudamérica y África... ¡incluso en el Ártico! Lo verá en el medio oeste americano; hasta mi hija lo ha visto, ¡y ella no sabe nada de todo este asunto! ¡«Círculos de cultivos», me dijo! Es un calendario..., Stonehenge y todos los demás, que no solo marca los días y los meses sino también las épocas de mayor o menor peligro.

Esa escisión en mi mente me desgarraba. Me desgarraba. He vuelto ahí una docena de veces desde aquel día, y el día 21... tuve que cancelar nuestra cita, ¿se acuerda?

[Le digo que sí, por supuesto que sí]

Pasé todo el día en el Campo de Ackerman, mirando y contando. Porque el día 21 era el solsticio de verano. El día de mayor peligro. Al igual que el solsticio de invierno en diciembre es el día menos peligroso. Fue el año pasado, será otra vez este año, ha sido así todos los años desde el comienzo de los tiempos. Y en los

meses por venir —al menos hasta otoño— tengo mucho trabajo por delante. El día 21... no puedo decirle cuan desagradable fue. El modo en que la octava roca renunciaba a su existencia. Lo difícil que fue concentrarme para devolverla al mundo. El modo en que la oscuridad se arremolinaba y retrocedía... se arremolinaba y retrocedía... como la marea. En una ocasión me despisté y cuando levanté la vista vi un ojo inhumano —un horrendo ojo trilobulado— que me miraba. Grité, pero no eché a correr. Porque el mundo dependía de mí. Dependía de mí y ni siquiera lo sabía. En lugar de correr, levanté la cámara y miré por el visor. Ocho piedras. Ningún ojo. Pero después de eso permanecí muy despierto.

Finalmente el círculo quedó fijo y supe que podía irme. Al menos por ese día. Por entonces el sol estaba poniéndose de nuevo, como la primera noche; una bola de fuego que se ocultaba en el horizonte y convertía el Androscoggin en una serpiente de sangre.

Doctor... tanto si es real como si es un delirio, el trabajo es tremendamente difícil. ¡Y qué responsabilidad! Estoy tan cansado... Imagine aguantar el peso del mundo sobre sus hombros...

[Vuelve a echarse en el diván. Es un hombre corpulento, pero ahora parece pequeño y marchito. Luego sonrío.]

Al menos cuando llegue el invierno podré tomarme un descanso. Si es que llego tan lejos. Y ¿sabe? Creo que usted y yo hemos terminado. Como suelen decir en la radio: «Así concluye el programa de hoy». Aunque... ¿quién sabe? Quizá vuelva usted a verme. O por lo menos oiga hablar de mí.

[Le digo que todo lo contrario, que nos queda un montón de trabajo por delante. Le digo que lleva una carga muy pesada; un gorila invisible de trescientos kilos sobre su espalda, y que juntos podemos persuadirle para que baje. Digo que podemos lograrlo, pero que llevará tiempo. Le digo todas esas cosas, y relleno un par de recetas, pero en mi corazón temo que tenga razón: él ha terminado. Se lleva las recetas, pero ha terminado. Quizá solo conmigo; quizá con la vida.]

Gracias, doctor. Por todo. Por escucharme. Y... ¿ve eso?

[Señala la mesa de al lado del diván, con su cuidada disposición.]

Si yo fuera usted, no lo movería.

[Le entrego una tarjeta de visita y él se la guarda cuidadosamente en el bolsillo. Cuando le da unas palmaditas para asegurarse de que sigue ahí, pienso que quizá me equivoque y que lo veré el 5 de julio. Ya me he equivocado antes. N. ha llegado a gustarme, y por su bien espero que no se adentre en ese círculo de rocas. Solo existe en su mente, pero eso no significa que no sea real]

[Fin de la última sesión.]

4. Manuscrito del doctor Bonsaint (Fragmentario)

5 de julio de 2007

Llamé al número de teléfono de su casa en cuanto vi la necrológica. Lo cogió C., la hija que iba al instituto aquí en Maine. Increíblemente serena, me dijo que en el fondo de su corazón aquello no la sorprendía. Dijo que había sido la primera en llegar a la residencia de N. en Portland (en verano trabaja en Camden, no muy lejos), pero oí que había más gente en la casa. Eso era bueno. La familia existe por un montón de razones, pero su función más básica quizá sea permanecer unida cuando uno de sus miembros muere, y es particularmente importante cuando la muerte es violenta o inesperada, un asesinato o un suicidio.

Sabía quién era yo. Habló sin reparos. Sí, fue un suicidio. Su coche. El garaje. Toallas taponando los resquicios de las puertas, y estoy seguro de que había un número par de toallas. Diez o veinte; según N., ambos son buenos números. El treinta no es tan bueno, pero ¿acaso la gente —en especial los hombres que viven solos— tiene treinta toallas en casa? Estoy seguro de que no. Lo sé porque yo no las tengo.

La hija dijo que habría una investigación. Encontrarán fármacos en su organismo —los que yo le receté, no me cabe la menor duda—, pero probablemente no en cantidades letales. Supongo que eso no importa mucho; N. seguirá muerto cualquiera que sea la causa.

Me preguntó si asistiría al funeral. Eso me emocionó. De hecho, se me saltaron las lágrimas. Le dije que sí, que iría si a la familia le parecía bien. Sorprendida, me dijo que por supuesto... ¿por qué no les iba a parecer bien?

«Porque al final no pude ayudarle», dije.

«Lo intentó —dijo—. Eso es lo importante.» Y volví a sentir el escozor en los ojos. Su amabilidad.

Antes de colgar, le pregunté si había dejado una nota. Dijo que sí. Tres palabras. «Estoy muy cansado.»

Había añadido su nombre. Lo que daba un total de cuatro.

7 de julio de 2007

Tanto en la iglesia como en el cementerio, la familia de N. —especialmente C. — me ha acogido y ha hecho que me sienta bienvenido. El milagro de la familia, que puede abrir su círculo incluso en momentos tan difíciles. Incluso para acoger a un extraño. Habría allí cerca de cien personas, muchas de ellas de la extensa

familia de su vida profesional. Lloré junto a su tumba. No me sorprendió ni me avergoncé: la identificación entre analista y paciente puede llegar a ser algo muy poderoso. C. me cogió de la mano, me abrazó y me dio las gracias por haber intentado ayudar a su padre. Le dije que se lo agradecía, pero me sentí como un impostor, un fracasado.

Un bonito día de verano. Qué irónico.

Esta noche he estado escuchando las cintas de nuestras sesiones. Creo que las transcribiré. Seguramente se pueda extraer un artículo de la historia de N. —un pequeño aporte a la literatura sobre la conducta obsesivo-compulsiva— y quizá algo más largo. Un libro. Sin embargo, dudo. Lo que me echa para atrás es saber que debería visitar ese campo y comparar la fantasía de N. con la realidad. Su mundo con el mío. Estoy bastante seguro de que ese campo existe. ¿Y las piedras? Sí, seguramente hay piedras. Pero no tienen el significado que la obsesión de N. les confería.

Esta noche, bonita puesta de sol roja.

17 de julio de 2007

Hoy me he tomado el día libre y he ido a Motton. Lo tenía en mente y al final no he encontrado ninguna razón para no ir. Estaba con el «runrún», como diría nuestra madre. Si tengo la intención de escribir el caso de N., ese runrún debe cesar. No hay excusa. Con los recuerdos de mi infancia para guiarme —el puente de Bale Road (al cual Sheila y yo solíamos llamar, por razones que ya no recuerdo, el puente de Fail Road),^[10] Boy Hill, y especialmente el cementerio Serenity Ridge—, pensé que encontraría el camino de N. sin demasiados problemas, y así fue. No podía equivocarme porque era el único camino de tierra con una cadena que lo atravesaba y un cartel de PROHIBIDO EL PASO.

Aparqué en el estacionamiento del cementerio, como N. había hecho antes que yo. Aunque era un brillante y caluroso mediodía de verano, solo oí cantar a unos pocos pájaros, y a mucha distancia. Por la Carretera 117 no pasó ningún coche, solo un camión sobrecargado que circulaba a ciento diez kilómetros por hora y que me apartó el pelo de la frente con una explosión de aire caliente y gases aceitosos. Después de eso solo estaba yo. Pensé en los paseos que daba cuando era niño hasta el puente de Fail Road con mi pequeña caña de pescar Zebco al hombro cual la carabina de un soldado. En aquella época nunca tenía miedo, y me dije que en ese momento tampoco tenía miedo.

Pero sí tenía. Y no diría que era un miedo completamente irracional. Seguir la pista a la enfermedad mental de un paciente hasta su origen nunca es cómodo.

Me detuve frente a la cadena, preguntándome si realmente quería hacerlo; si quería adentrarme no solo en una propiedad ajena sino en una fantasía obsesivo-

compulsiva que probablemente había terminado matando a su poseedor. (O — quizá sea más correcto— a su poseído.) La elección no parecía tan clara como lo había sido por la mañana, cuando me puse los vaqueros y mis viejas botas rojas de montaña. Esta mañana parecía sencillo: «Ve y compara la realidad con la fantasía de N., o descarta la posibilidad de escribir el artículo (o el libro)». Pero ¿qué es la realidad? ¿Quién soy yo para decidir que el mundo percibido por los sentidos del doctor B. es más real que el percibido por los sentidos de N., el malogrado contable?

La respuesta a eso parecía bastante clara: el doctor B. es un hombre que no se ha suicidado, un hombre que no cuenta, ni toca, ni coloca cosas; un hombre que cree que los números, sean pares o impares, solo son números. El doctor B. es un hombre capaz de convivir con el mundo. Al final, el contable N. no pudo. Por tanto, la percepción de la realidad del doctor B. es más viable que la del contable N.

Pero una vez que llegué allí, y sentí el silencioso poder del lugar (incluso al pie del camino, detrás todavía de la cadena), pensé que la elección era en realidad mucho más simple: recorrer ese camino desierto del Campo de Ackerman o dar la vuelta y subir de nuevo al coche. Alejarme. Olvidar la idea de un posible libro, olvidar la idea, más probable, de un artículo. Olvidar a N. y ocuparme de mis asuntos.

Aunque... aunque...

Alejarme podría (y digo «podría») significar que en algún nivel en lo profundo de mi subconsciente, donde las viejas supersticiones siguen vivas (cogidas de la mano de los viejos impulsos rojos), había aceptado la creencia de N. de que el Campo de Ackerman contenía un lugar muy frágil protegido por un círculo mágico de piedras, y que si me acercaba a él podría reactivar algún proceso terrible, alguna lucha horrible, a la que N. creyó poder poner fin (al menos temporalmente) con su suicidio. Alejarme significaría que había aceptado (en esa parte profunda de mí en la que todos nos parecemos casi tanto como las hormigas que trabajan en un hormiguero subterráneo) la idea de que yo iba a ser el siguiente guardián. Así es como yo lo había llamado. Y si cedía ante tales ideas...

«Mi vida jamás sería la misma —dije en voz alta—. Nunca podría mirar el mundo del mismo modo.»

De pronto todo aquel asunto me pareció muy serio. A veces naufragamos, ¿verdad? Hasta lugares donde las elecciones ya no son fáciles y las consecuencias de elegir la opción errónea pueden ser graves. Quizá la vida —o la cordura— corra peligro.

O... ¿y si no son elecciones? ¿Y si solo lo parecen?

Deseché la idea y rodeé uno de los postes que sujetaban la cadena. Tanto mis pacientes como mis colegas de profesión me han llamado doctor de brujas (en broma, supongo), pero no quería pensar eso de mí mismo; no quería mirarme en el espejo del baño y pensar: *Aquí está el hombre que se ha dejado influir en un momento crítico no solo por su propio proceso de pensamiento sino por el delirio de un paciente muerto.*

No había árboles atravesados en el camino, pero vi varios —en su mayoría abedules y pinos— tirados en la empinada cuneta. Parecía que los habían talado y apartado a un lado en algún momento de este año, o del año pasado, o del anterior. Para mí era imposible saberlo. No soy leñador.

Llegué a la falda de una colina y vi que el bosque se disipaba a ambos lados, dejando a la vista una vasta extensión del caluroso cielo veraniego. Era como caminar dentro de la cabeza de N. Me detuve a medio camino de la colina, no porque me hubiese quedado sin aliento, sino para preguntarme por última vez si eso era lo que yo quería. Luego seguí adelante.

Ojalá no lo hubiera hecho.

El campo estaba allí, y la vista a campo abierto hacia el oeste era tan espectacular como N. había apuntado; realmente te dejaba sin respiración. Incluso aunque el sol estuviese alto y amarillo en vez de ocultándose en el horizonte. Las piedras también estaban allí, a unos cincuenta metros pendiente abajo. Y sí, parecían formar un círculo, pero no el tipo de círculo de Stonehenge. Las conté. Había ocho, como N. había dicho.

(Menos cuando dijo que había siete.)

La hierba del interior de aquella tosca agrupación de rocas parecía un poco irregular y amarillenta comparada con el verdor alto hasta el muslo del resto del campo (se extendía hasta una gran superficie de robles, abetos y abedules), pero eso no quería decir que estuviera seca. Me llamó la atención un pequeño grupo de arbustos de zumaque. Tampoco estaban secos —al menos creo que no lo estaban, pero las hojas eran negras en lugar de verdes veteadas de rojo, y no tenían forma. Eran deformes, de algún modo difíciles de mirar. Ofendían el orden que el ojo esperaba percibir. No puedo describirlo mejor.

A unos diez metros de donde estaba vi algo blanco enganchado en uno de esos arbustos. Caminé hacia allí, vi que era un sobre y supe que N. lo había dejado para mí. Si no el día de su suicidio, no mucho antes. Sentí un retortijón horrible en el estómago. Tuve la clara sensación de que al decidir ir hasta allí (si es que lo decidí) me había equivocado. Que de hecho sabía que me equivocaría al elegir, educado para confiar en mi intelecto por encima de mis instintos.

Tonterías. Sé que no debería pensar así.

N. también lo sabía, por supuesto (¡aquí está la prueba!), y antes también

había pensado eso mismo. Pero no dudó en contar las toallas mientras se preparaba para su...

Para asegurarse de que era un número par.

Mierda. La mente te tiende trampas, ¿verdad? Las sombras forman rostros.

El sobre estaba metido en una bolsita de plástico transparente para que se mantuviera seco. Las letras eran perfectamente firmes, perfectamente claras: DOCTOR JOHN BON-SAINT.

Lo saqué de la bolsita, luego volví a mirar pendiente abajo, hacia las piedras. Todavía ocho. Claro. Pero no cantaba ningún pájaro, no chirriaba ningún grillo. El día aguantaba la respiración. Cada sombra estaba tallada. Ahora sé lo que N. quiso decir con lo de sentirse atrapado en el tiempo.

Había algo dentro del sobre; lo noté resbalar hacia delante y hacia atrás, y mis dedos supieron qué era antes incluso de rasgar la parte superior del sobre y dejar que cayera en la palma de mi mano. Una llave.

Y una nota. Solo dos palabras: «Perdóneme, doctor». Y su nombre, por supuesto. Solo el de pila. Eso hacia un total de tres palabras. No era un buen número. Al menos según N.

Me metí la llave en el bolsillo y me acerqué a un arbusto de zumaque que no parecía un arbusto de zumaque; hojas negras, ramas retorcidas hasta el punto que parecían runas, o letras...

¡CTHUN, no!

... y me dije: *Es hora de dejarlo. Ya es suficiente. Si algo ha mutado a los arbustos, si alguna condición medioambiental ha envenenado el suelo, que así sea. Los arbustos no son lo importante en este paisaje; lo importante son las piedras. Hay ocho. Has analizado el mundo y lo has encontrado como esperabas que estuviera, como sabías que estaría, como ha estado siempre. Si este campo parece demasiado tranquilo —como cargado— es sin duda debido al efecto persistente de la historia de N. en tu mente. Por no mencionar su suicidio. Ahora vuelve a tu vida. No importa el silencio ni la sensación —en tu cabeza como una nube de tormenta— de que algo en ese silencio está al acecho. Vuelve a tu vida, doctor B.*

Vuelve ahora que todavía puedes.

Regresé al principio del camino. El alto y verde heno susurraba contra mis pantalones como una voz suave y jadeante. El sol me golpeaba la nuca y los hombros.

Sentí el impulso de volverme y echar otra ojeada. Un fuerte impulso. Me enfrenté a él y perdí.

Cuando me giré, vi siete piedras. No ocho sino siete. Las conté dos veces para estar seguro. En el interior del círculo de piedras parecía que hubiera oscurecido,

como si una nube hubiera pasado por delante del sol. Una nube tan pequeña que solo hacía sombra en ese sitio. Pero no parecía una sombra. Parecía una oscuridad especial que se movía sobre la hierba enmarañada y amarillenta, se retorció sobre sí misma y luego se derramó por el hueco donde, estaba seguro (casi seguro; eso es lo malo), había una octava roca cuando yo llegué.

Pensé: *No tengo cámara con la que mirar y hacerla reaparecer.*

Pensé: *Tengo que parar mientras todavía pueda decirme que nada de esto está ocurriendo.* Con razón o sin ella, me preocupaba menos el destino del mundo que la pérdida de mis propias percepciones; la pérdida de mi concepto del mundo. En ningún momento creí el delirio de N., pero aquella oscuridad...

No quise que eso diera pie a nada, ¿entienden? Ni siquiera un dedo.

Había vuelto a meter la llave en el sobre y me lo había guardado en el bolsillo de atrás del pantalón, pero la bolsita transparente seguía en mi mano. Sin pensar realmente en lo que estaba haciendo, la levanté delante de mis ojos y miré a través de ella hacia las piedras. Se veía un poco borroso, un poco distorsionado, incluso cuando estiré el plástico, pero se veía lo suficiente. Volvían a ser ocho, sin duda, y aquella oscuridad percibida...

Aquel embudo

O túnel

... había desaparecido. (Por supuesto nunca había estado allí, eso para empezar.) Bajé la bolsita —no sin cierta inquietud, lo admito— y miré directamente a las rocas. Ocho. Sólidas como los cimientos del Taj Mahal. Ocho.

Me dirigí de nuevo hacia el camino, ganándole la batalla al impulso de echar otro vistazo. ¿Para qué mirar otra vez? Ocho es ocho. Y me como un bizcocho. (Un pequeño chiste.)

He decidido olvidarme del artículo. Será mejor dejar atrás todo el asunto de N. Lo importante es que fui allí e hice frente —estoy bastante seguro de que esto es cierto— a la locura que hay en todos nosotros, tanto en los doctores B. del mundo como en los N. ¿Cómo lo llamaban en la Primera Guerra Mundial? «Ir a ver al elefante.» Una realidad tan extraordinaria como el elefante del circo. Fui a verlo, pero eso no significa que tenga que dibujarlo. O, en mi caso, describirlo.

¿Y si creía que había visto algo más? Si por unos pocos segundos...

Bueno, sí. Pero esperen. Eso solo demuestra la fuerza del delirio que capturó al pobre N. Explica su suicidio de un modo en que ninguna anotación puede hacerlo. Sin embargo, algunas cosas es mejor dejarlas a un lado. Y este es probablemente el caso. Esa oscuridad...

Ese embudo-túnel, esa oscuridad percibida...

En cualquier caso, he terminado con N. Ni libro, ni artículo. «Pasa página.» Sin duda la llave abre el candado de la cadena que hay al principio del camino,

pero nunca la usaré. La tiré a la basura.

«Y a la cama», como solía decir el magnífico y fallecido Sammy Pepys.

Esta noche el sol brillará rojo sobre ese campo. ¿Niebla elevándose del heno? Quizá. Del heno verde. No del amarillento.

El Androscoggin estará rojo esta noche, una larga serpiente sangrando en un canal de parto muerto. (¡Fantástico!) Me gustaría verlo. Por la razón que sea. Lo admito.

Solo es cansancio. Mañana por la mañana habrá desaparecido. Mañana por la mañana puede que incluso reconsidere la posibilidad de escribir el artículo. O el libro. Pero esta noche no.

Y a la cama.

18 de julio de 2007

Esta mañana saqué la llave de la basura y la guardé en el cajón de mi escritorio. Tirarla era como admitir que podría haber ocurrido algo. Ya saben.

Bueno. Y de todos modos: solo es una llave.

27 de julio de 2007

De acuerdo, sí, lo admito. He estado contando algunas cosas y me he asegurado de que a mi alrededor hay números pares. Los clips para los papeles. Los bolígrafos del lapicero. Cosas por el estilo. Hacerlo me relaja de una manera extraña. Seguramente haya pillado el catarro de N. (Un pequeño chiste, aunque no tiene gracia.)

Mi psiquiatra es el doctor J. de Augusta, ahora jefe de departamento en el Serenity Hill. Lo llamé y mantuvimos una discusión general —con el pretexto de una investigación para un ensayo que tenía que enviar este invierno a una convención en Chicago; todo mentira, por supuesto, pero a veces, ya saben, así es más fácil— acerca de la naturaleza transitiva de paciente a analista de los síntomas de la conducta obsesivo-compulsiva. J. me confirmó mis pesquisas. No es un fenómeno muy común, pero no es una rareza.

«Johnny, esto no te afecta de forma personal, ¿verdad?», me preguntó.

Agudo. Perceptivo. Siempre lo ha sido. ¡Y tiene un montón de información sobre un servidor!

«No —contesté—. Solo me interesa el tema. De hecho, se ha convertido en algo así como una obsesión.»

Terminamos la conversación entre risas y luego fui a la mesa del café y conté los libros. Seis. Eso es bueno. Seis son las que veis. (La pequeña rima de N.) Comprobé mi escritorio para asegurarme de que la llave estaba allí y, por supuesto, allí estaba. ¿Dónde iba a estar si no? Una llave. ¿Uno es bueno o malo? «El queso se queda solo», ya saben, como la canción del juego infantil.

Probablemente no tiene nada que ver, ¡pero es algo en lo que pensar!

Salí de la habitación, entonces recordé que en la mesa del café había revistas además de libros, y también las conté. ¡Siete! Cogí el *People* con Brad Pitt en la portada y lo tiré a la basura.

Miren, si con eso me siento mejor, ¿qué tiene de malo? ¡Solo era Brad Pitt!

Y si la cosa va a peor, hablaré claro con J. Esta es una promesa que me hago a mí mismo.

Creo que un poco de Neurontin puede ayudarme. A pesar de tratarse de un medicamento anticonvulsivo, estrictamente hablando, en casos como el mío se ha demostrado que puede ayudar. Por supuesto...

3 de agosto de 2007

¿A quién intento engañar? No hay casos como el mío, y el Neurontin no me ayuda. Es como pedirle peras al olmo.

Pero contar sí me ayuda. Me relaja, por raro que parezca. Y algo más. ¡La llave estaba en el lado equivocado del cajón donde la metí! Fue una intuición, pero la intuición no es NINGUNA TONTERÍA. La moví. Mejor. Luego puse otra llave (la de la caja fuerte) en el otro lado. Eso pareció equilibrar las cosas. Seis son las que veis, pero dos es mejor (chiste). Anoche dormí bien.

Bueno, no. Pesadillas. El Androscoggin al anocheecer. Una herida roja. Un canal de parto. Pero muerto.

10 de agosto de 2007

Algo va mal ahí fuera. La octava roca se está soltando. Decirme a mí mismo que no es así no tiene sentido porque cada nervio de mi cuerpo —¡cada célula de mi piel!— proclama que es cierto. Contar libros (y zapatos, sí, es verdad; la intuición de N. y no es una tontería) ayuda, pero no solventa EL PROBLEMA BÁSICO. Ni siquiera colocar las cosas en diagonal ayuda demasiado, aunque desde luego...

Las migas de pan tostado en la encimera de la cocina, por ejemplo. Las alineas con la hoja del cuchillo. Rayas de azúcar sobre la mesa, ¡JA! Pero ¿quién sabe cuántas migas hay que reunir? ¿Cuántos granos de azúcar? ¡¡Contar eso es muy difícil!!

Esto tiene que acabar. Voy a volver.

Me llevaré una cámara.

11 de agosto de 2007

La oscuridad. Dios mío. Era casi completa. Y algo más. La oscuridad tenía un ojo.

12 de agosto

¿Vi algo? ¿Seguro? No lo sé. Creo que sí, pero no lo sé. Hay 19 palabras en esta entrada. 22 es mejor.

19 de agosto

He cogido el teléfono para llamar a J. y contarle lo que me está pasando pero he colgado. ¿Qué iba a decirle? Además: $1-207-555-1863 = 11$. Un mal número.

El Valium ayuda mucho más que el Neurontin. Creo. Siempre y cuando no abuse

16 de sept.

He vuelto de Motown. Empapado en sudor. Temblando. Pero ocho otra vez. Lo he fijado. ¡Yo! ¡Lo he fijado! ¡ESO! Gracias a Dios. Pero... ¡Pero!

No puedo vivir así.

No, pero... LLEGUÉ JUSTO A TIEMPO. ESA COSA ESTABA A PUNTO DE ESCAPAR. Las protecciones solo aguantan un poco y luego una «visita» es necesaria. (Un chistecito.)

Vi el ojo trilobulado del que me habló N. No pertenece a nada de este mundo o universo.

Está intentando devorar su propio camino. Aunque eso yo no lo acepto. He dejado que la obsesión de N. presione mi psique con un dedo (ha estado metiéndome el dedo, si me permiten la bromita) y ha seguido así hasta abrir una brecha, y ha metido un segundo dedo, un tercero, la mano entera. Me ha abierto en canal. Me ha abierto

¡Pero!

Lo vi con mis propios ojos. Hay un mundo detrás del nuestro, lleno de monstruos Dioses

¡MALDITOS DIOSES!

Una cosa. ¿Qué pasa si me suicido? Si esto no es real, el tormento termina. Si es real, la octava piedra se solidifica de nuevo. Al menos hasta que algún otro — el próximo «GUARDA»— explore despreocupadamente ese camino y vea...

¡Suicidarme casi parece una buena idea!

9 de octubre de 2007

Últimamente mejor. Mis ideas parecen ser más mías. Cuando fui por última vez al Campo de Ackerman (hace dos días), todas mis preocupaciones desaparecieron. Había ocho rocas. Las miré —sólidas como casas— y vi un cuervo en el cielo. Se desvió para evitar el espacio aéreo encima de las rocas, «el ziss-ziss es la verdad» (chiste), pero ahí estaba. Y mientras yo permanecía de pie

al final del camino con la cámara colgada del cuello (nada de nada en Motton, aquellas piedras no se podían fotografiar, N. tenía razón en eso; ¿posiblemente radón?), me pregunté cómo pude pensar que solo había siete. Admito que conté los pasos de regreso al coche (como llegué a la puerta del conductor con un número impar, di unos cuantos pasos de aquí para allá), pero esas cosas no cesan todas a la vez. ¡Son CALAMBRES de la MENTE! Sin embargo, quizá...

¿Puedo atreverme a pensar que estoy mejorando?

10 de octubre de 2007

Por supuesto que hay otra posibilidad, pero me resisto a admitirla: que N. tuviera razón en cuanto a los solsticios. Estábamos alejándonos de uno y acercándonos a otro. El verano había acabado; el invierno se aproximaba. Y eso, si es cierto, es una buena noticia, pero solo a corto plazo. Si tengo que hacer frente a esos angustiosos espasmos mentales la próxima primavera... y la primavera siguiente... No podré, eso es todo.

Cómo me atormenta ese ojo. Flotando en la creciente oscuridad.

Otras cosas detrás

¡CTHUN!

16 de noviembre de 2007

Ocho. Siempre hubo ocho. Ahora estoy seguro. Hoy el campo estaba tranquilo; el heno, seco; los árboles al pie de la pendiente, desnudos; el Androscoggin, de color gris acero bajo el cielo de color hierro. El mundo esperaba la nieve.

Y, por Dios, lo mejor de todo: ¡había un pájaro posado en una de las piedras!

¡UN PÁJARO!

Cuando estaba conduciendo de regreso a Lewiston me di cuenta de que no había contado los pasos de vuelta hasta el coche.

Esta es la verdad. Lo que debería ser la verdad. Uno de mis pacientes me contagió su resfriado, pero ya estoy mejor. Resfriado fuera, nariz seca.

Qué ironía que aquello me hubiera pasado a mí.

25 de diciembre de 2007

Compartí la cena de Navidad y el acostumbrado intercambio de regalos con Sheila y su familia. Cuando Don se llevó a Seth a la misa del gallo (estoy seguro de que los buenos metodistas se sorprenderían si conocieran las raíces paganas de tales ritos), Sheila me dio un apretón en la mano y me dijo: «Has vuelto. Eso está bien. Estaba preocupada».

Bueno, al parecer no se puede engañar a los de tu misma sangre. El doctor J. solo sospechó que algo iba mal, pero Sheila lo sabía. Querida Sheila.

«Tuve una especie de crisis durante el verano y el otoño —le dije—. Podríamos llamarlo una crisis del espíritu.»

Aunque fue más una crisis de la psique. Cuando un hombre empieza a creer que el único propósito para el que sirven sus sentidos es ocultar el conocimiento de otros mundos terribles... sufre una crisis de psique.

Sheila, siempre práctica, repuso: «Al menos no era cáncer, Johnny. Eso es lo que me asustaba».

¡Querida Sheila! Me reí y la abracé.

Más tarde, mientras dábamos los últimos retoques a la cocina (y bebíamos ponche de huevo), le pregunté si recordaba por qué llamábamos Fail Road, de «fallar», al puente de Bale Road. Ella ladeó la cabeza y se rió.

«Fue tu viejo amigo el que nos llevó allí. El único por el que he estado colada.»

«Charlie Keen —dije—. Hace diez años que no lo veo. Salvo en televisión. El pobre es Sanjay Gupta.»

Sheila me dio un golpe en el brazo.

«Los celos no van contigo, cariño. El caso es que un día estábamos pescando en el puente (ya sabes, con esas pequeñas poleas que teníamos) y Charlie se asomó por el borde y dijo: «¿Sabéis? Cualquiera que se cayera de aquí no podría “fallar”, se mataría». Nos pareció de lo más gracioso y nos reímos como locos. ¿No te acuerdas?»

Y entonces lo recordé. El puente de Bale Road se convirtió en el puente de Fail Road desde ese momento. Y el bueno de Charlie tenía razón. El Bale es muy poco profundo en ese punto. Por supuesto, desemboca en el Androscoggin (el punto donde se unen los dos ríos probablemente podía verse desde el Campo de Ackerman, aunque yo nunca me había fijado), que es mucho más profundo. Y el Androscoggin desemboca en el mar. Un mundo lleva a otro mundo, ¿no es cierto? A un mundo más profundo que el anterior; esto es un designio que proclama toda la tierra.

Don y Seth, los hijos de Sheila, regresaron cubiertos de nieve. Nos dimos un abrazo grupal, muy a lo *new age*, y luego regresé a casa en coche escuchando villancicos. Por primera vez en mucho tiempo me sentía realmente feliz.

Creo que estas notas... este diario... esta crónica de la locura evitada (quizá solo por pocos centímetros; creo que estuve a punto de «cruzar la raya»)... puede concluir ahora.

Gracias a Dios, y feliz Navidad para mí.

1 de abril de 2008

Hoy es aquí el día de los Inocentes, y el inocente soy yo. Desperté de un sueño

en el que aparecía el Campo de Ackerman.

En el sueño, el cielo era azul y en el valle el río era de un azul más oscuro, la nieve había empezado a derretirse, las primeras hierbas verdes asomaban entre los restos de blanco, y de nuevo había solo siete rocas. Dentro del círculo volvía a haber oscuridad. Por el momento solo era una mancha, pero crecería si no me ocupaba de ella.

Después de despertarme conté todos mis libros (sesenta y cuatro, un buen número, par y divisible por sí mismo hasta llegar a 1; piensen en ello), y cuando resultó que ese truco no sirvió de nada, derramé un poco de café en la encimera de la cocina y formé una diagonal. Eso arregló las cosas —por el momento—, pero no me queda otro remedio que ir hasta allí y hacer otra «visita». No debo vacilar.

Porque está empezando otra vez.

La nieve casi ha desaparecido, el solsticio de verano se acerca (aún está lejos en el horizonte pero se acerca), y ha vuelto a empezar.

Lo percibo.

Dios me ayude, me siento como un enfermo de cáncer en el que el tumor ha remitido y que una mañana se despierta y descubre una gran masa de grasa en su axila.

No puedo hacerlo.

Debo hacerlo.

[Más tarde]

Todavía quedaba nieve en el camino, pero llegué sin problemas hasta «C. A.». Dejé mi coche en el aparcamiento del cementerio y continué a pie. Había solo siete rocas, como en mi sueño. Miré a través del visor de la cámara. Otra vez ocho. El ocho es el destino y mantiene el mundo en su eje. Buen trato. ¡Para el mundo!

Para el doctor Bonsaint no es un buen trato. Que esto deba suceder otra vez; mi mente se estremece ante la perspectiva.

Por favor, Dios, no dejes que suceda otra vez.

6 de abril de 2008

Hoy me llevó más tiempo convertir las siete rocas en ocho, y sé que aún tengo frente a mí «mucho camino» que recorrer; por ejemplo, contar y hacer diagonales y —recolocar no, en eso N. estaba equivocado— equilibrar, eso es necesario. Es simbólico, como el pan y el vino en la comunión.

De todos modos, estoy cansado. Y para el solsticio aún queda mucho.

Sigue aumentando su poder pero para el solsticio aún queda mucho.

Ojalá N. hubiera muerto antes de acudir a mi despacho. Ese bastardo egoísta.

2 de mayo de 2008

Creí que esta vez me mataría. O que me rompería la mente. ¿Mi mente está rota? Dios mío, ¿cómo puedo decirlo? No hay Dios, no puede haber Dios en esa oscuridad, y el OJO que observa desde ella. Y hay algo más.

LA COSA CON LA CABEZA DE YELMO. NACIDA EN LA INSANA OSCURIDAD VIVIENTE.

Se oyó un cántico. Un cántico desde lo más profundo del círculo de rocas, de lo más profundo de la oscuridad. Pero logré convertir de nuevo el siete en ocho, aunque esta vez me llevó mucho, mucho, mucho, mucho, mucho tiempo. Tuve que mirar muchas veces a través del visor, caminé también en círculos y conté las pisadas, abrí el círculo a sesenta y cuatro pasos y por fin lo logré, gracias a Dios. «El remolino se ensancha.»^[11] ¡Yeepa! Luego miré hacia arriba. Miré alrededor. Y vi su nombre en cada arbusto de zumaque y en cada árbol de ese campo infernal: Cthun, Cthun, Cthun, Cthun. Miré al cielo para aliviarme y vi las nubes deletrearlo mientras surcaban el azul: CTHUN en el cielo. Miré hacia el río y vi que sus curvas formaban una C gigante. C de Cthun.

¿Cómo puedo ser el responsable del mundo? ¿Cómo puede ser?

iiiiiiiNo es justo!!!!!!!

4 de mayo de 2008

Si pudiera cerrar la puerta suicidándome.

Y la paz, aunque solo sea la paz de la oblación.

Voy a ir otra vez, pero esta vez no recorreré todo el camino.

Solo hasta el puente de Fail Road. Allí hay poca profundidad, el fondo está lleno de rocas.

Debe de haber unos diez metros de caída. No es el mejor número pero aun así cualquiera que se caiga de ahí no puede fallar. No puede fallar.

No puedo dejar de pensar en ese horroroso ojo trilobulado.

La cosa con la cabeza de yelmo.

Los rostros vociferantes en las piedras.

¡CTHUN!

[El manuscrito del doctor Bonsaint termina aquí.]

5. La segunda carta

8 de junio de 2008

Querido Charlie:

No he recibido noticias tuyas acerca del manuscrito de Johnny, y eso es bueno. Por favor, haz caso omiso de mi última carta, y si aún conservas las páginas, quémalas. Ese era el deseo de Johnny, y debería haberlo cumplido yo misma.

Me dije que solo me acercaría al puente de Fail Road para ver el lugar donde pasamos unos momentos tan felices cuando éramos niños, el lugar donde él acabó con su vida cuando los momentos felices terminaron. Me dije que eso podría echar el cierre (esa es la expresión que Johnny habría usado). Pero, por supuesto, la mente que está debajo de mi mente —donde todos somos casi idénticos, estoy segura que eso es lo que Johnny afirmaría— sabía que no sería así. ¿Por qué si no cogí la llave?

Porque estaba ahí, en su estudio. No en el mismo cajón donde encontré el manuscrito, sino en el de arriba; el que está encima del hueco para las piernas. Con otra llave para «equilibrarlo», como él decía.

¿Te habría enviado la llave junto al manuscrito si hubiera encontrado ambas cosas en el mismo sitio? No lo sé. No lo sé. Pero en conjunto me alegro de cómo ha salido todo. Porque podrías haber sentido la tentación de ir hasta allí. Arrastrado por la mera curiosidad, o posiblemente por algo más. Algo más fuerte.

O quizá todo esto sea una tontería. Probablemente cogí la llave y fui hasta Motton y encontré aquel camino porque soy lo que dije que era en mi última carta: la hija de Pandora. ¿Cómo puedo asegurarlo? N. no podía. Tampoco mi hermano podía, ni siquiera al final, y como él solía decir: «Yo soy un profesional, no intente esto en casa».

En cualquier caso, no te preocupes por mí. Estoy bien. E incluso si no lo estoy, aún puedo hacer bien las cuentas. Sheila LeClaire tiene un marido y un hijo. Charlie Keen —según lo que he leído en Wikipedia— tiene una esposa y tres hijos. Por lo tanto, tú tienes más que perder. Y además, quizá nunca superé lo colada que estuve por ti.

No vengas bajo ningún concepto. Sigue haciendo tus reportajes sobre la obesidad y el abuso de los medicamentos y los ataques al corazón en hombres menores de cincuenta y cosas como esas. Cosas normales como esas.

Y si no has leído el manuscrito (eso espero, pero lo dudo; estoy segura de que Pandora también tiene hijos varones), pasa de él. Atribúyelo todo a la histeria de

una mujer que ha perdido inesperadamente a su hermano.
Ahí no hay nada.
Solo algunas rocas.
Las vi con mis propios ojos.
Juro que ahí no hay nada, así que mantente alejado.

6. El artículo del periódico

[Del *Democrat* de Chester's Mill: 1 de junio de 2008]

UNA MUJER SALTA DESDE UN PUENTE,
IMITA EL SUICIDIO DE SU HERMANO

Por Julia Shumway

MOTTON - Después de que el destacado psiquiatra John Bonsaint se suicidara saltando desde el puente Bale River en esta pequeña localidad del centro de Maine hace menos de un mes, algunos parientes afirmaron que su hermana, Sheila LeClaire, estaba confusa y deprimida. Su marido, Donald LeClaire, ha declarado que estaba «totalmente devastada». Nadie pensó que considerara la posibilidad del suicidio, añadió.

Pero así era.

«Aunque no dejó ninguna nota», ha afirmado el forense del condado Richard Chapman, «todos los indicios están ahí.

Su coche se hallaba bien aparcado y considerablemente apartado de la carretera, en la margen de Harlow del puente.

Estaba cerrado y su bolso se encontraba en el asiento del pasajero, con el permiso de conducir encima».

Chapman ha añadido que los zapatos de LeClaire fueron encontrados al lado de la barandilla, colocados con cuidado el uno junto al otro. Chapman ha afirmado que solo la investigación podrá aclarar si se ahogó o murió por el impacto.

Además de un marido, Sheila LeClaire deja a un hijo de siete años. El

servicio religioso todavía no se ha fijado.

7. El e-mail

keenl981

15.44 h

5 de junio 08

Chrissy...

Por favor, cancela todas mis citas de la semana que viene. Sé que te aviso con muy poca antelación, y sé cuántas quejas vas a recibir, pero no puedo evitarlo. Tengo que atender un asunto en mi residencia de Maine. Dos viejos amigos, hermano y hermana, se han suicidado en extrañas circunstancias... ¡y en el mismo maldito lugar! Dado el manuscrito tan sumamente extraño que ella me envió antes de imitar (al parecer) el suicidio de su hermano, creo que esto hay que investigarlo. El hermano, John Bonsaint, era mi mejor amigo cuando éramos niños; nos salvamos el uno al otro en más de una pelea en el patio.

Hayden puede realizar las pruebas de los niveles de azúcar. Sé que él cree que no puede, pero sí puede. Y aunque no pueda, yo tengo que irme. Johnny y Sheila eran como de la familia.

Y además: no quisiera ser filisteo en ese asunto, pero creo que de aquí podría salir una historia. Sobre la conducta obsesivo-compulsiva. Tal vez no sea un problema tan importante como el cáncer, pero los que lo sufren te dirán que es una mierda atterradoramente poderosa.

Gracias, Chrissy...

Charlie

El gato del infierno

Halston pensó que el viejo de la silla de ruedas parecía enfermo, aterrorizado y preparado para morir. Tenía experiencia en ver cosas como esa. La muerte era el negocio de Halston; se la había brindado a dieciocho hombres y seis mujeres en su trayectoria como asesino a sueldo. Sabía qué aspecto tenía la muerte.

La casa —en realidad, una mansión— era fría y tranquila. Los únicos sonidos que se oían eran el suave crepitar del fuego en la gran chimenea de piedra y el ligero gemido del viento de noviembre en el exterior.

—Quiero que cometa un asesinato —dijo el viejo. Su voz era trémula y vivaz, desagradable—. Entiendo que eso es a lo que usted se dedica.

—¿Con quién ha hablado? —preguntó Halston.

—Con un hombre llamado Saúl Loggia. Dice que usted lo conoce.

Halston asintió. Si Loggia era el intermediario, todo iba bien. Y si había un micrófono oculto en la habitación, cualquier cosa que dijera el viejo —Drogan— quedaría grabado.

—¿A quién quiere liquidar?

Drogan presionó un botón de la consola instalada en el brazo de la silla de ruedas y avanzó con un zumbido. De cerca, Halston pudo percibir el amarillento olor del miedo, la edad y la orina, todo mezclado. Le pareció repugnante, pero no lo demostró. Su rostro permanecía tranquilo y sereno.

—La víctima esta justo detrás de usted —dijo Drogan bajito.

Halston se movió rápidamente. Los reflejos eran su vida y siempre los tenía a flor de piel. Saltó del sofá, cayó sobre una rodilla, giró, una mano dentro de su chaqueta deportiva hecha especialmente a medida empuñaba el híbrido 45 de cañón corto que colgaba bajo su axila en una pistolera con resorte que dejaba el arma en su palma con un solo roce. Un instante después la tenía fuera y apuntaba a... un gato.

Durante un momento, Halston y el gato se observaron. Fue un momento extraño para Halston, un hombre sin imaginación y sin supersticiones. Durante ese instante único, arrodillado en el suelo con la pistola en alto, sintió que conocía

a ese gato, aunque si alguna vez hubiera visto alguno con unos rasgos tan inusuales seguramente se acordaría.

Tenía la cara mitad blanca, mitad negra. La línea divisoria corría perfecta desde la parte superior del cráneo hasta la boca, pasando por el hocico. Sus ojos eran enormes y sombríos, y dentro de sus pupilas, negras y casi circulares, había un prisma de fuego, como un hosco carbón de odio.

Y aquel pensamiento resonó en el interior de Halston: *Tú y yo nos conocemos.*

Luego se disipó. Apartó la pistola y se incorporó.

—Debería matarlo a usted, viejo. No soporto las bromas.

—Y yo no suelo hacerlas —contestó Drogan—. Siéntese. Mire esto.

Extrajo un sobre grueso de debajo de la sábana que le cubría las piernas.

Halston se sentó. El gato, que estaba en el respaldo del sofá, se agachó y saltó con agilidad a su regazo. Durante un instante miró a Halston con esos enormes ojos negros, las pupilas rodeadas por finos anillos de color verde dorado, y luego se acomodó y empezó a ronronear.

Halston miró a Drogan de forma interrogante.

—Es muy amistoso —dijo Drogan—. Al principio. El agradable y amistoso minino ha matado ya a tres personas en esta casa. Solo quedo yo. Soy viejo, estoy enfermo... pero prefiero morir en paz cuando me llegue la hora.

—No lo puedo creer —dijo Halston—. ¿Me ha contratado para que mate a un gato?

—Mire dentro del sobre, por favor.

Halston lo hizo. Estaba lleno de billetes de cien y de cincuenta, todos usados. —¿Cuánto hay?

—Seis mil dólares. Le entregaré otros seis mil cuando me demuestre que el gato está muerto. El señor Loggia me dijo que doce mil dólares es su tarifa habitual.

Halston asintió, su mano acarició automáticamente al gato que tenía en su regazo. Dormitaba y seguía ronroneando. A Halston le gustaban los gatos. De hecho, eran los únicos animales que le gustaban. Se las arreglaban solos. Dios —si es que existía— los había creado como perfectas y reservadas máquinas de matar. Los gatos eran los asesinos del mundo animal, y Halston los respetaba.

—No tengo por qué darle explicaciones, pero aun así lo haré —dijo Drogan—. Hombre prevenido vale por dos, y no quisiera que se metiera en esto a la ligera. Parece que voy a tener que justificarme. Así no pensará que estoy loco.

Halston asintió de nuevo. Ya había decidido llevar a cabo ese golpe tan peculiar, no necesitaba ninguna charla previa. Pero si Drogan quería hablar, le escucharía.

—Antes que nada, ¿sabe quién soy yo? ¿De dónde sale el dinero?

—Laboratorios Drogan.

—Exacto. Una de las mayores empresas de fármacos del mundo y la piedra angular de nuestro éxito financiero es esto. —Del bolsillo de su bata extrajo un pequeño frasco de pastillas sin etiqueta y se lo tendió a Halston—. Tridormalphenobarbin, compuesto G. Recetado casi exclusivamente para los enfermos terminales. Es sumamente adictivo, ya sabe. Es una combinación de analgésico, tranquilizante y alucinógeno ligero. Ayuda sorprendentemente al enfermo terminal a afrontar su situación y adaptarse a ella.

—¿Usted las toma? —preguntó Halston.

Drogan hizo caso omiso a la pregunta.

—Se receta en casi todo el mundo. Es sintético, se desarrolló en los años cincuenta en nuestros laboratorios de New Jersey. Las pruebas se hicieron casi exclusivamente con gatos debido al peculiar sistema nervioso de los felinos.

—¿A cuántos liquidaron?

Drogan se puso tenso.

—Enfocarlo de ese modo es injusto y perjudicial.

Halston se encogió de hombros.

—Durante los cuatro años de pruebas que llevaron a que la FDA aprobara el uso del Tridormal-G, casi quince mil gatos..., bueno, expiraron.

Halston soltó un silbido. Casi cuatro mil gatos al año.

—Y ahora cree que este gato ha regresado para vengarse, ¿no?

—No me siento culpable en absoluto —dijo Drogan, pero aquel tono trémulo y petulante regresó a su voz—. Quince mil animales de experimentación murieron para que cientos de miles de seres humanos...

—Eso no me importa —dijo Halston. Las justificaciones le aburrían.

—Ese gato llegó aquí hace siete meses. Nunca me han gustado los gatos. Son animales repugnantes y portadores de enfermedades... siempre en la calle... vagando en los porches... llevando en el pelaje sabe Dios qué gérmenes... siempre intentando traer a casa algo con las tripas fuera para enseñártelo... Fue mi hermana quien quiso quedárselo. Lo encontró. Y pagó.

Miró con odio al gato que yacía en el regazo de Halston.

—Usted ha dicho que el gato había matado a tres personas.

Drogan empezó a hablar. El gato dormitaba y ronroneaba en el regazo de Halston bajo las suaves caricias de sus fuertes y hábiles dedos asesinos. De vez en cuando un nudo de pino estallaba en la chimenea y el gato se tensaba como una serie de muelles de acero recubiertos de pellejo y músculo. En el exterior, el viento gemía alrededor del caserón de piedra, lejos de la campiña de Connecticut. En la garganta de ese viento viajaba el invierno. La voz del viejo sonaba monótona.

Siete meses antes allí había cuatro personas: Drogan; su hermana Amanda, de setenta y cuatro años, dos más que Drogan; Carolyn Broadmoor, la amiga de Amanda de toda la vida («de los Westchester Broadmoors», comentó Drogan), aquejada gravemente por un enfisema; y Dick Gage, un empleado que trabajaba para la familia Drogan desde hacía veinte años. Gage, que tenía más de sesenta años, conducía el enorme Lincoln Mark IV, cocinaba y servía el jerez por la noche. Por la mañana llegaba una criada. Los cuatro habían convivido de aquella manera durante casi dos años; una deprimente colección de ancianos y su mayordomo. Sus únicos placeres eran ver en la televisión *The Hollywood Squares* y esperar a ver quién sobreviviría a quién.

Y entonces llegó el gato.

—El primero que lo vio fue Gage, maullando y merodeando alrededor de la casa. Trató de espantarlo. Le tiró palos y piedras, y le dio varias veces. Pero no sirvió de nada. Olía la comida, claro. Apenas era un saco de huesos. Al final del verano la gente los deja tirados en el arcén para que se mueran, ya sabe. Algo terrible e inhumano.

—¿Freírles los nervios es mejor? —preguntó Halston.

Drogan hizo caso omiso y prosiguió. Detestaba a los gatos. Desde siempre. Como el gato no se marchaba, Drogan le dijo a Gage que le diera comida envenenada. Copiosos y tentadores platos de comida Calo para gatos mezclada con Tridormal-G. El gato pasó de la comida. Para entonces, Amanda Drogan había visto el gato e insistió en que se lo quedaran. Drogan se negó con vehemencia, pero Amanda se salió con la suya. Al parecer, siempre lo hacía.

—Ella lo encontró —dijo Drogan—. Lo metió en casa en brazos. Ronroneaba igual que ahora. Pero no se acercó a mí. Nunca lo ha hecho... todavía. Amanda le sirvió un tazón de leche. «Oh, mirad qué pobrecito, está hambriento», susurró. Carolyn y ella siempre le hablaban en susurros. Repugnante. Era su forma de vengarse de mí, por supuesto. Sabían lo que yo sentía por los gatos desde los programas de pruebas del Tridormal-G que hicimos veinte años antes. Disfrutaban fastidiándome, provocándome. —Miró a Halston lúgubrementemente—. Pero pagaron.

A mediados de mayo, Gage se levantó a preparar el desayuno y encontró a Amanda Drogan tirada al pie de la escalera principal entre trozos de loza y Little Friskies. Sus ojos hinchados apuntaban cegados hacia el techo. Había sangrado copiosamente por la nariz y la boca. Se había roto la espalda, se había roto las dos piernas y se había hecho literalmente añicos el cuello, como el cristal.

—El gato dormía en su habitación —dijo Drogan—. Le hablaba como a un bebé... «¿Mi cariñín tiene hambre? ¿Necesitas salir para hacer caquita?» Obsceno, viniendo de una vieja arpía como mi hermana. Creo que la despertó

maullando. Ella cogió su comedero. Decía que a Sam solo le gustaban los Friskies con un poco de leche. Así que decidió bajar. El gato se frotaba contra sus piernas. Ella era vieja, poco estable cuando se ponía de pie. Estaba medio dormida. Llegaron a la escalera y el gato se le cruzó... la hizo tropezar...

Sí, pudo haber ocurrido así, pensó Halston. En su cabeza vio a la vieja cayéndose al vacío demasiado asustada para gritar. Los Friskies esparciéndose mientras ella caía con la cabeza por delante y el comedero se estrellaba contra el suelo. Permanece inerte al pie de la escalera, con sus viejos huesos destrozados, los ojos brillando, la nariz y las orejas borboteando sangre. Y el ronroneante gato comienza a bajar la escalera, masticando Little Friskies con satisfacción...

—¿Qué dijo el forense? —preguntó.

—Muerte accidental, por supuesto. Pero yo sabía la verdad.

—¿Por qué no se deshizo del gato en ese momento, tras la muerte de Amanda?

Porque, al parecer, Carolyn Broadmoor había amenazado con marcharse si lo hacía. Estaba histérica, obsesionada con el tema. Era una mujer enferma, y todo lo relacionado con el espiritismo la chiflaba. Una médium de Hartford le dijo (por solo veinte pavos) que el alma de Amanda se había introducido en el cuerpo gatuno de Sam. Amanda estaba en el interior de Sam, le había dicho a Drogan, y si Sam se iba, ella también se iba.

Halston, que era algo así como un experto en leer entre líneas la vida de las personas, sospechó que Drogan y la vieja Broadmoor habían sido amantes hacía mucho tiempo, y que el viejo se resistía a dejarla marchar a pesar del gato.

—Eso habría sido lo mismo que un suicidio —dijo Drogan—. En su cabeza ella seguía siendo una joven saludable, perfectamente capaz de coger a ese maldito gato y largarse con él a Nueva York o a Londres o incluso a Montecarlo. De hecho, ella era la última de una extensa familia que vivía en la miseria como resultado de un sinfín de inversiones infructuosas durante los años sesenta. Aquí vivía en una habitación del segundo piso especialmente controlada y superhumidificada. Tenía setenta años, señor Halston. Fue una fumadora empedernida hasta los dos últimos años de su vida, y su enfisema era muy grave. Yo quería que estuviera aquí, y si el gato tenía que quedarse...

Halston asintió y echó una mirada intencionada a su reloj.

—Murió durante la noche, a finales de junio. El médico pareció tomarlo como algo natural..., se limitó a venir y rellenar el certificado de defunción, nada más. Pero el gato estaba en la habitación. Gage me lo contó.

—A todos nos llega la hora alguna vez, hombre —comentó Halston.

—Por supuesto. Eso es lo que dijo el médico. Pero yo sabía la verdad. La recordaba. Los gatos se llevan a los bebés y a los viejos cuando están durmiendo.

Y les roban el aliento.

—Un cuento de viejas.

—Basado en hechos reales, como la mayoría de lo que llaman cuentos de viejas —contestó Drogan—. A los gatos les gusta toquetear las cosas blandas con las patas, ya sabe. Una almohada, una alfombra de lana gruesa... o una manta. La manta de una cuna o de un anciano. El peso extra sobre una persona que está débil para...

La voz de Drogan se debilitó, y Halston pensó en ello. Carolyn Broadmoor dormida en su habitación, el aire entrando y saliendo de sus deteriorados pulmones, un sonido casi perdido tras el silbido de los humidificadores especiales y el aire acondicionado. El gato de extraño pelaje blanco y negro salta con sigilo sobre su cama de solterona y observa su rostro viejo y arrugado con brillantes ojos negros y verdes. Se arrastra sobre su angosto pecho y apoya allí su peso, ronroneando..., y ella respira cada vez más despacio..., y el gato ronronea mientras la vieja se asfixia lentamente bajo el peso del gato en su pecho.

Halston no era un hombre muy fantasioso, pero se estremeció un poco.

—Drogan —dijo mientras seguía acariciando al gato—. ¿Por qué no se lo carga usted? Un veterinario le proporcionaría el gas por unos veinte dólares.

—El funeral fue el 1 de julio —dijo Drogan—. Mandé que enterraran a Carolyn en nuestra parcela del cementerio, al lado de mi hermana. Como ella hubiera querido. El 3 de julio hice venir a Gage a esta misma habitación y le entregué una cesta de mimbre... una de esas canastas que se llevan de picnic. ¿Sabe a qué me refiero?

Halston asintió.

—Le dije que metiera al gato dentro y lo llevara a un veterinario de Milford para que lo durmiese para siempre. Dijo «Sí, señor», cogió la cesta y se marchó. Muy propio de él. No volví a verle con vida. Un accidente en la autovía. El Lincoln cayó por la barandilla de un puente a más de cien por hora. Dick Gage murió al instante. Cuando lo encontraron tenía arañazos en la cara.

Halston se quedó callado mientras en su cerebro se formaba la imagen de cómo había sucedido todo. En la habitación no se oía sonido alguno, salvo el tranquilo crepitar del fuego y el tranquilo ronroneo del gato sobre su regazo. El gato y él frente al fuego habrían sido una buena ilustración para aquel poema de Edgar Guest, ese que dice: «El gato en mi regazo, el agradable fuego de la chimenea / ... a un hombre feliz, deberías preguntar».

Dick Gage conduciendo el Lincoln por la autovía hacia Milford, sobrepasando el límite de velocidad en unos ocho kilómetros por hora. La cesta en el asiento de al lado..., una especie de canasta para picnic. El chófer está pendiente del tráfico, quizá está adelantando a un gran camión Jimmy y no se percata del rostro medio

blanco medio negro que asoma por la cesta. En el lado contrario del conductor. No se da cuenta porque está adelantando a un camión enorme y en ese momento es cuando el gato le salta a la cara, babeando y arañando, rasgándole un ojo con las zarpas, perforándolo, desinflándolo, dejándolo ciego. A cien por hora, con el motor del Lincoln zumbándole en los oídos y la otra zarpa enganchada en el puente de la nariz, lastimándolo con exquisito y condenado dolor... puede que el Lincoln haya comenzado a desviarse a la derecha, hacia la trayectoria del Jimmy, y su bocina suena con estruendo, pero Gage no puede oírlo porque el gato está maullando, el gato le cubre la cara como una enorme araña negra y peluda, las orejas hacia atrás, los verdosos ojos brillando como un foco en el infierno, las patas de atrás retorciéndose y clavándose en la blanda carne del cuello del viejo. El automóvil gira con brusquedad hacia la otra dirección. Se acerca al borde del puente. El gato salta del coche y el Lincoln, un brillante cohete negro, choca contra el cemento y salta por los aires como una bomba.

Halston tragó saliva y oyó un clic seco en su garganta.

—Y el gato... ¿volvió?

Drogan asintió.

—Una semana después. El día que enterraron a Dick Gage, de hecho. El gato volvió, como dice la canción.

—¿Sobrevivió a un accidente de tráfico a cien por hora? Es difícil creerlo.

—Dicen que tienen siete vidas. Cuando regresó... me pregunté si no podría ser un... un...

—¿Un gato diabólico? —apuntó Halston con suavidad.

—A falta de una palabra mejor, sí. Algún tipo de demonio enviado...

—Para castigarle.

—No lo sé. Pero me temo que sí. Lo alimento, o mejor dicho, la señora que viene a casa lo hace por mí. A ella tampoco le agrada. Dice que ese rostro es una maldición de Dios. Por supuesto, ella es de aquí. —El viejo intentó sonreír pero fracasó—. Quiero que lo mate. He vivido con él durante los últimos cuatro meses. Merodea entre las sombras. Me observa. Parece estar... a la espera. Me encierro en mi habitación cada noche y aun así me pregunto si me despertaré por la mañana y me lo encontraré... acurrucado sobre mi pecho... ronroneando.

El viento gimió solitario en el exterior e hizo un extraño sonido sibilante en la chimenea de piedra.

—Al final me puse en contacto con Saúl Loggia. Él le recomendó. Le llamó «cartucho», creo.

—«Cartucho único.» Significa que trabajo por mi cuenta.

—Sí. Me dijo que nunca le han arrestado, ni siquiera han sospechado de usted. Me dijo que al parecer siempre cae de pie... como un gato.

Halston miró al viejo de la silla de ruedas. Y de pronto sus manos musculosas y de largos dedos rodearon el cuello del animal.

—Podría hacerlo ahora, si quiere —dijo bajito—. Le partiré el cuello. Ni siquiera sabrá...

—¡No! —gritó Drogan. Tomó una larga y temblorosa bocanada de aire. El color le había ruborizado las pálidas mejillas—. No... aquí no. Lléveselo fuera.

Halston sonrió con gravedad. Acarició muy suavemente la cabeza, los hombros y el lomo del gato dormido.

—Está bien —dijo—. Acepto el trabajo. ¿Quiere el cadáver?

—No. Mátelo. Entiérrelo. —Hizo una pausa. Se inclinó hacia delante en la silla de ruedas, como un viejo carroñero—. Tráigame la cola —dijo—. Así podré arrojarla al fuego y verla arder.

Halston conducía un Plymouth 1973 con un motor Cyclone Spoiler de producción exclusiva. Tenía el piso alto y suspensión reforzada, y circulaba con el capó apuntando hacia el pavimento en un ángulo de veinte grados. El mismo había reconstruido el diferencial y la parte trasera. La caja de cambios era Pensy y el acoplado era Hearst. Descansaba sobre enormes ruedas Bobby Unser Wide Ováis y una superficie de cilindros de poco más de cincuenta centímetros.

Salió de la residencia de Drogan poco después de las 21.30. La gélida luna creciente se vislumbraba a través de los jirones de nubes de noviembre. Conducía con todas las ventanillas abiertas porque ese olor amarillento de la vejez y el miedo parecía haberle impregnado la ropa y no le agradaba en absoluto. El frío era duro y cortante, incluso entumecía, pero podía soportarlo. Se estaba llevando aquel hedor amarillento.

Dejó la autovía en Placer's Glen y se dirigió, a una más que respetable velocidad de sesenta por hora, al taciturno pueblo, indicado en la intersección por una señal intermitente amarilla. Fuera del pueblo, ya en la carretera estatal 35, aceleró el Plymouth, dejó que se deslizara. El compensado motor Spoiler ronroneó como lo había hecho el gato aquella tarde. Halston sonrió. Avanzaba a poco más de ciento diez entre campos de maíz seco.

El gato iba en el asiento del pasajero, dentro de una bolsa doble de compras, amarrada con un fuerte cordel. Cuando Halston lo metió dentro, el gato estaba adormilado y ronroneaba, y siguió ronroneando durante todo el trayecto. Quizá le había gustado Halston y creía que se lo llevaba a casa. Al igual que él, el gato era un «cartucho único».

Qué trabajo más extraño, pensó Halston, y le sorprendió el hecho de que lo considerara un trabajo serio. Quizá lo más extraño era que el gato le gustaba,

sentía cierta empatía por él. Si se las había apañado para librarse de esos tres carcamales decrepitos, más a su favor..., en especial por deshacerse de Gage, que lo llevaba a Milford para una cita fatal con un veterinario con el pelo cortado a cepillo al que le habría encantado meterlo en una cámara de gas de cerámica del tamaño de un microondas. Sentía empatía por él, pero no hasta el punto de echarse atrás. Sería cortés y lo mataría rápido y sin dolor. Detendría el automóvil en el arcén, al lado de uno de esos terrenos áridos de noviembre, lo sacaría de la bolsa, lo acariciaría, le rompería el cuello y le cortaría la cola con la navaja. Y, pensó, *enterraré el cuerpo con todos los honores, salvándolo de los carroñeros. No puedo salvarlo de los gusanos, pero puedo salvarlo de las pulgas.*

Estaba pensando en esas cosas mientras el automóvil atravesaba la noche como un fantasma azul oscuro cuando, de repente, el gato pasó caminando por delante de sus ojos, sobre el salpicadero, la cola alzada con arrogancia, su cara blanca y negra vuelta hacia él, en la boca una especie de sonrisa.

—Chiiisss... —siseó Halston. Miró a la derecha y vio un agujero (mordido o arañado) en el lateral de la bolsa doble de compras. Volvió a mirar hacia delante... y el gato alzó una pata juguetonamente hacia él. La pata resbaló por la frente de Halston. Se lo quitó de encima de un manotazo; los anchos neumáticos del Plymouth chirriaron mientras el coche se balanceaba errático de un lado a otro en el angosto camino asfaltado.

Halston golpeó al gato con el puño. Estaba en el salpicadero. Le bloqueaba la visión. El gato bufó y arqueó el lomo, pero no se movió. Halston alzó el puño de nuevo y el animal, en lugar de asustarse, se le echó encima.

Gage, pensó. Igual que Gage...

Pisó el freno. El gato estaba sobre su cabeza, impidiéndole la visión con su panza peluda, arañándolo, surcándole la cara. Halston agarraba el volante con firmeza. Golpeó una y otra y otra vez al gato. Y de pronto el camino desapareció, el Plymouth avanzaba por la cuneta, saltando arriba y abajo cada vez que se topaba con un bache. Después, el impacto lo lanzó hacia delante contra el cinturón de seguridad; el último sonido que oyó fue el aullido inhumano del gato: la voz de una mujer sufriendo un fuerte dolor o a punto de alcanzar el clímax sexual.

Lo golpeó con los puños y solo sintió la elástica y blanda flexión de los músculos.

Luego, un segundo impacto. Y oscuridad.

La luna estaba baja. Faltaba una hora para el alba.

El Plymouth yacía en un barranco cubierto de niebla. Había una maraña de

alambre de espino enredada en la rejilla del radiador del coche. El capó se había abierto y del radiador roto salían aros de humo que se mezclaban con la niebla.

No sentía las piernas.

Miró hacia abajo y vio que el silenciador del Plymouth se había hundido por el impacto. La parte trasera del motor Cyclone Spoiler le había aplastado las piernas, aprisionándolas.

Fuera, en la lejanía, el graznido depredador de una lechuza precipitándose sobre algún animal pequeño y escurridizo.

Dentro, cerca, el constante ronroneo del gato.

Parecía que sonreía, como el gato de Cheshire que Alicia encontró en el País de las Maravillas.

Halston lo vio levantarse, arquear el lomo y estirarse. Con un repentino y habilidoso gesto, saltó sobre su hombro. Halston trató de levantar las manos para quitárselo de encima.

Sus brazos no se movieron.

Fractura de la columna vertebral, pensó. Parálisis. Quizá temporal. Probablemente para siempre.

El gato le ronroneó en el oído como un trueno.

—Apártate —dijo Halston. Su voz era ronca y seca. El gato se tensó un instante y luego volvió a relajarse. De pronto, golpeó a Halston en la mejilla con una pata, y esta vez tenía las garras fuera. Ardientes líneas de dolor bajaron por su garganta. Además de un tibio hilo de sangre.

Dolor.

Sensibilidad.

Envío a su cabeza la orden de que se moviera hacia la derecha, y le obedeció. Por un instante su cara se enterró en un pelaje suave y seco. Halston mordió. La garganta del gato emitió un sonido de sobresalto y desconcierto —¡yowk!— y saltó sobre el asiento. Lo miró con ira, con las orejas hacia atrás.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —dijo Halston con voz ronca.

El gato abrió la boca y bufó. Viendo ese rostro extraño y esquizofrénico, Halston entendió que Drogan hubiese creído que aquel gato era diabólico. Era...

Interrumpió sus pensamientos al notar un débil y hormigueante cosquilleo en los antebrazos y las manos.

Sensibilidad. Vuelve. Alfileres y agujas.

El gato se abalanzó sobre su cara con las garras fuera, bufando.

Halston cerró los ojos y abrió la boca. Mordió la barriga del gato y solo arrancó pelo. Las garras de las patas delanteras se habían enganchado a sus oídos, escarbando. El dolor era inmenso, intensamente agudo. Halston trató de levantar las manos. Se movieron pero apenas se separaron de su regazo.

Inclinó la cabeza hacia delante y la sacudió de un lado a otro, como si intentara quitarse jabón de los ojos. El gato resistió, bufando y chillando. Halston sintió la sangre que le chorreaba por las mejillas. Le costaba respirar. Tenía el pecho del gato apretado contra la nariz. Podía tomar un poco de aire por la boca, pero no mucho. Lo poco que aspiraba pasaba a través del pelo del animal. Sentía las orejas como si se las hubieran empapado con el líquido de un mechero y luego le hubiesen prendido fuego.

Estiró la cabeza hacia atrás y gritó de agonía... debió de sufrir un latigazo cervical cuando el Plymouth chocó. Pero el gato no esperaba ese movimiento y se soltó. Halston oyó el golpe contra el asiento de atrás.

Un hilillo de sangre le resbaló por el ojo. Intentó mover las manos, quería acercarse una mano a la cara y enjugarse la sangre.

Las manos temblaron en su regazo, pero seguía siendo incapaz de moverlas. Pensó en la 45 especial que tenía en la pistolera debajo de su brazo izquierdo.

Como la alcance, minino, acabaré de una sola vez con las que te queden de tus siete vidas.

Más hormigueo. Débiles punzadas de dolor en los pies, sepultados y seguramente destrozados debajo del motor; zumbidos y hormigueo en las piernas... era exactamente como cuando se te despierta una extremidad que se te había quedado dormida. En ese momento, a Halston no le importaban sus pies. Le bastaba saber que no se había roto la columna, que no iba a terminar como un saco de carne muerta unido a una cabeza parlante.

Quizá a mí también me quede alguna vida más.

Tener cuidado con el gato. Eso era lo primordial. Después, salir de debajo de la chatarra... Quizá apareciera alguien, eso resolvería los dos problemas de una vez. Aunque a las cuatro y media de la madrugada no era muy probable, y menos en una carretera como esa, pero era remotamente posible. Y...

¿Y qué estaba haciendo el gato ahí atrás?

No le gustaba tenerlo de cara, pero tampoco le gustaba tenerlo detrás y fuera de la vista. Intentó mirar por el espejo retrovisor, pero fue inútil. Se había torcido tras el accidente y solo reflejaba el barranco cubierto de hierba en el que se había estrellado.

Hubo un ruido detrás de él, como un susurro de tela rasgada. Un ronroneo.

Un gato diabólico, y una mierda. Se ha echado a dormir ahí atrás.

Y aunque no fuera así, si lo que estaba haciendo era planear su asesinato, ¿qué podía hacer? Era una cosita flacucha, lo más probable es que mojado pesara solo dos kilos. Y, además, él pronto... pronto sería capaz de mover los brazos lo suficiente para alcanzar la pistola. Estaba seguro.

Halston aguardó. Sentía continuamente una serie de alfileres y agujas

clavándose en su cuerpo. Fue absurdo (o quizá una reacción instintiva ante su roce con la muerte) pero tuvo una erección durante más o menos un minuto. *Es complicado hacerse una paja en estas circunstancias*, pensó.

El alba asomaba por el cielo del este. En algún lugar cantó un pájaro.

Halston volvió a intentar mover las manos y esta vez logró levantarlas unos centímetros antes de que cayeran de nuevo. *Aún no. Pero pronto.*

Un ruido sordo y suave detrás de él, en el asiento trasero. Giró la cabeza y vio el rostro blanco y negro, los ojos brillantes con sus enormes pupilas negras.

Halston le habló.

—Jamás he fracasado en los trabajos que he aceptado, minino. Este podría ser el primero. Estoy recuperando la sensibilidad de las manos. Cinco minutos, diez como mucho. ¿Quieres un consejo? Sal por la ventana. Está abierta. Vete y llévate la cola contigo.

El gato lo miró.

Halston intentó mover las manos otra vez. Se levantaron; temblaban una barbaridad. Medio centímetro. Un centímetro. Las dejó caer con suavidad. Resbalaron de su regazo y golpearon el asiento del Plymouth. Las manos brillaban pálidamente, como enormes arañas tropicales.

El gato le sonreía.

¿He cometido un error?, se preguntó, confuso. Él era una criatura de corazonadas y, de repente, la sensación de haber cometido un error lo abrumó. Entonces, el cuerpo del gato se tensó y, mientras saltaba, Halston supo lo que iba a hacer y abrió la boca para gritar.

El gato aterrizó en la entrepierna de Halston, con las garras fuera, escarbando.

En ese momento, Halston deseó estar parálítico. El dolor era enorme, terrible. Jamás hubiera sospechado que en el mundo pudiera existir un dolor semejante. El gato era un resorte de furia que le estaba arrancando las pelotas.

Halston gritó, con la boca bien abierta, y el gato cambió de dirección y le saltó a la cara, a la boca. Entonces Halston supo que aquello era algo más que un gato. Era algo que poseía una intención maligna y asesina.

Echó una última mirada a aquella cara negra y blanca, de orejas aplastadas y ojos enormes y llenos de odio lunático. Se había librado de tres carcamales y ahora se iba a deshacer de John Halston.

Embistió contra su boca, un proyectil peludo. Sintió arcadas. Las garras delanteras se movieron, haciéndole jirones la lengua como si fuera un pedazo de hígado. Se le revolvió el estómago y vomitó. El vómito subió por el esófago, pero el gato lo obstruía y Halston comenzó a ahogarse.

En ese momento extremo, la voluntad de sobrevivir superó la parálisis del accidente. Levantó lentamente las manos para agarrar al animal. *Oh, Dios mío,*

pensó.

El gato se estaba abriendo paso en la boca, achatando el cuerpo, retorciéndose, colándose más y más adentro. Halston podía sentir cómo le crujía la mandíbula ensanchándose cada vez más para dejarle entrar.

Estiró los brazos para agarrarlo, sacarlo de un tirón, destrozarlo... pero sus manos solo aferraron la cola del gato.

De algún modo se las había arreglado para introducirse completamente en su boca. El extraño rostro medio blanco medio negro debía de haber alcanzado ya su garganta, que se hinchaba como una manguera de jardín. Se oyó el terrible sonido de una arcada.

Su cuerpo se sacudió. Las manos volvieron a desplomarse en su regazo y los dedos tamborilearon sin sentido sobre sus muslos. Sus ojos destellaron, luego se quedaron opacos. Miraban sin mirar la llegada del alba a través del parabrisas del Plymouth.

De la boca abierta sobresalían tres centímetros de tupida cola... mitad negra mitad blanca. Se movía perezosamente a un lado y a otro.

Luego desapareció.

Un pájaro gorjeó en algún lugar. El amanecer se esparció en silencio sobre los campos cubiertos de rocío de Connecticut.

El granjero se llamaba Will Reuss.

Iba camino de Placer's Glen para poner en regla la documentación de su camión cuando vio brillar algo bajo el sol de la mañana en el barranco de detrás del camino. Se detuvo en el arcén y vio el Plymouth en un ángulo ladeado e inestable, con alambre de espino enredado en la rejilla del radiador como una maraña de lana de acero.

Se apeó y se quedó sin aliento.

—Dios santo —murmuró a aquel resplandeciente día de noviembre.

Había un tipo sentado al volante, sus ojos abiertos brillaban vacíos hacia la eternidad. Una empresa de estudios de mercado jamás podría incluirlo en sus encuestas presidenciales. Tenía la cara manchada de sangre. Aún llevaba puesto el cinturón de seguridad.

La puerta del conductor estaba atascada, pero Reuss se las apañó para abrirla tirando con las dos manos. Se inclinó hacia dentro y desabrochó el cinturón con la intención de buscar algún tipo de identificación. Estaba a punto de alcanzar la chaqueta cuando se percató de que la camisa del tipo muerto se movía, justo por encima de la hebilla del cinturón. Agitándose... y abultándose. Manchas de sangre comenzaron a florecer como rosas siniestras.

—Pero ¿qué diablos...?

Se echó hacia atrás y tiró de la camisa del hombre muerto. Will Reuss observó. Y gritó.

Por encima del ombligo de Halston, un agujero irregular le atravesaba la carne. De él asomaba la ensangrentada cara negra y blanca de un gato de ojos enormes y brillantes.

Reuss trastabilló hacia atrás, dando alaridos, tapándose la cara con las manos. Una veintena de cuervos alzaron el vuelo graznando en un campo cercano.

El gato se esforzó por salir y se estiró con una languidez obscena.

Después salió de un salto por la ventana abierta. Reuss lo vio alejarse entre la hierba.

Parecía que tenía prisa, le diría más tarde a un periodista de un periódico local. Como si tuviera que terminar un trabajo.

***The New York Times* a un precio de ganga**

Ella acaba de salir de la ducha cuando el teléfono empieza a sonar, pero a pesar de que la casa aún está llena de familiares —los oye abajo, parece que no se vayan a marchar nunca, parece que nunca hayan sido tantos—, nadie lo coge. Y tampoco salta el contestador automático, y eso que James lo programó para que se activara después del quinto tono.

Anne se dirige al supletorio que hay en la mesita de noche, envuelta en una toalla, con el pelo mojado pegándose desagradablemente en la nuca y los hombros desnudos. Coge el auricular, dice hola, y luego él dice el nombre de ella. Es James. Han estado juntos treinta años, y una palabra es cuanto ella necesita. Nadie dice «Annie» como él; siempre ha sido así.

Durante un instante no puede hablar, ni siquiera respirar. La ha pillado en medio de una exhalación y siente los pulmones tan finos como hojas de papel. Entonces, mientras él repite su nombre (suena inusitadamente vacilante e inseguro de sí mismo), las fuerzas abandonan sus piernas. Se convierten en arena y Anne se sienta en la cama, la toalla se le cae y moja con el trasero las sábanas de debajo. Si la cama no hubiera estado ahí, se habría caído al suelo.

Cierra las mandíbulas con un chasquido y la respiración se reactiva.

—James... ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

En su voz normal habría parecido que estaba de mal genio —una madre regañando a un caprichoso hijo de once años que ha vuelto a llegar tarde a cenar—, pero ahora emerge como una especie de gruñido horrorizado. Al fin y al cabo, los familiares que están abajo hablando en susurros están organizando su funeral.

James ríe entre dientes. Es un sonido desconcertante.

—Bueno, te diré qué ha pasado —dice—. No sé exactamente dónde estoy.

El primer pensamiento confuso de Anne es que ha debido de perder el avión en Londres, aunque la había llamado desde Heathrow no mucho antes de despegar. Entonces se le ocurre una idea más clara: aunque el *Times* y las noticias de televisión afirmen que no ha habido supervivientes, al menos ha habido uno. Su marido se arrastró bajo los restos del fuselaje del avión en llamas (y del

edificio contra el que chocó, no lo olvidemos; veinticuatro muertos más en tierra, y la cifra aumentará antes de que el mundo avance hacia la próxima tragedia) y desde entonces ha estado deambulando por Brooklyn en estado de shock.

—Jimmy, ¿estás bien? ¿Te has... te has quemado? —La verdad de lo que eso significa se manifiesta después de hacer la pregunta, golpeándola como un libro al caer sobre un pie desnudo, y se echa a llorar—. ¿Estás en el hospital?

—Cálmate —dice él, y al percibir su amabilidad de siempre... esa palabra habitual, una pequeña pieza del mobiliario de su matrimonio, ella llora más fuerte—. Cariño, cálmate.

—¡Es que no lo entiendo!

—Estoy bien —dice—. La mayoría de nosotros estamos bien.

—¿La mayoría...? ¿Hay más?

—El piloto no —dice—. Él no está tan bien. O quizá sea el copiloto. Él sigue gritando. «Nos vamos abajo, no hay potencia; oh, Dios mío.» Y: «No ha sido culpa mía, no dejen que me echen la culpa». También dice eso.

Ella se ha quedado paralizada.

—¿Quién es usted? ¿Por qué está siendo tan cruel? Acabo de perder a mi marido, ¡imbécil!

—Cariño...

—¡No me llame así! —Un hilo de mocos le cuelga de una de las fosas nasales. Se seca la nariz con el dorso de la mano y luego la sacude en el aire, algo que no había hecho desde que era niña—. Escuche, señor..., anotaré el número de esta llamada y llamaré a la policía; le darán una patada en el culo... maleducado, gilipollas, insensible...

Pero no puede ir más allá. Es su voz. No puede negarlo. Las circunstancias de la llamada —nadie ha descolgado abajo, el contestador no ha saltado— apuntan que esa llamada era solo para ella. Y... cariño, cálmate. Como en la vieja canción de Carl Perkins.

Él se queda callado, como dejando que asimile las cosas por sí misma. Pero antes de que ella pueda hablar de nuevo, se oye un pitido en la línea.

—¡James! ¡Jimmy! ¿Estás ahí?

—Sí, pero no puedo hablar mucho. Estaba llamándote cuando nos fuimos abajo, y supongo que esa es la razón por la que he podido comunicarme contigo. Muchos de los otros han estado intentándolo, aquí tenemos un montón de teléfonos móviles, pero no ha habido suerte. —Ese pitido otra vez—. Y ahora mi teléfono se está quedando seco.

—Jimmy, ¿eras consciente? —Eso ha sido lo más duro y terrible para ella... la idea de que hubiera sido consciente de todo aunque solo hubiera sido durante un eterno minuto o dos. Otros quizá habrían imaginado cuerpos calcinados o

cabezas desmembradas con muecas en la cara; incluso a bomberos equipados con linternas birlando anillos de boda y pendientes de diamantes; pero lo que le ha quitado el sueño a Annie Driscoll es la imagen de Jimmy mirando por la ventanilla mientras las calles y los coches y el edificio marrón de apartamentos de Brooklyn estaban cada vez más cerca. Las inútiles mascarillas colgando como los cadáveres de pequeños animales amarillos. Los compartimientos superiores abiertos, el equipaje de mano volando por los aires, la maquinilla de afeitar Norelco de alguien rodando por el pasillo en pendiente—. ¿Sabías que os estabais cayendo?

—En realidad no —dice él—. Todo parecía ir bien hasta el final..., quizá hasta los últimos treinta segundos. Aunque es difícil llevar la cuenta del tiempo en situaciones como esta, siempre lo he pensado.

«Situaciones como esta.» E incluso: «Siempre lo he pensado». Como si hubiera estado a bordo de media docena de 767 siniestrados en vez de en uno.

—En cualquier caso —continúa—, solo te llamaba para decirte que llegaríamos temprano, y te aseguraras de que el repartidor de FedEx se había largado antes de que yo llegara.

La absurda atracción de Anne por el repartidor de FedEx ha sido una broma entre ellos durante años. Ella se pone a llorar otra vez. El teléfono produce otro de esos pitidos, como si la regañara por ello.

—Creo que morí un segundo o dos antes de que el teléfono diera tono por primera vez. Creo que esa es la razón por la que he podido contactar contigo. Pero esta cosa va a liberar su espíritu muy pronto.

Chasquea la lengua como si fuera divertido. Ella supone que a su modo lo es. Quizá al final le encuentre la gracia por sí misma. *Dame unos diez años*, piensa.

Luego, con esa voz de estoy-hablando-conmigo que ella conoce tan bien:

—¿Por qué no pondría a cargar anoche este cacharro de mierda? Lo olvidé, eso es todo. Lo olvidé.

—James... cariño... el avión se estrelló hace dos días.

Una pausa. Afortunadamente no la rellena ningún pitido. Luego:

—¿De verdad? La señora Corey dijo que el tiempo aquí es muy raro. Algunos estaban de acuerdo, otros no. Yo estaba en desacuerdo, pero parece que ella tenía razón.

—¿Corazones? —pregunta Annie. Ahora se siente como si estuviera flotando fuera y ligeramente por encima de su húmedo y rechoncho cuerpo de mediana edad, pero no ha olvidado las viejas costumbres de Jimmy. En los vuelos largos siempre intentaba jugar a algo. El cribbage o la canasta le servían, pero el corazones era su verdadera pasión.

—Corazones —responde él.

El teléfono pita otra vez, como si le secundara.

—Jimmy... —Vacila el tiempo suficiente para preguntarse si quiere obtener esa información, luego se zambulle aun sin tener respuesta a esa pregunta—. ¿Dónde estás exactamente?

—Parece la Grand Central Station —dice él—. Solo que más grande. Y más vacía. Como si no fuera realmente la Grand Central sino solo... mmm... un decorado cinematográfico de la Grand Central. ¿Entiendes lo que intento decirte?

—Creo... creo que sí.

—Desde luego no hay trenes... y no oímos nada a lo lejos... pero hay puertas en todas partes. Ah, y hay una escalera mecánica, pero está rota. Polvorienta y con algún que otro escalón hecho polvo. —Hace una pausa, y cuando vuelve a hablar lo hace en voz baja, como si temiera que alguien lo oyera—. La gente se está marchando. Algunos suben por la escalera mecánica (los he visto), pero la mayoría lo hace por las puertas. Supongo que yo también tendré que irme. Más que nada porque aquí no hay nada para comer. Hay una máquina de dulces, pero tampoco funciona.

—¿Tienes..., cariño, tienes hambre?

—Un poco. Lo que más me gustaría es un poco de agua. Mataría por una botella fría de Dasani.

Annie se mira con culpabilidad las piernas, aún salpicadas de agua. Le imagina lamiéndole aquellas gotas y se horroriza por sentir ese deseo sexual.

—Pero estoy bien —añade apresuradamente—. Por ahora, al menos. Aunque no creo que pueda quedarme aquí. Lo que pasa es que...

—¿Qué? ¿Qué, Jimmy?

—No sé qué puerta usar. —Otro pitido—. Ojalá supiera cuál escogió la señora Corey. Se llevó mi puñetera baraja.

—¿Estás...? —Se seca el rostro con la toalla que ha usado después de ducharse; antes Anne se sentía fresca, ahora es todo lágrimas y mocos—. ¿Estás asustado?

—¿Asustado? —pregunta pensativo—. No. Un poco preocupado, eso es todo. Sobre todo porque no sé qué puerta elegir.

Encuentra el camino a casa, está a punto de decirle Anne. *Encuentra la puerta correcta y encuentra el camino a casa*. Pero si lo hiciera, ¿querría ella verle? Un fantasma vale, pero ¿y si le abría la puerta a un rescoldo humeante con los ojos rojos y los restos de los vaqueros (siempre viajaba con vaqueros) derretidos entre las piernas? ¿Y si la señora Corey iba con él, con la horneada baraja de cartas en una mano retorcida? Bip.

—Ya no tendré que decirte nunca más que tengas cuidado con el repartidor de FedEx —dice—. Si de verdad lo quieres, es todo tuyo.

A Anne le sorprende haberse echado a reír.

—Pero sí quería decirte que te quiero...

—Oh, cariño, yo también te...

—... y no dejes que el chico de los McCormack arregle los canalones este otoño, trabaja duro pero se arriesga demasiado; el año pasado casi se rompe el puñetero cuello. Y no vuelvas a ir a la panadería en domingo. Allí va a pasar algo, y sé que pasará en domingo, pero no sé qué domingo. Aquí el tiempo es realmente muy raro.

El chico de los McCormack del que está hablando debe de ser el hijo del guarda de la casa que tenían en Vermont..., pero hace diez años que han vendido la casa, y el chico ahora debe de tener unos veintitantos. ¿Y la panadería? Supone que está hablando de la panadería Zoltan's, pero...

Bip.

—Creo que aquí hay algunos que tienen los ánimos por los suelos. Es muy duro, porque no tienen ni idea de cómo han llegado hasta aquí. Y el piloto sigue gritando. O quizá sea el copiloto. Creo que se quedará aquí bastante tiempo. No hace más que deambular de un lado a otro. Está muy confuso.

Los pitidos son cada vez más frecuentes.

—Tengo que irme, Annie. No puedo quedarme aquí, y de todos modos el teléfono se va a ir a la mierda de un momento a otro —murmura una vez más con su voz de me-estoy-regañando-a-mí-mismo (es imposible creer que después de hoy jamás volverá a oírla; es imposible no creerlo)—. Habría sido tan fácil, solo... bueno, da igual. Te quiero, cariño.

—¡Espera! ¡No te vayas!

—Yo...

—¡Yo también te quiero! ¡No te vayas!

Pero se ha ido. En su oído solo percibe un silencio oscuro.

Se sienta con el teléfono muerto pegado a la oreja durante un minuto o más, después corta la conexión. La no conexión. Cuando vuelve a abrir la línea y obtiene un tono perfectamente normal, pulsa el botón de última llamada. Según el robot que le responde, la última llamada entrante fue a las nueve de la mañana. Ella sabe de quién era: su hermana Nell, que llamaba desde Nuevo México. Nell la había llamado para decirle que su avión se había retrasado y que no llegaría hasta la noche. Nell le dijo que fuera fuerte.

Todos los parientes que vivían lejos —los de James, los de Annie— habían volado hasta allí. Al parecer, consideraban a James el nexo de unión de la familia, al menos hasta el momento.

No hay registrada ninguna llamada entrante —mira hacia el reloj que hay al lado de la cama y comprueba que son las 15.17 horas— a eso de las tres y diez de

su tercera tarde de viudedad.

Alguien da unos golpecitos en la puerta y su hermano la llama:

—¡Anne! ¡Annie!

—¡Me estoy vistiendo! —responde. Su voz suena como si hubiera estado llorando, pero desgraciadamente en aquella casa a nadie le parecería extraño—. ¡Intimidad, por favor!

—¿Estás bien? —pregunta desde detrás de la puerta—. Nos ha parecido que te habíamos oído hablar. Y Ellie ha dicho que habías gritado.

—¡Estoy bien! —replica, y vuelve a secarse la cara con la toalla—. ¡Bajo enseguida!

—Vale. Tómate tu tiempo. —Una pausa—. Estamos aquí por ti.

Luego se aleja.

—Bip —susurra ella, luego se cubre la boca con las manos para aguantarse la risa, una emoción que es más difícil de controlar incluso que el dolor, aun si tiene un solo modo de salir—. Bip, bip. Bip, bip, bip. —Se echa de espaldas sobre la cama, riéndose, y por encima de sus manos ahuecadas alrededor de la boca tiene los ojos muy abiertos, anegados en lágrimas que le recorren las mejillas hasta los oídos—. Bip, maldito pitido, bip.

Se ríe durante un rato, luego se viste y baja para estar con sus familiares, que han ido hasta allí para compartir su dolor con ella. Lo que pasa es que ella es distinta de todos los demás; él no ha llamado a ninguno de ellos. La ha llamado a ella. Para bien o para mal, la ha llamado a ella.

Durante el otoño de aquel año, con los rescoldos ennegrecidos del edificio donde se estrelló el avión separados del resto del mundo por una cinta amarilla de policía (aunque los pandilleros ya han entrado y han dejado un mensaje en un graffiti que dice LOS CRISPY CRITTERS ACABAN AQUÍ, Annie recibe uno de esos correos electrónicos de chismorreos que a los adictos a los ordenadores les gusta enviar de vez en cuando a un amplio círculo de conocidos. Este es de Gert Fisher, la bibliotecaria de Tilton, en Vermont. Cuando Annie y James veraneaban allí, Annie se ofrecía como voluntaria en la biblioteca, y a pesar de que las dos mujeres nunca habían llegado a congeniar especialmente bien, desde entonces Gert había incluido a Annie en sus puestas al día trimestrales. Por lo general no son muy interesantes, pero entre las bodas, los funerales y los premios juveniles de ese año, Annie lee una noticia que la deja sin respiración. Jason McCormack, el hijo del viejo Hughie McCormack, murió en un accidente el día del Trabajo, primer lunes de septiembre. Se cayó del tejado de una casita de verano mientras limpiaba los canalones y se rompió el cuello.

«Solo estaba haciéndole un favor a su padre, a quien, como recordaréis, le dio una apoplejía el verano anterior», escribió Gen antes de explicar cuánto había llovido sobre la biblioteca durante el mercadillo que montaron al final del verano, y qué decepcionados estaban todos.

Gert no lo decía en su compendio de tres páginas de noticias, pero Annie está bastante segura de que Jason se cayó del tejado de la que fue su casa de verano. De hecho, está segurísima.

Cinco años después de la muerte de su marido (y de la muerte de Jason McCormack no mucho después), Annie vuelve a casarse. Y aunque se han mudado a Boca Ratón, ella vuelve a menudo a su viejo barrio. Craig, su nuevo marido, está semirretirado, y sus negocios lo llevan a Nueva York cada tres o cuatro meses. Annie lo acompaña casi siempre porque todavía tiene familia en Brooklyn y en Long Island. A veces le parece que son más de los que ella cree. Pero los quiere con ese cariño exasperado que, piensa, solo poseen las personas de cincuenta o sesenta años. Jamás olvidará cómo la rodearon después de que el avión de James se estrelló y formaron el mejor colchón que podían formar. Para que no se estrellara ella también.

Cuando ella y Craig van a Nueva York, lo hacen en avión. En eso nunca pone reparos, pero ha dejado de ir los domingos a la panadería de la familia Zoltan aun estando segura de que sus panecillos de pasas se sirven en la sala de espera del cielo. En vez de a Zoltan va a Froger's. Está allí, comprando rosquillas (las rosquillas al menos son pasables), cuando oye la explosión. La oye claramente aunque Zoltan's está a once manzanas de distancia. Una explosión de gas. Cuatro muertos, entre ellos la mujer que siempre le ponía los panecillos en una bolsa con las asas anudadas y le decía: «Manténgalos así hasta llegar a casa o perderán la frescura».

La gente se agolpa en las aceras, miran al este, hacia la explosión y el humo creciente, se cubren los ojos con las manos. Annie se aleja de ellos rápidamente; no mira. No quiere ver una columna de humo alzándose después de la explosión; bastante piensa ya en James, sobre todo las noches en que no puede dormir.

Cuando llega a casa, oye que el teléfono está sonando en el interior. O todo el mundo se ha ido a ver la exposición de arte que el colegio local ha montado en el patio, o nadie oye el timbre del teléfono. Salvo ella, claro. Y cuando gira la llave en la cerradura, el timbre ha parado.

Sarah, la única de sus hermanas que nunca se ha casado, está allí, por supuesto, pero Anne no necesita preguntarle por qué no ha respondido al teléfono; Sarah Bernicke, antaño reina de las discotecas, está en la cocina con Village

People a toda pastilla, bailando con la escoba en una mano, como una muchacha de un anuncio de la televisión. Ella también se ha perdido la explosión de la panadería, aunque este edificio está mucho más cerca de Zoltan's que de Froger's.

Annie comprueba el contestador automático, pero en la pantalla de MENSAJES EN ESPERA hay un enorme cero rojo. Eso significa que no tiene ninguno; mucha gente llama y no deja mensajes, pero...

El botón de las llamadas recibidas le indica que la última entró a las ocho y cuarenta minutos de la noche anterior. Annie marca de todos modos, esperando contra toda esperanza que en alguna parte de esa gran habitación que parece el decorado cinematográfico de la Grand Central Station él haya encontrado un modo de recargar su teléfono. A él seguro que le parecería que la última vez que hablaron fue la tarde anterior. O hacía unos minutos. «El tiempo es raro por aquí», había dicho. Anne ha soñado con esa llamada tantas veces que ahora casi parece un sueño en sí mismo, aunque jamás ha hablado de eso a nadie. Ni a Craig, ni siquiera a su madre, con casi noventa años pero alerta y firmemente convencida de que hay vida después de la muerte.

En la cocina, Village People dice que no hay que deprimirse. Es cierto, y ella no lo está. Sin embargo, coge el teléfono con fuerza, mientras el número que ha recuperado de la memoria del aparato suena una vez, luego dos. Annie está de pie en la sala de estar con el teléfono pegado al oído y con la mano libre manoseando el broche que lleva sobre su pecho izquierdo, como si tocar ese broche pudiera calmar el corazón desbocado que hay debajo. Entonces, la llamada se corta, y una voz grabada le ofrece la posibilidad de adquirir el *New York Times* a un precio de ganga que no volverá a repetirse.

Mudo

—1—

Había tres confesionarios. El del medio tenía la luz de encima de la puerta encendida. No había nadie esperando fuera. La iglesia estaba desierta. La luz entraba por las vidrieras y formaba cuadrados de colores en el suelo del pasillo central. Monette pensó en marcharse, pero no lo hizo. En cambio, se acercó al confesionario que estaba disponible y entró. Cuando cerró la puerta y se sentó, la pequeña compuerta de la derecha se deslizó. Delante de él, clavada con una chincheta azul, había una tarjeta escrita a máquina en la que ponía: PARA TODOS LOS QUE HAN PECADO Y SE HAN QUEDADO A UN PASO DE LA GLORIA DEL SEÑOR.

Hacía mucho de la última vez, pero Monette no creía que aquel accesorio fuera habitual. Ni siquiera creía que fuera del Catecismo de Baltimore.

El sacerdote le habló desde el otro lado de la rejilla.

—¿Cómo estás, hijo?

Monette tampoco creía que ese recibimiento fuera habitual. Pero estaba bien. Qué más daba, si aun así fue incapaz de contestar. Ni una palabra. Y eso, considerando todo lo que tenía que decir, tenía su gracia.

—¿Hijo? ¿Te ha comido la lengua un gato?

Nada. Las palabras estaban ahí, pero atascadas. Absurdo o no, Monette pensó de repente en un váter embozado.

La silueta detrás de la rejilla cambió de postura. —¿Hace mucho? —Sí —respondió Monette. Ya era algo.

—¿Quieres que te dé una pista?

—No, me acuerdo. Perdóneme, padre, porque he pecado.

—Ajá. ¿Cuándo te confesaste por última vez?

—No lo sé. Hace mucho. Cuando era niño.

—Bueno, tómalo con calma... es como montar en bici.

Pero durante un momento continuó sin poder hablar. Miró el mensaje escrito a máquina, clavado con la chincheta, y su garganta se movió. Se frotó las manos como si estuviera amasando, apretó y apretó hasta formar un gran puño que se movía hacia delante y hacia atrás entre los muslos.

—¿Hijo? El día pasa y hoy tengo invitados a comer. Además, traerán la co...

—Padre, puede que haya cometido un pecado terrible.

Entonces el sacerdote se quedó callado. *Mudo*, pensó Monette. Una palabra blanca, si es que las hay. Mecnografiela en una tarjeta de archivo y desaparecerá.

Cuando el sacerdote, al otro lado de la rejilla, volvió a hablar, su tono seguía siendo amistoso pero un poco más grave.

—¿Cuál es tu pecado, hijo?

Y Monette dijo:

—No lo sé. Eso tendrá que decírmelo usted.

—2—

Había empezado a llover cuando Monette llegó a la vía de acceso de la autopista. En el maletero llevaba su equipaje, y las cajas con las muestras —chismes grandes y cuadrados, como los que llevan los abogados cuando presentan una prueba en un juicio— estaban en el asiento de atrás. Una era marrón; la otra, negra. Ambas llevaban impreso en relieve el logotipo de Wolfe & Sons: un lobo de madera con un libro en la boca. Monette era viajante. Cubría toda la parte septentrional de Nueva Inglaterra. Era lunes por la mañana. Había sido un fin de semana malo, muy malo. Su esposa se había largado a un motel, donde probablemente no estaba sola. No tardaría en estar entre rejas. Desde luego, se armaría un buen escándalo y la infidelidad sería lo de menos. En la solapa de la chaqueta llevaba una chapa en la que ponía:

¡¡PREGÚNTEME POR NUESTROS MEJORES TÍTULOS DE OTOÑO!!

Había un hombre de pie al principio de la vía de acceso. Vestido con ropa vieja, sostenía un cartel en alto mientras Monette se acercaba y la lluvia arreciaba. Entre los pies, calzados con sucias zapatillas de deporte, aguantaba una maltrecha mochila marrón. El cierre de velcro de una de las zapatillas se había soltado y sobresalía como una lengua torcida. El autostopista no llevaba gorro, ni siquiera paraguas.

Al principio, lo único que Monette distinguió del cartel fueron unos labios rojos mal dibujados con una ancha línea negra que los cruzaba en diagonal. Cuando estuvo un poco más cerca vio las palabras que había encima de la boca tachada: ¡SOY MUDO! Debajo de la boca decía: ¿ME LLEVA?

Monette puso el intermitente para girar hacia la vía de acceso. El autostopista dio la vuelta al cartel. En el otro lado había una oreja, igual de mal dibujada, con una línea encima. Sobre la oreja: ¡SOY SORDO! Debajo: POR FAVOR, ¿PODRÍA LLEVARME?

Monette había recorrido millones de kilómetros desde que tenía dieciséis años, la mayoría durante los doce años que llevaba de representante de Wolfe & Sons, vendiendo los mejores títulos, uno detrás de otro, y durante todo ese tiempo jamás había recogido a ningún autostopista. Aquel día se desvió sin vacilar antes de llegar al acceso a la autopista y se detuvo. La medalla de san Cristóbal que colgaba del retrovisor aún se balanceaba cuando apretó el botón de la puerta para quitar el seguro del cierre. Aquel día sentía que no tenía nada que perder.

El autostopista se deslizó en el interior y puso la maltrecha mochila entre sus sucias y caladas zapatillas. Viéndolo, Monette pensó que el colega olería mal, y no se equivocó.

—¿Adonde vas? —preguntó.

El autostopista se encogió de hombros y señaló la vía de acceso. Luego se inclinó y colocó con cuidado el cartel sobre la mochila. Tenía el pelo grasiento y fino. Y algo canoso.

—Ya sé que es hacia allí, pero... —Monette se dio cuenta de que el hombre no podía oírle.

Esperó a que se incorporase. Un coche pasó por su lado y entró en la vía de acceso haciendo sonar la bocina a pesar de que Monette le había dejado espacio de sobra para pasar. Monette alzó el dedo. Lo había hecho otras veces, pero jamás por minucias como aquella.

El autostopista se abrochó el cinturón y miró a Monette como si le preguntara por qué seguían parados. Tenía arrugas en la cara y llevaba barba de varios días. Monette no hubiera podido decir qué edad tenía. En algún momento entre viejo y no viejo; más no sabía.

—¿Adonde vas? —preguntó Monette, esta vez pronunciando despacio cada palabra, y cuando vio que el tipo se limitaba a mirarlo (peso medio, flaco, no más de setenta kilos), le dijo—: ¿Puedes leer los labios? —Y se tocó los suyos.

El autostopista sacudió la cabeza e hizo algunos gestos con la mano.

Monette cogió una libreta de la guantera. Mientras escribía «¿Dónde?», otro coche les pasó a toda velocidad levantando una delgada y alta estela de agua a los lados. Monette se dirigía a Derry, a doscientos cincuenta kilómetros de allí; normalmente odiaba conducir en esas condiciones, aunque las tormentas de nieve eran peor. Pero aquel día todo le parecía bien. Aquel día el tiempo —y los enormes camiones, que le arrojaban una segunda manta de agua cuando lo adelantaban— lo mantendría ocupado.

Por no mencionar a aquel tipo. Su nuevo pasajero, que posó la vista en la nota y luego de nuevo en Monette. Más tarde se le ocurriría que aquel tipo quizá no supiera leer —aprender a leer cuando eres sordomudo tiene que ser difícilísimo—, pero comprendió el signo de interrogación. El hombre señaló la vía de acceso a través del parabrisas. Luego abrió y cerró las manos doce veces. O quizá fueron quince. Ciento veinte kilómetros. O ciento cincuenta. Si es que se refería a eso.

—¿Waterville? —apuntó Monette.

El autostopista lo miró con cara de póquer.

—Vale —dijo Monette—. Déjalo. Dame un golpecito en el hombro cuando nos acerquemos a donde vas.

El autostopista lo miró con cara de póquer.

—Bueno, imagino que lo harás —dijo Monette—. Eso suponiendo que tienes algún destino en mente, claro. —Miró por el retrovisor y luego se puso en marcha—. Estás bastante aislado, ¿no?

El tipo seguía mirándolo. Se encogió de hombros y se puso las palmas de las manos en los oídos.

—Ya lo sé —dijo Monette, y se incorporó a la autopista—. Estás muy aislado. Tienes las líneas del teléfono cortadas. Pero hoy casi desearía ser tú y que tú fueras yo. —Hizo una pausa—. Casi. ¿Te importa que ponga música?

Cuando el autostopista giró la cabeza y miró por la ventanilla, a Monette no le quedó otra que reírse de sí mismo. Debussy, AC/DC o Rush Limbaugh... para ese tipo todo era lo mismo.

Había comprado el nuevo disco de Josh Ritter para su hija —la semana próxima sería su cumpleaños— pero aún no se había acordado de enviárselo. Últimamente había tenido muchas otras cosas de las que ocuparse. Una vez hubieron salido de Portland, activó la velocidad de cruce, quitó el envoltorio del CD con el pulgar y lo introdujo en el reproductor. Se dijo que técnicamente ahora era un disco usado, y eso no es lo que se le regala a una querida hija única. Bueno,

podía comprarle otro. Eso suponiendo que le quedara dinero para comprarlo, claro.

Josh Ritter resultó ser bastante bueno. Parecido a Dylan en sus primeros tiempos pero con una actitud más optimista. Mientras lo escuchaba, le daba vueltas a lo del dinero. Comprar un nuevo CD para el cumpleaños de Kelsie era el menor de sus problemas. El hecho de que lo que ella de verdad quería —y necesitaba— fuera un ordenador portátil tampoco ocupaba una posición muy alta en su lista de preocupaciones. Si Barb había hecho lo que dijo que había hecho —lo que el departamento de trastornos afectivo-emocionales confirmó que había hecho—, Monette no sabía cómo afrontaría el pago del último año de la niña en el Case Western. Eso aun suponiendo que conservara su trabajo. Ese era el problema.

Subió el volumen de la música para ahogar el problema y en parte lo logró, pero cuando llegaron a Gardiner la última nota se había extinguido. El rostro y el cuerpo del autostopista estaban encarados hacia la ventanilla del pasajero. Monette solo veía la espalda de su trenca sucia y descolorida, y el pelo demasiado fino cayéndole en greñas por encima del cuello. Parecía que en el pasado había habido algo estampado en la espalda del abrigo, pero estaba muy desgastado para distinguir qué era.

Esta es la historia de la vida de este pobre tonto, pensó Monette.

Al principio, Monette no estaba seguro de si el autostopista dormía o contemplaba el paisaje. Luego observó la leve inclinación de la cabeza y cómo se empañaba el cristal de la ventanilla del pasajero y decidió que lo más probable era que estuviese dormido. Y ¿por qué no? Solo había una cosa más aburrida que la autopista principal del sur de Augusta, y era la autopista principal del sur de Augusta en un lluvioso día de primavera.

Monette tenía otros discos en la guantera central, pero en lugar de rebuscar allí apagó el equipo de audio del coche. Y en cuanto dejaron atrás el peaje de Gardiner —no se detengan, simplemente aminoren la marcha; las maravillas de los sistemas electrónicos—, empezó a hablar.

Monette paró de hablar y miró su reloj. Eran las doce menos cuarto, y el sacerdote había dicho que tenía invitados a comer. Y que además le traerían la comida.

—Padre, siento alargarme tanto. Iría más rápido si supiera cómo, pero no sé.

—Está bien, hijo. Ahora siento curiosidad.

—Sus invitados...

—Esperarán mientras realizo las tareas del Señor. Hijo, ¿ese hombre te robó?

—No —dijo Monette—. A no ser que mi paz interior cuente. ¿Cuenta?

—Con toda certeza. ¿Qué hizo?

—Nada. Mirar por la ventana. Yo creía que estaba dormido, pero más tarde tuve motivos para pensar que me había equivocado.

—¿Qué hiciste?

—Le hablé de mi mujer —dijo Monette. Luego hizo una pausa y reflexionó—. Bueno, no. Descargué toda mi rabia. Despotiqué contra mi mujer. La puse como un trapo. Yo... ya sabe... —Forcejeó con sus pensamientos, con los labios apretados, mirando ese gran puño de manos retorcidas que tenía entre los muslos. Al fin exclamó—: Era sordomudo, ¿entiende? Podría decir cualquier cosa en voz alta y no tendría que aguantarle ningún análisis, ninguna opinión, ningún consejo. Era sordo, era mudo, demonios, pensaba que seguramente estaba dormido ¡y que podía decir lo que me diera la gana, joder!

Monette se estremeció en el interior del confesionario con la tarjeta clavada en la pared.

—Perdóneme, padre.

—¿Qué dijiste de ella exactamente? —preguntó el sacerdote.

—Le dije que tenía cincuenta y cuatro años —dijo Monette—. Así fue como empecé. Porque esa era la parte..., ya sabe, esa era la parte que yo no podía aceptar.

—4—

Después del peaje de Gardiner, la carretera se convierte otra vez en una autovía gratuita y discurre a lo largo de quinientos kilómetros en la puñetera nada:

bosques, campos, la ocasional caravana vivienda con una antena parabólica en el techo y una camioneta apoyada en adoquines en el patio lateral. Salvo en verano, está poco transitada. Cada coche se convierte en un pequeño universo. En ese momento, a Monette se le ocurrió (quizá por la medalla de san Cristóbal que colgaba del espejo retrovisor, un regalo de Barb en una época mejor y más sensata) que era como estar en un confesionario rodante. Sin embargo, empezó despacio, como lo hacen muchos confesores.

—Estoy casado —dijo—. Tengo cincuenta y cinco años y mi mujer tiene cincuenta y cuatro.

Mientras los limpiaparabrisas pivotaban de un lado a otro, pensó en ello.

—Cincuenta y cuatro, Barbara tiene cincuenta y cuatro años. Llevamos casados veintiséis. Un hijo. Una niña. Una niña preciosa. Kelsie Ann. Va al colegio en Cleveland y no sé cómo haré para mantenerla allí porque hace dos semanas más o menos, sin previo aviso, mi mujer se transformó en el volcán Monte St. Helens. Resulta que tenía un amante. Lo tenía desde hace casi dos años. Es profesor (bueno, claro, ¿qué otra cosa podría haber sido?), pero ella lo llama Mi Vaquero Bob. Resulta que muchas de las noches en que yo pensaba que ella estaba en la cooperativa o en el círculo de lectores, estaba bebiendo chupitos de tequila y bailando con el Maldito Vaquero Bob.

Era gracioso. A cualquiera se lo hubiera parecido. Sería una comedia de mierda si hubiera sido una comedia de mierda. Pero los ojos —aunque sin lágrimas— le escocían como si estuvieran llenos de hiedra venenosa. Echó una ojeada a su derecha, pero el autostopista seguía de lado y ahora apoyaba la frente contra el cristal de la ventana. Seguro que estaba dormido.

Casi seguro.

Monette no le había contado a nadie aquella traición. Kelsie aún no lo sabía, pero la burbuja de su ignorancia explotaría pronto. La paja volaba con el viento —Monette ya les había colgado el teléfono a tres periodistas antes de salir de viaje—, pero todavía no tenían nada que pudieran publicar o comentar. Eso cambiaría pronto, pero Monette usaría el «Sin comentarios» todo el tiempo que le fuera posible, sobre todo para ahorrarse a sí mismo la vergüenza. Sin embargo, mientras tanto se estaba desahogando, y hacerlo le proporcionaba un inmenso y furioso alivio. En cierto sentido era como cantar en la ducha. O como vomitar.

—Tiene cincuenta y cuatro años —dijo—. Eso es lo que no puedo aceptar. Significa que empezó a salir con ese tipo, que en verdad se llama Robert Yandowski (vaya nombre para un vaquero), cuando tenía cincuenta y dos. ¡Cincuenta y dos! ¿No dirías que es lo bastante mayor para pensarlo mejor, amigo mío? ¿No es demasiado mayor para sembrar avena, arrancarla y plantar después otras semillas más útiles? Dios mío, ¡si usa bifocales! ¡Si le han extirpado la

vesícula! ¡Y se está tirando a ese tío! ¡En el motel Grove, donde han montado su guarida! Le he dado una bonita casa en Buxton, un garaje de dos plazas, un Audi en usufructo, y lo tira todo por la ventana para emborracharse los jueves por la noche en el Range Riders y tirarse a ese tipo hasta el amanecer (o hasta lo que aguanten) ¡y tiene cincuenta y cuatro años! Por no hablar del Vaquero Bob, ¡que tiene sesenta, joder!

Se oyó despotricar y se dijo que debía parar; vio que el autostopista no se había movido (aunque parecía un poco más hundido dentro de su trenca de lana..., eso sí podría haber pasado) y comprendió que no tenía por qué controlarse. Estaba en su coche. Estaba en la I-95, en alguna parte al este del sol y al oeste de Augusta. Su pasajero era sordomudo. Si quería despotricar, podía despotricar.

Despotricó.

—Barb lo soltó todo. No lo confesó en tono desafiante, pero tampoco se avergonzaba. Parecía... serena. Quizá atónita. Tal vez seguía viviendo en un mundo de fantasía.

Le dijo que en parte había sido culpa de él.

—Paso mucho tiempo en la carretera, eso es cierto. Unos trescientos días el año pasado. Ella iba a su aire... solo teníamos a la pequeña, ya sabes, y eso terminó cuando empezó el instituto y voló del nido. Así que era culpa mía. El Vaquero Bob y todo lo demás.

Le latían las sienes y tenía la nariz casi taponada. Aspiró profundamente hasta que vio puntitos negros delante de los ojos y no sintió alivio. Por lo menos no en la nariz. La cabeza la sentía un poco mejor. Se alegraba mucho de haber recogido al autostopista. Podía haber dicho todas esas cosas en voz alta en el coche vacío, pero...

—5—

—Pero no hubiera sido lo mismo —dijo a la sombra que había al otro lado del confesionario. Miraba de frente, directamente a TODOS LOS QUE HAN PECADO Y SE HAN QUEDADO A UN PASO DE LA GLORIA DEL SEÑOR—. ¿Lo comprende,

padre?

—Por supuesto —replicó el sacerdote, complacido—. Aunque está claro que te has alejado de la Madre Iglesia (salvo por unas pocas supersticiones como la medalla de san Cristóbal), ni siquiera deberías preguntármelo. La confesión es buena para el espíritu. Hace dos mil años que lo sabemos...

Hacía mucho tiempo que Monette se había quitado la medalla de san Cristóbal y la había colgado del espejo retrovisor. Quizá era solo superstición, pero había recorrido millones de kilómetros bajo todo tipo de climas asquerosos con la medalla como única compañía, y el mayor percance que había sufrido era un parachoques abollado.

—Hijo, ¿qué más te hizo tu esposa, aparte de pecar con el Vaquero Bob?

De pronto, Monette se echó a reír. Y al otro lado de la rejilla el sacerdote también se rió. La diferencia radicaba en la cualidad de la risa. El sacerdote veía el lado gracioso del asunto. Monette supuso que intentaba apartarlo de la locura.

—Bueno, también está lo de la ropa interior —dijo.

—6—

—Compró ropa interior —le dijo al autostopista, que seguía desplomado en el asiento y echado hacia un lado, con la frente contra la ventanilla y empañando el cristal con el aliento. Llevaba la mochila entre las piernas y el cartel encima, con el lado en el que ponía ¡SOY SORDO! a la vista—. Me la enseñó. Estaba en el armario del cuarto de invitados. Picardías y camisolas y sostenes y medias de seda todavía en las cajas, docenas de pares. Y lo que parecían miles de ligeros. Pero sobre todo medias, medias y más medias. Me dijo que su Vaquero Bob era un «adicto a las medias». Creo que ella hubiera seguido contándome cómo se lo montaban, pero vi la escena. La vi mucho más clara de lo que quería. Le dije: «Por supuesto que es un adicto a las medias, se crió haciéndose pajas con el *Playboy*... ¡si tiene sesenta años, joder!».

Pasaron por un cartel que indicaba Fairfield. Se veía verdoso y borroso a través del parabrisas, con un cuervo empapado posado encima.

—Y además era ropa interior de buena calidad —dijo Monette—. Mucha era

de Victoria's Secret, del centro comercial, pero también había prendas muy caras de una boutique que se llamaba Sweets. De Boston. Yo ni siquiera sabía que había boutiques de ropa interior, pero desde entonces ya lo sé. Debía de tener miles de dólares amontonados en aquel armario. También muchos zapatos. La mayoría de tacón alto. Ya sabes, tacón de aguja. Tenía que saber al dedillo el papel de niña caliente. Aunque imagino que cuando se probaba el último Wonderbra y los picardías se quitaba las bifocales. Pero...

Los adelantó un semirremolque. Monette llevaba las luces encendidas y automáticamente le envió una ráfaga con las largas cuando el camión ya les había dejado atrás. El conductor le devolvió las gracias encendiendo las luces de freno. Aquel era el idioma de las carreteras.

—Pero había un montón de prendas sin estrenar. Eso era lo extraño. Las tenía ahí... en las cajas. Le pregunté por qué diablos había comprado tantas, pero ella ni lo sabía ni podía explicarlo. «Para nosotros se convirtió en una costumbre», me dijo. «Supongo que era como los juegos preliminares.» No estaba avergonzada. No lo dijo en tono desafiante. Era como si estuviera pensando: *Todo esto es un sueño y me despertaré enseguida.*

Los dos ahí de pie mirando aquel tenderete de combinaciones y lencería, zapatos y Dios sabe qué otras cosas amontonadas en el fondo del armario. Entonces le pregunté de dónde sacaba el dinero (es decir, yo reviso los extractos de la tarjeta de crédito a final de mes, y jamás he encontrado ningún cargo del Sweets de Boston), y así llegamos al problema real. Malversación.

—7—

—Malversación —dijo el sacerdote.

Monette se preguntó si alguna vez habrían pronunciado esa palabra en aquel confesionario y decidió que probablemente sí. «Robo» seguro que sí.

—Ella trabajaba para la UEAM 19 —dijo Monette—. Son las siglas de la Unidad Escolar Administrativa de Maine. Es una administración enorme, en el sur de Portland. La sede está en Dowrie, el hogar del Range Riders, donde van a bailar, y del histórico Grove Motel, justo al final de la carretera. Una situación

muy conveniente. Puedes bailar y fo... y hacer el amor en el mismo sitio. ¿Para qué vas a coger el coche si has pillado una buena cogorza? Eso era lo que ellos pillaban la mayoría de las noches. Chupitos de tequila para ella, whisky para él. Jack, naturalmente. Me lo contó ella. Me lo contó todo.

—¿Era profesora?

—Oh, no... los profesores no manejan esas cantidades de dinero; si fuera profesora no habría podido malversar más de ciento veinte mil dólares. El director del distrito y su mujer habían venido a casa a cenar, aunque por supuesto yo ya los conocía de todos los picnics anteriores que organizaban al final de cada año escolar, por lo general en el Dowrie Country Club. Víctor McCrea. Licenciado en la Universidad de Maine. Jugaba al fútbol. Se especializó en educación física. Pelo al rape. Probablemente le regalaron unos cuantos aprobados, pero era un hombre agradable, de esos que saben cincuenta chistes distintos de este-es-un-tipo-que-entra-en-un-bar. Estaba a cargo de una docena de colegios, desde las cinco escuelas de primaria hasta el Muskie High. Manejaba unos presupuestos anuales enormes, poco a poco podría haberse agenciado fácilmente una buena tajada. Barb fue su secretaria ejecutiva durante doce años.

Monette hizo una pausa.

—Barb tenía el talonario.

—8—

La lluvia arreciaba. Caía un buen chaparrón. Monette redujo la velocidad a ochenta por hora sin ni siquiera pensar en ello mientras los otros coches le adelantaban zumbando por el carril de la izquierda, cada uno de ellos arrastrando su propia nube de agua. Que zumben. Tenía a sus espaldas una larga carrera profesional exenta de accidentes y vendiendo los mejores títulos de otoño (por no mencionar los mejores títulos de primavera y unas cuantas sorpresas del verano, en su mayoría recetas de cocina, libros para dietas, y los contundentes *Harry Potter*), y quería que siguiera siendo así.

A su derecha, el autostopista se movió un poco.

—¿Estás despierto, amigo? —preguntó Monette. Una pregunta inútil pero

natural.

El autostopista pronunció algo desde el rincón de su cuerpo que aparentemente no era mudo: Prrrf. Breve, educado y, lo mejor de todo, inoloro.

—Lo tomaré como un sí —dijo Monette devolviendo su atención a la carretera—. ¿Por dónde iba?

La ropa interior, por ahí iba. Todavía podía verla. Amontonada en el armario como el sueño húmedo de un adolescente. Luego la confesión de la malversación; esa asombrosa palabra. Después de tomarse un momento para considerar la posibilidad de que ella estuviera mintiéndole por alguna absurda razón (porque, por supuesto, todo aquello era absurdo), le preguntó cuánto le quedaba, y ella contestó —de esa manera al mismo tiempo calmada y aturdida— que en realidad no le quedaba nada, aunque creía que podría conseguir más. Al menos durante un tiempo.

—«Pero pronto lo descubrirán», me dijo. «Si fuera por el bueno de Vic, que no tiene ni idea de nada, supongo que podría seguir con esto eternamente, pero la semana pasada nos visitaron los auditores del estado. Hicieron demasiadas preguntas y se llevaron copia de todos los registros. No tardarán en averiguarlo.» Le pregunté cómo podía haber gastado más de cien mil dólares en ligeros y bragas —dijo Monette a su silencioso compañero—. No estaba enfadado (al menos al principio; supongo que estaba demasiado atónito), pero a decir verdad sentía muchísima curiosidad. Y en el mismo tono que antes, ni avergonzada, ni desafiante, como si estuviera sonámbula, me dijo: «Bueno, pensamos en la lotería. Supongo que creímos que podríamos devolverlo así».

Monette hizo una pausa. Observó el ir y venir de los limpia-parabrisas. Durante un breve instante sopesó la idea de dar un volantazo hacia la derecha y estampar el coche contra una de las estructuras de cemento del paso elevado que tenía delante. Rechazó la idea. Más tarde le diría al sacerdote que en parte no lo hizo por aquella antigua prohibición infantil contra el suicidio, pero sobre todo porque quería escuchar el disco de Josh Ritter al menos una vez más antes de morir.

Además, no estaba solo.

En lugar de suicidarse (y llevarse a su pasajero con él), condujo por debajo del paso elevado a una velocidad moderada de ochenta por hora (durante dos segundos el cristal se mantuvo limpio, después el limpiaparabrisas volvió a tener trabajo) y reanudó su relato.

—Debieron de comprar más billetes de lotería que nadie en la historia. —Pensó en voz alta; luego negó con la cabeza—. Bueno... probablemente no. Pero compraron diez mil billetes, eso seguro. Me dijo que en noviembre (yo pasé casi todo ese mes en New Hampshire y en Massachusetts, y además asistí a la reunión

de ventas en Delaware) habían comprado unos dos mil. Powerball, Megabucks, Paycheck, Pick 3, Pick 4, Triple Play; jugaron a todos. Al principio elegían los números, pero Barb pensó que les llevaba demasiado tiempo y se decidieron por la opción automática.

Monette señaló la cajita blanca de plástico pegada al parabrisas, justo debajo del pie del espejo retrovisor.

—Todos esos artefactos aceleran el mundo. Quizá eso sea bueno, pero yo tengo mis dudas. Me dijo: «Nos decidimos por la selección automática de números porque la gente que estaba detrás de nosotros en la cola se impacientaba si tardábamos mucho en escoger los números, sobre todo cuando el bote rondaba los cien millones». Dijo que a veces ella y Yandowski se separaban y jugaban en establecimientos diferentes, unas dos docenas de establecimientos todas las noches. Y, por supuesto, se reencontraban en el local adonde iban a bailar.

»Dijo: “La primera vez que Bob jugó, ganamos quinientos dólares al Pick 3. Fue tan romántico...”. —Monette negó con la cabeza—. Después de eso, el romance perduró pero las ganancias se acabaron. Eso dijo. Me dijo que una vez ganaron mil dólares, pero para entonces ya habían tirado a la basura unos treinta mil. «A la basura», así lo dijo.

»Una vez (eso era en enero, mientras yo estaba en la carretera intentando ganar algo de dinero para comprar un abrigo de cachemir que le quería regalar por Navidad), se fueron a Derry y se quedaron un par de días. No sé si allí bailaron o no, no lo he comprobado, pero alquilaron una habitación en un lugar llamado Hollywood Slots. Se quedaron en una suite, se pusieron como cerdos (lo dijo así, “como cerdos”) y ganaron setecientos cincuenta dólares jugando al videopóquer. Pero, según me dijo, no les gustó demasiado. Principalmente se engancharon a la lotería, gastando más y más dinero de la UEAM, intentando recuperarlo todo antes de que los auditores del estado descubrieran el pastel y todo se viniera abajo. Aunque durante ese tiempo, por supuesto, ella siguió comprando ropa interior. Una chica siempre quiere sentirse fresca cuando compra boletos del Powerball en el 7-Eleven de la ciudad.

»¿Estás bien, amigo?

El pasajero no dijo nada —por supuesto que no—, así que Monette extendió un brazo y le sacudió el hombro. El autostopista separó la cabeza de la ventanilla (su frente había dejado una marca grasienta en el cristal) y miró alrededor abriendo y cerrando los enrojecidos ojos como si acabara de despertarse. Monette no creía que hubiera estado durmiendo. No tenía ningún motivo para pensarlo, solo era una intuición.

Formó un círculo con el dedo pulgar y el índice, se lo mostró al autostopista y arqueó las cejas.

Durante un momento se quedó mirando al vacío, dándole a Monette el tiempo suficiente para pensar que además de sordomudo era un poco corto de entendederas. Entonces sonrió, asintió y le devolvió el círculo con los dedos.

—De acuerdo —dijo Monette—. Mera comprobación.

El hombre volvió a apoyar la cabeza en la ventanilla. Mientras tanto, el supuesto destino del tipo, Waterville, había quedado atrás y oculto bajo la lluvia. Monette no se había dado cuenta. Seguía viviendo en el pasado.

—Si solo hubiera sido la lencería y esos juegos de lotería en los que tienes que elegir un puñado de números, el daño habría sido limitado —dijo—. Porque jugar a la lotería de ese modo requiere tiempo. Te da la oportunidad de razonar, siempre y cuando haya algún razonamiento al que llegar. Tienes que hacer cola y rellenar los boletos y guardártelos en la cartera. Luego tienes que mirar la televisión u hojear los periódicos para comprobar los resultados. Hasta ahí podríamos estar de acuerdo. Si es que puedes estar de acuerdo en que tu esposa te engañe con un estúpido profesor de historia y entre los dos hayan tirado por el cagadero treinta mil o cuarenta mil dólares de los presupuestos escolares. El caso es que yo podría haber cubierto treinta de los grandes. Podía haber pedido una segunda hipoteca para la casa. No por Barb, por supuesto, sino por Kelsie Ann. Una niña que está empezando a vivir no tiene por qué aguantar un pescado tan apestoso. Lo llaman restitución. Lo habría restituido a pesar de que eso significara vivir en un apartamento de dos habitaciones, ¿sabes?

El autostopista obviamente no sabía; no sabía nada acerca de jóvenes y hermosas hijas que están empezando a vivir, ni de segundas hipotecas, ni de restitución. El estaba caliente y seco en su silencioso mundo, y probablemente así fuera mejor.

Sin embargo, Monette siguió en sus trece.

—La cuestión es que hay formas mucho más rápidas de tirar el dinero, y son tan legales como... como comprar ropa interior.

—Pasaron a los boletos de rasca y gana, ¿verdad? —preguntó el sacerdote—. Lo

que la Comisión de Lotería llama ganadores instantáneos.

—Habla como si usted también jugara —dijo Monette.

—De vez en cuando —convino el sacerdote con una admirable falta de vacilación—. Siempre me digo que si de verdad consiguiera un boleto millonario donaría todo el dinero a la Iglesia. Pero jamás arriesgo más de cinco dólares a la semana. —Esta vez sí hubo vacilación—. A veces diez. —Otra pausa—. Y una vez compré un boleto de rasca y gana de veinte dólares; cuando eran una novedad. Pero aquello fue una locura momentánea. No he vuelto a hacerlo.

—Al menos usted no ha llegado tan lejos —dijo Monette. El sacerdote soltó una carcajada.

—Son las palabras de un hombre que verdaderamente se ha quemado los dedos, hijo —suspiró—. Estoy fascinado por tu historia, pero me preguntaba si podríamos ir un poco más deprisa. Mis invitados esperarán mientras realizo la tarea del Señor, pero no eternamente. Y creo que tenemos ensalada de pollo con mucha mayonesa. Una de mis favoritas.

—No hay mucho más —dijo Monette—. Si usted ha jugado, entiende lo esencial. Los boletos de rasca y gana se pueden comprar en los mismos lugares donde se compran los boletos de Powerball y Megabucks, pero también en otros sitios, incluidas las áreas de descanso de las autopistas. Ni siquiera tienes que tratar con ningún empleado; puedes sacarlos de las máquinas. Siempre son de color verde, como el dinero. Cuando Barb me lo contó todo...

—Cuando se confesó... —dijo el sacerdote, en lo que podría considerarse un golpe de astucia.

—Sí, cuando se confesó, ya estaban enganchados a los boletos de rasca y gana de veinte dólares. Barb me dijo que nunca compraba cuando estaba sola, pero cuando estaba con el Vaquero Bob compraban muchos boletos. Esperando el premio gordo, ya sabe. Me dijo que una vez compraron cien boletos en una sola noche. Eso da un total de dos mil dólares. De los que recuperaron ochenta. Cada uno tenía su propio rascador de plástico. Parecían pequeños raspadores de nieve para elfos y tenían LOTERÍA DEL ESTADO DE MAINE impreso a un lado. Eran verdes, como las máquinas dispensadoras que venden los boletos. Me enseñó el suyo; lo tenía guardado bajo la cama de la habitación de invitados. No se leía nada salvo ERÍA. Podría haber puesto CARNICERÍA en lugar de LOTERÍA. El sudor de la palma de su mano había borrado el resto.

—Hijo, ¿le pegaste? ¿Por eso estás aquí?

—No —dijo Monette—. Quería matarla... por el dinero, no por el engaño; el engaño parecía simplemente irreal, incluso con toda esa pu... toda esa ropa interior que tenía delante de los ojos. Pero no le puse ni un dedo encima. Creo que estaba demasiado cansado. Toda esa información me había dejado exhausto. Lo

único que quería hacer era echarme una siesta. Muy larga. De unos dos días. ¿Es raro?

—No —dijo el sacerdote.

—Le pregunté cómo había podido hacerme algo así. ¿Tan poco le importaba? Y ella me preguntó...

—10—

—Me preguntó cómo no me había dado cuenta —dijo Monette al autostopista—. Y antes de que yo pudiera decir nada, se respondió a sí misma, así que supongo que era una de esas preguntas..., una pregunta retórica. Dijo: «No te diste cuenta porque no te importaba. Casi siempre estabas en la carretera, y cuando no estabas, querías estar. Hace diez años que no te importa la ropa interior que me pongo... ¿y por qué iba a importarte, si ni siquiera te importa la persona que hay dentro? Pero ahora sí te importa, ¿verdad? Ahora sí».

»Tío, no pude hacer otra cosa que quedarme mirándola. Estaba demasiado cansado para matarla (incluso para darle una bofetada), pero me volví loco. A pesar del golpe, me volví loco. Intentaba echarme la culpa a mí. Te das cuenta, ¿verdad? Intentaba echarle la culpa a mi trabajo, como si fuera tan fácil encontrar otro en el que me pagaran al menos la mitad. Es decir, ¿para qué estoy cualificado a mi edad? Supongo que podría conseguir trabajo como guarda de seguridad en un colegio (no se me caerían los anillos), pero no mucho más que eso.

Hizo una pausa. Lejos, en la carretera, todavía cubierta en su mayor parte por una cambiante camisola de lluvia, había un cartel azul.

Reflexionó, luego dijo:

—Pero ni siquiera eso era lo importante. ¿Quieres saber lo importante? ¿Lo importante para ella? Resulta que tenía que sentirme culpable porque me gustaba mi trabajo. ¡Por no haberme esforzado en encontrar a la persona adecuada con la que irme de parranda!

El autostopista se movió un poco, quizá porque habíamos cogido un bache (o habíamos pasado por encima de un animalillo atropellado), pero eso hizo que Monette se diera cuenta de que estaba hablando a gritos. Y, oye, tal vez aquel tipo

no estaba completamente sordo. Incluso si lo estaba, quizá sentía la vibración en los huesos de la cara una vez que el sonido sobrepasaba determinado nivel de decibelios. ¿Quién diablos podía saberlo?

—No llegué hasta ese punto con ella —dijo Monette en un tono más bajo—. Me negué a llegar a ese punto. Creo que sabía que si lo hacía, si de verdad empezábamos a discutir, ocurriría cualquier cosa. Quería largarme de allí mientras aún estaba en estado de shock... porque eso la protegía, ¿entiendes?

El autostopista no dijo nada, pero Monette lo entendía por los dos.

—Le dije: «¿Ahora qué?» y ella dijo: «Supongo que iré a la cárcel». Y, ¿sabes? Si se hubiera puesto a llorar, quizá la habría consolado. Porque después de veintiséis años de matrimonio esas cosas salen por reflejo. Incluso cuando la mayor parte del sentimiento se ha ido. Pero no lloró, así que me marché. Me di la vuelta y me fui. Y cuando volví, encontré una nota que decía que se había mudado. De eso hace casi dos semanas, y desde entonces no la he visto. He hablado con ella un par de veces por teléfono, eso es todo. También he hablado con su abogado. He congelado todas nuestras cuentas, aunque no creo que sirva de mucho cuando las ruedas de la legalidad empiecen a girar. Y eso ocurrirá muy pronto. La caca atascará el sistema de aire acondicionado, no sé si sabes a qué me refiero. Entonces supongo que volveré a verla. En el juicio. A ella y al maldito Vaquero Bob.

En ese momento leyó el cartel azul: ÁREA DE DESCANSO PITTSFIELD 4 KM.

—¡Ay, mierda! —gritó—. Amigo, hemos dejado Waterville ochenta kilómetros atrás.

El sordomudo no se despertó (por supuesto que no), y Monette pensó que ni siquiera sabía si aquel tipo iba a Waterville o no. No estaba seguro. En cualquier caso, había llegado el momento de aclararlo. El área de descanso sería un buen sitio para hacerlo, pero durante un par de minutos más permanecerían encerrados en ese confesionario rodante, y sintió que tenía algo más que decir.

—Es verdad que hacía mucho tiempo que no sentía nada por ella —dijo—. A veces el amor se acaba. Y también es verdad que no le había sido completamente fiel; de vez en cuando he tenido compañía de carretera. Pero ¿acaso eso lo justifica todo? ¿Justifica que una mujer haga saltar por los aires una vida de la misma manera que un niño hace estallar con un petardo una manzana podrida?

Entró en el área de descanso. Había unos cuatro coches en el aparcamiento, todos pegados al lado del edificio marrón con las máquinas expendedoras delante. A Monette los coches le parecieron niños abandonados bajo la lluvia. Aparcó. El autostopista lo miró interrogante.

—¿Adonde vas? —preguntó Monette, sabiendo que no serviría de nada.

El sordomudo reflexionó. Miró en derredor y vio dónde se encontraban.

Volvió a mirar a Monette como si le dijera: «Aquí no».

Monette señaló hacia el sur y enarcó las cejas. El sordomudo negó con la cabeza, luego señaló al norte. Abrió y cerró las manos, mostrándole los dedos seis veces... ocho... diez. Básicamente igual que antes. Pero esta vez Monette lo entendió. Pensó que la vida hubiera sido mucho más sencilla para aquel tipo si alguien le hubiera enseñado la figura del ocho acostado que significa infinito.

—Estás dando tumbos, ¿verdad? —preguntó Monette.

El sordomudo se limitó a mirarlo.

—Sí, claro que sí —dijo Monette—. Bueno, te diré algo. Has escuchado mi historia (aunque no supieras que estabas escuchándola), así que te llevaré hasta Derry. —Se le ocurrió una idea—. De hecho, te dejaré en el refugio de Derry. Allí te darán comida caliente y alojamiento, al menos durante una noche. Tengo que echar una meada. ¿Tienes que mear?

El sordomudo le miró con paciente inexpresividad.

—Una meada —dijo Monette—. Un pis.

Empezó a señalarse la entrepierna cuando comprendió dónde estaban y pensó que el vagabundo creería que le estaba pidiendo una mamada justo al lado de las máquinas de chucherías. Señaló hacia las siluetas de los servicios que había al lado del edificio; la figura negra de un hombre, la figura negra de una mujer. El hombre tenía las piernas separadas, la mujer las tenía juntas. La historia de la raza humana en el lenguaje de los signos.

Eso su pasajero sí lo entendió. Negó con la cabeza con decisión, luego formó otro círculo con el pulgar y el índice para indicarle que estaba bien. Lo que ponía a Monette en un problema delicado: ¿dejaba al señor Vagabundo Silencioso en el coche mientras él hacía sus necesidades, o lo dejaba fuera esperando bajo la lluvia...? En ese caso el tipo sabría casi con toda certeza por qué lo dejaba fuera.

Decidió que en realidad no había ningún problema. En el coche no había dinero y su equipaje personal estaba bajo llave en el maletero. En el asiento de atrás iban las cajas con las muestras, pero no creía que el tipo fuera a robarle unas cajas de treinta kilos y a echar a correr con ellas por la rampa de salida del área de servicio. Por un motivo: ¿cómo iba a cargar entonces con el cartel de ¡SOY MUDO!?

—Ahora vuelvo —dijo Monette, y cuando el autostopista se quedó mirándolo con aquellos ojos enrojecidos, Monette se señaló a sí mismo, señaló el cartel de los aseos y de nuevo a sí mismo. Esta vez el autostopista asintió e hizo otro círculo con el pulgar y el índice.

Monette entró en el baño y orinó durante lo que le parecieron veinte minutos. El alivio fue infinito. Se sintió mejor que nunca desde que Barb había soltado el bombazo. Por primera vez pensó que podría superarlo todo. Y que ayudaría a

Kelsie a sobrellevarlo. Recordó la frase de aquel buen alemán (o quizá era ruso, ciertamente sonaba a la mentalidad de rusa): «Lo que no te mata, te hace más fuerte».

Regresó al coche silbando. Incluso le dio una palmadita amistosa a la máquina expendedora de billetes de lotería cuando pasó por delante. Al principio pensó que no veía a su pasajero porque estaba tumbado..., en ese caso tendría que despertarlo para que se irguiera y él pudiera sentarse al volante. Pero el autostopista no estaba tumbado. Se había largado. Había cogido su mochila y su cartel y se había esfumado.

Monette examinó el asiento de atrás y vio que las cajas de Wolfe & Sons estaban intactas. Abrió la guantera y vio que la documentación que guardaba dentro (matriculación, seguros, tarjeta de la asociación de vehículos) seguía allí. Lo único que había dejado era un olor persistente, no del todo desagradable: sudor y un ligero aroma a pino, como si hubiera estado durmiendo a la intemperie.

Pensó que lo vería al pie de la rampa, con el cartel en la mano, mostrándolo pacientemente por ambos lados para que los potenciales buenos samaritanos comprendieran el alcance de sus limitaciones. En ese caso, Monette podría detenerse y recogerlo de nuevo. Le parecía como si no hubiera terminado el trabajo. Llevarlo al refugio de Derry... eso culminaría el trabajo. Eso cerraría el trato y el libro. Independientemente de todos los defectos que pudiera tener, a él le gustaba terminar las cosas.

Pero el tipo no estaba al pie de la rampa; había DESERTADO. Y no fue hasta que Monette dejó atrás el cartel en el que ponía DERRY 16 KM cuando levantó la vista hacia el espejo retrovisor y se dio cuenta de que la medalla de san Cristóbal, su compañera durante millones de kilómetros, había desaparecido. El sordomudo se la había robado. Pero ni siquiera eso echó abajo el nuevo optimismo de Monette. Quizá el sordomudo la necesitara mucho más que él. Monette deseó que le trajera buena suerte.

Dos días más tarde —estaba en Presque Isle vendiendo los mejores libros de otoño— recibió una llamada de la policía estatal de Maine. Su esposa y Bob Yandowski habían sido golpeados hasta la muerte en el Grove Motel. El asesino había empleado un trozo de tubería envuelta en una toalla.

—¡Santo... Dios! —suspiró el sacerdote.

—Sí —convino Monette—, eso mismo fue lo que yo pensé.

—¿Tu hija...?

—Está destrozada, claro. Está conmigo, en casa. Lo superaremos, padre. Kelsie es más fuerte de lo que pensaba. Y por supuesto, no sabe lo otro. Lo de la malversación. Con un poco de suerte nunca se enterará. El seguro nos va a pagar mucho dinero, lo que llaman una indemnización doble. Dado todo lo que había pasado antes, creo que podría haber tenido serios problemas con la policía si no hubiera contado con una buena coartada. Y si no hubiera habido... novedades. De todas formas, me han interrogado varias veces.

—Hijo, ¿le pagaste a alguien para que...?

—También me han preguntado eso. La respuesta es no. He mostrado todas mis cuentas bancarias a quien ha querido verlas. Cada centavo está justificado, tanto mi mitad de los bienes gananciales como la de Barb. Ella era muy responsable en cuestión de dinero. Al menos en la parte cuerda de su vida.

»Padre, ¿puede abrir la rejilla? Quiero mostrarle algo.

En lugar de replicar, el sacerdote abrió su portezuela. Monette se quitó la medalla de san Cristóbal que llevaba al cuello y después se la tendió desde su lado. Sus dedos se tocaron brevemente mientras la medalla y la pequeña cadena de acero cambiaban de manos.

Durante cinco segundos el sacerdote permaneció en silencio, reflexionando. Luego dijo:

—¿Cuándo te la devolvieron? ¿Estaba en el motel donde...?

—No —dijo Monette—. No estaba en el motel, sino en mi casa de Buxton. En el tocador de nuestra habitación. Al lado de nuestra foto de bodas.

—Santo Dios —dijo el sacerdote.

—Pudo obtener la dirección de los papeles del coche mientras yo estaba en el baño.

—Y le mencionaste el nombre del motel... y la ciudad... —Dowrie —convino Monette.

El sacerdote evocó el nombre de su Jefe por tercera vez. Luego dijo:

—Al final resultó que ese tipo no era sordomudo, ¿verdad?

—Estoy casi seguro de que era mudo —dijo Monette—, pero desde luego no era sordo. Encontré una nota al lado de la medalla, un trozo de una hoja que había arrancado del listín telefónico. Todo esto debió de ocurrir mientras mi hija y yo

estábamos en la funeraria eligiendo el ataúd. La puerta trasera estaba abierta pero no forzada. Puede que él fuera lo bastante listo para manipular la cerradura, pero creo que simplemente se me olvidó cerrar y la dejé abierta al salir.

—¿Qué decía la nota?

—«Gracias por llevarme» —dijo Monette—. Maldita sea.

Hubo un silencio de reflexión, luego un suave golpeteo en la puerta del confesionario donde Monette estaba sentado contemplando PARA TODOS LOS QUE HAN PECADO Y SE HAN QUEDADO A UN PASO DE LA GLORIA DEL SEÑOR. Monette recogió su medalla.

—¿Se lo has contado a la policía?

—Sí, por supuesto, toda la historia. Creen que saben quién es. El cartel que llevaba les resultaba familiar. Se llama Stanley Doucette. Lleva años deambulando por Nueva Inglaterra con ese cartel, Más o menos como yo, ahora que lo pienso.

—¿Tiene antecedentes?

—Unos cuantos —dijo Monette—. La mayoría son peleas. Una vez golpeó con bastante violencia a un hombre en un bar, y ha estado ingresado en varios psiquiátricos incluido el Serenity Hill de Augusta. No creo que la policía me lo contara todo.

—¿Quieres saberlo todo?

Monette consideró la pregunta, luego dijo:

—No.

—Y todavía no lo han atrapado.

—Ellos dicen que solo es cuestión de tiempo. Dicen que no es un tipo muy brillante. Pero fue lo bastante brillante para engañarme.

—¿Realmente te engañó, hijo? ¿O sabías que estabas hablando a unos oídos que podían escuchar? Me parece que esa es la pregunta clave.

Monette se quedó callado durante bastante rato. No sabía si alguna vez había inspeccionado con honestidad su corazón, pero en ese momento le pareció que lo estaba haciendo, y con un haz de luz muy brillante. No le gustó todo lo que encontró, pero la búsqueda sí. No justificó nada de lo que vio. Al menos no adrede.

—No lo sabía —dijo.

—¿Te alegra que tu mujer y su amante estén muertos? En su corazón, Monette respondió inmediatamente que sí. En voz alta dijo:

—Siento alivio. Me apena admitirlo, padre, pero teniendo en cuenta el desastre que hizo mi esposa (y que las cosas se arreglarán sin juicio y que el seguro se hará cargo de la restitución del dinero), me siento aliviado. ¿Eso es pecado?

—Sí, hijo mío. Siento darte malas noticias, pero sí es pecado.

—¿Puede darme la absolución?

—Diez padrenuestros y diez avemarías —dijo el sacerdote con vivacidad—. Los padrenuestros por la falta de caridad; es un pecado serio pero no definitivo.

—¿Y las avemarías?

—Por el lenguaje grosero en el confesionario. En algún momento habrá que abordar el tema del adulterio (el tuyo, no el de ella), pero ahora...

—Tiene invitados a comer. Comprendo.

—En realidad he perdido el apetito, aunque desde luego tengo que recibir a mis invitados. La verdad es que ahora estoy demasiado... demasiado abrumado para entrar en lo que has llamado compañía de carretera.

—Comprendo.

—Bien. A ver, hijo...

—¿Sí?

—No quiero insistir, pero ¿estás seguro de que no le diste permiso a ese hombre? ¿O lo incitaste de algún modo? Porque entonces creo que estaríamos hablando de un pecado mortal, no de uno venial. Tendría que comprobarlo con mi asesor espiritual para asegurarme, pero...

—No, padre. Pero ¿cree que... es posible que Dios pusiera a ese tipo en mi coche?

En su corazón, el sacerdote respondió inmediatamente que sí. En voz alta dijo:

—Eso es una blasfemia, suficiente para otros diez padrenuestros. No sé cuánto tiempo llevabas alejado de nuestras puertas, pero deberías saber que Dios no haría eso. Ahora, ¿quieres decir algo más para intentar ganarte más avemarías o hemos acabado?

—Hemos acabado, padre.

—Entonces estás absuelto, como solemos decir los del ofició. Sigue tu camino y no peques más. Y cuida de tu hija, hijo. Para los niños, madre no hay más que una, no importa cómo se haya comportado.

—Sí, padre.

Detrás de la rejilla, la figura se movió. —¿Puedo hacerte una última pregunta? Monette volvió a echarse hacia atrás con reticencia. Quería marcharse.

—Sí.

—Dices que la policía cree que atrapará a ese hombre.

—Me dijeron que solo era cuestión de tiempo.

—La pregunta es: ¿quieres que la policía lo atrape?

Y como lo que él realmente quería era irse a casa y recitar su expiación en el confesionario privado que era su coche, Monette contestó:

—Por supuesto que sí.

De vuelta a casa, añadió dos avemarías y dos padrenuestros.

Ayana

Jamás pensé que terminaría contando esta historia. Mi mujer me pidió que no lo hiciera; dijo que nadie la creería y que solo conseguiría ponerme en ridículo. Lo que quería decir, por supuesto, era que la pondría en ridículo a ella.

—¿Y qué pasa con Ralph y Trudy? —le pregunté—. Ellos estaban allí. También lo vieron.

—Trudy le dirá a Ralph que mantenga la boca cerrada —contestó Ruth—, y tu hermano no es de los que necesitan mucha persuasión.

Probablemente era cierto. Por aquella época, Ralph era superintendente de la Unidad Escolar Administrativa 43 de New Hampshire, y lo último que quiere un burócrata del departamento de educación de un estado pequeño es aparecer al final de las noticias del canal por cable en la sección dedicada al avistamiento de ovnis sobre la ciudad de Phoenix o a los coyotes que saben contar hasta diez. Además, no tiene sentido contar una historia de milagros sin que haya alguien que los haga, y Ayana ya no estaba.

Sin embargo, ahora mi mujer está muerta; sufrió un infarto mientras volaba a Colorado para echar una mano con nuestro primer nieto y murió casi al instante. (O eso dijo el personal de la compañía aérea, aunque hoy día no les puedes confiar ni el equipaje.) Mi hermano Ralph también está muerto —un derrame cerebral mientras participaba en un torneo de golf de la edad dorada—, y Trudy ha perdido la cabeza. Mi padre falleció hace mucho tiempo; si siguiera vivo sería centenario. Soy el último que queda, así que voy a contar la historia. Es increíble, en eso Ruth tenía razón, y de todas formas no significa nada; los milagros nunca significan nada, salvo para esos lunáticos afortunados que los ven por todas partes. Pero es interesante. Y es verdad. Todos nosotros lo vimos.

Mi padre estaba muriéndose de cáncer de páncreas. Creo que uno puede saber mucho de la gente escuchando cómo hablan de ese tipo de situación (y el hecho de que yo me refiera al cáncer como «ese tipo de situación» probablemente os

diga algo acerca del narrador, que se ha pasado la vida enseñando inglés a chicos y chicas cuyos problemas de salud más graves eran el acné y las lesiones por deporte).

—Está a punto de terminar su viaje —dijo Ralph.

Mi cuñada, Trudy, dijo:

—El cáncer ha avanzado.

Al principio pensé que había dicho «El cáncer ha madurado», lo que me pareció desconcertantemente poético. Sabía que podía ser así, no porque ella lo dijera sino porque yo quería que fuese así.

Ruth dijo:

—La cuenta atrás ha terminado.

Yo no dije «A lo mejor lo supera», pero lo pensé. Porque lo veía sufrir. Esto fue hace veinticinco años —en 1982—, y sufrir aún se consideraba una parte aceptada del cáncer terminal. Recuerdo que diez o doce años más tarde leí que la mayoría de los enfermos de cáncer mueren en silencio porque están demasiado debilitados para gritar. Aquello me trajo recuerdos tan fuertes de la habitación de enfermo de mi padre que corrí al baño y me arrodillé frente al inodoro, convencido de que vomitaría.

Pero de hecho, mi padre murió cuatro años más tarde, en 1986. Por aquel entonces necesitaba atención domiciliaria, y después de todo no fue el cáncer de páncreas lo que lo mató. Se ahogó con un trozo de carne.

Don «Doc» Gentry y su esposa, Bernadette (mi padre y mi madre), se habían retirado a una casa de las afueras de Ford City, no muy lejos de Pittsburgh. Después de morir su esposa, Doc pensó en mudarse a Florida y, tras decidir que económicamente no podía afrontar el cambio, se quedó en Pennsylvania. Cuando le diagnosticaron el cáncer, pasó un breve período en el hospital, donde explicaba una y otra vez que su apodo le venía de los años en los que había sido médico de animales. Cuando ya se lo había contado a todo aquel que estuviera interesado, lo enviaron a morir a casa, y toda su familia, tal cual la había dejado —Ralph, Trudy, Ruth y yo—, se desplazó a Ford City a verlo expirar.

Recuerdo muy bien su antigua habitación. En la pared colgaba un cuadro de Cristo soportando que los niños se acercaran a él. En el suelo había una alfombra andrajosa hecha por mi madre de un tono verde nauseabundo; no era una de las mejores que había hecho. Al lado de la cama había un perchero metálico para el suero con una calcomanía de los Pittsburgh Pirates. Cada día me acercaba a esa habitación con más temor, y cada día las horas que pasaba dentro se estiraban más. Recordaba a Doc sentado en la mecedora del porche cuando éramos niños,

en Derby, Connecticut; una lata de cerveza en una mano, un cigarro en la otra, las mangas de su camiseta blanca dobladas siempre dos veces para dejar a la vista la tersa curva de sus bíceps y el tatuaje rosa que tenía justo debajo del codo izquierdo. Pertenecía a una generación que no se sentía extraña llevando esos pantalones vaqueros de color azul sin desteñir que llamaban «petos». Se peinaba como Elvis y tenía un aspecto ligeramente peligroso, como un marinero con dos copas de más que baja a tierra firme para armar jaleo. Era un hombre alto que caminaba como un gato. Recuerdo aquel verano en Derby cuando mis padres detuvieron un espectáculo de baile en la calle bailando el jitterbug al son de «Rocket 88» de Ike Turner y los Reyes del Ritmo.

Ralph tenía dieciséis años, creo, y yo tenía once. Miramos a nuestros padres boquiabiertos, y por primera vez comprendí lo que hacían por la noche, sin ropa y sin pensar en nosotros.

A los ochenta, cuando le dieron el alta en el hospital, mi peligrosamente elegante padre se había convertido en otro esqueleto en pijama (con el emblema de los Pirates). Sus ojos acechaban bajo sus salvajes y alborotadas cejas. A pesar de los dos ventiladores, sudaba constantemente, y el olor que desprendía su piel mojada me recordaba al viejo papel pintado de una casa deshabitada. Su respiración era el perfume de la descomposición.

Ralph y yo distábamos mucho de ser ricos, pero cuando juntamos un poco de nuestro dinero con el resto de los ahorros de Doc, reunimos lo suficiente para contratar a una enfermera privada a tiempo parcial y a una sirvienta para que fuera a la casa cinco días a la semana. Se las arreglaron muy bien para mantener al viejo limpio y aseado, pero por aquella época mi cuñada ya decía que Doc había madurado (aún sigo prefiriendo pensar que eso fue lo que dijo), que la Batalla de los Olores casi había terminado. Esa mierda que lo llenaba de llagas les llevaba varias vueltas de ventaja a los recién llegados polvos para bebé Johnson's; pronto, pensaba yo, el arbitro detendría la pelea. Doc ya no era capaz de ir al baño (a lo que llamaba invariablemente «el bidón»), así que usaba pañales y calzoncillos para la incontinencia. Aún estaba lo bastante consciente para darse cuenta y, por tanto, para avergonzarse. A veces las lágrimas se derramaban por el rabillo de sus ojos, y los gritos a medio formar de desesperación y asqueamiento surgían de esa garganta que una vez había soltado al mundo un «¡Ey, guapa!».

El dolor se asentó en primer lugar en la zona central y luego se expandió hacia fuera, hasta que llegó a quejarse de que le dolían los párpados y las yemas de los dedos. Los analgésicos dejaron de hacerle efecto. La enfermera podía haber elevado la dosis, pero eso podría haberlo matado y ella se negó. Yo quería darle más aunque lo matara. Y podría haberlo hecho, con el apoyo de Ruth, pero mi esposa no era de las que secundan ese tipo de ideas.

—Se enterará —dijo Ruth, refiriéndose a la enfermera—, y entonces te habrás metido en un lío.

—¡Es mi padre!

—Eso no la detendrá. —Ruth siempre veía la botella medio vacía. Y ello no se debía a cómo se había criado sino a cómo había nacido—. Dará cuenta de ello. Podrías ir a la cárcel.

Así que no lo maté. Ninguno de nosotros lo mató. Lo que hicimos fue dejar pasar el tiempo. Le leíamos cosas sin saber cuánto entendía. Le cambiábamos los pañales y manteníamos actualizado el gráfico de los medicamentos que había en la pared. Los días eran brutalmente calurosos; de vez en cuando cambiábamos los dos ventiladores de sitio esperando crear una corriente de aire. Veíamos los partidos de los Pirates en el pequeño televisor en color en el que el césped parecía púrpura, y le decíamos que los Pirates iban muy bien aquel año. Hablábamos entre nosotros por encima de su perfil afilado. Veíamos cómo sufría y esperábamos su muerte. Y un día, mientras dormía y roncaba, levanté la vista del *Best American Poets of the Twentieth Century* y vi en el umbral de la habitación a una mujer negra, alta y corpulenta, junto a una niña negra con gafas oscuras.

Esa niña... la recuerdo como si la hubiera visto esta mañana. Creo que podía tener siete años, aunque era sumamente pequeña para su edad. Diminuta, de verdad. Llevaba un vestido rosa que le llegaba por encima de sus huesudas rodillas. Pegada en una de sus igualmente huesudas espinillas llevaba una tirita con personajes de la Warner Bros.; recuerdo a Sam Bigotes, con su largo mostacho rojo y una pistola en cada mano. Las gafas oscuras parecían un premio de consolación comprado en un mercadillo. Eran demasiado grandes y se habían deslizado hasta el final del puente de la nariz, dejando a la vista unos ojos fijos, con los párpados pesados, y cubiertos por una película blanquiazul. Llevaba rastas en el pelo. Colgado de un brazo, un bolso de niña de plástico rosa roto por el lateral. Calzaba zapatillas de deporte sucias. En realidad, su piel no era del todo negra sino de un gris jabonoso. Estaba de pie, pero parecía casi tan enferma como mi padre.

A la mujer la recuerdo con menos claridad porque la niña atrajo toda mi atención. La mujer podía tener entre cuarenta y sesenta años. Tenía el pelo a lo afro, cortado muy corto, y aspecto sereno. Aparte de eso, no recuerdo nada más; ni siquiera el color de su vestido, si es que llevaba un vestido. Creo que sí, pero podría haber llevado pantalones.

—¿Quiénes sois? —pregunté. Sonó estúpido, como si acabara de despertarme de la siesta en lugar de haber dejado de leer..., aunque haya cierta similitud.

Trudy apareció detrás de ellas y dijo lo mismo. Parecía muy despierta. Y a su vez, detrás de Trudy, entró Ruth y dijo con voz de oh-Dios-santo:

—Hemos debido de dejar la puerta abierta, nunca echamos el cierre. Deben de haberse colado.

Ralph, de pie al lado de Trudy, miró por encima de su hombro.

—Ahora está cerrada. Deben de haberla cerrado al entrar.

Como si eso fuera un punto a su favor.

—No podéis estar aquí —dijo Trudy a la mujer—. Estamos muy ocupados. Aquí hay un enfermo. No sé qué queréis, pero tenéis que iros.

—No se puede entrar por las buenas en una casa, ¿sabéis? —añadió Ralph.

Los tres se habían apiñado junto a la puerta del cuarto del enfermo.

Ruth dio unos golpecitos en el hombro de la mujer, y no suavemente.

—Tenéis que iros, a no ser que queráis que llamemos a la policía. ¿Queréis que la llamemos?

La mujer no le hizo caso. Empujó a la niña y le dijo:

—Recto. Cuatro pasos. Hay como un poste, no vayas a tropezar. Quiero oírte contar.

La niña contó en voz alta.

—Uno..., dos..., tres..., cuatro.

Se detuvo al lado del perchero metálico del suero sin mirar hacia abajo; seguramente no podía ver nada a través de los cristales manchados de sus enormes gafas de mercadillo. No con esos ojos lechosos. Pasó lo bastante cerca de mí como para que la tela de su vestido me rozara el antebrazo como un pensamiento. Olía a sucia, a sudada y —como Doc— a enferma. Tenía marcas oscuras en los brazos, no eran cortes sino llagas.

—¡Detenla! —me dijo mi hermano, pero no lo hice. Todo sucedió muy rápido. La niña se inclinó hacia la mejilla con barba de varios días de mi padre y le dio un beso. No fue un besito, sino un besazo. Un beso sonoro.

Mientras ella se inclinaba, el bolsito de plástico se balanceó ligeramente contra el lado de la cara de mi padre, y abrió los ojos. Más tarde, tanto Trudy como Ruth dijeron que se despertó porque le había golpeado con el bolso. Ralph no estaba seguro, y yo no lo creía en absoluto. Cuando le golpeó no hizo ningún ruido, ni siquiera pequeño. Dentro del bolso no había nada, salvo tal vez Kleenex.

—¿Quién eres, pequeña? —preguntó mi padre con su voz áspera y lista para morir.

—Ayana —dijo la niña.

—Yo soy Doc.

La miró desde esas cavernas oscuras donde vivía, pero con más comprensión de la que le había visto en las dos semanas que llevábamos en Ford City. Había llegado a un punto en el que ni siquiera un *home run* al final de la novena entrada podía perturbarlo de su cada vez más profunda gelidez.

Trudy apartó a la mujer y empezó a apartarme a mí, con la intención de agarrar a la niña que de pronto se había introducido en la mirada moribunda de Doc. La cogí por la muñeca y la detuve.

—Espera.

—¿Cómo que espere? ¡Son unas intrusas!

—Estoy enferma, tengo que irme —dijo la niña. Luego lo besó otra vez y dio un paso atrás. Esa vez tropezó con el pie del perchero del suero, le faltó poco para tirarlo y caerse ella. Trudy atrapó el suero y yo a la niña. No era nada, solo piel envolviendo una compleja armadura de huesos. Las gafas cayeron en mi regazo y durante un momento esos ojos lechosos miraron los míos.

—Tú estás bien —dijo Ayana, y posó la diminuta palma de su mano sobre mi boca. Me quemó como una brasa, pero no me aparté—. Tú estás bien.

—Vamos, Ayana —dijo la mujer—. Tenemos que dejar a estos amigos. Dos pasos. Quiero oírte contar.

—Uno..., dos —dijo Ayana, poniéndose las gafas y ajustándolas en lo alto de su nariz, donde no durarían mucho.

La mujer la cogió de la mano.

—Que tengan un día bienaventurado, amigos —dijo, y me miró—. Lo siento por ti, pero los prodigios de esta niña han terminado.

Cruzaron el salón, la mujer agarrando la mano de la niña. Ralph las siguió como un perro pastor, probablemente para asegurarse de que ninguna de las dos robaba nada. Ruth y Trudy se inclinaron sobre Doc, que todavía tenía los ojos abiertos.

—¿Quién era esa niña? —preguntó.

—No lo sé, papá —dijo Trudy—. No te preocupes por eso.

—Quiero que vuelva —dijo—. Quiero otro beso.

Ruth se volvió hacia mí con los labios apretados hacia dentro de la boca. Había perfeccionado esa expresión tan desagradable con el paso de los años.

—Le ha sacado la mitad de la aguja de la vía..., está sangrando..., y tú te quedas ahí sentado.

—Volveré a colocarla —dije, y pareció que alguien más estaba hablando. En mi interior había un hombre aguardando, callado y aturdido. Todavía podía sentir la cálida presión de la mano de Ayana en mi boca.

—¡Oh, no te molestes! Ya lo he hecho yo.

Ralph volvió.

—Se han ido —dijo—. Caminaron hasta la parada del autobús. —Se giró hacia mi esposa—. ¿Quieres que llame a la policía, Ruth?

—No. Nos pasaríamos el día rellenando formularios y respondiendo preguntas. —Hizo una pausa—. Tal vez hasta nos hicieran testificar en un juicio.

—¿Testificar qué? —preguntó Ralph.

—No lo sé, ¿cómo voy a saberlo? ¿Alguno de vosotros puede acercarme el esparadrapo para que sujete correctamente la aguja? Creo que está en la encimera de la cocina.

—Quiero otro beso —dijo mi padre.

—Ya voy yo —dije, pero primero me dirigí a la puerta principal (Ralph había echado el seguro además de cerrarla) y miré afuera. La pequeña parada de autobús de plástico verde estaba solo una manzana más abajo, pero no había nadie esperando junto al poste ni debajo del techo de plástico. La acera estaba vacía. Ayana y la mujer (su madre o una acompañante) habían desaparecido. Lo único que me quedaba era el contacto de la mano de la niña sobre mi boca; aún cálido pero empezaba a desvanecerse.

Ahora viene la parte del milagro. No voy a escatimar detalles —si voy a contar esta historia, intentaré contarla bien— pero tampoco me explayaré. Las historias de milagros siempre son satisfactorias pero pocas veces son interesantes, porque todas son iguales.

Nos alojábamos en uno de los moteles de la calle principal de Ford City, un Ramada Inn con paredes delgadas. Mi esposa se enfadó con Ralph porque lo llamaba Ramerín.

—Si sigues llamándolo así, al final un día se te escapará delante de un extraño —dijo mi mujer—. Y entonces te pondrás colorado.

Las paredes eran tan delgadas que podíamos oír a Ralph y a Trudy discutir en la habitación de al lado sobre cuánto tiempo podían permitirse quedarse.

—Es mi padre —dijo Ralph.

A lo que Trudy replicó:

—Intenta decirles eso a los de Connecticut Light and Power cuando nos llegue la factura. O a tu jefe cuando se te agoten los días libres por enfermedad.

Era un poco más de las siete de una calurosa tarde de agosto. Ralph iría pronto a la casa de mi padre, donde la enfermera a tiempo parcial estaba de servicio hasta las ocho de la tarde. Di en la televisión con un partido de los Pirates y subí el volumen para amortiguar la deprimente y predecible discusión de la habitación de al lado. Ruth estaba doblando ropa y diciéndome que si volvía a comprarme ropa interior en las tiendas de saldos se divorciaría de mí. O me pegaría un tiro pensando que era un extraño. Sonó el teléfono. Era la Enfermera Chloe. (Así era como se llamaba a sí misma: «Tome un poco más de sopa, hágalo por la Enfermera Chloe».)

No perdió el tiempo en cortesías.

—Creo que deberíais venir ya mismo —dijo—. No solo Ralph para pasar la noche. Todos vosotros.

—¿Se está muriendo? —pregunté.

Ruth dejó de doblar la ropa y se acercó. Me puso una mano en el hombro. Habíamos estado esperando ese momento —en realidad lo deseábamos— y de repente ahí estaba; era demasiado absurdo para que doliera. Doc me había enseñado a usar una raqueta de tenis cuando era un niño no mucho mayor que la pequeña intrusa ciega de aquel día. Me había pillado fumando detrás del viñado y me había dicho —no enfadado, sino amable— que ese era un hábito estúpido y que haría muy bien si no permitía que me atrapara. Pensar que podría no estar vivo a la mañana siguiente, cuando pasara el repartidor de periódicos... Era absurdo.

—No lo creo —dijo la Enfermera Chloe—. Parece que está mejor. —Hizo una pausa—. Nunca en mi vida había visto nada parecido.

Estaba mejor. Cuando llegamos quince minutos más tarde, estaba sentado en el sofá del salón y miraba el partido de los Pirates en el televisor más grande de la casa; no era una maravilla tecnológica, pero al menos era a todo color. Se estaba tomando un batido de proteínas con una pajita. Tenía algo de color. Sus mejillas parecían más regordetas, quizá porque estaba recién afeitado. Se había recuperado. Eso fue lo que pensé en ese momento, y a medida que pasaba el tiempo esa impresión se intensificó. Y otra cosa más en la que todos estábamos de acuerdo (también la incrédula mujer con la que me había casado): el olor amarillento que flotaba alrededor de él como el éter había desaparecido.

Nos saludó a cada uno por nuestro nombre y nos dijo que Willie Stargell acababa de conseguir un *home run* para los Buckos. Ralph y yo nos miramos como para confirmar que estábamos allí. Trudy se sentó en el sofá, al lado de Doc, aunque fue más un dejarse caer. Ruth fue a la cocina y cogió una cerveza. Un milagro.

—No me importaría tomarme una de esas, Ruthiedu —dijo mi padre, y después, seguramente malinterpretando como una señal de desaprobación la atónita y tensa expresión de mi rostro—: Me siento mejor. Las tripas apenas me duelen.

—Creo que no debería tomar cerveza —dijo la Enfermera Chloe. Estaba sentada en una silla en el otro lado de la habitación y no parecía haber recogido sus cosas, un ritual que normalmente comenzaba veinte minutos antes del final de su turno. Su molesta autoridad de hazlo-por-mamá parecía haberse vuelto muy frágil.

—¿Cuándo ha empezado esto? —pregunté, sin estar muy seguro de a qué me refería con «esto» porque la mejoría parecía general. Pero si tenía algo concreto en mente supongo que era la desaparición del olor.

—Cuando nos fuimos esta tarde estaba mejor —dijo Trudy—. Pero no lo creí.

—Bolcheviques —dijo Ruth. Esa era la mayor palabrota que se permitía.

Trudy no le hizo caso.

—Fue esa niña —dijo.

—¡Bolcheviques! —gritó Ruth.

—¿Qué niña? —preguntó mi padre.

El partido estaba en la media parte. En la televisión, un tipo sin pelo, dientes grandes y ojos de loco nos explicaba que las alfombras de Juker's eran tan baratas que casi eran gratis. Y, Dios santo, la financiación era sin intereses. Antes de que ninguno pudiéramos responder a Ruth, Doc le preguntó a la Enfermera Chloe si podía tomarse media cerveza. Ella dijo que no. Pero en aquella casa los días de autoridad de la Enfermera Chloe estaban a punto de terminar, y durante los cuatro años siguientes —antes de que un trozo de carne a medio masticar se detuviera para siempre en su garganta— mi padre se bebió muchas cervezas. Espero que disfrutara de cada una de ellas. La cerveza es un milagro en sí mismo.

Fue esa noche, cuando yacíamos insomnes sobre el duro colchón del Ramerín y oíamos el traqueteo del aire acondicionado, cuando Ruth me dijo que mantuviera la boca cerrada en cuanto a la niña ciega, a la que no llamó Ayana sino «la niña negra mágica», pronunciándolo con un feo sarcasmo que no era propio de ella.

—Además —dijo—, no será definitivo. A veces una bombilla brilla más fuerte justo antes de fundirse. Estoy segura de que eso también les pasa a las personas.

Quizá, pero lo de Doc Gentry era un milagro. A finales de semana paseaba por el patio trasero conmigo o con Ralph como apoyo. Después de eso, todos volvimos a casa. Y la primera noche recibí una llamada de la Enfermera Chloe.

—No vamos a ir, me da igual lo enfermo que esté —dijo Ruth medio histérica—. Díselo.

Pero la Enfermera Chloe solo quería comunicarnos que había visto a Doc saliendo de la Ford City Veterinary Clinic, adonde había ido para hacerle una consulta al joven jefe de la clínica acerca de un caballo con modorra. Llevaba el bastón, dijo, pero no lo usaba. La Enfermera Chloe dijo que nunca había visto a un hombre «de su edad» con un aspecto más saludable.

—Tenía los ojos brillantes y muy despiertos —dijo—. Aún no lo creo.

Un mes más tarde caminaba (sin bastón) alrededor de la manzana, y durante el

invierno nadaba diariamente en la piscina municipal. Parecía un hombre de sesenta y cinco años. Todo el mundo lo decía.

A raíz de su recuperación, hablé con todo el equipo médico de mi padre. Lo hice porque lo que le había ocurrido me recordaba a los mal llamados dramas milagrosos que se representaban en las ciudades europeas en la época medieval. Me dije que si cambiaba el nombre de mi padre (o quizá si simplemente lo llamaba señor G.) podría hacer un interesante artículo para un periódico u otra publicación. Podía haber sido verdad —en cierto modo—, pero no llegué a escribir ese artículo.

El primero en levantar la bandera roja fue Stan Sloan, el médico de cabecera de Doc. Había enviado a Doc a la University of Pittsburg Cancer Institute y pudo achacar así el incuestionable error de diagnóstico a los doctores Retif y Zamachowski, los oncólogos de mi padre. Ellos desviaron la responsabilidad a los radiólogos por sus chapuceras radiografías. Retif dijo que el jefe de radiología era un incompetente que no sabía distinguir un páncreas de un hígado. Pidió que no se le citara, pero después de veinticinco años doy por hecho que tales limitaciones han caducado.

El doctor Zamachowski dijo que era un simple caso de órgano malformado.

—Nunca me quedé tranquilo con el diagnóstico original —me confió.

Hablé con Retif por teléfono; en persona con Zamachowski. Llevaba una bata blanca con una camiseta roja debajo en la que parecía que ponía PREFIERO JUGAR AL GOLF.

—Siempre pensé que se trataba del síndrome de Von Hippel-Lindau.

—¿Eso también lo habría matado? —pregunté.

Zamachowski esbozó la misteriosa sonrisa que los médicos reservan a los fontaneros ignorantes, las amas de casa y los profesores de inglés. Después dijo que llegaba tarde a una reunión.

Cuando hablé con el jefe de radiología, extendió las manos.

—Aquí somos responsables de las radiografías, no de su interpretación —dijo—. Dentro de diez años emplearemos unos equipos con los que será prácticamente imposible cometer errores de este tipo. Pero mientras tanto, ¿por qué no se limita a alegrarse de que su padre esté vivo? Disfrute de él.

En ese aspecto hice todo lo que pude. Y durante mis breves indagaciones, a las que por supuesto yo llamaba investigaciones, aprendí una cosa interesante: la definición médica de «milagro» es «error de diagnóstico».

1983 fue mi año sabático. Tenía un contrato con una editorial académica para escribir un libro titulado *Enseñando lo inenseñable: estrategias para la escritura creativa*, pero, al igual que el artículo sobre los milagros, jamás llegué a terminarlo. En julio, mientras Ruth y yo hacíamos planes para un viaje de acampada, de repente mi orina se volvió rosa. Después vino el dolor, primero en el interior de la nalga izquierda, y luego se intensificó y se extendió hasta la ingle. Para entonces ya había empezado a orinar sangre —creo que eso fue cuatro días después de las primeras punzadas, cuando todavía estaba jugando al famoso juego conocido en todo el mundo de Quizá Se Cure Solo— y el dolor había pasado del ámbito de lo serio al reino de lo insoportable.

—Estoy segura de que no es cáncer —dijo Ruth, de lo que se desprendía que estaba segura de que sí lo era. La mirada de sus ojos era incluso más alarmante. Lo negaría hasta en el lecho de muerte (el sentido práctico era su orgullo) pero estoy seguro de que lo que se le pasó por la cabeza era que el cáncer que había abandonado a mi padre me había golpeado a mí.

No era cáncer. Eran cálculos renales. Mi milagro se llamaba litotricia extracorpórea por ondas de choque, lo cual —junto con un tratamiento diurético— disolvería las piedras del riñón. Le dije a mi médico que jamás en la vida había sentido un dolor tan intenso.

—Creo que no volverás a sentirlo aunque sufras un infarto —dijo—. Las mujeres que han tenido piedras en el riñón comparan ese dolor con un parto. Con un parto difícil.

Todavía estaba considerablemente dolorido pero pude leer una revista mientras esperaba en la consulta del médico para la siguiente visita, lo que consideré un gran paso adelante. Alguien se sentó a mi lado y dijo:

—Vamos, es la hora.

Levanté la vista. No era la mujer que había entrado en la habitación de mi padre cuando estaba enfermo; era un hombre con un traje marrón absolutamente corriente. No obstante, sabía por qué estaba allí. Nunca lo puse en duda. También sentí que si no le acompañaba, ninguna litotricia del mundo podría ayudarme.

Nos marchamos. La recepcionista no estaba en su escritorio, así que no tuve que explicar mi repentina huida. De todas formas, no sé qué le hubiera dicho. ¿Que la ingle me había dejado de arder de repente? Eso era absurdo además de falso.

El hombre del traje parecía tener unos treinta y cinco años y estar en forma; tal vez fuera un ex marine incapaz de poner fin a los cortes de pelo a cepillo. No dijo una palabra. Atravesamos el centro médico donde mi doctor seguía haciendo

su ronda, y luego cruzamos la arboleda del patio del Healing Hospital, yo ligeramente inclinado hacia delante a causa del dolor, que ya no gruñía pero ardía.

Entramos en pediatría y recorrimos un pasillo que tenía las paredes llenas de murales de Disney y la canción «It's a Small World» sonaba por los altavoces del techo. El ex marine caminaba rápidamente, con la cabeza erguida, como si perteneciera a aquel lugar. Yo no pertenecía a aquel lugar, y lo sabía. Nunca me había sentido tan lejos de casa y de la vida tal como yo la concebía. Si hubiera flotado hasta el techo como el globo de MEJÓRATE PRONTO de un niño, no me habría sorprendido.

Al llegar al puesto de enfermería, el ex marine me agarró del brazo y me retuvo hasta que los dos enfermeros —un hombre y una mujer— estuvieron ocupados de nuevo. Después, cruzamos hasta otro pasillo donde una niña sin pelo nos miraba con ojos famélicos desde una silla de ruedas. La niña extendió una mano.

—No —dijo el ex marine, y tiró de mí. Pero me dio tiempo a echar otra mirada a esos ojos brillantes y moribundos.

Me llevó a una habitación donde un niño de unos tres años estaba jugando a las construcciones dentro de una tienda de campaña de plástico transparente que cubría toda la cama. El niño nos miró con alegre interés. Parecía mucho más sano que la niña de la silla de ruedas —tenía una buena mata de rizos pelirrojos— pero su piel era de color plomizo, y cuando el ex marine me empujó y se replegó en posición de descanso, me di cuenta de que en realidad el niño estaba muy enfermo. Cuando descorrí la cremallera de la tienda, sin prestar atención al cartel de la pared en el que ponía ZONA ESTERILIZADA, pensé que el tiempo que le quedaba de vida podría medirse en días en lugar de en semanas.

Me acerqué a él y percibí el olor a enfermo de mi padre. Era un poco más suave pero esencialmente el mismo. El niño alzó los brazos sin reparos. Cuando lo besé en la comisura de la boca, me devolvió el beso con un anhelo que indicaba que hacía tiempo que nadie lo tocaba. Al menos nadie que no le hiciera daño.

Nadie vino a preguntarnos qué estábamos haciendo, ni nos amenazó con llamar a la policía, como había hecho Ruth aquel día en el dormitorio de mi padre. Volví a cerrar la cremallera de la tienda. En la puerta me giré para mirar otra vez al niño y lo vi sentado dentro de la tienda de plástico transparente con una pieza de construcción en las manos. La soltó y me dijo adiós con la mano; el adiós de un niño, con los dedos abriéndose y cerrándose dos veces. Me despedí del mismo modo. Parecía que ya estaba mejor.

Al llegar al puesto de enfermería, el ex marine volvió a agarrarme del brazo, pero en esa ocasión el enfermero —un hombre con ese tipo de sonrisa desaprobadora que el jefe de mi departamento de inglés había elevado a un nivel

artístico— se percató de nuestra presencia. Nos preguntó qué estábamos haciendo allí.

—Lo siento, compañero, nos hemos equivocado de planta —respondió el ex marine.

Unos minutos más tarde, en la escalera del hospital, dijo:

—Encontrarás el camino de vuelta, ¿verdad?

—Claro —dije—, pero primero tendré que pedir otra cita con mi médico.

—Sí, supongo que sí.

—¿Volveremos a vernos?

—Sí —dijo, y se alejó caminando hacia el aparcamiento del hospital.

No miró atrás.

Regresó en 1987, mientras Ruth estaba en el supermercado y yo cortaba el césped con la esperanza de que ese zumbido enfermizo de la parte de atrás de la cabeza no fuera el principio de una migraña, aunque sabía que lo era. Desde que vi a ese niño en el Healing Hospital, era propenso a padecerlas. Pero no pensaba en el niño mientras permanecía acostado en la oscuridad con un trapo húmedo sobre los ojos. Pensaba en la niña.

Esta vez fuimos a ver a una mujer al St. Jude's. Cuando la besé, me cogió la mano y la puso sobre su pecho izquierdo. Era el único que le quedaba; los médicos ya le habían extirpado el otro.

—Le quiero, señor —dijo llorando.

No supe qué decir. El ex marine estaba en la entrada, con las piernas separadas, las manos detrás de la espalda. En posición de descanso.

Pasaron los años antes de que volviera: a mediados de diciembre de 1997. Fue la última vez. Por entonces mi problema era la artritis, y todavía lo es. El pelo en punta del ladrillo que el ex marine tenía por cabeza había encanecido en su mayor parte, y sus arrugas eran tan profundas como las comisuras de la boca del muñeco de un ventrílocuo. Accedimos a la autopista I-95 del norte de la ciudad, donde había habido un accidente. Una camioneta había colisionado con un Ford Escort. El Escort había quedado para desguace. Los paramédicos habían asegurado con correas a una camilla al conductor, un hombre de mediana edad. La policía interrogaba al uniformado conductor de la camioneta, que parecía abatido pero ileso.

Los paramédicos cerraron las puertas de la ambulancia, y el ex marine dijo:

—Ahora. Mueve el culo.

Moví mi anciano culo hasta la parte trasera de la ambulancia. El ex marine fue hacia la parte delantera señalando algo con el dedo.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Eso no es una pulsera médica de identificación?

Los paramédicos se giraron para mirar; uno de ellos y uno de los policías que había estado hablando con el conductor de la camioneta fueron hacia donde el ex marine señalaba. Abrí la puerta de atrás de la ambulancia y me arrastré hasta la cabeza del conductor del Escort. Al mismo tiempo saqué el reloj de bolsillo de mi padre; lo había llevado desde que me lo dio como regalo de bodas. Su delicada cadena de oro iba atada a una de las presillas de mi pantalón. No había tiempo para ser cuidadoso, así que lo arranqué.

El hombre de la camilla me miró desde la penumbra, el cuello roto creaba un abultamiento en la nuca, como el pomo de una puerta cubierto de piel brillante.

—No puedo mover los malditos dedos —dijo.

Le besé en la comisura de la boca (supongo que era mi lugar especial), y cuando me estaba incorporando, el paramédico me agarró.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó.

Señalé el reloj, que ahora yacía en un lado de la camilla.

—Estaba en la hierba. Pensé que lo querría.

Cuando el conductor del Escort fuera capaz de decirle a alguien que ese reloj no era suyo y que las iniciales grabadas en el interior de la tapa no significaban nada para él, nosotros ya habríamos desaparecido.

—¿Recuperaron su pulsera médica de identificación?

El paramédico parecía asqueado.

—Solo era una pieza de cromo —dijo—. Largo de aquí.

Luego, no tan brusco, dijo:

—Gracias. Podía habérselo quedado.

Era verdad. Me encantaba ese reloj. Pero... no había tenido tiempo para pensar. Era todo lo que tenía.

—Tienes sangre en el dorso de la mano —dijo el ex marine mientras volvíamos a mi casa. Íbamos en su coche, un indescriptible sedán Chevrolet. En el asiento de atrás había una correa de perro y del espejo retrovisor colgaba una medalla de san Cristóbal en una cadena de plata—. Deberías limpiártela cuando llegues a casa.

Le dije que lo haría.

—No volverás a verme —dijo.

Recordé lo que la mujer negra le había dicho a Ayana. No había pensado en ello desde hacía años.

—¿Mis prodigios han terminado? —pregunté.

El parecía desconcertado, finalmente se encogió de hombros.

—Como trabajo sí —dijo—. Yo no sé nada de prodigios.

Le hice tres preguntas más antes de que me dejara en casa por última vez y desapareciera de mi vida. No esperaba que respondiera, pero lo hizo.

—Toda esa gente a la que he besado... ¿podrán hacer lo mismo con otras personas? ¿Podrán besarles las heridas y hacerlas desaparecer?

—Algunos sí —dijo—. Así es como funciona. Otros no pueden. —Se encogió de hombros—. Ni podrán. —Volvió a encogerse de hombros—. Es igual.

—¿Conoces a una niña llamada Ayana? Aunque supongo que ahora será mayor.

—Está muerta.

Mi corazón se hundió, pero no a mucha profundidad. Supongo que siempre lo supe. Volví a pensar en la niña de la silla de ruedas.

—Ella besó a mi padre —dije—. A mí solo me tocó. ¿Por qué fui el elegido?

—Porque lo eras —dijo, y enfiló el camino de entrada de mi casa—. Hemos llegado.

Se me ocurrió algo. Me pareció una buena idea, solo Dios sabe por qué.

—Ven por Navidad —dije—. Ven a cenar por Navidad. Somos muchos. Le diré a Ruth que eres un primo de Nuevo México. —No le había dicho nada del ex marine. Sabía que nombrar a mi padre sería suficiente para ella. En realidad sería demasiado.

El ex marine sonrió. Quizá no era la primera vez que lo veía sonreír, pero es la única vez que recuerdo.

—Creo que me lo perderé, compañero, aunque te lo agradezco. Yo no celebro la Navidad. Soy ateo.

Y eso es todo, creo..., excepto lo del beso a Trudy. Ya os dije que había perdido la cabeza, ¿recordáis? Tenía Alzheimer. Ralph había hecho buenas inversiones, y cuando murió la dejó bien situada, y los niños la vieron marcharse a un lugar agradable cuando ya no podía vivir dignamente en casa. Ruth y yo íbamos juntos a verla, hasta que ella sufrió un ataque al corazón mientras el avión se aproximaba al International de Denver. Fui a ver a Trudy no mucho después de aquello, porque estaba solo y deprimido y quería recuperar alguna conexión con los viejos tiempos. Pero ver a Trudy convertida en aquello, mirando por la ventana en lugar de mirarme a mí, haciendo ruido con el labio inferior mientras la saliva se le escurría por las comisuras de la boca, solo consiguió que me sintiera peor. Era como volver a tu ciudad natal para ver la casa en la que te criaste y encontrar un solar vacío.

La besé en la comisura de la boca antes de marcharme, pero por supuesto no ocurrió nada. No hay milagro sin alguien que lo obre, y mis días de milagros han

quedado atrás. Salvo a altas horas de la noche, cuando no puedo dormir. Entonces bajo la escalera y puedo ver la película que quiera. Hasta películas eróticas. Tengo una antena parabólica, ya sabéis, y algo llamado Global Movies. Si hubiera contratado el paquete MLB podría pillar hasta los Pirates. Pero hoy día vivo con unos ingresos fijos y, aunque no me falta de nada, tengo que controlar mis discretos gastos. Puedo leer sobre los Pirates en internet. Todas esas películas son milagros suficientes para mí.

Un lugar muy estrecho

Curtis Johnson recorría ocho kilómetros en bicicleta todas las mañanas. Después de morir Betsy lo dejó durante un tiempo, pero descubrió que sin su ejercicio matinal se sentía mucho más triste que nunca. Así que lo retomó. La única diferencia era que ya no se ponía el casco. Recorría cuatro kilómetros hasta Gulf Boulevard, luego daba la vuelta y regresaba a casa. Siempre iba por el carril bici. Tal vez no le importaba estar vivo o muerto, pero respetaba las leyes.

Gulf Boulevard era la única carretera de Turtle Island. Pasaba frente a un montón de casas cuyos dueños eran millonarios. Curtis no les prestaba atención. Por una razón: él también era millonario. Había hecho todo su dinero a la vieja usanza: en el mercado de valores. Otra razón era que no había tenido ningún problema con la gente que vivía en las casas por las que pasaba. El único con el que había tenido problemas era Tim Grunwald, alias El Hijoputa, pero Grunwald vivía en dirección contraria. No en el último solar de Turtle Island antes de llegar al Canal Daylight, sino en el penúltimo. El problema entre ellos (uno de los problemas) era ese último solar. Aquella parcela era la más grande, la que poseía la mejor vista del Golfo, y la única en la que no había ninguna casa. Allí solo había hierbajos, espiguillas, palmeras raquílicas y unos cuantos pinos australianos.

Lo más agradable de sus paseos matutinos, lo realmente agradable... era no llevar teléfono. Oficialmente estaba fuera de cobertura. Una vez volvía a casa, el teléfono rara vez abandonaba su mano, en especial cuando el mercado de valores estaba abierto. Curtis era atlético; caminaba a paso vivo alrededor de la casa usando el inalámbrico, y de vez en cuando pasaba por su despacho, donde el ordenador chequeaba los números. A veces salía para dar un paseo por la carretera, y entonces sí se llevaba el teléfono móvil. Generalmente giraba a la derecha, hacia el otro extremo de Gulf Boulevard. Hacia la casa de El Hijoputa. Sin embargo, no llegaba muy lejos, no quería que Grunwald lo viera; Curtis no le daría esa satisfacción. Solo se acercaba lo justo para asegurarse de que Grunwald no estaba intentando hacerle ninguna jugarreta respecto a la Finca Vinton. Desde luego, era imposible que El Hijoputa utilizara maquinaria pesada sin que él se

diera cuenta, ni siquiera durante la noche... Curtis tenía el sueño muy ligero desde que Betsy no dormía a su lado. Pero aun así lo comprobaba; normalmente se ocultaba detrás del último tronco de una sombría y estrecha arboleda de dos docenas de palmeras. Solo para estar seguro. Porque destruir solares vacíos, enterrarlos bajo toneladas de hormigón, era el maldito negocio de Grunwald.

Y El Hijoputa era astuto.

Sin embargo, hasta el momento todo seguía en orden. Si Grunwald intentaba hacerle una jugarreta, Curtis estaría preparado para pararle los pies (legalmente hablando). Mientras tanto, Grunwald tenía que responder por lo de Betsy, y vaya si respondería. Incluso a pesar de que Curtis había perdido gran parte del interés por la batalla (él se engañaba a sí mismo, pero sabía que era cierto), entendía que Grunwald tenía que responder por aquello. El Hijoputa descubriría que Curtis Johnson tenía mandíbulas de cromo... mandíbulas de acero cromado... y que cuando apresaba algo, jamás lo soltaba.

Cuando regresó a casa aquel martes por la mañana, diez minutos antes de que abriera la bolsa de Wall Street, Curtis comprobó los mensajes de su teléfono móvil, como hacía siempre. Tenía dos. Uno era del Circuit City, probablemente de algún vendedor intentando venderle algo con el pretexto de comprobar su satisfacción respecto a la pantalla plana de pared que había adquirido el mes anterior.

Cuando pasó al siguiente mensaje, leyó lo siguiente: 383-0910 EHP.

El Hijoputa. Incluso su Nokia sabía quién era Grunwald; Curtis le había enseñado a recordarlo. La pregunta era: ¿qué quería El Hijoputa de él un martes por la mañana del mes de junio?

Quizá resolver las cosas, bajo las condiciones de Curtis.

Se permitió soltar una carcajada ante tal idea, luego escuchó el mensaje. Se quedó atónito al oír que eso era exactamente lo que Grunwald quería..., o lo que aparentemente quería. Curtis supuso que podría tratarse de algún tipo de estratagema, pero no entendía qué podía ganar Grunwald con algo así. Y entonces se fijó en el tono: pesado, pausado, casi penoso. Quizá no fuera desconsolado, pero sin duda lo parecía. En aquellos días, la voz de Curtis al teléfono sonaba así demasiado a menudo mientras intentaba volver a meter la cabeza en el juego.

«Johnson... Curtis —dijo Grunwald con ese hablar penoso. Su voz grabada hizo una larga pausa, como si estuviera decidiendo cómo debía llamar a Curtis, luego continuó en ese tono muerto y pesado—. No puedo combatir en una guerra en dos frentes a la vez. Acabemos. He perdido el interés. Si es que alguna vez lo tuve. Estoy pasando estrecheces, vecino.»

Suspiró.

«Estoy dispuesto a cederte el solar, y sin contrapartida económica. También te

compensaré por tu... por Betsy. Si estás interesado puedes encontrarme en Durkin Grove Village. Pasaré allí la mayor parte del día. —Una larga pausa—. Ahora voy mucho por allí. Por un lado todavía no puedo creer que la financiación se haya ido a pique, y por otro no me sorprende en absoluto. —Otra larga pausa—. Quizá ya sepas a qué me refiero.»

Curtis pensaba que lo sabía. Parecía haber perdido el olfato para los negocios. Peor aún, parecía no importarle. Se descubrió a sí mismo sintiendo por El Hijoputa algo sospechosamente parecido a la empatía. Aquella voz penosa...

«Tú y yo éramos amigos —siguió Grunwald—. ¿Te acuerdas? Yo sí. No creo que podamos volver a ser amigos (supongo que las cosas han ido demasiado lejos para eso), pero quizá podamos volver a ser vecinos. Vecino. —Otra de esas pausas—. Si no te veo más tarde, le daré instrucciones a mi abogado para que redacte el acuerdo. Bajo tus condiciones. Pero...»

Silencio, salvo por el sonido de la respiración de El Hijoputa. Curtis esperó. Ahora estaba sentado a la mesa de la cocina. No sabía qué sentía. Durante un momento sí; pero después ya no.

«Pero me gustaría estrecharte la mano y decirte que lamento lo de tu maldito perro.»

Hubo un sonido ahogado que podría haber sido —¡increíble!— un sollozo, y luego un clic, seguido de una voz automática que le informó de que no tenía más mensajes.

Curtis permaneció sentado donde estaba, bajo un brillante rayo de sol de Florida que el aire acondicionado no lograba enfriar ni siquiera a esas horas. Luego fue a su estudio. La bolsa había abierto, y las cifras habían empezado su interminable desfile en la pantalla del ordenador. Se dio cuenta de que no significaban nada para él. Dejó que siguieran corriendo, pero escribió una breve nota para la señora Wilson —*He tenido que salir*— antes de abandonar la casa.

En el garaje había una scooter aparcada al lado de su BMW; no lo pensó dos veces y la cogió. Tendría que cruzar la autovía principal, al otro lado del puente, pero no sería la primera vez.

Sintió una punzada de dolor y pena cuando cogió la llave de la scooter del gancho y el llavero en el que estaba colgada tintineó. Suponía que esa sensación pasaría con el tiempo, pero de momento era casi bienvenida. Casi como un amigo bien recibido.

Los problemas entre Curtis y Tim Grunwald habían empezado con Ricky Vinton, quien de viejo y rico había evolucionado a viejo y senil. Antes de evolucionar hasta la muerte, le vendió a Curtis Johnson el solar sin explotar que poseía al final

de Turtle Island por un millón y medio de dólares; aceptó un cheque personal de Curtis por ciento cincuenta mil dólares como depósito de garantía y a cambio redactó un contrato de venta en la parte de atrás de un folleto publicitario.

Curtis se sintió un poco como un listillo por aprovecharse incluso de un viejo colega, aunque desde luego Vinton —propietario del Vinton Wire and Cable— no iba a morirse de hambre. Y a pesar de que un millón y medio podría considerarse un precio ridículamente bajo para una propiedad inmobiliaria de primera calidad en la costa del Golfo, no era demencialmente bajo, teniendo en cuenta las condiciones del mercado en ese momento.

Bueno... sí lo era, pero el viejo y él se habían caído bien, y Curtis era una de esas personas que creían que en el amor y en la guerra valía todo, y ese negocio formaba parte de esta última. El ama de llaves de Vinton —la misma señora Wilson que se encargaba de la casa de Curtis— fue testigo de las firmas. En retrospectiva, Curtis se dio cuenta de que debería haber sospechado, pero estaba emocionado.

Más o menos un mes después de venderle el solar sin explotar a Curtis Johnson, Vinton se lo vendió a Tim Grunwald, alias El Hijoputa. Esta vez el precio fue de unos más lúcidos cinco millones seiscientos mil dólares, y en esta ocasión Vinton —quizá no era tan estúpido, quizá en realidad era una especie de timador aun estando a un paso de la muerte— recibió medio millón como depósito de garantía.

El testigo de las firmas del contrato de venta fue el jardinero de El Hijoputa (que también era el jardinero de Vinton). Fue asimismo un trato poco formal, pero Curtis suponía que Grunwald estaba tan emocionado como él. Solo que a Curtis lo que le emocionaba era la idea de mantener aquel extremo de Turtle Island limpio, prístino y tranquilo. Exactamente como a él le gustaba.

Por el contrario, Grunwald lo veía como el lugar perfecto para construir: un edificio de apartamentos o quizá incluso dos (cuando Curtis pensaba en dos, los imaginaba como las Torres Gemelas de El Hijoputa). Curtis había visto antes ese tipo de construcción —en Florida habían florecido como los dientes de león en un césped descuidado— y sabía a qué clase de personas atraería: idiotas que confundían los fondos de pensiones con la llave del reino de los cielos. Cuatro años de obras seguidos por décadas de viejos en bicicleta con bolsas de orina sujetas a sus escuálidos muslos. Y de viejas con viseras para el sol, que fumaban Parliaments y que no recogían los excrementos después de que sus perros de diseño cagaran en la playa. Y, por supuesto, nietos embadurnados de helado con nombres como Lindsay y Jayson. Si permitía que eso ocurriese, Curtis sabía que moriría con el aullido insatisfecho de esos niños —«¡Dijiste que hoy iríamos a Disney World!»— en sus oídos.

No lo permitiría. Pero no sería fácil. Ni agradable. El solar no le pertenecía, quizá jamás le pertenecería, pero al menos no era de Grunwald. Tampoco pertenecía a los parientes que habían aparecido (como cucarachas en un basurero cuando se enciende de repente una luz brillante), poniendo en duda las firmas de los testigos de ambos contratos. Pertenecía a los abogados y a los tribunales.

Lo cual era como decir que no pertenecía a nadie.

Con eso a Curtis le bastaba.

La disputa hacía dos años que duraba, y los gastos de Curtis en abogados se aproximaban a un cuarto de millón de dólares. Intentaba pensar en el dinero como en una contribución para un grupo medioambiental particularmente atractivo — Johnsonpeace en lugar de Greenpeace—, pero, por supuesto, no podía deducir tales «contribuciones» en su declaración de la renta. Y Grunwald lo cabreaba. Grunwald había convertido el asunto en algo personal; en parte porque odiaba perder (en esa época Curtis también odiaba perder, pero ahora no tanto), y en parte porque tenía problemas personales.

La esposa de Grunwald se había divorciado de él; ese era su Problema Personal Número Uno. Ella ya no volvería a ser la señora Hijoputa. Por otro lado, estaba el Problema Personal Número Dos: Grunwald había tenido que someterse a algún tipo de intervención quirúrgica. Curtis no sabía con seguridad si tenía cáncer, solo sabía que El Hijoputa había salido del Hospital Memorial de Sarasota con diez o doce kilos menos y en silla de ruedas. Finalmente había podido deshacerse de la silla de ruedas, pero no había sido capaz de recuperar el peso. La carne le colgaba de lo que antes había sido un cuello firme.

Además tenía problemas con su en otros tiempos tremendamente próspera empresa. Curtis lo había visto por sí mismo en el lugar donde El Hijoputa había lanzado su última campaña para arrasar la tierra. Sería Durkin Grove Village, en el interior, a poco más de treinta kilómetros al este de Turtle Island. El lugar era una ciudad fantasma a medio construir. Curtis había aparcado en una loma con vistas a las silenciosas estructuras y se sintió como un general contemplando las ruinas de un campamento enemigo. Sintiendo que la vida era, en definitiva, su propia manzana de color rojo brillante.

Betsy lo había cambiado todo. Era —había sido— una lowchen ya vieja pero aún llena de vida. Cuando Curtis la sacaba a pasear por la playa, siempre llevaba su pequeño hueso de plástico rojo en la boca. Cuando Curtis quería el mando a distancia, solo tenía que decirle «Tráeme el palo tonto, Betsy», y ella salía de debajo de la mesita del café y se lo llevaba entre los dientes. Estaba muy orgulloso de ella. Y ella de él, por supuesto. Había sido su mejor amiga durante diecisiete años. Y por lo general el perro león francés no vivía más de quince años.

Entonces Grunwald instaló una verja electrificada entre su propiedad y la de Curtis.

Ese Hijoputa.

No era de alto voltaje, Grunwald afirmaba que podía demostrarlo y Curtis le creía, pero era lo bastante alto para matar a un perro viejo con sobrepeso y de corazón frágil. Y, para empezar, ¿por qué una verja electrificada? El Hijoputa había soltado una sarta de tonterías que tenían que ver con desanimar a potenciales ladrones —que se suponía se arrastrarían de la propiedad de Curtis a *La Maison Filleeputé*, tras su cabeza de estuco púrpura—, pero Curtis no le creyó. Los ladrones profesionales llegarían en barco, desde el Golfo. Lo que él pensaba era que Grunwald, contrariado por el asunto de la Finca Vinton, había instalado la verja electrificada con el propósito de molestar a Curtis Johnson. Y quizá para hacerle daño a su amado perro. ¿Tal vez para asesinar a su amado perro? Curtis pensaba que eso había sido un plus.

No era un hombre propenso al llanto, pero lloró cuando, antes de la incineración, tuvo que desenganchar las placas de identificación del collar de Betsy.

Curtis demandó a El Hijoputa y pidió lo que le había costado el perro: mil doscientos dólares. Si hubiera podido pedir diez millones —ese era aproximadamente el dolor que sentía cuando veía el palo tonto, sin babas de perro ahora y para siempre, sobre la mesita del café—, lo habría hecho sin pestañear, pero su abogado le indicó que el dolor y el sufrimiento no contaban en una demanda civil. Esas cosas eran para los divorcios, no para los perros. Tendría que conformarse con mil doscientos, y tenía intención de hacerle pagar.

Los abogados de El Hijoputa alegaron que la verja electrificada estaba colocada a diez metros del límite de la propiedad de Grunwald, y la batalla —la segunda batalla— empezó. Hacía ocho meses de aquello. Curtis creía que las tácticas dilatorias que empleaban los abogados de El Hijoputa apuntaban que sabían que Curtis tenía un buen argumento. También creía que sus negativas a proponer un acuerdo, y la negativa de Grunwald a abonar esos mil doscientos dólares, apuntaban que el asunto era tan personal para Grunwald como para él. Aquellos abogados les estaban costando muchísimo dinero. Pero, por supuesto, el asunto ya no era cuestión de dinero.

Mientras recorría la Carretera 17 —antño una tierra de ranchos y no el terreno de malezas y matorrales en el que se había convertido (*Grunwald está como una cabra por querer construir aquí*, pensó)—, Curtis solo deseó sentirse un poco más feliz con ese giro que habían dado los acontecimientos. Se suponía que las victorias aceleraban el corazón, pero el suyo no se inmutaba. Al parecer, lo único que quería era ver a Grunwald, oír lo que tuviera que proponerle y dejar

toda esa mierda atrás, si es que la propuesta no era demasiado ridícula. Por supuesto, eso probablemente significaría que las cucarachas de los parientes se quedarían con la Finca Vinton, y que tal vez decidieran desarrollar su propia urbanización, pero ¿acaso importaba? No lo parecía.

Curtis tenía que enfrentarse a sus propios problemas, aunque eran mentales en lugar de maritales (Dios no lo quiera), financieros o físicos. Habían comenzado no mucho después de que encontrara a Betsy tiesa y fría en el jardín lateral. Otros habrían achacado esos problemas a los nervios, pero Curtis creía que se debían a la angustia.

Su actual desencanto respecto al mercado de valores, que le había fascinado desde que lo descubrió a los dieciséis años, era el elemento más identificable de su angustia, pero no era el único. Había comenzado a tomarse el pulso y a contar las pasadas que se daba con el cepillo de dientes. Ya no podía llevar camisas oscuras porque por primera vez desde el instituto tenía un montón de caspa. Pequeñas motas blancas le cubrían el cuero cabelludo y le salpicaban los hombros. Si se rascaba la cabeza con un peine, la caspa se desprendía en horribles nevascas. Lo detestaba, pero aun así a veces se sorprendía rascándose mientras estaba sentado delante del ordenador o mientras hablaba por teléfono. Una o dos veces se rascó con tanta fuerza que se hizo sangre.

Rascarse y rascarse. Excavar en esa monotonía blanca. A veces, mientras miraba el palo tonto que estaba sobre la mesita del café, pensaba (por supuesto) lo feliz que parecía Betsy cuando se lo acercaba. El ojo humano apenas percibía esa felicidad, especialmente cuando los humanos en cuestión estaban realizando tareas domésticas.

Sammy dijo que era la crisis de la mediana edad (Sammy era el masajista que iba a verlo una vez por semana). Necesita relajarse, decía Sammy, aunque Curtis se dio cuenta de que nunca le ofrecía sus propios servicios.

Sin embargo, la recomendación parecía cierta; supuso que tan cierta como cualquier neolengua del siglo XXI. No sabía si el esperpéntico espectáculo de la Finca Vinton había provocado la crisis o la crisis había provocado el desastre Vinton. Lo que sabía era que cada vez que sentía un fugaz y punzante dolor en el pecho pensaba en primer lugar en un ataque al corazón en lugar de en una indigestión, que se había obsesionado con la idea de que se le iban a caer los dientes (a pesar de que jamás le habían dado ningún problema), y que cuando se resfrió en abril se diagnosticó que estaba al borde de un colapso inmunológico.

Además de ese otro pequeño problema. Aquella compulsión de la que no le había hablado a su médico. Ni siquiera a Sammy, aunque a él se lo contaba todo.

Ahora la estaba sintiendo, a veinticinco kilómetros tierra adentro, en la poco transitada Carretera 17, que nunca había tenido mucho tráfico y que había

quedado casi en desuso debido a la extensión 375. Justo ahí, con la verde maleza avanzando por ambos lados (el hombre se habría vuelto loco por construir allí), con los insectos cantando en una hierba que las vacas no habían pastado durante los últimos diez años o más, con las líneas de alta tensión zumbando y el sol golpeándole el coco como un martillo con la cabeza acolchada.

Sabía que le bastaba pensar en la compulsión para que se manifestara, pero eso no le servía de mucha ayuda. De ninguna, de hecho.

Se detuvo en el arcén del carril que se desviaba a la izquierda, hacia DURKIN GROVE VILLAGE ROAD (la hierba había crecido en la mediana de la carretera, una flecha que señalaba el camino al fracaso), y puso la Vespa en punto muerto. Entonces, mientras la moto ronroneaba alegremente entre sus piernas, ahorquilló los dos primeros dedos de la mano derecha formando una V y se los metió en la garganta. Hacía dos o tres meses que se había vuelto insensible a las arcadas y para poder vomitar tenía que meterse la mano casi hasta las pulseras de la suerte que llevaba en la muñeca.

Se inclinó a un lado y devolvió el desayuno. Deshacerse de la comida no era lo que le interesaba; él era muchas cosas, pero bulímico no se contaba entre ellas. Ni siquiera vomitar le gustaba. Lo que le gustaba eran las arcadas: el rudo estrujón de la caja torácica, acompañado por el retroceso de la boca y la garganta. El cuerpo se ponía completamente en marcha, decidido a derrocar al intruso.

Los olores —verdes arbustos, madreselvas silvestres— se intensificaron de pronto. La luz era más brillante. El sol golpeaba con más fuerza que nunca; al martillo ya le habían quitado el acolchado, y Curtis percibía el chisporroteo de la piel de su nuca, donde en ese instante tal vez las células estaban a punto de salirse de la ley y entrar en el caótico reino de los melanomas.

No le importaba. Estaba vivo. Volvió a hurgarse la garganta con los dedos, arañándose los lados. El resto del desayuno salió fuera. La tercera vez solo expelió un largo hilo de saliva ligeramente teñido de rosa por la sangre de la garganta. Entonces se sintió satisfecho. Entonces pudo continuar hacia Durkin Grove Village, el Xanadú que El Hijoputa tenía a medio construir en las silenciosas y zumbantes tierras del condado de Charlotte.

Mientras enfilaba humildemente el carril lleno de malezas de la derecha, pensó que quizá Grunwald no era el único que en esos días estaba pasando estrecheces.

Durkin Grove Village era un desastre.

Había charcos en los surcos que los neumáticos habían dejado en las calles sin asfaltar y en los agujeros de los sótanos de los edificios sin terminar (algunos ni

siquiera tenían el almacén). Lo que Curtis vio —tiendas a medio terminar, unas cuantas máquinas de construcción en mal estado aquí y allá, cinta amarilla de precaución caída— era indudablemente un anteproyecto de profundos problemas financieros, quizá incluso la ruina. Curtis no sabía si la preocupación de El Hijoputa por la Finca Vinton —por no mencionar el abandono de su mujer, su enfermedad y los problemas legales en cuanto al perro de Curtis— había sido la causa de su precariedad económica, pero sabía lo que eso significaba. Lo sabía antes incluso de que llegara a la cancela abierta y viera el cartel que había allí colgado.

ESTE SITIO HA SIDO CERRADO POR:
EL DPTO. DE CONSTRUCCIÓN Y URBANISMO
LA OFICINA DE TASACIÓN DEL CONDADO DE CHARLOTTE
LA OFICINA DE TASACIÓN DE FLORIDA
LA HACIENDA PÚBLICA DE ESTADOS UNIDOS
PARA MÁS INFORMACIÓN LLAME AL 941-555-1800

Debajo, algún gracioso descarado había escrito con spray: *¡MARQUE LA EXTENSIÓN 69 Y PREGUNTE POR EL GENERAL LAMECOÑOS!*

El asfalto terminaba y los baches comenzaban después de los tres únicos edificios que parecían estar terminados: dos tiendas a un lado de la calle y una casa piloto en el otro. Esta era de un estilo Cape Cod tan falso que a Curtis se le heló la sangre. No confió en seguir con la Vespa por la superficie sin asfaltar, así que se acercó a una excavadora que parecía que llevara aparcada allí más de un siglo —la hierba había empezado a crecer en el sucio fondo de la pala parcialmente elevada—, puso el caballete de la moto y apagó el motor.

El silencio se vertió en el agujero que anteriormente había llenado el graseo ronroneo de la Vespa. Luego graznó un cuervo. Le respondió otro. Curtis levantó la vista y vio tres cuervos posados en un andamio que cubría un edificio de ladrillos parcialmente terminado. Quizá estuviera previsto que fuera un banco. *Ahora es la tumba de Grunwald*, pensó, pero la idea ni siquiera le llevó una sonrisa a los labios. Tuvo ganas de volver a provocarse arcadas, y quizá lo habría hecho, pero al otro lado de la sucia y desierta calle —en el extremo más alejado— vio a un hombre de pie al lado de un sedán blanco con una palmera verde impresa en él. Sobre la palmera se leía: GRUNWALD. Debajo: CONTRATISTAS Y CONSTRUCTORES. El hombre le saludaba con la mano. Por alguna razón, aquel día Grunwald llevaba un coche de empresa en vez de su habitual Porsche. Curtis supuso que no era imposible que hubiese vendido el Porsche. Tampoco era imposible creer que Hacienda se lo hubiera embargado, y que incluso podría

echarle el guante a sus propiedades en Turtle Island. En ese caso, la Finca Vinton sería la menor de sus preocupaciones.

Espero que le dejen lo suficiente para que pague por mi perro, pensó Curtis. Le devolvió el saludo, sacó la llave, activó el interruptor rojo de la alarma que había debajo del contacto (era un acto reflejo; no creía que allí hubiera peligro de que le robaran la Vespa, pero le habían enseñado a cuidar sus cosas), y se metió la llave en el bolsillo donde llevaba el teléfono móvil. Luego caminó por la calle polvorienta —una Calle Mayor que nunca lo fue y, casi con toda certeza, jamás llegaría a serlo— para encontrarse con su vecino y arreglar el problema que había entre ellos de una vez por todas, si eso era posible. Tuvo cuidado de no pisar los charcos que el chaparrón de la noche anterior había dejado a su paso.

—¡Hola, vecino! —dijo Grunwald mientras Curtis se acercaba. Vestía unos pantalones caqui y una camiseta con la palmera del logo de su compañía estampada en ella. La camiseta bailaba sobre él. Salvo por las manchas rojas de sus pómulos y los oscuros, casi negros, círculos que tenía debajo de los ojos, estaba pálido.

Y aunque su voz era alegre, parecía más enfermo que nunca.

Fuera lo que fuese lo que intentaron extirparle, pensó Curtis, *fracasaron*. Grunwald esperaba con una mano a la espalda. Curtis dio por sentado que la tenía metida en el bolsillo de atrás. Pero resultó que no.

Un poco más abajo del camino de tierra con rodadas encharcadas había un remolque sobre unos bloques de hormigón. La oficina a pie de obra, supuso Curtis. Dentro de una funda protectora de plástico, colgada de una pequeña ventosa de silicona, había una notificación. Tenía un montón de palabras impresas, y Curtis solo pudo leer (lo único que necesitaba leer) las de la parte superior: NO ENTRAR.

Sí, El Hijoputa estaba pasando una mala época. Que se joda. O, como habría dicho Evelyn Waugh, queso fuerte para Tony.^[12]

—¡Grunwald!

Era suficiente para empezar; teniendo en cuenta lo que le había pasado a Betsy, eso era cuanto El Hijoputa merecía. Curtis se detuvo a unos tres metros de él, con las piernas ligeramente separadas para evitar un charco. Grunwald también tenía las piernas separadas. A Curtis se le ocurrió que aquella era una pose clásica: dos pistoleros a punto de enfrentarse en un duelo en la única calle de una ciudad fantasma.

—¡Hola, vecino! —repitió Grunwald, y esta vez se rió. Había algo familiar en aquella risa. Y, ¿por qué no? Seguramente había oído antes reírse a El Hijoputa. No recordaba cuándo, pero seguro que lo había oído.

Detrás de Grunwald, frente al remolque y no muy lejos del coche de empresa

en el que había llegado, se alineaban cuatro cabinas azules de retretes portátiles. Alrededor de la base brotaban hierbajos y wedelias inclinadas. El agua de las frecuentes tormentas de junio (tales berrinches vespertinos eran la especialidad de la costa del Golfo) había socavado la tierra delante de las cabinas y había formado una especie de acequia. Casi un riachuelo. Ahora había mucha agua estancada, con la superficie polvorienta y difuminada por el polen, y solo se reflejaba un vago indicio azul del cielo. Los cuatro cagaderos se inclinaban hacia delante como viejas lápidas levantadas del suelo. En aquel lugar debía de haber trabajado una cuadrilla de obreros bastante numerosa, porque había una quinta cabina. Esta última se había caído y yacía con la puerta hacia abajo sobre la acequia. Aquel era el toque final, la prueba de que ese proyecto —menuda locura haberlo empezado— era una carta devuelta.

Uno de los cuervos abandonó el andamio que rodeaba el banco sin terminar y batió las alas hacia el brumoso cielo azul al tiempo que lanzaba un graznido a los dos hombres que estaban frente a frente. Los insectos zumbaban despreocupadamente en la alta hierba. Curtis se dio cuenta de que le llegaba el olor de los retretes portátiles; debía de hacer bastante tiempo que no se bombeaba su contenido.

—¡Grunwald! —repitió. Y luego (porque parecía que hacía falta algo más)—: ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Tenemos que hablar de algo?

—Bueno, vecino, la cosa es qué puedo hacer yo por ti. Básicamente es eso.

Empezó a reírse de nuevo, pero luego contuvo la risa. Y Curtis supo por qué ese sonido le parecía tan familiar. Había oído aquella risa en el teléfono móvil, al final del mensaje de El Hijoputa. No había sido un intento por contener un sollozo. Y el hombre no parecía enfermo... o no solo enfermo. Parecía loco.

Por supuesto que está loco. Lo ha perdido todo. Y le has dejado que te tenga aquí a solas. Eso no ha sido nada inteligente, amigo. Tenías que haber pensado un poco.

No. Desde la muerte de Betsy había dejado de pensar un montón de cosas. El esfuerzo no valía la pena. Pero esta vez tenía que haberse tomado su tiempo.

Grunwald sonreía. O al menos le mostraba los dientes.

—Veo que no llevabas el casco, vecino. —Sacudió la cabeza, esbozando aún esa alegre sonrisa de hombre enfermo. El pelo le caía sobre las orejas. Parecía que hacía mucho tiempo que no se lo lavaba—. Apuesto a que una esposa no dejaría que salieras a la calle con un puñetero descuido como ese, pero, claro, los tipos como tú no tienen esposa, ¿verdad? Tienen perros.

Estiró la palabra, convirtiéndola en algo al estilo de la serie *Los Dukes de Hazzard*: peeeerroos.

—Vete a la mierda. Me largo —dijo Curtis.

El corazón le latía con fuerza, pero pensó que en la voz no se le había notado. Esperaba que no. De repente le pareció muy importante que Grunwald no supiera que estaba asustado. Empezó a dar media vuelta, de regreso por donde había llegado.

—Supuse que la Finca Vinton te traería hasta aquí —dijo Grunwald—, pero sabía a ciencia cierta que vendrías si mencionaba a ese horrible perro tuyo. La oí aullar, ¿sabes? Cuando chocó contra la verja. Puta perra invasora.

Curtis, incrédulo, volvió la cabeza.

El Hijoputa estaba asintiendo, el pelo lacio le enmarcaba el rostro pálido y sonriente.

—Sí —dijo—. Salí a echar un vistazo y la vi tirada al lado de la verja. Una maraña de pelos con ojos. La vi morir.

—Dijiste que no estabas en casa —dijo Curtis. Su voz sonó pequeña en sus oídos, como la voz de un niño.

—Bueno, vecino, mentí. Volví temprano de la consulta del médico, y me sentía triste por haber tenido que rechazarle después de lo mucho que se había esforzado en convencerme para que me sometiera a quimioterapia, y entonces vi esa maraña de pelos tirada en medio de un charco de su propio vómito, jadeando, con moscas alrededor, y recuperé el ánimo de repente. Pensé: «Demonios, la justicia existe. Después de todo la justicia existe». Solo era una verja de bajo voltaje, con escasa corriente eléctrica (en esto fui totalmente honesto), pero hizo su trabajo, ¿verdad?

Curtis Johnson captó plenamente el sentido de todo aquello después de un instante, quizá voluntario, de total incompreensión. Luego dio un paso hacia delante, apretando los puños. No había golpeado a nadie desde las trifulcas en el patio del colegio cuando estaba en tercero, pero ahora iba a golpear a alguien. Iba a golpear a El Hijoputa. Los insectos seguían zumbando despreocupadamente en la hierba, y el sol aún martilleaba; en el mundo esencial nada había cambiado excepto él. Su lánguida indiferencia había desaparecido. Al menos ahora le preocupaba una cosa: golpear a Grunwald hasta que llorara, sangrara y huyera como un cangrejo. Y creía que podría hacerlo. Grunwald era veinte años más viejo y no estaba en forma. Y cuando El Hijoputa estuviera en el suelo —con un poco de suerte caería con la nariz rota en uno de esos hediondos charcos—, Curtis le diría: *Esto por mi maraña de pelos. Vecino.*

Grunwald dio un paso hacia atrás para compensar. Luego avanzó la mano que ocultaba a su espalda. Llevaba un revólver enorme.

—Quieto ahí, vecino, o te haré un agujero extra en la cabeza.

Curtis estuvo en un tris de no pararse. La pistola parecía irreal. ¿Podía llegarle la muerte desde ese orificio negro? Desde luego no le parecía posible. Pero...

—Es una AMT Hardballer del calibre 45 —dijo Grunwald—, cargada con munición de punta blanda. La conseguí la última vez que estuve en Las Vegas. En un espectáculo de tiro. Fue justo después de irse Ginny. Pensaba que le pegaría un tiro, pero descubrí que había perdido todo interés por ella. Básicamente, no es más que otra zorra anoréxica bronceada con las tetas de silicona. Tú, sin embargo..., tú eres diferente. Eres malévolo, Johnson. Eres un maldito brujo gay.

Curtis se detuvo. Le creyó.

—Pero ahora estás en mi poder, como suele decirse. —El Hijoputa se rió y de nuevo ahogó la carcajada y pareció un extraño sollozo—. Ni siquiera tengo que golpearte hasta matarte. Esta pistola es muy poderosa, o eso me han dicho. Si te disparase en una mano terminarías muerto porque te la arrancaría de cuajo. ¿Y si te disparase en la barriga? Tus tripas volarían a diez metros. Así que, ¿quieres probarlo? ¿No te sientes afortunado, capullo?

Curtis no quería probarlo. No se sentía afortunado. La verdad llegaba tarde pero era obvia: le había engañado la extraña risa de un lunático.

—¿Qué quieres? Te daré lo que quieras. —Curtis tragó saliva. Oyó un chasquido insectil en su garganta—. ¿Quieres que retire la demanda por lo de Betsy?

—No la llares Betsy —dijo El Hijoputa. Tenía la pistola (la Hardballer, qué nombre tan grotesco) apuntándole directamente a la cara, y ahora la boca del cañón parecía muy grande. Curtis se dio cuenta de que probablemente moriría antes incluso de oír el estallido del disparo, aunque quizá vería la llama (o el comienzo de la llama) saliendo del cañón. También comprendió que estaba peligrosamente a punto de mearse encima—. Llámala: «Mi puta maraña de pelos cara de culo».

—Mi puta maraña de pelos cara de culo —repitió Curtis de un tirón, sin sentir ni una ligera punzada de deslealtad hacia el recuerdo de Betsy.

—Ahora di: «Y cómo me gustaba chuparle su apestoso coño» —ordenó El Hijoputa.

Curtis permaneció en silencio. Le alivió descubrir que todavía tenía ciertos límites. Por otra parte, si decía eso, El Hijoputa lo instaría a decir cualquier cosa.

Grunwald no pareció particularmente decepcionado. Meneó la pistola.

—Bah, solo estaba bromeando.

Curtis permanecía en silencio. Parte de su mente rugía de pánico y confusión, pero otra parte parecía más clara que nunca desde que murió Betsy. Quizá más clara de lo que había estado durante años. Esa parte estaba considerando el hecho de que realmente podía morir ahí.

¿Y si nunca vuelvo a comer un trozo de pan?, pensó, y por un instante su mente se hundió —la parte confusa y la parte clara— en el deseo de vivir. Tan

fuerte que era terrible.

—¿Qué quieres, Grunwald?

—Quiero que entres en una de esas cabinas. La del extremo.

Meneó de nuevo la pistola, esta vez hacia la izquierda.

Curtis se volvió para mirar y sintió un pequeño hilo de esperanza. Que Grunwald pretendiera encerrarlo... era bueno, ¿no? Ahora que lo había asustado y había dado rienda suelta a su indignación, tal vez pretendía encerrarlo para así poder ejecutar su plan de huida. *O quizá se irá a casa y se pegará un tiro*, pensó Curtis. *Esa vieja Hardballe del calibre 45 es una buena cura para el cáncer. Un remedio casero muy conocido.*

—Está bien. Lo haré —dijo.

—Pero primero quiero que te vacíes los bolsillos. Déjalo todo en el suelo.

Curtis se sacó la cartera del bolsillo, después, reacio, el teléfono móvil. Un fino fajo de facturas sujeto en un clip. Su peine para la caspa.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Sácate el forro de los bolsillos, tesoro. Quiero verlo por mí mismo.

Curtis sacó el forro del bolsillo izquierdo, luego el del derecho. Unas cuantas monedas y la llave de su scooter cayeron al suelo, donde destellaron bajo la difusa luz del sol.

—Bien —dijo Grunwald—. Ahora los de detrás.

Curtis se vació los bolsillos traseros. Había una vieja lista de la compra garabateada en un trozo de papel. Nada más.

—Lánzame el teléfono móvil con una patada.

Curtis lo intentó, pero erró completamente.

—Gilipollas —dijo Grunwald, y se rió. La risa terminó de esa misma forma ahogada, con ese sonido de sollozo, y por primera vez en su vida Curtis comprendió completamente lo que era asesinar. La parte clara de su mente lo registró como una cosa maravillosa, porque asesinar, antes inconcebible para él, se convirtió en algo tan sencillo como reducir fracciones.

—Date prisa, maldita sea —dijo Grunwald—. Quiero volver a casa y meterme en el jacuzzi. Olvídate de los analgésicos, ese jacuzzi es lo único que funciona. Si pudiera, viviría dentro de esa maravilla.

Pero la verdad era que no parecía especialmente ansioso por largarse. Sus ojos chispeaban.

Curtis dio otra patada al teléfono y esta vez acertó, se deslizó rápido hasta los pies de Grunwald.

—¡Tira y marca! —gritó El Hijoputa.

Se agachó sobre una rodilla, recogió el Nokia (sin apartar la pistola de Curtis

en ningún momento), luego se enderezó con un pequeño y forzado gruñido. Se metió el teléfono de Curtis en el bolsillo derecho de los pantalones. Con la punta de la pistola señaló brevemente las cosas que habían caído al suelo.

—Ahora recoge toda esa mierda y vuelve a metértela en los bolsillos. Coge todas las monedas. Quién sabe, quizá encuentres una máquina expendedora ahí dentro.

Curtis lo hizo en silencio, y de nuevo sintió una pequeña punzada al ver el llavero de la Vespa. Al parecer, algunas cosas no cambiaban ni siquiera *in extremis*.

—Has olvidado la lista de la compra, imbécil. No querrás dejártela. Vuelve a metértelo todo en los bolsillos. En cuanto a tu teléfono, volveré a ponerlo en su cargador en tu casita. Después de borrar el mensaje que te dejé, por supuesto.

Curtis recogió el trozo de papel —zumo de naranja, pastillas Roloids para la acidez, pescado, pastelitos ingleses— y volvió a meterlo en el bolsillo de atrás.

—No puedes hacer eso —dijo.

El Hijoputa levantó sus pobladas cejas de anciano.

—¿Quieres discutirlo?

—El sistema de alarma de la casa... —Curtis no recordaba si lo había activado o no—. Además, la señora Wilson estará allí cuando regreses a Turtle.

Grunwald le dedicó una mirada indulgente. El hecho de que fuera una indulgencia delirante la hacía terrorífica en vez de solo enfurecida.

—Es jueves, vecino. Tu ama de llaves solo va las tardes de los martes y los viernes. ¿Pensabas que no te vigilaba? ¿Acaso no me vigilabas tú a mí?

—Yo no...

—Oh, te he visto, escondido en la calle detrás de tu palmera favorita (¿creías que no lo sabía?), pero tú nunca me veías, ¿verdad? Porque eres perezoso. Y los perezosos son ciegos. Los perezosos tienen lo que se merecen. —Bajó la voz para hablar confidencialmente—. Todos los gays son perezosos; está científicamente demostrado. Los grupos gays de presión intentan ocultarlo, pero puedes encontrar los estudios sobre el tema en internet.

En su creciente consternación, Curtis apenas se fijó en eso último. *Si ha estado espiando a la señora Wilson... Dios, ¿cuánto tiempo lleva planeando todo esto?*

Al menos desde que Curtis lo había demandado por lo de Betsy. Quizá incluso antes.

—En cuanto al código de tu alarma... —El Hijoputa soltó otra vez su risa sollozante—. Te contaré un pequeño secreto: tu sistema está contratado con la empresa Hearn Security, y llevo trabajando con ellos casi treinta años. Si quisiera, podría obtener el código de seguridad de cualquier cliente de la Hearn que resida

en la isla. Pero resulta que el único código que quiero es el tuyo. —Aspiró una bocanada de aire, escupió en el suelo, y luego soltó un atronador tosido que provenía de las profundidades de su pecho. Sonó como si doliera (Curtis así lo esperaba), pero la pistola no titubeó—. De todas formas, no creo que la hayas activado. Tienes la cabeza ocupada en mamadas y cosas así.

—Grunwald, ¿podemos...?

—No. No podemos. Te mereces esto. Te lo has ganado, lo has comprado, lo tienes. Entra en el maldito cagadero.

Curtis empezó a acercarse a las cabinas, pero se dirigió hacia la del extremo derecho y no hacia la de la izquierda.

—No, no —dijo Grunwald. Con paciencia, como si hablara con un niño—. El del otro extremo.

—Ese está demasiado inclinado —dijo Curtis—. Si entro, volcará.

—No —dijo Grunwald—. Esa cosa es tan sólida como tu querido mercado de valores. Los laterales son especiales. Estoy seguro de que disfrutarás con el olor. Los tipos como tú pasan un montón de tiempo en los cagaderos; seguro que te gusta el olor. Seguro que te encanta. —De pronto la pistola le golpeó en el trasero. Curtis soltó un gritito sobresaltado, y Grunwald se rió. Ese Hijoputa—. Entra ahí antes de que decida convertir tu moreno culo en una nueva superautopista.

Curtis tuvo que inclinarse sobre la acequia llena de agua espumosa y, como la cabina estaba inclinada, cuando le quitó el pestillo a la puerta, se abrió y casi le golpeó en la cara. Esto provocó otro estallido de risa en Grunwald, y ante ese sonido Curtis volvió a pensar en asesinar. De todos modos, era increíble lo comprometido que se sentía. El repentino amor por los verdes olores del follaje y la brumosa mirada del cielo azul de Florida. Cuánto anhelaba comerse un trozo de pan... incluso una rebanada de Wonder Bread sería un bocado exquisito; se la comería con una servilleta en el regazo y elegiría un vino de cosecha de su pequeña bodega para acompañarla. Había adquirido una nueva perspectiva de la vida. Solo esperaba sobrevivir para disfrutar de ella. Y si El Hijoputa solo pretendía encerrarlo, a lo mejor lo lograba.

Si salgo de esta, lo primero será dar dinero a Save the Children, pensó (un pensamiento tan al azar y espontáneo como lo que había pensado respecto al pan).

—Entra ahí, Johnson.

—¡Te digo que se caerá!

—¿Quién es el constructor aquí? Si tienes cuidado no se caerá. Entra.

—¡No entiendo por qué haces esto!

Grunwald rió de una forma increíble. Luego dijo:

—Mueve el culo hasta ahí o te lo volaré, lo juro por Dios.

Curtis cruzó la acequia y entró en la cabina, que se balanceó alarmantemente

hacia delante bajo su peso. Curtis gritó y se inclinó alzando los brazos contra la pared opuesta, hacia donde había una taza cerrada. Y mientras permanecía allí de pie, como un sospechoso a punto de ser cacheado, la puerta se cerró de un portazo detrás de él. La luz del sol desapareció. De pronto estaba entre profundas y calurosas sombras. Miró por encima de su hombro derecho y la cabina se balanceó de nuevo, al borde del equilibrio.

Se oyó un golpecito en la puerta. Curtis imaginó a El Hijoputa allí fuera, inclinado sobre la acequia, con una mano en el agarradero azul y la otra cerrada en un puño para llamar.

—¿Estás cómodo? ¿Es acogedor?

Curtis no respondió. Al menos con Grunwald apoyado contra la puerta de la cabina, aquella maldita cosa lograba mantenerse estable.

—Seguro que sí. Como pez en el agua.

Se oyó otro golpe y entonces la cabina se balanceó de nuevo hacia delante. Grunwald había apartado su peso de ella. Curtis hizo frente una vez más a la situación alzándose de puntillas, intentando con todas sus fuerzas mantener aquel apestoso cubículo más o menos vertical. El sudor le empapaba el rostro, le escocía un corte que se había hecho en el lado izquierdo del mentón al afeitarse. Eso le hizo pensar con cariñosa nostalgia en su cuarto de baño, que siempre había tomado por seguro. Habría dado hasta el último dólar de su fondo de pensiones por estar allí, con la cuchilla de afeitar en la mano derecha, viendo cómo la sangre asomaba a través de la crema de afeitar en el lado izquierdo mientras en la radio despertador que había al lado de su cama sonaba alguna estúpida canción. Algo de The Carpenters o Don Ho.

Esta vez no resistirá, seguro que no resistirá, ese ha sido su plan desde el principio...

Pero la cabina, en vez de volcar, permaneció firme. De todos modos, le faltaba poco para volcar, muy poco. Curtis siguió de puntillas, con las manos apuntaladas en la pared y el torso arqueado sobre el asiento del retrete, y en ese momento realmente se dio cuenta de lo mal que olía dentro de aquel pequeño cubículo recalentado, incluso con la taza cerrada. Olía a desinfectante —que sería de color azul, por supuesto— mezclado con el hedor de la descomposición de los desechos humanos, y eso empeoraba las cosas.

Cuando Grunwald volvió a hablar, su voz provenía del otro lado de la pared trasera. Había sorteado la acequia y rodeado la cabina hasta la parte de atrás. Curtis se sorprendió tanto que estuvo a punto de retroceder, pero se las arregló para no hacerlo. Aun así, no pudo evitar soltar un gemido. Sus manos abiertas se separaron momentáneamente de la pared. La cabina se tambaleó. Volvió a colocar las manos contra la pared, inclinándose todo lo que pudo, y afianzó los pies en el

suelo.

—¿Cómo estás, vecino?

—Muerto de miedo —dijo Curtis. El pelo le había caído sobre la frente, se le había pegado con el sudor, pero temía apartárselo con la mano. Un movimiento tan leve como ese podría hacer volcar el cubículo—. Déjame salir. Ya te has divertido bastante.

—Si crees que me estoy divirtiendo, te equivocas de pleno —dijo El Hijoputa con voz pedante—. He estado pensando en esto durante mucho tiempo, vecino, y al final decidí que era necesario... era la única estrategia. Y tenía que ser ahora, porque si esperaba mucho más, no estoy seguro de que pudiera confiar en mi cuerpo para hacer lo que tengo que hacer.

—Grunwald, podemos arreglar esto como hombres. Te juro que podemos.

—Jura todo lo que quieras, jamás aceptaría la palabra de un hombre como tú —dijo en ese mismo tono de voz pedante—. Cualquiera que acepta la palabra de un maricón recibe su merecido. —Y entonces, gritando tan fuerte que su voz estalló en astillas—: ¡OS CREÉIS TAN INTELIGENTES...! ¿TE CREES MUY INTELIGENTE AHORA?

Curtis no dijo nada. Cada vez que pensaba que se agarraba a un asidero de la locura de El Hijoputa, nuevas perspectivas se abrían ante él.

Al fin, en un tono más calmado, Grunwald continuó:

—Quieres una explicación. Crees que la mereces. Posiblemente sea así.

Un cuervo graznó en alguna parte. Para Curtis, dentro de esa pequeña caja recalentada, sonó como una risa.

—¿Crees que estaba bromeando cuando te llamé brujo gay? No. ¿Significa eso que tú sabes que eres una..., bueno, una fuerza sobrenatural malévola enviada hasta mí para ponerme a prueba? No lo sé, no lo sé. He pasado muchas noches en vela desde que mi mujer se llevó sus joyas y me dejó pensando en esa pregunta (entre otras), pero aún no lo sé. Probablemente tú tampoco.

—Grunwald, te aseguro que yo no...

—Calla. Estoy hablando yo. De todas formas, eso es lo que dirías, ¿no? Dirías eso tanto si lo supieras como si no. Échale un vistazo a los testimonios de algunas de las brujas de Salem. Adelante, búscalos. Están todos en internet. Todas juraron que no eran brujas, pero cuando pensaron que eso las libraría de la muerte en la sala de interrogatorios, juraron que lo eran, pero muy pocas estaban realmente seguras. Eso queda claro cuando lo analizas con tu ilustrado... ya sabes, ilustrado... tu ilustrado lo que sea. El intelecto o lo que sea. Eh, vecino, ¿cómo te sientes cuando hago esto?

De pronto, El Hijoputa —enfermo pero al parecer aún lo bastante fuerte— comenzó a zarandear la cabina. Curtis estuvo a punto de caerse sobre la puerta, lo

que habría terminado con toda certeza en un desastre.

—¡Para! —rugió—. ¡Para de hacer eso!

Grunwald rió con indulgencia. La cabina dejó de balancearse. Pero Curtis pensó que el ángulo del suelo estaba un poco más inclinado que antes.

—Menudo crío estás hecho. Esto es tan sólido como el mercado de valores, ¡ya te lo dije! —Una pausa—. Por supuesto... la cosa es así: todos los maricones son mentirosos, pero no todos los mentirosos son maricones. No es una ecuación equilibrada, no sé si sabes a qué me refiero. Yo soy más recto que una flecha, siempre lo he sido, me follaría a la Virgen María y luego me iría a un baile campestre, pero te he mentido para traerte hasta aquí, lo admito libremente, y podría estar mintiéndote ahora mismo.

De nuevo aquella tos; oscura y profunda y casi con toda certeza dolorosa.

—Déjame salir, Grunwald. Te lo suplico. Te lo estoy suplicando.

Una larga pausa, como si El Hijoputa lo estuviera considerando. Luego prosiguió su discurso anterior.

—Al final, no podemos confiar en las confesiones de las brujas —dijo—. Ni siquiera podemos confiar en sus testimonios, porque podrían estar deformados. Cuando te enfrentas con brujas, las subjetividad lo envuelve todo..., lo envuelve todo..., ya sabes. Solo podemos confiar en la evidencia. Así que, en mi caso, he considerado las evidencias. Echemos un vistazo a los hechos. Primero, me jodiste con el asunto de la Finca Vinton. Eso fue lo primero.

—Grunwald, yo nunca...

—Cállate, vecino. A no ser que quieras que vuelque tu casita feliz, claro. En tal caso, habla cuanto quieras. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No!

—Buena elección. No sé exactamente por qué me jodiste, pero creo que lo hiciste porque tenías miedo de que quisiera levantar un par de edificios de apartamentos al final de Turtle Point. En cualquier caso, la evidencia (en concreto, tu ridículo contrato de compraventa) indica que era pura y llanamente una jodienda. Afirmas que Ricky Vinton te vendió aquel solar por un millón quinientos mil dólares. Ahora, vecino, te pregunto: ¿qué juez o jurado del mundo creería eso?

Curtis no respondió. Ahora le daba miedo hasta aclararse la garganta, y no solo porque podría hacer enfadar a El Hijoputa, sino porque podría volcar sin remisión la cabina. Temía que eso pudiera ocurrir incluso levantando el dedo meñique de la pared del fondo. Probablemente fuese una estupidez, pero quizá no lo fuera.

—Luego se metieron por medio los parientes y complicaron una situación que ya era bastante complicada... ¡por maricón! Y tú fuiste quien los llamó. Tú o tu

abogado. Eso está claro; ya sabes, es una de esas situaciones *quod erat demonstrandum*. Porque a ti te encanta cómo están las cosas.

Curtis no dijo nada, prefirió no contradecirle.

—Entonces fue cuando me echaste la maldición. Tuvo que ser así. La evidencia lo ratifica. Un científico dijo: «No hace falta ver Plutón para deducir que Plutón está ahí». Descubrió Plutón observando las irregularidades en la órbita de otro planeta. ¿Sabías eso? Deduzco que la brujería es lo mismo, Johnson. Hay que comprobar las evidencias y buscar irregularidades en la órbita de tu..., ya sabes, de tu lo que sea. Vida. Además, tu espíritu se oscurece. Se oscurece. Siento que eso está ocurriendo. Como un eclipse. Se...

Tosió un poco más. Curtis aguantó en su posición de listo-para-ser-cacheado, con el culo hacia fuera, el estómago arqueado sobre el retrete donde los obreros de Grunwald se habían sentado alguna vez para concentrarse en sus asuntos después del patadón del café matutino.

—Luego Ginny me abandonó —prosiguió El Hijoputa—. Ahora vive en Cape Cod. Dice que está sola, por supuesto, porque quiere que le pase la pensión (como todas), pero yo sé la verdad. Si esa perra cachonda no tuviera una polla con la que jugar dos veces al día, se sentaría en el sofá a comer chocolate hasta explotar viendo *American Idol* en la tele.

»Luego, Hacienda. Esos cabrones vinieron después, con sus ordenadores portátiles y sus preguntas. “¿Hizo usted esto? ¿Hizo usted lo otro? ¿Dónde está este documento?” ¿Acaso eso no es brujería, Johnson? ¿O quizá fue una putada mucho más..., no sé, normal y corriente? Tal vez solo cogiste el teléfono y los llamaste: «Auditen a este tipo, tiene más pasteles en la despensa de los que se puede permitir».

—Grunwald, yo nunca he llamado...

La cabina se zarandeó. Curtis se inclinó mucho más hacia el fondo, seguro de que esa vez...

Pero una vez más la cabina resistió. Curtis empezó a sentirse mareado. Mareado y enjaulado. No era solo el olor; era el calor. O quizá las dos cosas juntas. Podía sentir la camisa pegándosele al pecho.

—Estoy exponiendo las evidencias —dijo Grunwald—. Cállate mientras expongo las evidencias. Orden en la sala, joder.

¿Por qué hacía tanto calor ahí dentro? Curtis alzó la vista y vio que no había ventanillas de ventilación. O las había pero estaban tapadas. Con lo que parecía una lámina de metal. Tenía tres o cuatro agujeritos que dejaban pasar un poco de luz pero nada de aire. Los agujeros eran más grandes que una moneda de veinticinco centavos y más pequeños que un dólar de plata. Miró por encima del hombro y vio otra línea de agujeros, pero las dos ventanillas de ventilación

también estaban casi completamente tapadas.

—Han congelado mis activos —dijo Grunwald en un tono paranoico de voz—. Dijeron que me harían una auditoría, como si fuera algo rutinario, pero sé de qué va esto, y sabía lo que estaba por llegar.

Por supuesto que sí, porque eres más culpable que el mismo demonio.

—Pero esta tos empezó antes incluso que la auditoría. También fue cosa tuya, por supuesto. Fui al médico. Cáncer de pulmón, vecino, y se ha extendido al hígado, al estómago y quién coño sabe adonde más. Todas las partes blandas. Exactamente lo que haría una bruja. Me sorprendió que no incluyeras también las pelotas y el trasero, aunque quizá solo sea cuestión de tiempo. Si lo permito, claro. Pero no lo haré. Por eso, aunque creo que tengo este asunto bajo control, ya sabes, mi culo envuelto en pañales, por así decirlo, si no fuera así me daría igual. Voy a meterme una bala en la cabeza muy pronto. Con esta misma pistola, vecino. Mientras estoy en el jacuzzi. —Suspiró sentimentalmente.

—Ese es el único lugar donde soy feliz.

En mi jacuzzi. Curtis se percató de algo.

Quizá fue el hecho de oír a El Hijoputa decir «Creo que tengo este asunto bajo control», pero lo más probable era que lo hubiera comprendido de forma inconsciente hacía un rato. El Hijoputa tenía intención de volcar la cabina. Lo haría si Curtis lloriqueaba y protestaba; lo haría si Curtis mantenía la calma. En realidad daba lo mismo. En cualquier caso, hasta el momento había mantenido la calma. Porque aunque quería permanecer en posición vertical el máximo tiempo posible —sí, por supuesto— fuera de eso no deseaba sentirse afectado por las acusaciones. Grunwald no estaba hablando metafóricamente; Grunwald creía realmente que Curtis Johnson era algún tipo de hechicero. Su cerebro tuvo que pudrirse junto con el resto de su cuerpo.

—¡AHORA CÁNCER DE PULMÓN! —proclamó Grunwald a su desierta urbanización a medio construir, y entonces volvió a toser. Los cuervos protestaron graznando—. Hace treinta años que dejé de fumar, ¿y tengo cáncer de pulmón?

—Estás loco —dijo Curtis.

—Claro, eso es lo que diría todo el mundo. Ese era el plan, ¿verdad? Ese era el maldito PLAAAAN. Y entonces, para colmo, me demandas por tu maldito perro cara de culo. Tu maldito perro que estaba en MI PROPIEDAD. ¿Con qué propósito? Después de quitarme mi solar, mi mujer, mi negocio y mi vida, ¿cuál puede ser el propósito? ¡La humillación, por supuesto! ¡Insultarme hasta la injuria! ¡Hundirme en la miseria! ¡Brujería! ¿Y sabes lo que dice la Biblia? ¡No dejarás a la bruja con vida! Todo lo que me está pasando es por tu culpa, y... no dejarás a la bruja... ¡CON VIDA!

Grunwald empujó la cabina. Debió de ayudarse con el hombro, porque esa vez

no hubo ninguna vacilación, el cubículo ni siquiera se tambaleó. Curtis, momentáneamente ingrátido, cayó hacia atrás. El pestillo tenía que haberse roto bajo su peso, pero no lo hizo. El Hijoputa debía de haberse encargado también de eso.

Luego volvió a notar su propio peso y cayó de espaldas mientras la cabina golpeaba contra el suelo con la puerta por delante. Se mordió la lengua. Se golpeó la parte de atrás de la cabeza con la puerta y vio las estrellas. La tapa de la taza se abrió como una boca. Un fluido marrón negruzco, espeso como el jarabe, brotó de su interior. Un zurullo en descomposición aterrizó en su entrepierna. Curtis soltó un grito de repulsión, lo apartó a un lado, luego se limpió la mano en la camisa y se dejó una mancha marrón. Un asqueroso arroyo se derramaba del interior de la taza. Se deslizó por el borde de la taza y se reunió alrededor de sus zapatillas de deporte. El envoltorio de un bote de mantequilla de cacahuete Reese's flotaba en él. Serpentinatas empapadas de papel higiénico colgaban de aquella boca. Parecía una fiesta de fin de año en el infierno. Desde luego, aquello no podía estar ocurriendo. Era una pesadilla salida de la infancia.

—¿Qué tal huele ahora, vecino? —gritó El Hijoputa. Reía y tosía—. Es como estar en casa, ¿verdad? Piensa que es como un *ducking stool*^[13] del siglo XXI, ¿por qué no? Todo lo que necesitas es a ese senador gay y un montón de braguitas de Victoria's Secret... ¡y podrías organizar una fiesta de lencería!

Curtis también tenía mojada la espalda. Dedujo que la cabina había aterrizado en la acequia y que el agua se estaba filtrando por los agujeros de la puerta.

—La mayoría de estos lavabos (ya sabes, los que se ven en los establecimientos para camiones o en las áreas de descanso de las autopistas) están hechos con un plástico muy delgado, con un poco de empeño es posible atravesar las paredes y el techo a puñetazos. Pero en las zonas de construcción laminamos los laterales con metal. Revestimiento, así se llama. Si no la gente podría venir y agujerearlos. Gamberros, solo para divertirse, o gays como tú. Hacer lo que ellos llaman «agujeros gloriosos». Oh, sí, sé de esas cosas. Tengo toda la información, vecino. Los niños vienen y tiran piedras al techo solo para oír el ruido que hacen. Suenan como una explosión, como cuando estalla una bolsa de papel enorme llena de aire. Así que revestimiento también para el techo. Por supuesto eso las hace más calurosas, pero también les añade eficiencia. Nadie querría pasarse quince minutos leyendo el periódico en un cagadero tan caluroso como la celda de una prisión turca.

Curtis se dio la vuelta. Estaba recostado sobre un charco salobre y maloliente. Un trozo de papel higiénico le envolvía la muñeca; lo apartó. Vio una mancha marrón en el papel —antiguos desechos de un obrero de la construcción— y se echó a llorar. Estaba tirado sobre mierda y papel higiénico, a través de la puerta se

filtraba más agua, y nada de eso era un sueño. En alguna parte no muy lejos de allí, su Macintosh escrutaba los números de Wall Street mientras él yacía sobre un charco de pis con un viejo zurullo negro en un rincón y una tapa enorme de retrete a poca distancia por encima de sus tobillos, y no era un sueño. Habría vendido su alma por despertarse en su cama, limpio y fresco.

—¡Déjame salir! ¡GRUNWALD, POR FAVOR!

—No puedo. Todo está arreglado —dijo El Hijoputa con voz seria—. Viniste hasta aquí para echar un vistazo... para regodearte. Sentiste la llamada de la naturaleza, y aquí estaban las cabinas. Entraste en la del extremo y volcó. Fin de la historia. Cuando te encuentren (cuando por fin te encuentren), los polis verán que todas las cabinas están inclinadas, porque las lluvias vespertinas han horadado el terreno. No habrá manera de que sepan que tu morada actual estaba un poco más ladeada que las demás. Ni que me llevé tu teléfono móvil. Darán por hecho que te lo dejaste en casa, ridículo mariquita. La situación les parecerá muy clara. Las evidencias, ya sabes... todo gira siempre en torno a las evidencias.

Se rió. Esta vez no tosió, solo la cálida y satisfecha risa de un hombre que lo ha previsto todo. Curtis yacía en un charco de agua sucia que ahora tenía cinco centímetros de profundidad; sintió cómo se le empapaban la camisa y los pantalones, y deseó que El Hijoputa muriese de una embolia repentina o de un ataque al corazón. A la mierda el cáncer; que cayera ahí mismo, en la calle sin asfaltar de su absurda urbanización en bancarrota. Preferiblemente de espaldas, para que los pájaros pudieran picotearle los ojos.

Si eso ocurriera, yo moriría aquí.

Cierto, pero eso era lo que Grunwald había planeado desde el principio, así que... ¿qué diferencia había?

—Comprobarán que no te robaron; tu dinero sigue en tu bolsillo. Igual que las llaves de tu scooter. Por cierto, esas máquinas no son seguras; son casi tan malas como los quads. ¡Y sin casco! Debería darte vergüenza, vecino. Y sin embargo activas la alarma de tu casa, y eso está muy bien. Un buen punto, de hecho. Ni siquiera tienes un bolígrafo para dejar una nota en la pared. Aunque si lo hubieras tenido, también te lo habría quitado, pero no. Parecerá un trágico accidente.

Hizo una pausa. Curtis podía imaginarlo allí fuera con una claridad infernal. De pie, vestido con ropa demasiado grande, con las manos metidas en los bolsillos y con el pelo sucio apelmazado sobre las orejas. Rumiano. Hablando con Curtis pero también hablando consigo mismo, buscando lagunas incluso ahora, incluso después de haberse pasado unas cuantas semanas sin dormir para planear todo aquello.

—Por supuesto, una persona no puede preverlo todo. Siempre hay comodines en la baraja. Salen doses y sotas, el rey de diamantes, un trío ganador de sietes.

Ese tipo de cosas. ¿Hay posibilidades de que alguien venga y te encuentre? ¿Mientras sigues vivo? Yo diría que pocas. Muy pocas. ¿Y qué tengo yo que perder? —Se rió, parecía encantado de sí mismo—. ¿Estás tumbado en la mierda, Johnson? Eso espero.

Curtis miró el rollo de excremento que se había quitado de encima de los pantalones, pero no dijo nada. Oía un suave zumbido. Moscas. Pocas, pero, en su opinión, pocas eran demasiadas. Estaban escapando del retrete. Debían de haberse quedado atrapadas en la cisterna que debería estar debajo de él en vez de a sus pies.

—Me marchó, vecino, pero piensa en esto: estás sufriendo el destino reservado a las brujas, ya sabes. Y como dijo aquel: en el cagadero nadie puede oírte gritar.

Grunwald empezó a alejarse. Curtis pudo seguirle el rastro por la disminución del sonido de su risa entrecortada por la tos.

—¡Grunwald! ¡Grunwald, vuelve!

Grunwald gritó:

—¡Ahora eres tú el que está pasando estrecheces! Estás en un lugar muy estrecho, desde luego.

Entonces —era de esperar, de hecho lo esperaba, pero aun así le parecía increíble—, oyó el motor del coche de empresa con la palmera impresa en el lateral.

—¡Vuelve, Hijoputa!

Pero ahora era el ruido del coche lo que estaba disminuyendo. Grunwald enfiló la calle sin asfaltar (Curtis podía oír las ruedas del coche salpicando en los charcos), luego subió la colina y dejó atrás el lugar donde un Curtis Johnson muy diferente había aparcado su Vespa. El Hijoputa tocó una vez la bocina —cruel y alegre—, y luego el ruido del motor se fundió con el sonido del día, que no era más que el zumbido de los insectos en la hierba, el aleteo de las moscas que habían escapado del depósito de residuos y el murmullo de un avión distante donde los pasajeros de primera clase tal vez comían queso fresco con tostadas.

Una mosca se posó en el brazo de Curtis. Le dio un manotazo. La mosca aterrizó en el zurullo y dio comienzo a su almuerzo. De pronto, la fetidez del depósito de residuos pareció cobrar vida, como una mano marrón negruzca rodeando la garganta de Curtis. Pero el olor de la vieja mierda en descomposición no era lo peor; lo peor era el olor a desinfectante. El líquido azul. Sabía que era azul.

Se incorporó —tenía espacio— y vomitó entre sus rodillas, sobre el charco de agua y las tiras flotantes de papel higiénico. Después de sus anteriores aventuras con la regurgitación, en el estómago solo le quedaba bilis. Se inclinó hacia delante

y jadeó, con las manos hacia atrás, apoyadas en la puerta en la que ahora estaba sentado; el corte del mentón le palpitaba y le escocía. Volvió a tener una arcada, aunque esta vez solo produjo un eructo que sonó como el chirrido de una chicharra.

Y, curiosamente, se sintió mejor. De algún modo, honesto. Se había ganado vomitar. Y no había necesitado meterse los dedos en la garganta. A lo mejor le había desaparecido la caspa, ¿quién sabía? Quizá pudiese regalarle al mundo un nuevo tratamiento: el Enjuague de Orina Añeja. Cuando saliera de allí se aseguraría de comprobar si su cuero cabelludo había experimentado alguna mejora. Si es que conseguía salir de allí.

Al menos, sentado no tenía problemas. Hacía un calor espantoso y el olor era terrible (no quería pensar en lo que se había podido remover dentro del depósito de residuos, y al mismo tiempo no podía apartar esos pensamientos), pero al menos había suficiente altura.

—Hay que dar gracias por estas bendiciones —murmuró—. Hay que dar gracias a los hijos de puta.

Sí, y hacer inventario. Eso también estaría bien. El agua en la que estaba sentado no había alcanzado más altura, y probablemente eso era otra bendición. No terminaría ahogado. No, a no ser que los chaparrones vespertinos se convirtieran en aguaceros. Ya lo había visto. Y no le salía bien decirse que por la mañana estaría fuera de allí, por supuesto que estaría fuera, porque ese tipo de pensamiento mágico daría la razón a El Hijoputa. Por otro lado, no podía quedarse ahí dando gracias a Dios porque al menos tenía espacio, y esperando que lo rescataran.

Quizá alguien del departamento de construcción y urbanismo del condado de Charlotte haga una inspección. O un equipo de asesores de Hacienda.

Era agradable imaginarlo, pero sabía que no iba a suceder. El Hijoputa también habría tenido en cuenta todas esas posibilidades. Por supuesto que cualquier burócrata o grupo de burócratas podría realizar una visita inesperada, pero contar con ello sería tan estúpido como esperar que Grunwald cambiara de opinión. Y la señora Wilson daría por sentado que Curtis había ido a ver una película a Sarasota, como hacía a menudo.

Golpeó las paredes con los puños, primero la izquierda, luego la derecha. En ambos lados sintió el resistente metal detrás del fino y deformado plástico. Revestimiento. Se colocó de rodillas y esta vez se dio un golpe en la cabeza, pero apenas se dio cuenta. Lo que vio no era alentador: las terminaciones planas de los tornillos que sujetaban la estructura. Las cabezas estaban en el exterior. Aquello no era un cagadero; era un ataúd.

Ante aquel pensamiento, el momento de claridad y calma se desvaneció. El

pánico ocupó su lugar. Comenzó a aporrear las paredes del retrete, gritando para que lo dejaran salir. Se lanzó a un lado y a otro como un niño que ha cogido un berrinche, intentando girar la cabina para así poder liberar la puerta, pero aquel maldito trasto apenas se movía. Aquel maldito trasto era muy pesado. El revestimiento de chapa lo hacía muy pesado.

¡Pesado como un ataúd!, vociferó su mente. En su estado de pánico, cualquier otro pensamiento era desterrado. *¡Pesado como un ataúd! ¡Como un ataúd! ¡Un ataúd!*

No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero en determinado momento intentó ponerse en pie, como si pudiera atravesar la pared y enfrentarse al cielo como Superman. Volvió a golpearse la cabeza, esta vez mucho más fuerte. Cayó hacia delante, sobre su estómago. Se pringó una mano con algo pegajoso —algo que manchaba— y se la restregó por la parte de atrás de los vaqueros. Lo hizo sin mirar. Cerraba los ojos con fuerza. Las lágrimas afloraban por el rabillo de los ojos. En la oscuridad de detrás de sus párpados, las estrellas zumbaban y estallaban. No estaba herido —supuso que eso era bueno, otra maldita bendición que había que agradecer—, pero le había faltado poco para perder el conocimiento.

—Cálmate —dijo.

Volvió a ponerse de rodillas. Tenía la cabeza agachada, el pelo colgándole hacia delante, los ojos cerrados. Parecía que estuviera rezando, y supuso que así era. Una mosca se le posó en la nuca y luego salió volando.

—Enloquecer no te ayudará, a él le encantaría oírte gritar sin parar, así que cálmate, no le des lo que quiere, solo cálmate de una puñetera vez y piensa.

¿Qué era lo que tenía que pensar? Estaba atrapado.

Curtis se sentó sobre la puerta y hundió el rostro entre las manos.

El tiempo pasaba y el mundo seguía adelante. El mundo seguía a lo suyo.

Por la Carretera 17 pasaron unos cuantos vehículos: la mayoría camionetas de carga, remolques con destino a cualquier distribuidor de Sarasota o a la tienda de alimentos integrales de Nokomis, algún tractor, la furgoneta del cartero con las luces amarillas en el techo. Ninguno se desvió hacia Durkin Grove Village.

La señora Wilson llegó a casa de Curtis, entró, leyó la nota que el señor Johnson había dejado sobre la mesa de la cocina y se dispuso a pasar la aspiradora. Después planchó la ropa delante del televisor, mirando las telenovelas de la tarde. Preparó una cacerola de macarrones y la metió en la nevera, luego garabateó unas sencillas instrucciones para su preparación —Horno 180°, 45 mins— y dejó la nota en el mismo sitio donde Curtis había dejado la suya. Cuando los

truenos empezaron a murmurar sobre el golfo de México, se fue, antes de hora. Lo hacía a menudo cuando llovía. Allí nadie sabía conducir con lluvia, cualquier chubasco les parecía un temporal propio de Vermont.

En Miami, el inspector de Hacienda asignado al caso Grunwald estaba comiéndose un sandwich cubano. En vez de traje, llevaba una camisa hawaiana con loros estampados. Estaba sentado debajo de una sombrilla en la terraza de un restaurante. En Miami no llovía nunca. Estaba de vacaciones. El caso Grunwald seguiría allí cuando regresara; el engranaje del gobierno era lento pero extremadamente preciso.

Grunwald estaba relajado en el jacuzzi de su patio, adormilado, hasta que la tormenta vespertina que se acercaba lo despertó con el sonido de un trueno. Se arrastró hasta fuera y entró en casa. Mientras cerraba la puerta corredera de cristal que separaba el patio del salón, la lluvia comenzó a caer. Grunwald sonrió.

—Esto acabará contigo, vecino —dijo.

Los cuervos habían vuelto a tomar posición en el andamio anclado en tres puntos al banco a medio terminar, pero cuando el trueno restalló casi exactamente encima de ellos y la lluvia empezó a caer, desplegaron las alas y buscaron cobijo en el bosque, graznando su disgusto por haber sido molestados.

En el interior de la cabina —parecía que llevara encerrado allí dentro al menos tres años—, Curtis oyó repiquetear la lluvia sobre el techo de su prisión, que había sido la pared trasera del cubículo hasta que El Hijoputa lo hizo volcar. Al principio, la lluvia tamborileó, luego golpeó, luego rugió. En el peor momento de la tormenta, era como estar encerrado en una cabina de teléfono con altavoces estéreos. Un trueno explotó en el cielo. Tuvo una momentánea visión de ser fulminado por un rayo y cocinado como un capón en un microondas. Descubrió que esto no le inquietaba demasiado. Al menos sería rápido, y lo que le estaba sucediendo en ese momento era muy lento.

El agua empezó a subir, pero poco a poco. Eso le alegró, se dio cuenta de que no había un riesgo real de que muriese ahogado como una rata que hubiera caído en la cisterna de un retrete. Al menos era agua, y él estaba muy sediento. Bajó la cabeza hasta uno de los agujeros del revestimiento metálico. El agua de la acequia rebosaba por el agujero. Sorbió, bebió como un caballo en un abrevadero. El agua era arenosa, pero bebió hasta que se le llenó la barriga, recordándose constantemente que era agua, era agua.

—Puede que tenga cierto contenido de pis, pero estoy seguro de que es poco —dijo, y se echó a reír. La risa se transformó en sollozos, luego volvió a reír.

La lluvia cesó alrededor de las seis de la tarde, como habitualmente sucedía en aquella época del año. El cielo se despejó a tiempo para mostrar la perfecta puesta de sol de Florida. Los pocos veraneantes de Turtle Island se reunieron en la playa

para contemplarla, como hacían a menudo. Nadie comentó la ausencia de Curtis Johnson. A veces aparecía, otras veces no. Tim Grunwald estaba allí, y muchos de los asistentes se fijaron en que parecía excepcionalmente alegre aquella noche. Mientras regresaban a casa por la playa cogidos de la mano, la señora Peebles le comentó a su marido que el señor Grunwald parecía haber superado por fin la pérdida de su mujer. El señor Peebles le dijo que era una romántica.

—Sí, cariño —dijo ella, apoyando momentáneamente la cabeza sobre su hombro—, por eso me casé contigo.

Cuando Curtis vio a través de los agujeros —los pocos que no estaban sumergidos en el agua de la acequia— que la luz cambiaba de melocotón a gris, comprendió que iba a pasar la noche en ese ataúd encharcado con cinco centímetros de agua en el suelo y un retrete entreabierto a sus pies. Probablemente moriría allí, pero eso era pura teoría. Sin embargo, pasar la noche allí —horas amontonadas sobre más horas, montones de horas como montones de grandes libros negros— era real e inevitable.

El pánico se precipitó de nuevo. Una vez más se puso a gritar y a aporrear las paredes, esta vez retorciéndose sobre sus rodillas, primero golpeando una pared con el hombro derecho y luego la otra con el derecho. *Como un pájaro en un campanario*, pensó, pero no pudo detenerse. Una patada frenética aplastó el zurullo contra la base del inodoro. Se rasgó los pantalones. Primero se magulló los nudillos, luego se los rajó. Al fin se detuvo, llorando y lamiéndose las manos.

Tengo que parar. Tengo que ahorrar fuerzas.

Luego, pensó: *¿Para qué?*

A las ocho en punto el aire empezó a enfriarse. A las diez, el charco donde yacía Curtis también se había enfriado —de hecho parecía helado—, y se puso a temblar. Se abrazó y encogió las rodillas hasta el pecho.

Estaré bien siempre y cuando no me castañeteen los dientes, pensó. *No puedo permitir que me castañeteen los dientes.*

A las once, Grunwald se fue a la cama. Se tumbó en pijama bajo el ventilador del techo, mirando la oscuridad y sonriendo. Se sentía mejor de lo que se había sentido durante meses. Estaba satisfecho pero no sorprendido.

—Buenas noches, vecino —dijo, y cerró los ojos.

Por primera vez en los últimos seis meses, durmió de un tirón, no se despertó en toda la noche.

A medianoche, no muy lejos de la celda improvisada de Curtis, un animal —seguramente un perro salvaje, aunque a Curtis le pareció una hiena— soltó un largo y estridente aullido. Los dientes empezaron a castañetearle. El sonido era tan horrible como había temido.

Pasado un tiempo inimaginable, se quedó dormido.

Cuando despertó, tiritaba de arriba abajo. Incluso los pies daban sacudidas, bailaban claqué como los pies de un yonqui con síndrome de abstinencia. *Me estoy poniendo enfermo, voy a tener que ir al médico, joder, me duele todo*, pensó. Luego abrió los ojos, vio dónde estaba, «recordó» dónde estaba y soltó un sonoro y desesperado grito:

—Ohhhh... ¡no! ¡NO!

Pero era «Oh, sí». Al menos la cabina ya no estaba totalmente a oscuras. La luz se colaba por los agujeros circulares: el pálido resplandor rosa de la mañana. A medida que avanzara el día, la luz aumentaría y el calor apretaría. Muy pronto estaría cociéndose de nuevo.

Grunwald regresará. Ha tenido una noche entera para pensar, se dará cuenta, de la locura que es todo esto y regresará. Me dejará salir.

Curtis no lo creyó. Quería creerlo, pero no podía.

Necesitaba orinar desesperadamente, pero, maldita sea, no iba a mear en un rincón por mucha mierda y restos usados de papel higiénico que hubiera por todas partes. De algún modo sentía que si hacía eso —algo tan asqueroso— sería como anunciarse a sí mismo que había perdido la esperanza.

He perdido la esperanza.

Pero no la había perdido. No del todo. Cansado y dolorido como estaba, asustado y abatido, una parte de él aún no había perdido la esperanza. Y había un lado bueno: no había sentido el impulso de vomitar, y ni un solo minuto de la noche (y parecía haber sido eterna) se había flagelado el cuero cabelludo con el peine.

En cualquier caso, no tenía por qué mear en un rincón. Podía levantar la tapa del inodoro con una mano, apuntar con la otra, y dejarlo volar. No obstante, dada la nueva configuración de la cabina, tendría que mear en horizontal en lugar de en un ángulo decreciente. La punzada que sintió en la vejiga le anunció que no tendría problema alguno. Por supuesto, los dos chorritos finales probablemente caerían en el suelo, pero...

—Pero esos son los designios de la guerra —dijo, y se sorprendió a sí mismo soltando una carcajada ronca—. Y en cuanto a la tapa del retrete... y una mierda voy a sujetarla. Haré algo mejor.

Él no era Hércules, pero tanto el asiento medio abierto como los remaches que lo unían al retrete eran de plástico; el asiento y el anillo, negros; los remaches, blancos. Toda aquella maldita cabina era un armazón prefabricado de plástico barato, no hacía falta ser un gran empresario de la construcción para saber eso, y a diferencia de las paredes y la puerta, el asiento y sus sujeciones no tenían revestimiento. Pensó que podría arrancarlo con bastante facilidad, y si podía, lo

haría; aunque solo fuera para quitarse de encima algo de la ira y el terror que sentía.

Curtis agarró la tapa del retrete y la levantó, aferró el anillo por debajo y empujó hacia los lados. Luego se detuvo, miró a través del agujero circular y dentro del depósito que había debajo, e intentó pillarle el sentido a lo que estaba viendo.

Parecía una fina veta de luz.

La miró con una perplejidad que lentamente fue sustituida por esperanza; no exactamente como el amanecer, sino como si se elevara de su piel sudorosa y manchada de excrementos. Al principio pensó que no era más que un poco de pintura fluorescente o una ilusión óptica. Esta última idea cobró fuerza cuando la línea de luz comenzó a desvanecerse. Un poco..., menos..., casi nada... Pero entonces, justo antes de desaparecer completamente, volvió a intensificarse; era una línea de luz tan brillante que incluso podía verla flotar detrás de los párpados cuando cerraba los ojos.

Es la luz del sol. El fondo del retrete —lo que «era» el fondo antes de que Grunwald lo volcara— ahora está encarado al este, por donde el sol se está alzando.

¿Y por qué se difuminó?

—Una nube tapó el sol —dijo, y se apartó el pelo sudado de la frente con la mano que no agarraba la tapa del retrete—. Ahora está de nuevo a la vista.

Estudió la idea por si estuviera mortalmente contaminada por una alucinación, pero no encontró ninguna. La evidencia estaba delante de sus ojos: la luz del sol brillaba a través de una fina grieta en el fondo del depósito de residuos de la cabina. O quizás solo era una raja. Si pudiera llegar ahí y ensanchar esa raja, esa brillante apertura al mundo exterior...

No cuentes con ello.

Para llegar a ella solo tendría que...

Imposible, pensó. Si estás pensando en pasar a través del agujero del asiento del retrete y retorcerte hasta el depósito de residuos —como Alicia en el País de las Maravillas de la Mierda—, piénsalo mejor. Quizá si fueras el flacucho niño que eras..., pero de ese niño hace ya treinta y cinco años.

Eso era cierto. Pero él aún era delgado —supuso que sus paseos diarios en bicicleta eran los mayores responsables de ello— y la verdad era que pensaba que podía retorcerse lo suficiente para pasar a través del agujero del asiento del retrete. Quizá no fuese tan difícil.

¿Y si tienes que retroceder?

Bueno... si podía hacer algo con aquella veta de luz, quizá no tuviera que salir por el mismo sitio por donde había entrado.

—Suponiendo que consiga meterme ahí —dijo.

De pronto, su vacío estómago se llenó de mariposas y, por primera vez desde que llegó al pintoresco Durkin Grove Village, sintió el impulso de provocarse arcadas. Podría pensar con más claridad si se metía los dedos en la garganta y...

—No —dijo con brusquedad, y con la mano izquierda tiró del anillo y de la tapa del retrete hacia los lados. Los remaches crujieron pero no se soltaron. Empleó la otra mano en la tarea. El pelo volvió a caerle sobre la frente; dio una impaciente sacudida con la cabeza para apartarlo. Tiró otra vez. El anillo y la tapa aguantaron durante un rato, pero terminaron soltándose. Uno de los dos pasadores de plástico blanco cayó al depósito de residuos. El otro, roto por la mitad, rodó por la puerta en la que Curtis estaba arrodillado.

Apartó el anillo y la tapa a un lado y miró dentro del depósito, con las manos apoyadas en el asiento de plástico. La primera bocanada de aire ponzoñoso le obligó a retroceder con una mueca. Pensaba que se había acostumbrado al olor (o que era insensible a él), pero no, al menos tan cerca de la fuente. Volvió a preguntarse cuánto tiempo hacía desde la última vez que lo habían bombeado.

Mira el lado bueno: también hace mucho tiempo desde la última vez que lo usaron.

Quizá, probablemente, pero Curtis no estaba seguro de si eso ponía las cosas un poco mejor. Aún había un montón de sustancias allí dentro... un montón de mierda flotando en lo que quedaba del agua desinfectada. Con aquella luz tan tenue era difícil estar seguro. Y luego estaba la posibilidad de tener que retroceder. Probablemente podría hacerlo —si podía ir en un sentido, casi con toda certeza podría volver—, pero era demasiado fácil imaginar qué parecería, una horrible criatura nacida de la exudación; no el hombre de barro sino el hombre de mierda.

La pregunta era: ¿tenía otra opción?

Bueno, sí. Podía quedarse ahí sentado intentando convencerse de que después de todo probablemente lo rescatarían. La caballería, como en el último rollo de una vieja película del Oeste. Pero él pensaba que había más probabilidades de que El Hijoputa volviera para asegurarse de que aún estaba... ¿cómo había dicho? Cómodo en su pequeña casita. Algo así.

Eso lo decidió. Miró el agujero del retrete, ese agujero oscuro de aroma diabólico, ese agujero oscuro con una veta de luz esperanzadora. Una esperanza tan frágil como la luz en sí misma. Hizo un cálculo. Primero su brazo derecho, luego la cabeza. El brazo izquierdo apretado contra el cuerpo hasta que se hubiera colado hasta la cintura. Después, cuando tuviera el brazo derecho libre...

Pero ¿y si no llegaba a tenerlo libre? Se vio a sí mismo atrapado, con el brazo derecho en el depósito, el izquierdo inmovilizado contra el cuerpo, la caja torácica

dificultándole el paso, bloqueando el paso del aire, muriéndose como un perro, sacudiéndose en el fango que tenía justo debajo mientras se estrangulaba, y la última cosa que veía era la burlona puntada de luz brillante que le había llevado hasta allí dentro.

Se imaginó a alguien encontrando su cuerpo a medio camino del depósito del retrete con el trasero sobresaliéndole y las piernas separadas, huellas marrones de sus zapatillas estampadas en las paredes del maldito cubículo donde había dado los últimos espasmos. Pudo oír que alguien —quizá el inspector de Hacienda que era la *hete noire* de El Hijoputa— decía: «Santo Dios, se le debió de caer algo muy valioso para meterse ahí».

Era gracioso, pero Curtis no tenía ganas de reírse.

¿Cuánto tiempo llevaba arrodillado, mirando el interior del depósito? No lo sabía —se había dejado el reloj en el estudio, al lado del ratón de su ordenador— pero el dolor que sentía en los muslos le indicaba que bastante. Y la luz brillaba considerablemente. El sol habría sobrepasado por completo el horizonte, y muy pronto su celda se convertiría de nuevo en una sauna.

—Tienes que hacerlo —dijo, y se enjugó el sudor de las mejillas con las palmas de las manos—. Es lo único que puedes hacer.

Pero volvió a detenerse, porque se le ocurrió otra cosa.

¿Y si ahí dentro había una serpiente?

¿Y si El Hijoputa, imaginando que su enemigo brujo intentaría aquella jugada, había metido una serpiente ahí dentro? Tal vez una víbora cabeza de cobre, aletargada bajo una fría capa de desperdicios humanos... Si una víbora cabeza de cobre le mordía en un brazo, podría morir lenta y dolorosamente, con el brazo cada vez más hinchado a medida que le subiera la temperatura. El mordisco de una serpiente de coral lo mataría mucho más rápida pero también más dolorosamente: su corazón latiría, se pararía, volvería a latir, y luego, finalmente, se detendría para siempre.

Ahí dentro no hay serpientes. Insectos, quizá, pero serpientes no. Tú lo viste, lo escuchaste. Ni de lejos habría pensado en algo así. Estaba demasiado enfermo, demasiado loco.

Quizá, o quizá no. Es imposible evaluar con precisión a un loco, ¿verdad? Eran cartas imprevisibles.

—Doses y sotas, el rey de diamantes, tres sietes —dijo Curtis.

El Tao de El Hijoputa. Lo único que sabía con seguridad era que si no lo intentaba, casi con toda certeza moriría ahí dentro. Y al final, el mordisco de una serpiente resultaría una muerte mucho más rápida y misericordiosa.

—Hazlo —dijo, enjugándose una vez más las mejillas—. Hazlo.

Siempre y cuando no se quedara atascado medio dentro medio fuera del

agujero. Esa sería una forma terrible de morir.

—No te vas a quedar atascado —dijo—. Mira lo grande que es. Estas cosas las fabrican para los culos de los camioneros devoradores de donuts.

Eso le hizo soltar una risita. El sonido contenía más histeria que humor. El agujero del retrete ya no parecía tan grande; ahora parecía muy pequeño. Casi diminuto. Él sabía que era el efecto de su percepción nerviosa —demonios, su percepción aterrada, su percepción muerta de miedo—, pero saber eso no le servía de mucha ayuda.

—De todas formas, hazlo —dijo—. No tienes alternativa.

Seguramente no serviría de nada..., pero dudaba de que alguien se hubiera molestado en instalar un revestimiento de metal en la parte exterior del depósito, y eso lo decidió.

—Que Dios me ayude —dijo. Era su primera plegaria desde hacía casi cuarenta años—. Dios, ayúdame a no quedarme atascado.

Introdujo el brazo derecho por el agujero, luego la cabeza (antes tomó una nueva bocanada del aire del cubículo, más limpio). Apretó el brazo izquierdo contra el cuerpo y se deslizó al interior. Su hombro izquierdo quedó atrapado, pero antes de que el pánico le embargara y se echara atrás —una parte de él comprendía que aquel era el momento crítico, el punto de no retorno—, lo hundió hacia dentro como si estuviera haciendo contorsionismo. El hombro pasó al otro lado. Luego coleó hacia el depósito hasta la cintura. Sus caderas —delgadas, pero no inexistentes— llenaron el agujero y todo se volvió oscuro como boca de lobo. La veta de luz parecía flotar burlonamente justo delante de sus ojos. Como un espejismo.

Oh, Dios, por favor, que no sea un espejismo.

El depósito tendría unos ciento veinte centímetros de profundidad, quizá un poco más. Más grande que el maletero de un coche, pero —desgraciadamente— no del tamaño de la parte trasera de una ranchera. No podía asegurarlo, pero creía que el pelo que le caía a los lados de la cara rozaba el agua desinfectada y que la parte superior de su cabeza estaba a unos centímetros de la mierda que impregnaba el fondo. Su brazo izquierdo seguía inmovilizado contra su cuerpo. Inmovilizado hasta la altura de la muñeca. No podía liberarlo. Se retorció hacia un lado y hacia el otro. El brazo no se movió de sitio. Su peor pesadilla: quedarse atrapado. Al final, se había quedado atrapado. Con la cabeza metida en una oscuridad nauseabunda.

El pánico se activó. Extendió el brazo que tenía libre; no lo pensó, lo hizo. Por un instante vio sus dedos recortados contra la escasa luz que se colaba por el fondo del depósito, que ahora apuntaba hacia el horizonte en vez de al suelo. La luz estaba allí mismo, justo delante de él. Se aferró a esa idea. Los tres primeros

dedos de la mano que movía frenéticamente eran demasiado grandes para pasar por la estrecha brecha, pero consiguió introducir el meñique. Tiró hacia atrás y sintió que el borde afilado —metálico o de plástico, no podía asegurarlo— se le clavaba primero en la piel y luego la rasgaba. No le importó. Tiró con más fuerza.

Sus caderas se liberaron como el corcho de una botella al descorcharla. Su muñeca quedó libre, pero no le dio tiempo de levantar el brazo izquierdo y evitar la zambullida. Se metió de cabeza en la mierda.

Salió ahogándose y sacudiéndose, con la nariz tapada por un líquido apestoso. Tosió y escupió, consciente de que en ese momento sí estaba en un lugar muy estrecho, oh, desde luego que sí. ¿Había pensado antes que la cabina era estrecha? Ridículo. La cabina era un espacio abierto. La cabina era el Oeste americano, el interior de Australia, la Nebulosa Cabeza de Caballo. Y la había abandonado para arrastrarse hasta un útero oscuro medio lleno de mierda putrefacta.

Se secó la cara con las manos, luego las sacudió hacia los lados. Pegotes de una sustancia oscura volaron de la punta de sus dedos. Le escocían los ojos y lo veía todo borroso. Se los enjugó, primero con un brazo, luego con el otro. Tenía la nariz tapada. Se metió los meñiques en las fosas nasales (notó cómo la sangre manaba de la derecha) y las limpió lo mejor que pudo. Sacó lo suficiente para poder respirar de nuevo, pero cuando lo hizo, el hedor del depósito pareció abrirse camino por su garganta y clavarle las garras en el estómago. Tuvo arcadas, un rugido profundo.

Mantén la calma. Mantenla o no servirá de nada.

Se apoyó en el lado pringoso del depósito y tomó grandes bocanadas de aire, pero eso casi fue peor. Justo encima de él había una gran perla de luz ovalada. El agujero del retrete por el que, en su locura, se había colado. Volvió a tener arcadas. A sus oídos sonaba como un perro que, malhumorado y medio estrangulado por un collar demasiado apretado, intenta ladrar en un día caluroso.

¿Y si no puedo parar? ¿Y si no puedo parar de tener arcadas? Me dará un ataque.

Estaba demasiado abrumado y asustado para pensar, así que su cuerpo lo hizo por él. Se giró sobre las rodillas, lo cual resultó complicado —el lateral del depósito, que ahora hacía las veces de suelo, resbalaba— pero posible. Pegó la boca a la grieta del suelo del depósito y respiró a través de ella. Mientras lo hacía, recordó una historia que había escuchado o leído en clase de gramática: los indios se escondían de sus enemigos tumbándose en estanques poco profundos. Se estiraban y respiraban a través de juncos huecos. Podía hacer eso. Podía hacerlo siempre y cuando mantuviese la calma.

Cerró los ojos. Respiró, y el aire que entró por la abertura le pareció venturosamente dulce. Poco a poco, el galope de su corazón empezó a disminuir.

Puedes volver atrás. Si has ido en un sentido, puedes ir en el otro. Y volver atrás será más fácil porque ahora estás...

—Ahora estoy grasiendo —dijo, y consiguió soltar una risa temblorosa..., pero el sonido sordo y cerrado de su propia voz le asustó.

Cuando sintió que había recobrado un poco el control, abrió los ojos. Se habían adaptado a la profunda oscuridad del depósito. Podía ver sus brazos cubiertos de mierda, y las enmarañadas tiras de papel higiénico que le colgaban de la mano derecha. Se las quitó y las echó a un lado. Supuso que ya se estaba acostumbrando a esas cosas. Supuso que los seres humanos podían acostumbrarse a cualquier cosa si tenían que hacerlo. Aunque ese pensamiento no le resultó particularmente reconfortante.

Miró la raja. La observó durante un tiempo intentando entender lo que veía. Era como un descosido en la costura de una prenda de vestir mal zurcida. Porque allí había una costura. Al fin y al cabo, el depósito era de plástico —un armazón de plástico—, pero no era una sola pieza; eran dos. Estaban unidas por una hilera de tornillos que brillaban con luz trémula en la oscuridad. Brillaban porque eran blancos. Curtis intentó recordar si había visto antes tornillos blancos. No. En el fondo del depósito, algunos se habían partido y habían creado aquella hendidura. Durante algún tiempo los desperdicios y las aguas residuales debían de haberse filtrado hasta el suelo.

Si el Ministerio de Medioambiente se enterara de esto... El Hijoputa también los tendría encima, pensó Curtis.

Tocó uno de los tornillos que aún seguían intactos, el que estaba justo a la izquierda de la abertura. No podía asegurarlo, pero pensó que era plástico duro y no metal. Probablemente el mismo tipo de plástico de los remaches del anillo y la tapa del retrete.

Vaya. Un armazón de dos piezas. Los depósitos se construían en alguna línea de montaje de lavabos portátiles en Defiance, Missouri, Magic City, Idaho, o —¿quién sabía?— What Cheer, Iowa. Se atornillaban con tornillos de plástico duro, formando una costura a lo largo del fondo y a los lados, como una gran sonrisa. Los tornillos se apretaban con algún tipo de destornillador especial de cañón largo, probablemente impulsado por aire, como los artefactos que suelen usar en los talleres para aflojar las tuercas de los neumáticos. ¿Y por qué ponían la cabeza de los tornillos hacia dentro? Muy sencillo. Porque así ningún bromista podía llegar con su destornillador y abrir un depósito lleno desde el exterior; claro.

Los tornillos estaban separados unos cinco centímetros entre sí, y la grieta tenía casi quince centímetros de largo. Curtis calculó que habrían saltado tres tornillos. ¿Mal material o mal diseño? ¿A quién le importaba una mierda?

—Como suele decirse —murmuró, y rió de nuevo.

Los tornillos que aún aguantaban a izquierda y derecha de la hendidura sobresalían un poco, pero no podía desatornillarlos ni arrancarlos como había hecho con la tapa del retrete. No podía hacer palanca. El primero de la derecha estaba un poco flojo; supuso que podía empezar por ahí y luego seguir con el resto. Le llevaría unas cuantas horas, y seguramente los dedos le sangrarían mientras realizaba el trabajo, pero probablemente podría conseguirlo. ¿Y qué ganaría con eso? Otros cinco centímetros de espacio por el que respirar. Nada más.

Los tornillos que había más allá de los que bordeaban la abertura parecían firmes y apretados.

Curtis no podía seguir más tiempo arrodillado; los músculos de los muslos le ardían. Se sentó contra el lateral curvado del depósito, con los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos colgando hacia delante. Miró el brillante óvalo del agujero del retrete. Ahí estaba el mundo exterior, pensó, solo que su parte del mundo se había vuelto muy pequeña. Ahí al menos olía un poco mejor, así que supuso que cuando sus piernas recobraran un poco de fuerza podría pasar de nuevo al otro lado del agujero. Si no podía sacar nada de provecho, no se quedaría ahí dentro sentado sobre la mierda. Y eso es lo que parecía.

Una cucaracha tamaño jumbo le plantó cara y se le subió a los sucios pantalones. El le dio un manotazo y la cucaracha se escabulló.

—Eso es —dijo—, corre. ¿Por qué no te escapas por el agujero? Tú seguro que cabes. —Se apartó el pelo de delante de los ojos sabiendo que se estaría manchando la frente; no le importaba—. Bah, a ti te gusta esto. Probablemente crees que cuando mueras irás al cielo de las cucarachas.

Descansaría un momento, dejaría que sus piernas sobrecargadas se calmaran un poco, luego saldría del País de las Maravillas y regresaría a su cabina de teléfonos del mundo exterior. Solo un pequeño descanso; no se quedaría allí más tiempo del justo y necesario, eso lo tenía claro.

Curtis cerró los ojos e intentó centrarse en sí mismo.

Vio un montón de cifras desplazándose por la pantalla de un ordenador. El mercado de valores no había abierto aún en Nueva York, por lo que esas cifras debían de ser de allende los mares. Probablemente de Nikkei. La mayoría de los números eran verdes. Una buena señal.

—Metales e industriales —dijo—. Y Laboratorios Takeda... Eso es una buena compra. Cualquiera puede ver...

Encorvado contra la pared en lo que parecía casi una posición fetal, con el rostro manchado con pintura de guerra marrón, su trasero hundido en la mugre casi hasta las caderas, y las manos manchadas de porquería colgando de sus torcidas rodillas, Curtis se quedó dormido. Y soñó.

Betsy vivía y Curtis estaba en su salón. Ella yacía a su lado, en el lugar acostumbrado, entre la mesita del café y el televisor, dormitando con su última pelota medio masticada al lado de la mano. O de la pata, en el caso de Betsy.

—¡Bets! —dijo—. ¡Despierta y tráeme el palo tonto!

Ella se levantó con cierto esfuerzo —por supuesto que tuvo que esforzarse, era vieja— y, cuando lo hizo, las placas de su collar tintinearón.

Las placas tintinearón.

Las placas.

Despertó jadeando, escorado hacia la izquierda sobre el fondo grasiento del depósito de residuos, con una mano extendida, quizá para coger el mando a distancia o para tocar a su perro muerto.

Bajó el brazo hasta la rodilla. No le sorprendió descubrir que estaba llorando. Probablemente empezó antes incluso de que el sueño comenzara a desenmarañarse. Betsy estaba muerta y él estaba sentado en la mierda. Si eso no era razón suficiente para llorar, no sabía qué podría serlo.

Miró de nuevo hacia la luz ovalada que tenía ligeramente encima de él y vio que era mucho más brillante. Le resultaba difícil creer que hubiera estado durmiendo un rato largo, pero eso parecía. Al menos durante una hora. Solo Dios sabía cuánto veneno había respirado, pero...

—No hay que preocuparse, puedo afrontar el veneno del aire —dijo—. Al fin y al cabo soy un brujo.

Y, tanto si el aire era malo como si no, el sueño había sido muy dulce. Muy vivido. El tintineo de las placas...

—Joder —susurró, y se llevó rápidamente la mano al bolsillo.

Estaba terriblemente seguro de que habría perdido las llaves de la Vespa en sus revolcones y que tendría que buscarlas tanteando a su alrededor, hurgando en la mierda sin otra ayuda que la poca luz que se colaba por la hendidura y el agujero del retrete, pero las llaves continuaban en su bolsillo. También tenía las monedas, pero el dinero no le serviría de nada allí dentro, y tampoco el sujetacorbatas. Era de oro, valioso, pero era demasiado grueso para resultar útil. Las llaves de la Vespa también eran demasiado gruesas, pero en el llavero había algo más. Algo que hacía que se sintiera bien y mal cada vez que lo miraba o lo oía tintinear. Era la placa de identificación de Betsy.

Llevaba dos, pero esa era la que él le había quitado del collar antes de darle su último adiós y entregar el cuerpo al veterinario. La otra, requerida por el estado, certificaba que le habían puesto todas las vacunas. Esta era mucho más personal. Era rectangular, como una placa del ejército para perros. En ella se leía:

BETSY
SI LA ENCUENTRA, LLAME AL 941-555-1954
CURTIS JOHNSON
19 GULF BOULEVARD
TURTLE ISLAND, FLA. 34274

No era un destornillador, pero era delgada, estaba hecha de acero inoxidable, y Curtis creía que podría servir. Pronunció otra plegaria —no sabía si aquello de que no había ateos en las trincheras era cierto, pero en los agujeros llenos de mierda parecía no haber ninguno—, luego deslizó el borde de la placa de identificación de Betsy por la ranura del tornillo que estaba justo a la derecha del final de la abertura. El tornillo que parecía estar un poco flojo.

Esperaba encontrar resistencia, pero bajo el borde de la placa de identificación, el tornillo casi giró a la primera. Se llevó tal sorpresa que el llavero se le cayó de las manos y tuvo que hurgar en la mierda para recuperarlo. Volvió a introducir el borde de la placa en la cabeza del tornillo y lo giró dos veces. Quedó tan flojo que pudo desenroscar el resto con la mano. Llevó a cabo la tarea con una enorme e incrédula sonrisa en el rostro.

Antes de continuar con el tornillo de la izquierda de la abertura —una abertura que ahora tenía diez centímetros de ancho—, limpió la placa de identificación con la tela de su camisa (o la limpió lo que pudo; la camisa estaba tan asquerosa como todo en él y se le pegaba a la piel) y la besó con devoción.

—Si esto da resultado, te pondré en un marco. —Vaciló, luego añadió—: Por favor, que dé resultado, ¿de acuerdo?

Encajó el borde de la placa en la cabeza del tornillo y giró. Este estaba más apretado que el primero... pero no demasiado apretado. Y una vez que empezó a girar la placa, el tornillo salió en un santiamén.

—Jesús —susurró Curtis. Se había echado a llorar otra vez; se había convertido en un grifo que goteaba de forma regular—. ¿Voy a salir de aquí, Bets? ¿De verdad?

Se desplazó a la derecha y se ocupó del siguiente tornillo. Continuó de ese modo, derecha-izquierda, derecha-izquierda, derecha-izquierda, descansando cuando sentía que la mano se le tensaba, flexionándola y sacudiéndola hasta que la sentía de nuevo relajada. Iba a completar veinticuatro horas allí dentro; no tenía por qué darse prisa ahora. Sobre todo, no quería que se le cayera el llavero de nuevo. Suponía que podría encontrarlo, el hueco era muy pequeño, pero aun así no quería arriesgarse.

Derecha-izquierda, derecha-izquierda, derecha-izquierda.

Y lentamente, mientras la mañana pasaba y el depósito se recalentaba,

haciendo el olor aún más denso y más asquerosamente intenso, la abertura en el fondo del depósito se ensanchaba. Lo estaba consiguiendo, se estaba acercando a la huida, pero se negaba a darse prisa. Era importante no apresurarse, no desbocarse como un caballo asustado. Porque podía liberarse de una puta vez, sí, pero también porque su orgullo y su autoestima —en el sentido propio de ambos— habían recibido una paliza.

Cuestiones de autoestima aparte, las carreras se ganaban despacio y con firmeza.

Derecha-izquierda, derecha-izquierda, derecha-izquierda.

Poco antes de mediodía, la costura del sucio fondo de la cabina se abombó, luego se cerró, se abombó de nuevo y volvió a cerrarse. Hubo una pausa. Después se abrió un metro de largo, y la coronilla de la cabeza de Curtis Johnson asomó al exterior. Volvió a ocultarse, y se oyeron traqueteos y arañazos mientras volvía al trabajo y sacaba más tornillos: tres de la izquierda, tres de la derecha.

La siguiente vez que la costura se abrió, la enmarañada coronilla color castaño continuó empujando hacia fuera. Se impulsó lentamente a través de la abertura, las mejillas y la boca estiradas hacia abajo como por una fuerza de gravedad terrible, se raspó una oreja y sangró. Gritó, se empujó con los pies; le aterrorizaba la posibilidad de quedarse atrapado mitad fuera mitad dentro del depósito de residuos. Aun así, a pesar del miedo, percibió la fragancia del aire: caliente y húmedo, lo mejor que había respirado jamás.

Cuando estuvo fuera hasta los hombros, se detuvo para descansar; resollaba, miraba una lata de cerveza aplastada que había entre la hierba a menos de dos metros de su cabeza sudorosa y ensangrentada. Parecía un milagro. Luego empujó otra vez, con la cabeza estirada hacia delante, gruñendo, con las venas palpitándole en el cuello. Se oyó un desgarrón cuando la abertura irregular del depósito le rasgó la camisa a lo largo de la espalda. Apenas se dio cuenta. Justo delante de él había un pequeño pino de no más de dos metros de alto. Se estiró, se agarró con una mano a la base de su delgado y enclenque tronco, y luego hizo lo propio con la otra mano. Descansó otro instante, consciente de que se había arañado los omóplatos y que sangraban, luego tiró de sí mismo hacia el árbol y empujó por última vez con los pies.

Pensó que quizá arrancaría el pino de raíz, pero no fue así. Sintió un dolor inmenso en las nalgas cuando la costura por la que estaba atravesando le rasgó los pantalones y tiró de la tela hasta los tobillos. Para salir completamente, tuvo que seguir empujando y retorciéndose hasta que por fin sus zapatillas asomaron al exterior. Y cuando finalmente sacó el pie izquierdo del depósito, le resultó casi

imposible creer que había logrado escapar.

Rodó sobre su espalda, desnudo salvo por los calzoncillos (torcidos, con la cinturilla elástica rasgada en un corte limpio, mostrando unas nalgas ensangrentadas) y un calcetín blanco. Miró fijamente hacia el cielo azul, con los ojos muy abiertos. Y se puso a gritar. Gritó casi hasta quedarse afónico, y entonces se dio cuenta de lo que estaba gritando: *¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!*

Veinte minutos más tarde, se puso en pie y cojeó hasta el difunto remolque de las obras asentado sobre bloques de hormigón, un gran charco de agua del chubasco del día anterior se escondía en su sombra. La puerta estaba cerrada, pero había más bloques tirados a un lado de la escalerilla de madera. Uno estaba roto en dos trozos. Curtis cogió el más pequeño y lo estrelló contra la cerradura hasta que la puerta cedió, dejando escapar una bocanada de aire caliente y viciado.

Antes de entrar, se dio la vuelta y contempló por un momento las cabinas del otro lado de la calle, donde los baches encharcados centelleaban bajo el brillante cielo azul como los fragmentos de un espejo sucio. Cinco baños, tres de pie, dos volcados de frente sobre la acequia. Él había estado a punto de morir en el del extremo izquierdo. Y aunque ahora estaba ahí de pie, vestido con unos calzoncillos andrajosos y un calcetín, manchado de mierda y sangrando por lo que le parecían cien sitios distintos, aquella idea le pareció irreal. Un mal sueño.

La oficina estaba parcialmente vacía..., o parcialmente saqueada, probablemente uno o dos días antes de que cancelaran definitivamente el proyecto. No estaba compartimentada; era una larga estancia con un escritorio, dos sillas y un sofá de saldo en la mitad delantera. En la mitad trasera había un montón de cajas de cartón repletas de papeles, una calculadora tirada en el suelo, un pequeño frigorífico sin enchufar, una radio y una silla giratoria con una nota pegada en el respaldo, SOLO PARA JIMMY, decía la nota.

También había un armario con la puerta entreabierta, pero antes de comprobar lo que había dentro, Curtis abrió el pequeño frigorífico. Dentro había cuatro botellas de agua Zephyr, una de ellas abierta y vacía en sus tres cuartas partes. Curtis cogió una de las botellas llenas y se la bebió entera. Estaba templada, pero le sabía al agua que bien podría fluir por los ríos del cielo. Cuando se la terminó, sintió un retortijón en el estómago. Corrió hasta la puerta, se aferró a la jamba y vomitó el agua a un lado de la escalerilla.

—¡Mira, mamá, no he tenido que provocarme arcadas! —gritó, con las lágrimas deslizándose por su mugrienta cara. Podría haber vomitado en el suelo del remolque vacío, pero no quería estar en la misma habitación con su propia

porquería. No después de todo lo que había pasado.

De hecho, tengo la intención de no volver a vomitar jamás, pensó. De ahora en adelante me vaciaré de un modo religioso: evacuación inmaculada.

Se bebió la segunda botella más despacio, y el agua permaneció en su estómago. Mientras bebía, miró dentro del armario. Había dos pantalones sucios, y varias camisas igualmente sucias apiladas en un rincón. Supuso que en algún momento en aquella sala habría habido una lavadora secadora, donde estaban amontonadas las cajas de cartón. O quizá había otro remolque y lo habían enganchado y desplazado a otro lugar. No le importaba. Lo que le importaba era ese par de petos baratos, uno en una percha de alambre, el otro en un gancho de pared. El del gancho parecía demasiado grande, pero el otro le podía servir. Y sí, más o menos. Tuvo que darle dos vueltas al bajo; supuso que se parecía más al Granjero John después de dar de comer a los cerdos que a un vendedor de acciones de éxito, pero serviría.

Podía llamar a la policía, pero después de todo por lo que había pasado creía que tenía derecho a un poco más de satisfacción. Bastante más.

—Los brujos no llaman a la policía —dijo—. Y menos nosotros, los gays.

La scooter seguía allí fuera, pero aún no tenía intención de regresar. Por una razón: demasiada gente vería al hombre-fango montado en la Vespa Granturismo roja. No creía que alguien fuera a llamar a la policía... pero se reirían. Curtis quería pasar inadvertido, y no quería que nadie se riese de él. Ni siquiera a su espalda.

Además, estaba cansado. Más de lo que lo había estado en toda su vida.

Se echó en el sofá de saldo y se colocó un cojín debajo de la cabeza. Había dejado la puerta del tráiler abierta y entraba un poco de brisa que acariciaba su sucia piel con dedos deliciosos. Solo llevaba puesto el peto. Antes de ponérselo se había quitado los calzoncillos sucios y el calcetín que le quedaba.

No soy capaz de olerme a mí mismo, pensó. ¿No es sorprendente?

Luego se quedó profunda y completamente dormido. Soñó que Betsy le traía el palo tonto; las placas de identificación tintineaban. Le cogió el mando a distancia del hocico, y cuando lo apuntó hacia el televisor, vio a El Hijoputa asomado a la ventana.

Curtis se despertó cuatro horas más tarde, empapado en sudor, entumecido y escocido por todas partes. Fuera, un trueno retumbó mientras la tormenta de la tarde se aproximaba, justo a su hora. Caminó hasta las improvisadas escalerillas del remolque como un anciano con artritis. Se sentía como un anciano con artritis. Luego se sentó y miró alternativamente al cielo cada vez más oscuro y a la cabina

de la que había escapado.

Cuando empezó a llover, se quitó el peto, lo lanzó al interior del remolque para que se mantuviera seco, y se quedó allí de pie bajo la lluvia, desnudo, con el rostro levantado hacia el cielo, sonriendo. Esa sonrisa no se desvaneció ni siquiera cuando un rayo cayó ahorquillado al otro lado de Durkin Grove Village, lo bastante cerca como para llenar el aire con el olor penetrante del ozono. Se sentía perfecta, deliciosamente a salvo.

La fría lluvia lo dejó relativamente limpio, y cuando empezó a amainar, Curtis regresó despacio al interior del remolque. Cuando estuvo seco, se puso de nuevo el peto. Y cuando los últimos rayos de sol se abrieron paso entre las deshilachadas nubes, caminó muy despacio por la colina hasta llegar al lugar donde había aparcado la Vespa. Llevaba la llave en la mano derecha, con la maltrecha placa de identificación de Betsy apretada entre los dos primeros dedos.

La Vespa no solía quedarse a la intemperie cuando llovía, pero era un buen potrillo y arrancó al segundo intento, emitiendo su habitual y constante ronroneo. Curtis se montó en la moto, descalzo y sin casco, como un espíritu despreocupado. Condujo de vuelta a Turtle Island con el aire alborotándole el sucio pelo y ondeando la tela del peto alrededor de sus piernas. Se cruzó con unos cuantos coches, y llegó a la carretera principal sin ningún problema.

Pensó que no le vendrían mal un par de aspirinas antes de ir a ver a Grunwald, pero por lo demás, nunca en su vida se había sentido tan bien.

A las siete en punto, el chaparrón de la tarde era solo un recuerdo. Los veraneantes en Turtle Island se reunirían en la playa una hora más tarde, más o menos, para ver el habitual espectáculo del final del día, y Grunwald esperaba contarse entre ellos. Pero en esos momentos, sin embargo, estaba metido en el jacuzzi que había instalado en el patio, tenía los ojos cerrados y un gin tonic poco cargado al alcance de la mano. Se había tomado un Percocet antes de meterse en el jacuzzi, pues sabía que le sería de gran ayuda cuando tuviera que caminar hasta la playa, pero aun así la sensación de satisfacción casi soñadora persistía. Apenas necesitaba los analgésicos. Eso cambiaría, por supuesto, pero de momento no se había sentido tan bien durante años. Sí, iba a enfrentarse a la ruina económica, pero había escondido en un calcetín el dinero suficiente para poder vivir cómodamente durante el tiempo que le quedaba. Y, lo más importante, se había ocupado del maricón responsable de toda su miseria.

Ding-dong, el brujo embrujado estaba muer...

—Hola, Grunwald. Hola, hijoputa.

Grunwald abrió los ojos de golpe. Una sombra oscura se interponía entre él y

el sol del oeste; parecía que la habían recortado en un papel oscuro. O en un crespón negro. Se parecía a Johnson, pero desde luego eso no podía ser; Johnson estaba encerrado en el aseo volcado, Johnson estaba encerrado en el cagadero, muriéndose o ya muerto. Además, un petimetre tan exquisito como Johnson jamás regresaría del mundo de los muertos vestido como un extra de ese antiguo programa de televisión *Hee-Haw*. Era un sueño, tenía que serlo. Pero...

—¿Estás despierto? Bien. Quiero que estés despierto para esto.

—Johnson... —dijo en un susurro. Fue todo lo que pudo articular—: No eres tú, ¿verdad?

Pero entonces la figura se movió un poco —lo justo para que los últimos rayos de sol le iluminaran la cara arañada— y Grunwald vio que sí era él. ¿Y qué llevaba en la mano?

Curtis vio qué estaba mirando El Hijoputa y consideró la idea de girarse un poco más para que el sol lo iluminase. Grunwald comprendió que era un secador de pelo. Era un secador de pelo, y él estaba metido con el agua hasta el pecho en un jacuzzi.

Se agarró a un lateral con la intención de salir de la piscina, pero Johnson le pisó la mano. Grunwald gritó y dio un tirón. Johnson iba descalzo, pero le había golpeado bastante fuerte con el talón.

—Me gusta que estés ahí —dijo Curtis, sonriendo—. Estoy seguro de que tú pensaste lo mismo de mí, pero me he escapado, ¿eh? Y además te he traído un regalo. He pasado por casa para recogerlo. Que eso no te lleve a rechazarlo, lo he usado muy poco, y toda la suciedad gay ha volado mientras venía aquí. De hecho he cruzado por tu patio. Qué casualidad que tuvieras desconectada esa estúpida verja con la que asesinaste a mi perro. Y aquí estás.

Y entonces dejó caer el secador de pelo en el jacuzzi.

Grunwald gritó e intentó cogerlo en el aire, pero no lo logró. El secador cayó al agua, luego se hundió. Una de las depuradoras lo hizo girar una y otra vez en el fondo. Rozó una de las piernas esqueléticas de Grunwald, y este lo apartó con fuerza, chillando, seguro de que se estaba electrocutando.

—Cálmate —dijo Johnson. Seguía sonriendo. Se desabrochó uno de los tirantes del peto, luego el otro. El peto se le deslizó hasta los tobillos. Debajo estaba desnudo, con ligeros manchurroneos de suciedad en los brazos y los muslos. Tenía un asqueroso coágulo marrón de algo en el ombligo—. No está enchufado. Ni siquiera sé si este viejo secador de pelo funcionaría si lo tirara enchufado en el jacuzzi. Aunque admito que si tuviera una alargadera habría hecho el experimento.

—Apártate de mí —exclamó Grunwald.

—No —dijo Johnson—. Creo que no. —Sonriendo, siempre sonriendo.

Grunwald se preguntó si aquel hombre se había vuelto loco. Él se habría vuelto loco en las circunstancias en las que había dejado a Johnson. ¿Cómo había podido escapar? ¿Cómo, por el amor de Dios?

—La lluvia de esta tarde me ha limpiado casi toda la mierda, pero aún estoy bastante sucio. Ya lo ves.

Johnson descubrió la desagradable postilla que tenía en el ombligo, lo convirtió en una bolita con los dedos, y lo lanzó al jacuzzi como si fuera un moco.

Aterrizó en la mejilla de Grunwald. Marrón y maloliente. Empezó a deslizarse. Querido Dios, era mierda. Grunwald volvió a gritar, esta vez de asco.

—Tira y marca —dijo Johnson, sonriendo—. No es muy agradable, ¿verdad? Y aunque yo ya no lo huelo, estoy harto de verlo. Así que sé un buen vecino y comparte tu jacuzzi.

—¡No! ¡No, no puedes...!

—¡Gracias! —dijo Johnson, sonriendo, y saltó adentro. Salpicó bastante agua. Grunwald percibió el olor. Apestaba.

Grunwald se retiró al otro lado del jacuzzi, sus flacos muslos brillaban blancos sobre el agua burbujeante, el bronceado de sus pantorrillas igualmente flacas parecía medias de nailon. Extendió un brazo por el borde del jacuzzi. Entonces Johnson le rodeó el cuello con un brazo herido pero terriblemente fuerte y lo devolvió al agua.

—No, no, no, no, ¡no! —dijo Johnson, sonriendo. Atrajo a Grunwald hacia él. Pequeñas motas negras y marrones danzaban por la superficie del agua burbujeante—. Nosotros, los gays, casi nunca nos bañamos solos. Seguro que te enteraste de eso en tus búsquedas por internet. ¿Y los brujos gays? ¡Jamás!

—¡Déjame ir!

—Quizá. —Johnson lo apretó más contra él, en una intimidad horrible, apestando aún al hedor de la cabina—. Pero primero creo que necesitas hacerle una visita al *ducking stool*. Una especie de bautismo. Limpiar tus pecados.

La sonrisa se convirtió en una mueca, la mueca en un rictus de desprecio. Grunwald comprendió que iba a morir. No en su cama, en un futuro neblinoso y medicado, sino ahí mismo. Johnson iba a ahogarlo en su propio jacuzzi, y lo último que vería serían las pequeñas partículas de suciedad que flotaban en un agua que antes estaba limpia.

Curtis agarró a Grunwald por sus desnudos y escuálidos hombros y lo hundió. Grunwald forcejeó, sus piernas daban patadas, su pelo escaso flotaba en el agua, pequeñas burbujas de plata salían de los agujeros de su nariz picuda. El impulso de mantenerlo ahí debajo era muy fuerte... y Curtis podría haberlo hecho porque era fuerte. Hace mucho tiempo, Grunwald podría haberlo tumbado con una mano atada a la espalda a pesar de los años que se llevaban, pero aquella época había

pasado. Ahora era un Hijoputa enfermo. Así que Curtis lo soltó.

Grunwald sacó la cabeza a la superficie, tosiendo y asfixiado.

—¡Tienes razón! —gritó Curtis—. Este trasto va bien para los males y los dolores. Pero a mí nunca me han interesado, ¿y a ti? ¿Quieres que te hunda otra vez? La inmersión es buena para el alma, todas las religiones lo dicen.

Grunwald sacudió la cabeza con furia. Gotas de agua volaron de su fino cabello y sus cejas pobladas.

—Entonces, quédate ahí —dijo Curtis—. Quédate ahí y escucha. Y no creo que necesitemos esto, ¿no?

Hurgó bajo la pierna de Grunwald —este hizo un movimiento brusco y soltó un grito— y sacó el secador de pelo. Curtis lo arrojó por encima de su hombro. El secador se coló debajo de una silla del patio de Grunwald.

—Dentro de poco me habré marchado —dijo Curtis—. Volveré a mi casa. Tú puedes irte y mirar la puesta de sol si todavía quieres hacerlo. ¿Quieres?

Grunwald sacudió la cabeza.

—¿No? No lo creo. Pero creo que tu última buena puesta de sol ya ha pasado, vecino. De hecho, pienso que este ha sido tu último día bueno, y esa es la razón por la que voy a permitirte vivir. ¿Y quieres saber cuál es la ironía? Si me hubieras dejado en paz, habrías conseguido exactamente lo que querías. Porque yo ya estaba encerrado en un cagadero y ni siquiera lo sabía. ¿No es gracioso?

Grunwald no dijo nada, solo lo miró con ojos aterrorizados. Sus ojos enfermos y aterrorizados. Si el recuerdo de la cabina no fuera todavía tan vivido, Curtis casi habría sentido pena por él. La tapa del retrete levantada como una boca. El zurullo aterrizando en su regazo como un pescado muerto.

—Contesta o te ganarás otra inmersión bautismal.

—Es gracioso —replicó Grunwald. Y luego empezó a toser.

Curtis esperó hasta que paró de toser. Ya no sonreía.

—Sí, lo es —dijo—. Es gracioso. Si lo ves desde la perspectiva correcta, todo es muy gracioso. Y creo que yo lo veo así.

Se dio impulso y salió del jacuzzi, consciente de que se movía con una ligereza que El Hijoputa jamás podría igualar. Había un armario bajo el voladizo del porche. Dentro había toallas. Curtis cogió una y empezó a secarse.

—Así están las cosas. Puedes llamar a la policía y decirles que intenté ahogarte en tu jacuzzi, pero si lo haces, todo lo demás saldrá a la luz. Te pasarás lo que te queda de vida defendiéndote de unos cargos criminales como te defiendes de tus otros males. Pero si lo dejas pasar, será como empezar de nuevo. El cronómetro se pondrá a cero. Solo que (y esta es la clave) yo veré cómo te pudres. Llegará un día en que olerás exactamente igual que ese cagadero en el que me encerraste. La gente te olerá y pensará que hueles así; tú te olerás y pensarás

que hueles así.

—Antes me suicidaré —gruñó Grunwald.

Curtis se estaba poniendo el peto de nuevo. Había decidido que le gustaba. Podría ser la prenda ideal para llevar mientras observaba el valor de las acciones en el ordenador de su pequeño y acogedor estudio. Podría acercarse a Target y comprar media docena de pantalones de peto. El nuevo Curtis Johnson, sin tendencias compulsivas: un tipo de hombre que usa pantalones de peto.

Estaba abrochándose el segundo tirante del hombro cuando se detuvo.

—Puedes hacerlo. Tienes esa pistola, la... (¿cómo la llamaste?) la Hardballer. —Se abrochó el tirante, luego se inclinó hacia Grunwald, que lo miraba con temor mientras seguía adobándose en el agua del jacuzzi—. Además, sería comprensible. Puede que incluso tengas el coraje, aunque cuando llegue el momento... seguramente te faltarán agallas. En cualquier caso, esperaré oír el disparo con gran expectación.

Dejó a Grunwald solo, pero no se fue por donde había llegado. Dio un rodeo hasta la carretera. Con solo girar a la izquierda habría llegado hasta su casa, pero giró a la derecha, hacia la playa. Por primera vez desde la muerte de Betsy, le entraron ganas de ver la puesta de sol.

Dos días más tarde, mientras estaba sentado frente a su ordenador (analizando los números de la General Electric con especial interés), Curtis oyó una sonora detonación procedente de la casa de al lado. No tenía la música encendida, y el sonido se deslizó por el aire húmedo y casi de julio con perfecta claridad. Permaneció sentado donde estaba, con la cabeza erguida, escuchando. Aunque no habría una segunda detonación.

Los brujos sabemos de qué va toda esta mierda, pensó.

La señora Wilson entró corriendo; llevaba un trapo de cocina en la mano.

—¡Eso parecía un disparo!

—Probablemente haya sido un petardo —respondió con una sonrisa.

Había sonreído mucho desde su última aventura en Durkin Grove Village. Pensó que no era la misma clase de sonrisa que había lucido durante la Era Betsy, pero cualquier sonrisa era mejor que ninguna. ¿Acaso no era eso verdad?

La señora Wilson lo miraba con reservas.

—Bueno... supongo que sí. —Se giró para salir de la habitación.

—Señora Wilson...

Ella volvió a darse la vuelta.

—¿Se marcharía si trajera a casa otro perro? ¿Un cachorro?

—¿Yo, marcharme por un cachorro? Hace falta mucho más que un cachorro

para que me vaya de aquí.

—Lo muerden todo, ya sabe. Y no siempre...

Se detuvo un instante, vio el oscuro y asqueroso paisaje de un depósito de residuos. El averno.

Mientras tanto, la señora Wilson lo miraba con curiosidad.

—No siempre usan el cuarto de baño —finalizó Curtis.

—Una vez que les enseñas, normalmente van a donde deben —dijo ella—. Especialmente en un clima cálido como este. Y usted necesita compañía, señor Johnson. A decir verdad... he estado un poco preocupada por usted.

Él asintió.

—Sí, diría que he estado en la mierda. —Se rió, vio que ella lo miraba con extrañeza, y paró de reír—. Discúlpeme.

Ella agitó el trapo de cocina en señal de que lo disculpaba.

—Esta vez no será de pura raza. Había pensado en el Refugio de Animales de Venice. Alguno que hayan abandonado. Lo que llaman un perro recogido.

—Eso estaría muy bien —dijo ella—. Estoy deseando verlo corretear.

—Bien.

—¿De verdad cree que eso ha sido un petardo?

Curtis se reclinó en la silla y fingió que lo reconsideraba.

—Probablemente..., pero ya sabe que el señor Grunwald, de la casa de al lado, ha estado muy enfermo —redujo la voz a un susurro de comprensión—: Cáncer.

—Oh, cielos —dijo la señora Wilson.

Curtis asintió.

—¿Cree que él...?

El recuento de números de la pantalla del ordenador se fundió con el salvapantallas: fotos aéreas y escenas de la playa, todas de Turtle Island. Curtis se levantó, se acercó a la señora Wilson, y cogió el trapo que llevaba en la mano.

—No, la verdad es que no, pero podríamos ir a comprobarlo. Al fin y al cabo, ¿para qué están los vecinos?

Notas al anochecer

Según cierta corriente de pensamiento, unas notas como estas son, en el mejor de los casos, innecesarias, y en el peor, sospechosas. El argumento en contra es que las historias que necesitan una explicación probablemente no son muy buenas. En cierto modo comparto esa idea, por eso pongo este pequeño anexo al final del libro (también para evitar esos pesados gritos de «destripahistorias» que suelen lanzar los destripahistorias). La razón de que incluya estas notas es simplemente que a algunos lectores les gustan. Quieren saber qué llevó a escribir cierta historia, o en qué pensaba el autor cuando la escribió. Este autor no recuerda necesariamente esas cosas, pero puede ofrecer algunas reflexiones al azar que quizá (o quizá no) sean interesantes.

«**Willa**» Probablemente este no sea el mejor relato del libro pero le tengo muchísimo cariño porque marcó en mí el comienzo de un nuevo período de creatividad, al menos en lo que se refiere a los relatos cortos. La mayoría de los relatos de *Después del anochecer* son posteriores a «Willa» y los escribí bastante seguidos (en un período de no más de dos años). En cuanto a la historia en sí... una de las mejores cosas de la fantasía es que ofrece a los escritores la oportunidad de explorar lo que podría (o no) pasar «cuando hayamos abandonado este despojo mortal»^[14]. Hay dos relatos de este tipo en *Después del anochecer* (el otro es «*The New York Times* a un precio de ganga»). Me criaron dentro del metodismo convencional, y aunque hace tiempo que rechacé la religión institucionalizada y la mayoría de sus inflexibles afirmaciones, me mantuve fiel a la idea principal de que de un modo u otro sobrevivimos a la muerte. Me resulta difícil creer que unos seres tan complejos, y en ocasiones tan maravillosos, al final acaben desechados, tirados como la basura en el arcén. (Probablemente es que no quiero creerlo.) Sin embargo, para saber cómo es esa supervivencia... no me queda más remedio que esperar y descubrirlo. Mi mejor apuesta es que estaremos muy confusos y nada dispuestos a aceptar nuestro nuevo estado. Mi mayor esperanza es que el amor sobreviva a la muerte (soy un romántico,

denúnciame si tienes huevos). Si es así, sería un amor desconcertado... y un poquito triste. Cuando el amor y la tristeza se encuentran en mi cabeza al mismo tiempo, pongo música country: gente como George Strait, BR549, Marty Stuart... o The Derailers. Estos últimos son los que tocan en este relato, por supuesto, y pienso van a tener por delante un camino muy largo.

«**La chica de pan de jengibre**» Mi esposa y yo vivimos parte del año en Florida, cerca de la barrera de islas del golfo de México. Hay un montón de fincas muy grandes, algunas antiguas y elegantes, otras de pomposo estilo *nouveau*. Hace un par de años di un paseo con un amigo por una de esas islas. Mientras caminábamos, señaló una de esas megamansiones, y dijo: «La mayoría de esas casas permanecen vacías durante seis o incluso ocho meses al año, ¿te imaginas?». Lo imaginé... y pensé que podría convertirse en una historia maravillosa. Creció a partir de una premisa muy simple: un tipo malo persigue a una chica a lo largo de una playa desierta. Pero pensé que, para poder empezar, ella tendría que estar huyendo de algo más. En otras palabras, una chica de pan de jengibre. Solo que antes o después incluso el corredor más rápido debe detenerse y luchar. Además, me gustan las historias que dependen de detallitos cruciales. Y esta tiene un montón.

«**El sueño de Harvey**» Solo puedo decirte una cosa sobre este relato, porque es lo único que sé (y probablemente lo único que importa): vino a mí en un sueño. Lo escribí de una sentada, prácticamente me limité a transcribir la historia que mi subconsciente me había contado. En el libro aparece otro relato-sueño, pero acerca de ese sé un poco más.

«**Área de descanso**» Una noche, hace aproximadamente seis años, realicé una lectura en una facultad de St. Petersburg. Me dieron las tantas y acabé conduciendo de vuelta a casa por la autopista de Florida pasada la medianoche. Me detuve en un área de servicio para darles un respiro a mis riñones. Si has leído este relato sabrás cómo era: el módulo de una prisión de seguridad media. En todo caso, me detuve fuera del baño de caballeros porque un hombre y una mujer discutían acaloradamente en el baño de señoras. Parecían muy tensos, a punto de llegar a las manos. Me pregunté qué demonios iba a hacer yo si eso sucedía, y pensé: *Evocaré al Richard Bachman*^[15] *que llevo dentro, él es más bravucón que yo*. Al final salieron sin llegar a pegarse —aunque la dama estaba llorando— y yo conduje hasta casa sin más incidentes. Una semana más tarde escribí este relato.

«**La bicicleta estática**» Si alguna vez has montado en una de esas cosas, sabrás lo tremendamente aburridas que pueden llegar a ser. Y si alguna vez has

intentado seguir diariamente un régimen sabrás lo difícil que puede ser (mi lema: «Comer es más fácil»... pero, sí, yo hago ejercicio). Este relato surgió de mi relación de odio-odio no solo con las bicicletas estáticas sino con cada una de las cintas por las que he corrido penosamente y con cada una de las máquinas de steps a las que me he subido.

«Las cosas que dejaron atrás» Como a casi todo el mundo en Estados Unidos, el 11-S me afectó profunda y radicalmente. Al igual que muchos grandes escritores de ficción, tanto literarios como populares, sentía cierta reticencia a decir nada acerca de un acontecimiento que se ha convertido para Estados Unidos en una piedra de toque como Pearl Harbor o el asesinato de John Kennedy. Pero yo me dedico a escribir historias, y este relato acudió a mí un mes después de la caída de las Torres Gemelas. Puede que no hubiese llegado a escribirla si no hubiera recordado una conversación que tuve con un editor judío hace veinticinco años. No estaba contento conmigo por un relato titulado «Alumno aventajado». Decía que me había equivocado al escribir sobre los campos de concentración porque yo no era judío. Respondí que con más razón tenía que escribirla, porque escribir es un intento de comprensión. Como cualquier otro estadounidense que vio arder aquella mañana esos rascacielos de Nueva York, quería comprender el acontecimiento y las cicatrices que inevitablemente dejaría. Este relato fue el esfuerzo que hice para lograrlo.

«Tarde de graduación» Después de un accidente que tuve en 1999, me vi obligado a tomar durante años un antidepresivo llamado Doxepina, no porque estuviera deprimido (me dijo desanimadamente el médico) sino porque se suponía que la Doxepina tenía efectos beneficiosos para el dolor crónico. Me fue bien, pero en noviembre de 2006, cuando viajé a Londres para promocionar mi novela *La historia de Lisey*, sentí que había llegado el momento de dejar ese medicamento. No consulté al médico que me lo recetó; lo dejé de golpe. Los efectos secundarios de este repentino parón fueron... interesantes.^[16] Durante aproximadamente una semana, cuando cerraba los ojos por la noche, veía un desfile de imágenes, como en una película: bosques, campos, colinas, ríos, cercas, vías de tren, hombres con picos y palas en un tramo de carretera en construcción... y entonces todo volvía a empezar hasta que me quedaba dormido. No había ninguna historia, solo ese desfile de imágenes brillantes y detalladas. En cierto modo me entristeció que se acabara. También experimenté una serie de vividos sueños después de tomar Doxepina. Uno de ellos —un enorme hongo atómico que crecía sobre Nueva York— se convirtió en el tema de este relato. Lo escribí a pesar de saber que esa imagen se había usado en incontables películas (por no mencionar la serie de televisión *Jericho*), porque el sueño tenía bastante

realismo documental; me desperté con el corazón acelerado, pensando *Esto puede ocurrir. Y tarde o temprano, casi con toda certeza, ocurrirá*. Como en «El sueño de Harvey», este relato fue más dictado que ficción.

«N.» Este es el relato más reciente de la antología, y esta es la primera vez que se publica. Estuvo fuertemente influido por *El gran dios Pan* de Arthur Machen, una historia que (como *Drácula* de Bram Stoker) vence a su tosca prosa y se introduce implacablemente en la zona de terror del lector. ¿Cuántas noches de insomnio habrá causado? Solo Dios lo sabe, pero a mí me provocó unas cuantas. Creo que Pan está tan cerca del género de terror como *Moby Dick*, y creo que tarde o temprano todo escritor que quiera constituirse seriamente debe intentar abordar su temática: esa realidad es delgada, y la realidad verdadera que hay más allá es un abismo infinito lleno de monstruos. Mi idea era intentarlo y casar la temática de Machen con la idea de la conducta obsesivo-compulsiva..., en parte porque pienso que todo el mundo sufre este trastorno en un grado u otro (¿acaso no hemos vuelto todos a casa al menos una vez para asegurarnos de que hemos apagado el horno o los fogones de la cocina?), y en parte porque tanto la obsesión como la compulsión son casi siempre cómplices no acusados en los cuentos de terror. ¿Recuerdas algún cuento de miedo de éxito que no contenga la idea de retroceder a aquello que odiamos y detestamos? El mejor ejemplo podría ser «El tapiz amarillo», de Charlotte Perkins Gilman. Si lo leíste en la universidad, seguramente te enseñaron que es un relato feminista. Eso es verdad, pero también es la historia de una mente que se desmorona bajo el peso de su propio pensamiento obsesivo. Este elemento también está presente en «N.».

«**El gato del infierno**» Si *Después del anochecer* tuviera el equivalente a una «canción oculta» en un CD, supongo que sería este relato. Y tengo que agradecerlo a Marsha DeFilippo, mi asistente desde hace mucho tiempo. Cuando le conté que iba a recopilar una nueva antología, me preguntó si por fin incluiría «El gato del infierno», un relato de la época en que escribía para las revistas para hombres. Le respondí que seguro que había incluido esa historia — adaptada al cine en 1990 como uno de los segmentos de *El gato infernal*— en una de mis otras cuatro colecciones anteriores. Marsha me enseñó los sumarios para mostrarme que no lo había hecho. Así que aquí está, por fin con tapas duras, casi treinta años después de que se publicara en *Cavalier*. Surgió de una forma curiosa. Por aquel entonces, el editor de la sección de ficción de *Cavalier*, un tipo agradable que se llamaba Nye Willden, me envió una fotografía de un primer plano de un gato bufando. Lo inusual —aparte de la furia del gato— era que su cara estaba perfectamente dividida por el centro: el pelaje en un lado era blanco y en el otro era de un negro brillante. Nye quería organizar un concurso de relatos

cortos. Propuso que yo escribiera las primeras quinientas palabras de un cuento protagonizado por ese gato; luego convocaría a los lectores de la revista a que lo terminaran, y la mejor propuesta se publicaría. Accedí, pero la historia me interesó tanto que la escribí entera. No recuerdo si mi versión se publicó en el mismo número de la revista en el que apareció el ganador del concurso o si fue más tarde, pero fue incluido en otras antologías.

«**The New York Times a un precio de ganga**» Durante el verano de 2007 viajé a Australia, alquilé una Harley-Davidson y la conduje desde Brisbane hasta Perth (bueno... durante parte del trayecto por el gran desierto australiano, donde las carreteras como The Gunbarrel Highway eran como yo imaginaba las autopistas en el infierno, la cargué en la parte trasera de un Toyota Land Cruiser). Fue un viaje genial; viví un montón de aventuras y comí un montón de polvo. Pero superar el desfase horario después de veintiuna horas en el aire es una putada. Y yo no duermo en los aviones. Sencillamente no puedo. Si la azafata de vuelo se acerca a mi asiento con su exótico uniforme, le hago la señal de la cruz y le digo que se marche. Cuando llegué a Oz después del trayecto San Francisco-Brisbane, bajé las persianas, caí redondo, dormí diez horas seguidas y me levanté dispuesto y ávido para salir a la aventura. El problema es que eso fue a las dos de la madrugada (hora local), en la televisión no había nada, y en el avión había terminado todo lo que llevaba para leer. Afortunadamente, tenía un cuaderno de notas y escribí este relato en el pequeño escritorio del hotel. Para cuando salió el sol, lo había terminado y fui capaz de dormir otro par de horas. Una historia también debe entretener al escritor; esa es mi opinión; la tuya es bienvenida.

«**Mudo**» Leí en el periódico local una historia acerca de una secretaria de instituto que había malversado unos sesenta y cinco mil dólares para poder jugar a la lotería. Lo primero que me pregunté fue qué pensaría su marido sobre eso, y escribí este relato para descubrirlo. Me recuerda a esos bombones con veneno que degustaba semanalmente en *Alfred Hitchcock presenta*.

«**Ayana**» El tema de la vida después de la muerte, como ya he dicho anteriormente en estas notas, ha sido siempre una tierra fértil para los escritores que se sienten cómodos con lo fantástico. Dios —en cualquiera de Sus supuestas formas— es otro tema por el que se escriben cuentos fantásticos. Y cuando nos hacemos preguntas sobre Dios, una de las que aparecen siempre en la parte alta de la lista es por qué algunas personas viven y otras mueren; por qué algunas personas se recuperan y otras no. Yo me lo pregunté a raíz de las lesiones que sufrí en 1999 como consecuencia de un accidente en el que podría haberme matado fácilmente si mi posición al caer hubiera sido solo ligeramente distinta

(por otro lado, si mi posición hubiera sido diferente, también podría haber salido ileso). Cuando una persona sobrevive, decimos «Ha sido un milagro». Si muere, decimos «Dios lo ha querido». No existe explicación racional para un milagro, y no hay modo de entender la voluntad de Dios, que, si de verdad está ahí arriba, quizá nos preste la misma atención que la que yo les presto a los microbios que viven en mi piel. Pero a mí me parece que los milagros ocurren; cada vez que respiramos sucede uno. La realidad es delgada pero no siempre es oscura. No quería escribir sobre las respuestas, quería escribir sobre las preguntas. Y apuntar que los milagros quizá sean tanto una carga como una bendición. Y quizá todo es una tontería. En cualquier caso, este relato me gusta.

«Un lugar muy estrecho» Todo el mundo ha utilizado alguna vez uno de esos aseos instalados en cabinas portátiles, aunque haya sido en el área de descanso de una autopista durante el verano, cuando el departamento de carreteras del estado tiene que colocar servicios adicionales para hacer frente al incremento en el flujo de viajeros (sonríe mientras escribo esto, pensando en lo maravillosamente escatológico que suena). Dios mío, no hay nada como entrar en uno de esos sombríos cuartuchos en una calurosa tarde de agosto, ¿verdad? Recalentado y con un olor «divino». En realidad siempre que he usado uno he pensado en «El entierro prematuro» de Poe y me he preguntado qué me pasaría si el cagadero se cayera hacia delante sobre la puerta. Sobre todo si no había nadie alrededor para ayudarme a salir. Al final, escribí este relato por la misma razón por la que he escrito muchos otros relatos desagradables, Lector Constante: trasladarte mis miedos.

No puedo acabar sin confesar que me divertí como un crío con este cuento. Incluso me di asco a mí mismo.

Bueno.

Un poco.

Tras esto, querría despedirme con cariño, al menos por el momento. Si los milagros siguen ocurriendo, volveremos a encontrarnos. Mientras tanto, gracias por leer mis historias. Espero que al menos una de ellas te mantenga despierto durante un rato después de apagar las luces.

Cuídate... ¡y di! ¿Podrías haberte dejado el horno encendido? ¿O quizá olvidaste cerrar el gas de la barbacoa? ¿Y el pestillo de la puerta de atrás? ¿Te has acordado de cerrarlo? Olvidar ese tipo de cosas es fácil, y alguien podría estar colándose en casa justo en este momento. Un loco, quizá. Con un cuchillo. Así que, sea o no una conducta obsesivo-compulsiva...

Mejor comprobarlo, ¿no crees?

Stephen King,
8 de marzo de 2008



STEPHEN KING. El maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *Carrie*, *Christine*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde*, *Cell*, *Duma Key* y las novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

Notas

[1] Alusión al cuento *El hombre de jengibre*, muy popular en Estados Unidos. (N. del T.) <<

[2] FSU, *Florida State University* (Universidad Estatal de Florida). (N. del T.) <<

[3] Juego de palabras intraducible entre *foreplay* («juegos preliminares») y *whoreplay* («juego de putas»). (N. del T.) <<

[4] *S&M*, disco del grupo estadounidense de heavy metal *Metallica*. (N. del T.) <<

[5] En español en el original. A lo largo del diálogo se emplea en varias ocasiones.
(N. del T.) <<

[6] Tarjeta de residencia para que un extranjero pueda trabajar legalmente en Estados Unidos. (N. del T.) <<

[7] IRS, Departamento de Tesorería de Estados Unidos. (N. del T.) <<

[8] En español en el original. (N. del T.) <<

[9] «Cruzar al otro lado.» (N. del T.) <<

[10] Juego de palabras intraducible. *Bale* es «fardo»; *Fail* es «fallar». (N. del E.)

<<

[11] *The Widening Gyre*, título de una novela de Robert B. Parker. (N. del E.) <<

[12] Uno de los capítulos de la obra *Un puñado de polvo*, de dicho escritor inglés.
(N. del E.) <<

[13] Taburete en el que se ataba al acusado para sumergirlo en agua; castigo usado en los procesos de brujería del siglo XVII. (N. del E.) <<

[14] *Hamlet*. (N. del E.) <<

[15] Seudónimo de Stephen King en algunas obras primeras. (N. del E.) <<

[16] ¿Sé a ciencia cierta que dejar la *Doxepina* fue la causa? No. Oye, quizá fue el agua inglesa. (N. del A.) <<